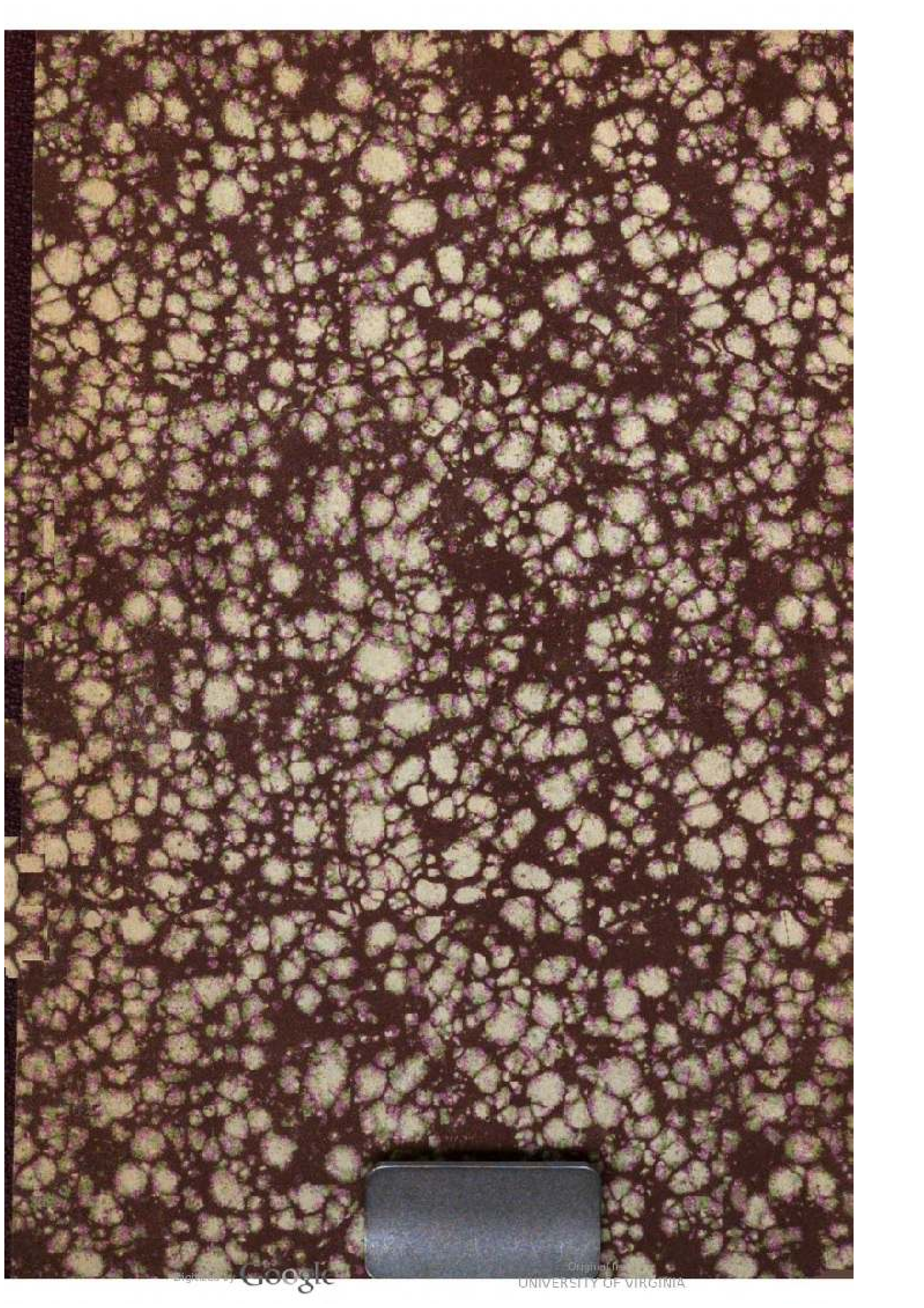
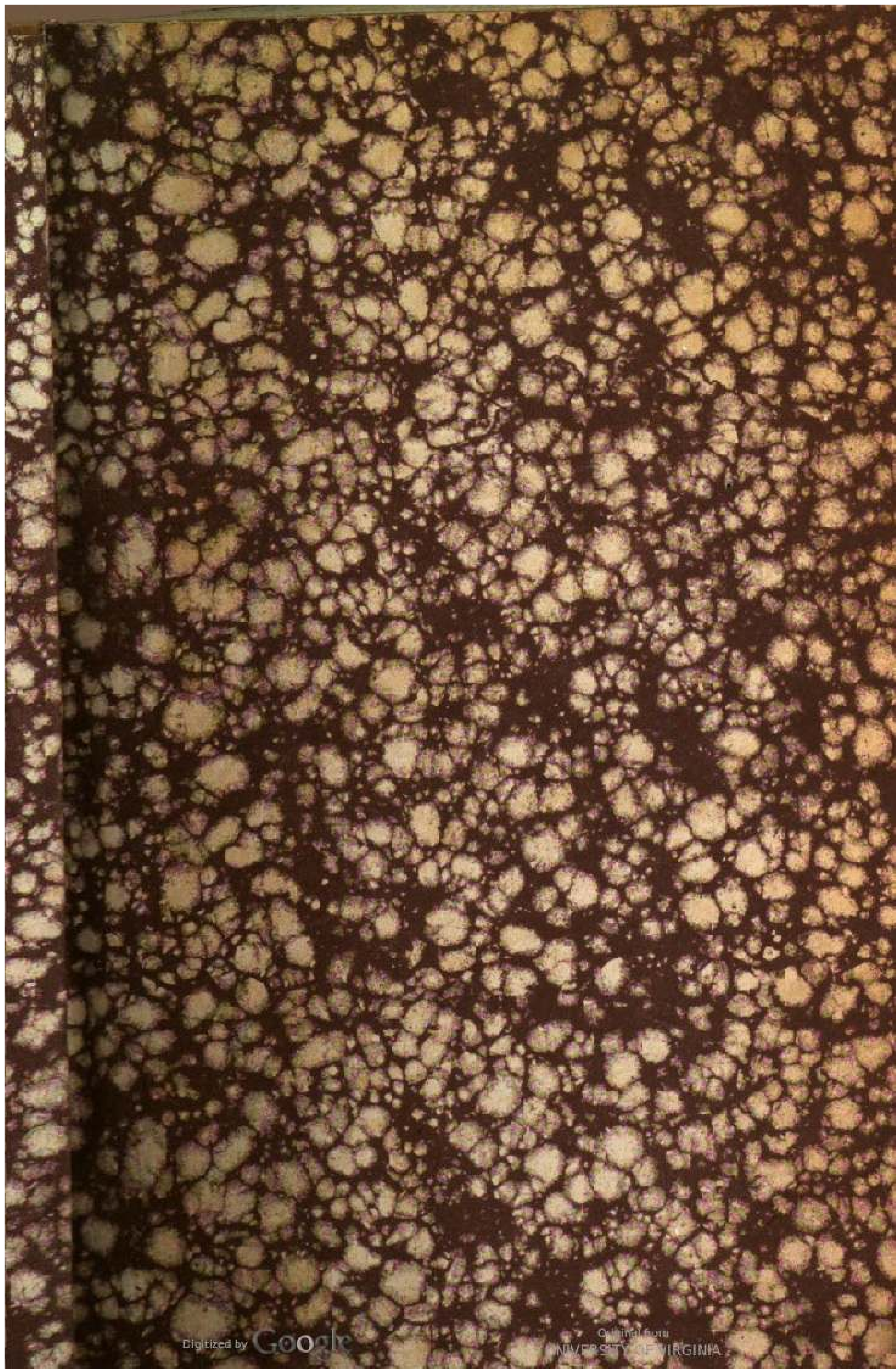

UNIVERSITY OF VIRGINIA LIBRARY
X030531403





COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU

TOMO LXXX.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1883

HISTORIA

DE

FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA.

CONFORME AL MS. QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

III

LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Consultan los Consejos y el Reino nuevas honras y mercedes, sobre las adquiridas, al mayor Ministro: trátanse las materias militares y sus aprestos, y consecutivamente las de Italia. Una armada francesa infesta las costas de España en el mar Océano, y el ejército sitia á Edin, en Flandes, y carga despues á Triunvila con otro en los mismos países, y es roto por el conde Picolomini y quitado el asedio á la plaza: acomete el rey de Francia con otro ejército el Condado de Rosellon, y toma á Salsas. Júntase una armada en la Coruña para llevar los españoles á Flandes y piérdese en Dunas, puerto de Inglaterra. El duque de Borgoña muere en Alemania. La guerra del Piamonte se concluye con una tregua por tiempo limitado entre Francia y España. Prosigue la guerra

del Condado de Rosellon y fenécense con otros fragmentos de la de Flandes y de Italia, y hácese memoria de algunas pocas cosas del gobierno: todo esto en el año de 1639, reinando en España y en las Indias el Rey católico D. Felipe IV.

Aquella controversia, que dejamos referida, que sucedió en la sala del Reino entre el duque del Infantado, hijo de Don Diego Gomez de Sandoval, conde de Saldaña, y Don Juan de Castilla, el uno Procurador de Córtes de Guadalajara, y el otro de Búrgos, sobre que se votasen honras y mercedes al mayor Ministro; proponiendo éste con más soberbia de palabras que prudencia ni discrecion, que mayores hazañas ni proezas no se habian adquirido en otra era, en otro reinado ni en el gobierno de otro Príncipe (precipitándose, y desatinando en todo) ni en el del rey D. Felipe III, ni otro Ministro, ni en el de sus predecesores, como en éste, particularmente en el año pasado; y haciendo memoria del suceso de Fuenterrabía, de los de Italia y Flandes: argumento que no nos hiciera el año de 641. A esto respondió el duque del Infantado, que no contravenia á que no se le hiciesen muy grandes; pero que aquella proposicion no fuese en descrédito ni ofensa de los Reyes pasados, particularmente del Rey católico D. Felipe III, de todas maneras admirable á la antigüedad, ni en detrimento de su abuelo el Duque, marqués de Dénia. Estas palabras pusieron tanto fuego en los espíritus de los aduladores y lisonjeros, ambiciosos de nuevos estados, honras y gobiernos, que de esta junta del Reino las pasaron al Consejo de Estado, al de Guerra y al de Castilla, y allí comenzaron á arder y exhalar partos monstruosos de ofertas y mercedes sin fundamento ni de calidad, y últimamente bastardeadas y adulteradas á los legítimos y más fieles servidores, que las adquirieron y conquistaron en el corazon del riesgo y del peligro,

ofreciendo las vidas á la ejecucion, á la fatiga, al plomo, al fuego y al hierro; y, finalmente, de esta novedad que seria de pasmo á todos los hombres que tenian noticia de los progresos de la antigüedad y de las acciones de los Príncipes. Mas como todavía se alimentaban en aquel pecho los áspides de la emulacion y la venganza á la grandeza de aquella Casa, y particularmente á la que tuvo el padre y los abuelos (como tambien, si se leyeran, en nuestros escritos lo dejamos tocado), pareció ocasion á los codiciosos y á los vanos para señalarse á la cara del poderoso, á quien todas estas cosas le eran suaves para subir por allí á la cumbre de todos los deseos humanos y á poderlos lograr. Arrimábase á esta maldad otra de no menor ingenio, por la misma grandeza, por el parentesco y los matrimonios tan conjuntos de otro tan ilustre de casa, adonde se aposentaban otras tantas reliquias de la casa de Sandoval, con el casamiento de la duquesa de Medina de Rioseco, hija del duque de Uceda y nieta del duque de Lerma; que era el haber hecho consejos y conjurádose para no atribuir el feliz suceso de Fuenterrabía al Almirante de Castilla, no darle el premio ni la gloria justamente merecida de aquel socorro, ni á sus capitanes (aunque para oscurecerle decian algo de Torrecusa), y proseguian, si no con vagas mercedes y flexibles reconocimientos; pocas alabanzas y aclaraciones, cubriéndose de la misma suerte, y queriendo hurtarle el hecho de aquella victoria, suscitadora de las primeras discordias de Barcelona (de que tambien hago el recuerdo), no acabadas de extinguir ni supurar, para instituir una hora incomportable á la urbanidad, la quietud y el descanso de los vasallos.

Esta fortuna corria al pié de una prosperidad tan grande, como haber echado al francés de España estos dos Príncipes; el uno porque lo ejecutó y el otro porque defendió el honor de los Reyes de ella, y que en las aclamaciones debidas y presentes, como yo lo juzgo, ni se mezclasen ofensas á quienes estaban muy léjos de merecerlas: para cuya verdad y abono se presentan los libros, los encomios y los preludios, así de

los naturales como de los extranjeros. Esta proposicion no era otra, que hacer agravio y ultraje no sólo á los que las urnas veneran y hacen elegantes y cultos cenotafios á sus memorias, y á aquellos mismos mármoles que perpétuamente están brotando palmas y laureles á la majestad de sus proezas, sino al hijo y al nieto de tan esclarecidos héroes, y á quien tocaba de justicia la satisfaccion, como al legítimo sucesor. La honra de los padres es el ornamento de los hijos, el primer blason y escudo, porque ellos nos dejaron la espada, las provincias enteras y seguras, y los capitanes informados en prudencia y valor. ¡Así hubiéramos seguido sus huellas y sus preceptos!

Era este fragmento del libro del año de 38, pero como, aunque se rebatió en él, creí que no se ejecutara ni saliera á luz, por reconocérsele algunas dificultades, y una gravísima, como luégo diré y el tiempo afirmará, creí que no se hiciera, no sólo tanto alarde en los consejos y despachos, pero que ni tampoco se diera á la estampa ni se dejara correr por el mundo. Por esto lo dejé; y aunque hay algunas consultas de 1.°, de 8 y de 30 de Octubre, de 9 de Noviembre y de 13 de Diciembre, de las mercedes, la resolucion y publicacion se hizo y se tomó el año de 39, que vamos prosiguiendo, á nuestro primer dictámen y fatiga, por las tres últimas de Diciembre, de Febrero, de 22 de Marzo y 27 de Abril de este año que están expresadas. Finalmente, se dió principio á la obra; y conociendo el aire y el viento de las cabezas, se entregaron todos los Consejos, como si no tuvieran otro negocio mayor y más preciso que resolver, á debatir y consultar. Tomando la delantera y la vanguardia el inculpable y peritísimo Consejo de Estado y Guerra, dijo, como él lo advierte en su primer párrafo, que no lo hizo de su fantasía ni parecer, sino advertido, y conforme al arte y designio que se hallaba.

«En conformidad de lo que V. M. manda, en la consulta inclusa, sobre la merced que seria bien hacer al Conde-Duque por la atencion y desvelo con que dispuso los medios para conseguir la rota que dió al enemigo, haciéndole levantar el

sitio de Fuenterrabía, con tanta reputacion de las armas de V. M. y efectos de beneficio de esta Monarquía, se votó por todo el Consejo, como V. M. lo resuelve, por votos secretos, así por los que se hallaron en él como por los que por ocasiones precisas no pudieron asistir, habiendo jurado de decir su parecer con la calidad que V. M. fué servido de reresolverlo. Los votos que van son: del cardenal Borja, conde de Monterey, conde de Oñate, Inquisidor general, marqués de Santa Cruz, conde de Castrillo, duque de Villahermosa, marqués de Villafranca, marqués de Castrofuerte, D. Melchor de Borja, marqués de Valparaiso, conde de Montalvo, Bartolomé Espínola, conde de Santa María, D. Alonso de Castillo, D. Jerónimo de Villanueva, duque de Ciudad-Real y Don Nicolás Cid. Y el Consejo suplica á V. M. se sirva de mandar con toda precision que, sin réplica, acepte el Conde-Duque la merced que tan justamente V. M. resolviere hacerle. En Madrid á 8 de Octubre de 1638.

»Que se dé una copa de oro al Conde, y á sus sucesores, el dia del socorro de Fuenterrabía, rezando, el recado que se le llevare, que se hace por debérsele este socorro, y tambien por haber con sus consejos y disposiciones librado el reino de Portugal de una rebelion general á que caminaba, y á provincias enteras: que se le dé la Alcaidía perpetua de Fuenterrabía, y proponga Teniente, que corresponderá á lo que es hoy Gobernador, y 18.000 ducados de renta más, en vasallos en Castilla ó en Portugal, sobre los mismos presupuestos; dando forma en el nombramiento de Teniente de alcaide de Fuenterrabía y renta. Las mercedes honoríficas sean las dichas, y, además, que sus sucesores lleven á los señores Príncipes al bautismo siempre, sin que les puedan llevar otros lo honorífico (y repite esta adicion al principio de las demas cláusulas y mercedes, que yo excusaré en muchas, por su exorbitancia, y prosigue); y de 4 ó 6.000 ducados de renta, y todo lo demas; si fuere de mayor satisfaccion y conveniencia del Conde y de su casa 10.000 ducados de renta y las demas mercedes que S. M. dice no quiso aceptar:

lo honorífico con los mismos presupuestos, y además la renta que S. M. fuere servido: 10.000 ducados de renta en vasallos, una grande merced, á entera satisfaccion del mundo, 2.000 vasallos en estos reinos y fuera de ellos, con rentas, jurisdicciones y alcabalas, hasta en cantidad de 10.000 ducados de renta (y repite esto innumerables veces, y pasa adelante, y añade): 10.000 ducados de renta perpetua para sueldo de aquella Alcaidía, y sueldo, si no como el mayor que haya habido, y forma en la proposicion; y que nombre tambien Gobernador de la provincia de Guipúzcoa, y con sueldo bueno, y una merced grande que salga del motivo de S. M.: y que sea el darle las mercedes en lugar público y de la Real mano, porque sea aclamado por defensor de estos Reinos, y que, como á tal, se le honre en público. El infante D. Fernando votó desde Flandes lo mismo, en cuanto á la obligacion, y que se le honre y haga merced particular y grande por esto, y que precisamente, y so pena de desobediencia, se le manden recibir las mercedes que S. M. le hiciere por esto.»

Respondió el Rey: «Este servicio, de disponer los medios de poder socorrer á Fuenterrabía con poderoso ejército en en tan breves dias, y el acierto de las consultas y votos que se ven por ellas mismas, y que fueron tan necesarios, que á faltar mi resolucion sobre ellos, conformándome, se hubiera perdido la plaza, y tras ella mucho más, se debe y lo debo, en primer lugar á Dios, y en segundo al Duque, como lo reconoceis. Por esto he resuelto hacerle las mercedes que entendeis, de lo que he respondido al Consejo de Cámara, inclusas, sin esperar á los embarazos que el Conde-Duque ha ido interponiendo, conformándome en todo con ese Consejo.»

Entre las muchas novedades de esta era es cosa muy de notar, con la ambicion, ó con el desprecio que se ha vivido de todo, que no se haya escapado ésta de querer el Gobernador que sean suyos tambien, con lo demas, los premios de los soldados y los honores por haber ejecutado las empresas; hallándose en ellas, encargándoselas, gobernándolas y salido

en honra y victoria de ellas, de que han dado resultas de grande consecuencia á los pueblos y á los Estados; abriendo puerta de conseguir otras mayores, y adelantando la honra, la reputacion y el prez de la nacion en la fortuna y felicidad del manejo de los ejércitos con el aliento que les dieron, no á costa de otro menor caudal que de la vida y descanso. Pues si con tanto acierto se fabricó aquel cuidado, y que sólo lo merece, ¿qué les daremos á estos? En toda la antigüedad y en toda la erudicion griega y romana, y en todo el compendio largo de nuestra España, si hubo senadores y consejeros para administrar las provincias, las repúblicas, los imperios y las monarquías, y para conservarlas y adelantarlas en los dos estados, militar y político, cuando enviaban á estas cosas á los varones de quien concebian esperanzas de glorias y de acrecentamientos, no porque ellos lo hubiesen mirado, resuelto y votado, cuando se les entraban por sus casas senados ó consistorios, las proezas y vencimientos maravillosos de aquellos que eligieron, no se tomaban para sí los premios, ni los votaban para sus casas ni sucesores, sino para aquellos que consiguieron las batallas, las tomas de las ciudades, las ganancias de las provincias, la expulsion de los enemigos forasteros. A estos votaban los triunfos, y así entraban en Roma con ellos, y daban lôs consulados, las cívicas y las murales. De los señores que en Castilla tienen esta preeminencia, como la casa de Arcos y la de Ayora, la primera tiene el vestido que el Rey se pone el dia..... y la segunda la copa de oro que se le envia el dia de Santa Lucía: premios estos y honores que no los alcanzaron ni los adquirieron por ministros ni validos de los Reyes, sino por capitanes, por soldados y por las victorias que por sus personas propias alcanzaron, y hazañas que acometieron, dando honra á Castilla y fama á sus Reyes; pues así como las pérdidas son del capitan, de la misma manera lo son los premios y las ganancias.

Cuando vence el privado ó el ministro, le toca, pues se le tomó y se encargó de ello, cuidar de todo, que por eso escogió y le dieron el mayor y más encarecido lugar en el

Estado, como en la gracia del Principe, y el largo manejo de todas las dignidades, y el poderlas cambiar, y dar á sus parientes sus tesoros y riquezas, y mandarlas arbitrar, así las seglares como las eclesiásticas que vemos resplandecer en sí y en los suyos ántes que en otros, tanto, que no parece sino que es de derecho que se lo haya de tomar todo él, y no más de los que le rodean, y los otros nada. Tiene, no obstante, la copia de toda la reverencia, de toda la sumision, el gozar de los buenos bocados, las joyas más preciosas, las tapicerías, las telas y los brocados, las pinturas de los más raros artífices, y otras cosas maravillosas que fabrican los ingenios escogidos del orbe, y el poder labrar y edificar para sí y alhajar un palacio ostentosísimo en que recrearse, si afectamos fatigas bastantes con estos premios y remuneraciones. Demás de que es grande delicia al Gobernador ser el primero, el mandarlo todo sin dar parte á ninguno. Si él codicia tanto, ó se le deben los premios de los soldados, que trueque con ellos, que yo acabaré con todos que lo hagan; pero, si no es menester, quien es tan gran ministro y estadista, que les deje algo, porque muy posible seria que, por esta causa, muchos de ellos no quisiesen pelear, y rehusen entrar en el combate si ha de ser de otro ó se les ha de poner á pleito el galardon, porque no podemos culpar á algun General si no lo ha hecho; hoy (que no se da la sangre si no es por el premio), que son tan precisos y necesarios, y cuando hemos puesto de arte las cosas de Europa que los hemos menester. ¡Y plegue á Dios que basten estos premios, que han votado nuestros ministros, que individual y derechamente son de D. Alonso Enriquez, almirante de Castilla. Él fué la cabeza de aquella empresa, él la comenzó y acabó, y no hay que alargarnos cartas de no darse por servido, de no socorrer á Fuenterrabía; que yo sé de otra, y él la tuvo, cuando el cielo, por pecados nuestros, aunque se humanó despues, cargando sobre el ejército con diluvios de agua, rayos y tempestades, deshéchole y auyentándole, dejadas las armas y pasados, aunque no todos, á salvarse de aquel conflicto á lugares vecinos, se cayó y

cayeron todos los cabos en tan grande confusion, que se vieron las cosas para fracasar en general ruina; y se mandó á decir que, por aquel accidente, ya se veia que no se podia resistir la voluntad Divina ni el poder de los franceses, y que se rindiese la plaza; reconociendo no poderse restaurar hasta la primavera del año siguiente. Pues siendo esto así, y no hay que dudarlo, que la principal virtud del hombre es la verdad, y que las cosas se pusieron en el estado referido, y el que vieron y supieron todos los consultantes, si el Almirante, por la gracia de Dios, viendo la patria y honra de la Nacion y de su casa y sangre, resucitó el ejército, le volvió á dar nueva forma y vida con el valor de sus cabos, el marqués de Torrecusa y el marqués de Mortara; y no obstante la incursion del tiempo, la valentía del enemigo, el desamparo de los soldados y otras inaccesibles dificultades, volvió, asaltó las fortificaciones, embistió con los franceses, los desbarató, arrojó de sus trincheras, auyentó, mató y despojó, no sólo á los soldados, pero á las cabezas y á uno de los Príncipes de la sangre, y quitó el asédio á Fuenterrabía, la desahogó, la entró, y no sólo en ella sino á sus vecinos y soldados, al Rey, al reino, á sus ministros y consultantes, y libró á España de la opresion y coyunda de los franceses: ¿por qué no ha de ser el premio y la gloria del Almirante y de aquellos valentísimos cabos? Si solamente hubiera atendido á la carta y órden del Rey, perdido se hubiera luégo: si peleó contra el destino, ¿por qué ha de ser ni se ha de dar á otro, ni se ha de calificar diferente motivo ni otro intento? ¿por qué se ha de gastar vanamente la pluma en otros artificios, ni la ambicion, ni la lisonja ha de tener mejor lugar que la justicia? Esto es impuramente contravenir al sagrado, á la fe y religion del juramento que se propone, y con que se pretende ligar á los consultantes. Si tanto se debe á sus fatigas, aciertos, desvelos y disposiciones, pregunto, ¿supo prevenir opósito y defensa para que los franceses no se atreviesen á entrar en la Provincia, habiendo sabido que estaban poderosamente armados en ella, en Bayona y otros lugares? ¿pues á fin de qué habia de

ocupar aquel alcázar del Sol, del alimento, y habia de ser como Faeton que habia de abrasar la tierra, á sí y á los demas, y precipitarlo todo? Si no habia hecho nada, de buena razon habia de hacer algo; ¿habia de holgar aquel consejo, aquel gran juicio, aquella providencia? No; se habian de enviar gentes, cabos, provisiones, municiones, pertrechos, artillería y dinero, ya que le envió, con demasiada limitacion; pues fuera lo de más para desvanecer lo de mayor precipicio del que ocupa. ¿Qué se hizo sino mendigar por el Reino los pocos soldados que habia, los más bisoños y colectivos, y la caballería muy fallida? Mayor fué la gloria del valor que el número de los combatientes, que la disposicion y forma; mayor el hecho de haber embestido, que las resoluciones de nuestros ministros, y el consejo de los cabos que se hallaron allí. ¿Qué fué de beneficio para la Monarquía, respóndannos á esto, los cuidados en que hoy nos vemos, cuyas materias y arbitrios la tienen espirando? Volvamos los ojos atras, y miremos el modo cómo nos la dejaron los Príncipes que pretendeis locamente manchar.

D. Juan de Castilla, reconocerse ha sin exageracion su diferencia, ¡qué rica, qué entera, qué acrecentada, qué valiente, qué reputada, qué ennoblecida de soldados y capitanes, con qué respeto en el concepto de los extranjeros! Si al conde Enrique de Vargas, que yo no lo defiendo ni alabaré de fiel, le hubieran dado el ser General de la caballería de Flandes, de que era Teniente y le tocaba de derecho por muerte de D. Luis de Velasco, no hubiera, por este agravio, aposentado en su pecho la traicion; pues vió quitársele, cuando esperaba, el premio de sus servicios (por eso no es bueno pretendérsele á otro, darle á la carne y sangre, á Don Diego Mejía, soldado, hasta hoy, no de consecuencia), y con esto se retiró á su gobierno de lo provincia da Güeldres, dejando á la infanta Doña Isabel y á Bruselas: cuando se lo dieron todo, ya estaba desconfiado y con recelo de otra ofensa. Y si al marqués Espinola le dejaran proseguir la guerra de Flandes, y los asientos del dinero como se los habia

dejado el rey D. Felipe III y aquel Ministro que jamás apeteció los premios de los hombres militares, aunque todo le sobrase, diferente honra, diferente amplificacion y aumento tuviera que hoy tiene. Estas fueron las dos causas por que el País-Bajo entró en la ruina que hoy le vemos, que comenzó en Oldence y acabó en Arras; si ya no en todo y no nos hemos olvidado, está en su lugar, que allí se hallará citado si vivieren nuestros anales, no como los siente Malvezi en sus quimeras, en los gerogíficos y emblemas que inventó en su *Libia*. Los romanos que asistian al gobierno no triunfaban en la ciudad sino cuando habian ido y vuelto de la guerra, sujetado reinos y provincias; y es yerro, á mi ver, inexcusable, querer atribuir al ministro el sosiego de Portugal, cuando de aquella oficina se habia originado el principio de aquella desunion en Evora, con el aliento y desvergüenza que se dió á los ministros de su gobierno para quitar las haciendas á los vasallos, no sólo de aquella ciudad, pero de todo el Reino. Y luégo decir que los sosegó, habiéndolo comenzado, y añadido gastos y revoluciones; y luégo ponerlo por escrito y sacarlo al teatro, y en libros impresos, que habia atajado su rebelion, poniendo á la nacion portuguesa esta mancha en el rostro, motejándolos de traidores para acabarlos de precipitar; quizás para dar á entender que no era él poderoso, ni bastaban sus resoluciones, cometiendo el hecho para burlarse de él, y que su capricho y cerebelo no era tan de cuidado, digo descollado; y, sin embargo, hacerse liberales de las rentas, cuando á todos se les quitaban las suyas, siendo bastante premio de más relevantes cuidados 40.000 ducados de renta en encomiendas, y por cuarenta años más despues de su vida, y otros grandes oficios de mucha calidad y cantidad que se juntan á estos.

De la candidez de espíritu del Emmo. Cardenal Borja, caudillo y capitan general de este Consejo, me admiro, y de la facilicidad de su juramento, y en calificar méritos, y en deliverar mercedes; pero tambien puede jurar un hombre su parecer por el tiempo que corre, y por los peligros de per-

derse, y simularse en la verdad y no decirla; sin embargo, no se ha de hacer, y tambien no carece de escrúpulo, aunque se cautele en todo cuanto se permite y da licencia el caso: hombre más atado á la temporalidad que á otra virtud, como se usa en Roma y lo trajo de aquella escuela; y Príncipe que los grandes beneficios que tiene aún no han sido de calidad para venerar los huesos sagrados de su abuelo, el Santo Francisco de Borja, duque de Gandía, que están en la casa profesa de la Compañía de Jesus, de Madrid, ni para colocarle templo honorífico, como lo dice en su consulta, y como lo merece la grandeza del Santo, por haberle puesto allí la suma piedad de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, su nieto (así lo dicen los religiosos), á quien debe aquel capelo y aquella púrpura. Del conde de Monterey no digo nada, que es interesado y hace para sí propio (condicion de gallego). Por el conde de Oñate podia decir Castilla, y con justificacion, lo qué César de Bruto cuando acometió á herirle en la conjuracion del Senado: «¡y tú tambien, hijo!» Aunque no es igual el ejemplo, porque aquel, aunque daba puñaladas era á la tiranía, y éste á la justicia y á la razon; sintiendo, como yo lo juzgo, al contrario de lo contraïdo, un ministro grande, de escogido consejo, superior cabeza, relevantes servicios, y por esto agraviado en las promesas y los premios. Esta es la causa y el por qué nuestra era ha recaido en mortales peligros; porque no ha habido ningun verdadero varon que se oponga á la lisonja y á la mentira, y sea acérrimo defensor de la verdad y se pierda por ella: éste solo lo podria ser, pero todos tèmian el tiempo y no sabian rehusar la carrera. El padre confesor Sotomayor, más atento á la conservacion de Inquisidor general, y á la comision, tambien general, de las Bulas, y á las juntas, que á la justicia distributiva, no hacia pié en que las reales acciones de los Príncipes corriesen de su nativa fuente y fuesen tan claras como la limpieza de sus aguas, que es la esencia de aquel puesto y su más verdadero oficio. El marqués de Santa Cruz queria conservar en los postreros años la tranquilidad de su corazon

y la verdad de sus entrañas, y morir por la comodidad de sus hijos. El conde de Castrillo por sus 26.000 ducados de plata, adquiridos en esta era, cada año, cuando se los sacaban á otros; y todos aceptaban lo honorífico y 10 ó 12.000 ducados de renta y lo demas referido. El duque de Villahermosa, tambien queria vivir, si podia, y mantenerse cobrando las gruesas rentas obtenidas; si bien, perdido el Reino, podia besar la tierra como el que habia navegado y salido de las tempestades de la presidencia de Portugal, en que cada dia, con mudanzas, con transmigraciones, andaba fluctuando, porque, como todo lo demas, no era concedida ni la estabilidad, ni el sosiego, porque todo estuviese sujeto á mudanzas. Al marqués de Villafranca, habiasale entrado el fin y el miedo del hermano en el cuerpo, y no queria hacer experiencia de contrarias fortunas; si bien no lo hiciera otro peor que él, porque en su corazon, como soldado, aunque disimulaba, no tenian lugar semejantes materias. El marqués de Castrofuerte, era cortesano viejo y antiguo mercenario de validos, ministros y tribunales. D. Melchor de Borja, lo mismo. De los demas no quiero cansarme ni hacer memoria de ellos, dejándolos por llagados incurables de ambicion y de lisonja, amigos de entrar en todo, de hablar y hallarse en toda adulacion, no conociendo otro Dios que al poderoso. Un genovés, conductor del tesoro de España para Génova, indigno de tan Real Consejo ni que se siente al lado del conde de Oñate, ni ménos al de el marqués de Villafranca, hombre ni de consejo, ni de prudencia, ni para admitido á clase semejante.

Excluyo de esta censura al duque de Ciudad-Real, por los servicios de su padre hechos en Milan, y los de su abuelo hechos á la majestad de los reyes D. Felipe II y III. En aquel Consejo prosiguen y hacen fuerza al Rey, con súplicas, ó él las queria, que acepte la merced que le hiciere sin réplica nueva y extraordinaria; modo de errar, de entretenimiento y hazañería: ¿qué le han de dar á quien se lo han dado todo? ¿y qué le piden á un Príncipe que no haya dado? Es imposible que haya otro más encarecido de liberal para sólo aquel,

pues le ha dado una Monarquía, que, de puro abarcarla toda de puño apretado, se le ha resbalado y salido mucha parte de ella de las manos, sin pedirle cuenta ni mostrarle ceño: cosa de harta admiracion, pues otro le hubiera desviado de sí sin más motivos, á cualquier luz artificiosos. Ofrécenle la copa de oro y las demas mercedes, á quien no le faltaba ninguna por recibir, y quieren que tambien se le dé premio por el suceso de Portugal, habiendo sido de su consejo, ó del que se lo dió, como el que admitió en Cataluña en los quintos de aquel reino, y en el Principado, con el pedido, y en aquel la quinta ó la cuarta parte de las haciendas, y aquellas horcas con que los amenazaron, y recayó á la total ruina de esta Monarquía, con la pérdida, de todas maneras lamentable, de aquel importantísimo reino, de tanta estimacion, á mi ver y en el sentir de todos, por la importancia de los vasallos, que pareciendo corto alcanzan sus términos á las cuatro partes del mundo: en Europa, con el principal asiento y silla de la Corona; en Africa, con tantas fortalezas, puertos y contrataciones, donde está la riquísima mina de oro que hoy ha parado en manos de holandeses, y el poder y valentía de portugueses, rodeándola toda hasta sujetar los mahometanos y los etiopes; en la América con el estado del Brasil; en la Asia con la isla y ciudad de Goa, y otras de no ménos estimacion en aquel Oriente, donde tienen fuertes plazas, factorías y otros puertos memorables para el comercio y enseñorear sus riquezas. Dándole la Alcaidía de Fuenterrabía perpétua, y á su eleccion la provision de Teniente, y 10 ó 12.000 ducados de renta en Castilla ó en Portugal, así se paga lo que se pierde, y no se premia al defensor. Merced en que, por no entrar aquellos vasallos en semejante opresion ó pecho, se puede muy bien sospechar que escogieron ántes la rebelion que el vasallaje. Prosiguen, y como ciegos de sus pasiones, tropezando y dando de ojos, de muchos yerros daban en otros mayores, y pasaron á ofrecer que sus sucesores lleven los Príncipes á sus bautismos perpétuamente, excluyendo á los demas señores del Reino. Que se le ofrezcan á él no me es-

panto, que ocupa hoy el primer lugar, y por esta causa le tocan semejantes honores, como lo han hecho los demas validos en actos semejantes por gracia y beneplácito de los Reyes pasados; pero querer en casos tales dejarlo por herencia, siendo la accion en que más reparo hacen los Príncipes para honrar y favorecer á sus privados; quererles atar las manos y ligar el albedrío, y que no lo puedan hacer los que están por venir, sino con aquel, ¡y sabe Dios quién será el sucesor! y más en hecho semejante, que sólo tocaba á los Príncipes deudos y más cercanos de la sangre real (á lo ménos así habia de ser), y la dificultad que hay en esto, y que es menester anteverla, es, que tendrá uno el privilegio y le ejecutará y se le llevará otro más poderoso en aquella sazon: que en el largo discurso del mundo nos podremos prometer que habrá muchos, muy sagaces y mañosos, que en ocasiones tan grandes no lo dejarán perder, y será, el que quiera introducirse, quedar con colores en el rostro y con vergüenza si pugnase por mantenerse en la donacion, como en Castilla el de Camarero mayor en la casa del Condestable, y en otras, si no me engaño, de que él tiene sólo el título vano y los privados la posesion, sin tanta antigüedad, pero con potestad moderna y con razonables gajes y emolumentos. Es cosa indiscreta y de poco fundamento adjudicarse títulos Reales para la posteridad, cuando al más bien visto en nuestra era le derogaron las mercedes. ¡Cuán poco han valido las que se dieron en lo pasado! Pues lo que se donare, por el mismo ejemplo correrá la misma fortuna, que no te has de considerar tú y los tuyos más perdurables que los otros. Probarás la condicion de los tiempos y el áspero natural de los hombres, que es lo peor, porque no lo tienes más suave, ni de costumbres más inculpables ni de más templado proceder. Y en lo tocante á estas rentas, es menester ir con gran tiento cuando hemos sido rígidos fiscales de las de los otros, y de las alcabalas y otras posesiones: necesario es hacer memoria de la peticion del fiscal D. Juan Chumacero de Sotomayor, en la inoficiosidad de las mercedes, que no le fuese lícito á un

Principe, á un Monarca, dar 70.000 ducados de renta á un vasallo favorecido suyo en unas tratas de Sicilia, que sólo eran y estaban consignadas para dar ayudas de costa á criados; habiendo propuesto, como se insinúa aquí, gran vasallo, grandes servicios, la causa pública, el ejemplo á los demas con el premio para alentarlos á las empresas, que lo juzgaron otros y lo votaron, no este Consejo, sino otro de no ménos calidad, padres del derecho y de las leyes, maestros de la jurisprudencia, que lo vieron una y muchas veces; que se cometió á las universidades, á los teólogos, y todos votaron y firmaron que estaba por premiar el mérito, posponiendo tantos abuelos, grandes y tantos servicios, y que estaba ofendida la justicia. Pero al acabar y fenecer, como es de ordinario, el valimiento, y al trastornarse el mundo, todo se desvaneció, todo pareció mal, todo feo, todo injusto; y al mismo que fabricó la merced y la halló justificada, no sin grandes honras y mercedes en su casa, él mismo la condenó despues al primer calor de otro valimiento, con un decreto infame. ¡Oh, cuánto convendria parar aquí un poco la consideracion, y recatarse de estos que son sirenas y adormecen con el canto, que engañan con el halago, suspenden con la lisonja, para hartar su codicia; émulos de la nobleza, que cuando la ven desvalida, la querrian, no contentándose con ultrajarla, hacerla pedazos! Tal cual fuimos así iremos, y eso harán de nosotros; pues á fe que aquellos servicios, aquellos desvelos, aquellos medios que aplicó para arribar á la altura de la reputacion que tuvieron las armas, lo que se acrecentaron los Estados, la prosperidad que tuvo, la felicidad en ambas materias, militar y politica, que no fué fábula, creo que hoy lo confiesan y lo aclaman los vivientes. Decian que le hiciesen aceptar y le diesen aquellas mercedes, y las que no habia querido: si hubiera sabido rechazar semejantes delirios, le confesara yo sujeto de más gloria y de mayores merecimientos; pero no lo hizo, porque las habia de menester, y por el aviso en que se debe mantener un gallardo espíritu: parece que no estaba satisfecho de la adulacion y del halago, y buscaba

más recreacion que premio en los viciosos, para viciarse más, y pisar aquellos hombres y que se le viniesen á rendir á su palacio, y le confesasen por grande y prescriben lo honorífico, todo en una grande merced, á entera satisfaccion del mundo. Querria yo preguntarles, que ¿cómo saben que se pagan de eso los que están afligidos, quebrantados, tomadas sus haciendas, desfallecidos, alcanzados y echados por tierra, de ofrecerle 2.000 vasallos en estos reinos y fuera de ellos, con rentas, jurisdicciones y alcabalas hasta en cantidad de 10.000 ducados de renta? Guardémonos que en lo porvenir no nos lo quiten, si nos sucediere otro que busque sus medras por los mismos caminos; si bien Dios se apiadará de su pueblo y le librará. Y para arrastrarlo todo y despeñarse, y proceder crudamente contra la prudencia y buen seso, y para con la baja opinion en que quedaremos con el mundo, sin embargo, le consultan que nombre tambien Gobernador en la provincia de Guipúzcoa: cosa fuera de todo buen gobierno, porque demás de contravenir á los fueros, era damnificar al Príncipe, y quitársela y dársela á un vasallo, porque en tanto es señor de ella en cuanto puede nombrar Justicia y Gobernador. Ellos la tienen ya de su cosecha y de sus estatutos, demás de que esta novedad le seria, no de otra cosa que de revolucion y venir á las armas, porque no seria sino quitarles su Señor natural, que ellos eligieron, y darles un siervo que los mande. ¿Por qué ahora no tiene el Rey el entero dominio en Cataluña? Porque le mataron el Visorey y no han querido admitir otro. ¿Por qué no es Rey de Portugal? Porque le expulsaron la Gobernadora que habia puesto, y dieron á otro el mando. ¿Por qué los impugna con las armas? Por volverlos á instituir en sus tribunales y asientos, para ser Señor; que en tanto lo será cuanto tuviere potestad para ponerlos y gobernarlos, y no lo será en tanto que no lo hiciere. ¿Cómo se puede dar la provincia de Vizcaya á otro que no sea su Señor natural, á quien se dieron? ¿cómo tolerará la nobleza vizcaina la mande otro y sea señor de ella? ¿cómo se puede obligar á aquellos pueblos adonde se establecen por

muy largas edades tantas casas ilustres? De todos me debo espantar; pero con más maravilla de dos, del conde de Oñate y del duque de Ciudad-Real, que se hallaron al consultar, teniendo en Vizcaya sus casas y sus solares: no admitamos aquello que despues nos ha de ser de vergüenza el haberlo aceptado. Es tan grande este arrojamiento, que segun los veo precipitarse, me parece que estuvieron á pique de ofrecerle el Reino, como si no le tuviera: volviéronle á porfiar, y piden le hagan una merced grande, que salga del motivo del Rey, como si las demas fueran forasteras, y que se den en teatro público, como si el que ocupaba fuera escondido, para que sea aclamado defensor de estos Reinos. Poco há que yo los ví más defendidos: si por esto se han de dar premios, más formidables, más enteros; con diferente sosiego, obediencia y respeto se habian de dar á quien los gobernaba en paz y en justicia, dejándolos vivir en sus casas y en sus haciendas: hánnos perdido á España, y quieren apoyar esto con haber introducido al infante D. Fernando en ello, á quien tambien le han tocado parte de los trabajos, como si fuera un vasallo de los ordinarios. Y corren la pluma, ¡y qué sea desobediencia si no lo aceptase, y le compelan con esta amenaza! Procúrenle quitar algo, y verán si sale á la defensa. Respóndele el Rey con su larga mano y generosidad, encarece el hecho, y le aclama (¡gran vanidad!) y dice que le debe la plaza. Mucho es para sentir el disfavor que se hace á los soldados. ¿Quién tomará las armas en nuestra defensa si no los aplaudimos? ¿quién saldrá á las fronteras? ¿quién se opondrá á las invasiones? ¿quién arriesgará la vida y la reputacion á los asaltos? Tiempo es de mirar por ellos; ocasion nos han dado, ó la hemos dado, para valernos de ellos. El favor los alienta y el desden los sepulta; y ellos son la vida y la amplificacion de los imperios.

Vuelven estos á hacer nueva consulta y recordarla, como suelen hacer por un benemérito ó desvalido, ostentando descuido en la Majestad: vuelven á subir la materia de punto, y acomódanle la gran copia de servicios, lo que previno con su

desvelo, y medios que dispuso para conseguir el fin de tanta reputacion y gloria para las armas: no he querido trasladar ésta al pié de la letra, por ser una misma cosa, un mismo sentido y una misma adulacion; quien lo quisiere ver con toda puntualidad, si ya no lo ha visto, busque el libro del conde Virgilio Malvezi, y allí lo hallará; testigo que plegue á Dios que algun dia no deponga severamente de este caso.

La respuesta fué, que se quedaba mirando en lo que tocaba al Ministro, y que se tomaria breve resolucion. Esto era recatarse de falso, para manifestar á la publicidad y á los atentos en semejantes ocasiones, aseveracion, rectitud y templanza en el dar: proponer la Alcaidía de Fuenterrabía, elegir Teniente, y que el dia del suceso le den la copa de oro como á la casa de Moya: respóndese, en la sustancia, lo que en la primera vez, y encarécese la condicion del Ministro, como ya la subian, y que habia pedido se le excusase de administrar alguna merced, porque él votó como los demas, y que no ha hecho nada más sino lo que el Consejo, que por respeto de S. M., le consulta; y fenece con que se ha de hacer instancia que admita las grandes mercedes que se le deben por esta ocasion. Jugábase bravamente de esta pieza, como si no hubiera otra en el gobierno, ni en la copia de tantos y tan importantes negocios: y no sé á qué se le podia forzar; que yo le conozco muy bien en todas eras, y en ésta está tan sobre todo, que le han tachado de menudo sobre tan grandes y tan árduas materias como ha manejado; de suerte, que no ha consentido que le toquen á un ápice de cuanto le importa y le conviene á su posteridad, conservacion y estómago, desembarazándose y arrojando los estorbos, aunque conviniesen á la vida del Príncipe, sin tantos escrúpulos como nos proponen, ó afectaba en las audiencias á las consultas del Consejo de Estado y Guerra. No descuidó el de Castilla, narrando con grande elegancia y agudeza, como dueños de las letras, de la maña y del entretenimiento, como versados en la erudicion de los primeros aduladores de aquella ciudad, señora de las gentes en la sutileza del estilo: me parece, no sé cuáles ma-

yores lisonjeros, si aquellos ó estos, que son muy amigos de arrastrarlo todo. Sin embargo, todos obstinadamente asimilan á una inclinacion y á un mismo anhelar; pero en estos hallo, segun su calidad, superiores acrecentamientos, porque los principales de aquellos (no hablo de los menguados) nacieron con sangre, con casas, con mayorazgos, con títulos y dignidades, y en alguna manera, si bien no los preservo de ambiciosos hazañeros, puestos en estados grandes para ser más templados en la codicia; pero estos, como algunos de ellos son de linajes oscuros, y de pequeños principios levantados á grandes alturas, deseando igualar á aquellos, arremeten audaces á las dignidades, arrebatan los títulos y las insignias de nobleza para sí y para sus hijos; á la multitud del dinero para hacer casas, fabricar mayorazgos, como vemos, y por aquí apetecer los grandes casamientos, por donde sin duda ninguna son más poderosamente oficiosos, y con esto más sedientamente diligentes para asir las riquezas y subir á los elevados puestos de magistrados. Estos, pues (cüalquiera que fuese el consultante y á quien lo cometió el Consejo, y digo yo que seria José Gonzalez), comenzaron á extender el preludio y á volar la pluma por los sucesos del año pasado, por la felicidad del Estado y la prosperidad del Príncipe; tocaron los de Flandes, la rota de Sant Omer y otras partes, en Calo, y en Güeldres, contra franceses y holandeses; los de Italia contra aquel enemigo, y, finalmente, los que se consiguieron, así en el Milanés como en el Piamonte, y los del Brasil. Engrandecian el decoro y reputacion de nuestras armas, su poder, y el destrozo y menoscabo de los enemigos; atribuyéndole el conocimiento de todo esto y el beneficio de los pueblos y del Reino, que habia oido las aclamaciones repetidas en ellos, que afianzaban esta verdad en los regocijos contraidos (y baten en este hierro), cual apénas se habia visto en otro suceso, ¡como si nuestras historias viniesen huérfanas de semejantes proezas, de hechos afortunados, de ilustrísimos Príncipes de la Nacion! Alababan los consejeros, los capitanes, los soldados y los vasallos (que no está

libre de artificio la exornacion); encareciendo el consejo, el valor y la felicidad de todos, y luégo recaen en el Ministro consultado, alabando su providencia, el haber juntado el ejército, para (como si no le tocara) el socorro de la plaza, la rota de los franceses, la adquirida honra, y la mengua de los enemigos. Encareciase su fatiga, desvelo, atencion y acierto, que para tratar lo mayor no olvida lo más mínimo, que está en todo y en todos, y otras muchas cosas que dejo á quien no lo ignora, y fenecian en el progreso de remunerar servicios tales, que queden en la memoria y casa el suceso de Fuenterrabía; no señalando las mercedes, y reservándolas á la grandeza de S. M., en quien no cabe limitacion á tales servicios. La respuesta fué, que se reconocia, se conformaba en todo; y en lo individual, resolvia por el Consejo de Cámara. ¡Cosa rara, que ninguno de estos hombres, que habia algunos buenos, ninguno se acordase del Almirante, ni mostrase el celo de la justicia; y que en el Consejo de Estado, teniendo muchos de ellos sangre suya, no expresasen que lo ejecutó y se puso al tiro del cañon, del mosquete, del bote de la pica: ni del marqués de los Velez, del marqués de Torrecusa, del marqués de Mortara, que dieron la victoria aventurando sus vidas, sus casas y honras; y que unos hombres, que afectaban pureza de conciencia, por el juramento que insinúa integridad, entereza y observancia de méritos, de esta manera faltasen á la verdad por servir al deleite y á la adulacion! A este paso procedian todas las cosas, con ruina general y con desconsuelo de los vasallos: ya que se hablase de uno sin necesidad, que no se olvidasen de todos. A estos siguió el Reino en Córtes, no con ménos adulacion que al principio, y sospecho que no se sometió sin malicia al duque del Infantado la consulta; buscando sujeto de la misma data de los demas, que se la inventasen, como fué D. Antonio de Mendoza, que sigue las mismas derrotas y veredas, y apoya lo tratado y la merced que se le debia: hace alarde del caudal del Ministro; ingiere, como todos, el instrumento de la causa pública, y que tendrán consuelo los vasallos: así se tropieza tan á ojos

abiertos, porque yo sé de ellos, que holgaran que no se acordaran de ninguno. La respuesta fué dar las gracias al Reino por el recuerdo, que se le habian de hacer las mercedes que habia consultado el Consejo de Cámara, y lo que el de Guerra, y el Consejo por mayor.

Remitiéronse todos estos papeles al arzobispo de Granada, Valdés, gobernador del Consejo, poco suficiente, y con miedo de la conservacion del puesto; quien para seguir lo comun, sin arriesgarse,por lo mejor, dijo que se viese en la Cámara, se consultase por ella lo que se debia bacer; y consulta al Ministro, refiriendo más adelante no haber resuelto más aína por ser tan escrupuloso en caso de sus particulares, y que por satisfacerle se remitia á tan escogido Tribunal.

Es cosa cierta que ningun valido ha pecado más gravemente en esta materia, porque ninguno ha sabido entender mejor sus particulares propios, el de sus deudos y allegados, porque no se reconocen en otros con tanto aumento ni demasía sino en aquellos; ni ninguno ha sabido castigar mejor y apartar lo que podia ser, no estorbo, sino imaginacion, sin perdonar á lo más grande, ni haber tratado del de los soldados, pues los mejores que tuvimos han caido del achaque del olvido y del disfavor.

Consultó el Consejo de Cámara, comenzando de los dos el de Estado y Guerra, de los votos secretos, y del que envió el infante D. Fernando, porque se le pidieron; pero, si le viéramos el corazon, ¡qué diferente sentencia exhalara, como el mejor y más verdadero hermano, y el más interesado en la mejora de estos Reinos! Pero reconocian que nada de esto valia, y seguian el vendaval que corria, porque cada uno queria vivir, aunque hartas dificultades habia para esto. Viéronse otras consultas del Consejo y del Reino: vuelve á votar lo mismo que en las pasadas, los grandes servicios, los particulares efectos que de ellos han resultado, así en defensa de estos Reinos como de toda la Monarquía; el gran celo y amor con que totalmente está entregado á todo y á las materias públicas; é íbase arrojando aquí á un largo razonamiento, más

aina para encogerse de él que consentirle publicar: y reza sobre el tema debatido de Fuenterrabía, repite la grande merced que se le debe hacer para que quede en su casa memoria perpetua de estos servicios, y que habiendo discurrido sobre ello en la Cámara, ha parecido que todo lo que las consultas refieren de los servicios, le es enteramente debido, y que el voto que más se alarga á las mercedes se puede tener por limitado, consideradas las que hay en las casas de Grandes y Títulos de Castilla, las grandes mercedes que los señores Reyes antecesores de S. M. les hicieron de vasallos y rentas, por servicios que no fueron mayores, ni se hicieron en tiempo de mayores aprietos, ¡Qué mayor servicio, más calificado ni de mayor nobleza para los súbditos, que haber conservado esta Monarquía el duque de Lerma, veinte años há, en paz y en justicia, sin haber ocasionado ni un moderado disgusto en toda la Europa, ni en todos sus Príncipes, ántes enfrenado los enemigos, y ganado ántes que perdido, reducídolos á la paz y á la amistad con nosotros, tanto, que fué maravilla y aclamacion de los extranjeros y de los mismos émulos! Aquel es famoso y merece los demas renombres de grande, que es padre de la paz pública y del comun sosiego. Es yerro declaradísimo, aunque lo defendiera toda la elocuencia de Ciceron, pensar que pueda yo merecer premio, ni obtenerle, habiendo causado la ruina y la discordia universal en el mundo con novedades é invenciones, porque de mi aposento prevenga la enmienda de lo ocasionado, y el otro dé la victoria; y que haya de ser la fatiga de aquel y la gloria mia, con suposiciones apócrifas y antojadizas por deslucir al mayor vasallo, llevando adelante las pasiones del ánimo. ¡Gentil virtud para premiada!

Finalmente, éste le da la Alcaidía de Fuenterrabía, y á su eleccion el nombrar Teniente por juro de heredad, para él y todos sus sucesores, con sueldo pagado en la dotacion del mismo presidio y que proponga tres soldados para Tenientes en la vacante, y que lo haya de consultar; dándole la copa de oro el dia octavo de Setiembre: que se le dén de

renta 12.000 ducados en encomiendas de indios que hubiere vacas, ó las primeras que fueren vacando; y hácese, cuando no se trata de otra cosa que de justificacion en todos los preámbulos, una injusticia manifiesta, y dicen que sea con prelacion á todas las mercedes que estuvieren dadas de esta calidad y libres los 12.000 ducados de todas cargas, derechos y averías, puestos en Sevilla, con perpetuidad para él y todos sus succesores, con derogacion de la ley de la sucesion y las demas que convengan. Esto, cuando todos están pagando de sólo el aire de la merced; hacer libre al ménos necesitado cuando á los demas los han hecho esclavos y menesterosos, y la propia hacienda que viene de las Indias no se paga á los dueños ni á los contratantes, de que por esta causa, y por otras que diré á su tiempo, está todo para quebrar, y toda la contratacion, y no han querido cargar los mercaderes, y ha estado por levantarse la Andalucía. Corre la pluma y dice: que entretanto que no hubiere las encomiendas, se paguen los 12.000 ducados de la Caja de Lima ó de la Nueva España, poniéndoselos en Sevilla libres de todos derechos, á quien ha sabido cargárselos á todos, hacer leyes, pragmáticas y decretos para empadronar los vasallos, apetecer sólo su libertad, de suerte que sea para todos el peso y para uno el alivio, con todos los bienes de fortuna, cuantos se pueden desear: dice, que como se fueren dando estas encomiendas vaya bajando la consignacion de las Indias, y en esta materia parecia conveniente contentarse con los 40.000 ducados de las de Castilla; y por cuarenta años despues que se le den estos 12 000 ducados cada año, y sea desde el dia octavo de Setiembre, y que si en Castilla hubiere ó vacare renta de mejor calidad puede escoger: ofrécele tambien y dale 1.000 vasallos en Andalucía, particularmente en tierra de Castilla, y que para esto dé el Reino su consentimiento. Guardémonos de aquel papel general de la hora de la muerte, en que manda que todas las donaciones vuelvan á la Corona Real.

Dice el consultante, que las mercedes de los vasallos son de calidad que no salen del Patrimonio, y que de la renta de

Indias se haze merced á otros vasallos. Los tratos de Sicilia eran de esta misma calidad, y dándoselos á un Ministro de superior fortuna y felicidad para toda la Monarquía, cuando se le acabó, no le sirvió haberla tenido y ser para dar ayudas de costa, ni ser de aquella calidad para que se la quitasen, y con servicios no ménos grandes que otros. Y bizarreando de lisonjero, da por consejo al Rey, que publicadas las mercedes se le podria mandar preguntar qué otra merced le podria estar bien; y entendiendo el designio y el alma del poderoso, prosigue: que los despachos de las mercedes y privilegios que se le han de hacer, han de ser con calidad que él pueda disponer libremente de ellas en vida ó en muerte, para todos sus sucesores, sin que ninguna persona pueda ni tenga más derecho que la que él quisiere y nombrare por su llamamiento y disposicion. Esto es mostrar la poca fe que tiene al D. Luis de Haro, su sobrino, y desengañarle por escrito públicamente, y por estampa, si presume ó espera suceder en alguna de sus fortunas, más que en el Condado de Olivares, y ese trabajado y repelado, con pedidos y sacas de facultades reales, para no llevarle entero. Parece que este hecho no miraba sino á poner casa al sucesor; pero digámosles á los legistas, si tanto saben de su desinteres como saben tanto de su posteridad, si parecen todas estas cosas fabricadas fuera del uso natural, y todas producen y manifiestan prodigios, porque saben tiene un hijo bastardo, para quien está prometido todo el resto de sus dichas y beneficios, y ofrecida casa muy grande, que llaman D. Julian, á quien el pueblo, viendo la era que corre y las sumas infelicidades en que va recayendo todo el título de Conde, á ejemplo de aquel que causó la pérdida de España. Por eso digo que todo parece prodigio, y se ven señales de suma novedad, fatales al Estado y á su conservacion; y que en esta era se oiga cosa semejante, cuando está sucediendo y produciéndose aquello á los umbrales de su misma elevacion, y se toque hoy con las manos un Rey en Portugal, otro en lo mejor del Principado de Cataluña y otro en Castilla; deshonerándole de aque-

llos y causando su disipacion por favorecer á dos hombres, que cada uno de por sí han apostado cuál se dará más priesa á deshacer lo que les han encargado, el Principado y el Reino, sin poderlo remediar los mismos Consejeros, no más de por hartar su codicia y henchir á sus deudos, habiendo atrasado el Estado y el Gobierno más de doscientos años atras.

Dice la consulta, que se hagan los despachos á su satisfaccion, y se nombre Ministro á su propósito, porque se pongan las cláusulas de mayor seguridad y firmeza, y que pasen por la censura y aprobacion; y que expresen las demas consultas, que se dé copia, y que los originales queden en los archivos de los Consejos. La respuesta fué conformarse en todo, con grandes cognomentos á los servicios y razones que hay para hacerlos, que parecian cartas, y se añadieran más si no fuera por el recelo de lo que habia de responder y repugnar; y que el Reino le envie á decir, con Ministros suyos, las mercedes que se le han hecho, porque está tan repleto de todo y de las sobradas remuneraciones, que no puede pasar este bocado; que se hubiera tomado luégo resolucion, si no fuera el Ministro embarazando con súplicas para dilatarlo, porque no es bien defraudar más la justicia ni ofenderla. Vuelve á consultar el Consejo de Estado y Guerra, por los mismos filos y con los mismos encarecimientos que hasta aquí, que en órden á lo que se habia mandado, que con Ministros de los mismos Consejos y del Reino le enviasen á decir las mercedes que se le habian hecho; señalando para esto al cardenal Borja, al conde de Monterey, á D. Cristóbal de Benavente, por achaque del marqués de Mancera, y al conde de Santa María, que no habia de tener efecto lo procedido por la modestia con que gozaba de los favores que se le hacen, que se ha de excusar, y será muy propio de la grandeza del Rey mandarle que precisamente las acepte: sigue tambien el dictámen de los demas en el exórdio, pareciéndole que habia faltado á la elegancia de los demas y que se habia quedado atras; y fenece, que no habia de atender el Ministro á sacar los despachos, y nómbrese quien lo haga, y que sea José

Gonzalez, del Consejo de Cámara, y el de la Guerra al Protonotario (por cuanto nombraran otros que tambien, de paso, adulaban á estos). La respuesta fué concluir, con palabras generales, que se tendria cuenta y se quedaba advertido de la proposicion para su tiempo.

Escribió un papel al Rey, mostrándose mucho más desinteresado que los que le consultaban grandes rendimientos y negaciones; que no era digno ni merecedor, que habia dado su parecer como los demas; pero del Almirante ni de los otros capitanes, por más que se afectaba justificacion, denegacion y desinteres á lo consultado, no se hablaba palabra de ellos, de la misma manera que si no hubieran peleado ni puéstose á la cara de los mosquetes ni de la artillería, ni enjugado el corazon y el semblante á la tempestad y pugnado contra las dificultades, por no resarcir la mengua y salir con la empresa. ¡Qué poco hubieran importado las juntas si no se apretaran los puños! Sin embargo, se publicaron las mercedes en los Consejos, y nombraron Comisarios que representasen al Ministro la órden del Rey: el de Estado y Guerra lo encargó al marqués de Santa Cruz y al duque de Villahermosa, que no se contentaron con dejarle sin presidencia, como al principio, sino sin Reino tambien: al marqués de Villafranca, que votó la copa de oro y despues le dió en rostro con ella cuando no peleó con la armada francesa del mar Mediterráneo, el año de 641; que quien ha sabido hablar claro pudiera muy bien haber huido el cuerpo á semejantes acciones, vagatelas y farsas que no son para hombres de veras ni de tanto valor; al marqués de Castrofuerte y al de Mancera: el Consejo de Castilla á los más antiguos, y por eso peor premiados, á los oidores Madera y Marmolejo: el Reino al duque del Infantado, para ponerle la ceniza en la frente, que no se portaba de menores mensajeros el asunto; á Antonio de Miranda y Vega, D. Jerónimo de Guillamas y Velazquez, y D. Antonio de Valencia; y el Consejo de Cámara, á los muy caros y encarecidos en gruesas sumas de dinero, José Gonzalez y D. Antonio de Contreras,

que despues de dado su mensaje y hecho relacion de todo, les tiró, no á todos, sino á alguno, que sentiria bien diferente de lo que se procedia con este papel, como burlándose de ellos, para dar á entender que era tan falso que estaba sobre todos, y que los mismos que le aclamaban le mordian. Y lo entendia así, y exhalaba por aquí sus desconfianzas, en que siempre andaba fluctuando, porque muchas veces quien consulta los premios consulta los castigos, que no hemos sido tan acendrados que, al postre y el dia de la cuenta, no hallen algo ó mucho de donde asirnos, porque, ¿qué otra cosa hemos hecho sino darnos de todo corazon y á manos abiertas al robo, á la injuria y al homicidio? A mi entender, gobernado por Malvezi, ó por otro semejante arquitecto de obras tales y fábricas de viento, que quiero poner á la letra, para que se entienda cómo arrojaba las pesadumbres, á los que le querian, ó él pensaba que le engañaban, debajo de adulacion: y para que pensasen que no lo eran, ni dueños de lo que él tenia, y que sus servicios eran verdaderos, refirió:

«Las mercedes de S. M. en mí precedieron á los merecimientos; primero me premió que le sirviese en el puesto que me dió, y más con la confianza: aquellos excedieron á mi capacidad, que habiendo alcanzado más que deseaba, dejé de afear todo lo que no fué merecer; el haber alcanzado, con intento de no ser ingrato á S. M. y no quitarle la mayor alabanza de los Reyes, que es el haber bien elegido; no hay cosa que así incline á los hombres para servir bien como la esperanza del recibir premios, ni que más aliente á los ánimos nobles que los premios recibidos. Piensan los unos siempre cómo alcanzarlos; los otros cómo pagarlos: quien quisiere alabar á S. M., diga que me ha elegido bien; quien á mí, que bien le he servido. Cuando el Sr. Infante D. Fernando, cuando los Consejos, cuando los Reinos se hubieran sólo satisfecho con asegurar esto á S. M., y cuando S. M. se hubiera contentado con sólo habérmelo agradecido, era el único remedio de hacerme dichoso. Si la mayor merced que se puede conseguir, y tambien la mayor obligacion que recibirse puede en

esta vida, es la confianza y la buena opinion, ¿cuál será alcanzarla con la estimacion de los tribunales enteros, de los Consejos de los Reinos y de un Rey Monarca, y lo que más es de S. M., que sea por todos los siglos dichoso y bien afortunado? Poco podré ya rehusar mercedes miéntras ésta, que es la mayor, la he recibido. Sé que no aceptarlas sin otra razon, que es la mayor, de no merecerlas, es, fuera de razon, agraviar al Príncipe, quien las mide no ménos que con su misma grandeza, y muestra que se ha engañado en conocer méritos, cuando él es el engañado en no atribuirlos al ánimo; y como no se han de resistir las mercedes sino á razon, así no se han de recibir sin justicia, qué justicia seria si yo tomase 12.000 ducados cada año del herario de S. M. en tanto que me lo situan en encomiendas; yo, que me he opuesto á tantos porque no hagan semejantes mercedes. Esta Monarquía conseguirá, con su grandeza, mover contra sí la envidia, y con hallarse tan dilatada, despertará la agena ambicion: infinitas veces la acometerán, si los premios de quien la defiende han de ser con daño de los Reales haberes; y si repetidamente ha de ser defendida, en breve espacio de tiempo se perderá, aunque no por los que la acometen, por los que la asisten. Veo que los Consejos han consultado esto á S. M.; conozco que su voluntad es de hacerme mercedes, y lo serán, sí, pues para que lo fuesen basta su voluntad. Son en alguna manera peores los beneficios de los amigos, que de los enemigos los deseos; estos, tal vez, cuidan de herir, y sanan aquellos de engrandecer y arruinar: fué mucha parte para que se estableciese ley que prohibiese las mercedes que hubiesen de salir de la hacienda de S. M.; si es mala, ¿por qué se hizo? si es buena, ¿por qué no la guardó? Llamaránme avaro y maligno, como quien estorba á muchos el gozar del tesoro de S. M. y á sí solo reserva el arrebatarle. Deben los Reinos imitar á la naturaleza: ésta, las cosas más ásperas vuelve tratables con hacerlas comunes; aquellos, las más difíciles leyes volverán fáciles si las trazan iguales: la resolucion que es buena, no debe romperse en ningun caso, por bueno que parezca; pues

más es la fuerza que se le quita que la justicia que se le da, y es dificultoso restituirla á su valentía, una vez quebrantada, contra el ejemplo que la ha enflaquecido. Aun cuando no tuviera qué comer, no aceptara esta merced; y el motivo menor que me lo persuade es, no haberla menester: avergüénzome de decirlo, porque no teniendo en este mundo mayor deseo que gastar en servicio de S. M. la vida y la hacienda, aunque puedo afirmar que en todas las ocurrencias de empeño he querido consumir la una y emplear la otra, siento como escrúpulo no haberlo hecho. A quien no lleva otro fin en el servir que el servir mismo, es gloria el haber servido, premio la nueva ocasion de servir, gusto el obrar y galardon el haber obrado: extraña cosa seria que el que sirve por obligacion dañase por haber servido, mas de la suerte que resiste la merced de los 12.000 ducados, que en todo el tiempo han de salir de la hacienda Real, pues no se ajusta con el deseo que tengo de gastar la mia por el servicio de S. M. Acepto ser Alcaide de Fuenterrabía, que mira al de verter en su servicio la sangre; y esto, con que si el enemigo la sitiare, no se me impida el ir en persona á los mayores peligros y accidentes de perderme, de defenderla, ó de socorrerla; y no lo aceptara si entónces hubiera de poner Teniente. Yo que recibo de manos de S. M. tantas mercedes, ¿he de pagarlas despues por los agenos, aventurándome á que una falta que no sea mia me haga ser ingrato sin haber querido serlo y sin haberlo sido? ¿Qué efecto haria en el ánimo de un hombre honrado, en la memoria de mis abuelos, que se mostraron señaladamente, con tanto valor, en romper ejércitos, conquistar provincias y defender plazas, vistiéndose de aquellas como del propio cuerpo, para no dejarlas si no es muriendo? Si yo juzgase que el que puse en mi lugar fuese más que yo afecto, fiel y aficionado, me llamarian indigno del que ocupo en la benigna gracia de S. M., pues se debe al más benemérito, ó, no le juzgando tal, haria traicion á la confianza dejándola servir al ménos suficiente: cuando él obrase mal merecia yo que S. M. me quitase mis puestos, y cuando bien,

que me pusiese en ellos. Estas mercedes con estas circunstancias no las puedo aceptar, ántes me dejara morir; son contra el servicio de S. M., contra mi conciencia y mi honra: no se ha de recelar el perder la vida por tres cosas juntas, que cada una de por sí justifica y hace loable el haberla perdido. Mis servicios no merecen que yo sea puesto en las angustias de no aceptar mercedes; y ocasionen perderme ó perderlas aceptándolas, y de trocarlas en perjuicio y daño público. La copa de oro, que parece corta satisfaccion, es solamente conforme al rendimiento y fuerza de mi ánimo, que es muy crecido; será doblado galardon remunerando la obra que se ha hecho, porque es la señal y el ánimo por que se ha hecho; porque no es paga, no merece tanto quien ha servido por sólo interes; tanto basta á quien por sólo amor: éste no halla otro premio igual á aquel que pende y puede mostrar que no se ha servido por premio: quien le da grande, pretende haberle pagado; quien pequeño, se avisa de no poderlo pagar: es siempre, miéntras ménos mayor señal; no termina el merecimiento, y paga lo terminado.»

Papel que parece anda por los aires como espíritu aéreo, ni aprieta ni afloja, y habla como encantado: dice lo que le puede calumniar, y no deja la causa ni el motivo de lo que á la postre le puede suceder: no deja de encarecerse, y pone la humildad y el conocimiento propio en las nubes: parece que no acepta las mercedes, y tómalas. A este paso van todas las cosas, sin que el entendimiento humano las pueda dar alcance, y así se pierden en nuestro siglo, pareciendo á los extranjeros que hemos faltado á todo el conocimiento. Dice no lo inventan para sacar esta fantasma al teatro del mundo, que los Consejeros de la Cámara, fenecido el preámbulo, respondieron:

«Las leyes que acortan los premios no comprenden las hazañas (que tambien seguian el estilo del rumbo y la fantasma), que por grandes los imposibilitan, casi todos se hacen en prevencion de lo universal; la jurisprudencia no determina casos particulares, y los que son fuera de lo regular

mucho ménos, como no se dejan de castigar los delitos extraordinarios, por no haberle que disponga en ellos, así no falta á premiar los méritos por no haberla expresa que los exceptúe. No recibir ahora las mercedes de S. M. y medirlas con las leyes, es querer ligar con demasiada molestia las manos que franqueó liberales á nunca visto merecimiento, cuando el Príncipe se ha de aprovechar del poder absoluto (que es sobre las leyes, no contra ellas), sino en raros acaecimientos: conviniera no hallar ejemplares, porque remunerando S. M. una accion tan singular, el cuidado se habia de poner en buscar premios singulares; ni tampoco se debiera añadir que la consecuencia miraba aún á menores acciones, cuando en nuestros tiempos no las ha habido mayores. Mas todo es menester representarlo al ánimo de V. E., que obra siempre lo grande y no lo cuenta sino entre lo pequeño: sirviendo se satisface solamente de lo que es más; habiendo de ser premiado se contenta con lo que es ménos. Alcaide de Fuenterrabía ha de ser con mucha razon, pues queriéndolo evitar, ni lo sabe, ni puede; al tiempo que lo rehusa lo acepta: pretende, si el enemigo acometiese la plaza, socorrerla como sea más necesario: muchos han nacido inhábiles en cualquiera cosa, otros capaces de una sola, rarísimos de todas; el error de los primeros es, si en alguna se emplean; de los segundos, si en más que una; de los terceros, si en ménos que en todas. Bien pudo, cuando el enemigo se puso sobre Fuenterrabía, irla á defender ó socorrerla, y si perdiérase su persona y la plaza: ¿cuándo hubiera proveido de dinero y municiones? ¿quién tan brevemente juntado un ejército de partes tan remotas, conduciéndole con tanta priesa, que parece á un mismo tiempo se formó, llegó y venció? ¿y quién en estos aprietos hubiera enviado gruesa armada al Brasil, socorrido de gente á Italia, y nuestra Provincia, que la llaman despoblada ya por tantas guerras, y más por tantas victorias, levantado en un año sesenta mil hombres en armadas de la mar, y ejércitos de tierra en España, en las Indias, en Italia y Flandes? Las Monarquías necesitan muchos sol-

dados, y aunque muchos se hallan tambien de un Ministro grande, que recibiendo las influencias de su Príncipe las reparta, y aunque de uno solo pasan siglos, la naturaleza no es esterilizada, é irrítase si no la produce; pues quiere dejar un puesto que no habia quien igualmente lo ocupase para entrar en otro, que de mil puede ser dignamente ocupado: el pensamiento, séase lo que el quiera bizarro, es pernicioso; habemos menester, para vencer su modestia apelar á su conciencia. El arquitecto no abre los cimientos, no levanta los muros, las columnas, los arcos, con pocas líneas y poco papel; en los mayores colosos, para la inmortalidad, se confía al ingenio, se atribuye de los que dibujó, y que tal vez no los vió, pasándose en silencio el nombre de aquellos que los fabricaron. Si tantas razones no valen, valgan las leyes de Castilla, que obligan á asistir en las ocasiones de semejantes cargos cuando de voluntad se han aceptado, no si á persuasion sola de la obediencia. A lo primero, dicen, replicó el Ministro, no convenia á los hombres nobles buscar en las materias de honra ser exentos, con privilegios ó limitaciones, sino juzgados con los más rigurosos escrúpulos y estrechas atenciones de la ley y de los ejemplos á quien no eran poderosos á vencer resistencias; bien que animaban á los persuadidos, que buscan lo que se ha hecho para evitar el castigo, y no lo que se ha de hacer para huir el exceso, como si no se hallasen pisadas que llevan á los riesgos y no se reputase error repetirle, era débil contra sí el argumento de dos ó tres por quien se habia la ley oscurecido, contándose en su favor tantas; para quien no se ha mudado, no deberse inclinar al mal; de manera que muchos no puedan acreditar el bien, y pocos valgan á introducir el daño: tanto más firme estaba en guardarla cuanto eran inferiores las cosas que proponian haberla quebrantado, que serviria mejor á la ley, cerraria más seguramente el paso de romperla si se concediese á loable, y mayor imitacion sustentándola, y quitándose la fuerza á los menores que la habrán destruido. Y concluye: que Dios quiso, y el Rey, nuestro señor, dispuso la defensa de Fuenterrabía, sin que tuviese

más parte en ella que los otros Consejeros que dieron sus pareceres.

Con estas solas palabras que se hubieran dado por respuesta pareciera más cuerda y de más juicio la narracion, porque no me puedo persuadir en uno ni en otro, que hombres de tan buenas partes, aunque llevados de esta fantasía, gastasen tanta copia de razones inútiles, y todas de ningun fundamento, que no parecen sino del cerebro del Malvezi, genio muy apropósito para inventar fábulas y para henchir cartapacios de novelas, porque aquí se gastan voces y frases fuera de propósito, indignas de acumular á hombres de consejo ni á Ministros de tan relevante puesto: acullá se gastó muy bien la pólvora que les dieron, y aquí todas las lisonjas y adulaciones que pudo inventar la malicia. Pasa adelante el cuento y refieren que los Comisarios dieron cuenta de todo en el Consejo de Cámara; y volvieron á consultar, y dijeron que sin embargo de las réplicas se le podian formar los despachos para todo lo resuelto, y para la renta de los 12.000 ducados que se recompense con otra despues en vacando; que la Alcaidía de Fuenterrabía se podrá convertir en Adelantado de Guipúzcoa; de suerte que á cada paso se iban despeñando en inventar cosas nuevas, extraordinarias ni jamás vistas en provincias que, ajustadas con sus leyes, fueros y privilegios, están gobernadas, engazadas y constituidas en generosa policía, sin necesitar de otros arbitrios, cuando los que se fabrican, ni son de uso, ni se los admitirian los vizcainos, ni la nobleza de aquellas casas, ántes abusarán de semejantes transformaciones y quimeras. Ya esto no es de la cosecha de Malvezi ni de sus apologías, sino nuevamente de aquel Consejo, que buscaba ambajes y caminos para darle la Provincia, para subsidiarla más á su favor, pues hubo quien consultó que estuviese á su eleccion y á la de los suyos nombrar Gobernador: va caminando, y dice, que esto sea con facultad de proponer persona para el gobierno de la plaza y con el sueldo que se consultó, con perpetuidad, y los honores y preeminencias de que gozan los otros Adelantados, y que esta dignidad se su-

ceda por juro de heredad, conforme á lo que dispusiere el interesado: y vuelve á aferrar que no sea más que la persona que él quisiere, siempre tirando á otro blanco y á dar principio á otra cosa. Esto para quien dice que no quiere nada y que se intitule aquel Adelantado mayor de Guipúzcoa. Inventó otra, y la más perjudicial, arbitrando modos y medios para mayores desaires en lo porvenir, que todo parará en pleitos y deposiciones: dice, que á las respuestas de lo propuesto, buscando y hallándose medios para el reparo del tal, no se ajusten ni practiquen, pues ni es justo dejarles de hacer merced, ni tampoco obligarle á que pierda, porque en esto faltará si le aprietan, y su celo y servicios merecen que se mire por él, y que habia caminos para todo buscándolos. Y confiriendo con él, que le han vuelto á replicar los Comisarios; y que buscando los medios que se podrian aplicar para tomar los 12.000 ducados de renta, por no haberlos aceptado en las Cajas de Lima y México, se le den en encomiendas; y prescribiendo la injusticia y el agravio, que sean prefiriendo á las otras mercedes de esta calidad, y que entre tanto que vaquen se den en los efectos y ventas de oficios y otras gracias que benefician en la Cámara, que lo haga el Pagador, y se supla de gastos secretos lo que faltare. Y aprieta la materia diciendo: y porque V. M. tiene resuelto que si hallase alguna cosa que fuese de mayor lustre ó conveniencia para la casa del Conde lo consulte la Cámara, es de parecer que podria V. M. servirse de hacer merced al dicho del oficio de Tesorero general de la corona de Aragon, que hoy está en cabeza del duque de Medina de las Torres, para despues de sus dias, con los gajes y emolumentos que goza, con las mismas calidades, honores y prerrogativas con que hoy sirve aquel oficio, perpetuo por juro de heredad, para que ande agregado á la casa de San Lúcar la mayor, que es fundacion del Conde, ó para quien suceda en él, conforme á los llamamientos y disposiciones del dicho; con que llegado el caso de haberle de suceder el tal, ó sus sucesores, todo lo que este oficio tuviese de gajes y amolumentos sirva para la paga

de los 12.000 ducados de renta; y si estuviere cumplida esta cantidad en encomiendas de indios, se baje de ellas lo correspondiente á lo que valiere el oficio, gajes y emolumentos.

No parece sino que todo cuanto polvo se ha armado y levantado, sobre el amor y celo, desvelo y atencion, la causa pública, el hacer merced, los medios Fuenterrabía y su libertad, ya que no se ha hecho caso de la espada, donde tampoco faltó el consejo, ha sido todo para dar en esta cláusula y su invencion. ¿Qué diremos ahora del desinterés? ¿y qué cuando damos el porrazo de arrebatar, quizás á quien no tratara de esto ni quitara la encomienda mayor de Alcántara, al que hoy no tiene, por nuestros mismos oficios, las que le dieron de Cristo; habiendo dejado por todas partes y lados en la calle, y echádole más allá de Roma, á lo superior de Alemania, no más de porque el Almirante fué á Italia, cuando su paciencia y largo destierro, y quiebra de mujer, de hijos y de hacienda pedia tratarle más de cerca, remunerarle y acariciarle? Esta es la verdadera causa pública, el objeto y lo que miran los vasallos, no á saber aquello y á saber quitar al conde de Chinchon la Tesorería de la Corona de Aragon, por un vireinado del Perú, transitorio y de largos viajes, y que habiéndosele sacado y no podido afirmarle en una casa, por disposicion justísima del cielo, pasarle á otra que se deja amenazar. Lo que me espanta es, que el conde de Chinchon, que en la era pasada supo mirar por sus trastos y algunas de sus herencias, y ejercitar sus pasiones con aquellos, no haya sabido en ésta mirar por una alhaja tan grande y de tanta honra y utilidad á su casa; pero esto será pleito despues entre los sucesores de ambas familias, como es de ordinario en espirando la fortuna y el valimiento, convirtiéndose todo en un piélago miserable de litigios. Pasará esta era y sucederá otra, y los que pasaren los ojos por este suceso le censurarán, y valdránse de las mismas piedras de que tú te vales, si no las tiraras contra tí en los escritos ridículos que has publicado; risa del mundo, desprecio de buenas plumas. Si conocieras con buenos ojos lo que pretendes profanar, halláras que fueron la

gloria y el ornamento de toda prosperidad y buenas fortunas, la estimacion y la idea de los otros Príncipes, la juventud de las edades en que todo resplandeció, el dechado de toda humanidad y cortesía, liberalidad y majestad, con el aplauso de ambos orbes.

Va prosiguiendo el Consejo de Cámara, y porfía en esta manera: «Y atendiendo el Consejo á lo que en tiempo del Ministro y con su atencion se ha adelantado en la regalía de V. M., en materia de Córtes, introduciendo el voto decisivo sin ocurrir á las ciudades como se solia hacer; para que en los sucesos del pretendiente se continúe el singular afecto y amor con que sirve, y quede memoria de su celo y sirva de ejemplo á los demas (esto era que hasta aquí habian dado tras el Almirante, y ahora querian dar tras el duque del Infantado), y dicen, es de parecer el Consejo, que podrá V. M. servirse de hacerle merced de previlegio perpétuo, por juro de heredad, para él y los sucesores que él nombrare, en la forma que pareciere más conveniente á la Cámara, para que el Conde y sus sucesores, cualquiera de ellos, sea Regidor perpetuo en todas las ciudades y villas de voto en Córtes á donde se hallare viviendo de asiento ó estando de paso, para que en cualquiera de ellas sea Regidor perpetuo, y ejercer el dicho oficio con voz y voto, gozando de todas las prerrogativas y franquezas que usan los Regidores de las ciudades y villas sin diferencia alguna con prelacion de voz y voto, gozando de todas á todos los que no le tuvieren por previlegio de V. M., y con voto fijo perpétuo en las Córtes; alternando en los Reinos y ciudades, en esta manera: Que en las primeras Córtes por Búrgos, vengan los dos Procuradores como se acostumbra, y se añada tercero Procurador que sea el Ministro y sus sucesores, con el mismo poder, calidad, salarios y emolumentos, honores y preeminencias que los otros dos; y en los segundos se haga lo mismo en Toledo, y consecutivamente, de manera que la procuracion de Córtes que ha de tener el Ministro y los sucesores de su casa de San Lúcar sea fija y perpetua con la alternativa con que no se admita en las Córtes ningun Pro-

curador del Reino ó ciudad en quien alternare y tocare esta procuracion, si no es dando poder el dicho y sus sucesores en la forma dicha, y la Junta de asistentes lo ejecutará así: lo cual tendrá gran conveniencia para el servicio de V. M., como para que aquí en Castilla quede y haya memoria perpétua del amor y celo, atencion y cuidado con que el tal sirve, y para que esto mismo se conserve en los sucesores: y aunque V. M. tiene ejecutoria para poder añadir dos ó tres votos en las Córtes, parece conveniente que se pida consentimiento al Reino para el despacho que se sirviere de dar, y que sea en la forma más ámplia que pereciere necesario.» La respuesta fué aprobarlo todo, y dar plena potestad para ello y lo que se ajustare con el Ministro, quitar, añadir ó enmendar, y que acabasen que ya era tiempo, y ha pasado mucho de él.

Fenecida esta materia, sólo nos queda que responder, que lo uno, como ya hemos reparado, fué hacer tiro al Almirante, y lo otro al duque del Infantado, no más de por hacer una exorbitancia á sus ojos y en la clase donde él asistia; y esta última merced es tan devanada como nueva y tan nueva como fuera de camino, remitiéndome al tiempo que lo ha de descabezar; indigna de haberla beneficiado ó dádola por arbitrio hombre que tenga nombre de Consejero real de Castilla ni de la Cámara. La materia de Córtes y de llamar á ellas necesita tanto *de novio en talla*, y de seguir el Real camino, que en tanto que esto se hiciere las habrá y se conseguirán de ellas las justas pretensiones que se propusieren y los pedidos; y de otra suerte, será meter el Reino en quiebra y confusion, y descender á una total ruina que no nos sea fácil despues de aplacar; y esto de la regalía y decisivo son materias que se toman y áun se recibe en juicios fieles dura y pesadamente, y es muy malo de llevar; y quitar á las ciudades y pueblos sus leyes y privilegios, y anulárselos, es puerta por donde tambien se entra y ocasiona un desconsuelo comun, y es abrir zanja á una peligrosa sedicion que no se pueda atajar. Ejemplos vivos tenemos de esto en Cataluña y en Portugal, porque, ¿de qué otra cosa se quejan los vasallos sino de

que les ha recaido en estos veinte años últimos un pesado yugo y una intolerable servidumbre? Tambien nos sea de ejemplo de esto la conmocion de Lóndres, en Inglaterra: desembarázase aquel Reino, á imitacion de otros sus vecinos, á echar tributos y cargar al pueblo, y éste tomó las armas para sacudir de sí el peso y las coyundas, y hoy se ve sin Reino la Reina, y los Príncipes, sus hijos, peregrinando por las provincias vecinas, teniendo aquel Parlamento, recursando la tiranía, el poder el mando y las armas. Raros ejemplos de estos hay en las historias comunes del orbe, pero nada os basta, ni mitigamos la sed de la ambicion y codicia, porque mal escarmentados de este vicio, aún se estudian los modos y los medios de usurpar, sin ver que hacen contra sí. ¿Con qué aficion quedaremos despues para con los vasallos en la posteridad, siendo notorio al mundo, cuando refieran de nosotros en sus quejas y en sus cargos, ó lo publiquen sus escritos, que les dimos un Gobernador por largo tiempo oneroso sumamente y de todas maneras pesado, sin merecerlo? Tanta aficion, tanta fidelidad por dar crédito á promesas, y apoyando novedades que han surtido en ruinas, y lo más lamentable de todo, que no se abren los ojos al engaño ni á la enmienda, sino que se conserve lo acostumbrado en todos los actos procedidos, para que esto tenga forma de estimacion y decoro. Si el Reino para que se erigió llamar á Córtes, es para remediar abusos, dar al Príncipe y concederle lo necesario para los gastos de su casa y de la guerra, enmendar yerros, quitar excesos; si compelen al Príncipe, y se lo hacen jurar, que en las gracias y mercedes no pueda un hidalgo hacer más de los hechos, ni dar una vara de corte; ¿cómo le ha de ser lícito poder admitir ni dar á un vasallo; ni al número de treinta y ocho ó de cuarenta hombres, entre Regidores y Jurados, y otros oficiales que allí se juntan y vienen de Castilla, diez y nueve ó veinte añadidos (porque tantas son las ciudades), ó más hombres, y que á una confusion tan grande como hay allí para determinar casos importantes, y en que no suelen oir, ni aún poderlos poner en juicio, arrimar otro mayor y más

crecido desórden y confusion? fuera desatino. Y que un hombre sólo pueda ser solo dueño de una accion tan grande, tan ilustre, tan generosa, de que no puede ser capaz, no obstante de que cuando trae por ejemplo el consultante que el mismo Príncipe en esta materia es dueño y señor de todo, siendo precisa su libertad, y de dejarlo y conservarlo en el modo y en la sustancia que hasta aquí: y dice que ha podido, y ejecutoriarlo, el añadir dos ó tres votos más, y se hace mencion de ello por cosa rara, nueva y encarecida. ¿Cómo le ha de ser lícito dar á vasallo ninguno, ni ménos admitir la proposicion, ni la consulta, de agregar á tan excesivo número diez y nueve hombres, y que saliendo los salarios y emolumentos que se les da de la sangre de los vasallos, sea tan duro este arbitrio, y de tan poca conmiseracion y clemencia, que á la misma efusion se le abra otra mayor y de más delgado cuchillo, cuando en consecuencia de menores calidades se han sabido hacer ahorros, reformas, limitaciones, tasas de sueldos y se insinúan desintereses? Es celo de atencion y cuidado. Ejemplo: se proponen escrúpulos y no le hay en éste; sin embargo que esta tramoya no puede ser en servicio del Rey, si es arte para desangrar todo el Reino y conducto para que todo se conceda por allí y acabar de beberse toda el agua, deja alguna gota para los que has dejado en seco, y cánsate de tus quimeras.

Vuélvote á repetir, que no puede ser de su servicio ahora, ni jamás, cuando aquellos regentes y jurados de pueblos y ciudades tienen los ánimos abiertos de servir á los Príncipes y darlos sus haciendas, como lo han hecho hasta aquí, añadirles quien les confunda, sea doblado el gasto, la dispersion y el ruido, es no desear el mejor servicio real. La verdadera ciencia en casos semejantes, la mayor política y razon de Estado que yo conocí en un gran Ministro, aunque pese á la envidia, era, en las cosas más árduas y de mayores dificultades, cuando no era menester introducir en las Córtes ni en los Reinos del servicio del Príncipe, y si le hallan algunos inconvenientes, era llamar á los más remisos, á los más enteros Procu-

radores de Córtes, y ofrecerles las mercedes, hacérselas; llamarlos con la cortesía, con los brazos abiertos, no con otros artificios é instigaciones, con el halago, con las buenas palabras, no con las impías, descorteses y acerbas, amenazando de deshacerlos, y conducirlos que era del servicio del Príncipe, que los haria merced, y que él seria el fiel intercesor. De esta manera venian en todo lo que era del bien y gusto de S. M., lo concedian, y sabian allanar el intervalo de las ciudades; y ellas mismas, enteradas de la benignidad y blandura del Ministro, holgaban de ello y enviaban votado el negocio á sus Procuradores, y que en su nombre lo concediesen, no pidiéndoles la inventiva de lo decisivo; que no se tiranizaban de otra manera las pretensiones, sino con el libre albedrío de los pueblos y de sus regentes: de esta manera se gobernó y conservó el Reino, vivió en paz, en sosiego y en lustre. Podrá ser que esto pase en esta era, pero en la que está por venir, y la del otro ó de los otros Príncipes, cuando llamen á Córtes y vean prevenir y pretender un exceso tan grande, que parece lo propusieron hombres sin ojos y sin discurso, fuera de lo justo y de lo ordinario, y á una merced tan viciosa, como dijo el fiscal Don Juan Chumacero de Sotomayor, por la era pasada, les causará horror y fealdad; y, mejor informados, la apartarán, la arrojarán de sí por inoficiosa, y dirán que semejante remedio no le han menester ni es de su servicio; y entónces afirmarán con más propiedad que venden á los Príncipes servicios, y los mismos Procuradores de las Córtes, los Reinos, las mismas ciudades, de ver entrar contra sí y contra el bien comun tan desigual caterva de codiciosos, aunque sean aquellos mismos que lo votaron, si se hallare allí alguno, esos mismos lo derogarán, saldrán contra ello, lo anularán y rebatirán de sí por cosa fuera de propósito. Fresco tenemos el ejemplo, y no pienso que hizo reparo en ello aquel Consejo ni el que consultó, por no querer estar advertido de sucesos, aunque no tan enormes, pero semejantes; acabada la otra era, aquellos letrados que deseaban ver hechos pedazos á los Grandes, á sus casas y á sus sucesores, no les sufrió el corazon ni lo pu-

dieron dijerir, y si ellos no lo hicieron y lo moviste tú, espera lo mismo, por más que estés alto, poderoso y envanecido. Finalmente, no pudieron reposar de la envidia, que les estimulaba el corazon, cuando residenciando á aquel grande hombre, gran Ministro, gran privado, como hoy lo confiesan las lenguas de los afligidos, en la peticion que dió el fiscal D. Juan Chumacero le puso demanda, que habia tomado y admitido, y que habia sido grande exorbitancia, cuatro ó cinco regimientos como el de Toledo, Búrgos, Valladolid, Madrid y otros; á que respondió (y no le fué bastante), que las mismas ciudades y villas se lo habian dado, ofrecídole y héchole fuerza para que lo tomase, y que por acudir con mayores veras y aumento al servicio de S. M. lo habia hecho y aceptado, sin llevar nada por ello.

Estudiemos, pues, el mismo caso, y atentamente pongamos los ojos en él, y pensemos que se hará lo mismo de nosotros, y que se fiscalizará con el mismo rigor y con la misma injuria, y mayor, segun los oficios que usamos con ellos, y con el ódio que nos tendrán, pues no hemos sido más agradables que aquellos, de mejor natural ni condicion.

Proponemos la rectitud, la justificacion, el desinteres que ahora pretende destruir, como toda la mayor accion del Reino que jura los Príncipes; no fueron de calidad tantos servicios de tantos grandes antecesores; los de cincuenta y tres años personales y veinte de escogido Ministro, de relevante valido, en una era de suma honra, felicidad, esplendor, majestad, hazañas, empresas y victorias; y no se han de pasar diez y nueve regimientos dados y repartidos á algunos criados de ninguna estofa, juicio, ni gobierno para entrar en un Reino á hablar en él, votar, saber proponer, refutar que no se destruya el bien comun, que se mire por la sangre de tantos inocentes; me parece cosa impertinente, sin sustancia y sin policía, cuando se debe mirar por la autoridad de aquellos, por sus privilegios, que no sean ofendidos con cargas, supersticiones, novedades y cosas jamás vistas; aquellos que juran los Príncipes, los dan las Coronas, las vidas y las ha-

ciendas de los súbditos, que corre por su cuenta el defenderlos, el ampararlos y el no agravarlos: tambien piden que sean aquellos hombres originarios de las ciudades, de sus mismas clases, ayuntamientos, consistorios y domicilios, de sus mismas jurisdicciones, legítimos y naturales, que se duelan de ellos, tengan lástima de sus quejas, lágrimas y sollozos, y sea más templado el despojo, y no bastardos, ántes votados por ellas, segun sus reglas, fueros y privilegios. Que esté al arbitrio de un vasallo nombrar Procuradores de Córtes, con aumento de salarios, propinas y emolumentos, parece fuera de buen uso y toda buena razon y justicia; y cuando se debe trastornar el mundo y turbarse el cielo, como en el postrero dia, serán raidos y borrados sus paragrafos y caractéres de los archivos, anales, erarios y protocolos, se harán nuevas leyes, órdenes y decretos contra los arbitrarios instrumentos, inventores de semejantes mónstruos, y tanto más entónces, cuanto más abiertos los ojos y ménos aduladores los Ministros, vean que por la causa que se consultaron tales mercedes, no legítima, ni natural, porque el divino y verdadero instituto natural, digo, militar, no los da á la pluma, sino á la espada: no los da al Ministro, sino al Capitan, que aquel ya lo tiene todo, se lo han dado y lo ha logrado, y éste fué á conquistar algun merced, muchas veces con la sangre y con la fatiga de la pretension. Paliόse esto con introducir á D. Pedro Pacheco, marqués de Castrofuerte, del Consejo de Estado y Guerra, y á otros, para que repartiesen entre los soldados que habian peleado en Fuenterrabía, y entre las viudas que habian perdido sus maridos de la misma manera, algunas mercedes, así en honras como en rentas y sueldos.

No sé qué tal haya sido el cumplimiento, porque ya se ha puesto con tanto ardid el uso de estas, que no se da con ellas si no ántes se cogen; no es beneficio sino trampa: una que yo ví en la mujer del almirante D. Juan Pardo, que murió en Guetarea de fuego y de agua, hija por otra parte de Pedro del Yermo, del hábito de Santiago, ayuda de Cámara del Rey y aposentador mayor de Palacio, habiéndola dado 600 ducados

de renta por la orfandad suya y del marido, en las arcas de tres llaves en la casa del Tesoro, no excusándola por aquel servicio ni los demas, y de haber dado su vida en la armada que quemó el arzobispo de Burdeos, de los derechos ni de la media anata, andaba su padre, habiéndosele vuelto la hija á su casa, tras de D. Antonio de Camporedendo, gobernador del Consejo de Hacienda, con inmensa fatiga para que le pagasen, despues de dos años corridos, significando su viudez, la pérdida de su dote, por no haber quedado con hijos, la de su marido y falta de hacienda; y nada de esto bastó para que le fuese cierta esta merced y se la pagasen; dejándola perecer, como si se la hubieran hecho *ad honorem:* ¡y mala era de Capitanes si no eran parientes, como de Ayudas de cámara, si no eran criados! Es cosa muy ordinaria acumular los yerros á otros: para los desmanes de esta era y sus fracasos no se ha tomado más falso ni más vejete color que decir que ya venian ocasionados de atras y de los otros, y que la felicidad y prosperidad, lucimiento y ornato de la otra habia causado la quiebra de ésta; fundándolo en los empeños y faltas de dinero, siendo así que esta necesidad se ha venido derivando desde la primera pérdida y desde el primer Príncipe de las Astúrias, y todos los Reyes la han padecido con las continuas guerras y trabajos, y aún las revueltas y desórdenes civiles y populares, acaecidas de nuestras mismas codicias y ambiciones heredadas hoy de los ascendientes.

Pero dejemos aparte el largo progreso de los demas, y hagamos alto en el de el rey D. Fernando *el Católico*, ¿á quién no le sobró con cuán poco dinero echó á los moros de España, ganó dos veces el reino de Nápoles y conquistó el de Navarra, erigió y estableció Monarquía? ¿Qué no obró el emperador Cárlos V, su nieto, para enseñorear la Europa, y qué no hubo menester, con lo que le dieron los Reinos y los vasallos para adelantar la Monarquía, empeñándose y buscando dineros prestados sobre sus haberes, y cuánto seria menester para concluir de contar sus grandes hechos? ¿y de dónde habian de salir sino de España y de los demas Reinos,

provincias y estados suyos? Fuerza era que esto enflaqueciese.

El rey D. Felipe II, llevado de esta misma causa, é instigado de estos mismos enemigos, atento á la conservacion, ¿qué no hubo menester pare llevar su imperio adelante y resistir al orbe? Fué necesario consentir al empeño y á mucho más de que ya dejamos algo referido.

El rey D. Felipe III le halló así, le conservó, le aumentó, sin descaecer de la misma majestad y grandeza con que se le dejaron, no le quiso cargar, hundir ni tributar, ni el que le gobernó y eligió por su confidente, peso y manejo de negocios, lo quiso hacer, porque antevió que no convenia á la seguridad, ni vanamente le prometió el señorío del mundo, ni sus tesoros, ni el de los súbditos, ni que le haria mayor, porque ya lo era. Fué fuerza valerse de él, y más que de éste del agrado y de la caricia, que es la llave maestra de los tesoros y de todo el caudal: para persistir á todo valióse de lo que pudo, y acrecentó el empeño porque no supo sacar el dinero de los propios, ni tiranizarlos, conservando así la majestad y el lustre con que fué reverenciada de los unos y temida de los otros; teniendo á toda Italia en una mano, sus potentados y príncipes de la Iglesia, para la eleccion de Vicario de Cristo, y á devocion y afecto de las cosas de España, y en la otra las cosas de Alemania y sus Electores para Emperador, ántes hereditario que electivo, y ambas cosas de la Casa de Austria, y que permaneciese en ellas. Esto era con la liberalidad, con las mercedes y los tesoros: así gastó algunos, que no los usurpó, ántes cubrió la necesidad que la publicó por no descaecerla y que no la acometiesen, anteviendo que esto la convenia y era su más escogida política, dejando en su natural las cosas de los grandes, y vivir á los vasallos en sus haciendas, en su industria y fatiga, y que fuese suya y no agena. Y en esta manera recayó todo, y con la misma grandeza, en Felipe IV, con una lista considerable de ilustrísimos capitanes y soldados: hánle dado los vasallos y los Reinos mayores sumas que á todos los demas, sobre las del mismo Patrimonio Real, y éste sin gastarle, ántes defendídole y

ahorrádole, y se ha sacado otro tanto de los arbitrios continuos y comunes; de suerte que se ha mandado borrar de los libros, esconderlos y cerrar los oficios, para que no se sepan ni causen admiracion tanto número de millones, bastantes á conquistar el mundo; y con bien diferente suerte de cosas, no sólo no lo ha sido así, sino al contrario, sin haber ayudado, conservádose, ni adelantádose, ántes dejado exháustos á los hombres, y á las memorias sin expresar, y apénas defendídonos: si hemos levantado y ocasionado con esto la alteracion de la Europa, y la sedicion del Reino y de las provincias propias, el malogro y estrago de todas, ¿por qué causa, ó por qué razon ha de ser el daño de aquellos ni de aquel, ni para qué cubrirse con esta capa de lo causado?

Siguiendo, pues, los progresos de este año, juéves, 6 de Enero, dia de los Reyes, sacó S. M. al príncipe D. Baltasar Cárlos, en público á la Capilla Real, no sin admiracion y contento, así de los Grandes como de todos los demas vasallos, por la gracia y la hermosura que se veia en tan tiernos y floridos años, habiendo entrado en el de diez y algo más de dos meses. Por otra parte, los ódios y los rencores de los enemigos se continuaban para con nosotros, y preveníanse de nuestra parte, para resistirlos y contrastarlos, nuevas armas, nuevas y numerosas gentes y dineros para ambas Germanías, Borgoña é Italia, fronteras y costas de España, juntas de armadas y fábricas de navíos, como tambien los enemigos; y con este mismo cuidado, el segundo dia de Enero se echó bando en todo el Reino, se registrasen los franceses y se obligasen á no salir de sus límites y circunferencias sin órden, y que diesen fianzas; y para lo de la corte y su prosecucion, se nombró para que pasase ante Francisco Texta, secretario de la Villa, echándoles algun tributo, para que reconociesen y reconocerlos, como de 8 ó de 16 maravedís, cobrados cada semana, para saber por aquí el número que se contenia, rerecelándose, por su natural condicion y por las astucias del cardenal Richelieu, que asistia en todo, de levantamientos y conmociones para soldar en parte las quiebras y gastos cau-

sados en Fuenterrabía, y tambien porque se habia publicado que el rey de Francia habia gravado de la misma manera á los mercaderes forasteros que habia en su reino, así flamencos, alemanes, como italianos y algun español, si le habia, les habia tomado parte de las haciendas, diciendo que en su reino las habian ganado, y áun que los habian metido en barcas y echádolos á la mar, siguiendo en esto, como en todo lo demas, la impiedad y tiranía de su ánimo perverso.

Y procediendo con el mismo estímulo y cuidado de la guerra, que en los años pasados, hicieron Gobernadores para su prosecucion, y de las tres órdenes militares de Alcántara, Santiago y Calatrava, al duque del Infantado, al duque de Alburquerque y al conde de Fuensalida; pero todo de ningun efecto, no más que para obligarlos á las levas y á los gastos continuos para las ocurrencias y temores que se temian, así de adentro como de afuera, por cosas que se decian y se sentian, causadas de desestimacion de vasallos, de aprietos y de pedidos: porque el 19 de Enero concedió el Reino, ó le hicieron conceder, una temeridad, y lo que no habia, para echarle á pique, cuarenta y tres millones que se habian de sacar de los frutos de la tierra á los que los tenian, y de los arbitrios, por pesados y escandalosos que fuesen; porque no se trataba de más que de sacarle, ántes que del alivio, del modo de haberle con ménos rigor y blandura; tambien, porque se dejaban sentir rumores de armada muy gruesa de Francia, que se juntaba en la Bretaña y en las otras provincias é islas que baña el mar Océano, en los puertos de la Rochela y en los demas, con los capitulados de Holanda, para acometer las costas de España, sus flotas y bajeles; porque el Ministro de la Francia sabia cuán desfavorecidas y obligadas estaban las nuestras en el estravagante concepto de alguno que las habia juzgado por de poca importancia nuestras armadas, y que no servian de nada sino de gasto y de acrecentar los Capitanes generales, pagándose á toda voluntad de sus sueldos y otras industrias, y cuando volvian por el mes de Octubre á los puertos, habiendo salido por el

de Junio, no traian nada ni habian hecho empresa de consideracion; siendo forzoso advertir á este juicio que es, no obstante, la mayor potestad del Príncipe y el mayor nervio de sus Reinos, y el mayor señorío de la Monarquía el tener armadas por la mar y dominarla, aunque no sea más que por el terror en que se tiene á los enemigos; y cuando no haya otro interes que tener defendidas y guardadas las costas para que no se le atrevan, y para que pueda la contratacion y los mercaderes pasar libremente y con desembarazo á las otras provincias del universo, y á las Indias, así orientales como occidentales.

Sabia esto muy bien el Richelieu, y penetrado lo de nuestro Ministro, y lo que se habia platicado en nuestras juntas y consejos; mas él, como tan grande estadista, argüia sobre esto y el cuidado que habia dado su armada en Levante y en Poniente, y el terror y estrago que habia causado en Guetarea; temíase esto ántes que en otra parte en el reino de Portugal, por estar tan vecino y ser de tanta importancia para los insidiadores de la especería y otras riquezas de Oriente, que son de su conquista; y tambien porque se presumia que aquel Rey queria vengarse de algunas palabras libres, dichas de la Gobernadora en la corte de Castilla á su Embajador, por haberla excluido, no sólo de Mántua y de Saboya, pero de toda Italia, y héchola peregrinar por la Europa. Haciánse algunas defensas: mandáronles volver allí á los Prelados y á los señores que fueron llamados el año pasado, para asistir al riesgo y á la necesidad, á levantar soldados y prevenir armas y navíos con tiempo; y por no dejar descansar la continuacion del pedir y su prolijidad, de que muchos se volvieron desiguales en la fe, particularmente el Acuña, arzobispo de Lisboa, que iba reprendido del exceso de Évora, ciudad, con todos los demas, y por no haberse arrojado con rigor al castigo de los pueblos que se tumultuaron allí y en el Algarbe, por donde ya llevaba principio la desesperacion.

Además de los millones concedidos y otros efectos, se pidieron á los gremios dineros prestados, que lo sentian áspe-

mente y lo llevaban mal, é iban aumentándose los sollozos y los lamentos, y más que todo continuándose la falta de aficion en los súbditos: pedíanse á los ministros de los Consejos, á los Tribunales, á los particulares, no exceptuando á nadie: hacíanse levas de caballos y de infantes á costa de estos, encaminando muchos á la Provincia y á Fuenterrabía, no acabándose de asegurar del sobresalto pasado, y de que aún todavía no dejaban de haber asistencias en la frontera; y en esta manera á todas las costas del Reino. Sin embargo, corrió voz de que se queria tratar de paz, pero con no más designio que introducir y sacar seis años de tregua, sin volver nada, para rehacerse entretanto y tornar á la guerra con más vigor y más brío, y ejecutoriar en lo tomado: para esto se decia que se expedian tres legados de Roma, uno á España, otro á Alemania y otro á Francia; mas viendo que este tratado no surtia á la esencia del dictámen y no convenia á la grandeza y majestad de España, se dejó y no se trató de ello; porque ingénua y precisamente se decia, y lo insinuaba el mayor Ministro, que la verdadera paz ó tregua era sacar las armas de los Estados agenos, y que cada uno volviese al otro lo que era suyo y lo que le tenia. A esto decian muchos, y los más preciados de bachilleres, no poderse tratar individualmente de paz, sin venir primero á una tregua y admitirla, para decidir las materias grandes que verdaderamente piden tiempo, y sin él no se puede efectuar ni venir á concordia y union.

Vino por estos dias, que eran los del mes de Febrero, á la corte del Rey católico, un embajador de Polonia, sin efecto ninguno, ni considerable de aquel Rey, hasta hoy, que es cerca del año de 644 que este libro se está copiando, y en todo este tiempo, que pasa de cinco años, no se ha visto en Alemania ni en el Pais-Bajo, en favor de nuestras armas, ni un soldado, ni ménos en el desempeño al derecho de Suecia, tiranizado á su casa por sus mismos antecesores, ni por la obligacion de los matrimonios conseguidos con la casa de Austria para extinguir y turbar aquella nacion, y echarla del Imperio y de toda Alemania, que es para lo que era menester, más que para

una embajada simple; pero todos ó las más de aquellas partes, si no eran enemigos, conservaban la neutralidad con el francés, y miraban y tenian por mejor regla de Estado su conveniencia; pero el haberse mostrado derechamente, y si lo hubiera hecho en favor de ámbas majestades, cesárea y católica, hubiera sido accion más gallarda y de algun freno para derribarlos y hacerlos retirar de las invasiones de aquella admirable Provincia, que tienen destruida y acabada, y sus ciudades nobilísimas más echadas por tierra, dadas al saco y al fuego.

Guarnecia el rey de Francia, por sus confines, las fronteras de Vizcaya, las de Navarra, las de Aragon (por Jaca), las del Condado de Rosellon y todo aquello que se contiene de la otra parte de los Pirineos con 20.000 hombres; dando calor á la armada de mar, en sus puertos, que se aprestaba por el arzobispo de Burdeos, y segun corria apinion, se componia de sesenta ú ochenta bajeles, sin embargo de que, habiéndoseles espiado y reconocido desde las costas de Vizcaya, referian que los más de ellos eran pequeños y de poco porte, y que era tanta la priesa que se deban, que trabajaban con hachas de noche, porque habia de salir á mediados de Marzo: á diferencia de las que se gastaban en las falúas y festines del Retiro, porque el Richelieu era muy amigo de tener sus recreaciones y holganzas con Marte, Belona y Neptuno, y que las luminarias se gastasen en armar flotas y en echar armadas por la mar para hacerse señor del mundo.

A la fama de este suceso se aprestaban nuestras legiones, particularmente en el reino de Portugal, por todos los señores, á cuyo cargo estaban las levas de infantería y caballería, continuándose con fervor los pedidos y las sacas del dinero por ministros y comisarios impíos, que esperaban su parte, y les influian el rigor para la rapiña; esto en toda Castilla y en las demas provincias, inquietando demasiadamente y con sumo rigor la Andalucía; y el Rey, lleno de fe, de confianza y de religion, para llevar el peso del gobierno y los trabajos de la regencia, poniendo en Dios todos sus cuidados, á 10 de Marzo,

juéves, segundo dia de Cuaresma, puso el Santísimo Sacramento en la Capilla real de su palacio, haciendo la traslacion festiva desde la parroquia de San Juan, con los aparatos y majestad que pide tan sacrosanto misterio y la grandeza de tan gran Rey y corte, en que lucieron las reliquias preciosas, las joyas, los ornamentos y los ricos paños de oro y seda en altares públicos y colgaduras; y expidióse por estos dias un decreto, de que se hizo pragmática, sobre la reformacion de las costumbres y los trajes.

Corrió voz por toda la circunferencia de la Europa, que bajaba un ejército de la Lorena, de polacos y de crobatos, á la recuperacion del Estado de la Lorena, y que habiendo de ser así no tuvo efecto: que el duque de Veimar habia tenido algunas diferencias con el rey de Francia, y que el Ministro, sobre no haber querido admitir en Brisac guarnicion francesa, como soldado bien informado de su trato y tiranía, y caso que fuese constreñido á ello, casi se dijo, si de estos y de otros semejantes se puede creer algo, entregársela al Emperador con partidos de concordia, alianza y perdon de lo pasado, y volver por allí á su gracia, quitarse y colgar la espada tantos años desenvainada contra el Imperio, y contra la seguridad de Alemania: parando todo en imaginacion y discurso, sin arribar nada al efecto; ántes se hallaba el conde Picolomini con un ejército de alemanes, soldados viejos y de todas naciones, en Vestfalia, haciendo levas en el país para socorrer la Alsacia y la Borgoña, á que tambien habia de acudir D. Francisco de Melo. Pero la multitud de nuestros cuidados y disensiones, que corrian arrebatadamente como raudales intespestivos, de la misma manera las sediciones y los levantamientos, con que no dejaban arribar á nada, ni á lucirse la fatiga del trabajo, ni la esperanza de algun fin afortunado.

El Embajador extraordinario de Alemania, que habia venido por el César á significar al Rey el estado miserable de aquella potentísima Provincia; la continuacion de los enemigos, así protestantes como suecos, ayudados y favorecidos de los franceses; el estado de las ciudades ansiáticas; el de los

demas pueblos y provincias, despobladas y quemadas, los edificios echados por tierra, extintos los templos, fundaciones y conventos de la Religion resueltos en ceniza, para que le ayudase con los socorros continuos y como hasta allí.

El proceso de las armas era tan continuo cada dia y en tantas partes de la Monarquía, que no daban lugar á las ocurrencias propias, cuanto más á las forasteras, aunque no dejaban de serlo las de Alemania, y su cuidado muy legítimo. Habíanse puesto en la Coruña 7.000 infantes españoles para enviar á Flandes, á costa de muy gruesos y excesivos gastos: en la Cantabria 14.000 con algunos caballos, contra la Francia, y el Condado de Rosellon levas de catalanes para su defensa y para rebatir las mismas asechanzas y solevaciones de aquellos enemigos; conducta de valones que venian de aquel país para España, que ya volvia como ántes á manejar las armas y las discordias hábiles y externas: esperábase un tercio de modeneses, 6.000 napolitanos y sicilianos, veteranos que habian de traer las galeras de aquellos reinos, con las de Génova: enviábase á Milan españoles, alemanes y napolitanos para proseguir la guerra tan natural y antigua en aquel Estado; reforzábanse las armadas en Cartagena, en Cádiz y otros puertos, para combatir con todo el resto de los enemigos, así franceses como septentrionales, resarcir y debelar su envejecida emulacion. Sin embargo, se despachó al embajador de Alemania contento y consolado con letras de 200.000 escudos, para que la espada católica obrase contra la heregía y la maldad, carga que tan mal y larga carrrera de años ha llevado sobre sí España.

Salieron de Dunquerque, á cargo del almirante Miguel de Horne, valentísimo cántabro y marinero terror de holandeses, diez y siete bajeles de aquella escuadra, para la Coruña, para traer 2.000 valones. Los enemigos de ambas fronteras, como holandeses y franceses, celosos de la jornada y que se fortificase aquel puerto, para quien se destinaba una armada en Bretaña, de fuerzas poderosas, para ocuparle y pasar á lo demas, no estando aún aparejados sus bajeles para

estorbárselos, avisaron á los de Holanda que los embistiesen en su misma boca y al salir, porque nuestras galeras no se valiesen de aquel esfuerzo y socorro. Fueron, pues, los de Dunquerque acometidos de diez y siete navíos de Holanda, no siendo más de cinco, porque los otros por un recio temporal que se levantó no pudieron salir; siendo tan pocos y ellos tantos, abordó Miguel de Horne sobre la *Capitana*, y estuvo para rendirla ó echarla á pique si no le huyera; pero siguiendo el intento encallaron ambas á dos: sin embargo, salió la *Capitana* enemiga y nuestra *Almiranta*, y porque los enemigos no se aprovechasen de ella la mandó quemar; donde venia para España alguna ropa del marqués de Mirabel; habiendo sucedido en el oficio de Mayordomo mayor, ó al lado del infante D. Fernando, para centinela de sus acciones, el marqués de Cerralbo. Salieron despues todos y con próspero viaje, haciendo presas en aquellos mares á los holandeses; llegaron á las costas de España con alguna gente ménos de la con que salieron al principio, porque muchos fueron presos, muertos y heridos del reencuentro, no dejando de quedar destrozados. Los enemigos, asistentes y vigilantes á embarazar nuestra navegacion, así en Dunquerque, Ostende y Mardique como en todo lo demas de aquel paraje, por no dejarnos arribar á la prosperidad antigua.

Las controversias entre el Turco y el Persa eran con el mismo ardor que ántes; sitióle á Babilonia, primera poblacion del mundo despues del Diluvio general, y de donde se derramaron por toda la tierra tanta variedad de lenguas, por la voluntad de Dios, por la fábrica de aquella torre y por la soberbia de querer guarecerse en ella, contra la suprema voluntad y potestad y sabiduría Divina, si otra vez sucediese la misma inundacion; de que, confundidos en la obra, y no entendiéndose los unos á los otros, la dejaron. Yace esta antiquísima ciudad, si no tan poblada como lo fué algun tiempo, puesta en las vertientes del caudaloso rio Eufrates, cuando desemboca y desagua en el seno ó mar Pérsico. Apretada de los turcos, la rindieron los persas con partidos á su propósito con-

siderables; que entrada despues por aquellos bárbaros, no guardando las condiciones ni lo acordado, les embistieron y degollaron á sangre fria pasados de 12.000 persas, no sin grave sentimiento de ellos y del Califa, y más en particular de los venecianos, por la potencia que se acrecentaba á aquel tirano, con quien tienen tan estrecha vecindad, y los términos de las tierras y los mares tan conjuntos, que cada dia, por pequeñas cosas y moderadas dependencias, piensan que ya le tienen sobre sí; miedo que les hace vivir más recatados, no sólo con aquel, sino con el Emperador y con las demas potestades de Italia y sus Príncipes, porque viéndolos empelotados con el Turco no los emprendan á deshacer su vanidad, y presuncion se doma por este camino.

Las cosas de Italia estaban de suerte, por la Regencia de Madama Cristina de Borbon, hermana del rey Luis XIII de Francia, en la Saboya y en el Piamonte, que no parecia sino que el francés era dueño y señor de aquellos Estados, por la liberalidad de la Duquesa, y en el modo como consentia que los enseñoreasen sus ejércitos, no de otra manera que si fuesen suyos y el heredero de ellos; y con la tiranía del Casal de Monferrato á la casa de Mántua, queria tener potestad en Italia, no para otra cosa que invadirla y entrar con ménos dificultad y opósito en el Estado de Milan. Discurrido esto por el Emperador y por las demas inteligencias de aquella augustísima casa, y por el derecho de los feudos que allí tiene el Imperio, se procuró ventilar y decidir la materia en la Cámara imperial por todos aquellos Príncipes y sus Ministros; anteviendo aquellas discordias, la alteracion de Italia, el intento del Rey cristianisimo y el de la duquesa de Saboya, ántes hermana que madre, en querer dárselos, pues los tenia ocupados de franceses, contra el parecer (si era así cierto) de los tios, el príncipe Tomás, del cardenal Mauricio y voluntad de los mismos naturales, que vivian opresos y lastimados de los tratos inícuos y malvados de aquellos enemigos; llegando las mismas quejas, no sólo al Rey católico, sino al Emperador y á los Electores, y á los Príncipes más extraños, con escritos

y embajadas, y contra el comun sentir de los potentados, así afectos como los que no lo eran; introduciéndose en la cautela el Papa y los venecianos, si bien con siniestras simulaciones, más aparentes que verdaderas, contra las quejas que proponian los ministros de España, de que el rey de Francia no metia allí las armas con otro celo sino el de ocupar aquellos Estados, por ruina ó desolacion de Italia, quitándoselos á los sucesores y á los tios, que andaban desterrados y peregrinos por las otras provincias y tierras de Europa, al sueldo del Rey católico, por los oficios de la Duquesa, hechos contra la quietud, contra los Estados y los vasallos de Saboya y Piamonte. Conferido esto con los Electores del Imperio y sus Príncipes, resolvió el César que el cardenal Mauricio de Saboya gobernase aquellos Estados y tomase al Duque, su sobrino, y á los demas, y fuese tutor de ellos, y los tuviese en tutela hasta que tuviesen edad de poder regir, y señalase á la Duquesa lugar y rentas competentes para pasar su viudez; por cuanto no le tocaba, ni competia por los feudos y leyes del Imperio, con que se ligaron y se sometieron hechos ya establecidos sobre la gobernacion de aquellos Estados, el no poderse introducir ni arbitrar en ellos, demás del natural francés que originaba las turbaciones y los desasosiegos, la excluyen de la regencia y crianza de sus hijos, como tambien de la tutela, por ser hembra. El cardenal Mauricio, ó por el estado ó por la indignacion, no se hallaba con ánimo de admitir aquel cuidado ni aquel peso, ó por abrazar la quietud y ser poco dado á las armas, renunció en su hermano el príncipe Tomás, espíritu más animoso y militar, que á la sazon estaba en Flandes con las armas del Rey católico, militando á su sueldo y debajo de su servicio; y la Princesa, su mujer, y sus hijos en la corte de España, hospeda en el palacio que sus hermanos tuvieron ántes, en tiempo del muy esclarecido rey D. Felipe III, con 4.000 ducados de plata cada mes. Y volviendo á conferir en el Imperio la resolucion del cardenal Mauricio de Saboya, dieron el cargo y la regencia de aquellos Estados al príncipe Tomás, que viendo la

ostinacion de Cristina, denegada por el Rey, su hermano, á todas las demas obligaciones, y al aumento y posesion del duque Francisco, su hijo, y de los demas, y que estaban ocupados de franceses, y con pretexto de falsa y ambigua proteccion; la muerte de su hermano; la minoridad de su sobrino, que por la misma inclinacion y proceder francés era de temer siguiese la misma derrota; causa por que él abandonó su tierra natural y domicilio, se pasó á Milan, dejando sus hijos y su mujer al hospedaje, á la gracia y benevolencia del Rey católico, se pasó á Flandes para seguir debajo de las banderas españolas la guerra á los holandeses, que con brevedad se pasó á tenerla con Francia, por no hacerla en Milan al hermano ni tampoco estar ocioso; pero así como la veleta, impelida de varios vientos, se mueve á ésta y á aquella parte, no de otra manera fué más constante su fe. Finalmente, reconocidas todas las cosas, así las que le tocaban como las de aquellos Estados y su casa, siéndole á propósito tambien la fortuna que habia tenido, y los otros buenos sucesos para el socorro de San Homer, para salir con airosa reputacion de Flandes, y enmendado el primer avieso de la campaña de Namur, pidió licencia al infante D. Fernando, enterado en las materias, y muy de secreto, tomó el camino de Alemania, y por el Condado de Tirol y Trento, recayó con próspero viaje en Milan. Fué recibido del marqués de Leganés, gobernador y capitan general de aquel Estado; intimó las órdenes que traia á la duquesa de Saboya, su cuñada, que no fueron admitidas, ántes contestadas con respuestas anfibológicas y generales: trataron de juntar las armas para poner en ejecucion los decretos imperiales, que insinuaban les diesen el Rey católico toda su ayuda, auxilio, fuerzas y gente para la ejecucion, ordenándolo así á los potentados de Italia que tienen esta obligacion. Pedia el príncipe Tomás al Rey católico á Verceli, plaza de Piamonte, para hacer alto en ella y tenerla por asiento para él y para el Cardenal, su hermano, y que se le pusiese guarnicion de su mano y de los españoles; parecia artificiosa la proposicion y que la querian recuperar por allí:

fué oido con buen semblante del Gobernador, así como las cartas del Rey animándolos á que empezasen la guerra, y que el valor, las fuerzas y la espada abriesen camino para darles en las demas plazas del Piamonte lugar donde acomodarlos, que él los ayudaria, porque no tenia el Rey, contra las invasiones y guerras contraidas de los franceses, y en satisfaccion de estilo de la Duquesa y su proceder, y del Piamonte, otra prenda de consideracion que Verceli, y contra los muchos gastos causados, y la queria para sí, ó para (alargándola) componer las cosas de Italia y conducir, con la entrega, como sucedió en los años pasados, en tiempo del duque Cárlos, su padre, una paz general; restituyendo el rey de Francia, por la misma razon, lo tomado, si bien no en aquella en las otras partes de la Europa, sacando los franceses de Italia y restituyendo el Casal de Monferato al duque de Mántua y el derecho de lo que le toca.

El Piamonte es llamado así por estar al pié de los altísimos montes Alpes, que dividen á Francia de Italia. Sus confines son: al Oriente con el rio Póo; al Mediodia tiene los Alpes ligurinos; al Poniente los de Francia; al Setentrion la Doca. Tiene los barbechos llenos de lindos y muy fértiles collados que producen panes, vinos y otras frutas muy escogidas; tiene ciudades, villas y villajes admirables, de muy ámplias y notables poblaciones: extiéndese desde el rio Sesia al Delfinado por entre el Apenino y los Alpes; riégala el Tanaro y el Escura. Es su mayor cabeza y corte Turin, de quien hacen mencion los ilustrísimos autores Tácito, Plinio y Ptolomeo que fué colonia de los Romanos en aquel siglo raro y antiguo; y Manuel Filiverto, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, la fortificó y forneció con un fuerte real, de figura pentagonal: tiene otros muchos en sus mayores ciudades, Verceli, Aste, Berona y Crecentin, para su seguridad y resistencia de los confinantes, siendo casi todo aquel Principado frontera rodeada de muchos y muy grandes Príncipes y potentados.

Juntadas, pues, las armas y aprestadas las naciones para combatir y dar socorro al príncipe Tomás por la decision del

Imperio, porque por otra parte no habia de ser admitido en el Piamonte; amparado y favorecido del Rey católico, como lo son tantos afligidos y depuestos, mártes, 19 de Marzo, salió una parte del ejército la vuelta de las Langas, con designio y resolucion de apoderarse de Cencho: iba por cabo de este trozo D. Martin de Aragon, General de la caballería del Estado de Milan.

Es Cencho una plaza puesta en una eminencia, con castillo fuerte é inexpugnable: confina por una parte con las Langas; por la otra con tierra del duque de Saboya, que la poseía injustamente, siendo feudo del Imperio, y la otra con el Genovesado; haciendo punta á todas las tres partes por meter los piés en cada una de ellas y dominarlas: era de importancia la toma de este castillo para las conveniencias del Milanés y para tener el paso abierto al Piamonte y poder marchar á él con más seguridad.

Siguió el Gobernador, marqués de Leganés, con brevedad á D. Martin de Aragon, saliendo de Milan la vuelta de Novara, á donde llegó prósperamente, dejando en los contornos alojado el ejército, así el cuerpo de la infantería como el de la caballería: de aquí salió á recibir al príncipe Tomás con los cabos del ejército, haciéndole ostentoso y lucido acompañamiento y hospedaje; estuvo allí algunos dias tratando y confiriendo las materias de la guerra del Piamonte, el modo y el gobierno que se habia de tener en ello.

Llegó D. Martin de Aragon al fuerte de Cencho, habiendo poco ántes adelantádose al Maestre de campo D. Antonio Sotelo á tomar los puestos con otros cuatro tercios, en la forma que lo seguia D. Martin; y á 23 de Marzo, reconociendo este caballero la plaza y los puestos, con aquel valor y denuedo con que siempre y en todas las ocasiones pasadas habia procedido, se alejó media milla á reconocer el castillo, llamado Saliceto, para mirar dónde podria poner una pieza para batirle. A este tiempo, y en aquella suspension maravillosa de gran soldado y valiente, le tiraron un mosquetazo que le atravesó las sienes, con lo que luégo cayó, no sin gran sen-

timiento de los cabos y soldados que allí se hallaban, porque era constantemente amado de todos ellos por su valor, ánimo, generoso espíritu y otras buenas partes, que quedaron allí sepultadas con otras muchas virtudes y esperanzas que se prometieron de sus hechos, y buenas fortunas que desde los principios habia conseguido gloriosamente en aquel Estado y en sus campañas.

Habíase dado el cargo de batir aquel fuerte al Maestre de campo D. Luis de Alencastre, tio del duque de Abero, y ejecutólo, sin embargo, con la pérdida de D. Martin de Aragon, que sin duda ninguna lo fué, y así lo sintieron todos. Se juntaron los cabos y Maestres de campo á elegir cabeza, en tanto que el General se la enviaba, y tocándole, por más antiguo á D. Luis Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos, cedió, á la mayor utilidad y servicio del Rey, y consintió que lo fuese D. Antonio Sotelo, Maestre de campo del tercio de napolitanos, con gusto de los demas; discurriendo que habia sido órden del marqués de Leganés para que tomase los puestos de Cencho, y en esta forma se la habia dado á D. Martin de Aragon, y que seria lo más conveniente y ajustado á la razon y al intento de la empresa rendirle la obediencia y hacerle cabo de la faccion.

Llegó á la noticia del alojamiento del Marqués la muerte de D. Martin de Aragon, y fué tan sentida del resto de los capitanes, que ninguno se atrevió á decirlo al Marqués por lo mucho que le amaba, y por la falta que le haria, habiendo resuelto fiar de él todas sus empresas por lo bien que habia salido de todas y la cuenta maravillosa que le habia dado de su persona, y fiarle las demas y descansar con él del peso y continuacion de aquella guerra. Era sin ninguna duda de todos reconocida la falta que habia de hacer al servicio del Rey, y así lo sintieron despues en la corte de España los ministros de Estado y Guerra. No atreviéndose, pues, ninguno de los cabos del ejército ni las demas personas que militaban en él, el abad de Santa Anastasia, con su acostumbrada cordura, se lo dijo, dejándole con el sentimiento que era justo. Fué nombrado en su lugar Cárlos de la Gata, General de la

caballería de Nápoles; y habiendo el Marqués entendido la eleccion de D. Antonio Sotelo en la empresa de Cencho, la estimó, reconociendo la atencion y templanza de aquellos cabos, y la conformidad y ajustamiento en reconocer lo mejor, prometiéndose suma felicidad en las acciones y hechos militares de este año, porque la obediencia y la justicia es la mayor disciplina de la guerra. Luégo que lo supo, teniendo la eleccion por acertada, no consintiendo el agravio, que es la ruina de todos, no queriendo contravenir al parecer y eleccion de los Maestres de campo, mandó volver á Cárlos de la Gata, dejando á D. Antonio Sotelo en su lugar y á nuestra gente apretando á Cencho.

Salieron luégo los franceses á su defensa, incitados de su importancia, creyendo que con la muerte de D. Martin de Aragon estaria todo metido en desórden y confusion. Venian los franceses con ánimo de rebatir nuestra gente de aquel puesto y de darles la batalla: el cardenal de la Valeta acaudillaba los suyos, y el marqués de Vila, con los saboyanos y piamonteses, acometieron á los nuestros por dos partes, y de ambas fueron heridos y maltratados, haciéndolos arredrar, con tanto denuedo y coraje, que en brevísimo espacio no pareció ninguno, desde los Generales hasta los más ínfinos soldados, así franceses y saboyanos como piamonteses, siguiendo el ejemplo infame de sus cabos, pagando con las vidas los que no pudieron valerse de la fuga: fué de suerte el miedo y el terror de los enemigos, y la rota que se les dió, y la flaqueza y desmayo que les ocupó el corazon, helándoles la sangre en las venas, que en cerca de dos meses no pudieron juntar la gente, formar el ejército ni salir á la campaña. Duró el combate desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde; señalándose este dia el tercio de D. Luis de Ponce deseoso de acrecentarse en honra para imitar á los mejores, y merecer los mayores puestos: con lo cual Cencho se rindió al yugo y á la ley de los vencedores, con otros castillos cercanos puestos en el contorno, de quien se recibia algun daño, cuyos nombres eran: Santa Gaula, Saliceto y Aiprien.

Conseguida esta faccion, partió el Marqués á Verceli con los demas cabos del ejército, tomando por acuerdo que el príncipe Tomás fuese la vuelta de Turin, corte del Piamonte, con mil dragones y un razonable golpe de infantería, á donde se pretendian encaminar los designios mayores para enseñorear la cabeza, y con ella los demas miembros del Principado. Partió, pues, con tal órden, silencio y diligencia, que hasta aquí pareció español, y despues pareció francés, que era su mayor y verdadera inclinacion; de suerte, que habiendo caminado más de catorce leguas por el Piamonte, atravesando algunas villas ocupadas de franceses, apénas fueron conocidos si eran amigos ó enemigos: dieron vista á dicha plaza, situada á cuatro leguas de Turin, y adelantando algunos caballos, como que eran pasajeros, se apoderaron de la puerta, y siguiéndolos los demas de la caballería, la tomaron sin sangre ni ruido de armas. Preservóla el príncipe Tomás del saco, como presea suya y de su casa, por ser la primera que habia tomado, y como avisando á las demas plazas que siguiesen el ejemplo, se pasasen á él, dejando el errado camino de la Duquesa y sacudiesen de si y echasen de sí el peso y el dominio de los franceses, y reclamasen á un Príncipe, hijo de Cárlos, duque de Saboya, y hermano de Victorio, su señor natural, que habia espirado á manos de las injurias é iniquidades de aquellos enemigos. Alojóse allí la gente con la seguridad y quietud que si fuera en tierra sin controversia ni emulacion.

Fué de grande sobresalto este accidente para los ciudadanos de Turin y para los pueblos comarcanos, y más cuando fueron avisados que tenian sobre si y tan cerca mil dragones, con caudillo tal que era para causar asombro; y con dictámen de echar de allí la tiranía y los detentores de las revueltas de Europa, estaba de tal arte toda aquella comarca, que muchos desempararon los lugares pequeños y mal seguros, y se fueron á las ciudades muradas, y otros no prometiéndose resguardo ninguno las dejaban, huian de ellas y se iban á otras partes, conociendo la resolucion del príncipe Tomás; pero él, como

sagaz, miraba por la hacienda de aquellos, y no consentia se les dañase en una espiga: y, sin embargo, se hallaba alterada toda la tierra y con notable sobresalto la Duquesa, á que acudió volando el cardenal de la Valeta con alguna gente francesa, persuadiéndola que se saliese de la ciudad, á que replicaron muchos de sus criados y vasallos, y los Gobernadores de Turin, anteviendo que era traza para ocupar aquella corte. Entendido por el Príncipe el sobresalto en que habia entrado toda la tierra, fué tomando algunos puestos del contorno de Turin, aunque flacamente, para cargarla despues y subprenderla con mayor seguro y fuerzas. Dejó alguna guarnicion en Chivas y pasó á Imbrea, no más distancia que de cinco leguas, para asegurarse con aquel puesto y tener con el Milanés seguras las espaldas y la retirada caso que no saliesen prósperos sus intentos, como al fin lo habia de ser, con país muy luengo y distante, para alojar más acomodadamente y esperar los socorros, y reclamar á los efectos del Principado. Domina Imbrea casi todo el Canobes la Val de Osta y Hela, y cargó el Vialés: tomóla, pues, el Príncipe y rindiósele: es ciudad puesta á las riberas de la Dora, que pasa entre dos peñas, sobre que carga un puente, sin tener otro: estaba desproveida y el castillo desarmado. Con que ya el principe Tomás iba ganando tierra, y se hacia lugar en ella con el valor y la espada, habiéndola dejado poco ántes por los malos oficios de franceses, y porque el Duque, su hermano difunto, los habia admitido para que se la desolasen; mas él decia que no podia más, siendo más á propósito la confederacion con España, que no usurpa los Estados, ántes los defiende de los enemigos y de los que los quieren infestar; como lo ha hecho, y por larga carrera de años con aquella casa.

Acudió allí luégo el cardenal Mauricio, su hermano, que estaba en el Estado de Milan esperando á ver el progreso de Tomás y cómo se ponian las cosas y de qué aire, tambien para conmover á los naturales de sus trabajos, destierros y peregrinaciones, para atraerlos y que los acudiesen y se arrimasen á su parecer contra el proceso de la Duquesa, y para

echar los desertores de la sierra, que pretendian usurpar, si ya no lo estaba. Muchos, conmovidos de este hecho y de su justificacion, y del infame proceder de los franceses, los siguieron y dieron la obediencia, como Viera de Val de Osta, y otras tierras y castillos.

Salió el marqués de Leganés con el ejército de Verceli la vuelta de Alejandría de la Palla; enviando á D. Juan de Garay para que corriese con él la vuelta de Turin, y que si por los pasos que habia de marchar, ora fuese por el Monferrato ó por el Piamonte, la plaza que encontrase desapercibida, la tomase, mas que no fuese perdiendo el tiempo ni embarazándose mucho en ellas. Tomó su derrota el Marqués á 7 de Abril de este año, con parte, por medio del Piamonte, dejándose dos plazas fuertes de los enemigos atras, como cortadas, siendo harto considerables; era la una Santía y la otra Trin: pasó la babía y se puso á nueve leguas de distancia de Verceli, con designio de atraer allí á los franceses, y que la guerra, que desde aquel Estado habian querido meter en Milan, tomándole por plaza de armas y puesto muy conveniente para invadirle, y con él á toda Italia, metérsele dentro y que recayese en el castigo, muy justo, y venganza de sus artificios, como la sufre hoy y le lleva con estrago y toma de sus mayores y mejores pueblos y ciudades, ocupadas por las armas del Rey católico desde este año, con grande desembarazo y desahogo del Estado de Milan y quietud de sus moradores. Mas no sé si era ésta la verdadera intencion de Tomás, y no se encubria en el corazon de nuestros cabos, en el del Rey y ministros, porque en aquel pecho siempre estaba hirviendo la pasion francesa y el ódio á la nacion española; pero todos callaban, hasta que no pudo contenerse la mina que no reventase; sin embargo, esperaba la llegada del ejército, y estando ya juntos, acordaron el viaje y derrotas que se habian de tomar; y conferido todo con los prácticos y de consejo, marcharon, haciendo alto en una casina, á una milla ántes de Crecentin, lugar fuerte, sentado á las riberas del Póo, y con otra plaza fuerte de la otra parte, sobre una colina, y con un

castillo admirable y poderoso. El nombre de esta ciudad es Berrua, muy nombrada en las contiendas pasadas y al principio del reinado de Felipe IV, cuando la sitió el duque de Feria y se levantó de ella por haberla cargado en lo recio del invierno, que es allí muy riguroso y de grandes pantanos, por la vecindad de los Alpes, frigidísimos. Á todas aquellas provincias van, por estas dos plazas y por este rio, gran comercio al Piamonte y Monferrato, y cerradas y ocupadas les podria ser de gran detrimento para su conservacion, como tambien para mantener los ejércitos muy á propósito. Quiso D. Juan de Garay, en cumplimiento de la órden que llevaba, tentar á Pontestura, plaza de mucha consecuencia, por impedir la comunicacion de Turin con el Casal de Monferrato; y advirtiendo que era detenerse demasiado y que habia entrado dentro guarnicion francesa, paso sobre Berrua, y ocupando el ejército ambas plazas y las dos riberas, acometió el Garay por cinco partes á Berrua, y tomóla por asalto, y el castillo por concierto en ménos tiempo que de cuatro horas.

Conseguida esta plaza en tan breve tiempo, que fué admiracion de todos los enemigos, de los potentados y de toda Italia, pasó D. Juan de Garay á comunicar con el Marqués la toma de Crecentin, para tener y fenecer una empresa de todas maneras importante, para tener en cadena al celebradísimo rio Póo y atemorizar á todo el Piamonte. Tenia esta plaza de guarnicion 1.500 franceses y estaba fortificada, amunicionada y con el foso muy hondo y lleno de agua; sin embargo, se rindió á partido dentro de ocho dias, con cuyas fortunas y victorias, admirables á los afectos como de terror á los que no lo eran, pasó la gente de D. Juan de Garay por el puente, entre Berrua y Crecentin, á juntarse con el Marqués y con la demas del ejército, resueltos de marchar á Turin, y ponerla en aprieto, y acabar de enseñorear al Piamonte; como se presumió, si los sucesos de la guerra no fueran tan varios á los más diestros y esclarecidos capitanes. Pasaron volando estos sucesos á la corte de España y como eran hechos en gracia del poderoso, por el parentesco y por la carne y sangre, sin embargo

de que era seguir lo justo y aquellos progresos lo merecian, le cubrió y subió D. Diego Megía, hijo tercero del marqués de Loriana, á ser grande de Castilla, por General de las empresas de Italia, si al fin no hubieran fracasado.

Si esto se hubiera observado con el Almirante y le hubieran dado el premio de la victoria de Fuenterrabía, no habia que calumniar á la justicia ni á la rectitud. El Rey católico no premió las conquistas de Nápoles en los ministros, sino en el Gran Capitan: las de Navarra, en la casa de Toledo. El Emperador, en las de Milan, al Sr. D. Antonio de Leiva, á los marqueses de Pescara y del Basto: las de Alemania, junto al Albis y en otras partes, en D. Fernando de Toledo, duque de Alba; no en sus validos, consejeros y oficiales. El Rey D. Felipe II, en las cosas de Nápoles, Flandes, y union de Portugal á Castilla, á este mismo, y á D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, en este caso y su jornada, y le cubrió por la memorable victoria naval que alcanzó de Felipe Strozi, y Francisco, en las Islas Terceras. El Rey D. Felipe III y su gran Ministro, el duque de Lerma, no emuló ni quitó el premio, ni le quiso de los hechos en Flandes del marqués Ambrosio Espínola, ántes él le alentó, le crió y animó á proseguirlos, le hizo Grande y le dió el Toison de Oro, y le hizo igual á la casa de Oria, en Génova, que era toda su esperanza, y se la cumplió: cubrió tambien al conde de Fuentes y le dió el gobierno de Milan, y en esta forma á los demas Generales de ejércitos y armadas, en tierra y mar; de suerte, que como aquel por los sucesos de Italia mereció arribar á la grandeza y se le reconoció la deuda, en el Almirante de Castilla no habia para qué emularla, áun cuando no fuera por otra razon que por su sangre y por su casa, y por ser el primer señor de Castilla. Despues dió allí tan grande reputacion á las armas del Rey y á la nacion española, que se podia igualar, en tres meses de soldado, á los que lo habian sido muchos años.

Conseguido lo de Berrua y Crecentin, entró el marqués de Leganés y los príncipes de Saboya, con todos los de consejo

y cabos del ejército, en conferir y pasar á Turin á tentar aquella corte y á desasosegar á la Duquesa: hizo ántes embestir á Pontestura, y tomóla, aunque los franceses que estaban en el Casal de Monferrato lo pretendieron estorbar fueron retirados: nuestra gente corrió hasta los puertos del Casal, sin haber quien se les opusiese ni les saliese al encuentro. El Domingo de Ramos dió vista el ejército á Turin, no sin sobresalto de la Duquesa; que á toda priesa y desataviada pasó á salvarse al castillo, con sus hijos y con su casa, temiendo que los habian de tomar, con que espiraba la tutela y el señorío de la provincia, y se transferia á los tios. La inquietud tenia dividida la ciudad, y metida á varios pareceres sobre lo que se habia de hacer; mas la Duquesa publicó algunas amenazas, castigos y destierros sobre la uniformidad del pueblo y las cabezas, obligándoles á conformarse para salir á la defensa suya y de sus hijos; sin embargo, echó algunos por sospechosos. El ejército, no perdiendo tiempo, rodeó en torno la ciudad y se paró cerca del puente del Póo, á tiro de mosquete: echó fuera su caballería, alojada entre el rio y la ciudad, y casi pegada á nuestra gente: embistiólos la nuestra, escaramuzando con gallardía, dándoles algunas espesas cargas: no era éste el parecer del Cardenal ni el del príncipe Tomás, y el gobernador de Milan hubo de condescender, por puntos de prudencia, de concluir la corte de Turin luégo, ni suprimirla, que ya sabian que habia algunas dificultades, mucha gente y poderosa la ciudadela, y que era el sitio muy largo, con que se habia de faltar á otras muy urgentes ocasiones, y áun perder el ejército; pero íbase con dictámen de ver si se podia rendir fácilmente sin aguardar sitio, dándolos alguna puerta ó portillo para escalarla, y, en primer lugar, para conseguirlo, penetrar el ánimo de los de dentro y los mal contentos del gobierno de franceses y de la Duquesa, madre, en quien ardia tan riguroso efecto, que se lo queria entregar todo. Era el ánimo aprovechar el tiempo, no abrir trincheras ni atarse el éjército tercero con los enemigos que tenia al opósito; rompiólos con general estrago de muchos y prision de más de seiscien-

tos, y entre ellos personas de importancia: siguió el ejército el alcance hasta las puertas de la ciudad, entrándose con el ímpetu algunos dentro del rastrillo de la ciudad, que parte mataron y parte fueron presa que cambió por otros de la misma calidad y fortuna. Dolor que hizo á la duquesa de Saboya enviar al Nuncio del Papa, para el acomodamiento de sus cuñados, el príncipe Tomás y el cardenal Mauricio, ministros, que no todas veces tratan con verdad ni confianza las cosas de España ni sus materias, ántes las tuercen y las dejan de peor condicion, cargando el juicio en no más que suspender las armas de nuestras coronas, introducir medios sin ninguna fuerza ni sustancia, ni con más verdadero título que para que se armen los demas contra ellos; por cuya causa, y por fiarse demasiado de semejantes cautelas, no están las cosas en el punto y en la concordia que habian de estar, como se vió: pues la Duquesa, puesta en tan grande aprieto y estrecho, aunque se valió del Nuncio, en vez de acomodar sus disgustos, queria ántes dar las leyes que recibirlas; con que no se efectuó nada. Ocuparon entretanto algunos burgos entre el Póo y el puente, con desolacion de la infantería enemiga, siendo dueños de la campaña; y en aquellos ocho dias que estuvieron allí, se vieron, de ellos y de los paisanos ó burgueses, en tanto conflicto, que ninguno se atrevió, ni osaron, ni tuvieron vigor para inquietarlos. Las tropas francesas, que alojaban en el Piamonte y en el Monferrato, se suspendieron de cobardía, como tambien los de la Saboya, no resolviéndose á bajar con la comodidad del alojamiento de Susa.

Alojáronse aquellos Príncipes, con el mismo sosiego que en su casa, y las cabezas más principales del ejército y sus camaradas, en un palacio hermosísimo, casa de placer de los duques de Saboya, llamada el Bacentino, puesta á las corrientes del Póo y á tiro de mosquete de la ciudad, adornada de ricas tapicerías y pinturas, y los demas omenajes de una gran casa de campo. Acuartelóse el ejército en el burgo y cerca de aquel palacio: púsole á la ciudad una batería de cuatro piezas, echándola algunas bombas de fuego; pero la ayuda que se pensó

alcanzar de los de dentro y algunos aficionados á los Principes, ni obró ni tuvo efecto, con que se desengañaron; ántes comenzaron á tirar con su artillería, y la furia de la guerra se convirtió en cortesanía, haciendo á Madama Real esta lisonja; dándosela á entender el marqués de Leganés, enviándola á decir, que por hallarse S. A. dentro y desacomodada en su castillo se hacia aquella salva y guardaba aquel respeto y decoro de no asediar la ciudad ni ofenderla; pero que en las demas plazas del Piamonte donde el ejército llegase no seria así, ni podria abstenerse de las hostilidades que le conviniesen y fuesen á propósito del órden expreso que tenia de S. M.

A 29 de Abril levantó el Marqués el ejército de Turin: hecho que, en su modo y humanidad, admiró á Italia, de donde los mal afectos podian tomar ejemplos y pasar de enemigos á amigos; habiendo aquí mostrado España y sus hijos su gallardía natural y condicion generosa, porque no se ceba ni se harta de las ofensas, como otro linaje de enemigos: no lo hicieran así los franceses, ni se leerá en sus anales ni historia. Pasó esta vez la bizarría más adelante; pues no consintió el Marqués que se despojase la casa de placer, ni que se tomase cosa de ella, ni pasase por las leyes de la guerra ni de la fuerza, que luégo entra abrasándolo todo: ya la hubiera desolado desde los cimientos y quemádola otro cualquier descortés enemigo, fuera de los españoles ó de sus Príncipes.

Marchó el ejército en demanda de su designio: el cardenal Mauricio siguió con parte las derrotas del Póo; el Marqués con otra tomó la de las colinas del Piamonte, y otra con el príncipe Tomás, que por los llanos caminó la vuelta de Villanueva de Aste, plaza y castillo fuerte, así por arte como por naturaleza; si bien el descuido y el no poder acudir á todo, aunque Francia gastó en esta opresion sus haberes, la falta de dineros la tenian desarmada, y por cualquier lado, por nuestras asistencias, no poco dificultosa de emprender y tomar. Caminó el Marqués por pasos tan quebrados y montuosos tres dias, y con tanta fatiga por la fragosidad de aquellas alturas, que no se adelantó de los demas diez leguas: eligióse

esta marcha por dejar al príncipe Tomás la suya, y para que se hallasen con más comodidad los víveres, y por si era menester darse la mano para los designios premeditados y conferidos que se llevaban. Mas, sin embargo, llegó con velocidad á Villanueva de Aste, y requirió á la guarnicion para que se rindiese ántes de experimentar los daños de la guerra, el fuego, el hierro y el saco: no dando oidos á los avisos del príncipe Tomás, fundados en la fortaleza de la plaza, embistióla, tomóla y saqueóla en ménos de dos horas; degollando á muchos de ellos, particularmente á los que no aplaudian el nombre de España. Hallaron los soldados, sin embargo, buen pillaje, por las riquezas que allí se habian recogido, porque el Príncipe, aunque mostraba ser enemigo todavía, y contra el rigor de los soldados, en cuanto podia, hacia mirar por lo que era suyo y de sus antepasados; y, además de que los ejércitos de España siempre observaron esta religion sacrosanta en todo trance y acaecimiento, mayormente en los vencidos, hacía conservar las buenas leyes y usos de la guerra. Corrió luégo la voz de este suceso al marqués de Leganés, que le halló en un llano, donde, habiendo hecho alto á la vista de Rubilla, fuerte razonable, en el Marquesado de Monferrato, se refrescaron, porque el señor de la tierra y castillo se mostró liberal á los soldados con la consolacion ordinaria, y dió la obediencia al Marqués. Este envió desde aquí á Pontextura á D. Juan de Garay, para que, sin embargo de haberse rendido la villa, si se mantenia la ciudadela en su obstinacion se tomase; pero á pocos golpes cedió á la fortuna de los vencedores. Dejóse guarnicion de españoles en Villanueva, queriendo ántes el príncipe Tomás ponerla de piamonteses y de naturales; y como el Marqués no lo consintió, se comenzaron en el corazon de Tomás algunos resentimientos que por entónces se disimularon: y áun queria que fuese así en las demas plazas que se habian ocupado, teniendo esto principio en no haber podido salir con que fuese así en Berceli, dando por tan tirano este dominio como el de los franceses, siendo así que debia considerar, con más atencion y ménos ira, que

nosotros volvemos y aquellos no vuelven lo que toman, y que podia esto mejorarse con nosotros en lo de adelante, y con ellos jamás. Esto seguirá así como va, hasta que el tiempo nos ponga la pluma en la mano para venir á describir cómo se comenzó esta diferencia y desbarató esta liga.

Marchó el príncipe Tomás la vuelta de Moncalbo, y el Marqués, no léjos, con sus tropas. Viendo aquella ciudad dos ejércitos ó trozos, uno sobre ella y otro á la vista, dobló la cerviz á los victoriosos, rindiéndose por la parte de D. Luis Ponce y por el valor de su tercio de lombardos; haciendo á los más pertinaces seguir el ejemplo de los de la ciudad: pasaron de aquí á Aste, y dióse á los mismos partidos; de suerte que casi todo el Piamonte estaba por los príncipes Mauricio y Tomás, y por la invencible fuerza, ejército y armas del Rey católico. Fué esta rendicion á 5 de Mayo, dia de San Segundo, patron de aquella ciudad, donde está su cuerpo con grandísima reverencia.

Conseguidas estas plazas y otros fuertes y castillos, se trató de cargar á Turin. Considerábanse por los más prácticos de la tierra las dificultades de aquella ciudad, fuerte por arte y por naturaleza, y poniendo los últimos pensamientos en la fortuna de estos sucesos y en la importantísima empresa del Casal de Monferrato, discurrian el número de la gente que seria menester para el asédio, por estar el ejército algo alcanzado, y con la continuacion del guerrear consumido, y por la campaña y los trabajos ordinarios que afligen á un ejército que ha discurrido lárgamente, vencido y campeado, y metido en guarniciones. Habian querido socorrerla los franceses desde Santía, y rompiólos D. Fernando de Limonti. Marchó á ella el Marqués con el ejército, quedando en Aste el príncipe Tomás para tener en cuidado y celos al enemigo por la parte del Piamonte, ó pararle, sin querer ejecutar más heridas ni verlas en su tierra, y para pensar lo que de allí adelante se habia de hacer.

Pasó el ejército el Póo para Pontextura, y luégo rodearon á Turin y señalaron los cuarteles, resolviendo en hacer cuatro ataques; dos de españoles con los tercios de D. Antonio Sote-

lo, D. Luis de Alencastre y el marqués de Tavara, y en el otro D. Luis Ponce de Leon, y el marqués de Caracena; otro de italianos con los tercios del conde frei Feranto Bolognin, conde Borromeo y marqués de Serra; otro de alemanes con los regimientos del coronel Lemer y príncipe Borso de Este. Prosiguiéronse los aproches con grande ardor, pero con suma dificultad por lo récio y continuó de las aguas y no asir el terreno, ni poderse caminar como se queria; sin embargo, se aprovecharon de los cestones y plantóse á la ciudad una batería, en el cuartel de la artillería, de catorce piezas de bronce, que despues se mejoró en el de los italianos y del marqués de Caracena, que acompañados con algunas bombas de fuego, incomodaron las casas del Consistorio y otras. Batióse la muralla y rompiéronse algunas estacadas y parapetos de los de afuera, en que consistia la fortaleza de la plaza, igual á otra cualquiera de las de Italia, sin exceptuar ninguna; circundábanla onces medias lunas, un hornabeque grande y algunos buenos baluartes con fosos profundos y muy abundantes de agua: despues de la línea que cubre toda la muralla habia otro foso muy hondo con agua, y con la muralla alta y bien tratada, con cubos y torreones, á trechos, que servian de plataforma para la artillería, en que se contenian pasadas de veinte piezas entre grandes y pequeñas, así en estos puestos como en algunos de afuera y en la ciudadela. Era el intento desde el principio acometer estas fortificaciones en el tiempo que fuese más posible el avanzarse á ellas, sin esperar el que conforme á las reglas comunes se debia; obligando á esta resolucion principalmente la consideracion de lo que se decia, que la plaza no tenia gente bastante, á proporcion de la que parecia necesaria. Daba tambien priesa á la expugnacion al principio, la conveniencia de obrar ántes que el enemigo formase cuerpo grueso con que intentar empresa alguna de diversion; y despues se reforzaba esto porque se iban continuando los avisos de que se doblaba y fornecía un grueso de siete mil infantes y tres mil caballos, con artillería y los demas pertrechos que habia sacado de Turin; pero la mucha

agua que caia del cielo hacia mayor la inundacion de los fosos, más formidable la grandeza de las fortificaciones, que retardaba la conclusion del suceso. Ibanse adelantando los aproches: ganaron los italianos un molino que les fué de gran comodidad, y todos hicieron reductos para cabezas de trincheras, caminando con toda priesa, y venciendo encuentros y dificultades que parecian insuperables. Estaban los sitiados sin poderlos penetrar: dirigíalos y era su caudillo Mos de Maroles Coron, el francés que estaba al sueldo de la Duquesa, y por hallarse enfermo de la gota, Honorato Roberto, conde de Monticelo, su Gobernador. Era Maroles hombre de estimacion en la guerra; y su regimiento, que era el del Duque, le habia deshecho D. Ferrante Limonti; habia estado en grande punto de reputacion, como encarecia su Teniente-coronel despues de la rota, porque muriendo de muchas heridas recibidas de los nuestros, decia no sentia tanto la muerte como la pérdida de una bandera que habia tantas victorias dado á su Rey. Era, sin embargo, de grande esperanza para todo el ejército católico el saber que le habian hecho salir rendido de Berceli á Mos de Maroles, y que por el mismo consiguiente le harian salir de Turin. Defendia éste con sobrada bizarría y obstinacion la plaza, pero con término ruin é indecente; tanto, que violando los buenos usos y leyes de la guerra, acercándose un trompeta á la muralla diciendo queria hablar con el Gobernador de parte del príncipe Tomás, le respondió con el cañon y el mosquete, y despues, de la misma manera, al conde Basto que llevaba el mismo mensaje. Llegaron á esta hora mil alemanes del regimiento de Fortmester, con que se resolvió el Marqués, gobernador de Milan, á embestir á las fortificaciones: reconocióse, por el parecer de algunos cabos, que habia de ser de grande impedimento la demasiada agua de los fosos. Los franceses se iban dando priesa á socorrer la plaza; pero entrando en la resolucion de lo que habia de hacer en primer lugar, se asentó no desistir un punto del sitio, ni levantarse de la plaza, ántes se habia de esperar á los franceses con rostro firme y corazon, aunque con esta ocasion socorriese á Santia, ó ten-

tase algun otro efecto de menor ó de mayor consecuencia.

Estaban ya los aproches tan adelante, que daban forma y comodidad para desembocar al foso de las fortificaciones, sobre que se habian echado yà dos puentes. Mandóse venir el tercio de los napolitanos de D. Miguel Piñatelo, que habia quedado en Aste, y se señaló dia para embestir á Turin en las fortificaciones de afuera. Mártes, 24 de Mayo, á dos horas de noche, disparando dos piezas de la batería que estaba al ataque del marqués de Caracena, se dieron las órdenes en esta menera: á D. Antonio Sotelo que embistiese al baluarte, adonde iban las trincheras de aquel ataque; y al marqués de Tavara la media luna: el costado derecho, al tercio de Lombardía; la del siniestro del mismo baluarte al marqués de Caracena, y que embistiese la media luna que estaba á la puerta de Berceli, llevando petardos para las puertas; y otra media luna, de su costado siniestro, la tomase á su cargo el coronel Formester, agregándole cuatro compañias de españoles, á quien habian de seguir los alemanes en el ataque de los italianos, que seguia el costado derecho del marqués de Tavara; se dió órden de que el conde Bolognin embistiese el baluarte que tenia enfrente de las trincheras; al conde Borromeo la media luna del costado siniestro, y al marqués Serra la del derecho del baluarte, y al Marqués que siguiese con D. Miguel Piñatelo embistiendo á la media luna de la puerta del Póo: seguíase al ataque de los alemanes el valor del Sargento mayor del regimiento del Príncipe Borso de Este. Dado este órden, y abrazado de todos con ánimo invencible, embistió el hornabeque á que iban sus trincheras á la media luna de su costado siniestro, que estaba más cerca de Piñatelo: embistió Don Luis de Alencastre, que con su regimiento habia pasado dos dias ántes al ataque de los alemanes, y la del costado derecho del hornabeque, que venia más cerca del Formester, el baron Lener. Por esta órden se iban asistiendo unos regimientos y tercios á otros, principalmente los que acometian los baluartes y el hornabeque, atendiendo los de los costados, y á los que intentaban las puertas: otros dos, con órden de alojarse

cada uno en el puesto que se le habia señalado, ó en las líneas de comunicacion con el más vecino, é impedir los socorros que los enemigos, por la misma razon, se diesen, estorbándoles el retirarse á la plaza si lo intentasen. Asistieron á los ataques con aliento y denuedo, á dirigir la accion y conseguirla y dar las órdenes más convenientes conforme á las noticias que se habian adquirido en el manejo y discurso de la guerra, el marqués de Leganés al ataque de los italianos; el príncipe Tomás al de los españoles; D. Juan de Garay, General de la artillería, al ataque de la misma nacion, y Cárlos de la Gata, General de la caballería de Nápoles, al de los alemanes.

Antes de acabar de encenderse el combate, tiró el enemigo con gran furia murhas cargas de artillería, é intentó con fuegos artificiales arrojadizos quemar los puestos que teníamos sobre el foso de las medias lunas: el aproche de D. Antonio Sotelo, el del marqués de Tavara y el de los italianos, comenzaron á obrar con nuestra artillería prodigiosamente, y apretaban los combatientes á los enemigos por los doce puestos señalados con furia indecible; y con ser la empresa llena de dificultades y, al parecer de todos, insuperable, de fosos anchos y profundos con aguas altas, y las fortificaciones altísimas, todavía fué mayor el suceso que la esperanza; si bien no faltó al suceso. Hacíase cuenta que la plaza tenia doce mil hombres pagados, parte franceses y parte piamonteses de la villa y del contorno, que se metieron dentro y los hicieron tomar las armas para su misma defensa. El coronel Maroles, trabajando porfiadamente, por la confianza que se habia hecho de su persona, fiado en las fortificaciones de afuera, puso toda la gente en ellas y en la ciudadela, sin advertir que se podia entrar á Turin, ó impedir las retiradas á ella; con que fué más loable el suceso y el estrago más sangriento. Ganaron, pues, aquellas valientes naciones baluartes, reductos y las otras máquinas ingeniosas y artificios de afuera, y penetraron en el foso de la ciudadela: vencieron la muralla con escalas y sin ellas, y entraron en la plaza: y á la misma hora, D. Luis de Alencastre, escaló la ciudadela, y ocupándola acometió á los

enemigos que se habian hecho fuertes; y habiéndose retirado mucha parte de los demas, se rindieron á discrecion, y entre ellos el caudillo y defensor, el coronel Maroles, con que se acabó de enfrenar la plaza. Habian hecho las fortificaciones de afuera gran resistencia á los nuestros; pero viendo la determinacion y gran valentía de las naciones, se dieron á la fuga, unos más tarde y otros más aprisa, segun se hallaban distantes de los puestos, porque en partes habian sentido que el ejército aún no habia enseñoreado toda la plaza, y tambien por no ser cortados; pero hallando impedido el paso por los que embistieron las medias lunas de las puertas, se doblaban algunos en ellas, y todos peleando con desesperacion: de suerte que por una parte era entrada y por otra se peleaba en las fortificaciones de afuera, con el mismo teson; hasta que entendida por todos los enemigos la victoria de los nuestros, aflojaron, cayéndoseles los brazos, y se sujetaron los que resistian: particularmente en el puesto de D. Miguel Piñatelo, el marqués Serra, donde el enemigo hizo el mayor opósito, fué grande la mortandad, quedando con armas apénas trescientos hombres. Perdimos doscientos y algunos capitanes y hombres de cuenta: dióse la ciudad á saco, ardiendo en fuego por cuatro partes, sin poderlo atajar: puso en esto gran cuidado el marqués de Leganés y en que se extinguiese el incendio: defendiéronse los templos y la honestidad de las mujeres, por la nobilísima solicitud de D. Antonio Sotelo. Habian cuidado muy poco de esto los naturales, ni de retirar las haciendas á los lugares de la comarca donde se podian salvar, por ser esta plaza de las más ricas y de consideracion. Fué el suceso de todas maneras admirable, no sólo á Italia, sino á la mayor parte del mundo, donde se señalaron con valor y con ejemplo todas las naciones que militaban con nosotros, y los hombres de mayor prez y prendas, y los capitanes se hicieron dignos de arribar á las grandes memorias y hazañas de los que sojuzgaron en las eras pasadas, y en aquellas campañas debajo de la conducta del Sr. D. Antonio de Leiva y los marqueses de Pescara y del Basto, si bien con diferentes intentos, aunque

casi es todo de uno. Porque entónces quería Francisco I, rey de Francia, suprimir á Milan, pues se habia puesto sobre Pavía, y al duque de Saboya por aficionado al emperador Cárlos V; y ahora, Luis XIII pretendia ambas cosas; pero engañando al Duque y afectando, con máscara de defensa, por haberle apartado de la gracia del Rey católico, D. Felipe IV, hacerse tirano de aquel Estado; y el Rey católico persistia en defender el estado de Milan, resarcir aquel intento y restituir á los hermanos Mauricio y Tomás que andaban desterrados por el hecho del francés, y opresion de la Saboya y Piamonte, y que no meta los piés allí y echarlo del Monferrato, evitando su introduccion en Italia.

Era notable la confusion de la duquesa de Saboya, viendo cómo la abrasaban y talaban la tierra, perdido lo más y mejor del Piamonte, y de los cabos franceses, que estaban admirados de cuán aprisa les habian atado las manos: advirtiéndose de paso, por la parte de España, que todas estas hostilidades se hacian por reducir al Rey cristianísimo y á todos los ministros de la Francia á una paz general, y que cada uno restituyese lo tomado, y se contuviese en los límites y términos de sus posesiones, sin tiranizar los agenos ni los propios.

Habian sido de grande gloria y reputacion para España estos sucesos, cuanto de congoja y turbacion para la Francia. El Rey cristianísimo deseaba acrecentar su ejército, muchas veces desbaratado por el nuestro, para recuperar el Piamonte y sus plazas, perdidas en tan breve número de dias, y miraba á diferentes partes y á diversos caminos para sacar gente y enviarla á turbar lo que parecia de mayor constancia y reposo. Los genoveses avisaron al marqués de Leganés que el rey de Francia pedia paso para echar gente en Italia: él les respondió que adonde quiera que estuviesen los franceses los iria á buscar; con lo que todos enmunecieron. Pero, reforzado ya de algunas tropas, el cardenal de Valeta salió á campaña con intento de recuperar á Chivas: opúsosele el Marqués al paso trabando algunas escaramuzas, sin hacer otra novedad. Era ya su ejército superior al nuestro; pero éste, mejor y más

escogido en gente, en cabos, en capitanes, en victorias, disciplina militar y reputacion. Fué socorrido con brevedad de cuatro mil españoles enviados de Cartagena, tres mil modeneses y cinco mil napolitanos. Al tiempo que estas cosas sucedian en Italia, el rey de Francia trabajaba de nuevo el Condado de Borgoña, como lo avisó de Flandes el infante Don Fernando: habiendo ido sobre el duque Veimar se apoderó de Pontalier y Oigon, plazas con que cortaban la provincia de los socorros que se podian esperar de los esguízaros. El Rey católico envió orden al marqués de Leganés para que le socorriese desde Milan con gente y dineros; tomó debajo de su proteccion la Alsacia, y nombró por Gobernador á D. Francisco de Melo, suspendiéndole en el ínterin del vireinado de Sicilia: nombró por General de la caballería á D. Luis Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos, General de la artillería, Maeses de campo, capitanes y oficiales.

Enfermó el Rey, sábado, 9 de Abril de este año, á las siete de la noche, y mejoró y restituyóse á la salud cumplida y entera en breves dias, con general consuelo de todos sus reinos; y volvióse á encabezar, como ántes, el 1 por 100 de todo cuanto se vendiese, y no parando este movimiento, hoy que estamos en el año de 44, á 12 de Abril, es el 2 por 100, y perpetuado por todas las ciudades del Reino; con lo que al mismo paso entraba el desconsuelo en los súbditos, y era el quebranto cada dia mayor en ambas Castillas, sobre quien recaia esta plaga por instantes, y amenazaba ruina á estos y á los otros reinos; porque de verlos cargar y que esta materia y calamidad no cesaba, cada uno le esperaba en el suyo y en su casa, y todo era temor, disgusto y desasosiego, principio de temores y alteraciones, por las que grandes imperios y monarquías muy firmes se han visto declinar; pero el escarmiento procedia sin enmienda y sin consejo, tanto, que no parecia sino que se aborrecia el gobierno, el mando y la Monarquía, con la perseverancia de lo que no era útil ni provechoso, ántes de daño irreparable, como veremos.

Entre los mayores cuidados militares que hasta ahora

tenia sobre sí España, sus costas y puertos, uno de ellos era, y el más principal, la armada francesa que por instantes se esperaba sobre ellos, á cargo del arzobispo de Burdeos: del número de ella se decia que pasaba de cuarenta navíos, muchos de ellos de fuego. A esto se añadian los aprestos navales que hacian los holandeses, y tenian en el Canal de Inglaterra, para no dejar pasar á Flandes diez mil españoles que estaban en la Coruña y habian de ir en las fragatas de Dunquerque: propias diversiones del Richelieu y de sus coligados. A estas, lo que se dejaba correr por las faldas de los Pirineos al Condado de Rosellon, que el rey de Francia queria embestir, y hacia prevenciones en todas sus fronteras y plazas de armas: en Narbona juntaba armas y víveres, municiones, veinte mil infantes y cuatro mil caballos, y por caudillos y cabezas el príncipe de Condé, que resarcido de un cabo le pasaban á otro, y el duque de Luina, Gobernador de la provincia de Languedoc, para quien se prevenian armas y soldados, se habia de hacer caudal y vida para tanto, sin que se agotase la paciencia y el sufrimiento de tanto guerrear y asistir por instantes á tantas prevenciones y consejos, á tantas levas de soldados y á tanto dinero como era menester, y cada dia se abrian puertas nuevas que lo pedian, y los hombros de los vasallos, de quien los sacaban, tenian con doblado sentimiento: ya no lo podian llevar, ni sufrir tanta guerra en esta miserable España, pues la iban entrando y por horas la iban cargando por entrambas partes, para hacerla fracasar y que se dejase y rindiese los dominios de afuera, sobre que anhelaba y debatia el rey de Francia; pero estas fuerzas, no resueltas ni determinadas, y atentos á los malos sucesos de Italia, creyeron, el marqués de Leganés, el príncipe Tomás y los demas cabos, y así lo escribieron al Rey, por cartas que hubieron á las manos de las cabezas francesas, en que afirmaban que el príncipe de Condé marchaba con las fuerzas de Languedoc, Provenza, Delfinado y otras partes hácia Italia; pero este designio paró en insidiar á España, en venganza de las victorias y empresas felicísimas del Piamonte. Para tener

prevenido el mar Mediterráneo, acudió el marqués de Villafranca, al cargo de las galeras de España, á Barcelona: llegó Joanetin de Oria, hijo del duque de Tursi, con la escuadra de Génova á aquella playa; y enviáronse fragatas á dar prisa á las de Nápoles y Sicilia: en esta manera estaba España circundada y metida en armas. Pero dejando ahora el mar Mediterráneo, á donde volveremos con brevedad á recitar el conflicto y asedio de Salsas, principio ó confin del Condado de Rosellon, y volviendo al mar Océano y á la armada de Francia, que ya estaba aprestada en la Bretaña, la primera ciudad que se armó entre las demas del Reino, con mayor valentía y espíritu, aunque para perderla, fué Lisboa, donde asistia la princesa Margarita, Gobernadora, tenia su corte y asiento. Creyóse que aquella armada traia sus fines particulares sobre aquel Reino, sobre aquella rica y opulentísima ciudad, por emulacion que el rey de Francia tenia á aquella Señora, contraida en las disensiones y fines particulares de Italia, por las palabras libres que se dejó decir en la corte de España al Embajador de aquel Rey, sobre la indignidad del proceder que se habia tenido con ella, el trato sin humanidad, la descortesía en haberla hecho salir de Mantua, dejando sus hijos, su casa y comodidad; ó que rasamente era querer embestir el Reino y fundar allí una nueva guerra que enflaqueciese la de Flandes. Advertidos, y atendiendo sobre todo lo demas á la defensa de la mejor joya, y aquella sobre quien cargaban las sospechas y los recelos, cumpliendo con los títulos que estaban á su cargo, la serenísima princesa Margarita, duquesa de Mantua y Monferrato, Vireina de las Coronas y conquistas de Portugal en las cuatro partes del mundo, Capitan general de sus armas y de las de Castilla en aquellos Reinos, á 8 de Abril de este año, atendiendo la majestad del católico Rey y sus ministros, á la importancia grande de que sus armas sean temidas, no sólo en los demas orbes de la tierra donde asisten, sino en el corazon y cabeza de ellas, que es España, de las fronteras y puertos, y que allí haya lo necesario para que los émulos de su gloria, si intentasen nue-

vas invasiones, vuelvan con el descrédito y castigo que siempre han vuelto en las eras pasadas; siendo el Reino de Portugal uno de los principales que le ilustran y enriquecen su Corona, mandó, con particular providencia y cuidado, que todo él, y en particular la ciudad de Lisboa, se previniesen á la invasion ó infestacion de los enemigos; remitiendo á la Princesa gobernadora las órdenes necesarias para la atencion de aquel Reino, no dejando de ofrecerse dificultades sobre su cumplimiento, y moviéndose algunas competencias entre los ministros de las dos Coronas. Pero vencido todo, se juntaron los cuatro tercios de infantería de la Milicia ordinaria de la ciudad de Lisboa, las compañías de privilegiados y la caballería; y queriendo tomar muestra de armas y personas, se señaló el dia 8 de Abril de este año. Avisóse á los criados de la Casa Real de Portugal, é hízoseles saber esta resolucion á los títulos y fidalgos para que se hallasen en su acompañamiento; despachóse decreto á los caballeros de las órdenes militares para que los asistiesen, que ya en aquel Reino y en los nuestros corre aquella materia con grande descrédito de la nobleza, porque á aquellos y á los que no lo son les han hecho iguales; eligióse la marina de San Amaro por sitio para formar los escuadrones; pasó la Princesa gobernadora aquel dia á la quinta del Rey, puesto ántes algo disputado sobre el lugar en que se habia de pasar la muestra; acudió toda la nobleza á Palacio, y los demas á quienes tocaba ocurrir en semejantes actos, no faltando las galas y las joyas con que aquella nacion se ha lucido siempre; salió á las siete de la mañana con su guardia y todas las demas ceremonias Reales, y llegó á la Quinta, donde comenzaron á pasar los tercios, por sus antigüedades, mostrando esta vez el gran valor y toda la bizarría de los coroneles, sargentos mayores, capitanes, alféreces y soldados en las armas, en los arreos y en todas las demas cosas militares, é hicieron salva á la Princesa. En acabando de pasar la infantería dió muestra la caballería, gobernada por D. Fernando Martinez Mascareñas, en ausencia del conde de Santa Cruz, su hermano, y presentáronse delante

de la Princesa á caballo todos los títulos y fidalgos. Mandó la Princesa venir la caballería y una haca húngara, para subir en ella, con dos pistolas en los arzones, baston, ferreruelo y sombrero con determinacion de subir á caballo á reconocer de más cerca la gente y pasar por el estruendo y ruido de los mosquetes y de los arcabuces, como si viera ya allí á los franceses. Pidiéronla muchos de aquellos señores y consejeros que no lo hiciese, que su salud y estado requerian excusas precisas: aceptólo; mas dijo que el dia que viese al enemigo en las riberas del Reino no podria dejar de ponerse á caballo y gobernar el ejército, y que al presente lo habia querido hacer por evitar si hubiese algun alboroto entre los soldados, que en semejantes ocasiones suele acontecer. Sin embargo, salió en una litera descubierta, con toda su casa, damas y dueñas de honor, no faltando en esta ocasion el marqués de Govea, conde de Porto-Alegre, Gentilhombre de cámara del Rey, haciendo su oficio de Mayordomo mayor, los Consejeros de Estado y Gobierno, y otros ministros, fidalgos y caballeros de las Órdenes, los oficiales de la casa y guardia tudesca. Reconoció la caballería, que se habia puesto á la banda de la Marina, la cual comenzo la salva, y al igualar con la litera de la Princesa tomaron el galope sobre su mano derecha y volvieron á acompañarla y hacer escolta á su persona, que en pasando la puerta Junquera descubrió y reconoció los escuadrones de infantería, con el mismo semblante y corazon que si fuera el espíritu del duque Cárlos de Saboya, su padre, en Italia.

Estaban estos tercios plantados en el alto de una colina y en su falda, con sus distinciones y ordenanzas. Tenia la vanguardia el de D. Miguel de Almeida, fidalgo, de muchas partes y experiencia militar, y de canas: los tercios de Don Enrique Correa y D. Juan de Luna ocupaban el cuerpo de la batalla, gobernados por Melchor de Lemus y Melchor Lopez de Carballo, Sargentos mayores, por ausencia de los Coroneles referidos; portándose como soldados viejos y ejercitados en Flandes: estaban en la retaguardia el tercio de Martin Alfonso de Melo, despues las compañías del Procurador de los

almacenes, las de la moneda y privilegiados de San Juan, con las de los flamencos, alemanes é italianos sobresalientes, á la banda de tierra. Reconocidos y examinados todos por la Princesa gobernadora, así cabos como soldados, feneció la reseña con una salva notable; respondiendo un gran número de navíos y otras embarcaciones que estaban á la lengua del agua, de diferentes naciones, y aquellos que les era permitido contratar en aquel Reino despues de la guerra de Holanda, ó de paces, como flamencos é ingleses, que iban para Angola, al Brasil, á la India y á los demas rumbos de aquel Oriente.

Reconociéronse aquel dia por las listas de los capitanes, que se habian juntado doce mil hombres, sin las compañías de los aventureros, donde acudió toda la nobleza, y las del término que son veinte, y algunas más, y cuatro tercios que estaban levantando para D. Antonio Tello de Meneses, en el distrito de Bercelos, en Coimbra; Jorge de Melo, D. Pedro Mascareñas, en Castil-Blanco; Albarado de Sosa, en Guimarais; Rodrigo de Miranda, en Campo de Oric, y D. Rodrigo de Castro, caballería, en Alentejo, con que se aseguraba el Reino de la armada que se temia, y era avisar al duque de Burdeos cediese del intento. Alistábase, sin embargo, la milicia ordinaria del Reino, que, conforme á las minutas originales, era opinion estaban alistados un número grande de gente, tanta, que porque no parezca apócrifo no lo refiero, porque en la relacion que vino de Lisboa afirmaban que pasarian de doce mil hombres, y que estaban armados ochenta mil, y que quedaban libres para acudir á otros puntos y á otros accidentes del Reino veinticinco mil hombres: habíanse levantado mil doscientos caballos en las compañías que estaban haciendo.

Concluida esta accion, y vueltos todos á sus casas; y como es de ordinario hacer referencia de lo referido, en las conversaciones secretas de los nobles ántes los descaeció que los afirmó en la fe, no de otra suerte que haberlos hecho enemigos de aquellos con que ántes tuvieron sus Príncipes contratacion, y no de otra manera que cuando vieron en aquella

barra instantáneamente, en los años pasados, arribados los galeones de la Plata y flotas de nuestras Indias, hubo quien tentó el ánimo del duque de Braganza, hijo de la Serma. Señora Doña Catalina, y padre de D. Juan, Rey intruso en Portugal, y le dijeron que entónces era tiempo de prorumpir contra la paciencia y echar de sí el yugo de los forasteros y el gobierno de los castellanos, y aspirar á la Corona y tomar el Reino: lo que rechazó sin intermision, diciendo queria ántes ser duque de Braganza fiel que Rey traidor. Mas ahora, habiéndose visto tanta gente de armas puesta en órden, y de su misma nacion, les pareció que era muy á propósito para la misma empresa ántes que para defenderse de aquellos que, no habiéndose hecho enemigos, ántes, como dije, que muchos años habian tenido amistad con ellos, decian que sin culpas suyas, ni yerros cometidos por sus trazas ni consejos, de un Reino pacífico le habian hecho guerrero, y se la iban ocasionando y metiéndola en su casa la guerra; de que cada dia se hallaban sobresaltados en sus costas, sus casas mal guardadas y peor defendidas, robadas y tomadas las naos y bajeles de su contratacion, perdido el Brasil, el palo, los azúcares y las otras mercaderías, y esperando una armada poderosa con incertidumbre de su fin; que cuánto mejor era trocar dos enemigos por uno, y cuánto mayor empleo asegurarse de dos, con quien los estadistas, decian, se hallarian con más tranquilidad y recobrarian la paz, cuando con aquel, embestido de entre ambos, no habria esperanza ninguna de recobrarla ni áun por largo tiempo, ni se la podian restituir por la limitacion y flaqueza con que se acudia á todo de algunos años acá: que los acometian con los tributos, no los libraban de la guerra, y que seria más acertado hacer de tres enemigos uno, cuando éste, por estar rodeado de tantas partes y de tantas insidias, no habia de poder defenderlos, y una vez desasidos habian de ser dificultosos de volver á enfrenarlos, pues cada dia los armarian y serian dispuestos á diversos trances. Discurrian estas y otras cosas muy peligrosas, y querian con aquellas armas que habian visto en el campo,

y suyas, desempeñar la libertad: aborrecian el gobierno de la Princesa, y como gente soberbia no querian someterse ni doblarse á sus órdenes, si no es á su natural Príncipe, si los asistiera; y la nobleza llevaba esto más pesadamente, y la gente baja y popular tenian en la memoria el suceso pasado de Evora, ciudad, y los ejércitos que les habian puesto á las puertas, no más que por defender sus privilegios y haciendas, hallándose en aquella ciudad algun descontento de que no se acordasen de él ni le diesen parte en las mercedes y gobierno del Reino, siendo su casa la cuarta de Portugal, y por esta causa retirado y poco afecto; comenzando de aquí á tramar las novedades que presto veremos. Discurrian, que Reino tan armado podia deshacerse de una opresion tan continua, y que ya la tenian por dura; que podian atraer á sí á Francia y á Holanda en favor de sus pretestos y resoluciones, que no les investigarian sus costas, ni cada dia se temerian de enemigos, y acabarian de echar de sí el aborrecimiento de castellanos y su gobierno, haciendo un Rey de entre ellos que les repartiese las mercedes y que quedasen en el Reino, sin estar siempre combatidos y amenazados de ministros castellanos y áun de los de su misma patria, aunque pocos, más atentos á viciar al poderoso y á la codicia que al bien público; que harian de los enemigos amigos, y que se sabrian defender de uno que para ellos no seria poderoso, los harian sus confederados y gozarian de la felicidad á la sombra de aquellos que, sus mismas armas, han hecho libres sus pueblos y sus estados. Esto se hablaba en muchas partes, en muchas ocurrencias y juntas, como hombres ociosos que no tenian á donde acudir, ni Palacio que frecuentar; originándose de aquí, con el desconsuelo y el desamparo, la conjuracion y el levantamiento que veremos: porque es muy fallida política y de muy poca latitud y fondo armar y poner las armas en las manos á vasallos mal contentos, que una vez se tumultuaron, y más si primero se les ha embrabecido el corazon con el agravio y se les ha pretendido demasiadamente hollar y oprimir la libertad y el sosiego con las gabelas y las imposiciones; pues si

no han de tener otro alivio, es forzarlos á entrar en pensamientos de mudar de aire, opinion y fortuna.

El infante D. Fernando prevenia la gente del País-Bajo para salir en campaña, y el rey de Francia la suya en Amiens, ciudad en la frontera de Flandes; y esperábase la armada sobre nuestras costas por el mes de Mayo. La gente de Suecia, y por su general Panier, dió una rota á los imperiales de Bohemia, en que, por descuido del caudillo, se perdieron seis mil hombres. Encargóse al marqués de Fuentes, de la casa de Guzman, la parte de ejército que habia de campear con el Infante al opósito de los franceses, y al conde de la Fera la que habia de asistir á los movimientos de los holandeses, de que se corria voz que, prevenidas sus armas y soldados, querian venir á la isla de Bomel. Mandó retirar el rey de Francia, por la parte de nuestra España, las haciendas á los vecinos de Bayona la tierra adentro, y á los demas de las fronteras de Vizcaya; reforzó la ciudad y dobló las guarniciones, y puso mucha gente desde allí á París: como el rey de España desde Búrgos á Fuenterrabía, la Rioja, Navarra y las otras fronteras. Dejáronse ver algunos bajeles en aquellas costas, á la vista de la Coruña y Santander, sin otra novedad alguna. Era cosa muy de notar que toda la Monarquía española, y cuanto encierra en los dilatados términos de su gobierno, estaba esperando cada año dónde habia de dar el rey de Francia y sus aliados; pero aquel Rey jamás temió de esto, ni lo esperó en ninguna de sus provincias, porque siempre nos divirtió y tuvo pendientes en las nuestras.

Los escoceses proseguian en la rebelion con su Rey, sobre algunas órdenes y decretos que no les eran á propósito á su Estado, y entrando en pensamiento de tomar las armas contra él.

Enviáronse socorros y municiones á la Coruña, pues se esperaba la armada; y no descuidándose el francés de ninguna cosa, puso á la frente de Salsas y Perpiñan, por el Condado de Rosellon, diez mil infantes y dos mil caballos para invadirle, pareciéndole que ménos segura se hallaba

España, y más imposible de defenderse por el peso y gravedad de los tributos, que Flandes ni Italia, y que aquella estaba más aparejada y dispuesta para perderse que estas, con que se podria con más facilidad con todo, como le parecia. Habia salido ya la armada francesa con el número de navíos que hemos dicho, y algunos de fuego, si bien con alguna variedad en el número cierto, y en la opinion: quién decia que eran sesenta y seis, otros más y otros ménos, entre grandes y pequeños, que venian desembocando el Canal de Inglaterra con deseo de topar con la escuadra de Dunquerque y pelear con el gran Miguel de Orne, hacer inútil aquel socorro de diez mil españoles para Flandes, buscar los galeones y flota de las Indias, asaltar las costas y los puertos tomarlos y quemarlos. Habia avisado de esto el marqués de Fuentes, creyendo que la gente estaba en la mar ó para partir, para que lo excusasen ó viniesen muy prevenidos y reforzados, porque los esperaban grandes escuadras de bajeles armados, así de pelea como de fuego, no solamente de franceses sino de holandeses, que los habian de quemar porque dejasen al rey de Francia embestir á Edin, que á la misma hora, sin perder un minuto de tiempo, la habia cargado su general La Millere (plaza fuerte y de consideracion, situada en la provincia de Flandes, junto á Sant Omer), con veinte mil infantes y cuatro mil caballos: recelábase que habian de meter en contribucion todo el país de Enao; quemaron los villajes vecinos, llevándolo todo á fuego y á sangre, haciéndose dueño de la campaña.

El infante D. Fernando salió al opósito con doce mil infantes y cuatro mil caballos, esperando al conde Picolomini que venia con el ejército levantado en la Vesfalia, donde habia invernado, para obrar algunos buenos efectos en la Lorena en favor de aquel Duque, para restituirle, si no en todo, alguna parte; al que habia ya prevenido opósito el cardenal Richelieu, enviando á la misma hora otro ejército á cargo del mariscal Fuguieres, para invadir y acometer el Ducado de Luxemburgo; con que, si bien fué roto, embarazó al

Picolomini los intentos para que habia alojado en Vesfalia, cuyo reencuentro veremos en su lugar.

El arzobispo de Burdeos, con la armada habia corrido algunos rumbos, inquietado algunos senos y calas del Océano para buscar los galeones de la Plata, y desaviado de esta presa, como tambien de no haber hallado los navíos de Dunquerque para pelear con ellos ó quemarlos aunque no los tengo yo por tan flojos que no les daria mucho embarazo. De este socorro y el que se habia de llevar de la Coruña, de los españoles que allí aguardaban, ya le habian conseguido: con que el rey de Francia y los holandeses podian obrar á su placer en el País-Bajo, ocupar las plazas y tomarlas, porque de nuestros puertos no se atrevia á salir un navío, un barco ni un Capitan, porque todo se habia reducido á la defensa de la tierra y á la providencia del Cielo. Hallábase á esta hora en la Coruña el marqués de Valparaíso, Gobernador y Capitan general del reino de Galicia, D. Francisco Feijóo habia otros navíos de la armada de Portugal, y entre ellos el navío *Teresa*, que se aparejó para la defensa de Fuenterrabía, y se preservó del fuego de Guetarea por su grande peso y carga, no pudiéndole llevar, si bien estaba destinado para otro y de mayor combate, era de mil toneladas, con sesenta piezas en los costados, por popa y proa, de los mejores vasos que surcaban las aguas del Océano; habia entre todos treinta navíos de guerra, y los demas eran fustas, y por su general D. Lope de Hoces y Córdoba, del Consejo de Guerra, D. Tomás Chavarri, los capitanes de mar y tierra con razonable número de bajeles, no á propósito para salir al encuentro de la armada francesa, faltos de lo necesario y desaparejados; pero, sin embargo, el arzobispo de Burdeos los deseaba quemar por lo que le importaba que el socorro no pasase, y de su resolucion y del fin que habia de tener ya se iba, por sus mismas dificultades, premeditando una ira y desolacion fatal de bajeles, Generales, cabos, soldados y marineros, con no poco menoscabo de la reputacion de alguno, contra el gran nombre y apellido de su casa. En Galicia hallá-

banse nueve mil infantes, ó diez mil, como se dijo, y todos españoles, de diferentes levas, gobernando un tercio de dos mil doscientos hombres el Maese de campo D. Jerónimo de Aragon, hermano del duque de Terranova, y por su Sargento mayor D. Pedro Gaybore, y otro de mil doscientos el Capitan y Sargento mayor D. Francisco Fernandez Palomino, y otro de mil el Capitan y Sargento mayor D. Alvaro Carvajal, soldados de muchos y muy loados servicios y experiencia adquirida en los Estados de Flandes, Lombardía y otras nobilísimas plazas de armas; y toda la demas infantería, á cumplimiento de los diez mil soldados, en puestos convenientes, y guarnecidas las trincheras de la lengua del agua; y en lo aislado de aquel presidio, sin los referidos, tenia quinientos hombres. Era sin duda ninguna ésta una plaza de armas de escogidos cabos y de mucho número de gente, tanto, que cualquiera capitan, por soberbio que fuese, la podia temer y recelarse de ella.

Sin embargo, mártes por la mañana, 7 de Junio de este año, llegó aviso al Marqués Gobernador, por un correo, despachado á los 20, de la villa de Ribadeo, lugar puesto doce leguas de aquella costa, en que decia que desde lo alto de la Ortigueira se habia descubierto la armada francesa: dióse á la hora aviso á los generales y cabos que se hallaban en aquel puerto, no faltando el recüerdo del Rey, de la venida de la armada, y que su intento era quemar los bajeles surtos, metiéndose los suyos debajo de la artillería de los castillos, para encaminar el fuego, previniéndose del daño que podian recibir de ellos: Avisaron á las ciudades del Reino, costas y presidios, y á los demas de todo el Poniente y Levante, por si acaso querian pasar el Estrecho con la codicia de Italia: juntáronse todos á consejo en casa del marqués de Valparaíso, y despues de varios pareceres y conferencias sobre el accidente, que en tan corto tiempo fué de cuidado á todos los cabos que se han referido, y á D. Fernando de Sotomayor, Castellano del castillo de San Anton, que está aislado en la entrada de aquel puerto, y á otros capitanes y soldados reformados, pa-

reció se hiciese una cadena de árboles de navíos, atados piés con cabeza por gruesas maromas y unas pipas en cada ligadura que la sustentasen en el agua, que el un cabo principal de ella se asiese á una peña del castillo de San Anton, y el otro del de San Diego, que está á la otra parte, dándose la mano con el que tenia hecho de piezas de hierro, con cien pasos de abertura y con entrada para salir los bajeles para buscar los del enemigo, impidiéndoles que no lo hiciesen ellos, y que dentro de la cadena se pusiese nuestra armada en forma de media luna, y las fragatas de Dunquerque se acomodasen á los cabos de la cadena para abrigarla. Fué admitido de todos este diseño, y púsose en ejecucion en todo aquello en que fueron capaces y alcanzaron los mástiles y las áncoras de que se pudieron disponer. Avisó el Marqués á todos los nobles é hijo-dalgos del Reino, como dije, y á todas las ciudades, para que se previniesen y tomasen las armas para la defensa conforme los casos fuesen sucediendo, y á los lugares de la marina para que hiciesen esfuerzo si fuesen acometidos: esta buena disposicion y órden que se tomó parece que alentó á aquel Reino y lo puso en esperanza de arrostrar los intentos del enemigo. Todos los pueblos marítimos, así de Vizcaya, Montaña, Galicia, Portugal y el Andalucía se pusieron en arma, reforzándolos de gente, artillería y municiones. El duque de Medinasidonia se metió en Cádiz, reclamando á todas las milicias de á pié y de á caballo de aquel Reino, en que se mostraron todos los señores, y el duque de Osuna, el de Arcos y marqués de Priego, y los duques de Lerma y de Cardona.

A 8 del mes referido llegó segundo aviso de aquel mismo cabo, que se habia vuelto á ver la armada bordeando la vuelta de Ruiarco, y consiguientemente despues, que estaba dentro ó detrás del Cabo de Proiro; y otro dia, al amanecer, se descubrió un bajel que, en verle solo encaminado á la Coruña, hacer bandera de Capitana y ser de poco porte, se juzgó no ser de la armada francesa, ántes, que se venia resguardando, y como se fué acercando se reconoció ser la urca

San Cárlos, del cargo del general Feijóo, que habia dejado en Vizcaya pertrechos para los bajeles que intentaban armar para pasar los españoles á Flandes, á pesar de Burdeos y de sus naos: tuvo esta urca la fortuna de no ser presa; pues habiendo visto la tarde ántes solos cuatro bajeles, amaneció este dia delante de la armada, ganada la tierra. Descubrióse toda, finalmente, por fuera del Proiro: refrescóse el Nordeste, con lo que, á 9 de Junio, dió fondo arrimandóse á la montaña enfrente del torreon de Santa Bárbara: aquí se acabó de reconocer el número de sesenta y seis bajeles, los treinta gruesos, cinco fragatas, y los demas barcones y navíos de fuego (los gruesos, fábrica de Holanda y de Francia). Descubrióse entre ellos el que se perdió en aquella costa el año de 1636, y dos que se llevaron del Pasaje el año pasado, de la fábrica de Quincoces, y traia muchas barcas luengas y bien armadas. D. Ortuño Santiso Bermudez, Teniente de capitan general de la artillería, desde el torreon de Santa Bárbara le comenzó á tirar con los dos medios cañones y media culebrina que allí tenia, y se puso en salvo nuestra *Capitana*. Dió órden el marqués de Valparaíso para que no les disparasen hasta su tiempo: acordó el Licenciado Cristóbal..... [1] al oidor D. Juan Hurtado de Mendoza, que en el campo de San Francisco, que está debajo del torreon de Santa Bárbara, se habia de haber hecho una plataforma para semejantes ocasiones; reconocióle, y á poco rato, que llegó á surgir la armada, puso en él un medio cañon que sacó de la batería nueva á tierra, y una media culebrina que quitó del puerto de Parrote, por no servir de nada en las partes donde estaban, y era bien valerse de ellos en la ocasion: sin embargo, se conformaron los cabos que se hallaban allí de no hacer inútil la artillería, porque los bajeles del enemigo estaban á lo largo, no atreviendóse á llegar, y que era menester conservar la pólvora; cosa que los soldados y el pueblo llevaban impacientemente, culpando esa falta, miseria ó ahorro; recelando más aína no le pareciese al

1 En blanco en el original.

enemigo que era desmayo y que no habia lo necesario para darles cuidado, no tomasen de estos discursos ocasion para atreverse y adelantarse en la fortuna y en el obrar y se experimentase más daño del que se esperaba. Opúsose á esta órden del Gobernador, el oidor D. Juan Hurtado de Mendoza, y el Capitan de la artillería le representó que la armada no habia de alentarse tanto que sitiase á la Coruña para hacer reparo en la pólvora y en su falta, y que cuatro ó seis quintales no habian de hacer la defensa ménos dichosa ni se perderia por eso. Nombró por su Lugarteniente al obispo de Lugo para conducir la gente, así noble como plebeya, del Reino; aprovechóse de los oficiales de la Audiencia, y que los ministros mayores, relatores, abogados y otros ciñesen espadas y fuesen entretenidos cerca de su persona, dándoles por Capitan á D. Antonio de Ribera, Teniente de Alguacil mayor, y envió al oidor D. Antonio Altamirano á San Diego para que cuidase de remitir bastimentos, toda la pólvora, balas y cuerdas que hallase. Cayó un bajel inglés, mal advertido, en manos del arzobispo de Burdeos y de la armada; detuviéronle porque no sirviese de espía en la Coruña ó en los demas puertos, y que no diese aviso del número de los bajeles, de su porte, ni de si iban bien armados ó abastecidos de gente. Hizo avisar el Marqués, con barcas sueltas, á toda la costa y á los puertos y lugares de ella para que no saliesen los navíos ó embarcaciones menores fuera, ántes que se pusiesen en salvamento lo mejor que pudiesen. Habian amainado una fragata del enemigo y otros dos navíos pequeños enfrente del puerto, alejándose de su armada como á reconocer la entrada; y aflojando algo el Nordeste, salieron cinco fragatas de Dunquerque á desalojarlos, lo que ejecutaron con bizarría y con aliento, comenzando los unos y los otros á tirarse desde los castillos y de la mar; levantóse un viento terral, con muestras de que entrando el dia correria el Nordeste recio; juzgóse, sin embargo, que la armada enemiga no se embarazaria en hacer faccion, porque, dado que lo hiciese, no podria salir hasta la tarde, y no era creible se dispusiese á quedar todo el dia á

terrero de las fortificaciones y baterías, que ya habia comenzado á disparar la Coruña, con terror y asombro de toda la armada. Pareció fuera, á lo largo, otro bajel; salieron á él dos fragatas francesas, y reconociendo el peligro de ser tomado se hizo á la mar. Envióse á saber de D. Lope de Hoces y Córdoba, que estaba en su Capitana, la resolucion que tenia tomada para la defensa de sus navíos: respondió que pensaba tener su armada en forma de media luna, cubierta de la cadena, y que si fuese embestido de los navíos franceses se acercaria al puerto, daria velas y correria con él y lo mismo con los navíos de fuego, si no bastase á detenerlos la cadena ni las chalupas que tenia aprestadas con la gente de mayor valor, con once capitanes y entretenidos de su armada: mas que estaba con recelo no le cortasen la cadena, y que deseaba hacer otra contracadena, pero que no se hallaba con mástiles ni con áncoras; y que de los navíos más flacos que tenia, y de ménos servicio, queria fabricar tres de fuego para echárselos á la armada, para ver si con el mismo intento y malicia que él traía le podia herir, y tambien por satisfacerse del que recibió en Guetarea, cerca de Fuenterrabía. La dificultad era que no habia con qué hacerlo.

Recibió el marqués de Valparaíso la noticia de la resolucion de D. Lope de Hoces por uno de los Oidores de aquella Audiencia que envió allá; y como por el designio se habian informado que en la casa de la artillería habia tres barriles de azufre, y en la de Quincoces doce de alquitran, el Marqués le ordenó lo hiciese remitir todo á D. Lope, y que si para la contracadena le eran á propósito vigas de pino y de castaño le proveeria de ellas: admitiólas D. Lope, y pidió se las ajustasen por ambos cabos para que se pudiesen asentar en cables y muesos.

Sin embargo de toda la asistencia del Gobernador, salió D. Lope á tierra con D. Andrés de Castro y el almirante Feijóo, á hablarle sobre lo que se debia hacer, sobre su cuidado, y tambien á proponer é investigar la causa, y cómo se permitia que la armada francesa, surta en aquel puerto y debajo de

la artillería, se hubiese perdido tanto tiempo sin tirarla, viendo que por instantes iba mejorando de puestos, cuando D. Lope, de su armada, habia socorrido con pólvora á la ciudad y á los castillos: satisfizo el Gobernador diciendo que no la tenia, sino la forzosa para defenderse, y que así la reservaba para la ocasion más árdua y apretada.

Y en lo que más habia que hacer reparo era en que se levantaron entre D. Lope de Hoces y el marqués de Valparaíso, debidas de la práctica, algunas diferencias sobre las cortesías de los oficiales: que de esta manera caminaban todas las cosas, con oposicion temeraria y descuido, porque nadie obraba con la puntualidad y precision que debia á la necesidad del Estado y á la reputacion de las armas y de la nacion. Una plaza y un puerto tan cerca de la Francia, y que se temia, de una gruesa armada, un gran conflicto, pues que no era secreto, sino público, andar mendigando la pólvora, cuando casi todas las armas navales de España, generales y marineros se hallaban allí; faltarles lo más forzoso. Por eso dije que todo se habia dejado á la providencia del cielo, como si nuestras costumbres, inclinacion y proceder lo merecieran, que á el mar y las tormentas los deshiciesen y quebrantasen, y anduviesen expuestos á los contrastes y fortunas de aquel piélago.

Habia ya el arzobispo de Burdeos dado fondo con toda la armada á tiro de cañon, dando y recibiendo de la nuestra, no sin cuidado del fin en el corazon de aquella gente. Hizo poner el Marqués en órden las baterías para tirar, oyéndose desde tierra los golpes de las balas que daban en los navíos de los enemigos, y ellos respondian en la misma forma; cogiendo algunas de ellas en el campo de San Francisco y en la ciudad, de doce, diez y seis y veinticuatro libras: reconoció el castillo de San Diego y los puestos de Santa María de Oza y el Pasaje, y reforzólos de infantería y artillería; y fabricó esplanada en *Sancti Spiritus*, proveyéndola del mismo tren para que el enemigo no se arrimase al castillo de San Anton, y que se pudiese no obstante defender á lo largo.

Salieron las fragatas de Dunquerque á escaramuzar con los enemigos, no más que con la artillería, y se puso en los puestos referidos algunos infantes, soldados viejos del presidio, y los abrigó con caballería del Reino, del cargo de Don Antonio Gundil Pimentel, que por falta de carabinas y otros aparejos necesarios servia más de apariencia que de efecto. Poníase allí todo este cuidado, por ser de consecuencia para el castillo de San Diego: metiéronse en la pescadería algunas compañías del tercio del Maese de campo D. Jerónimo de Aragon, que desde la primera hora se alojó en aquella isla y campaña, desde Santo Tomás á San Amaro, abriendo trincheras, y formados en buen órden tres escuadrones volantes, para acudir á la parte que más aína llamase la ocasion, y socorrer las trincheras y ensenadas, tenia su parte D. Alvaro de Carvajal; y el tercio y cuerno izquierdo á la ensenada de San Amaro, lo más peligroso de aquellos puestos, el Capitan y Sargento mayor D. Francisco Fernandez Palomino: todos, hasta número de tres mil infantes, que con brevedad, por nuestros infortunios, se deshicieron, ocupando aquel terreno aislado, acuartelándose con frente de banderas, tiendas y barracas, con centinelas que corrian toda aquella costa que el enemigo reconocia incesantemente con chalupas, para inquirir la entrada, á que no se determinó descubriéndolas la armada francesa. Llamaron á tierra artilleros flamencos á su cabo, y pidiéronles pólvora, con que se comenzó á tirarla réciamente de las tres baterías y castillos Santa Bárbara, San Francisco y *Sancti Spiritus*, y al mismo tiempo el castillo de San Anton y Santa Cruz, porque el castillo de San Diego no tenia artillería de consideracion para alcanzar; respondiendo los franceses continuamente: sin embargo, eran las descargas tan espesas y tan menudas que recibian, que se hallaron obligados á desalojarse y alargar á la mar. Mostraron con esto los artilleros flamencos la destreza de su oficio; y de los que asistieron en la batería de San Francisco, dió una bala de los enemigos en Palacio, en la pieza inmediata de donde se hallaba el Marqués Gobernador, en hora que estaba con

algunos Ministros, cabos y capitanes tratando de la defensa de la ciudad, y de ella se tiró otra, que dando en un bajel del enemigo lo desarboló, llevó el bauprés con el mástil de trinquete y le dejó inútil para servir y navegar, y embarazándose con otro, tambien le hizo daño.

A esta hora cargó el Nordeste, y las fragatas flamencas no pudieron salir á ellas, aunque lo deseaban; y embraveciéndose más y apartándose los navíos franceses se suspendió la artillería por ser el viento contrario y ofuscar algo la puntería á los artilleros; no favorecia el tiempo nuestros intentos ni fatigas; siendo muy ordinario cesar el Nordeste por las tardes y cambiarse en terral, duró su fuerza por algun tiempo. Pero viendo los franceses las dificultades de entrar y quemar la armada, y que les hacia notable opósito la cadena y contracadena, hechas de vigas y de mástiles, y tantas baterías en contra, separaron dos navíos de los mejores que tenian y comenzaron á dar cargas, como desafiando á nuestra armada y provocándola á que saliese del puerto. Viendo Miguel de Orne, Almirante de la armada de Dunquerque, el denuedo, demasía y soberbia de los franceses, como tan valiente y gallardo soldado y marinero, determinó salir con cuatro fragatas y doscientos mosqueteros; y afrontándose con ellos, se acañonearon por espacio de tres horas, ayudándolos de nuestras baterías: sobrevino la noche, y despartidos de la refriega, quedó uno de los navíos de los enemigos desarbolado, y tan á pique, como lo demostraron los despojos que se hallaron al otro dia en la orilla del agua, y si no hubiera cargado la noche fuera muy posible el meterlé en el puerto por trofeo de aquel combate; no se pudo conseguir por esta razon, y porque con barcas de remolco lo volvieron á incorporar con su armada, no sin grande afliccion y trabajo de los enemigos. Nuestras fragatas recibieron un balazo peligroso, que se remedió luégo; mas ellos mucho más daño; pues á otro dia amaneció más desviado, de suerte que no se le podia alcanzar con pieza, sin mucha elevacion. Viéndose, á más de esto, aderezar sus navíos de los balazos recibidos, aquel dia; al re-

cogerse la fragata del capitan Salvador de Meneses, de nacion portugués, que en esta faccion se señaló gallardamente y dió muestras de su mucho valor, embistió, sin querer, con la cadena de mástiles que defendia la entrada, y no la pudo rendir ni hacer daño, ántes pensaron que el bajel habia zozobrado por la resistencia que halló en ella, experiencia de mucho contento y esperanza para todos aquellos cabos y capitanes; creyendo que aquel artificio y máquina habia de preservar sus navíos del fuego, que era de lo que se recelaban, porque el venir á las manos no les daba cuidado, ántes creian que los franceses no lo intentarian, ni escalarian la ciudad: pero la falta de balas y de invenciones de fuego que era notable.

A 12 de Junio se levantó viento Leste, que era el que habian menester los franceses (si bien algo récio) para la entrada que pretendian, y muy á propósito para encaminar los navíos de fuego, que tampoco se efectuó; con que, apretados los franceses réciamente de nuestra artillería, cedieron de la empresa y se apartaron hácia las montañas de Mera, desviándose de las baterías de la Coruña. Habia llegado á esta sazon una fragata de Dunquerque á Sada, que es la ría de Betanzos, á donde se amparó y recogió hasta hallar ocasion de entrarse en el puerto y juntarse con las demas, porque ya se discurria por todos aquellos lugares, así marítimos como mediterráneos, que el arzobispo de Burdeos no habia de hacer nada. Corria el tiempo con variedad; pero aún no desistiendo la armada de volver á probar fortuna, si no en aquella, en otra parte de consideracion y donde doliese, llegaron algunos navíos franceses á porfiar algo más adentro de la Coruña: salió el almirante Feijóo en una chalupa á reconocerlos: vinieron otros dos de la armada y un barcon grande, mal disuadidos del primer intento, para cortar la cadena, y fueron retirados á balazos que les disparó la Capitana de D. Lope de Hoces y el castillo de San Anton: corrieron consecutivamente dos chalupas francesas á reconocer la cadena que les estorbaba él ánsia de quemar la armada, pero fueron rechazadas del castillo.

Mártes, 14 de Junio, al amanecer, con desesperacion de

no poder obrar nada en su favor y en daño y oprobio nuestro, se hicieron á la vela para salir del puerto: sobrevinieron calmas, con lo que surgió algo cerca; sin embargo, reforzaron de nuevo aquellas marinas y puertos, y con una niebla gruesa que se levantó no pudieron ver la armada, ó no se pudo en algun espacio; ántes sí, que por el ruido que se sintió, pensaron que habian oido artillería en el Ferrol, y por otras noticias verosímiles que faltaban bajeles de la armada: viéronse luégo fuegos y quemas de montes y casas en la aldea de Chanteiro, junto al Ferrol, en la parte que mira á la ría de Betanzos. Despachó luégo el Marqués al obispo de Lugo para que, con la gente que habia juntado, se avanzase lo más diligentemente que pudiese al Ferrol, enviándole dos artilleros de la armada y al Sargento mayor, D. Jerónimo de Aragon, para lo que se pudiese ofrecer y defender la tierra de los que ya parece iban gastados y algo deshechos, más del trabajo de la navegacion que de lo que habian peleado. Súpose despues, por los que habian ido á dar aviso á toda la costa, que la quema habia sido unas chozas de ganado y algunas casillas de poca ó ninguna consideracion.

La armada dió vista con algunas lanchas á la tierra; desembarcaron tres mil franceses y subieron á la montaña que hacia eminencia á los castillos. D. Juan Pardo de Figueroa, á cuyo cargo estaba la fuerza del Ferrol, la gente del Reino y la que en esta ocasion pudo reconocer, ocupó otra colina, pidiendo al marqués de Valparaiso socorro de gente, balas y pólvora, que era de la que en todas partes se necesitaba: envióle algunos carros de municion y doscientos mosqueteros de las compañías viejas del castillo, y despachóse á Bayona al Maese de campo, D. Martin Alfonso de Sarriá, para que defendiese aquella fuerza.

Dejaron las fragatas y lanchas francesas al Ferrol, y se hizo la armada á la vela, dando bordos por aquella costa, sin tiempo para correr á una parte ni á otra; y sobreviniéndole Nordeste, giró la vuelta del Poniente: siguióla una fragata nuestra hasta bien tarde para reconocer sus derrotas y rum-

bos. El navio inglés, que desde el primer dia imperiosamente habian detenido, por resguardarse del aviso que podia darles, le despidieron, y prendieron un volante que venia de Vizcaya de llevar gente y armas á Fuenterrabia, é hizo el arzobispo de Burdeos pasar un hombre, llamado Pedro Castañeira, vecino del Ferrol, á su Capitana; examinóle del viaje, y tomó las cartas que traia, preguntándole si desde la mar se podian batir los castillos del Ferrol, á que le respondió que no, por la corriente grande de aquel estrecho, y el mismo Arzobispo le llevó á la ribera de Arcan, y le preguntó si por allí habia entrada y si se podria echar gente en tierra, y cuánta habia en la Coruña, si eran muy altas las murallas y si habian llegado veinte navíos de Holanda á Fuenterrabía, y si el ejército de la Provincia habia entrado por Francia. De los navíos refieren que dieron vista á San Sebastian y que no los vieron; mas que hizo buen tratamiento al hombre y le entregó una casulla y cáliz que habia tomado un soldado francés, que por el hecho se dejaba bien discurrir que debia ser hugonote: habíalo tomado el pérfido hereje de la ermita de Nuestra Señora de Chanteiro, y el Arzobispo se lo dió para que lo restituyese al marqués de Valparaíso; y que de lo que pudo inferir, entendió que el Burdeos habia venido solamente á quemar nuestra armada, y de no poderlo hacer, molestar las costas de aquel Poniente; y que le habia dicho habia en la Coruña diez y seis mil hombres, y que la Capitana le parece traia cincuenta y seis piezas de artillería, de bronce; y que tenia intento, si hubiera introducido el fuego en la armada, arrimarse con cuatro navíos de los de mayor fuerza al castillo de San Anton para no dejarle jugar la artillería, y con doce batir contra la armada y la ciudad, y con cuarenta lanchas entrar á cortar la cadena; y que de noche hizo entrar una chalupa con gente dentro, y saliendo de ella á nado un buzo ó marinero, reconoció la cadena y la tocó, y que volvió diciendo que era muy fuerte é imposible de cortar, y que por esa causa habia desistido de la empresa en que habia consumido un mes y en que habia recibido daño de las fra-

gatas de Dunquerque; que traia ocho mil hombres, aunque otros decian que doce mil, y con bastimentos para seis meses.

Retiróse el arzobispo de Burdeos á la Rochela y á los demas puertos de la Bretaña, corriendo tormenta por espacio de tres dias, con pérdida de los vasos menores, sin otro memorable efecto ni faccion, á rehacerse, armarse y volver á salir, mal contento de lo que se habia gastado y lo poco que habia conseguido.

Cuatro fragatas que tenian los vizcainos, de Fuenterrabía, cogieron quince presas á los franceses que llevaban de socorro á Bayona con algunas municiones, y ocho barcas de vino, cantidad de trigo y cebada, todo para refrescos y designios, intentos y acometidas.

Habia entendido el Richelieu la traza y disposicion de nuestras armas en el País-Bajo, que era invernar y armar un ejército debajo de la conducta de un Capitan y caudillo de gran nombre y reputacion, que habia dado al Rey católico y al Emperador muchas victorias, y en todas ocasiones capaz á vencer y domar ejércitos enemigos: habíase formado éste en Vestfalia, entre Tréveris, Colonia y Maguncia, con tropas agregadas del duque de Lorena; y como la restitucion de aquel Príncipe es tan solicitada y deseada del Rey católico y del César, y habiendo tambien hecho buenos y señalados servicios por ambas Majestades, particularmente el muy esclarecido de Norlingue, pareció en esta ocasion ayudarle á restituirse en algo, particularmente en Metz de Lorena, plaza de consideracion y fuerte en aquel Estado, para que desde allí se fuese recobrando. Anteviendo esto el Richelieu, no dejando de molestar en todas partes y en todos los círculos de la Monarquía, ántes de que se moviese el conde de Picolomini le preparó diversion para que dentro del País-Bajo se deshiciese, porque aunque la armada, su principal fin era deshacer aquel socorro referido, tambien iba para divertir el ejército que se presumió habia de entrar por la provincia de Guipúzcoa en Francia, como lo hemos expresado en el cuidado que el Arzobispo tuvo preguntándolo al prisionero.

Y siguiendo nuestra derrota, ésta movia el conde Picolomini, y el Richelieu, de la misma manera, le impugnaba el designio y le forzaba á que, dejada la Lorena, molestase en casa y país ageno, si bien propio por el Príncipe á quien servia; y en aquellas partes, que este mismo enemigo no parece si no es que las tiene á su mandar y debajo de su mano para debelarlas, apretaba á Edin, y habia hecho ir al rey de Francia allá, en persona, para que viese las fortificaciones, las examinase y alentase aquel ejército, y á que consiguiese aquella plaza, si bien pequeña, considerable por su situacion, y hacerle soldado: accion de todas maneras, como la más esencial para engrandecer á un Príncipe y hacerle inmortal, loable en un ministro y de mucha estimacion; y consecutivamente metió un ejército poderoso por el Ducado de Lutcemburgo, á cargo del mariscal Fuquieres. Llegó á Thiunville, la abrió trincheras y la cargó, con que el ejército y el General, levantado en Vestfalia, cedió del progreso de Lorena y se halló forzado de recaer en su misma casa y en socorro de una plaza importantísima de aquel nobilísimo Ducado.

A 29 de Mayo de este año, salió de Bruselas el conde Picolomini, habiendo asentado con S. A. R. los designios que se habian de obrar, poco afortunados en aquellas y las demas coronas, sin saber por qué influencia fatal, sino por ofensas hechas á la majestad de Dios, y llevó tambien las órdenes de lo que se habia de obrar; y en el socorro de Thiunville, plaza sobre la Mosela, el ejército de los franceses era de diez y ocho mil hombres. Llegó el conde Picolomini al Ducado de Lutcemburgo, donde ya se habian conducido sus tropas; juntólas con tanta esperanza de las futuras victorias, que, aunque inferior en fuerzas á los franceses, los fué á buscar, no sufriendo el generoso coraje y aliento de gran soldado dilatar sus fortunas y el castigo de los enemigos. Fuése llegando á ellos, y sin otra dilacion alguna los acometió en sus fortificaciones; rompióles tres cuarteles con gran estrago y mortandad de aquella nacion, apoderóse del puente que está hácia la parte de Tréveris y socorrió la plaza. Retiráronse los franceses; y

mal contentos del suceso, algunas de sus tropas, pasando la Mosela hácia Alemania, la volvieron á pasar al Ducado de Lutcemburgo por otro puente que está á la parte de Metz de Lorena, y se incorporaron con el grueso del ejército que quedaba en el cuartel que ellos llamaban del Rey, donde se hallaba el Mariscal Fuquieres, su General; y despues de haberse juntado todos y descansado un breve rato, formaron con diligencia sus escuadrones, tanto, que cuando fué á cargarlos con los suyos Picolomini y reconocerlos, los halló en batalla con toda su infantería y caballería; y no pareciéndole bien perder ocasion tan oportuna, ántes lograrla, los acometió con tanta resolucion y gallardía, peleando infantería con infantería y caballería con caballería, con tanto teson, denuedo y coraje, que no pudiendo los franceses sufrir la furia de nuestra gente, se valieron de los piés faltandoles las manos. Duró la pelea por espacio de dos horas, y degollaron casi siete mil franceses, y entre ellos el General de la artillería, Monsieur de Milleri, y otras personas de puesto y de importancia; prendiéronse tres mil hombres y al general Fuquieres, quedando herido en un brazo: apoderáronse los nuestros de todos los puestos, bagaje y municiones; tomáronse diez piezas de artillería, dos trabucos, la mayor parte de los estandartes y banderas, quedando del todo deshechos en aquella parte los franceses: libre Thiunville del sitio, con pérdida de nuestra parte de mil hombres, entre muertos y heridos, y entre ellos el marqués Gonzaga en un muslo, de una pistola; encareciendo mucho el proceder de D. Juan de Padilla, que trajo la nueva á la corte de España.

Fué esta victoria de mucha consideracion para el estado miserable y calamitoso del País-Bajo; pero para no poder hacer empresa ninguna en los vecinos, ni ayudar al duque de Lorena, porque el aprieto de Edin llevaba á toda prisa las fuerzas de Picolomini: faltábale pólvora á la plaza que ya esta materia se habian vuelto ceniza y nuestras defensas y empresas, y nos la ponian en la frente los franceses, de cuanta les pusimos en las eras pasadas: faltábales bastimentos, ¡pero no les

habia de faltar pólvora! El Infante se hallaba fallido de caballería y no podia hacer nada, invocando á la de Picolomini y á los victoriosos, que á largas jornadas venian á buscar á S. A., y el gobernador de Edin, por las faltas referidas, estaba á pique de entregarla. El Gran maestre de la artillería, en este sitio, detuvo un trompeta de D. Juan de Vivero, hermano del conde de Fuensalida, y escribióle se le habia detenido para enviarle á decir tenian al rey de Francia en las trincheras de Edin: él le respondió que habia hecho muy bien en detenerle, y que se le volvia á enviar para avisarle que el ejército del conde Picolomini habia roto el de el rey de Francia sobre Thiunville; con lo que enmudeció el francés y le hizo ménos confiado: fué de sentimiento esta pérdida para el francés y su Privado, con lo que á más breves jornadas se volvió á París.

Adelantáronse cuatro mil caballos de Picolomini en favor de S. A. para las cosas de Edin, y la campaña tenia órden de asediar á Potemonezon, en la Lorena: hallábase ya falto de gente y de víveres con las rotas dadas á los franceses, y porque el mariscal de Chatillon acudia con gente de su refuezo hácia aquella parte y para oponerse á los pregresos del conde Picolomini, con que no se podia ya obrar nada, y porque el sitio de Edin y su apresto llamaba al socorro todas las fuerzas del País-Bajo. Llegó Picolomini y fué recibido en el ejército con aplauso y notable estimacion de todos aquellos soldados, mas á tiempo que en faccion no podia hacer cosa de consideracion.

Era el designio del cardenal de Richelieu tomar á Triunville, y conseguido, pasar á juntarse con el duque de Veimar y marchar con aquellas fuerzas al Palatinado; ocupar sus plazas y arrastrar y llevar tras sí al conde Picolomini y su gente; consumirle en la jornada y que se deshiciese; embestirle en ocasion de hacerlo y poderle acabar, y sacarle del País-Bajo, dejando solo al Infante, y que no pudiese socorrer á Edin, la perdiese, y otras muchas plazas de aquellos Estados: pero Dios mejoró las horas, aunque Edin se perdió por asalto y quedó por los franceses.

No eran estas solas las heridas que el cardenal de Richelieu tenia preparadas para destruir la Monarquía española, como lo habia hecho por espacio de catorce años, con ódio implacable á su grandeza y á las heroícas hazañas de tan esclarecida Nacion. Otra tenia reservada, no poco aguda y penerante, en la frontera del mar Mediterráneo, por la condicion de los naturales, desabridos, orgullosos, desfavorecidos y amenazados; procurando por aquí tomar alguna satisfaccion de las bizarrías conseguidas y plazas tomadas por nuestras naciones este año en el Piamonte y Monferrato, contra el dictámen de la Duquesa madre, de Saboya, y para mantener allí la matéria ordinaria de Estado, tantas veces repetida en estos escritos, de que no pasen los socorros de España y sus gentes á Italia, de la propia fama, como introducir la guerra en la provincia de Vizcaya, sobre Fuenterrabía, para que de la misma manera no vayan á Flandes, y como se ha hecho hoy, con una armada de navíos gruesos; impidiendo que los españoles que estaban en la Coruña para el mismo intento, no pasasen, como hasta ahora no habian pasado; recreciéndose no pocas dificultades de poderlo hacer; ántes, consumirlos en en su mismo nacimiento, por las causas referidas, y divertirlos de las defensas de Flandes y de Italia; ántes que queden frustrados en sus tierras, para no enseñorear las otras. A este fin habia armado un ejército en el Narbonés y las otras ciudades de su contorno, ó provincias circunvecinas, de veinte mil infantes y cuatro mil caballos, á cargo de Enrique, príncipe de Condé, sin haber escarmentado de su poca fortuna en las demás empresas acometidas, así en la Borgoña como en Vizcaya, y del duque de Luina, gobernador de Lenguadoc; y en esta forma acometieron una frontera desarmada, sin gente, municiones ni vituallas, como es de ordinario, y que así lo estaba el Condado de Rosellon.

En primer lugar tomaron el castillo de Opoli, puesto en lo más inaccesible de aquellos Pirineos, que apénas tiene garita ó atalaya, ni es de importancia para ellos ni para nosotros; y de aquí corrieron á empeñarse en el castillo de Salsas.

Era su Gobernador el capitan y Sargento mayor D. Miguel Llorente: bravo soldado, de quien se tenia alguna satisfaccion, con poco más de setecientos hombres de presidio, pocas municiones y ménos bastimentos, y muy léjos la esperanza de recibir algun socorro. Púsose en defensa; pero viéndose apretado de tan grande ejército, y que por el Condado de Rosellon no habia opósito, parece perdió la seguridad de conservarse. A esta hora, no poco atento el Gobernador, vió entre el ejército francés que le rodeaba comenzar á hacer una salva notable con toda la artillería, mosquetería y arcabucería, y deseando entender lo que era, con demostraciones, desde la muralla, les fué dicho que por los buenos sucesos que el rey de Francia habia tenido en Flandes y Alemania con la rota de los imperiales en la Bohemia y con la toma de Edin; pretendiéndoles engañar con esta estratagema, si bien no en todo, y desanimarlos á la defensa de Salsas, y en todo la demas, y valiéndose ántes del artificio y de la ignorancia de los que le oian que del valor. Pasaron adelante y dijeron que el ejército del Rey católico era roto, y que no habia que perder tiempo, que se rindiesen: respondió el Gobernador que primero queria ver deshecha la muralla.

Pasó luégo el conde de Santa Coloma, Virey y Capitan general del Principado de Cataluña, á Perpiñan, juntando los catalanes para la defensa del castillo y de la tierra; convocóse gente de Italia, como de Módena y Luca, la que estaba en Cantábria con el marqués de Mortara, y Torrecusa, y el duque de San José, su hijo; procurando el francés sus diversiones en aquella parte, y tentar otras, porque no pasase la gente á Salsas, y metiendo algun número considerable de franceses por el Valle de Bastan, en Navarra.

Dióse por cabeza y por General del ejército de Rosellon á Don Felipe de Spínola, hijo del marqués Spínola, marqués de los Balbases, con 24.000 escudos al año miéntras durase la guerra, 8.000 de ayuda de costa (5.000 en Barcelona y 3.000 en Milan), y la futura sucesion del Vireynato de Sicilia. Cuando se quiere dar no se repara en que sea extranjero ni geno-

vés, sino que haya emparentado con los de la sangre. ¿Qué les ha faltado á nuestros Capitanes para no ayudarlos de esta manera? Cuando se les encargaban las empresas árduas y remotas, sino ántes convertir el premio debido en luchas, pendencias y resentimientos, sin por qué, sino para que lo más quieto, lo más noble, lo más seguro y el mejor soldado fracasase en ruina perpetua, como sucedió á D. Fadrique de Toledo: cosa de que todos los cabos se sintieron, concibiendo muy pocas ó ningunas esperanzas del fin honroso de aquella guerra, porque el suceso del puente de Cariñan, cuando su padre sitiaba el Casal de Monferrato, vivia aún en la memoria de los soldados, y temíanse en este caso de otro tanto, pues andaba en balanza y en disputa el valor y el ánimo, si le habia ó no le habia; bien que de la cabeza no se hacia desconfianza.

Ocuparon los franceses algunos puestos cerca de Salsas; volaron una mina y dos hornillos é hicieron brecha; subieron por ella y alojáronse en la muralla: retiróse el Gobernador, que le habia dado la gota, y los nuestros á la torre del Homenaje, tan apretados, que se dieron á merced y quedaron prisioneros: tomóse la plaza y comenzaron á discurrir por todos aquellos lugares del contorno, sin poder ser de provecho Perpiñan por la misma falta de gente, ocupándolos y haciéndolos contribuir, y cometiendo en ellos todas las demas fealdades que se han referido en los demas progresos.

Comenzóse, como dije, á juntar gente y formar ejército de todas partes á sueldo del Rey: muchas personas de calidad y de sangre pasaron de Castilla á servir y señalarse en aquella guerra: los catalanes juntaron (así lo decian ellos) doce mil hombres, y hay quien dice que diez y ocho mil; y la pólvora que se enviaba á Vizcaya mandaron que la mitad fuese al Condado de Rosellon, con lo que la guerra, la desolacion y los derramamientos de sangre comenzaban, entre otras muchas veces, despues el principio de los Romanos, á prescribir en España y á arraigarse en ella; desterrando la paz en que fué constituida por nuestros mayores, principales

y ministros, por la injuria y desacierto de uno. Y así era, porque hasta ahora procedia todo con gran suspension, de suerte que el echar de allí á los franceses no se esperaba tan presto; con que la gente comenzó á desmayar y á desvanecerse, particularmente los catalanes, que llevaban muy mal el dormir fuera de sus casas. El conde de Santa Coloma mandó arcabucear á uno públicamente para ejemplo de los demas: accion que le hizo mal visto en todo aquel Principado, y mal afecto de los catalanes; originándose de aquí una de las causas para la muerte que le dieron despues, y para una rebelion atroz y feísima.

Dejando ahora por breve espacio las cosas de Levante, en Cataluña, parece nos llama á concluir las de Poniente, en aquella armada naval que hemos referido. Pero ántes que pasemos adelante será bien avisar y hacer reparo en cuán poco hay que fiar de los que se fingen amigos nuestros: cuando la misma diferencia de religion no lo asegura, mucho ménos lo afianzará la comunicacion ni el contrato, siéndolo más aína de aquellos que son de la suya, aunque lo disimulan falsamente, y la tomaron de allí, del mismo tósigo y veneno del calvinismo, y de Lutero. El deseo, pues, de enviar á Flandes algun socorro de españoles, por lo fallido que se hallaba el Infante de gente, y no habiendo sido posible tan presto aviar la de la Coruña porque pedian mayor número de bajeles, hizo que en navíos de Inglaterra, tomados á flete, se embarcaran en ellos cuatrocientos españoles del presidio de Cádiz para que pasasen allá. Navegaron, y en llegando al Canal de Inglaterra, reconocidos de navíos de Holanda, y abordados con ellos, ó avisados por las espías comunes ó que viven con nosotros, forzaron á los Maestres que los entregasen, y ellos lo hicieron con facilidad; no sabiendo disimular ni encubrir lo que llevaban, metiéndolos debajo de cubierta ó tomando rumbo que lo pudiese impedir. Pero el rey de Francia y su ministro, mal contentos de lo poco que habia obrado su armada en nuestro mar, gobernada por el arzobispo de Burdeos, habiendo entendido que el Rey católico juntaba las suyas,

convocaba Generales, soldados y marineros para oponérsele y hacer pasar, mal de su grado, el socorro á Flandes, la volvió á expedir reforzada de navíos y de gente, parte suyos y parte confederados de aquel Norte; pero con más recato, no atreviéndose á alargar mucho por nuestras costas ni volver de nuevo, aunque la dió vista, á tentar la Coruña, porque D. Lope de Hoces, con las órdenes que tenia, aprestaba su Capitana y los demas navíos para salir en busca del Burdeos, y llevar los españoles (aunque ya se corria opinion que de diez mil que habia no llegaban á cinco mil, y quien decia que á tres mil, del mal pasar, de la falta del vestido, mantenimiento y tener el suelo por cama); y D. Andrés de Castro disponia los de su cargo, como á la misma hora navegaba D. Antonio de Oquendo con otra escuadra de navíos bien armados, en que se incluian en aquellos y en estos muy escogidos capitanes y pilotos, y habia salido de Cádiz la vuelta de la Coruña, donde le esperaba D. Lope de Hoces y los demas para pasar á Flandes. Habíase partido este último trozo, ó juntado, en dos fracciones; la que tenia ya D. Antonio de Oquendo para el viaje referido, de que era General el duque de Nájera y Maqueda, que tenia el nombre de la Armada Real del mar Océano; y la que se juntó con la de D. Cárlos de Ibarra, que acababa de llegar con los galeones de la plata y flota de Nueva-España, y de haber peleado con Pié de Palo, corsario holandés, y librado aquel tesoro de la codicia de los enemigos. Apénas hubo llegado á Cádiz cuando le hicieron pasar al puerto de Colibre, para las cosas de Salsas; jornada que le ocasionó la muerte: porque poco importa que traiga yo todo cuanto encierran en sí las entrañas de la tierra, venas y minerales del Potosí, si no puedo llevarlo y disponer de ello y que me sirva en edificios, ó en alhajas, en Madrid, centro donde quieren todos los grandes hombres que han recorrido y navegado el mundo, y que han adquirido y amontonado riquezas, que les luzca, los ilustre y los levante la casa; y al fin, el tesoro que trajo ni le vió ni le gozó.

En los cuidados y fatigas que entraba España y sus

vivientes, habia quien discurria que esta parte de armada, á cargo del duque de Nájera y de D. Cárlos de Ibarra, fué en su principio en favor de Venecianos (algo dejamos ya tocado de esto, pero aquí se fenecerá), por lo que se temian, y habian dado á sentir al Rey, que la del Turco se queria satisfacer del estrago que ellos habian hecho en las galeras de Corfú ó de Viserta, ó de ambas partes, que infestaron las costas de Italia hasta subir al mar Adriático; pero este viaje y todos sus aprestos pararon en la recuperacion de Salsas; y en lo tocante á aquella diferencia del Turco y Venecianos, se suspendió y simuló, ó se dió al Turco la satisfaccion que les pudo serenar del sobresalto.

Dió vista otra vez la armada francesa á las costas de Vizcaya y á las de la Montaña, y sin hacer otra accion más memorable y no dejar de cumplir con algo para tan grande apresto y gastos, se entró en Laredo, lugar abierto, sin reparos ni soldados, ni otras defensas, y saqueólo; huyéndose nuestra gente, con la hacienda que pudieron, á lo más áspero de los montes del convento de San Francisco: abrió luégo las puertas, entrándose el miedo en toda la tierra y en las otras villas, creyendo otra vez tenian sobre sí al francés en Vizcaya y en Rioja y en las montañas de Búrgos. El Arzobispo de aquella ciudad dió muestras de ir contra el de Burdeos, y juntó los clérigos y armólos, con otras personas del distrito, para el hecho: D. Juan Rejon de Silva, Corregidor de las Cuatro Villas, las Justicias y los demas que pudieron hallarse cerca de ellos, y los hombres de calidad y de cuenta, si habia alguno, porque todos los de aquella frontera estaban en las plazas de armas de la provincia y de Navarra, si bien la habian desamparado, procuraban socorrerla. El número de los bajeles era tan grande, y el de la infantería, que al más osado y prevenido le hiciera recatar. Saqueado, pues, el lugar, quisieron ver los franceses si por las trochas de la tierra, dificultosas de subir por su inaccesible aspereza, podian saquear y quemar los lugares cercanos, como Castro Urdiales, Trasmiera y otros: pusieron fuego á Puerto, lugar del duque de

Lerma, cerca de Laredo, adornado y favorecido de la naturaleza y del arte, de más de treinta mil piés de naranjos, sidras y limones. La provincia de Vizcaya y el marqués de los Velez, virey de Navarra, enviaron hácia aquella parte algunos capitanes, pólvora y municiones, para que juntasen gente y la pusiesen á la defensa, tomasen los pasos y los fortificasen y cerrasen, se pusiesen en ellos y no los dejasen pasar. D. Fernando de la Cerda y D. Juan Rejon de Silva y otros, comenzaron á juntar la gente de las Cuatro Villas de las merindades, y en todo lo demas de la Montaña hasta Búrgos: pidieron á Castro Urdiales ayudase con la que pudiese, y respondió que no la tenia; replicáronla que enviase veinte ó treinta con las espadas solas, que los armarian, y volvió á decir que aún las espadas no tenian. Ibase juntando, sin embargo, la gente que se podia, embarazando los pasos donde se recelaba el riesgo de poder subir y penetrar la tierra, y hacer mayores daños; pero el arzobispo de Burdeos, aunque habia tomado y hecho pié en España, no estaba seguro, y tampoco de parecer de esperar nuestra armada.

El general D. Antonio de Oquendo gastaba con su viaje no poco tiempo, haciéndole por mucha altura, con falta de vientos que le detenian en los cabos de San Vicente y Finisterre, que habiéndolos doblado, á esta hora se dejó caer sobre la Coruña, y dando vista á aquel puerto, y reconocido ya del general D. Lope de Hoces, ni quiso entrar dentro ni tomar ningun descanso, sino que saliesen fuera á proseguir el socorro y á buscar la armada francesa; porque las voces del Reino eran grandes y los lamentos lastimosos, dando á sentir que tuviesen atrevimiento los franceses, debajo del gobierno de un Clérigo, para quemar, robar y asaltar las costas de España, sin haber un bajel que lo impidiese ni surcase aquel mar, para dar á entender si habia algun hombre en él que saliese al opósito. Habia parecido el hecho del Burdeos más robo que empresa, más de corsario que de capitan, más de ladron que de conquistador: decia á los miserables de la villa de Laredo, si habia alguno, porque todos la desampararon, donde dicen

que dijo misa, que ya sabia que venia D. Antonio de Oquendo, pero que le faltaba hacer otra cosa más y que luégo se retiraria á sus puertos.

Tenia nuestra armada gran nombre en aquel mar de opulenta y sobrada en bajeles, en cabos y soldados, y no la sabian, como la francesa, dar el número cierto: ya decian que era de cincuenta, ya de ochenta velas con ocho mil hombres, setecientos italianos y algunos sardos, habiendo perecido los más que vinieron de aquella Isla de la hambre y de los otros malos tratamientos, y los demas eran españoles: juntábase aquí el número de D. Antonio de Oquendo y el de D. Lope de Hoces, D. Andrés de Castro y la escuadra de Dunquerque. Fletáronse algunos navíos ingleses para llevar la gente de socorro, á escudo por hombre: estos eran cinco mil para echar en Dunquerque para el socorro de Flandes y los demas países; solicitando los franceses á los holandeses para que los esperasen y no los dejasen pasar. Iba la nao *Teresa* con la de Oquendo, Castro y Horne, á cargo de Don Lope de Hoces, todas cuatro Capitanas, á quien seguian los demas navíos á propósito para tan grande intento; pero la fortuna les salió contraria. Navegaron al fin, destinados todos á una ira fatal de Marte, para su perdicion y ruina, á un despojo de las arenas y á un incendio miserable de bajeles, artillería, cabos, marineros y soldados; no más que por fiarse de un hereje, que no habia de faltar á los demas, y á quien dió su hija.

Prosiguió la armada: tomó el Canal de Inglaterra, y á la misma hora descubrió diez y siete navíos de Holanda; envió á avisar D. Antonio de Oquendo se diesen prisa á llegar los suyos; y que diesen la carga á los enemigos, que él iba siguiendo las Capitanas, particularmente la nao *Teresa*, que como bajel grande y poderoso, bien armado y fortalecido de muy buena infantería, mucha y muy gruesa artillería, se iba descollando de las demas, con terror de los enemigos, no osándose á llegar si no á tirar de léjos. Pusiéronse en media luna; deseaban abordar la Capitana de Holanda, pero ellos rehuian el lance; sin embargo de ser tirados por una

hora larga de la artillería de los holandeses, los nuestros los apretaron con la suya y echaron un navío á fondo; y deseando llegar á las manos, largaron velas y se pusieron en la fuga, Volvieron otro dia reforzados con diez y seis navíos más, y comenzaron á pelear de ambas partes, rehusando los enemigos el ser aferrados. Uno de nuestros pataches y un navío, inconsideradamente, dieron en la retaguardia de los holandeses: recobró D. Antonio de Oquendo el navío y perdió el patache: escaseando el tiempo y barloventeándose se sotaventaron las armadas, y se dividieron; la de Oquendo amaneció sobre las costas de Francia y despues en las de Inglaterra: hallábase maltratado su bajel de las muchas cargas de los enemigos, entrándose, con lo recio del temporal, en el puerto de Dunas, en Inglaterra, parece que con sentimiento de aquel Rey, si bien despues mudó de semblante, resolucion perjudicialísima, siendo más acertado meterse en Gravelingas, en Mardique, Dunquerque y los otros puertos para resguardarse mejor con su misma casa, y no dar tantos celos á los holandeses y á los demas, á todo aquel Norte, pareciendo era voluntad y gusto de aquel Rey y que era liga declarada: metieron el socorro en Flandes en embarcaciones pequeñas, por Mardique. Fueron notables las voces y las quejas que comenzaron á dar los enemigos, tanto, que llegaron â Lóndres, y los mismos ministros herejes de aquella corte las dieron al Rey, significando el sentimiento de los holandeses; diciendo que el rey de Inglaterra, con pretensiones de casamientos con España, admitia las armas de aquel Reino para meterlas en los Estados y en el de los vecinos, y que no habia de ser así, ni habian de pasar por ello. A los ingleses les habia parecido temeridad el haber dado entrada á una armada tan poderosa y forastera en sus puertos, donde conociendo el ánimo de la condicion española, podia ocasionar un grande riesgo, como lo pretendieron en el reinado de Don Felipe II; y que un Rey tan inferior en fuerzas no se habia de fiar tanto de otro que era con tantas ventajas más poderoso que él; que los accidentes suelen ser varios, y las cosas

humanas sujetas y llenas de mudanzas y de continuas incertidumbres, y los pensamientos de los Príncipes suelen mudar forma, segun el estado en que se hallan y el tiempo les ofrece; tanto, que obligaron al rey de Inglaterra, para desempeñarse con los vecinos y del miedo comun en todas aquellas partes, y del rey de Francia, á escribir al Rey católico, que se habia admirado que se le enviase á sus puertos un armada tan grande y tan dentro de su casa, sin avisarle, y otras cosas tocantes á esto; haciendo á todos no poca dificultad que lo ignorase, pues el flete y el interes era de sus marineros y mercaderes. Pero los holandeses, perdiendo el respeto al rey de Inglaterra, no perdian de vista á la armada ni se apartaban del puerto de Dunas, habiendo enviado á las Islas por más refuerzos y por más grueso de navíos, para acometer y dar batalla á nuestra gente (quién dice que juntaron ciento catorce navíos), porque no pensasen que estaban allí seguros, aunque lo parecio por la gran capacidad del puerto, y querian dar á entender al Rey que no les habia de valer su amparo, ni les habia de ser de provecho, ni para volver allí en lo de adelante, y que habian de desengañarse los españoles de aquel auxilio.

Hecha, pues, y juntada tan gruesa copia de navíos, embistieron al puerto y entraron dentro con poca alteracion de los ingleses; estos mostraron no querer ayudarlos, porque el General inglés, que tenia allí su escuadra de navíos y la armada de aquel Canal, se declaró y dijo á D. Antonio de Oquendo que no tirase, porque tenia órden del Rey y del Parlamento, que el primero que lo hiciese, el holandés ó él, se pusiese á su lado, en favor del otro y en contrario del que no obedeciese, y que así lo haria. Pareció esta accion neutral de poca amistad; pero, á mi parecer, más en favor del vecino y aliado que de nuestra armada. D. Antonio de Oquendo, viéndose forzado á pelear, y que el grueso de los enemigos era formidable y más crecido que el suyo, por no perderse y ser quemado, se salió del puerto para tener más desembarazo para poder rodearse. Siguiéronle veintiun navíos de los suyos,

y casi toda la escuadra de D. Andrés de Castro; pero faltos de corazon y de prudencia, desatinados y fuera de sí, faltando al honor y al prez de la generosa sangre española, pudiendo huir por lo más heróico y salvarse peleando ó morir con honra, dieron infamemente con los navíos en tierra y en la playa de aquel puerto; de suerte que todo el poder de los enemigos, todo el fuego y el ardor de la batalla cargó sobre el general D. Lope de Hoces; sobre su Capitana, la nao *Teresa*, y sobre la Almiranta de Miguel de Horne; sobre el navío de Feijóo y de otro. Hacia el deber D. Lope peleando como valiente y esforzado español y caballero: la artillería del enemigo era mucha, los navíos que le rodearon y los de fuego eran muchos; acudia con la espada en la mano á una parte y á otra; habíanle ya llevado un brazo, y sin embargo animaba á los suyos á la constancia y al ardimiento; y los enemigos, más cobardes que valientes, hallando la resistencia ordinaria, se valieron del artificio: embistiéronle con los navíos de fuego; comenzó á arder y con él todos los que estaban dentro, y D. Lope no pudo ó no excusó el quemarse: perdióse la gente y la artillería, despues de haber peleado muchas horas. Quiso D. Antonio de Oquendo socorrerle y no pudo, porque el Castro flaqueó; y sobrevino la noche. Tomáronnos seis navíos; pero ellos perdieron, en ambos reencuentros, pasados de veinte que se fueron á pique de los golpes de nuestra artillería.

Siguió D. Antonio de Oquendo, con el fin de esta rota, el rumbo de España, y no dejándole el viento volvió á Mardique con sola la Capitana de Dunquerque, ó Almiranta, (adonde habia de haberse recogido nuestra armada, porque los holandeses no sintieron tanto que fuese á Flandes ni á sus puertos, como que pensasen que Inglaterra habia de ser sagrado y asilo para otras avenidas;) los demas no le pudieron seguir por ser el viento bravo.

Fué esta pérdida de gravísimo sentimiento para España, para el Rey, para sus ministros y vasallos: los mejores bajeles se perdieron; los soldados de más calidad fueron presos,

heridos y quemados: decian que eran doce navíos los que faltaban. Tomaron el del general Feijóo, á quien los franceses no acababan de alabar de valiente, alentado y valeroso capitan: el de D. Gaspar de Carvajal y á él mismo, y el galeon *Santiago*, que se escapó del fuego de Guetarea.

Dió el rey de Inglaterra, por cartas, al Rey católico sus disculpas, aunque vagas, de la pérdida de nuestra armada, consolándole con que de los navíos que vararon en tierra se podrian sacar los veinte, y que los demas estaban dentro del agua muy deshechos y destrozados.

Volvió D. Antonio de Oquendo á España con solo un navío, porque los demas que pudieron escapar tomaron diferentes rumbos y fueron llegando á diferentes tiempos. Faltó la salud á Oquendo y murió, más por el dolor del naufragio y de la rota que de las heridas que le dieron los enemigos.

No se prometieron, por su discurso, más fortuna en esta jornada los hombres de más juicio, porque los herejes nunca dieron mejor cobro de lo que les fiaron.

Causaba á todo aquel Norte, y áun á los mismos vasallos ingleses, y á los ministros del Parlamento de Lóndres, gravísimos celos la amistad de su rey Cárlos con nuestro Felipe, y abusaban terriblemente de que tratasen de nuevos casamientos, cuando el de Francia aún no lo podia tolerar, por lo que habia entrado de religion católica en Lóndres, y no querian que España se hiciese allí más lugar con los que pensaban contraer, porque más querian al mayor hereje que el parentesco del más alto Rey; no estimando tanto la gloria de la majestad como el llevar adelante la perversion de las sectas, que los hacia viciosos: y aquellos ministros dispusieron y maquinaron entre sí en poner en tal estado el Reino, con algunas sediciones, que quitase al Rey la libertad, y áun totalmente el gobierno, para resfriarle en la fe con el Rey católico y con España, y hacer volver á sus Príncipes á los matrimonios pasados, con Dinamarca ó con los demas herejes, protestantes de su religion; casamientos de poca calidad, dando fuerza y autoridad, ó tomándosela, al Parlamento y á

todas aquellas cabezas de herejes y sectarios, bajándose á tan humildes é indignos pensamientos, que no repararon en dar una hija de su Rey á un hijo del príncipe de Orange, vasallo y rebelde al Rey católico, ni Francia tuvo vergüenza para disuadirle y no venir en él, ántes estorbarlo; queriendo en primer lugar conservar aquellos rebeldes, y apretar más, y ayudar los vínculos de la union y de la herejía, de mayor valor entre ellos, que la honra de lós grandes casamientos para el lustre y ornamento de aquella Corona.

Habia metido el rey de Francia este año dos ejércitos por el País-Bajo; inquietando en Alemaia y en Borgoña con los confederados y soldados propios, con gruesas tropas y dineros, y hecho correr una armada por el Océano en daño y ofensa de España, y metídola otro ejército en el Rosellon, ocupando una plaza de mucha consecuencia y otros puestos, lugares y poblaciones en aquel Condado; guerreando en Italia, si bien allí con poca fortuna, no sin reputacion, cosa que tenia suspensos los juicios y los ánimos de los mayores hombres, pareciendo que aquel Rey se queria alzar con el imperio del mundo, no siendo señor más que de un Reino solo; y últimamente se habia levantado con la opinion y la gloria de soldado belicoso, con el esplendor de gran Príncipe y con la majestad de Rey. Finalmente, si bien habia hecho este año proezas de consideracion, no más que por la prudencial atencion de un vasallo (cuando acá nos sobraban tantos, y ninguno para adquirir estos mismos honores y aplausos á nuestro Príncipe), si bien en lo de Italia no habia podido arribar á los principios con que comenzó á enseñorearla, habia aumentado su ejército, alentando á los soldados á desempeñar las prendas muy encarecidas del Piamonte. Estado, por la virtud de la Duquesa, su hermana, á su devocion y debajo de su mano, muy á propósito para sojuzgarla con los fudamentos adquiridos, aunque tiránicamente, del Monferrato, para conseguir el Milanés y luégo el reino de Nápoles. Hallábase, no obstante, la duquesa de Saboya, tomado lo mayor y mejor del Piamonte, un ejército del Rey católico sobre su casa, y dos Príncipes de ella, mal ha-

llados con su gobierno por haber dado entrada en aquel Estado y en sus tierras á los franceses, que lo destruian y talaban: reclamaba al hermano, pediale sus fuerzas, y aún llamabále en persona para que la viniese á restituir á sí y á sus hijos en lo que ántes tenia. El cardenal de la Valeta se hallaba orgulloso como acrecentado, y el marqués de Leganés esperaba nuevas gentes y socorros para conservar y adquirir, no contentándose con lo hecho, y ni más ni ménos aquellos Príncipes y capitanes, sino que querian acabar de embestir el Piamonte y pasar á la toma de Turin. Esta desconfianza hacia á la Duquesa entrar en pensamientos de entregar al rey de Francia, su hermano, las plazas de Montillano, Susa y Carmañola, no para que se las defendiese, sino para que le quedase algo en el Piamonte: pediale socorro, y el francés mandó al duque de Longavila, que con las tropas que estaban destinadas para acometer el Condado de Borgoña bajase al Piamonte á juntarse con el cardenal de la Valeta, para hacer allí vivamente la guerra á los españoles y recuperar las plazas perdidas.

Pasó el ejército Real y se puso sobre Santian para ir ciñendo el Casal de Monferrato, que era el más formidable pié que el francés habia cogido en Italia, y de mayor cuidado, y deseábamos ante todas cosas desarraigarle de allí. Era el castillo de Santian fuerte, mas no tenia víveres para ocho dias, pues el largo progreso de la guerra de este año los habia consumido. Publicóse la venida del duque de Longavila á Italia, y corrió muy vivamente la voz de sus aprestos para todo el Piamonte. El príncipe Tomás y el cardenal Mauricio proponian al Marqués Gobernador que el ejército marchara hácia las plazas más cercanas y hácia los Alpes, por donde habia de ser su tránsito, porque no corriese riesgo con la venida de los franceses, si bien aquellos pueblos estaban de mejor ánimo para recibir á sus Príncipes que á los aliados: ventilábase la presa de Santian para las cosas del Casal de Monferrato y poderlo á su tiempo subprender mejor; pero los más advertidos decian se saliese al paso á los franceses y se procurase hacer el esfuerzo posible para que el duque de Longavila no

se juntase con el cardenal de la Valeta, para que no ocupasen las plazas que la duquesa de Saboya les queria entregar, porque, conseguidas, quedarian señores de la campaña y de los pasos de la Saboya para Borgoña; que estrechándolos en Piñarol seria incomodarle y les faltarian los bastimentos para poder sustentarse, y sin país en que poder hacer resistencia; que de lo contrario, dejándoles entrar en el Piamonte y en sus plazas era dividir aquel Estado y recaer en él una guerra peligrosa, y áun para el Estado de Milan dañosísimo.

Estaba el marqués de Leganés á esta hora falto de gente por la larga campaña de este año, por las plazas ganadas y por la guarnicion que habia puesto en ellas, por las rotas que se habian dado á los franceses, por los muertos, heridos y fugitivos. Por esta causa no se resolvia á ponerse en el confin del Piamonte, ni alargarse tanto del Milanés ni de las plazas ganadas, ni á exponerlo todo al trance de una batalla. Era su ánsia asediar el Casal de Monferrato, y atendia muy bien, porque aquel es el mayor cuidado y de más importancia que puede haber en los Consejos de Estado y Guerra; si bien con la toma de Santian se dejaba aquella plaza imposibilitada de socorro. Habia quien tambien dificultase la empresa de Santian, y no obstante de la flaqueza de gente, se reconocia por fuerte, y el terreno no á proposito para encaminar las baterías de fagina para hacer trincheras, y sin agua para poderlas mantener. Salieron cinco mil españoles de Cartagena en navíos para Milan: sobrevínoles una calma tan pesada que les detuvo veinte dias sin navegar un paso, ni arribar á una parte ni á otra, y como traian los bastimentos tasados para los dias que habian de tardar, habiéndolos consumido todos en la dilacion de la calma, estuvieron para morirse de hambre; tardanza que tenia al Marqués no poco suspenso y acongojado para proseguir en los accidentes y acaecimientos del Piamonte. Además de esto la gente de Nápoles y de Sicilia procedia con remision; pero la providencia de Dios quiso que á esta hora se encontrase un socorro con otro, porque las escuadras de aquellos dos Reinos, acompañadas con

las galeras de Florencia, viendo navíos surtos y parados, llegaron á ellos cuando la angustia y flaqueza eran tan grande que aquellos míseros españoles ni áun no se podian valer de las voces, de las acciones del cuerpo ni de las manos; finalmente, se valieron de lo que pudieron, y reconocidos de los napolitanos, sicilianos y florentinos, llegaron y entraron en los navíos socorriéndolos y dándolos de lo que traian, con lo que los pudieron reparar y restituir á la vida; y reconociendo que era socorro para Milan y que llevaban sus mismas derrotas pasaron parte de aquella gente á las galeras, y parte de ella llevaron á remolque. Finalmente, llegaron á Génova, de donde se tuvo este aviso y que saltaron en tierra casi difuntos, el marqués de Leganés avisó que se ponia en duda si podrian servir tan presto: llegaron dos mil napolitanos y algunos sicilianos, con lo que el Marqués sacó los soldados viejos de las guarniciones y suplió la falta con aquellos; y llegáronle otros quinientos españoles que se rescataron en la Provenza, de los que prendieron las galeras de Francia el año pasado, cuando se encontraron con las nuestras, por trueque de algunos franceses y 14.000 florines.

Reforzados á esta hora ambos ejércitos, el marqués de Leganés consintió en el sitio de Santian, afirmando los escuadrones y los puestos á lo largo; y el cardenal de la Valeta venia marchando para socorrerla, casi á los linderos y términos de Aste: opúsosele el Marqués Gobernador sin desamparar la plaza. Estaban los franceses de la otra parte de la Dora, á poco ménos de siete millas; y hallándose Santian falto de mantenimientos y de otros socorros, rindió la cerviz á la fortuna de los vencedores. Era notable con estos sucesos la impaciencia y la congoja del cardenal de la Valeta y del marqués Vila, General de las gentes del duque de Saboya, por no poder hacer nada ni ascender á salir con algo que fuese de conocer á la Duquesa ni al rey de Francia, su hermano. Pasaron á Chivasso, y siguiéronlos el príncipe Tomás y el Marqués, y hallándolos fortificados y más numerosos en gente, no pudieron socorrer la plaza: se perdió Cogno, lugar

fuerte y de importancia; Villafranca y Niza se declararon por los príncipes de Saboya, no habiéndolas valido ocupar aquel puesto, porque acometiéndolas los franceses fueron rechazados. Porfió el cardenal de la Valeta con todo su grueso á recuperarlas, y defendióselo el cardenal de Saboya, avanzándose dentro. El príncipe Tomás y el Marqués quisieran que el Cardenal no se hubiera empeñado tanto; pero viéndole arriesgado, pensaron en el remedio y se resolvieron tomar la vuelta de Turin para arrastrar al Valeta y llevarle allá, sacándole de la infestacion de las plazas adquiridas; y alentado el príncipe Tomás de la resolucion del marqués de Leganés, con su parecer y con su acuerdo, como quien tanto deseaba meter los piés y las armas en aquella corte para concluir, tomando á su cargo la interpresa, adelantóse una noche con un trozo de caballería y algunos infantes; llegó á las murallas de Turin, atacó un petardo á la puerta, y arrimando las escalas, no sin sobrada resistencia y sangre, la entró y se apoderó de aquella ciudad.

Refieren, que la Duquesa, asustada y fuera de sí, con poca decencia y aliño, se acogió velozmente en la ciudadela con alguna gente, casi sin poder llevar á sus hijos: en efecto, la hicieron salir, dejar la quietud de su palacio y domicilio, que es lo que acontece á los Príncipes por seguir la obstinacion de la guerra, sus codicias y ascensiones á Estados y Coronas que no les pertenecen, que pierden sus casas y aventuran los suyos.

Señaláronse en esta entrada, el marqués de Caracena, D. Martin de Mojica y D. Francisco Tutavila. Fué este hecho tremendo para los poco afectos á la majestad de España, y de admiracion y asombro para aquellos que poco ántes habian seguido diferentes semblantes y pasiones, y de ejemplo para los que se habian mantenido y conservado en la fe antigua, ver una Princesa, hermana de un Rey grande, salir fugitiva de su palacio, huyendo de la persecucion de sus cuñados por causas que se habian notado en el mundo de sedicion tiránica, y otras sospechas de atrocidades cometidas contra la vida del duque Victorio.

Llegó á esta hora á París la nueva del despojo de Laredo, y á la misma la pérdida de Turin, y discurriendo los franceses que con gastos tan grandes como habia hecho la armada se encontrase con efectos tan cortos como saquear una villa desarmada, sin gente y sin defensa, se hiciese alarde de ella, viniendo á la misma hora la nueva de una faccion tan memorable conseguida por los españoles en la toma de una corte y la colonia de un Principado de los mejores de Italia, á quien no era, por la misma razon, equivalente la toma de Edin, tambien villa pequeña y no de tanta consideracion, cuando el asedio de Tiunvila habia costado un ejército, pérdida de artillería y bagaje, muerte y prision de cabos y generales; persuadiéndose y anteviendo que habia de suceder lo mismo en Salsas, para cuya recuperacion se juntaban cabezas, dejando el Consejo, el gasto y los aprestos inútiles.

Con la pérdida de Turin, el vigor y fuerzas de los franceses descaecieron mucho en Italia y en todo el Piamonte, reduciendo á pocas plazas, como á Susa, Piñarol y Javes, y otras de muy poca ó ninguna consecuencia, y de la misma manera en el Monferrato; pero aquella del Casal era la que hacia desesperar y poner en mortales incunvenientes la esperanza, y el obligarlos á sacar los piés de ella, por su mucha fortaleza y por lo inexpugnable de la ciudadela, á quien se oponian tambien los vecinos y otras potestades, no queriendo de ninguna manera que la tuviese el rey de España ni que la sojuzgasen sus armas, y venian, y no se alteraban por esto, que la tuviese el francés y la hubiese tiranizado á la casa de Mántua, por sus mismas materias y porque los venecianos lo contradecian, habiéndolos por defensores de la viudedad de la Duquesa y del Duque, niño, en todo el Mantuano.

Fué la toma de Turin á 25 de Julio: quiso el príncipe Tomás embestir á la ciudadela, y aunque la halló fallida de víveres, que no los tenia para quince dias, no se hallaba con número capaz de gente para conseguirla; de donde juzgo yo que aquí comenzó á declinar por las fuertes instancias del Richelieu y nuevas ofertas; sin embargo, pasó adelante,

aunque tibiamente: púsola alguna gente á lo largo; pero el Valeta y el marqués de Vila la socorrieron y reforzaron con la que tenia y la que habia quedado para guarda y conservacion de plazas y ciudades. Hizo Tomás meter en las cárceles todos los prisioneros franceses, que pasaban de dos mil, y acarició á todos los vecinos de aquella corte para atraerlos á sí; obligándoles á tomar las armas contra los homicidas y tiranos: irritados de las insolencias de estos enemigos, aclamaban todos aquellos pueblos y paisanos la grandeza de España, libertadora en todo tiempo de los opresos y afligidos.

Y valiéndose de sus artificios el Cardenal ministro de la Francia, hacia saber en secreto, por sus confidentes, al príncipe Tomás, que la resolucion que habia tomado en la salida de la Saboya y haber militado en Flandes debajo de las banderas católicas contra las del Cristianísimo, no sabia si le saldria á su propósito de inclinacion y de la fe que habia profesado á la Francia; que tenia á engaño en el haber vuelto á Italia con semejante designio, que otra cosa no habia sido su jornada sino haberle inclinado á ayudar á entregar las plazas del Piamonte y de su casa á los españoles, que ya las iban reteniendo; donde, avisados de los procedimientos de su padre y hermano, se las tomarian, y harian de la amistad comenzada venganza; y que esto lo podia entender con claridad, pues no le era permitido poner en las plazas que iba entregando guarnicion de piamonteses; que por ahí veria el lazo que se le iba armando; que hacia contra sí, contra su sangre y sobrinos; que se habia deshecho de aquella enemicicia á la sangre española y perdido el amor á la francesa; que el Rey cristianísimo no queria sino conservarle su casa, y que holgaria entender sus disentimientos para hacerle dar entera satisfaccion; y no sólo esto, sino parte y gobierno en aquel Principado, para él y para sus hijos, quizás con más ventajas que las que podian hacerle en España; y que esto lo tenia negociado con la Duquesa, y áun que era él el intercesor con ambos hermanos. Oyó esto el príncipe Tomás, y disimuló por entónces, y dió por respuesta, tenia su mujer y sus

hijos en España, que procuraria sacarlos y despues obraria diferentemente. Placiéndole mucho cualquiera plática con los franceses; el Richelieu, por apretar la reduccion, cuanto no podia con él la procuraba con la princesa de Cariñano, su mujer, en la corte de España, que como legítima y verdadera francesa y enemiga de españoles, alcanzó con ella cuanto quiso; y ella movia con cartas á su marido á que mudara de constelacion y de influencia, y á volver rostro á la Francia; persuadiéndole á que seria bueno pedir licencia para volver á Italia, ántes que, entendida otra cosa, se hiciese prenda de ella y de sus hijos; en que, al parecer, por lo que despues veremos, consintió el Tomás; y ella dió á sentir en el Palacio del rey de España estar mal hallada y querer pedir licencia para volverse, aunque ahora con lenta solicitud. Aunque en lo público, haciéndolo saber los ministros de España al Tomás, éste hacia como que no venia en ello, y mandaba á la Princesa que por entónces no saliese; en lo secreto era el hecho muy diferente. Mas no dejó de entenderse la cautela por el Rey y los ministros, porque no se hacia con nécios, y estuvieron alerta; pero desconfióse que el tratado y la union pasaria adelante, y que las cosas del Piamonte mudarian de forma, como de allí en adelante se reconoció en el proceder del príncipe Tomás. ¡De esta manera se guarda la fe en aquellos hombres, se pagan los beneficios y se agradecen los acogimientos!

Hallábanse los franceses sin vituallas, de suerte que de hambre y de miedo se iban desbandando muchos cada dia; los villanos de la tierra se habian encruelecido poderosamente contra ellos por las vejaciones y malos tratamientos que les habian hecho, y los andaban á buscar por el campo para tomar satisfaccion de ellos, y tambien por las ofensas cometidas contra los templos, imágenes y altares, pues siempre profesan la maldad de la secta de hugonotes. Adelantaban el marqués de Leganés y el príncipe Tomás sus tropas para ocupar los lugares vecinos. Habia hecho el rey de Francia bajar de Alemania á la Borgoña al duque de Beimar para que se juntase

con las fuerzas que allí tenia, para acabar de destruir aquel antiquísimo Estado, patrimonio principal y primero de los Príncipes que despues fueron de Flandes y de la casa de Austria: venia mal parado de la rota que habia recibido del duque de Baviera; ocupó algunas plazas más: el rey de Francia queria que dejase las de Alemania: pero estos hechos y los de la Alsacia, particularmente con la toma de Brisac y los de las subpresas de Borgoña, en la que Beimar queria tentar en Bevila, país usurpado, hizo que el Canton de Aubernia, como vecino á sus territorios, no dispusiese bien el ánimo de los esguízaros, ántes se juntaron en una Dieta á conferir los progresos del rey de Fracia en las provincias referidas; los de la Lorena, los de Flandes, los de Italia y los de España, y dieron por aquí sus sentimientos al Rey, y que se adelantaba más de lo que convenia, y que por esta causa se hallaban bien reducidos á ponerse en defensa de los vecinos, y á llamar los esguízaros que estaban en su servicio y en sus ejércitos, por el menoscabo grande que se les seguia en las contrataciones y en los intereses por el embarazo de los pasos de unos para otros, y de una guerra general en casi toda la Europa. Finalmente, pudo el rey de Francia inclinar á Beimar, por su Embajador, que residia en tierra de Cantones, á que volviese á Alemania á continuar la guerra y á darse la mano con las cabezas de los suecos y protestantes; ofreciendo darles satisfaccion por el socorro de gente que pedia. Mas él respondió á esto quejándose de su fortuna; que no tenia del Rey más premio, ni más fortuna, ni otras ofertas, beneficios y honores, sino que sitiase, ó divirtiese, sin darle jamás lo que habia menester; que se hallaba con muchas plazas que poner en defensa, y por otra parte amenazado y áun castigado del ejército del duque de Baviera, el que se juntaba en España y el de la archiduquesa Cláudia en el Condado de Tirol para la recuperacion de la Alsacia: que si los suecos fuesen echados de Alemania, todas las fuerzas del Imperio cargarian sobre él y se veria rodeado de alemanes, sin auxilio, arrimo ni confederacion de Príncipe que le amparase; que no le asistiria la Fran-

cia, recatándose de los demas; que se hallaba falto de gente, pues la que tenia se la habian muerto en las guerras y con las enfermedades; que aquellas provincias y ciudades de su séquito no se hallaban ya capaces de sustentarle; que habia gastado el dinero que tenia en proveer y resguardar á Brisac, Bonfelt, Lutcemburg y otros puestos del Rhin; que daria en las manos del primero que quedase vencedor y señor de la tierra, y en un dia perderia lo adquirido en los años pasados, en tan largo tiempo y con tanta fatiga; que no le quedaba otro auxilio que su espada y el valor de los que le seguian. Procuró el Embajador de Francia aplacarle y componerle; y repartió algun dinero entre los soldados.

Estaban á esta sazon juntas las cabezas de los esguízaros, y casi todos aquellos Cantones en Bada, discurriendo, en el estado de la guerra que tenian aquellas provincias, sus vecinas, no llegase á calentar ni á encender en sus pueblos un fuego implacable y parase todo en ceniza, como estaba lo demas, pues ya se habian visto humores en el rey de Francia de ocupar el paso de la Valtelina, no sin gravísimos celos y digresiones que casi los habian hecho mudar de alianza: hallábase, pues, ahora para los demas impedida la navegacion del Rhin, para ellos de grandísimo detrimento y para sus haciendas, no pudiendo tolerar que les hubiesen embarazado la contratacion de Brisac, ni que en la Borgoña se hiciesen los estragos que habemos referido: la Lorena, parte tomada y parte comprada con el dinero; tiranizados los pueblos en la Saboya, no distante mucho de sus territorios, y fuego en el Piamonte y en el Casal de Monferrato; doliéndoles aún la ruina de Alemania y de Flandes, y las acometidas en España con ejércitos y con armadas, por la pretension al Imperio; aunque el rey de Francia les cerraba los pasos, les limitaba el alvedrío y la inteligencia de sus medras, haciéndose violento usurpador de la Europa, de los Estados y tierras de sus Príncipes, con lo cual la pretension de la liga por el Embajador francés no tuvo efecto, sino una tibia neutralidad para con Borgoña; y siendo lo que de nuestra parte se solicitaba, que

se opusiesen contra él y contra una guerra tan vecina á sus casas, concluyeron, sin más utilidad para nuestras materias, con protestar al rey de Francia y á su Ministro, que miéntras prosiguiese la guerra en el Condado de Borgoña pasarian de neutrales á ser enemigos y á oponerse con las armas, no dejando hacer levas en sus ciudades y territorios.

Dejó el duque de Beimar á Pontalier y á Oyrguer, contra sus mismas conveniencias por ser pasos para sus empresas y políticas, y aún refieren que las quemó, contra la fe y la palabra que habia dado; revolvió con sus gentes y capitanes á la Alsacia, y sin hacer allí ni en Borgoña ningunos efectos militares se rindió á la muerte, y acabó con sus designios, ánsias y temeridades de perseguir los dos Estados más esenciales del orbe, como la Iglesia y el Imperio. Libróse Alemania de este enemigo, cayéndosele á Francia una espada que militaba á su sombra, para investirle la Corona y la púrpura cesárea; uno de los más perjudiciales turbadores del sosiego comun; cayéndose por esta causa en no poca tristeza y desconsuelo. Era nieto de Federico, duque de Sajonia, que venció y prendió el emperador Cárlos V en el paso de Alvis, por haber tomado armas contra él, haber dejado la Religion católica por consejo y falsa doctrina de Lutero; causas que obligaron al César á deponerle del Estado y del título de Elector, y dádosele á un hermano suyo, en quien hoy se conservan las dos dignidades, y en sus sucesores. De aquí se ocasiona en esta era juntar esta memoria con la de otros mal contentos del Imperio; siendo el conmovedor atrocísimo de estos hechos el arte y el ingenio del cardenal de Richelieu; el arte y el ingenio, como digo, para alterar aquella grande y nobilísima provincia con todas las demas, para dárselas al rey de Francia con la Corona sobre que tanto se ha apasionado y porfiado, y que no ha podido conseguir. Creyó sacar de aquí, si el francés se llevara el Imperio, ser restituido en el Ducado de Sajonia y en el Electorado; pero todo ha sido humo, y con su muerte no vió Borgoña este año los aprestos de armas y máquinas de guerra que los pasados, porque los sucesos

felicísimos de Italia, conseguidos en Piamonte contra los ejércitos franceses, les constriñeron y forzaron á sacar los que tenian allí debajo de la conducta del duque de Longavila, y los arrastraron á donde no fueron de afecto, como de la misma suerte el que se tuvo en el Ducado de Lutcemburgo por el encarecido valor del conde Picolomini, desvaratando los designios de Beimar, que fueron los que bastaron á dar principio á su muerte.

Viendo el rey de Francia y su Ministro el miserable estado que sus ejércitos y capitanes tenian en Italia, y cuán fallidos de fuerzas se hallaban, y que ellos no las tenian para enviárselas, y que los del rey católico eran los que tenian el imperio sobre los suyos, procedieron á la hora con la industria, valiéndose del artificio, y enviaron á la duquesa de Saboya y al cardenal de la Valeta sus instrucciones para que con el gobernador de Milan, el príncipe Tomás y el cardenal Mauricio se las propusiese y tratase unas treguas ó suspension de armas; no con otro fin ni más saludables motivos, ántes que para el sosiego y quietud de Italia, para volver á rehacerse de gente, armas y dineros para proseguir la misma injuria y desolacion de aquellas tierras, y afirmarse en ellas con la impía codicia de enseñorearlas y quitarlas á los legítimos y naturales poseedores; con no más excelente ni verdadera virtud que de dominar el mundo y ascender á la última y más suprema potestad sobre los vivientes. Con estas órdenes enviaron al marqués de Leganés y á los dos hermanos, Mauricio y Tomás, á proponer, de parte del Rey cristianisimo y de la duquesa de Saboya, si querian admitir y dar entrada á una tregua ó suspension de armas: fueron oidos, y tratóse primero con esta ocasion, de nuestra parte, de una paz firme en Italia, y despues general y universal en el mundo, á que ellos rehuian el cuerpo; no siendo aquel su intento, sino dar tiempo al tiempo para obviar el peso de la guerra, esperar más gente y rehacerse para recobrar lo perdido. El estado que nosotros teníamos, si bien era próspero y dichoso, era ventajoso; pero tambien habia necesidad de gente por la que

habia muerto, huido y enfermado, la que ocupaba la plaza y puestos grandes; y no habia dado poca vanidad á nuestros cabos la subpresa de Turin (así la hubiera querido mantener el príncipe Tomás); y tambien querian reposar un poco de la fatiga y continuo afan de la guerra, y tambien poseer con algun sosiego y esperar los mismos remedios que los franceses solicitaban, la gente, el socorro, el dinero y los demas aprestos; no habiendo podido llegar á concluir una paz firme y verdadera, ni de fundamento, sino una suspension de armas flexible y ambiciosa. Finalmente, ellos dijeron al Gobernador de Milan y á aquellos Príncipes, si tenian poder y autoridad para hacer una tregua ó suspension de armas por tiempo limitado, y respondió el Gobernador que sí (parece era consejo del Tomás, y que le habia dado á los franceses para suspender nuestros progresos). Sin embargo, supusieron y pidieron tiempo para hacerlo saber al Rey cristianísimo y al Ministro, sin cuya voluntad ya se sabe que no se hacia nada; pero claramente se les veia que era oficiosa y cautelada esta diligencia, porque no procedia de ignorancia y sin aviso de París, y no más que á los fines referidos y á no tener con que proseguir la guerra, y dar tiempo á Tomás para su mudanza y sacar las prendas que tenia en España; de quien si hasta ahora no se habia visto nada, no faltaban buenos juicios que lo discurrian por la inclinacion y por el natural; y cometido contra el agradecimiento y beneficios recibidos de España. Sin embargo, se confirió entre nuestra gente; cada uno dió su parecer, y aunque hubo algunos que no le aprobaron, se dieron causas para poderlo admitir, por respirar un poco, porque la larga campaña, si no tenia domados los corazones, tenia quebrantados los cuerpos de nuestra gente, que era sin embargo muy poca; y aunque los franceses revolvieron despues con mayor ímpetu y más orgullo, habia quien decia que no habian de hacer ellos lo mismo, prosiguiendo en las mismas fortunas en que los habian aventajado: veianse los terminos de los franceses, áun en su misma causa y en su misma peticion, indirectos, varios, confusos y ambiguos, no

dejando libertad para creerlos, sino ántes lo advertido, por lo que mucho fué lo que se debatió de nuestra parte.

Finalmente, teniendo los franceses licencia de París para capitular, D. Diego Mejía se rindió y abrazó la tregua ofrecida por los franceses, por no más número de sesenta dias, sin dar cuenta al Rey católico, al Ministro ni á los Consejos de Estado y Guerra, por los poderes ámplios que tenia en el gobierno y manejo de las armas, con el parecer de algunos, aunque no todos, si bien hay opinion que el príncipe Tomás no vino en ella, al ménos así se paliaron los unos y los otros; pero de acá se tuvo por yerro verosímil para la reputacion y honra á que habian llegado nuestras armas en Italia, cuando se faltaba en Flandes, y pudieran apretar á que se hiciese universal la paz, no consintiéndola de otra manera; aunque le hubieran persuadido no poderse tratar de ella ni de tregua sin haber entrado primero en alguna suspension de armas: y aunque esto fuese así, las empresas conseguidas en el Piamonte, y tan recientes, pedia no admitir descanso ni darle á los enemigos, ántes fatigarlos, molerlos y dar calor á la expulsion de aquella nacion, consiguiendo quizá se concluyera la restitucion de las plazas de Flandes, de la Lorena, de Alemania y otras ciudades que despues, y en breve tiempo, sacó el príncipe Tomás á los franceses, volviendo la casaca; pero á todo esto se cerró los ojos, y capitularon de ambas partes en esta forma:

Capítulos que se hicieron entre las dos Coronas de España y Francia sobre la suspension de armas en Italia, entre Madama la Duquesa de Saboya y los Príncipes de ella, desde los 14 de Agosto hasta los 24 de Octubre de este año, y sobre los lugares del Piamonte que han de quedar á la disposicion de cada una de las partes.

«Las tierras del territorio de Aste, entre el Póo y el Tanaro, hasta las tierras del Monferrato, quedarán á la disposicion de los Serenísimos Príncipes, comenzando desde Santa

Ena, Casanova, Ternalas, Paloreno, la Mota, San Damian y San Gobon hasta el Tanaro, juntamente con San Estéban, en el cual lugar ninguno se alojará, y la venta que está de esta parte del Póo quedará neutral; y todas las tierras de la parte del Charasco y Carmañola quedarán á la disposicion de Madama: todas las tierras del territorio de Aste, de la otra parte del Tanaro, á la parte de Niza de la Palla y de las Langas quedarán asimismo á disposicion de los Serenísimos Principes, comenzando para ir de Aste á Zeba, Castillon, Calozo, San Estéban de Verbo, Casano, Casto, Mombere y Mulazano; Zeba y Castano quedarán neutrales; y todas las demas tierras de la parte de Alba, desde las tierras arriba escritas hasta el Tanaro, quedarán á disposicion de Madama; y asimismo queda ajustado, que el dicho Casano y la Riva de Casano quedarán neutrales para el paso desde Alba á Rovio y Besme: las tierras de Ecua, ya junto de la parte de la montaña, quedarán asimismo á la disposicion de los dichos Serenísimos Príncipes, comenzando desde San Miguel, Visanova, Moroco, la Margarita, Montaner, Casteloto y Cuneo, para ir desde Cuneo á Rebello, quedará á disposicion de los señores Príncipes; y el lugar de Carde quedará neutral para el paso; y para ir tambien desde Cunco á Bronco y valle de Matra, Vernez y Coralía, quedarán de la manera referida á la disposicion de los señores Príncipes; y todas las tierras fuera de las susodichas de San Miguel, la Margarita y las demas nombradas, que están á la parte de Benofosano, Savillano y Saluzo, juntamente con el valle de San Peire, quedarán á la disposicion de Madama, con lo restante de las tierras del Piamonte; y todas las tierras de Ibrea, Amase y Dunase, Alaflet, por la parte de la montaña, que quedan entre la Dora, Valeta y el rio Horeo, quedarán á la disposicion de los Serenísimos Príncipes; y para ir desde el dicho lugar de Mase á Erin, Folizo y Leyeni, quedarán neutrales para el paso, juntamente con Borgaro y Septimo para ir desde la ciudadela á Turin, á Chivasso; y todas las demas tierras desde Mase á Chivasso, y desde allí á Flet, y juntamente con las del rio Horeo hasta Susa, quedarán

á la disposicion de Madama, como tambien Cimena y su contorno, San Rafael y Castanetro, y por el valle de Sanzo, comenzando desde el dicho lugar, quedará libre sin alojamiento alguno; solamente contribuirá á la gente de la caballería de Madama que estuviere alojada en Vin, para que pueda el dicho valle proveer y llevar víveres á la ciudadela de Turin, adonde podian los moradores del dicho valle llevar á vender los víveres como les pareciese; y se ha acordado que en las tierras de la abadía de San Benigno no se aloje persona alguna, si no fuere de paso; y en las tierras de Veinasco, Erollasco. Colleno y Ultesano ninguno se alojará, ni tampoco se alojará persona alguna cerca de cada una de las plazas, así de esta parte como de la otra, en que haya presidio junto á ellas, dentro de los dos meses; y prosiguen:

»Habiéndose juzgado necesario que para facilitar las proposiciones hechas entre Madama y los señores Príncipes de Saboya, y por evitar la ruina del Piamonte, se hiciese una suspension de armas entre las dos Coronas y entre Madama y los señores Príncipes, así en Italia como en todos Estados, de S. A. de Saboya, ha sido acordada la dicha suspension para la quietud y bien público, y en consideracion de los buenos oficios hechos por Monseñor el Arzobispo de Santa Severina, Nuncio Apostólico por parte de Su Santidad; hasta 24 de Octubre próximo de este año 1639, para poder avisar á SS. MM., y dentro del dicho tiempo haber respuesta de su voluntad, durante el cual tiempo cesarán las hostilidades de todas partes, y esto con las condiciones siguientes:

»Que la ciudadela de Turin quedará en poder de Madama y de los franceses, como hoy se halla, y la ciudad de Turin en poder de los dichos señores Príncipes de Saboya, como al presente está y con el número de gente que se hallare á proposito para la guarda de dichas plazas: los unos y los otros podrán trabajar en las dichas plazas durante el tiempo de dicha suspension, ó como ajustaren entre los que fueren para ello señalados, y como se podrá ver por las conveniencias hechas y firmadas: este mismo dia, los dos ejércitos se retirarán, cada

uno á la provincia y tierras de su partido, y en sus plazas, como más particularmente ha sido acordado, y ajustado por otra escritura de la fecha de ésta, sin que se hagan correrías ni hostilidades algunas; y aconteciendo alguna contravencion se reparará el daño dando satisfaccion á las quejas que sobre ello se dieren, sin que por esto se siga rotura alguna de la dicha suspension.

»Que en las plazas ocupadas por las dos Coronas y por Madama, así como por los dichos señores Príncipes de Saboya, los Ministros, ni una ni otra persona del un partido no podrán sin pasaporte ir á las plazas del otro partido, ni entrar en los ejércitos, ni tampoco en los lugares donde fuere acordado que ellos se retiren.

»Y en cuanto al Casal, quedarán las cosas en el estado que al presente se hallan, sin que haya hostilidad alguna de una ni de otra parte.

»Podrán los Mariscales de campo, los Ministros de justicia y hacienda y los demas oficiales de los ejércitos de S. M. cristianísima, de ménos calidad, ir y venir á la dicha plaza del Casal y á las demas plazas del Monferrato, donde la Majestad cristianísima tiene presidio, como tambien los que fueren enviados por los Generales, Ministros de S. M. cristianísima, ó del Gobernador, ó de otra persona que gobernare la plaza de donde ellos salieron; los cuales pasaportes serán, así á la ida como á la vuelta, vistos por los Gobernadores ú otros que gobernaren las plazas ocupadas por S. M. católica y por los señores Príncipes de Saboya, estando obligados á dejarlos ir y volver libremente sin molestia de la una ni de la otra parte.

»Los oficiales que fueren del dicho presidio del Casal y de presente están en él, y los que entraren en él mediante la dicha suspension, estarán obligados á salir ántes que ésta se acabe, segun la órden que para ello les será dada por los Gobernadores de la dicha Majestad cristianísima, so pena de que los oficiales que contravinieren á esto serán tratados como quebrantadores de dicha suspension y de este tratado.

»Los enfermos y heridos del ejército de España podrán ser libremente llevados de Turin al Estado de Milan, por el Póo, con los pasaportes que se darán por el que gobernare la ciudad de Turin, juntamente con los que llevaren á los dichos enfermos y heridos, con sus bienes y bagajes, enseñando los dichos pasaportes á los gobernadores del Casal y del Chibasso; y los barqueros podrán volverse hácia Turin con sus barcas vacías, en que hubieren llevado á los dichos enfermos, sin que tengan necesidad de otros pasaportes más de los que hubieren enseñado á la ida, los cuales volverán á mostrar á los dichos gobernadores del Casal y Chivasso á la vuelta, sin molestia de una ni de otra parte. Y en cuanto al presidio del dicho Casal, podrá renovarse hasta en cantidad de seiscientos hombres durante la dicha suspension, sacando de allí otros tantos en presencia de un Comisario de cada una de las partes.

»Podrán los Ministros de S. M. cristianísima hacer sacar de la dicha plaza todas las demas cosas que quisiere, y hacerlas llevar donde le pareciere. Los prisioneros de ambas Coronas, por esta vez serán trocados, capitan por capitan, y los demas oficiales por oficiales de la misma calidad, y soldado por soldado; y en caso que haya mayor cantidad de prisioneros de la una parte que de la otra, serán libertados pagando por rescate un mes de sueldo con las costas, excepto los Coroneles, cuyo rescate se ajustará particularmente entre los Generales. Y en cuanto á los prisioneros de guerra que están en poder de Madama y de los señores Príncipes de Saboya, del uno y del otro ejército de las dos Coronas, tendrá lugar la misma convencion escrita en el capítulo antecedente; y en cuanto á los demas prisioneros que son de Madama ó de los señores Príncipes, se trocarán unos por otros, y si hay más de la una parte que de la otra, se tratará de ello particularmente entre Madama y los dichos señores Príncipes.

»Y con los dichos capítulos ha sido acordada la dicha suspension, comenzando desde el presente dia hasta 24 de Octubre de este año de 1639: la cual comenzará en Turin el dia de su fecha, y en el Piamonte y Monferrato cuatro dias des-

pues, y en Niza, Saboya, seis despues: entendiéndose que desde hoy, los ejércitos que están en Turin no podrán hacer ninguna hostilidad, de una ni otra parte, á cualquier lugar que sea, y habiéndose hecho se dará satisfaccion.

»Para en cumplimiento de lo cual, los infrascritos se han obligado y obligan con buena fe y con toda sinceridad, y en fe de ello han sido firmadas dos copias, la una en español por el Serenísimo Príncipe Tomás y el Excmo.Sr. Marqués de Leganés, y la otra en francés, por los señores Cardenal de la Valeta y el Duque de Longavila, á 14 de Agosto de 1639.»

Firmáronse los capítulos de una parte y otra, el príncipe Tomás y el marqués de Leganés, el cardenal de la Valeta y el duque de Longavila, que en nombre de la Duquesa dijo las aprobaria. Y esto hecho, siguieron los franceses su natural condicion en mentir y en no guardar la tregua ni ninguna cosa de lo tratado, como quien entendia á Tomás, haciendo la Duquesa lo mismo, porque á la sombra de la cesacion de de armas metieron en la ciudadela de Turin todos cuantos bastimentos y municiones pudieron, y gente de secreto, y esto no habia que dudarlo, que para eso se hizo el arbitrio, digno de reparo por el marqués de Leganés y los otros cabos, conque se imposibilitó despues el poderla tomar, y Turin no se pudo conservar con aquel seguro que era necesario; y el príncipe Tomás perdió, ó quiso perder aquella corte y ciudad el verano del año siguiente, sacándosela de las manos.

Finalmente, por más que sacó fortificaciones afuera (como se verá en su lugar) la perdió, y tambien mucha parte de la esperanza que tenia de enseñorear el Piamonte; si bien decia que el marqués de Leganés no le habia querido socorrer, y él que no lo habia querido mantener; con lo que entraron todos en discordia, aborrecimiento y desunion, dándolo á sentir la princesa de Cariñano en la corte de España al Rey y al Ministro; con que se comenzó á entrar en quiebra con la solicitud del Richelieu: lo mismo hicieron en el Monferrato, con la misma permision, por asegurarle de las sospechas por

los muchos puestos que habiamos ocupado en torno de él, apoderándose de muchas plazas que ántes no tenian.

Mas el Marqués, reconociendo la astucia y el trato incostante y comun de los franceses, imposibilitó el que se hiciese el trueco de los seiscientos hombres en el Casal, como se habia capitulado; y esto, entendido por el cardenal de Richelieu, se exasperó y lo sintió, y escribió una carta en pocos renglones al Marqués, llena de artificios, simulaciones y engaños; lo primero, cubierto con las pieles de la malicia, se entró por ella alabando al Màrqués, suspendiéndole con la lisonja y los colores retóricos, dando á entender que de órden suya se hubiese impedido el trueque, y que entendia remover para obligarle al cumplimiento: defendia á la Duquesa por no haber hecho la ratificacion de los tratados y haberla enviado luégo que supo que no la habia recibido; y en la mudanza de las guarniciones de Susa y Avillano interpretó los capítulos como no le embarazase á su parecer; esforzó sus razones y pensamientos con el ejemplar de lo que hicieron los españoles en Niza, calificólos con otro; arguyendo de caso más apretado; mostrando que el arresto que ellos dieron en Turin contra la duquesa Cristina era de naturaleza en todo diferente, cobrando contra ello un partido con el otro; y despues de haber mezclado todos los términos cortesanos y ambiguos en la carta para persuadir y vencer, reservó á lo último los ódios para atemorizar, y despues los mitigó con no más de insinuarlos dulcemente, como de mano de tan grande artífice; y ya avisando, ó pronosticando, ántes que amenazando, los daños que se seguirian de no guardar lo concertado.

El Marqués tenia en su apoyo y en su confianza tantas y tan grandes razones que presentar, que si bien fué urbano igualmente en el modo y en las palabras, decia que daba las gracias á su Eminencia de lo que le alababa, y más de la buena opinion que tenia de los Ministros de S. M.; y que siendo él el primero le engañaba su gallardía, haciendo demostracion de su prudencia, y que se alegraba mucho haber de tratar esta materia con Ministro tan grande y de tanto valor,

con lo que se facilitaría la paz y el cumplimiento de todo; que la ratificacion de Madama se habia prometido con limitado tiempo, y que no se habia cumplido dentro de él ni recibídola en el tiempo prescrito; que aunque se le hubiese hecho como se prometió aguardando, como dijo, órden del Cristianísimo; habiéndola pedido ellos, como era notorio, que esta cláusula no cumplida venia á excluir á Madama de la suspension, incluyéndose en ella el rey de Francia: hallándose obligados por esta ocasion á dividirle de los intereses de su hermana, y á reconvencerle que á los Ministros de aquella Majestad, en rigor, hubiesen faltado á su obligacion no quitando las armas en todos los lugares en que las tenia en apoyo de Madama; porque habiendo tregua con el rey en Italia no podian defender las de sus enemigos: que de aquí se podia considerar cuál fuese la falta del cumplimiento en lo contratado con haberse entrometido en las plazas de Susa, Abillano y Gabor, como si fuese lo mismo mudar presidio y el transferir la posesion, y fuese compatible el tener tregua y el mejorarse con la ganancia de tres plazas; cosa que, áun cuando la Duquesa hubiera ratificado la capitulacion y hecho de dos partidos uno sólo, no se podia defender que no fuese rotura; mayormente que no se admiraba que su Eminencia pasase en silencio lo de Gabor y aquella plaza, porque no hallando razon, ni verosímil ni aparente, para defender la ocupacion de las plazas, disimuló la noticia miéntras de ella habia conocido el Gobernador, ántes de la tregua, con carta suya, firmada por los capitanes, y hecho reconocimiento de la guerra, de los príncipes, Cardenal y Tomás; y lo que en contrario traia su Eminencia como semejante: que se hubiesen introducido españoles en los presidios donde estaban piamonteses, no haberse ni áun practicado, que si se hubiese tratado seria muy diferente; haciendo el Rey, su señor, con los Príncipes un solo partido, cuando el de Francia y la Duquesa formaban dos: la plaza de Niza era verdad que trocó de dueño; pero fué mucho ántes que se capitulase la tregua: mas los franceses, haberse mejorado despues debajo del castillo de

Villafranca, y contra lo expresamente capitulado, era notorio haber faltado á la fe y á la religion del juramento: que el arresto publicado en Turin no fué acto de hostilidad, y que se podia hacer contra la Duquesa, con quien no se tenia suspension de armas: que su Eminencia debia ponderar el haber los Ministros del rey de España guardado la tregua como si se hubiera ratificado, cuando los del Cristianísimo la habian roto; y que en cualquier caso el defecto de la ratificacion cerraba la puerta á los más sofísticos ingenios para no poner en duda las faltas de una parte y las finezas de la otra, que le excusase su Eminencia si no le agradaba en la peticion: que el oficio de buen Ministro era, no sólo guardar lo concertado, sino tambien hacer que se guarde, porque no podian ellos remediar los inconvenientes, ó darse por entendidos de otra manera: que impedir el trueque de los seiscientos soldados en el Casal tenia su enmienda, y que este artículo tampoco lo estorbaria cuando la Duquesa la ratificase y el rey de Francia dejase las plazas que sus ministros y capitanes habian ocupado: que para el desempeño pasaria en breve con el ejército, no apretándolos con tanto rigor que no les diese algunos dias de tiempo más despues de la tregua, para corregir el desacierto. Acabó con agradecimiento el Marqués la carta, que estaba llena y colmada de cortesías y lisonjas, á propósito de no faltar á ninguna de las obligaciones del decoro ó de la reputacion de las armas del Rey católico en Italia, ni dejándole de obligar por venir en algun acuerdo de concordia para la reparacion de su paciencia y de sus Príncipes, y aún hasta á los que se mostraban más parciales, deseando recogerlos á todos en un lazo y en una union, aspirando á la tranquilidad pública.

A esta hora llegó D. Luis de Alencaster con los tratados de Madrid: descifráronse las cartas para el Rey y para el mayor Ministro, y para los Consejos de Estado y Guerra, y despues de leidas y consideradas hicieron notables demostraciones de sentimiento sobre este hecho y de haber dado orejas á una cosa semejante, cuando era tiempo de reducirlos á los franceses á la salida de Italia, con las victorias conseguidas y plazas

ganadas. Fueron muchas las voces que dieron y los extremos sobre el caso, acusando al Marqués de desacertado en que hubiese, estando tan ventajoso, concedido tregua á los franceses (y asian de aquí), dándoles tiempo para armarse, y no con otro fin que para volver con más brío y más gente á la guerra, introduciendo tiempo donde no habia de concedérseles un instante. Esto se decia en público cuando aún no teniamos conseguidas tan árduas empresas de que podernos alabar ni jactarnos; porque á Flandes, que era donde se habia de haber hecho mayor esfuerzo, se iba haciendo la guerra poderosamente y se le reducia con durísima obstinacion y perfidia de los enemigos á su total ruina y desolacion, que es la que se ha de ocasionar á lo demas de la Monarquía. Hablábase públicamente de este hecho en la Corte, particularmente los políticos y estadistas; quién culpaba, quién defendia: sin embargo, no parecia de poca admiracion que á los franceses, que estaban en tan alta fortuna y reputacion, se les hubiese traido á tiempo que nos pidiesen alguna concordia, cuando por ningun camino se les habia podido obligar á la paz, ni la querian admitir si no es quedándose con lo tomado en toda Europa, y ni áun de esta manera la querian; deseando ver el fin de nuestras prosperidades y acabada la majestad que nos dejaron nuestros Príncipes: quién, si bien defendia al Marqués que la hubiese admitido, quizá por la misma falta de gente y fatiga de los soldados, como los de los enemigos, ya cansados de tan larga campaña, aunque victoriosos, tantos sitios, tantos asaltos y subpresas, cosa que á ellos no dejó de causarles y aún doblar el ódio de que se hiciesen tantos ascos en España de haber concedido una moderada tregua. Finalmente, el mayor Ministro, por la gravedad y peso de su condicion le reprendió ásperamente; culpó y cargó que hubiese dado una imaginacion de tregua ni de reposo á los franceses; y en sus cartas, con pesada nota, decia que él no era para tan gran manejo y regencia como el de Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, ni para mandar las armas del Rey en Italia, ni ser cabeza de ellas; mas que donde se habia

hecho tanto bien hacian muy poca mella las pesadumbres, habiéndole dado tan grande escudo para reparar, ó escudos, que le sobraban defensas para muchos denuestos y calumnias. El tiempo era poco y tan limitado (y estaba ya tan á los umbrales el invierno), que la tregua concedia á los unos y á los otros, para tomar aliento de las fatigas contraidas. El Marqués dió oidos á ella y la admitió por ver si podia sacar alguna esperanza para las demas y para los cuidados que affigian y amenazaban ruina. Esto se decia en público; pero en secreto quién sabe si holgaron de ello por aflojar la cuerda del arco: las razones que militaban por la una y otra parte ya las hemos referido, y el ceño que se mostró, falso ó verdadero; pero afectóse que la jornada de D. Luis de Alancaster no fuese muy favorecida, ni avisaron al Marqués que pasase adelante con ello: consintiéronla, y Dios sabe si la tomaran por más tiempo que por lo que se capituló gran parte del Piamonte y lo más principal debajo de la mano del Rey Católico, de sus armas y de los príncipes de Saboya, no sé áun todavía si con gusto suyo, aunque salieron á ello; pero en lo que aquí se habia de hacer más reparo, es en que se dió tiempo á todos y al príncipe Tomás para entrar en nuevos acuerdos y mudanzas.

Con la posesion que los franceses tenian tomada en la plaza del Rosellon y con la presa de Salsas se iban extendiendo por aquel Condado, ocupando lugares y puestos á su satisfaccion, haciéndolos contribuir forzosamente, y ejecutando otras ofensas y estragos sobre los catalanes, indignos de hacer memoria de ellos, por los ejemplos tan nefandos que se cometian en tierras tan fieles: quién decia que habian llegado con las correrías hasta los Obispados de Solsona y de Urgel, cometiendo robos y otros maleficios, haciendo ultraje enormísimo á las iglesias, imágenes y lugares sagrados. Los catalanes habian conducido hácia aquella parte, y á la frontera de Perpiñan, casi dos mil infantes con alguna caballería, debajo del gobierno del conde de Santa Coloma, Virey y Capitan general de aquel Principado; pero con tanta suspension y tardanza, sin darles

cabos ni capitanes, que mal sufridos del rigor de la campaña, y del estar fuera de sus casas, muchos se desbandaron y volvieron á ellas; con que los franceses crecian en brío y en esperanza de ser señores largo tiempo de aquella tierra, sin embargo de que el castillo de Perpiñan y fortaleza les hacia caer en desconfianza de conservarse ni afirmarse en ella, y los hacia tener á raya. Eran, pues, por esta causa los catalanes ultrajados de poca consistencia en un caso tan de sus puertas adentro y que tanto les tocaba, y que era causa suya: quisieran que hubieran acometido á los franceses y echádolos de aquel Condado. Decíanlos que eran cobardes, gallinas, y áun pasaban más adelante, pues los culpaban y llamaban traidores, poco fieles al Rey, á la patria y á sus obligaciones. Ellos se disculpaban y daban en escritos sus defensas; y de las calumnias que se les imponian, como se dirá; recreciéndose de aquí, y lo de los años pasados y de los principios de las Córtes, para lo de adelante, materias perjudicialísimas á la seguridad del Estado, tanto, que anunciaban rumores pesadísimos, sangrientas conmociones y discordias dificultosas de extinguir y de apagar. Íbase juntando nuestra gente muy despacio tambien, por el largo camino como va de Vizcaya y Navarra, que para el marqués de Mortara, de Torrecusa y el duque de San Jorge, su hijo; la de Aragon, Valencia y Castilla, que conducia Juan de Arce; la de Módena, la dal Bolonés, con sus cabos, y de otras partes, con lo que se dió prisa al marqués de los Balbases y se le pusieron paradas de coches en el camino para que llegase y recobrase á Rivas Altas, sitio fuerte y en colinas muy elevadas y eminentes, pero de ninguna consecuencia, y sin embargo de la dilacion desechar á los franceses del Condado, desalojarlos y resarcirlos de Salsas. Habia, con la poca gente junta y los pocos catalanes, algunos reencuentros entre unos y otros, con pérdidas, ya de una parte ya de otra, y tambien sobre querer ellos ocupar los lugares y defenderse los nuestros: no obstante, procedia todo con remision por la falta de gente. La que habia llegado de Navarra pidiendo alojamiento á la villa de Perpiñan, se les

denegó y vinieron á las armas sobre ello, con escándalo público de todo el Reino: hubo en esta refriega muchos heridos y muertos de ambas partes, metiéndose todo aquel Condado, así de los enemigos como de los forasteros y naturales, en una guerra civil y prolija. Decian que se espantaban mucho de que una nacion de tanta honra, valor y nobleza, y que en todos los acaecimientos, así antiguos como modernos, habia dado tan buena cuenta de sí y señaládose en las armas y en las otras buenas partes, no sólo en la propia tierra sino en las extranjeras, en lo que tanto les importaba no saliesen á ello cumpliendo con las obligaciones que les corria, ántes que volvian las espaldas á la defensa y á la impugnacion de los franceses que tenian dentro de su casa; ántes volverse y volver las armas contra aquellos que los venian á defender, negándoles los alojamientos, tan debidos á su misma conservacion, no tomándolas contra los ofensores; que insinuaban por aquí el natural perverso de su condicion, con aborrecimiento público á los castellanos; que lo hacian de intencion, no queriendo atender como era justo al servició del Rey, á la honra de la patria y de la nacion española, haciéndose pusilánimes, flacos, cobardes; que todos habian dejado la camcampaña, no quedando en ella sino algunos pocos nobles. Estas quejas de los nobles, introducidas en los oidos de los catalanes y en la ciudad de Barcelona, y que pública, aunque indiscretamente, los llamaban traidores y los vejaban, y los amenazaban nuestros ministros, hizo dar sus disculpas al Rey y á ellos en este papel:

«Don Juan Grao y Monfalcon, agente del Principado de Cataluña y Síndico de la ciudad de Barcelona, en nombre de los Diputados del General del dicho Principado de Cataluña, dice: que la exorbitancia del agravio que los Diputados del General y de él han padecido ante V. M. y sus Ministros, con nota de poco diligentes, de remisos y tibios en la ocasion más viva, en el trance más fuerte que se podia representar á la injusticia, ó á la obstinacion, ó á todo, con la invasion de las armas de los franceses por el Rosellon y Cerdeña, trance si

doloroso, inevitable la defensa, y forzosa si apresurada la satisfaccion; como no hay ojos para llorar cumplidamente este descrédito, no hay desahogo para desembarazar desnudamente sus empeños injustos; que cuando en los malos sucesos se busca el culpado, suele ser la desdicha del que sirvió más, y ménos atendida su defensa: no se representa á V. M. la fidelidad, diligencia y gusto con que en ocasiones mayores sirvió este Principado á los señores Reyes, progenitores de V. M., porque no se pretende soldar lo que dicen que se dejó de hacer ahora con lo que se hizo otras veces, ni se pretende exajerar lo que se ha hecho, ni la brevedad con que se ha hallado, porque se pelea por Dios, por V. M., por la patria y por el honor de la Nacion, galardon que trae de contado en singular cada cosa de estas; ni se desea manifestar que hoy se ha hecho todo lo que otras veces, y que si es forzoso mucho más, á vista del riesgo y al calor de los deseos de rebatirle y de servir á V. M.

»A las primeras noticias que tuvieron los Diputados de los designios franceses, salió la Diputacion á la prevencion del peligro: trataron luégo vivamente de una leva á cuenta del General, y para que fuese numerosa como se deseaba, y aventajada á las que entónces se hicieron, y que se juntase más brevemente, sobrepusieron y resolvieron dos cosas; que los oficiales se eligiesen de entre las personas de más valor, prendas, obligaciones y amigos, para que asistidos dispusiesen los ánimos de muchos y advocasen así más copia de soldados; y que las pagas y sueldos creciesen considerablemente.

»A las villas y universidades de la provincia que tenian mandamientos para prevenir á las armas y con quien se trataba de la designacion del número de los soldados que cada uno podria alistar, dieron dichos Diputados tanta copia de armas, que los mosquetes y arcabuces pasaron de diez mil, sin descuidar por esto de reservar á mucho número de ellos para los que, ménos apresurados y de resolucion más tardía, se podian ofrecer á la milicia.

»Y porque no pudiesen faltar armas con que proveer á los soldados, aunque el número excediese lo imaginado, die-

ron órden para que á costa de la generalidad se fabricasen nuevas armas, mosquetes, arcabuces y picas, y lo mismo se dispuso acerca de las municiones, pólvora, cuerdas y balas, con lo que brevemente se consiguió el intento; de manera que han faltado soldados á las armas y no armas á los soldados.

»Súpose la entrada de los franceses, y cesando el embarazo de la disposicion del capítulo del Rederec del año 1599, domingo, 12 de Junio, hiciéron enarbolar el estandarte de San Jorge, tocar cajas, dar pregones, esforzando la leva con el nombramiento de Teniente coronel, Sargento mayor y Capitanes, que con sus oficiales lo solicitaron apresuradamente; y porque á este tiempo la ciudad de Barcelona, declarada ventajosamente en el servicio de V. M., como acostumbró en semejantes ocasiones, con incansables fatigas y gastos sin limitacion, buscaba y solicitaba soldados para sí, y se hacian otras muchas levas por otras muchas ciudades y villas del Principado; y para facilitár y crecer el número de soldados, los Diputados ofrecieron y dieron á cada soldado 10 reales más de ventaja de lo que daba á los suyos la ciudad; diligencia con la que en trece dias fué efectiva de setecientos hombres, sin los de la primera plana: con lo que á 19 de Junio se podia despachar toda esta gente al ejército que se juntaba en Figueras, con órden expresa de que se agregasen á él, y asimismo de que fuesen recibiendo todos cuantos soldados se ofreciesen en el camino y se pudiesen buscar, como lo hicieron; y así, cuando llegaron á la villa de Figueras, plaza de armas del Condado, se contaron ochocientos soldados.

»Háse ido continuando la leva, porque siempre han estado y estarán las banderas de la Dipatacion enarboladas, recibiendo, sin limitacion de número, todos los que han querido alistarse, y buscándolos para la lista con ruegos y dineros; mas vista la dificultad de hallar gente, así porque al mismo tiempo hacian esto Barcelona y las mismas Universidades de la provincia, como porque los naturales de las fronteras que corren desde el castillo de Valencia hasta Rosellon, que son más de treinta lugares, están atendiendo á la defensa de su

tierra, previniendo las invasiones de la gente del conde de Boran, que se teme ha de acometer por allí; tomaron los Diputados por arbitrio, no atendiendo al gasto aunque pudiera, sin embargo, lo ejecutó de las rentas de la Diputacion, que como tiene sus réditos y los derechos del comercio, y estos han cesado con la desunion de Francia con España, está todo consumido y sin remedio. Ofreciéronse 120 reales de ayuda de costa á los que se alistasen debajo de sus banderas, cebo que en veintiun dias pudo juntar ciento veintinueve soldados, que conducidos de D. Jacinto de Ibarra y Lanza, capitan de la compañía de estudiantes de la Universidad, y despachados á 13 de Junio, están allí con los demas. Esta continuacion de la leva deliberáronla los Diputados con consulta y parecer de los más ejercitados de la milicia: se juntó otra compañía de mosqueteros, que ejecutado luégo, fué su número de ciento diez, y se envió al ejército; y se va continuando con la leva.

»Estas tres levas y remisiones de soldados han sido diligenciadas con tantas veras y con tanta vigilancia, en tiempo tan breve y tan sin limitacion del exceso de la costa, que parece que se hace dudar por muchos, lo que la pasion ó la calumnia, ú otra luz, pretende oscurecer con nombre de poco y tardo. Lo cierto es, que sin mucha diligencia y mucho gasto no se pudiera haber juntado tanto número de soldados en medio de tantas levas, donde á un mismo tiempo obraba el orgullo, la amistad, la competencia y el interés: á doce mil llegó su número, y estos efectivos, que están hoy en el campo pagados, armados y municionados por cuenta de los Diputados, ciudad de Barcelona y otras ciudades, villas y lugares del Principado; y es, sin duda, que el deseo de los Diputados ha sido y es tan fervoroso en el servicio de V. M., á pesar de la más mal intencionada emulacion, que si á costa de sus haciendas y vidas pudieran multiplicar el ejército á innumerables tropas, las enviáran, ofreciéndolas al servicio de V. M. de muy buena gana á este empleo, sin reservar nada á la comodidad del vivir, ni á los deseos de su conservacion. Y así, los dichos Diputados suplican á V. M., que pues el Principado

ha servido en la ocasion presente con número de soldados tan copioso que pasa de doce mil, como se ha referido, y ejército no fantástico ni de sólo nombre como otros, sino verdadero y real, y que pocas veces le pudo juntar una provincia sola, y por esto merecedora de la Real atencion de V. M., y de el acuerdo de sus favores, sin los muchos caballos y aventureros que con sus amigos se han ofrecido, y sin los que de los Condados de Rosellon y Serdaña ha juntado esta invasion tan numerosa, que con los doce mil de Cataluña pasaron todos de veinte mil, y unos y otros alentadamente, ganosos de ver la cara al enemigo, y probar con él las fuerzas, sea V. M. servido de que no se entorpezcan ociosos, como hasta aquí, ántes bien se les conceda licencia para defender liberalmente la patria, como la han hecho otras muchas veces, rechazando á estos mismos enemigos con ménos defensas y gente, como se lo prometen hoy, con el favor de Dios y con el de tantos valerosos auxiliares. Duélase V. M. de los suspiros y ánsias que sobre las molestias de la campaña les tienen de costa, y el ver por otra parte destruir la patria los enemigos que tantas veces han venido y ocupado las plazas y fuertes, saqueado y quemado los lugares abiertos, profanado los sagrados templos, robado lo más precioso de los santuarios, ultrajado lo más venerado de las imágenes; y, por otra parte, y lo peor de todo despues de mal admitidas las obligaciones, el valor de estos y fuerzas, atadas las manos á la defensa de todo por falta de órdenes; y sobre todo, que no les valen las instancias que por instantes hacen al Capitan general sobre el punto de pelear; y lo que no es ménos sensible, ver desfavorecida la opinion adquirida en tantos siglos, con tan ilustres hechos, continuados con tanta frecuencia y señaladas hazañas y victorias; sobrando al número el valor y á la multitud los esfuerzos. Por falta de órdenes y de cabos perecen los soldados en la campaña, y los enemigos son los testigos de su afrenta y menoscabo de su reputacion.

»Por lo cual suplican á V. M. humildemente, que atendiendo al crédito y honor de aquel su Principado, y á que no

prevalezca contra él la envidia y la calumnia, que han deseado, por respetos apasionados, reducir la lealtad á mengua de valor, la obediencia militar á encogimiento bisoño; sea servido de mandar informarse de todo de personas desapasionadas, para que ya que no alcancen lo que les prometia su diligencia y su lealtad, que era que V. M. se diese por bien servido, no pierdan el consuelo de que V. M. quede enterado de que le han servido cuanto han podido, y de que como deben le han de servir siempre, con todo el afecto, con toda diligencia, con toda fidelidad, no atendiendo en esto tanto á la defensa de sus mujeres, hijos y haciendas, como á la de un Reino, de un Señor tan amado y de un Monarca tan temido.»

Daban sus disculpas los catalanes á las calumnias que les imponian al cuidado de sus aprestos y de las levas de gente, y parecia que este memorial insinuaba más lo que podian hacer para cualquier trance, en que parece que entraban presumidos, ántes que á descargarse de sus culpas; pero no eran admitidos, ántes desdeñados y mal afectos, siempre motejándolos de traidores: voz que hizo en lo de adelante no sólo extremecer aquel Principado y hacerle tumultuar y deseslabonarse del Señor, sino, consiguientemente, hacerse un Reino de todas maneras importantísimo, que fracasó al peso de la misma injuria, indigna de caer sobre el rostro de vasallos tan encarecidos, de tanta calidad y grandeza de ánimo, ni que hombre humano se atreva, y éste, áun con falta de seso, á imaginarla, cuanto más á arrojarla de la boca. Á las instancias que les hacian de que saliesen á la defensa, dijeron que aquel Principado era muy corto y de moderada calidad para oponerse cada año al opósito de un enemigo tan poderoso como el rey de Francia; palabra que les cogieron despues cuando no quisieron admitir guárniciones ni defensas de Castilla, que ya que confesaron que no podian, por qué no recibieron las que eran en su favor y conservacion del Principado, y que se les daban á costa del Rey; ó bien que ellos cumpliesen con la promesas referidas en tantas instancias, de que

ellos solos sin ayuda podian defender la tierra, y que saldrian á los enemigos y los echarian del Principado.

Refirieron que era tan grande el ódio que tenian á los soldados castellanos, que en toda aquella plana del Rosellon, cuando los veian salir al campo apartados de las tropas, en la soledad los arcabuceaban y mataban, y que de esto se hallaban muchos cadáveres entre las peñas, y que se supo de un catalan que de esta manera habia muerto treinta ó cuarenta castellanos.

Ibanse extendiendo los franceses por la tierra, discurriendo por ella libre y licenciosamente: acometieron á un lugar puesto á dos leguas de Salsas; acuchillaron una imágen y á un Cristo, y arrastraron el estandarte del templo.

A 17 de Julio tuvo el Rey aviso de la llegada de los galeones y flota de las Indias (que ya es menester hacer memoria de esto, lo que no se hacia en la era pasada por no sentirse tan grande dificultad; tesoro que no servia á los propios que le conquistaron sino á los extraños y extranjeros, porque como entran las barcas por el Andalucía salen para Génova, y fuera más acertado labrar la plata en España y pagarlos en ella, como lo hicieron los reyes Don Felipe II y III, porque la resultara alguna utilidad, y de lo contrario se deja argüir que es causa eficientísima de su notable necesidad; habiendo pasado más de diez ó doce años que ninguna casa de moneda del Reino labra un real de plata, sino la de Sevilla, y esa por el interesado que ha obtenido con el valimiento las rentas de la labor de aquella casa); é iba ya llegando la gente á Perpiñan para tentar la recuperacion: reforzó el Rey con galeras y con navíos toda la ribera, ó parte de ella, de Cataluña, desde Colibre á Barcelona. Pasó allá el duque de Maqueda y Nájera, y D. Cárlos de Ibarra, con armada, y éste por Almirante, con merced de título y oferta de otra, acabada la guerra del Rosellon; pero la muerte lo atropelló todo, sin dejarle gozar la plata que habia traido de las Indias, porque estas son las riquezas humanas, que cuando más prósperas entónces nos desvanecemos como humo, y pára todo, y se resuelve en ceniza.

Los cuidados de nuestros Ministros eran siempre vigilantísimos en preveer el riesgo en que estaba metido el Condado de Rosellon; y deseando divertir el curso de los franceses y acortarles los socorros, se discurrió si seria á propósito tomarles algun lugar en el territorio narbonense. Previniéronse algunas galeras, y dieron órden para ver y descubrir á Vegiera, si era á propósito para el intento, para fortificarle y hacer á los franceses algun estorbo á la posesion de Salsas y hacérsela dejar, y sacarles del Rosellon. Pasó allá el marqués de Villafranca: hallóle corto y de ninguna consecuencia para la faccion; quisieron huir los vecinos, é hizo el Marqués llamarlos y detenerlos, asegurándoles del miedo, y díjoles que las armas del Rey católico no entraban ni molestaban los lugares abiertos: con lo que les dejó y se volvió á Barcelona, avisando al Rey y á los Ministros que no era empresa en que se podia fundar esperanza de diversion.

Estaba ya junta toda nuestra gente en el Condado de Rosellon, en número de veinte mil infantes y tres mil caballos, para acometer á los franceses, tomar el castillo y echarlos de la tierra: con lo que, reconocido por ellos, por el príncipe de Condé, el duque de Luina y los demas cabos, no con poco recelo y áun mucho miedo del ejemplo de Fuenterrabía, y de otra tanta infelicidad, comenzaron á recogerse y estrecharse á los contornos de Salsas y dejar los lugares del Rosellon, y prevenir sus cosas, ó para quedar ó para huir. Pusieron en la plaza dos mil infantes y quinientos caballos, y por Gobernador á Mons. de Espernan, soldado muy aventajado en valor, prudencia y consejo: pusieron en Opolí y Tartaud quinientos hombres en cada puesto; y todos los demas se atrincheraron alrededor del fuerte, resueltos á esperarnos y aguardar el combate.

A 14 de Setiembre marchó el ejército con mucha y muy lucida gente, de mucha nobleza, caballeros, hijos-dalgo de Castilla, Aragon, Valencia, Navarra y de los demas Reinos, que pasaron á señalarse. A esta hora comenzaron á marchar en busca de los franceses, ocupando los puestos que les iban dejando; el

marqués de Torrecusa, á quien se cometió la primera acometida, como en Fuenterrabía, salió con tres mil mosqueteros escogidos y dos mil caballos de Rivas Altas, donde estaba nuestro ejército, y hecho frente de banderas, y marchando á Salsas y afrotándose á las trincheras, acometió á los franceses, que estaban repartidos en algunos puestos; los desalojó é hizo retirar más adentro á unos reductos y fortificaciones que tenian pegados á la plaza, haciendo que muchos de ellos desamparasen sus cabos y que se entrasen huyendo por la Francia, metiéndose por las trochas y pasos angostos de aquellos montes. Siguió al de Torracusa todo el resto del ejército, y el dia 21 amaneció á vista de Salsas. Tomó casi todos los puestos de afuera y sitió todas las fortificaciones del enemigo por todas partes; pero embravecida nuestra gente, y deseosos de concluir, á la mitad de aquel dia embistieron todos con tal ardor y denuedo, que pusieron á todos los franceses en huida, acorralándolos en la plaza, si bien á muy pocos de ellos, porque el príncipe de Condé y el duque de Luina pasaron á salvarse á Leocata, si ya ántes no lo estaban por la desconfianza de perseverar allí, y esperar más de léjos el ímpetu y el golpe de nuestros españoles. Señaláronse este dia muchos cabos, particularmente el marqués de Torrecusa, el de Mortara, Juan de Arce, los valones y modeneses, y otros muchos hombres principales, de suerte que ya tenian rodeada la plaza; pero el cabo que estaba adentro, no desconfiando de defenderla, y áun de deshacer allí nuestro ejército, púsola cuatro ataques más el enemigo con todo lo que pudo, y su gente abrió trincheras para entretenernos y cansarnos por de fuera, dándose á fiar que el tiempo, que ya se prometia riguroso, estaba sobre nosotros, y que habíamos de sufrir mal la constelacion y consistencia de aquel aire y de aquel campo, y en un clima y cielo riguroso, donde el hielo, la nieve y los vendavales habian de ser nuestros enemigos, no de otra suerte que las balas, los ingenios y artificios que nos habian de tirar y arrojar contínuamente; faltos de todos los forrajes, leña y árboles para cubrirnos en una campaña pelada, y de du-

rísimo terreno para abrir trincheras y abarrancárse, como lo reconocieron todos. Hacian los franceses sus salidas y acometidas á nuestra gente: sin embargo, eran rechazados por el marqués de Mortara y Juan de Arce, por ser hácia sus cuarteles, retirándolos al foso y aún desalojándolos de allí; de suerte que les dieron avilantez para avanzarse á ellos y encerrarlos segunda vez en el castillo, como lo hicieron, sin esperanza ó muy poca de hacer salida; pero los franceses, usando de sus estratagemas y artificios, hicieron algunas cortaduras alrededor de la plaza y comenzaron á fabricar seis minas y tres hornillos para volar los cuarteles y otros puestos que les hacian embarazo, y con ellos todo el ejército, y teniéndolo ya todo aprestado y lleno de barriles de pólvora, acometieron una salida falsa, para que esperándoles y embistiéndolos nuestra gente, dar fuego á las minas y volarlos á todos y acabar con el sitio. Arremetieron, pues, por todas partes, y haciendo los franceses su retirada fingida y siguiéndolos de veras, dieron fuego á las minas; pero no aprovecharon, pues volaron los hornillos y no fueron de efecto: con que, resguardándose los franceses del fuego y los nuestros siguiéndolos á viva fuerza, llegaron á la muralla, alojáronse en ella y comenzaron á picarla por tres partes, encaminando algunas máquinas y otros ingenios que proseguian con fortuna, si bien recelosos del tiempo que los habia de desayudar con los malos temporales y las muchas lluvias. Valiéronse de la pólvora de algunas minas que quedaron inútiles, adelantándose en el foso los españoles con ánimo de minar el muro; avisaron de Espernan el estado que tenia y el aprieto en que se hallaba al rey de Francia, al cardenal Richelieu, al príncipe de Condé, su General, encerrado en Leocata, y al duque de Luina, Gobernador de la provincia de Languedoc, y diérose todos á la diligencia de socorrerle. Juntaron un ejército de infantería y caballería, y llegaron á la vista de Salsas á tiempo que el ejército católico aún no estaba bien cercado de trincheras, con recelo de poderle entrar por no ser el terreno á propósito para levantarlas ni abrirlas; pero nuestra gente les

esperaba con las armas en las manos y con ánimo intrépido de rebatirlos: llegaron al recinto ó circunvalacion delineada, aunque no defendida, y rechazáronlos haciéndolos volver con desmayo y desconfianza de poder hacer faccion considerable; y hubiera sido muy posible, si no lo estorbara nuestra gente, haber entrado por las partes más flacas, abierto portillo y socorrido las plazas. Faltaban los bastimentos, y los soldados tenian sobre sí la inclemencia del cielo, expuestos á las heladas y las nieves: sin embargo, acudian todos vivamente á la expugnacion con máquinas y con ingenios; pero decia el marqués de los Valvases que todo cuanto se podia hacer de galerías y otros artificios no habia con que hacerlos, ni materiales con que obrarlos; no tenia minadores ni instrumentos con que hacerlo, y áun era de parecer se levantase el sitio; cosa que el marqués de Torrecusa y el de Mortara no lo podian sufrir. Habia dentro de la plaza, si bien la constancia del Gobernador era invariable, no mucha necesidad ni falta de lo necesario; descolgábanse los franceses de las murallas, que cogidos de nuestros soldados y llevados á los cabos y á los Generales, los examinaban del estado que tenia; decian no haber qué comer en ella para diez dias, que moria la gente de hambre y mostraban el bizcocho mohoso, deshecho en polvo parte de él; con cuya confianza, así en el ejército nuestro como en Castilla, se dieron á fiar que la rendicion seria breve, y así no se hacia de nuestra parte demostracion alguna, ni se trataba de tentar la plaza ni de embestirla, remitiéndolo todo al tiempo y al hambre que pelease por ellos para evitar el derramamiento de sangre y dar algun alivio á los soldados en una campaña que ya tenia sobre sí la aspereza del tiempo, sin tener ni un árbol ni una tabla con que cubrirse.

Volvió otra vez á sentirse nuevo socorro y nueva avenida de franceses á porfiar y á resarcir nuestra gente: enfermaban los soldados con la destemplanza del aire: pasaron diez dias sin hacer los de la plaza movimiento ninguno, con que se tenia á engaño y estratagema efectuada por soldados echadizos para hacer confiar ó descuidar demasiado á los Generales y volver

á tentar fortuna con otro ejército, ó deshacer allí el nuestro, expuesto á las necesidades del tiempo ó á las calamidades de la tierra, porque los catalanes totalmente habian desamparado las banderas, sin enviar un socorro á los sitiadores: con que de hora en hora crecian las calumnias y el llamarlos traidores, foragidos y otras palabras no ménos feas que estas. Atribuíase la constancia de Mons. de Espernan á ostentacion, y alabábanle de buen soldado: algunos de los cabos y oficiales de más valentía y coraje, y aún casi la mayor parte de la infantería blasfemaba de la paciencia de los Generales, y querian que se embistiese la plaza, y aún que se hubiera llevado por fuerza y concluido, y no esperar á que la hambre lo hiciese, y más cuando se podia presumir engaño del exámen de los que afectaban hacer fuga, sino venir á las puñadas, á las balas, á las picas y á las espadas, y cada dia daban voces sobre ello. Reconocida la tardanza y la persistencia de la plaza, y que se habia reducido al sufrimiento y á proceder con demasía en la paciencia, pedian los soldados, para poder cubrirse y esperar, tablas, vigas y otras cosas, y pidiéndolas á los catalanes, y diciendo ellos que no las tenian, pasó el conde de Santa Coloma, Virey y Capitan general del Principado, á los lugares vecinos, y comenzó á destejarlos y quitóles lo que tenian; irritando de nuevo á los catalanes contra los castellanos, dejándolos puestos á la ira del tiempo y cubiertos de injuria para lo de adelante y convertirla en venganza, como sucedió. Finalmente, cubriéronse é hicieron casas y barracas, formando un nuevo lugar y colonia en el recinto, y redujéronle á término más breve y cerrarónse en él; levantaron mayores y más gruesas trincheras para esperar á los franceses y rendir la plaza con la porfía y el teson de la esperanza.

El marqués de los Valvases, con su natural condicion, flaqueaba y decia no ser posible tomar la plaza por este año, por el tiempo recísimo que hacia, y porque el Mons. de Espernan debia de tener dentro sobrados bastimentos, y que esperar tantas veces á los enemigos y sus socorros, podria ser que alguna se torciese la fortuna, se arriesgase todo y se perdiese

aquel ejército, siendo mejor retirarle á Perpiñan y á puestos más fuertes, y conservarle para el verano siguiente, y acrecentado, seria más posible conseguir la rendicion. A esto, dicen, se juntaron los cabezas, dando todos sus pareceres, unos en favor y otros en contra del Marqués: el de Mortara y Torrecusa persistieron en que se porfiase y se concluyese la faccion, que no se esperase al verano, pues era muy verosímil revolver el rey de Francia más poderoso, y ser muy contingente pasar adelante en la disipacion del Principado, y no estar nuestro ejército entero ni socorrido, ántes menoscabado y sin fuerzas para hacer opósito. Con lo que aquella resolucion prevaleció por el parecer de Mortara y el Torrecusa; y entendido esto en el Consejo de Estado de Castilla, los alabaron y esforzaron al marqués de los Valvases á perseverar en la expugnacion y en la consistencia de causa tan importante.

Habíase separado el ejército de los franceses, en Flandes, en dos trozos: el uno, á cargo del marqués de Castillon; y el otro, al de La Millere. Hizo opósito el infante D. Fernando al primero con el conde Picolomini; y al segundo con el marqués de Fuentes.

A 4 de Agosto intentó el enemigo pasar la ribera del Volburgo por el Casar de San Nicolás: opúsose la gente que estaba á cargo del marqués de Fuentes; adelantóse D. Andrea Cantelmo con sesenta mosqueteros; echaron puente y pasaron de la otra parte, donde estaba el enemigo emboscado, formando sus escuadrones, y empeñando con esto al marqués de Fuentes, trabó con ellos la escaramuza réciamente, de suerte que obligó al Marqués á socorrerle porque le vió muy apretado y cercado de los enemigos. Portóse el Marqués con todo valor, siéndole forzoso: andando mezclado entre ellos, dos que al parecer daban muestras de ser gente noble, le embistieron con sus pistolas por la espalda; advirtiéronselo, y volvió con la suya y mató al uno y el otro escapó, y á cuchilladas mató á tres que le querian prender, desembarazándose con gallardía de todos é hiriendo á muchos; lo que fué de aliento para los demas, oponiéndosele y refrenando el orgullo de los france-

ses, que eran sin duda ninguna más numerosos que los nuestros. Con este mismo ardor y coraje se avanzó con dos tercios peleando pica á pica, y haciéndolos retirar con pérdida de mil hombres, y alguna de nuestra parte, como de doscientos hombres entre muertos y heridos.

Concluida la faccion reprendió el Infante con palabras de suavidad al marqués de Fuentes, y despues á Cantelmo por haberse arrojado, pues hubiera sido muy posible perder el ejército y la campaña.

El príncipe de Orange, que á todo estaba, y sobrado de avisos por sus espías, deseaba tambien obrar algo en aquella ocasion y divertir nuestras fuerzas á la sombra del confederado y protector, y para esto corrió con velocidad á embarazar el paso de Gante, á lo que acudió el conde de la Fera, caudillo de valor y vigilancia. Fortificóse al contorno de la Filipina, y mal hallado allí por no poder salir con nada para arrastrar parte de nuestro ejército, con aquella segunda ánsia, despues de la codicia de Amberes, marchó á la empresa de Gueldres. Siguiole el Infante á largas jornadas; y afrontado en aquella plaza, le retiró en lo más bajo de la noche de aquel dia, con afrenta suya y pérdida de gente. Dió vista S. A. á Elimbergue y quiso cargar á Ults; pero sacándole de allí y de sus motivos el príncipe de Orange, y desembarcando en el Poldre con resolucion de ocupar aquellos puestos, sin embargo de ser rechazado por el conde de Fontana, no le perdió de vista S. A. y le necesitó á desamparar sus propósitos, no dejándole salir con ninguno: con que despechado de no poder hacer nada en este año, aunque el rey de Francia le solicitaba á que tentase grandes cosas para ejecutar las suyas; pero el Orange, siguiendo sus materias, se halló obligado, al parecer, á obrar tibiamente, entendiendo la falsedad con que campeaba el vecino, habiéndosele olvidado el sitiar, por no verle tan cerca ni tan poderoso, armado y fornecido, y señor de la tierra; recelando accidentes que son muy posibles de acontecer aún á los más sabios y estadistas, y á los mayores soldados y más encarecidos en hechos y en opinion.

Corrian las fragatas de Dunquerque aquel mar Océano germánico, pasando con velocidad hasta el Canal de Inglaterra; encontraron la armada de Holanda, en la que se contaban veintiun bajeles de guerra; diéronla caza, y recibiéndola los nuestros, y con las fortunas de aquel mar y el arte de nuestros pilotos las separaron; y en aquellos rumbos encontraron una flota de siete zumacas y una charrúa, convoyados de dos navíos de guerra, el uno de treinta piezas, las catorce de bronce y las demas de hierro, y el otro con veintiseis: fueron embestidos y rendidos los dos, y con toda la flota entraron en Mardique: accion digna de memoria y de premio, pues navegando una armada tan poderosa en aquel mar, y enseñoreándose con notable arrogancia los holandeses, con que les parecia que tenian asegurada la contratacion, les sucedió perder tan grandes y gruesos intereses, que se valuaron en 800.000 florines.

Miércoles, á las diez y media de la mañana, á 10 de Agosto de este año, se quemaron doscientas cuarenta arrobas de pólvora á la puerta de Fuencarral, con daño de algunas casas, muerte de tres niños y tres mujeres: presagio que predecia rumores de guerra en España, que apénas la dejaron descansar en cien años.

Felipe y Maximiliano, hijos de los Emperadores Fernando tercero y María, murieron en Viena en no más espacio de tiempo qué de ocho dias; el uno el dia de San Pedro, y el otro á 7 de Julio: hallabanse en aquella sazon los suecos y protestantes más poderosos que los imperiales en el reino de Bohemia, á las puertas de Praga y señores de la campaña, haciendo instancias el Emperador para que pasase á allá el conde Picolomini con alguna infantería y tropas de caballería del País-Bajo.

Portábase Mons. de Espernan, gobernador de Salsas, con grande sufrimiento en el asédio que tenia sobre sí, sin dar muestra alguna ni señal de rendirse: con lo que el marqués de los Valvases, más que otro cabo alguno, mostraba la impaciencia de asistir allí; no les faltaba á los demas la cons-

tancia; pero quisieran que aquel tiempo que se gastaba ocioso y en materias de Guerra y Estado, se empleara en pelear. Afligia mucho el tiempo á nuestra gente, y molestábales con perpétuo hielo, nieves y frios, y lo más contínuo las lluvias, que eran pesadas y menudas: no faltaban enfermos y no sobraban los bastimentos; con lo que muchos soldados se desbandaban y huian desamparando el sitio. Escribia al Rey y al mayor Ministro cuán á pique estaba aquello de acabarse, no el sitio sino el ejército, y quedar el francés por este año señor de Salsas; y además de esto pedia gente, menestrales, artificios y otros instrumentos, más para dificultar que para proseguir. Y en estas demandas y respuestas, aunque le animaban, por esta causa persistia en mantener el sitio unas veces, y otras aflojaba por los imposibles que cada dia sobrevenian. El marqués de Mortara y de Torrecusa perseveraban en no hacer ni venir en cosa tan fea; pero, compuestas las controversias de los venecianos y el Turco, como lo avisó en la corte al Rey católico el embajador Contarini, se dió órden al duque de Maqueda y á D. Cárlos de Ibarra, Almirante de aquella armada, que con toda la gente que tenian, que sería hasta cinco mil hombres, artillería, municiones y bastimentos, pasasen al sitio de Salsas con ellos y se incorporasen con el ejército. Hízolo el Duque; echó gente en tierra, y ordenada la llevó, resuelto á servir en aquella guerra con una pica y como soldado particular: ejemplo que alentó mucho á los desmayados, y los confirmó en la confianza de persistir, que si no en todos, la habia en algunos. Faltaban víveres y forrajes, y los lugares vecinos no los tenian ni era posible esperarlos de su poco caudal é inclinacion: los mayores, como Barcelona, cerraban las orejas, y á éste seguian los demas, pareciéndoles que habian dado cuanto podian y que lo demas era supurarlos con tanto ó mayor rigor que los enemigos, y excusábanse á las importunaciones, que eran siempre continuas y generales: con que no les podíamos curar de ser desatentos y pusilánimes, culpando á su condicion. Estaban, pues, aquellos deshechos y quemados de la ira y rigor de los franceses, de

los dias que los ocuparon: la necesidad hacia crecer la desesperacion por la poca prontitud y diligencia que se hacia de Castilla: supieron esta falta los reinos de Aragon, Valencia y la Isla de Cerdeña, con que en muy breve espacio se vió aquello muy mejorado.

Estaba nuestra caballería debajo de Salsas, y avisaron que en un castillo de Francia, puesto en aquella frontera, se habian juntado forrajes y víveres por los enemigos, sin bastante defensa para guardarlos, para algun asalto repentino sobre nuestras trincheras; lo cual, reconocido por personas de cuenta, por espías y corredores, con parecer de los Generales se dió órden al duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa, que con ochocientos caballos y quinientos mosqueteros corriese con velocidad á quemarlos: fué el Duque; y sabido por los enemigos, que siempre estaban sobrados de centinelas, la salida de nuestra gente, encaminaron hácia aquella parte, puesto en batalla un grueso de caballería, de mayor y más superior número que el nuestro: el duque de San Jorge envió la infantería á tomar los puestos y los pasos, y asegurar la retirada por si acaso habia más número de gente. Concluido esto, aquel jóven valiente, y en los primeros años hecho soldado con el admirable ejemplo del padre, embistió la caballería y desordenóla con muerte de muchos franceses, y volvió victorioso al ejército, aplaudido de ambos Generales, marqués de los Valvases y conde de Santa Coloma, y de los demas cabos y capitanes.

A esta hora venia marchando con gran brío el socorro de Francia que tanto se nos habia encarecido y de que tanto se habia hablado, y era opinion que se componia de veinte mil soldados entre infantes y caballos, haciendo demostracion del diseño, más en pompa que en valor, porque de la opinion sola querian hacer levantar el sitio, como si los españoles hubieran tenido alguna vez miedo de los franceses. Ordenáronlos en lucidos escuadrones, haciéndolos descender por una colina, esparciéndolos y dilatándolos para que la disposicion y la vanidad los hiciese parecer á los nuestros más numerosos que los ejérci-

tos de Jerjes; de cuyo artificio corrió voz que á la gente baja los habian puesto capotes de grana para que los nuestros pensasen que eran caballeros, que venia grande nobleza y gente de importancia y de corazon, para meter algun pavor en ellos; como si las balas de nuestros mosqueteros en Pavía y en todo lo demas de la Italia no supieran postrar y derribar sus Monsieures por el suelo. Los nuestros, puestos á punto, revestidos de ánimo, intrépidos, asiendo las armas acudieron á sus puestos, se afirmaron en ellos para defenderlos y no dejarlos pasar á Salsas, teniéndola ellos en la red para asirla. Llegaron los franceses, más orgullosos que valientes, y dieron vista al recinto para tentar el socorro: de esta manera, sin hacer movimiento hasta el anochecer de aquel dia, reservándolo para hora más baja, creyendo les sucederia como en Leocata; pero engañáronse: y con esta resolucion, á la entrada de la noche, tenebrosa y oscura sobre manera, se les acercó una tropa de caballos. Estaba la tierra pantanosa en unas partes, y en otras muelle y resvaladiza; el cielo comenzó á obrar conforme el tiempo y la vecindad y aspereza de aquellas montañas, donde fenecen los Pirineos, comenzando desde el Océano en Fuenterrabía. La lluvia era grande, impelida con furiosa tempestad de vientos, truenos y relámpagos, necesitando á los enemigos á dejar los caballos metidos en el lodo y atollados, y á otros á retirarse: cayó en medio de ellos un rayo que los asombró é hizo extremecer; y sin embargo de tantos astros enemigos, que tambien combatian á los nuestros, se tocaba un arma muy viva en los cuarteles, con ánsia de llegar á las manos con los franceses; y viendo que el agua mojaba la pólvora, los frascos, los mosquetes y los arcabuces, los abandonaron, esperándolos con las espadas y las picas; y se vió aquella noche en las puntas de ellas lo que los marineros en los árboles de los navíos en las noches tormentosas, que ellos dicen que es San Telmo que los viene á guarecer en aquella angustia, pronosticándoles bonanza. Embistieron, finalmente, á las fortificaciones de los valones: nuestra gente callaba y esperaba; mas despues dieron todos juntos y esfor-

zaron una gran vocería para que entendiesen que no estaban aquellas trincheras desamparadas ni dormian los capitanes, ni estaban desnudos de cuidado, sino llenos de atencion, vigilancia, valor, ánimo y providencia; pero, en la verdad, la remision de los enemigos no carecia de miedo, y las tinieblas que habian elegido los acobardaba, porque su vano número de gente era verosímil opinion que era forzada, colecticia, nueva, medrosa y sin noticia de la guerra ni disciplina militar, y de todas maneras de la más envilecida de la Francia. No cesaba la tempestad ni la lluvia, siendo ya casi á los fines de Octubre; y mal concertados y avenidos, ciegamente perdido el ánimo, por todas las estradas, sendas y trochas de aquellas asperezas huyeron. Procuraban los capitanes detenerlos con las espadas, dándoles de cuchilladas, cortando brazos y cabezas; pero todo era falso y aparente, porque todos deseaban huir, embestidos y ocupados del miedo; y sobreviniendo el dia, nuestra gente, que con el mismo ardor y constancia estuvo sobre las trincheras sin haber dejado un instante las armas, no vió el ejército ni aquella bizarría que el dia ántes, aquella órden, aquel fausto, aquellos escuadrones ni aquellos capotes de grana, que ya la llevaban en el rostro: descedieron algunos de los nuestros de las trincheras á explorar y discurrir por el campo, y halláronle lleno de despojos y de armas; tomaron muchas, y encontraron los carros del bagaje atascados, ó dejados, que tan bien se sirvieron de ellos, y pillaron las municiones, y las tiendas de campaña, no de otra manera que á la traza y poco ménos que en lo de Fuenterrabía.

Era el órden de la empresa socorrer la plaza por tierra y por mar: para esto último traian bergantines y otras barcas con gente, municiones y víveres, habiéndolos tenido ántes encubiertos y abrigados debajo de Leocata, en el Estaño, en un trincheron guarnecido de mosquetería. Juzgóse entre nuestros cabos por cosa conveniente quemarlas, con lo que se puso alegre y regocijado nuestro campo del suceso. Llegó á San Lorenzo el Real, donde á la sazon estábamos en la caza

de los venados, la nueva, y el fracaso de los franceses, y dióse aliento al marqués de Espínola para proseguir, y alabanzas á los cabos, capitanes y soldados por el hecho y por la prontitud con que se opusieron al enemigo. Salió vano el intento de querer quemar las barcas, pues por hacerse de noche se perdió el rumbo; y tentóse segunda vez con pilotos diestros, encargando la faccion al alférez D. Diego Sanchez de Prado, como lo sintió el marqués de Villafranca y fué de su parecer: quiso éste ántes tomar las barcas que exponerlas al fuego, y llegado al paraje echó en tierra alguna mosquetería, que trabándose con la que asistia en el trincheron, para que los divirtiese, se apoderó de las barcas y volvió á recoger la gente, y embarcándola y valiéndose de toda la vela y remo, llegó al campo victorioso. Intentaron los enemigos de nuevo socorrer á Salsas por el Estaño, que es una laguna ó ensenada de mar, donde se les tomaron las barcas, y fueron rebatidos. Las fortificaciones que habian encaminado al fuerte, se destruyeron con el agua que caia contínuamente del cielo, é inundóse el foso, y se entendió les habia entrado mucha agua en los almacenes, deshaciendo el bastimento y pudriéndolo, sin poderse servir de ello. Esto en cuanto á su defensa; en cuanto á la expugnacion, á esta hora se entró en total desconfianza de rendirla con las minas, galerías y aproches, resolviéndose, de comun parecer, á tomar el castillo por hambre, porque para lo demas no se hallaba camino ni los artificios aprovechaban, deseando mucho el asalto. Daban gracias á Dios porque permitió con aquella tempestad deshacer y desarmar á los enemigos, pues segun el parecer de algunos de los que asistian á nuestras fortificaciones, decian que si embistieran y les fuese el tiempo favorable, los franceses socorrieran la plaza, por no estar por algunas partes cerrada del todo por la dureza y groseria del terreno, pedregoso, falto de árboles y de vigas para poderlo hacer, ni se las podian pedir á los catalanes, que ya estaban enfurecidos y desatinados de lo que se les pedia, porque áun cuanto quiera que publicaron papeles de sus servicios diciendo que estaban prontos para pelear en la ocasion, no lo hicieron;

abandonaron la obediencia y las banderas, y no solamente esto, sino que en Perpiñan llegó á tanto la maldad, la tiranía y la poca cristiandad de aquella nacion para con los soldados, que les defendian la tierra, si ellos lo entendian así, y las demas cosas; que los que enfermaban en el sitio y los heridos, llevándolos á Perpiñan á curar, los trataban mal, y los clérigos no los querian confesar ni absolver si no daba cada uno seis reales: de que, sentido el Rey del hecho y de la noticia, con justa razon mandó escribir á la ciudad de Barcelona y á los Obispos del Condado de Rosellon y Cerdaña, que proveyesen de religiosos y de clérigos píos para que acudiesen á aquella forzosa y más precisa necesidad; y dióse órden, segun lo avisaron y trataron los Ministros, se procurase tomar la plaza por hambre, ya que el tiempo no dejaba vigor á la fuerza, al arte ni al ingenio para ejecutarlo.

En París daba sus disculpas el príncipe de Condé para con el rey de Francia y aquel Ministro de no haber podido echar á los españoles, valones, modeneses y los demas italianos del sitio de Salsas por la tempestad pasada y otras dificultades. Tuvo órden de volver á juntar ejército, asistiéndole en persona, y pasar otra vez á tentar fortuna, si en alguna hora la tuvo, porque dando mala cuenta de esta faccion, hasta hoy, que es el final del año de 44 que esto se está copiando, no le han ocupado en otro cargo, ni áun despues de la muerte del Rey. Finalmente, volvieron tercera vez á Salsas; descendieron por la misma colina, renovadas las coronelías y las tropas de mejor y más lucida gente; bajaron al llano abrigados de la caballería, y por caudillo el duque de Luina, con ánimo y avilanteza de embestir con las fortificaciones por dos partes: llegados á ellas, las combatieron con aquel su primer orgullo y las asaltaron valerosamente; pero fueron rechazados de nuestra gente tres veces, estando admirables aquel dia en pelear y en hechos dignos de memoria. Subieron algunos franceses de los más osados por el cuartel del marqués de Torrecusa, esforzado y maravilloso capitan; animó la gente para volverlos á echar, y viendo que afloja-

ban, ó por el mucho cansancio y largo teson del pelear, ó porque los enemigos los apretaban réciamente y querian pasar al socorro de la plaza, no sufriéndolo su corazon, y por la honra del Rey, tomó una pica, por cuyo denuedo grande y generoso espíritu, no pudiendo resistirle los franceses, volvieron á bajar rodando de las trincheras por los botes de pica que los dió, hiriendo y matando á muchos, de suerte que no pudieron forzar ni arribar á los cuarteles, y desistieron. Halláronse en el campo quinientos caballeros muertos: señaláronse de los nuestros los Maeses de campo Molinguier, valon de noble sangre; Juan de Arce y otros muchos cabos, capitanes y soldados particulares de la nobleza de Castilla, y de los otros Reinos y naciones. Retiróse el duque de Luina y el príncipe de Condé, con el ejército destrozado, á Francia, totalmente desahuciado de salir con la empresa ni de introducir el socorro en Salsas, dejando en el último desmayo al gobernador Mons. de Espernan. Los franceses que estaban dentro, poniéndose en las murallas, hablaban á los nuestros con más humildad, y aunque tenian ocupados los corazones de ódio y envidia, no la pudieron disimular y les dijeron aplaudiéndolos: «bravamente peleásteis ayer;» pero esta lisonja no carecia de afliccion y necesidad suma en que todos estaban, porque apénas tenian un poco de bizcocho podrido que comer y agua. Habian muerto más de mil hombres dentro, del trabajo y de la inclemencia del cielo, del sitio y del hambre; desalojaban al enfermo para acomodar y conservar al sano, y no tenian bastimentos, hasta que el dia de Santa Catalina, viérnes, 29 de Noviembre, en que ya desesperaba de socorro la plaza, el príncipe de Condé alojó el ejército en Leocata y en los lugares de la tierra adentro.

Era ya por este tiempo acabada la tregua en Italia entre el Rey católico y el cristianísimo, entre los Príncipes de Saboya y la Duquesa Madama Real, mal guardada y peor atendida por los franceses, porque orgullosos siempre y faltos de fe á los tratados, habian asistido solo á reforzar sus puestos, apoderándose de Cheri, lugar corto, sin gente y sin muralla; pero

así en aquella parte como en Flandes, en hora de alojar la gente y remitir algun tanto del ardor de la guerra y meterla en guarniciones. Mas viendo el Marqués introducidos los franceses en Cheri, se afrontó con el ejército sobre ellos y los impidió que tomasen los puestos sobre Turin, queriéndola sitiar: rompiólos un convoy de mil soldados, y representóles la batalla muchas veces, que no aceptaron, forzándolos á desamparar los muros de la ciudad y la campaña, retirándose por las colinas. Fuéronles siguiendo, alcanzándolos en muchas partes y haciéndoles mudar por cinco veces la plaza de armas, ocupándosela y ganándosela siempre: fuéle corto el dia en un reencuentro, y tan apretado para el enemigo, que á parársele el sol como á Josué, Capitan y Caudillo del Pueblo de Dios, fuera aquel su postrero dia para dejar el Piamonte, el Monferrato y salir de Italia. Perdieron mucha gente, algun bagaje y municiones, quedando tan destrozados que no se hallaron con fuerzas para impedir al Marqués la ocupacion de los castillos de Bubio y Besme, situados en las Langas: de suerte que las armadas del Rey católico, sus capitanes y soldados habian llegado este año á sojuzgar en Italia, desde el Milanés á los Alpes, por Ibrea y por Turin, y hasta la orilla del mar Mediterráneo, por el Monferrato y por las Langas: con lo que dejaremos por ahora fenecidos los progresos de Flandes y de Italia, volviendo á hacer lo mismo en el Condado de Rosellon.

Aguardábase por horas la recuperacion de Salsas por la necesidad de bastimentos que el buen discurso daba á creer á los de más mediano ingenio, cuanto más á los grandes, en materias militares. Veíaseles desesperados de ningun socorro ni favor humano; sin embargo, persistia Mons. de Espernan tenazmente en no rendirse, y áun se creyó que se habia de dejar morir dentro por obedecer y servir á la opinion y á la honra, y á las órdenes del ministro de Francia. Resistia, finalmente, á cuanto era de potencia y desesperacion; echábanse los soldados por las murallas, acosados de la hambre; venian á rendirse y se daban por prisioneros: decian que bebian del agua corrompida de la cisterna, y que comian por muy limi-

tadas onzas el bizcocho, podrido, mohoso y hecho polvos; que no tenian leña ni sal; que los más de ellos estaban enfermos, y todos hambrientos y para espirar. Con todo esto era notable en todo el ejército la admiracion de la resistencia, y sospechaban si por algunos conductos, ó en lo más bajo de la noche les metian algun refresco; con lo que se pusieron todos los cuarteles en vela para reconocerlo, de donde resultó tal accidente entre los cabezas del ejército, que fué gran dicha no ponerse las cosas de peor condicion y perderse todos, temiéndolo de la nacion italiana. De aquí pues, y de investigar prolijamente el castillo y los cuarteles, envió á decir el conde de Santa Coloma al marqués de Torrecusa, sin más embozo ni reparo, para un hombre de tanta reputacion, que por su cuartel se socorria la plaza y se le metian bastimentos: él le respondió que le enviase á decir quién lo decia, y que cualquiera que lo dijese mentia, con lo que se comenzó á encender de ambas partes la controversia; y para tomar alguna ocasion el conde de Santa Coloma y ajarle, le porfió en enviarle á pedir las acémilas que tenia para traer víveres al ejército; y reconociendo que era para irritarle y mandarle, ofendido de lo primero, dijo que no se las queria dar. Entendido esto entre todos los cabos y el marqués de los Valvases, por el conde de Santa Coloma, otro dia pasaron ambos á buscar al marqués de Torrecusa, y hallándole y tomándole la mano el de los Valvases, en vez de apartarlo ó componerlo, que pocas veces los soldados que no son valientes son amigos de los que lo son: finalmente, le dijo que por qué no habia obedecido al conde de Santa Coloma en la órden que le envió de las acémilas; y el conde de Santa Coloma, prosiguiendo entónces, se alargó y le dijo que por qué no le habia obedecido, que era su General y le prenderia: el marqués de Torrecusa, acortando las razones, le dijo que mentía. Refieren que, embravecidos todos y metidos en cólera, el conde de Santa Coloma le descargó con el baston; si bien aquella insignia es apta para semejantes casos por ser baston y no poder hacer ni deshacer agravios; mas él decia que sí, y se mostraba

satisfecho; y aunque el duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa, como gobernador de la caballería, con el baston que tenia y con la espada ventilaba la pendencia entre los soldados. Materia bien agena de mi condicion ni de gastar tiempo en ella. Decian que el marqués de Torrecusa no quedaba agraviado por lo que hemos referido, y al de Santa Coloma le pareció que habia cumplido bastantemente, con lo que cesó la controversia, remitiéndose despues del sitio á la decision del duque de Nájera y Maqueda, que prendió al marqués de Torrecusa y al duque de San Jorge, su hijo, con óden del Rey, como se verá en el libro que sigue, por tocarle; pero la muerte, que tambien veremos allí, del conde de Santa Coloma en la rebelion de Barcelona, dividió la decision y dió lugar al Marqués á volver á Cataluña, si bien valerosamente, con desgracia por la muerte de su hijo á las puertas de la infidelísima ciudad, sobre reprimir y castigar sus alborotos y sediciones; y sin embargo, le pareció que, aunque General, fué demasía que un bisoño se atreviese á desazonar á un soldado viejo y de tantas partes como el marqués de Torrecusa, y que en la ocasion más árdua fué el que dió la victoria y la libertad á España en la memorable faccion de Fuenterrabía, librándola de la opresion y coyundas de los franceses, y haciéndolo ahora á la sazon en Salsas, digno de grandes loores y de premios. Decian que se ponian una cantidad de panes en un puesto secreto, cerca de la plaza, y que de noche salian los franceses por ellos: dejo la verdad en su lugar. Yo de aquel valor no lo he de creer, porque más parecia esta accion de hombre cobarde que de valiente; aunque tambien la juzgo por de ánimo, y que le habia menester en una tentacion tan grande, donde habia tantos cabos, tantos soldados, avisos y centinelas; y si acaso fué, seria delito de los soldados más bajos de aquel cuartel.

Estaba ya á esta hora casi para espirar el año, por contarse los dias últimos de Diciembre: hizo llamada el gobernador Mons. de Espernan, no sin alguna falsedad y gallardía de corazon para ir introduciendo los tratados de rendicion más honrosos y saludables á su buena opinion; pero, á la verdad,

trabajado y puesto en los últimos lances de tomar su remedio y el de sus soldados. Creyóse entre nuestra gente que ya la plaza iba cayendo y que se queria entregar á la hora, sin más dilacion. Salió pues, y cuando esperaban ver con qué condiciones, llamó al marqués de los Valvases y dijo le queria escribir al príncipe de Condé le diese licencia de rendir la plaza, y que dándosela lo haria luégo: quedaron admirados los que se hallaron allí de la flema del Gobernador, cuando le esperaban con más cólera para redimir su vejacion, sacudir de sí y de los demas las redes y los lazos en que se hallaba. Pareció demasiada confianza y quiso el Marqués contradecir el aviso al príncipe de Condé, ó que la carta se escribiese en su presencia, recelándose de fraude. Finalmente, de no hallar llana la proposicion se volvió á entrar dentro de Salsas, diciendo tenia que comer para muchos dias, y que esperaba nuevos y mayores socorros, con lo que nuestra gente comenzó á desesperar de nuevo de la entrega, teniendo por cierto el apresto del socorro, y, por otra parte, creyendo que un hombre que habia salido con aquella libertad y aquel desenfado, sin proponerle la rendicion, sino por arte y estratagema, que era falso que estaba necesitado, sin víveres, soldados ni municiones, ántes que tenia muchas y para largos dias. En esta perplejidad, pues, aún estando para abandonar el sitio de Salsas y dejarle á cargo de dos mil soldados viejos que le prosiguiesen, y retirarse á invernaderos más seguros, para revolver á la primavera con mejores tropas y más bajeles, más número y más armas, se resolvió el Gobernador, despues de algunos dias, hablando más claro y con más sinceridad, de rendir la plaza con honrados partidos, si no era socorrido de Francia, el primer dia de la Pascua de Reyes, á las nueve de la mañana, y conviniéndolo en esta forma:

Capítulos concluidos entre los Excmos. Sres. Marqués de los Valvases y Conde de Santa Coloma, Capitan general de los ejércitos de Cantábria y Cataluña, y Monsieur de Espernan, Mariscal de campo de los ejércitos del Rey cristianísimo, Gobernador del castillo y fortaleza de Salsas, hoy viérnes, 23 de Diciembre de 1639, en el campo sobre Salsas.

«Primeramente, se acordó que el dicho Mons. de Espernan saldrá del castillo y fortaleza de Salsas, con toda la guarnicion cabos, oficiales y soldados, y personas de cualquiera condicion que sean, á los 6 del mes de Enero próximo, á las nueve de la mañana precisamente, en caso que la plaza no sea socorrido ese mismo dia y á esa misma hora referida.

»El socorro se entiende, si la armada del Rey cristianísimo forzase la circunvalacion que está hecha contra él, y que obligue al ejército que tiene sitiada la plaza á retirarse, ó que con víveres la socorra de lo necesario; de manera que faltando algo de lo sobredicho la plaza no se entiende que queda socorrida, y los sitiados serán obligados á rendirla en la hora señalada, aunque pudiesen ser socorridos un momento despues.

»Los sitiados saldrán seguros de las vidas con toda seguridad de sus personas, sin que se les haga ningun disgusto ni agravio, con todas sus armas y bagajes, tocando cajas, banderas desplegadas, con dós cabos de cuerda encendidos y balas en boca: tendrán tambien una pieza de artillería de las de Francia que están dentro del castillo, con su fuste y demas atalajes, y municiones para tirar treinta tiros.

»Los sitiados serán conducidos á Narbona por el más corto y derecho camino, y partirán el mismo dia y hora que se ha ajustado, y han de hacer noche en Santa Justa, adonde se les ha de dar convoy, de manera que podrán llegar con seguridad; y el dia siguiente, 7 del mes de Enero, no obstante que se vuelva el convoy, partirán para Narbona, hasta á

donde llevarán los rehenes, y se les da la palabra de que irán hasta la dicha villa con la misma seguridad.

»Tendrán obligacion de dar á los sitiados los socorros que hubieren menester para llevar los enfermos, bagaje y las armas si las tuvieren de sobra, y caballos para las personas de Mons. de Espernan y los capitanes.

»El ejército que sitia se obliga á que corra el agua del foso el mismo dia que los rehenes se enviaren, ó se hubieren dado de una y otra parte, quedando á su arbitrio el volver á cerrar cuatro dias ántes que tenga noticia del socorro, sin que los sitiados puedan poner impedimento ninguno para ello, por ningun camino, de cualquiera manera que sea.

»En caso que el socorro se presente la víspera del dia de los Reyes, se romperá la tregua de una parte y de otra, y será permitido que se hagan todo los actos de hostilidad que habian cesado hasta aquella hora; como asimismo todo género de trabajos que se podian hacer de una parte y de otra para ofenderse, cesarán, y los sitiadores no podrán trabajar, si no es en su circunvalacion, como tampoco los sitiados podrán hacer ningun trabajo, ni dentro ni fuera de la plaza, que pueda ofender á los sitiadores; y si llegare el caso que el socorro vuelva rechazado, aunque esté á la vista sin obrar á la hora dicha, la capitulacion será observada y la plaza se rendirá, cumpliendo así con las capitulaciones aquí referidas.

»Será permitido á Mons. de Espernan enviar uno de los suyos á su General para darle cuenta del presente tratado, con condicion que la persona que fuere enviada por el dicho Mons. de Espernan no pueda volver á entrar en la plaza, pero podrá volver á el ejército y hablar á Mons. de Espernan, en presencia de las personas para este caso diputadas por los Excmos. Sres. Gobernadores, ó escribirle lo que tuviere que hacerle saber, viniendo la carta abierta y por mano de sus excelencias, dando pasaporte á la persona que saliere, y un trompeta hasta llegar á las cabañas de Palma.

»Y por más seguridad del tratado, se darán rehenes de una y otra parte, y es á saber: un capitan del ejército de la

guardia que gobierna el señor marqués de Mortara; otro de este tercio de españoles; otro de los italianos, y otro de los valones: y de la parte de Mons. de Espernan se entregarán dos capitanes del regimiento de Monsieur el duque de Engien, y los otros dos de los otros dos regimientos que hay dentro de la plaza: los cuales rehenes serán detenidos de una y de otra parte hasta que este tratado sea cumplido: y con los caballos y carruajes que habrán de llevar los sitiados, en llegando á Narbona, los habrán de volver, y asimismo los rehenes; y en llegando con todo esto á este campo, se les enviarán sus rehenes con seguridad y con trompeta.

»Para cumplimiento de este tratado se firmará de los Excelentisimos Sres. Mons. de Espernan, y de algunos capitanes de caballos de los regimientos que se hallaren dentro de la plaza. En el campo sobre Salsas, á veintitres de Diciembre de mil seis cientos treinta y nueve.»

Concluida la capitulacion de la entrega de Salsas, escribieron los Generales al Rey y al Ministro, á los Consejos de Estado y Guerra, y si bien fué de alborozo, no del todo por la cautela y sospecha que de Mons. de Espernan se tenia de que saliese despues con alguna quimera y quedase la esperanza burlada. Tal era la fatiga y el peso de los ministros de los soldados en combatir y afanar, no sólo en este año tan proceloso, sino en lo demas que hemos hecho mencion.

Pero al paso que parece que esto estaba concluido, escribió el duque de Fernandina, marqués de Villafranca, y escribieron otros cabos, que el enemigo se armaba de nuevo y con mayor ostentacion de gentes, y con el ejército más poderoso que las otras veces, para socorrer ántes del dia prescrito, y que traia premeditados dos intentos, ó romper las fortificaciones, ó impedir los víveres á nuestro campo para hacerle perecer y dejarle asediado: en ambas cosas se discurrian algunas dificultades, si bien se debia vivir con recelo. Por la una parte militaba la brevedad del tiempo para conseguir tanto, y por la otra pareció demasiado; para la rendicion, el

haber admitido echarles agua en el foso, porque siendo nueva la concesion, se discurrió que no carecia de malicia, que tenia falta de ella y no la podia tolerar dos dias, y que con quince seria darle gran brío para la esperanza del socorro, y que la pedia para conservarse á sí y á su gente y redimir la vejacion; y, finalmente, se representaba aquí la falta de fe y palabra de la nacion francesa, como se habia experimentado largamente en esta era y en las pasadas, y que por esta caŭsa no se les habia de haber admitido á partido semejante, ántes negádole y restringídoles á más breve limitacion de tiempo para no dejarlos obrar. Sin embargo, se tenia por sin duda que áun cuanto más se armasen y viniesen reforzados no harian nada, porque se fiaba en el valor y valentía de los que hasta allí habian sido vencedores, y que llegarian presto los dos mil hombres para la seguridad del recinto; y que más imposible que todo era el presumir cortar los víveres, aunque trajesen por designio más principal ponerse entre Salsas y Perpiñan: además de tener en el sitio provisiones para doce dias y áun para más. Sin embargo, que para tomar los franceses el camino de estajel, que no habian de pasar por debajo del cañon de la artillería, se les podia cortar en las asperezas y estrechuras y deshacerlos allí; demás de que se podia fortificar á Perpiñan con gente y caballería para resguardar ambas fuerzas de cualquier recelo, y engrosados con la gente de Cataluña, fuese más posible cortarles á ellos los bastimentos y cercar el ejército en medio de aquellas tropas y de nuestras fortificaciones ántes que esperarlos nosotros: que á 24 de Diciempre no habia prevenciones considerables en la frontera, y quedaba poco tiempo, cuanto más para poder llegar á temerse de que juntase ejército, ni las municiones ni víveres, pues para marchar desde Sitjas hasta Ribas Altas, porque ménos no bastaria para el arreo que habian de hacer, forzados de la maleza de la tierra; que se les podian cortar los convoyes, ó quemárselos donde los tuviesen, no obstante que no estaban tan poderosos como los hacian, ni con disposicion de juntar tanto grueso, ni llegar al que el Rey católico tenia; razon que hacia fuerza, al parecer,

para esperar victoria. Escribióse á Barcelona y á todas las ciudades del Principado, que ya sabian la capitulacion, se armasen y pasasen á Salsas; pues ya no se les pedia asistiesen á más sitio largo, sino de limitado tiempo y el que habian oido. Alentáronse los catalanes, y como sabian era cierto el volver luégo á sus casas, tomaron las armas y pasaron allá en número de doce mil hombres; con los que reforzaron las trincheras.

El rey de Francia y su Valido querian á todo rompimiento se socorriese á Salsas. Corrió la voz que queria salir de París con diez mil soldados Monsieur de Poncourli, marqués de Coaslin, sobrino del cardenal de Richelieu: que ya los mayores servicios no lo son si no nacen de la sangre del Valido, y las mayores plazas de armas de que deponen no son otras que del parentesco, pues cada uno se nos vende por Cipiones, y al fin no son sino Catilinas y bisoños, si no es que la noticia y ejercicio no los hacen soldados viejos, para sacárnoslos despues, no con otros trofeos que adinerados.

Moviéronse las fuerzas, nuevamente acrecentadas, del Languedoc, las que quedaron de la provincia de Lavort, cuatro compañías de gente extranjera, el regimiento de lioneses, el de las guardas, y ocho de Lorena, que vinieron por el Ródano; toda la caballería pagada, con mucha nobleza, conducida y dispuesta la voluntaria y la amiga de las cabezas, que porque fuesen iguales á tan gran empresa, careciendo de ellas la Francia, resolvieron remediarlo, necesitándoles en esta ocasion presente, sacando de la prision al baron de Basompierre, para que en compañía del sobrino del Cardenal, el duque de Luina y el mariscal de La Forza, se condujese con mayor potestad y estrépito de armas el socorro, y para doblar el séquito de los amigos, que tras estos corrian muchos por aficion y otros por lo que podian esperar del Valido: mas todo paró en llevarlo el duque de Luina y en el aparecerse el dia ántes de lo capitulado con la vanguardia á cuatro millas de la plaza, con designio de echar la culpa al tiempo limitado con que capituló el Gobernador.

Tenia ya el sitio de fatiga y trabajo cuatro meses, habia sufrido hambre, mortandad, enfermadades en su gente, motines de soldados, forzándole, por la extrema necesidad en que todos estaban, á que se rindiese. Lo demas y su cumplimiento se verán en el libro que sigue, por tocarle y ser su argumento más natural del año 1640.

Eran continuos los cuidados de nuestros Ministros sobre el peso importuno y molestias de la guerra, introducida por tantas partes, así por mar como por tierra. El poder del rey de Francia sólo, parece que no bastara, ni su caudal, si los confederados y afectos no le prestaran su asistencia y lo socorrieran con dinero. De muchos se sabia ya, y de otros, que las tramas urdidas en este caso andaban paliadas y con disimulo, que en lo aparente lo posponian y en la verdad lo fomentaban. Esto era en cuanto á la diligencia de llegar á la paz y al sosiego de Italia, como en ambas Germanías, y áun en toda la Europa; sin recaer á la paz ni á la esperanza de ella, por la gran fortuna de los enemigos y gravísima mengua nuestra, porque ya España era combatida á un tiempo mismo por ambos Estados, como ya se ha visto, y las empresas y victorias del Piamonte aún no daban comodidad para salir á ninguna que diese puerta á la paz, para extinguir las zozobras, quemas, talas y continuos derramamientos de sangre, con general destruccion de la mejor parte del orbe. Así, los enemigos tenian antevisto que nuestro Estado y Gobierno, por su modo de ser, no era permanente sino momentáneo. No hallaban en el que le habia de introducir por ser padre de ella, á lo ménos el que lo debia de ser, calor ni aliento para tratarla, valiéndose de las armas espirituales de la Iglesia.

Veíase luégo al rey de Francia tan pegado á nuestras fronteras, que parecia que era buscar la ruina de España para proseguir en Italia y apoderarse de ella. Tambien se discurria que esto no se podia hacer sin dinero y sin auxilios; y fué sin embargo atrevimiento, y más que osadía entre tan grandes cuidados, por hallar algun alivio en ellos, ponerse á investigar los secretos mayores y más graves del mayor pre-

tendiente y más celoso interesado. Pues procuróse y túvose traza de buscar ó valerse de un clérigo italiano que entraba, ó que entrase, en la casa del Nuncio del Papa, Monseñor Don Lorenzo Campeli: con éste, pues, se tuvo tal traza, que se le procuró con promesas que se introdujese en su casa y en lo secreto de ella, con los más familiares criados y con el Secretario, para que reconociendo dónde guardaba los papeles y despachos de Roma y de la Ñunciatura, los cogiese, porque era imposible, y lo decian algunos de nuestros ministros, que el Papa dejase de socorrer al rey de Francia con dineros para la misma guerra, como ya otras veces se habia sospechado, y esto se habia cogido en correos que lo certificaban; y que aquel Nuncio daba este dinero de lo que sacaba de España de las concesiones y del Tribunal. Finalmente, el clérigo, con el calor de la promesa, tentó el hecho y anduvo tan sagaz, que pude coger un escritorio, ó escribanía; la llevó á Palacio, la dió al primer Ministro y vióse lo que habia en ella; pero no pudiendo trascender nada que pudiera referirlo, disimuló; y sabido el caso por el Nuncio, caido de ánimo y de dolor del suceso, y de melancolia por este hurto, se rindió á una gravísima enfermedad; lo que sabido en Roma por el Papa (si bien lo sintió) calló. Y entendida la enfermedad del Legado, y que por el suceso no podia arribar á la vida y que espiraría, despachó luégo otro, á Monseñor de César Facheneti, para obviar y presidir á la Nunciatura, con recelo no se levantase algun accidente que empeorase las cosas. Dió órden el Consejo de Castilla, con la noticia que se le vino á dar de los papeles y de las otras materias, que el Nuncio recien llegado no despachase, cerrase el Tribunal, y asimismo se notificó á los oficiales y Notarios que depusiesen del ministerio, porque el Rey decia que aquel Tribunal era introducido por los Nuncios, y que tácitamente se les habia concedido en España; que para las causas y litigios de los eclesiásticos habia sus ordinarios, nombrados por los Arzobispos, y que no obstante esto, los que salian condenados de aquella resulta por el Nuncio, acudian y apelaban, no teniendo otra instancia, á Roma,

que los dejaba esta salida, que acudiesen allá de los ordinarios; porque tambien los derechos que llevaban de bulas y despachos eran exagerados y más que excesivos, no queriendo admitir las monedas corrientes y ordinarias, sino que habian de ser en plata y en oro, y que la saca del Reino era grande y era menester remediar éste y otros excesos, quedando sólo el vellon en Castilla, y desustanciándole de la mejor materia, que era lo que tenia para sustentarse y hacer rostro á los enemigos.

Finalmente, el Nuncio, del dolor del caso, y temiendo el juicio riguroso que de él se habia de hacer en Roma, y por otra parte que habia de ser combatido del enojo y de la ira del Papa, y que sus pretensiones habian de peligrar por poco apto y poco atento á las asechanzas de que siempre se han de cautelar y son asaltados los Embajadores de los Príncipes y de sus ministros, y que la ascension del Capelo, premio de las fatigas de la Nunciatura, para arribar á la Silla Apostólica, dictámen de todos, habia de espirar: con que asaltado de todos estos incovenientes y de otras fatigas, se rindió á la muerte y fué sepultado en el convento de Nuestra Señora del Cármen calzado; y el otro quedó en su lugar, procurando remediar el caso y volverle al estado en que ántes estaba; no sin sospechas, rumores y disensiones contraidas de ambas partes: porque el Papa dió á sentir el enojo y los agravios que se le habian hecho en este caso, de suerte que amenazaban nuevas alteraciones en Italia. Sin embargo, el Papa disimuló y las cosas se compusieron, como se verá en el libro que viene, pronosticando en años ménos afortunados que los pasados, como se experimentó en el de cuarenta y uno, que dieron con sus mudanzas ocasion á nuevos trabajos para tomarla, mostrándose tan favorable en nuestras pretensiones, no careciendo de algun recelo y movimiento por la severísima condicion del Pontífice armígero, y devoto de la Francia, descuido de todo para las cosas de Italia, en particular para el reino de Nápoles.

Dieron, por la misma causa, á hundir la moneda de vellon

y á cortarla públicamente en el Consistorio de la villa y en las demas ciudades del Reino, tropezando siempre de un peligro en otro, porque en tiempo de necesidad y de guerra es grande yerro deshacerse del caudal, cualquiera que sea, cuando la plata de las Indias, que ha algunos años que entra por Poniente y sale por Levante, siendo Génova la Torre del Oro de Sevilla, y todos aquellos hombres puestos en alta fortuna y favorecidos, señores de los premios y de las dignidades de Castilla. La causa de esto tambien la dirá el tiempo, no sea de utilidad para el resguardo de alguno, que teme el haber usado tanto de la potestad y quiere resguardarse en ella con ingenio y con maña.

Díjose, sin embargo, que el Papa daba al rey de Francia 15.000 escudos cada mes para la guerra, por mano del Nuncio, del dinero que se sacaba de España. Tambien se mandó venir á la corte de Castilla al Nuncio de Portugal, para sacarle de aquel Reino, con este mismo pretexto.

A estas desdichas de la Europa seguian ya las de América, habiendo hallado traza para deshacerla, y como en aquella hemos irritado á los enemigos para su desolacion, de la misma manera los hemos hecho correr con armadas de corsarios á infestar sus mares, senos y calas, dando ocasion con las codicias y con el desabrimiento, y mal satisfechos, ni hartos de el oro y plata que nos rinde cada oño aquel Imperio, se la ha procurado reducir á una miserable servidumbre como la de Castilla; que para reinos tan léjos y tan celados de los enemigos setentrionales, es grande atrevimiento y falta de prudencia, y querer trastornarlo todo.

A la Ciudad de los Reyes, otros dicen que al Potosí, envió á mandar el conde de Chinchon, virey del Perú, al Gobernador, que introdujese los millones como en Castilla, y de esta manera pasasen á las otras provincias y ciudades, avisando á las demas. Hizo la propuesta el Gobernador, y halló resistencia en el pedido, no sin alteracion y alboroto público, de suerte que estuvieron para levantarse y abandonar la obediencia. Avisado de esto el Virey, sin embargo porfió en

el riesgo, y envió allá un Oidor, un Escribano y un Alguacil, y entrando en la ciudad, ántes que otra ninguna diligencia, embistieron con ellos y los maltrataron; y aún afirman que al Alguacil ó al Escribano le quitaron la vida, enviando á decir al conde de Chinchon que viniese allí á porfiar y á apretar la proposicion, que aunque por semejante servicio ó tiranía le hubiesen ofrecido muchas mercedes en España, harian lo mismo de él, de suerte que tuvo por bien el callar. Y enviando despues al marqués de Mancera en su lugar, como él lo habia pedido, creyendo se habia de arriesgar su persona y habia de ser acometido de algun tumulto, cuando los de Cataluña y los de Portugal corrian por el mundo con escándalo y ejemplo perjudicial para la conservacion del Estado; sabiendo que el marqués de Mancera habia ya desembarcado y que estaba en tierra; quiso, como es de costumbre, salirse del gobierno y de la corte; no se lo dejaron hacer ni que desamparase á Lima, porque viéndose sin Virey, sin Justicia y sin cabeza no se levantase, y de ella pasase la conmocion á abrasar y cundir todo el Reino, con lo que las Indias pereciesen, y corriese luégo á la Nueva España, donde tambien hacian la guerra á los tributos; pues no pudiendo enfrenar á Cataluña, ni teniendo fuerzas para castigar á Porgal, ¿cómo iríamos allá á extinguir el fuego, ni qué armadas bastarian, cuando nos quemaban las nuestras en los puertos de España y los de Inglaterra, cuando ya no hay un Gasca ni está con nosotros la fortuna de César, que lo allanaba todo con su bondad y con la grandeza de su ánimo generoso?

Los Cónsules de Sevilla pedian que el Rey les diese su plata de los galeones y flota de este año, porque si no amenazaban que no cargarian y se perderia el comercio y la contratacion de las Indias, en lo que se fundaba la vida de la Monarquía, estando ahora, y por no dársela, en muy baja fortuna, y para acabarse todo. Avisaba el conde de Chinchon en su vuelta á España, se tuviese cuidado con las Indias y se templase el furor y la tempestad de los tributos, porque cuando se volviesen los ojos á ellas, si no quitaban esta pla-

ga, no las hallarian, y si la miseria de España está tan sobradamente pendiente de aquel tesoro, que aún con tenerle no le basta, ¿qué haria cuando no le tuviese? ¿A qué desdicha ó fracaso no llegaríamos?

Cosa digna es, pues, y de más que digna precision, tomar consejo y gobernar con imperio justo y templado, como lo enseña la buena política, la materia de Estado verdadera y la jurisprudencia cristiana; para cuyo entendimiento están escritos tantos libros llenos de erudicion y enseñanza, en todas las más esclarecidas naciones, así en la Griega como en la Romana. Y aún en las mismas bárbaras, se tiene esto por derecho natural, y lo observan las buenas costumbres y es saludable remedio en las cosas adversas; y que controvierte á la firmeza de los imperios mudar de parecer, porque el enemigo que toma fuerzas de aquí y engruesa su debilidad, aún mal contento de haber este año entre los demas, infestado con armadas las costas de España, metido dos ejércitos en Flandes, llevádose á Edin, tentando en el Ducado de Lucemburgo á Tiunvila, metido otro por el Condado de Rosellon y de Cerdaña, y asolado y talado la tierra. Los holandeses subprendido, ó si no, infestado á Gueldres y quemádonos una armada potentísima que teníamos para defendernos y ofender á los otros. Mal contento con esto, y mal satisfecho de no haber visto extinguidos los pueblos del Imperio, y de no haber podido meter en destrozo la Monarquía, envió á Constantinopla y á sus puertos, penetrando aquel Archipiélago, á decir al Turco que acometiese á Alemania con todas sus fuerzas, que él acometeria á España con las suyas.

¡Tan fuera de toda esperanza estaba la Europa de venir á algun tratado de paz, y tan encendidos estaban sus Príncipes para deshacerse los unos á los otros y de recaer, por sus mismos consejos y designios, en el abismo de las miserias y calamidades, castigo de su ambicion y de su soberbia!

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Hácense Grandes algunas casas nobles del Reino: recupérase á Salsas: publícase la jornada para Cataluña á concluir las Córtes: los catalanes llevan mal los alojamientos del invierno de los soldados forasteros, y quieren tentar contra ellos: expídese un decreto para que los Caballeros de las Órdenes militares se apresten para la guerra: los holandeses tienen pérdidas y malos sucesos en sus empresas; y los franceses se arman para emprender mayores cosas que otros años en Flandes y en Italia: el marqués de Leganés sale con tiempo anticipado á sitiar el Casal de Monferrato. Hallábase el infante D. Fernando con treinta mil hombres en el País-Bajo, y el rey de Francia con otros tantos: hay algunos razonables sucesos en Bohemia: el príncipe Tomás se entra en Turin, córte del Piamonte, para defenderla de franceses, pero no se sabe si es ésta su intencion: librase Carlomonte de el asédio de franceses: el pueblo de Barcelona mata al conde de Santa Coloma, su Virey; y niega la obediencia al Príncipe toda Cataluña: salen de Francia ochenta navíos, repartidos en dos

escuadras; una para Poniente y otra para Levante: van los franceses sobre Arras, en el País-Bajo: la armada francesa de Poniente pelea á la vista de Cádiz con los galeones de la plata y flota del Perú: fortifícanse los de Barcelona, y casi todas las demás ciudades de aquel Principado, con ánimo de defenderse y conservar su libertad; reclaman el auxilio de Francia, y admiten algunas tropas en su favor: la armada de Levante da vista al Reino de Nápoles, echa gente en tierra y es rechazada: entra el ejército del Rey por Cataluña, á cargo del marqués de los Velez, y al mismo tiempo se rebela Portugal: la nobleza hace Rey á D. Juan, duque de Braganza, y levantan los pendones por él en todo el Reino.

Dos cosas nos anunciaron de rigor los que nos entraron á mandar, entre las demás, el año de 1621, alentados de corazon con las nuevas fortunas que esperaban, llevados de discursos fantásticos y frenéticos, á su parecer, de gran cabeza; no de felicidad y aumento para los que eran vasallos y criados y habian servido, sino ántes de terror y desconsuelo para todos, porque del natural prodigioso de el Ministro nadie se prometia accion heróica ni exclarecida: cosa bien de notar, que en un gobierno tan grande y tan lleno, por su inmensa variedad, de accidentes, y en un imperio tan dilatado y extendido, donde muchas veces (de necesidad ó de prudencia) lo que se promete, por las muchas causas referidas, suele mudarse, y tambien por el largo tiempo en que se profesaron, vienen á degenerar los humores, ó el mismo tiempo, por su natural condicion, fuerza á mudarlos. Aquí, no habiéndonos ayudado ninguna de éstas cosas, ni redimido nuestra vejacion; habiendo faltado la influencia y oficios naturales; con teson y con porfía sordos á las voces y á los gemidos

de los súbditos y de los que están sirviendo, donde otros corazones, tocados de mayor robusticidad, se hubieran quebrantado, las han mantenido por espacio de más de veintiun años sin un punto de declinacion y con tenacidad: argumento grande de la fuerza de el poder y de un rígido natural, y háse venido á cumplir, con más vehemencia que en otros, en este año de 40. Lo primero fué decir que se verian grandes cosas (¡hartas vemos y bien notables! ¡no nos han engañado en nada!), no de sucesos prósperos, dichas y felicidades, hazañas y victorias, sino de calamidades y trabajos, y por eso digo que fueron amenazas. La otra, que nadie pidiese ni estimase en mercedes, porque no se habian de hacer en ningun año, como en éste se ha visto con tanta claridad, con tantos infortunios y malos sucesos, y tanta nesidad en el Reino y en la casa del Rey.

Este es el año, que tantos há, que nos le han dado por fatal los astrólogos franceses y los nuestros, aunque cada uno le ha acumulado los infortunios al otro; aquéllos para España y éstos para Francia. Y respecto de lo sucedido, los franceses me han parecido más doctos en la facultad, aunque muchos de los españoles lo han pronosticado sobre nosotros; y si alguna vez yo he pensado que ésto tiene fundamento, ha sido ésta. Haber visto á los franceses en el Casal de Monferrato acometernos las fortificaciones, no de alemanes ni de italianos, sino las de los españoles; el cuartel de un General vencedor en los años pasados, de fortuna y reputacion, romperle, robarle, entrar la plaza y socorrerla, y hacer levantar el sitio, y no dejarle hacer faccion considerable en todo el verano. Dos armadas, y cada una numerosa de bajeles, con nombre la una de Levante y la otra de Poniente: aquélla enseñoreando el Mediterráneo, acometer á Nápoles, embarazando el comercio y los socorros, como tambien los de Sicilia para Milán; causando miedo á nuestras costas por inmensa falta de bajeles: ésta enfrenando todo el Poniente, á la vista de Cádiz, y si no atreviéndose á pelear, desapareja con los navíos de fuego la artillería, galeones y flota de las

Indias, haciéndola arribar á la bahía, quemando las naos, deteniendo y embarazando el curso de la navegacion y las mercaderías, para que no lleguen á los puertos de Tierra-firme, ni venga acá la plata, sin la cual nos ocasionan mayores pérdidas y calamidades; con lo que parece que aquel Rey se levanta con el mundo y pasa á triunfos y honores de Monarca. El haberse atrevido en Flandes hasta aquí á pequeñas plazas, y éste año á cargar las mayores y la cabeza del Artois, y llevársela, frustrando un socorro á la vista de un ejército formidable, y á la cara de un Príncipe por caudillo y otros. La guerra dentro de España, como en Flandes y en Italia, y peor y con diferentes visos: una provincia levantada, y la ciudad, cabeza de las otras rebeldes, entregando la tierra á los soldados enemigos, y cincuenta mil hombres en pié y alistados contra nosotros por ser la guerra dentro de nuestras puertas. Un Reino levantado y un vasallo hecho Rey, hasta enarbolar los pendones por él: poca fortuna en los confederados; en aquellos de quien nos valemos contra los enemigos domésticos, la necesidad más viva: Palacio hundido en miseria; cerrados los estados; los criados sin su estipendio ordinario, y todos por pagar, todos á la menudencia: acrecentándose los Ministros y Valido en grandes sumas, en rentas y edificios, siendo ayer descalzos: violados los estatutos de la nobleza y de las Órdenes militares: llamados algunos caballeros con pregones públicos, por mantenerlos y sustentarlos ausentes y desterrados, amenazados los que los acogieron y dieron sustento: poca seguridad en las vidas, y ménos en las haciendas y en las honras; tan pesada la sujecion, que no se ha de poder tener un caballo; cautelada la última sustancia en que estriba la seguridad; que es la poca plata que hay en Castilla: constreñidos los hombres á nuevas leyes, siempre constantes en las imposiciones y nuevos arbitrios para aumentar los daños á todos, grandes y ricos-hombres, nobles y villanos, por pecheros públicos en todo el Reino: ¿qué más desventuras nos podrán pronosticar los judiciarios, ni qué más desdichas nos podrian influir las estrellas? Demás de que no son ellas

sino un imperio durísimo y pesado: los enemigos, con honra, victorias y empresas, y nosotros sin éllas. Tal ha sido el año de 40, que es con el que nos han amenazado, y hasta el que me incliné á escribir, no sin particular intento, de las adversidades que nos esperaban, sin ser astrólogo ni agorero, cuyo progreso nos dirán los sucesos.

La primera y más relevante accion del Gobierno, á la sombra de algun benemérito, y en los primeros umbrales del año, fué cubrir á los parientes y á los amigos, que hacia algunos dias que lo voceaban, desconfiados y presuntuosos, y decian que para cuándo esperaba el hacerlos Grandes; que atendiese no espirase su fortuna como habian espirado otras; que no lo alcanzarian, mudado el aire, jamás ellos ni sus sucesores; que distribuyese de aquellos bienes agenos que le habian permitido y entregado á manos llenas. Esto fué viérnes, dia de los Reyes, á las cuatro de la tarde: el primero fué el marqués del Carpio, mas con éste dictámen que cuando D. Luis de Haro, su hijo, heredase lo de Olivares, si esto no estaba salteado y enmendado ya por el letrado valido para el hijo que se esperaba, y estaba prometido para tan grande herencia y suceder en casa tan grande, se habia de cubrir no ménos que por aquel título, y habia de vaciar el otro del marqués del Carpio al marqués de Alcañizes; y éste, como no tenia sucesor, por estar casado con una hermana suya, tambien creo que no más que por su vida, habiendo de recaer en un sobrino suyo. Pero la Marquesa, en su viudez, lo allanó todo por 3.000 ducados de renta que sacó para sí de el mayorazgo, por su vida y para acrecentarse más sobre las buenas alhajas de valimiento. Estaba el Marqués en ésta sazon ausente en el Reino de Nápoles, y por algunas desavenencias con el cuñado no venia á cubrirse; trocándolo todo por las delicias de quel Reino, y por oficios que con el tiempo consiguió, ó de General de la caballeria ó de galeras, y todo no más que para tirar sueldos. Al marqués de Camarasa, á éste tambien, como no la tenia y se le habia muerto su hijo, el conde de Ricla, se le ponia alguna intermision, y no sé si habia de ser admitido

á la dignidad de Grande el conde de Ribadavia, que le habia de heredar, como tambien al conde de Castrojeriz, á quien no admitieron á la pretension; y porque no se hacía con él esta danza, le contentaron, por viejo, con hacerle Mayordomo mayor del Rey. Al marqués de Hinojosa, conde de Aguilar, no por ésta sino por aquella casa; y á éste si se llegaban á desunir las casas de Aguilar y de Alvarado, ó Mendoza, con el tiempo, por falta de primogénitos, espiraba la grandeza. Al marqués de Aitona, de éste no se dijo nada. Al duque de Tursi, genovés y afecto á España, General de las galeras y de aquella escuadra que está al sueldo del Rey, pretension muy antigua. Al duque de Nochera, napolitano; al conde de Aranda, aragonés, y al conde de Fuensalida: tambien á éste, por falta de sucesion y con dificultad en casar, le pusieron sus intervalos para lo de adelante; y al conde de Oñate en su persona por no favorecer lo de Tarsis en el Correo mayor; pero el viejo retirado, él valido y necesitado de su carrera, lo consiguió perpétuo el año de 43, de la misma gracia Real, porque hizo relacion de su calidad, casa y servicios, y pareció estar agraviado entre los demás.

Por manera que toda ésta gran cáfila de Grandes, la mayor que se vió en ninguna era, ni aún la que se hizo en Valencia en las memorables bodas del rey Don Felipe III, redújose ésta potencia á cubrir tres de la carne y sangre, dos validos y allegados, dos soldados, dos pretendientes y un benemérito; y eso por no más que su persona, rehusando lo que dejamos apuntado, y el rencor antiguo y aquel hecho escandaloso en la primera entrada de el gobierno, como si la casa de Guevara no fuera de tan subido punto como las más estiradas de Castilla, y luégo un hombre de consejo y servicios, como si dijésemos el de Ratisbona, en la eleccion tan procelosa de Rey de Romanos en Ferdinando II contra toda la oposicion y negociacion de Francia y la de otros Príncipes adversarios á ésta ascension y á la casa de Austria: si no es que ya queremos en ésto que nos toque todo, como la de Fuenterrabía: éste suceso y aquel, una de las novedades que tenemos observadas de

estos tiempos, porque ya los grandes varones que por su virtud van á las embajadas y á las empresas no queremos que hayan servido sino de fantasmas; aquella boca no habla, aquel ingenio no obra, aquella maña no atrae, aquella afabibilidad no agrada, aquel cortejo no dispone los ánimos más desviados y poco afectos; bien que llegue la instruccion del modo de portarse, mi parecer es, y el de los más llegados á razon, que el que consiguió el intento, de ése sea el premio. El Capitan, ¿no va rostro á rostro contra el poder del enemigo? ¿no va rigiendo aquellas huéstes? ¿no se pone al riesgo de la bala de artillería, de el mosquete, de el arcabuz y al encuentro de la pica y al bote? ¿no va al asalto, al volar la máquina, á la furia del hornillo, á la ira de la granada ó de la bomba, de la guirnalda, á conseguirla, saliéndole de fuego lo que habia de ser de laurel, á conseguirla, á la batalla, á alcanzar la victoria? Pues de ése es el premio, el honor y el triunfo. Murmuróse como accion de poderoso el haber cubierto á tantos: decian que habia sido mañosa y oficiosa, y que á la sombra de beneméritos se habian sacado los que no lo eran, muchos escuderos, y otros que podian esperar á mayores hazañas. No se la perdonaron á D. Luis de Haro, y lo más duro del caso, para darle á entender, si bien ya lo sabía por la traza y ministerio de las cosas, que ni por un lado ni por otro habia de heredar, porque, aunque encubierto, tenia sucesor, y le pronosticaban que no excluian las cláusulas del mayorazgo á ilegítimo ó natural: así se lo decian y daban á sentir con el poder ahora; pero después, acabada la fortuna, los derechos dirán la verdad en campo más abierto.

Llegó el socorro de los franceses á la vista de Salsas, en la forma y con la gente que dejo referido: dió el duque de Luina vista á nuestro campo con la vanguardia, á poco ménos de cuatro millas, el dia ántes de lo capitulado: en la apariencia parece que querian acometer varios intentos; pero en lo interior nada. Nuestros generales, cabos y soldados estaban con ánimo intrépido y con las armas en las manos para resistir y esperar el combate, conseguir el fuerte y la victo-

ria. Finalmente, no osaron, y llegado el dia prescrito de los Reyes, á los 6 de Enero, Mons. de Espernan se rindió como estaba acordado, y con los capítulos referidos, á las nueve de la mañana. Habia en el ejército del Rey pasados de veinte mil hombres, porque con el acuerdo de la rendicion pasaron allá más de doce mil catalanes. Salieron de la plaza mil y doscientos franceses, fatigados del hambre, dejando enterrados en ella mil y quinientos, y tan desembarazada, que no se halló un grano de pólvora, ni un palmo de cuerda, ni ninguna cosa de sustento. Fué opinion verosimil que perdimos de nuestra parte doce mil hombres y más de ciento cincuenta caballos, castellanos y de otras naciones, con dos millones gastados. Quedó Domingo de Guía por Gobernador en Salsas, el que defendió á Fuenterrabía, algo inficionado por el mal olor y cantidad de cuerpos enterrados en ella de los franceses muertos. En cuanto á la disension del marqués de Torrecusa y el conde de Santa Coloma, muy hallados, porque á cada uno le pareció habia cumplido con sus obligaciones: sin embargo, se puso particular cuidado, acabada la guerra en aquella parte, de dividirlos. Y mandada alojar la gente en el campo de Tarragona, porque el Condado de Rosellon quedaba todo destruido y los lugares asolados, fué causa de comenzar á crecer nuevas y más peligrosas alteraciones en el Principado de Cataluña, como veremos después. Mandóse volver al duque de Nájera y Maqueda con los navíos á Cádiz, y se le ordenó trajese preso al marqués de Torrecusa y á su hijo, el duque de San Jorge, que tambien, como hemos dicho, se halló en la refriega, y que los enviase al castillo de San Torcaz, lugar del reino de Toledo, no léjos de Madrid; y se pensó en enviar al conde de Santa Coloma á Flandes, para que asistiese al infante D. Fernando como Mayordomo mayor de su casa, por la muerte del marqués de Cerralvo. Mas, dejado ésto, con haber sacado de Cataluña al marqués de Torrecusa y á su hijo, se ocasionó, que prosiguiendo en el gobierno de aquella provincia, le sucediese la muerte tan violenta y atroz que le dieron en la conmocion de

los naturales y segadores, como los nombraba Barcelona; pero creo que éste traje es disfraz para otros intentos, como lo usa aquella tierra y como después se dirá.

Comenzándose á publicar el querer pasar allí el Rey á concluir las Córtes de aquel Principado, que fué principio de grandes escándalos y largos derramamientos de sangre, señalóse lugar para éllas á 12 de Marzo de éste año, y á 12 de Abril para asentar la córte en Poblet, Monasterio Real de monjes Bernardos, y en tierra de los duques de Cardona, fundado en una aspereza maravillosa, no solamente adornada de amenidad y frescura, pero muy á propósito para aliviar la fatiga de los negocios del tiempo en la caza; y asentar las Córtes en Momblanque, lugar corto y como lo pide la materia del despacho, no habiendo de dilacion de camino entre las dos poblaciones más que una legua: y, por consiguiente, de paso tener Córtes á los reinos de Aragon y Valencia, siendo llamados á Daroca, raya del Reino, para lo mismo, por cuanto espiraba ya el tiempo de lo que concedieron en Barbastro y en Monzon la primavera del año de 626. Los valencianos replicaban que las Córtes se tuviesen en su Reino, mas Don Fernando de Borja, su Virey, los exhortó á la obediencia de S. M. y á venir en lo acordado. Estas cosas y el alojamiento de los soldados, que no se los sacaban de la tierra, comenzó á irritar de manera el ánimo de los catalanes, que entraron en máquinas y á dar á sentir habia de haber alteracion y precipicios en el Principado, y que se habia de turbar por éste camino el sosiego y tranquilidad antigua de España, si se pensase que les habian de ir á pedir y sacarles sus haciendas, y no hacerlos mercedes como se habia hecho en las otras Córtes y en el tiempo augustísimo de los otros Reyes. Hacia desesperar, no solo á Barcelona sino á las demás ciudades, el que en los años pasados habian sufrido el pesado alojamiento de los soldados, así castellanos (que ellos tanto aborrecen) como italianos y valones; denuestos y afrentas que habian sufrido de los cabos del ejército en Salsas, y á cada menuda cosa que eran traidores y malos vasallos, por-

que no daban todo lo que tenian; y, sin embargo, sentian el haber tenido tantos meses la leva de los soldados catalanes detenidos sin obrar ni darles caudillo para fenecer y ablocar el sitio: el haberles maltratado los lugares, consumídoles los mantenimientos, hasta no excusarles las tablas de los techos, dejándolos descubiertos en un invierno, expuestos á la inclemencia del tiempo, en un sitio y en un clima por su naturaleza áspero y riguroso por la imensa altura de aquellas montañas. Finalmente, por el resentimiento de los pueblos se mandó alojar el ejército en el campo de Tarragona y en casi toda la circunferencia de Cataluña, así caballos como infantes, castellanos, italianos y valones, porque todo el Condado de Rosellon, con la guerra del año pasado y sitio de Salsas, quedaba destruido y asolado, aldeas y campañas, tierras y heredades, y más que en otra parte en Perpiñan; y lo más arriesgado de todo, que se iba disponiendo todo mal. El ánimo de los catalanes, con la voz que se habia divulgado de quedar éste año en Cataluña un ejército poderoso, de más de treinta mil soldados de todas naciones, y entre ellos cuatro mil caballos; y aunque éste ejército era para entrar por Francia, no querian creer los catalanes sino que con aquella máscara los querian forzar á la concesion de lo que les pedian y tanto les habian importunado, ó para hacer á todas manos, y lo más duro, que aborrecian aquella guerra, no la querian como otras provincias de España, ni querian por enemigos á los franceses ni á otra nacion ninguna, sino que todos viniesen á contratar á sus playas y á su provincia. Lo contrario los traía desabridos y exasperados, y para caer en alguna desesperacion; porque decian, que ántes les enseñaban á los españoles el camino de Barcelona para pasar á Italia y á Alemania y sojuzgar aquellas tierras, y ahora les enseña á los alemanes é italianos el camino de Génova para España, para entrar en ella y asolarla (bien extraña novedad y capricho), y prorumpir la larga paz y tranquilidad que habian gozado de ellos y sus abuelos. Sin embargo, quedaron por los franceses dos fortezuelos, Opoli y Tartaro, situados en lo más

superior de aquellos Pirineos, ni de provecho ni de importancia para los unos ni para los otros, con más apariencias de garitas ó atalayas que de fuertes, y que los franceses no habian de poder conservar allí por la inmensa altura y dificultades de la situacion, siéndoles ántes de gasto que de utilidad. Quedó Salsas después á cargo de D. Diego Caballero, con presidio de quinientos ó seiscientos hombres, y todo lo necesario á su conservacion, porque Domingo de Guía estaba muy apretado de la gota, y resistia á no encerrarse más dentro de la plaza después de lo de Fuenterrabía.

El cuidado de nuestros ministros no era otro que hacer levas de gente, despachar conductas, cabos y capitanes, para tenerla pronta en la primavera, porque el rey de Francia las hacía muy gruesas, quizás con diferentes designios que hasta aquí, sin embarazarse en las fronteras de España, sino en Flandes y en Italia, ya que nosotros nos encaminábamos á ella anticipadamente y con fuerzas bastantes: mas á ellos les salió la guerra con más reputacion y fortuna que á nosotros, no sin congoja de todos los vasallos, porque la veian perdurable y sin fin, que se hacia á su costa, y que el caudal no bastaría, y morian de éste achaque como los otros del arcabuz. Enviaron seis mil hombres á Milan, de los qne estaban, parte en Cartagena, de los que se iba juntando, y parte en los puertos de Cataluña. Habíanse llamado las guarniciones que alojaban en el castillo de Lisboa y en la frontera de Portugal, que eran de seis mil castellanos, cuatro mil valones y otros tantos italianos, y diez mil de las milicias, todo con pretexto de ver si se podia hacer ejército para acudir á las necesidades de la Alsacia, que habia de gobernar el marqués de Velada; que luégo vimos que pasó á Lóndres á conferir materias importantes con el rey de Inglaterra, y volvió á recaer en Don Francisco de Melo; y por General de la caballería D. Luis Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos.

Echóse bando en la córte para que se registrasen todos los que habian llevado sueldo de el Rey, y tras éste otro, de no menor novedad que otros que hemos oido, que para 8 de

Marzo se juntasen en Madrid todos los caballeros de las Órdenes militares; dándoles las instrucciones de la forma y manera de cómo habian de ir acompañando al Rey en la jornada, así en el arreo de sus personas como en el de sus armas y los caballos, y que el Rey habia de dar públicamente los estandartes reales á algunos de los caballeros más señalados en calidad y servicios: ordenóse una Junta para ésto, y nombróse por cabeza de élla al conde de Monterey, separándole de la Presidencia de las Órdenes. Esta se ejercia en la huerta que tiene en el Prado, no dejando caballo de coche que no fuesen él y el dueño llamados á juicio en público pregon, por órden de D. Juan de Quiñones, Alcalde de casa y córte, como si fueran reos, para que los caballeros que no tenian caballo le tomasen por su dinero, apeasen al dueño y le desacomodasen, como si la Andalucía, madre de éste prodigioso género de animales no los tuviese buenos y malos, caros y baratos, pero al fin mejores que de coche. La necesidad era tan grande, que muchos no le tenian, ni aún el dinero tampoco; pero la maña era hacerlo todo á costa agena, porque la fatiga sea del otro y no mia: sea soldado y sea él el que se pague, á diferencia de los otros usos militares, porque la novedad sea la que reine.

Algunos repugnaban, valiéndose de los Estatutos de sus Órdenes, diciendo que éllos no podian ir á la guerra ni salir en campaña, si no es con las personas Reales; para ésto se decia: os he finjido que el Rey habia de salir. Los que más resistieron á ésto fueron los caballeros de la Andalucía, y con más tenacidad los de Córdoba, para quien luégo se les envió Justicias y Alcaldes de córte que los constriñesen y castigasen en los cuerpos y en las haciendas: de suerte que habia más justicia que delitos y más castigo que reos; no porque la hubiese para los que pecaban, habiéndolos tan grandes pecadores. De manera que aquellos hombres que por su nobleza y aquellos hábitos que habian adquirido y tomado, estaban exentos de las justicias seglares, y que por los Estatutos eran excluidos de conocer de éllos, aún en sus crí-

menes y excesos, sino sólo el Presidente y el Consejo de las Órdenes, ahora ya eran comunes como todos los demás hombres, y tratados como plebeyos, y entregados sin defensa de sus privilegios á las justicias ordinarias. Linda era para venganzas, pues de cualquiera mínima cosa se hacía delito y se usaba de la justicia, no habiéndola para muchos que delinquian á todo su antojo; y éstos eran los que se habian hecho dueños del poder y estaban en su mano todas las cosas, pereciendo la virtud. Muchos decian no tener salud para ir á la guerra; otros se defendian con la vejez y los años, y con los mismos achaques, y ser exentos como lo disponen los Estatutos de las Órdenes; otros que no tenian la edad y otros que tenian oficios cerca de la persona Real, ó eran del Consejo; pero para todo se les abrió puerta con que diesen un sustituto. Por manera que no se veia otra cosa en el Prado que registrar hombres y caballos, quitar, mudar y tomarlos á los que los tenian; de suerte que las bolsas de los vasallos no eran más que una para usar de élla como propia, y no se veian por las calles otra cosa que hombres con bandas y coletos de ante, correr á diestro y á siniestro por cualquiera parte como locos. Muchos vinieron de fuera, á la obediencia de el mandato, por sus mismas personas, y otros enviaron en su lugar á otros; y cuando más se pensó que se juntaria ó sacaria de ésta leva grandes tropas, apénas se vieron ochocientos caballos. Advertia un Consejero, y por ésto no muy afecto, que no se debia tratar de ésto, y que aquella milicia que estaba en esperanza, de las Órdenes militares, que en ocasion más árdua sería mucha, que ¿para qué era menester que los enemigos, que nos atendian vigilantemente, viesen que en el efecto no era ninguna, y nos acabasen de conocer y perder el miedo, si nos le tenian? ¿y qué se dejaba para la mayor necesidad y cuando con más precision la hubiésemos menester?

Mas éste intento llevaba otro fin más que de ir á Cataluña, y de otro tanto y mayor despeño; porque era para sacar por ésta vía de Portugal á algunos nobles que querian haber

á las manos en Castilla, de quien se temia, por los malos tratamientos, sedicion. Pero entendido todo por ellos, unos que los querian oprimir con el subsidio, y otros que los querian castigar con la deshonra, fué causa, por no haber consentido en lo mismo, que se perdiese el Principado y el Reino, y saliesen á la defensa natural: aquéllos, valiéndose de las armas propias y forasteras, y los otros eligieron nuevo Señor. A nada de ésto se daba orejas, ni se inclinaba la piedad; oyéndose cada dia edictos y pregones públicos contra los que querian defender y ampararse de aquel sagrado que les concedieron sus servicios, por los que se les dió aquella insignia militar; fulminando castigos y amenazas sobre ellos, como pérdida de la vida, de la hacienda, y áun de la honra: que tan en balanza andaba todo ésto, como si nos hubiéramos ocasionado las calamidades en que nos han metido; pero ellos están ya tales, y han obrado con tanta fuerza para contra nosotros, que todo es menester; y ¡plégue á Dios que no se arriesgue lo demás, y todo, y no baste lo poco que ha quedado, segun el estilo que se lleva!

Perdieron los holandeses cuarenta y seis navíos, anegados por borrasca, en el puerto de Tesel, en Holanda, que tenian aparejados con gente para ir al Brasil, y entre ellos diez y siete de mayor porte; pérdida muy considerable para ellos, y no de poco cuidado para sus intentos. Los franceses corrian con la caballería el Artois y Mos. de Enao, haciendo contribuir á todos sus villajes. En Roan habia ya algunas novedades, en Normandia y en Bretaña, sobre imposiciones que el Rey Luis les pretendia echar; contagio que cunde por todas partes para atizar con mayor ardor la guerra: hicieron entrada, sin embargo, por el valle de Ansó, en Aragon, y quemaron á Icas, lugar de trescientos vecinos, sin escapar ninguno; efectos de la crueldad é irritados de la rendicion de Salsas. En San Sebastian hicieron algunos movimientos en barcas, con mucha gente de guerra adentro; pero sin otro efecto de memoria más que de iquietar, porque los pensamientos los iban encaminando á Flandes. Hicieron General

de la artillería de Cantábria al marqués de Mortara, y erigieron allí un Consejo de algunos de los de Castilla, y otros para la direccion de lo que se haria, ó se iba encaminando, de la introduccion del papel sellado; cosa que aborrecian mucho los vizcaínos, la denegaban con todo su corazon el admitirla, cuyos oficios eran las primeras empresas de nuestro siglo: sin embargo, se debatia con alguna intermision entre todos los ministros si se habia de hacer por allí la guerra ó por Perpiñan, ó madrugar en Italia, cargando alguna plaza que le pudiese divertir de Flandes, por pelearse allí con dos enemigos que ambos estaban sobre él, que le habian de acabar.

Pidieron á cada uno de los Grandes de Castilla una compañía de cien hombres, pagados por cuatro meses: no se dejaba reposar á éstos ni á los demás, hallando cada dia en su casa inmensos billetes de diferentes pedidos; y los mismos de la carne y sangre, favorecidos de honras y acrecentamientos lo llevaban mal y no lo podian sufrir, hablando con libertad y con despecho del movedor: no habia señor que no se quejase de las sacas que se habian hecho en su casa. Al duque de Arcos, en todo el tiempo del reinado y en diferentes veces, decia habia servido con 900.000 ducados; al de Priego, 800.000 y al de Béjar, y por éste camino á todos los demás; y para el ejército que se pensaba hacer, apretándolos saliesen, decian que ya no tenian con qué, que al Rey se lo habian dado, que se lo diese si querian que le fuesen á servir.

Lúnes de Carnestolendas, á las ocho y média de la mañana, 20 de Febrero, se quemó el Retiro, que por estar SS. MM. y SS. AA. en él fué de sentimiento y no de poco riesgo; pero Dios lo ayudó todo. La pérdida fué grande en alhajas, particularmente en tapicerías y pinturas, más de los que las tiraban y arrancaban de los clavos que de el fuego, si bien se escapó todo aunque maltratado. Muchas de las Damas y otras mujeres salieron de las camas como pudieron, desatinadas, y pasaron á salvarse á las ermitas con SS. MM. Luégo comenzó á obrar la lisonja, más viva en éste tiempo que en otros, y se hicieron ofertas y donarios para el reparo, que se hizo con brevedad,

y se volvió á poner en su sér; cosa para envidiar en el aprieto de una plaza ó en el reparo de una armada, cuando no teníamos ninguna: ofreció para la obra el Reino 60.000 ducados, como si en éste edificio no se hubiera gastado nada de los vasallos. Accion, á mi entender, para muchos escrúplos, por haberse de sacar éste dinero de un Reino exháusto y acabado, y de pobres labradores apretados de otras gabelas y subsidios. Los teólogos entenderán mejor de ésto; pero, en mi ignorancia, yo no lo tomára para ésta ministerio, ántes para alivio de los pueblos de otras cargas intolerables, por lo que está todo para correr ruina. La Villa ofreció 20.000 ducados, que todo redundaria en aumento y acrecentamiento de la casa del Escribano Pedro Martinez, que era á lo que ahora más se atendia. El Consejo de Castilla, grandes jurisconsultos de adulacion, 30.000; y la inmensa multitud de la Guerra, 10.000: ésta parece que se habia portado más templadamente, si no les pudiéramos argüir que ¿de dónde les tocaba á éllos semejante delirio, debiendo ántes acordarse de los soldados mal pagados, la falta de pólvora y artillería de las plazas, y otros instrumentos militares y municiones? Y de ésta manera fueron recayendo otros más liberales para lo que no era menester, y al fin lo vinieron á pagar los pinos de Segovia, porque todo el fuego dió en las vigas y en los desvanes, y estuvo sobre el dormitorio del Rey, y á no reconocerse de dia y cuando se estaba vistiendo, hubiera sido el daño tremendo; y faltó muy poco para caerle encima el techo, observando que si fuera á las cuatro de la noche no hubiéramos acabado de enjugar los ojos. Fué prodigioso éste gasto, como el pasado, y todo no de pequeña admiracion por los tiempos, y porque parte de éllos se sacó de las venas y de ventas de oficios, que todo lo dejaron exháusto y para no poder socorrer á un criado.

Con las novedades del estado de los Nuncios, que dejamos referidas en el libro pasado, y el no acabar de componer que se les vuelvan á restituir en el despacho, crecian los disgustos del Papa para con el Rey y sus Ministros; amenazando por

otras movimientos de armas. Los franceses daban á sentir arrimarse á su opinion y alianza, como en todo lo demás, con socorros y con gente, holgando de semejantes tragedias; pero la prudencia del Papa toleró mucho estos disentimentos ó los moderó, disimulando con valor, en que mostró valentía de corazon y grandeza de ánimo.

Prorumpieron los catalanes contra el sufrimiento de los soldados y en lo pesado de los alojamientos, resolviéndose cada uno de por sí á matarlos, tomándoles las armas y valiéndose de éllas contra éllos mismos; y en España se comenzaba á ver lo pronosticado y tantas veces predicho por los hombres de más seso, y comenzaban, como raudal arrebatado, á caer en élla todos los trabajos y miserias juntas; porque á éste corrió el otro, que tambien espera la pluma. Los ejes del cielo parece que se turbaban y la querian deshazer y destrabar de su asiento, queriendo arrojar á sus poseedores; con que se comenzó á encender un fuego bravísimo en toda la provincia, juntándose unos con otros los lugares, y con éstas armas y las que ellos tenian, ó les habian dado para el socorro de Salsas, hacian cuadrillas enteras: se juntaban en tropas de mil y de dos mil plebeyos y villanos, y salian al campo á rebatirlos de los pueblos, matando los que topaban en las mismas casas y en los caminos; de suerte que toda aquella milicia que se procuraba alojar y conservar para algunos fines precisos de la guerra del verano siguiente, toda la comenzó á deshacer y á desbaratar, huyendo todos á salvarse, si podian, á las provincias vecinas, y aún allí tropezaban la misma injuria y rigor. No habia cabo ni capitan seguro, pasando la voz á los demás lugares de el Principado, que muy de corazon y con ira insaciable, siguieron el ejemplo. El Maese de campo Juan de Arce, irritado de la desvergüenza y de la inhumanidad de aquella gente, se vió obligado á la defensa de su persona y de los suyos, peleando en la propia tierra, que ya se habia vuelto enemiga, y escaramuzó un dia con dos mil mosqueteros catalanes. Matáronle cuarenta hombres, y sin embargo le forzaron á retirarse y á poner los ojos en algun puesto ó lugar donde poder

estar seguro y defenderse, porque toda la tierra queria sacudir de sí el yugo por aquel camino; y corriendo la voz del hecho de los catalanes por toda la redondez, toda se extremeció, y algunos discurrieron en la salida de tantos trabajos, si era verdad que era aquella la puerta, siéndolo de la desesperacion; y llegado á la Córte, si hasta allí habian sido baldonados de traidores, ahora, con mayor veemencia y más rigurosas palabras, eran injuriados.

Convocábanse por todo el Reino, con correos, muchos Obispos, para conferir las cosas del Pontífice, porque cada dia, en audiencias públicas, se quejaba por su Nuncio del agravio que se le hacia en haberle detenido y embarazado el despacho; pero á él se le respondió, que Su Santidad, si queria, podia muy bien mediar las cosas de la guerra entre Francia y España, de manera que podia ser Señor espiritual de toda élla: de que avisado el Papa, se disculpaba que no podia más, y que sin embargo volveria á doblar las instancias que por momentos hacia.

Llegó D. Antonio de Oquendo de Flandes á Santander con veintiseis navíos: venia en su compañía el General Horne con algunos de la escuadra de Dunquerque, que estaba á su cargo, y topó con una flota de doce navíos franceses, con Capitana y Almiranta, que venian de la contratacion de Levante: peleó con éllos, tomóles cuatro, echó á fondo otro tantos y derrotó los demás; pero con tan récios temporales, que llegaron al puerto con no poco riesgo de perderse, y el General Oquendo á la muerte, por sus achaques, infortunios y adversidades. El duque de Maqueda, por el otro mar, consecutivamente, con la armada que traía, viniendo de Cataluña, corrió fortuna á la vista de Almería y perdió tres navíos, salvando la gente y la artillería. El marqués de Torrecusa y el duque de San Jorge, que traían presos por el disgusto de Salsas con el conde de Santa Coloma, saltaron en los bateles y llegaron á la orilla médio ahogados, y el Duque estuvo muy á pique de perderse. Cortaron la cabeza á D. Francisco de Orifice, príncipe de Sanz, en la ciudad de Nápoles, por lo que dejamos referido. En el

Brasil, D. Francisco Mascareñas, caballero portugués de gran corazon y valentía, peleó con la armada de los holandeses, desbaratándolos, y echó los navíos á fondo, con lo que entró en esperanzas de poder recobrar á Pernambuco, donde están arraigados aquellos infieles. Encamináronse por tierra seis mil hombres para intentar su expugnacion; pero la guerra estaba repartida en tantas partes del mundo, que no dejaba salir con nada, y éste año no se ha podido saber otra cosa de más momento, sino que el Mascareñas volvió preso á Lisboa, sobre haber dado mala cuenta de la jornada y de los navíos de su cargo.

Los sucesos de Italia de el año pasado contraidos en el Piamonte, y sus victorias por las armas del Rey Católico, dieron ocasion á poner los ojos en el sitio de el Casal de Monferrato: para ésto se enviaron de España á Alemania, Nápoles y Sicilia socorros al Marqués, para que luégo que diese comodidad el tiempo salir en campaña. Creyóse que tomada aquella plaza se pondrian las cosas de Italia en felicísimo estado para los españoles, y en total desesperacion el dictámen de los franceses; pero el Ministro de la Francia, vigilantísimo en todas materias y que no perdia el tiempo en las militares, viendo armado al Marqués y que estaba para salir, hizo, por la inteligencia del Papa, mover tratados en aquella parte, valiéndose de las importunaciones nuestras poco há referidas y contraidas con los Nuncios, y la deposicion de su Tribunal, á que se le respondió que tratase de la paz de la Europa, que era su principal oficio. Asió de aquí el Cardenal de Richelieu, y, como digo, propuso el Papa la paz de Italia queriendo sacar de aquí la restitucion del Piamonte y sus plazas para la duquesa de Saboya, y que lo que no se habia podido conseguir con las armas, lo consiguiese la in-industria, y volviesen á ser de franceses, que era su más viva pretension; de suerte que en todo no se hallaba otra cosa sino engaño, y la verdad ofendida. El Rey Católico y sus Ministros decian se habia de hacer una paz universal, en que cada uno volviese á tener lo que era suyo, así en Italia como

en Flandes, Lorena y Alemania. A ésto, los ministros de Francia no daban orejas, porque no querian la paz si no en aquella parte que sus cosas tenian mal estado. Entendido ésto por los Ministros, rechazaron la propuesta, y luégo reconocieron la malicia de los franceses. Pasóse de aquí á poner en habla una tregua general por diez años, cosa muy perniciosa para la reputacion y para la dependencia de los Príncipes defraudados de sus patrimonios, y de quien se habia el Rey Católico encargado; porque el rey de Francia, á la sombra de ésta tregua no haria más que ejecutoriar lo tomado, reposar y rehacerse, y luégo volver á sus pretensiones y enseñorearse de mayores cosas, como lo profesaba el Ministro.

Decian los franceses no poder hacer paz sin primero asentar una tregua para definir y resolver las materias de élla: finalmente, no surtió nada á efecto, y el Papa feneció secamente, con no más que decir al Rey Católico que dejase las armas; ¡como si ésto se pudiera hacer así y sin hacer justicia á los depuestos! porque para que el Rey dejára las armas habian de salir los franceses de Italia, restituyendo el Casal y todo el Monferrato al duque de Mántua, y sacar la gente del Piamonte y de la Saboya, y luégo el Rey Católico se ajustaria á lo más convenible. Y como de tales prácticas, que en lo secreto llevan supuestos y malos fundamentos, suelen quedar las partes con nuevos y más recientes disgustos, y recrudecidas las pasiones, renovando pues la memoria de lo sucedido en España con los Ministros de la Sede Apostólica, hubo quien dijo que el Papa trataba de armar y que queria atraer á sí á los venecianos; y que el duque de Parma queria otra vez volver á perderse: mas, en lo de adelante, fué de otra manera, y ántes éstos se armaron contra él, como se verá en el año de cuarenta y dos y cuarenta y tres; pero todo de muy poca sustancia. Ahora se sosegó ésto sin haber otra alteracion ni mudanza, sin embargo de que dió cuidado al virey de Nápoles, príncipe de Astillano, y lo avisó á España, previniéndose para todo cualquier accidente, porque los pedidos y los tributos, siempre comunes y naturales

con los vasallos, viviesen y se criasen con éllos, si ésta habia de ser la primera piedra del escándalo que abriese puerta en aquel Reino, y ésta instigacion continua, no obstante, no pasase; y lo más deshallado de todo, que en semejantes recelos y novedades se pidieron dineros á los particulares de aquella tierra, ofreciendo de fundarles juros, en lo procedido de medias annatas. Corrió la voz que venían Embajadores de unas y de otras partes á la direccion de estos tratados; que venía el obispo de Bolduque, en el País-Bajo, hombre de gran juicio en materias de Estado; y asieron de aquí los atentos al gobierno, porque vieron salir de secreto al conde Virgilio Malveci, y dijeron que para Burdeos, y al cabo pareció dentro de pocos dias con el marqués de Velada en Lóndres, córte de Inglaterra, á disponer negocios y materias de aquel Rey y nuestra Corona. Habia quien decia que á que no hiciese el casamiento de su hija segunda con el hijo del Príncipe de Orange, porque sería de total desesperacion para con el que pretendia en España: éste era el color público que se tomó, mas en lo secreto, en meterle en la liga y en el ejército que se pretendia hacer en el confin de Flandes contra el francés, de que se constituía caudillo el conde de Soisons y otros señores de la Francia; habiendo metido en él al rey de Dinamarca, si no hubiera sido rota su gente por los holandeses. Finalmente, en cuanto se pudo trascender y concluir no se pudo saber ni hacer nada, ántes aquel reino, poco después, se comenzó á tumultuar deshaciendo aquel parlamento con el Rey sobre materias que no les placia, no atreviéndose á quebrar con Francia ni á faltar á la comunicacion de Holanda; porque el Cristianísimo todo su estúdio es hacer vivamente la guerra á España, y donde puede usa de las armas, y donde nó del artificio; y toda aquella parte seguia aquel norte y aquella cautela, y caminaba con más ardor que otros años á apretar las cosas de Flandes y de Italia.

Preveníase el infante D. Fernando y D. Diego Mejía, cada uno en su plaza de armas, para salir temprano, y ambos con bien poca fortuna en sus intentos y en lo que les estaba

ordenado. Daban priesa á los caballeros de las Ordenes militares á ponerse á caballo, ó á dar los sustitutos: al fin, no guardando á ninguno sus privilegios, ni ahora sus decretos, hacerlos salir á todos, caballeros y hombres bajos, creyendo se juntaría gran golpe de caballos. Volvióse á mandar al Condestable de Castilla que fuese á servir el cargo de Capitan general de Castilla la Vieja y de Vizcaya: él se disculpó con un memorial, diciendo el estado que tenia su salud y su hacienda, que le dejasen retirarse cuatro años para desempeñarse, y que podria luégo, con más caudal, acudir al servicio de Su Majestad. No sé qué más retirado podia estar en ningun lugar de los suyos que en la córte, porque apénas parecia que habia un criado en su casa, ni señor que más pareciese escudero en todas sus acciones y que más profesase la miseria y la desventura; y aunque le habian castigado la bolsa, más era éste achaque de la naturaleza del ministro que de necesidad.

El gobernador de Milan, á los principios de Abril, con veinte mil infantes y cuatro mil caballos, gente escogida y de reputacion, tomó los puestos sobre el Casal de Monferrato, con gran pesar del Cardenal de Richelieu, y con poco gusto de los venecianos, por haber quedado por protectores del Mantuano y otros potentados de Italia. El intento era quedar con ocho mil soldados en el asédio y acudir con el resto al opósito de los franceses, que ya se prevenian á contradecírselo y á echarle de allí; y el Richelieu toleraba la rabia de su corazon en éste sitio, con decir que, caso que el rey de España tomase la plaza, la habia de volver. No sé yo en qué lo fundaba, y si daba él éste ejemplo con volver lo que habia tomado, ¿por qué no la volvia él á los de la casa de Gonzaga? ¿y qué más derecho tenia él para tenerla que no el rey de España, mayor señor en Italia, porque éllos la querian como tiranos y el Rey Católico para restituirla al sucesor en nombre del Imperio, y pacificar aquella parte? Muchos eran de parecer que en tomándola se demoliese y arrasase por los cimientos, para quitar de allí aquella ocasion, aquella codicia ó aquellos celos, y que se desarraigase de allí á los fran-

ceses, como de lo demás de Italia; pero el fin poco dichoso no dió lugar á la felicidad del principio.

A ésta sazon, que era ya 12 de Mayo, tenia el infante D. Fernando treinta mil hombres aprestados en el País-Bajo, y el rey de Francia otros tantos, si no más; pero el rey de Inglaterra, sin haber querido dar orejas, ó aquel Parlamento, á algunas conveniencias con España, se hallaba con resentimiento de franceses y holandeses por los socorros que enviaban á Escocia, para que aquellos vasallos llevasen adelante su rebelion, como lo proseguian, con daño irreparable de su Corona y de toda la Isla, sin perdonar á Irlanda. Perdieron los suecos todas las plazas y puestos más considerables que tenian en el reino de Bohémia, ó las abandonaron de flaqueza, retirándose de aquella parte: el ejército imperial debajo de la conducta del archiduque Leopoldo, hermano de Ferdinando II, Emperador de Occidente, asistido de Picolomini, los habian forzado á retirarse y á ponerse en la fuga, y los habian seguido degollando y matando hasta dentro de la misma. Refrescaban los imperiales, cansados de la caza que les habian dado en la frontera de aquella provincia: creyeron los suecos era descuido y que podian tomar alguna satisfaccion y enmienda del castigo que habian hecho en éllos; hicieron avanzar doce regimientos de caballería, cada uno de quinientos hombres, en la Fortelandet, y otrosi para darse á los robos y al pillaje. Advertido el duque Picolomini de ésta faccion de los enemigos, hizo correr voz por algunos presos que habia belagado que se apartaba de sus puestos, y que queria emprender y tomar otras derrotas: dejó dormir y descansar los regimientos, y á la misma hora mandó que marchasen tres mil caballos á la órden del Sargento mayor de batalla, Breda, cubierto de dos mil infantes y ocho piezas de artillería. Ejecutóse ésto con toda brevedad, y marchando el Sargento mayor, ántes de dar sobre los suecos, le pareció castigar cuatrocientos polacos que estaban en el primer cuartel, huidos del servicio del Emperador: embistió con todos y los degolló sin escapar más de dos que conocian la tierra y eran

prácticos en los caminos más incógnitos. Conseguido ésto, hizo tocar arma el general Vitemberg, que mandaba éstas tropas, de cuyo ardor acuciados los imperiales, deshicieron con velocidad quinientos mosqueteros que se les opusieron en el paraje, cuya detencion dió lugar á los demás de los suecos, por su mal, á ponerse en batalla y esperar la gente del Emperador. Estos deseos de no perder ocasion, no obstante de la resistencia de los enemigos, hicieron que cerrasen á un mismo tiempo animosamente con éllos, y acabaron de deshacer los regimientos, con muerte de su General y mucho número de oficiales de marca, sin los presos, entre los cuales se halló el coronel Horne, sobrino del general Gustavo de Horne, que se perdió en la batalla de Nortlingue, memorable en todas eras, y prendieron todos los estandartes. Suceso afortunado y dichoso si cualquiera de éllos bastase á concluir y asolar ésta semilla infernal de enemigos, introducidos en Alemania, por ambicion de un soberbio que se quiere tragar la tierra y la dignidad del Imperio.

En Cataluña iban procediendo sin intermision los desórdenes de los naturales, alterándose por horas el sosiego de todo aquel Principado, impugnando los alojamientos con más brío, y prosiguiendo en matar con más coraje á los mancebos, nobles castellanos que tenían puesto, eran de mejor arte y más lucidos, presumiendo celos que no debian de tener, sin reverencia de los templos ni del altar. Alterábales el sonido de Córtes que ya les venían á pedir, y que sus fueros eran anulados, que habian de sufrir la insolencia de los milites y luégo las imposiciones contra la libertad, y comenzaron á tener ódio implacable contra el Virey, conde de Santa Coloma, porque envió á prender un Síndico que se oponia á sus intentos; quemaron á seis ó siete hombres que le fueron á prender en una casa, sin misericordia; armáronse cuatro ó cinco mil hombres contra las justicias y los soldados; perdiéndose universalmente el respeto á todas las cosas; levantáronse los villanos del lugar de Santa Coloma y otros, por dondo el Conde empezó á temer y á recelarse. Toda la nobleza, por ser poca, de mayor indigna-

cion y levantamiento, queria dejar la provincia y el mando; ordenósele que no lo hiciese, ántes que se portase de ánimo y buen corazon, y que esperase, porque con su ausencia no se acabasen de declarar y se perdiese todo. Mandaron al marqués de Villafranca que le asistiese con su persona en su casa, con la gente y galeras á los caballeros de la ciudad, al Obispo, á los Magistrados y Gobernadores; pero en éstos últimos estaba el daño, el veneno y el rencor. Enviaron órden para castigar los revoltosos de Santa Coloma, y á dar por traidores á algunos: enviáronse Regentes de Aragon para que le ayudasen, y que se valiesen de la gente de guerra; siendo éste el mayor estímulo de los naturales, y que los exponia al precipicio, y tambien que procurase aplacar aquella conmocion. Pero los médios no eran los precisos que se habian de aplicar á la llaga que comenzaba á cancerarse, aunque parecia que se hacia algo; sin embargo, el Virey temia, como aquel que conocia el natural de la gente: que él en los principios no supo evitar ésto, pues aún cuando no hubiera ejemplares que lo avisáran, no debió de leer en su vida hoja de papel, ni conoció á Zurita ni á otros historiadores que escribieron temeridades de ésta gente, ni se acordó del rey Don Juan de Aragon, padre del rey Don Fernando el Católico, ni de los diez años que se puso ó se pusieron á controvertir con él; que es, para los que sirven los maestros en los primeros años, y para saber el conocimiento y natural de gentes y naciones; y presumimos que por nuestra calidad y servicio algun dia gobernaremos algo. Si no lo sabia, lo podia preguntar, sin gobernar de arrojado; porque de esa manera no conseguiremos la virtud de prudentes y la opinion de sábios; y al cabo lo viene á pagar el Estado, como se ve hoy en los lamentos y en los trabajos.

Decia un ministro de Estado, de mejor aviso, que no los apretasen; y replicándole que se valdrian del rey de Francia, él aseguraba que no lo harian: éste era el conde de Oñate; mas como ya lo estaban, y el cordel no aflojaba, entraron en pensamientos de hacerlo; y ya que el Rey, ya que el

Ministro, no dormian esperando la ocasion, como la buscaron, en otras provincias de España, cargábanlos de nuevo de amenazas y de calumnias, y decian que les habian de echar un poderoso ejército encima. La verdad es, que aquella tierra, particularmente la del Rosellon, infestada como lo era de los ejércitos franceses, no podia dejar de tener guarniciones muy gruesas, y éstas habian de estar alojadas para la defensa y para tentar por allí los acometimientos convenientes al estado presente, y á las satisfacciones de la Francia en la materia de Estado del Príncipe, para las disensiones, ora de Italia, ora de Flandes, ó de ambas Germanías, para desempeñarse por allí de algunas de las plazas tomadas, ó de alguna providencia, como la del Artois, que éste año fracasó á manos de los franceses; pero todo éste discurso era falso y errado, y abria puerta á muchas desventuras, fundar la guerra donde era menester y perder á España: de lo cual se quejaban los catalanes, que se la habian metido en el corazon, y luégo les espiaban las haciendas, y querian resarcir el peso. Era el otro discurso mantener el Principado, por las mismas causas y alteraciones contraidas, y en primer lugar á Perpiñan, la segunda llave ó escala primera del Reino: la ciudad de Barcelona, escala para España de todo el Levante, de sus Príncipes, repúblicas y potentados, y por ésta causa, y por lo ya referido, digno con toda atencion de tenerlo en armas y con ejércitos, y que éstos estén abrigados y en paz, de los Consejos, Magistrados y naturales de la tierra, sin pedirle más, particularmente en tiempo de guerra. Aún éste parecia mejor discurso: bien que siempre aconsejaré que todo vasallo acuda con fuerzas vivas y haciendas; pero tambien conviene que haya en ésto la tolerancia que es justo, anteviendo no abrir puerta á riesgos y peligros más dañosos, porque no debajo de ocasion de guerra se la hemos de hacer al mismo Reino y acabarlo, porque es despedazar lo propio y dar á sentir estar mal hallado con todo y hacérsela á sí.

Viendo el Richelieu que venía Embajador del rey de Polonia á París, sobre la prision de su hermano, le soltó y pasó

á Flandes. Murió el sueco, y los franceses, viendo las muchas prevenciones de armas de España para Cataluña, no sólo de caballería de las Órdenes militares y otras levas montadas, sino de infantería, fortificó á Bayona y los demás lugares de la frontera de la provincia de Lavort, y por la de Perpiñan á Leocata y Narbona; y no por eso, por si era ese el intento, apartaron los pensamientos y las armas de la empresa de Arras, y se la llevaron, como presto se verá: gran mengua para nuestra nacion y para la confianza que presumen nuestros Ministros. No quiero que sea achaque de mi condicion, que ni afecto ni falto á la verdad, ni que proceda de mi pluma éste argumento, que no es otro el celo sino avisar el riesgo y advertir que de pequeña centella no se levante algun fuego tal que lo abrase todo; ni tampoco disculpo á los catalanes del natural proceder que tienen y de su impaciencia, porque yo aludo á los demás, que son más para dejados que para constreñidos; y esto mismo aconsejaré yo que se haga con vasallos de ésta calidad, porque como los castellanos nacieron para esclavos, éstos para hijos en la casa del señor, y han de ser tratados como táles. En la leccion política é historias antiguas tenemos dechados de ésta verdad, y porque no sea cuento ó invencion mia, oigámoslos á ellos y á sus querellas: si legitimas ó bastardas, no lo quiero juzgar, éllos las dieron al Rey en éste papel:

«Los Diputados del general del Principado de Cataluña dicen, que muchas y diversas veces, por vários y diversos memoriales y cartas, han deseado enterar á V. M. del miserable estado que aquella provincia padece, de las vejaciones y violencias militares; y visto que V. M. no ha sido servido de tomar resolucion, y crecen los daños y riesgos que por una y otra parte amenazan, al paso que se dilata su remédio, celosos del servicio de V. M. y recelosos de los peligros públicos, vuelven de nuevo á hacer recuerdo de ésta verdad por médio de un Religioso, para que hallándola V. M. pura, limpia, sencilla y sin doblez, humilde, religiosa y desinteresada, tal cual V. M. desea, y cual la debe decir quien desnaturaliza-

do, por su profesion, de la tierra, vive en élla sólo para Dios, sea servido de escucharla benignamente, apresurando el remédio á las desdichas que se padecen y amenazan,

»Luégo que las armas francesas invadieron el Condado de Rosellon, se opuso Cataluña á la violencia, tan presta y tan pujante, como si los gastos y fatigas de trece años consecutivos de alojamientos, provision de víveres, apresto de bagajes con que han asistido á las tropas que en éste tiempo han abrigado aquellas fronteras, y socorrido á las que pasaron á Fuenterrabía, hubieran sido todos de granjería, todos de socios: en el modo de juntar la gente obró milagros la lealtad; pudo el exceso de los sueldos sacar al campo de las comodidades de sus casas, en breve tiempo, más de doce mil infantes, municionados y pagados á costa del mismo país, y la obligacion de su sangre pudo acabar con la más calificada nobleza de aquella tierra el renunciar su quietud por la campaña, sin otro sueldo que servir á V. M., defender la pátria y ganar honor.

»Perdióse Salsas porque no fué socorrido ni dejaron obrar á los catalanes, que tantas veces y con tanta eficacia se ofrecieron á éllo por la experiencia que la provincia tiene de haber rechazado semejante invasiones de el francés: sin embargo, porque no se creyó que de un dia es veterano el valor, y que no tiene ni una hora de bisoño el esfuerzo, conocióse así en su recuperacion, que no se obró por ésta milicia, ya ejercitada, solamente, pues toda ó la más rindió la vida, ó á la destemplanza de temporal ó á la malignidad del contagio, sino por los soldados que por horas iban entrando de nuevo para suplemento de las banderas.

»Difirióse su prolongada expugnacion tres meses y médio, y señalóse la Diputacion, ciudad de Barcelona y toda la provincia, más que hasta entónces, en la solicitud de las levas, creciendo los sueldos y ayudas de costa en beneficio de la brevedad y del número en la diligencia y abundancia de los víveres, que siempre sobraron en el apresto de los carros y béstias de carga para los convoyes, de que nunca hubo falta;

mas aquel valor que pudo detener el ímpetu francés y destemplar sus felicidades, hubo de rendirse al temporal inclemente de la más rigurosa estacion del año, al contagio incurable de un achaque desahuciado, con lo que aquellas vidas dedicadas al servicio de S. M. se veian ántes acabadas que vencidas, y pudiendo lograrse vencedoras acometiendo, con solo feriarse por algunos dias de la campaña, escogiéronlos, por mejor asistir que vivir, morir que faltar, dejando así al cadáver frio la sucesion de la gloria que pretendió y no pudo quitarles la muerte. Más de doce mil infantes, entre los que consumió el tributo inevitable y licenció la enfermedad, faltaron en ménos de cuatro meses de la campaña. No huyeron fugitivos como lo esforzó así en voz cobarde alguna envidia militar, que quien crée que no ha de vencer nunca vuelve las espaldas. De los primeros que asaltaron y ganaron las trincheras á los franceses y los echaron de las fortificaciones fueron los catalanes, y las primeras banderas que se fijaron en lo recuperado fueron de la Diputacion. Todas las naciones, y principalmente las coronelías del Conde Duque y conde de Aguilar, obraron prodigios hazañosos, mas á una voz confesaron todos que habian estrenado las felicidades por el ardor de los catalanes: los que de éstos no consumió el cuchillo ó acabó la campaña, la enfermedad licenció casi en voluntarios los más de los enfermos, el rigor del contagio de que ya se temian y guardaban los sanos: afírmalo el testimonio del Doctor Viñez, que era uno de los cinco, que independientes unos de otros, daban éstas licencias: dice en una carta escrita á la Diputacion, en 31 de Octubre de 1639, después de haber exajerado el valor de los catalanes, su ardor en acometer, su porfía en asistir, aún cuando por enfermos los compelian á que saliesen del ejército, que él solo habia licenciado del ejército mil doscientos treinta soldados, precediendo la declaracion de los médicos; y siendo tantos á los que daban las licencias, se atribuyó á huida lo que solo fué licencia y necesidad, y aunque confiesa que faltan otros muchos, no fueron, empero, ménos los de otras naciones que los respetó

más la fama: mas ni por éste camino se les pudo trampear la gloria, pues aclamados leones en todos los acometimientos de las naciones, que entónces procedieron tan valerosas, que haciéndolos ménos numerosos los hicieron más esforzados.

»Esta gran falta suplieron, advertidamente diligentes, por siete veces los Diputados, y la provincia repetidamente, segun la necesidad, con tan crecido número de soldados, que la misma muerte, que parece que se entró enemiga en nuestros batallones á hacer las partes de Francia, pudo dudar si los golpes con que su guadaña procuraba hacerlos ménos eran ciertos y efectivos, hallando siempre en los estragos cabal el número de los combatientes: servicio, por sus grandes circunstancias, memorable y digno de la atencion real de V. M.

»El dia del rendimiento da Salsas, no obstante la inclemencia del tiempo, ni la solicitud de los ministros, que vista la mucha gente que concurria, despacharon á toda diligencia despidiendo ántes que se acercasen lós socorros que se conducian de más léjos, se vieron tan bien coronadas las fortificaciones, tan bien poblados y gruesos los batallones, que reconocido por los vencidos, Mos. de Espernan, entre el dolor de desamparar plaza tan importante, no se arrepintió de haberla entregado.

»El estado del Principado, después de tan prolija campaña, de más de millon y médio de gastos de guerra, pérdidas de hacienda, efusion de sangre, profusion de vidas, por la contaminacion de aquel achaque riguroso, que derivado de Rosellon, no dejó en lo restante de Cataluña casa sin soledad, familia sin lástima, sitio sin que llorar, es tan lastimoso, que parece que renació el dolor de su mismo fenecimiento, porque dándose las manos las calamidades é infortunios pasados con los presentes, se hace dudar la descontinuacion; y como no se interrumpen las desdichas, no páusan los lamentos, ántes afligen más sin consuelo los pesares, hallados en los dias prometidos al gozo; y no por el rigor de la hostilidad, sino por el beneficio de la defensa.

»Este quebranto nace de dos principios: el primero, de

que cuando esperaban respirar de tantas fatigas con las mercedes y favores de V. M., no han merecido ni una señal de que tanto servicio ha sido agradable á los ojos de V. M., cuando tienen tan en los suyos los muchos favores y mercedes, que de palabra, escrito y de obra gozaron otros que poco ántes sirvieron, no más, sino con más dicha; ántes, viendo los disfavores que han padecido después acá, los tiene con un justo temor si han desacertado en lo que tanto pretendieron servir: el segundo, de las exorbitancias escandalosas de los soldados alojados en el Principado, ejecutadas en la paciencia y rendimiento de los que de paz los hospedaban; pues no se oyeron de los enemigos tales violencias: tales crueldades nunca las ejecutó la atrocidad; nunca pensó en éllas el desafuero.

»Ocasionó ésto la resolucion ó arbitrio que se tomó en enviar tan gran número de soldados juntos, para que fuesen superiores á las gentes de los lugares donde habian de alojar, y tuviesen amedrentados á los vecinos. La experiencia ha dado á conocer que no fué acertado, porque siendo ordinariamente los soldados gente licenciosa, insolente y poco temerosa de Dios, viéndose superior á sus vecinos en número se arrojaron á hacer tantos insultos y excesos, que han obligado á los naturales, por justa defensa de sus vidas, honras y haciendas, á reprimir sus desafueros y arrogancias; y así, han sucedido algunas muertes de los soldados, las cuales es cierto se hubieran excusado si el número de los soldados se ajustára con la capacidad de los lugares, porque aquéllos no hicieran tantas insolencias, y los provinciales llevàran con más paciencia, y aún con gusto, el gasto moderado; pero viendo con sus ojos sus haciendas y honras menoscabadas, y sus vidas en tantos peligros, si no lo hubiera enfrenado el respeto y amor grande que tienen á V. M., su Rey y Señor, los obligáran sin duda á mayores demostraciones.

»¿Nó son ya materia de lástima los malos tratamientos de los labradores, apremiados con pena de la vida, bárbaramente ejecutada por la más venial omision, no á su sustento, sino

á su regalo; nó las violencias de las casadas; nó los raptos de las doncellas, donde muchas de uno y otro estado, han perdido por defender su honor, ó la vida ó la pátria, y muchas arrojándose por las ventanas hallaron la muerte en el precipicio que no temieron, y les hizo apetecer la honestidad, si Dios no las librára á las que de élla escaparon, apelando, maltratadas de la inhumanidad de los hombres, á la dureza de los riscos, y prometiéndose de éstos más racionales efectos; y haciéndose corazon de las breñas se enterraron vivas por sepultarse con honra? De ésta manera calla el pundonor y la prudencia mucho, porque no disuene el deshonor en el alarido de la queja, y porque no es ésto lo más que ejecutó el asombro.

»Esto sin duda, y lo que se perpetró en la sencillez de un pobre labrador, á quien, porque la miseria de su caudal no le consintió poder contribuir la cantidad que la militar insolencia le pedia, por via de composicion, después de haberle tenido colgado, los brazos torcidos á las espaldas, muchas horas; después de haberle maltratado allí con varios géneros de tormentos, con bárbara resolucion intentaron arrojar un hijo suyo entre las llamas de un horno, y hubieran salido con su intento si la industria de su madre y los alaridos de los paisanos no le hubieran defendido.

»Estando alojadas en Gaba las compañías de D. Francisco Arbieto y de D. Alonso de Garnica, habiendo el furor de uno de estos soldados dejado por muerto al dueño de cierta familia, cuando se pudieran y debieran celebrar exéquias á la infelicidad de su fin, se las hicieron horriblemente á su honor, abusando de su propia mujer sobre su cuerpo, dos veces oprimido, que habiendo comenzado á morir de herida, vino á espirar de afrentado.

»Con éstas invasiones desenfrenadas, que no calman en las repeticiones torpes, ántes irritadas de su uso, se desbocan á abominaciones osadas. Pretendieron los mismos en éste lugar hacer violencia nefanda á diez años varoniles, y en otra casa, robado lo precioso de élla, dejaron muertos á su dueño,

su mujer y una hija, sin otro fin que la jactancia de crueles, que la opinion de insolentes.

»Habiendo llegado á Palau Tordara, lugar de cien vecinos, novecientos caballos, gobernados por D. Mucio Espatafora, D. Luis de Villanueva y Fabricio Patiño, con lengua de que los vecinos, temerosos de sus sacos, habian recogido sus hacenduelas en el castillo de Flubian, le atacaron incendiarios y le pusieron fuego, y ¡sacrilegos! entraron en su templo y delante del Santísimo Sacramento mataron á D. Antonio de Flubian, caballero de conocida nobleza y virtud, señor del castillo, estando con un Cristo en las manos, á tres criados suyos, una mujer y una niña de dos años, cuya inocencia pretendió defender su ansiada madre, en cuyos brazos estaba, quedando élla juntamente herida con otros cuatro. Despojaron los difuntos con tal inhumanidad, que para sepultar al caballero hubo de contribuir á su funeral la compasion de un labrador con una camisa de limosna; y robando lo que estaba recogido, que importaba mucha cantidad, no perdonando lo sagrado, cortaron un brazo á un Crucifijo, insignia principal de un altar, y tomando los cálices, casullas y demás ornamentos sagrados, lo dejaron todo asolado.

»En Garriga, una tropa de soldados que allí se alojó una noche, además de haber sacado del lugar fuera del pasto suyo y de sus caballos 1.500 escudos por médio de exquisitas extorsiones violentas, ejecutaron en su templo las mismas violencias sacrílegas, con la misma impiedad y ninguna reverencia.

»Pasando la caballería del duque de San Jorge por la villa de Cardedeu, y visto que la providencia religiosa de un sacerdote se apresuraba á cerrar las puertas de su iglesia, por defender su sagrado del ultraje profano de los soldados, dos de éllos le dispararon sus mosquetes, y hechas pedazos las puertas, dándose por ofendidos de que no se las hubiese franqueado, y publicándole por ésto delincuente á los que llegaban de refresco, le expusieron en éllas al desafuero de sus compañeros, que maltratándole á porfía, amenazaban su buen

celo con que le habian de colgar de las campanas, aunque tuviese en sus manos ¡oh horror! el Santísimo Sacramento.

»En Granollers, villa de cuatrocientos vecinos, experimentadas las vejaciones implacables de mil soldados valones allí alojados, y visto que ni su paciencia, ni sus regalos, ni el modo apacible de tolerarlos y servirlos amansaba su fiereza, habiendo pedido licencia al Obispo de Barcelona para sacar del lugar el Santísimo Sacramento para guía y viático de su jornada, y no habiéndola alcanzado, despedidos de Su Majestad con grande desconsuelo, y dejando al que no les permitia llevar los corazones fieles, relegaron sus casas, sus alhajas y sus bienes á la codicia imperiosa de los soldados, teniendo por ménos mal desnaturalizarse de su patria y quedarse sin nada que estar al ímpetu bárbaro de tamañas ferocidades.

»En los lugares de Villamayor, Rubí, Castell, Visbal, Sitges, Llagostera y Laballoria, y en otros que han dado paso al alojamiento de éstas tropas, lastimados sus vecinos de la experiencia de tantas rapiñas, de tantas violencias, de tantos estragos, y desahuciados de remédio, olvidados de su sustento, con afligida desesperacion han desamparado sus patrimonios y los pueblos de donde nacieron, buscando la respiracion en los términos de la muerte.

»La villa de Perpiñan, llave de España, y por ésto en élla más que en otra parte necesaria y precisa la poblacion, se halla con las más de las casas desiertas; y de más de tres mil vecinos que pocos años há se contaban en élla, llegan apénas hoy á ochocientos; falta que hace necesario doble presidio en la fortaleza, porque lo que servian los vecinos en caso de necesidad cuando eran muchos, ni se puede esperar ni lo podrán hacer hoy los pocos, y así pide gente fija. De la misma manera han quedado muchas villas y lugares fuertes de aquel Condado: desolacion de que no fué capaz el orgullo del enemigo cuando más poderoso, y de que lo ha sido la asistencia consumidora de los auxiliares cuando más de paz.

»No por ésto se pretende negar á V. M., contra cuyo res-

peto fuera delito irremisible la más bien retocada simulacion por falsaria de la evidencia, que de parte de los provinciales habrá habido algunos desmanes, que otros autorizan, para desautorizarlos, nó con título de desafueros sino con otro nombre ménos propio y más escandaloso. Mas no por eso se debe entender que se falte al servicio de V. M., ni á la natural lealtad, ni á la debida obediencia, por cuya observancia, el ménos defendido y más lastimado vasallo, ofrecerá en médio de su dolor alegre (como debe) la vida; sino que tales desmanes han procedido contra los soldados alojados, ó imperados de su opresion, ó convocados de la justa defensa, ó impulsados de las esperas del sufrimiento, viendo que de tantos delitos y atrocidades ninguno se habia castigado; que tal vez rompe precipitado, detentado, furioso de tan represado, ó para repeler una fuerza con otra, ó enfrenar con el modo que debe el enojo, raras veces templado, á ferocidades tan sangrientas como ya referidas van. Son innumerables los excesos, vejaciones, agravios, sacrilegios, adulterios y deshonestidades que se han cometido en dicha provincia y han padecido sus naturales en la honra, personas y haciendas: porque á muchos ponian las carabinas, pistolas y dagas á los pechos para que les diesen lo que su licencioso antojo apetecia; amenazándolos con la muerte, sin reparar á las mujeres, y por el miedo les daban todo lo que tenian. Bárbaramente los molian á palos y á coces, dándoles cuchilladas; arrancábanles las barbas; afrentábanlos con injuria; ponian fuego á sus casas; derramábanles el vino y regaban con él las calles y lavaban los caballos, dándoles á comer el trigo, y lo sembraban por el suelo; hurtábanles su haciendas, como si fueran enemigos; llevábanles las acémilas en cantidad para el bagaje, de las cuales apénas volvian pocas ó ninguna, y éstas rescatándolas sus dueños. Y porque lo mucho no ha dado lugar á tanta informacion, sólo se representa lo probado; todo lo referido se ha ocasionado por falta de obediencia y disciplina militar de los soldados auxiliares· causa principal, Señor, de todo estos desórdenes, los cuales no se experimentaron de las coronelías

del Conde-Duque y conde del Aguilar, que procedieron con más atencion que las demás. El servicio y obediencia de V. M. sobrevive á todo quebranto, á toda afliccion, á toda destemplanza; sea servido V. M., por quien es, de creer de aquellos sus vasallos lo que los demás satisfacieron, porque en ésto son iguales á todos, ninguno los exceden. En los lugares de Castilla se ven conspirar, á vista de la córte de V. M., contra soldados insolentes, pueblos enteros, hasta llegar la pretension de la defensa, á juntar la muchedumbre á son de campana; y si son como deben reprehendidos, y castigados, nunca por eso infamados de desleales, nunca sospechosos en la obediencia ni en la fidelidad. Se argumentó entre muchos de la de aquella provincia fidelisima, la pasion impensada de Francisco de Tamarit, diputado militar, preso en la cárcel pública cuando sus muchos y vivientes servicios en la campaña de Salsas, donde, como Maese de campo, asistió valeroso y diligente hasta su vencimiento; parece que le aprestaban señalados mercedes, mandándole prender, y siendo solo un Alguacil ordinario el ministro de ésta prision, élla improvisa y contra estilo, él inocente, estuvo tan en sí atendiendo á no dar ocasion para que entendiéndolo alguno pretendiese la defensa de su inmunidad, se hiciese ruido y se causase alguna alteracion, que, sin levantar la voz ni darlo á entender á nadie, se fué mano á mano á la cárcel con el Alguacil, con que el pueblo á su ejemplo y con el conocimiento que tiene de que quien es fiel debe tambien parecerlo, ni de obra ni de palabra ha hecho movimiento alguno; servicio merecedor de la memoria de V. M. con una y otra atencion.

»Esta prision, las contribuciones, composiciones y vejaciones de los soldados, la atrocidad de los delitos y falta de castigo, que tienen perdido é irritado el Principado, que todo consta de las informaciones que se prestan, ha sido representado por los Diputados á instancia de los Sindicos y particulares de sus Universidades al Lugarteniente y Capitan general por V. M., para que las mandase revocar, como lo hizo la real Audiencia á instancia de la villa de Perpiñan y

consta de la sentencia; y los duques de Feria y Cardona con ménos causa, siendo Vireyes, por ser expresamente contra las constituciones generales de Cataluña, que hablan en éste caso, y se ordenaron y establecieron á éste fin, de que seria presentacion aparte, se pusiese remédio á tantos daños, mas no ha sido posible disponerle á que se tome resolucion. Desahuciados tambien de aquella instancia, han recurrido á los Reales piés de V. M, por médio de súplicas deferentes; y lo que en ésta pretension se ha resuelto ha sido, que los alojamientos se hagan segun el estilo de Lombardía, de que otra vez vuelven á suplicar á V. M., así por la pobreza y miseria en que de presente se hallan aquellos fieles vasallos, como porque les seria de grandísimo consuelo en su quebranto ver la grandeza de V. M. inclinada á favorecer sus leyes y establecimientos, de que no les obliguen á tanto. Y aunque hay quien pretende establecer que no hablan sus privilegios y constituciones en casos de tanto aprieto y necesidad como la presente, no es así, que ántes se hicieron y ordenaron para éllos; cauteländolos de manera que no dejaron ninguno de los que en algun tiempo podian ocurrir, que en éllas no se halle expresamente comprendido é individuado.

»Por lo cual, piden y suplican á V. M. sea servido de permitir el informe de la forma que los Reales progenitores de V. M. individuaron ésta materia, y juntamente la imposibilidad que hoy tienen los naturales, por acabados de los gastos pasados; que cuando por ley estuvieran expresamente comprendidos, no era posible acudir á élla por su miseria; para que, vista la justicia y la verdad, se conozca que se reclama humilde y justificadamente, y que no se hace tema de la porfía, acudiendo á los Reales piés de V. M., una, y otra vez, sino que es inexcusable necesidad; y que no sólo desea el mayor servicio de V. M. y el bien de aquella provincia, prevencion de muchos daños que amenazan, consuelo de aquellos afligidos vasallos, que no rehusan los alojamientos segun sus constituciones, sino segun el exceso con que hasta ahora se ha procedido por el desórden de la multitud: el re-

médio de todo lo cual piden y esperan de la benignidad y clemencia de V. M.»

Esta disculpa daban los catalanes de los alborotos y excesos cometidos en su provincia: éllos no eran oidos, embraveciéndose cada dia con los baldones y amenazas que les hacian. Y no pararon aquí las cosas, porque tres mil villanos, con dos hombres principales por cabezas, se entraron en Barcelona, y concitando el pueblo, que es lo más que hay allí, cerraron con la cárcel donde estaba el diputado Tamarit, para sacarle: él se defendia diciendo que estaba preso por el Rey y que no queria salir: sin embargo, le sacaron con grande alboroto y vocería, apellidando por la libertad de sus fueros. Quisieron quemar la casa del conde de Santa Coloma, y arrimáronla algunos barriles de pólvora: ésto no tuvo efecto por algunos hombres piadosos, si los habia, que lo estorbaron. Fuése á guarecer á la Atarazana, cargando la culpa de éste desórden y alteracion á los modeneses y á los valones por las atrocidades cometidas en los alojamientos, y tambien á los castellanos, con quien tenian la más rigurosa ojeriza. Suceso comun de la guerra que arrastra y lleva consigo estos desmanes; pero éllos no estaban inocentes, corriendo voz por toda la tierra que habian muerto á sus manos más de mil soldados.

En Flandes, las unas gentes y las otras, así las nuestras como de holandeses y franceses, estaban á punto para comenzar sus progresos: no se sabia desde 4 de Abril hasta 28 de Mayo, en la córte del Rey Católico, nada del sitio del Casal de Monferrato; solamente que habia malas nuevas. En toda la cordillera de los Pirineos, desde Bayona á Navarra, tenian guarniciones los franceses, fabricándose una buena armada en Bretaña para correr ambos mares; pero no se sabia dónde ni sobre qué parte habia de dar. Todas éstas cosas eran de grandísimo cuidado para el reino, y, á mi ver, lo que más le podia dar era lo que se comenzaba á emprender en Cataluña, porque aquellos hombres pasaban ya de insolentes á traidores, y la caballería de las Órdenes militares, que se levantaba para

desvanecer y castigar muchas de éstas cosas, apénas llegó á crecer su número ni pasó de ochocientos caballos: cosa poca para lo que se entendió, y mucho peor para el comento que habian de hacer de élla los enemigos y la vaga estimacion; porque, ¿quién no entendia que el gran nombre de caballería de España no era de más bulto y de más terror y que bastaba su opinion para ser temida? Tanto conviene no remover las cosas que sólo están en opinion, porque no se sienta tanto nuestra flaqueza. Las infelicidades prometidas en éste año por los judiciarios comenzaron á verse en éste caso. Habiendo visto el Cardenal de Richelieu el aprieto del Casal de Monferrato y que el marqués de Leganés estaba asido á élla con mucha y buena gente; que con la pérdida de ésta plaza los habian de acabar de echar de Italia, y que era despegarlos de un puesto de mucha consideracion para proseguir en élla sus intentos, juntó un razonable socorro, porque lo demás asistia á la ciudad de Turin, de hasta cinco mil infantes y algunos caballos, debajo de la conducta del conde de Arcourt, sobrino suyo. Dieron para ésto los venecianos, de secreto, á los franceses tres pagas, como tomando aquella gente por su cuenta porque el Rey Católico no se apoderase de aquella plaza; queriendo ántes que la tuviese el rey de Francia, y cumpliendo en ésto la proteccion que habian hecho los años pasados con Cárlos, duque de Nivers y de Mántua, que ambos á dos, los venecianos y el francés habian de mantener aquel Estado en favor de la duquesa viuda María, nieta de Cárlos duque de Saboya, sobre que se comenzaron las diferencias en Italia el año de seiscientos y doce y de trece, que duran hasta hoy.

Acometieron los franceses las fortificaciones hechas sobre el Casal por el cuartel del General; no quisieron escoger otra parte ménos flaca: fueron rebatidos por dos veces á la mañana, y á las doce de aquel dia, con poca esperanza de alcanzar victoria, y casi desesperados, se retiraron, de volver á tentar fortuna. Como el Marqués vió retirar los enemigos y alejados, y que apénas se veia alguno en el campo, y que por los segui-

dores se habian alargado algunas millas, creyó que ya no volverian y que se daban por vencidos de tornar á la empresa, y que no habia más franceses, desamparándole toda la prudencia y el recato en que él no era tenido por bisoño, sino que fué azote de pecados, y el descuido castigó la confianza. Cansados de combatir, pues, los españoles por dos veces, llegada la noche y dormida totalmente la disciplina militar, falta de espias y de atencion, cosa en que debe reparar un gran juicio y un gran Capitan que tiene á su cargo un ejército de grande honra, no ménos que el del rey de España, y un cuartel de españoles, y un ejército de reputacion, asombro de Italia y freno de los enemigos: encendidos los franceses y armados de todo aquéllo que nos habia faltado, porque parece que hemos trocado de gobierno, ó que éllos nos han tomado el nuestro y nosotros apetecido el suyo; finalmente, el conde de Arcourt y los demás cabos y soldados, por la importancia de la plaza y como se lo habian insinuado de París, resolvieron volver á la noche: volvieron á embestir con el cuartel del Marqués, que, como he dicho, era el de los españoles y el de la córte, y hallándolos á todos descuidados, dormidos, sin armas y sin centinelas, le rompieron: y lo más infeliz de todo, con la confusion y las tinieblas degolláronle tres mil españoles, la flor de Italia; tomáronle el bagaje y alguna artilleria, y al Marqués la recámara y 50.000 escudos que llevaba para su bolsillo, que un buen adinerado con ésta niñería camina. Quizá de sobrado no le harian falta, porque no parece que las Indias de España produjeron el dinero sino para la dicha de éste hombre y que á él solo tocaba el disfrutarlas. Veíanse en su casa las alhajas, las heredades y lugares comprados en ésta era, y en tan poco tiempo la potencia de su fortuna: cuando se caía de las otras casas con los pedidos continuos, solo se veía crecer en ésta. Fué más que milagro escapar de las manos de los franceses y no quedar prisionero; otra mengua bien grande, como un general de Italia por el rey de España. Con ésta surtida, los franceses socorrieron el Casal, y el Marqués con poca reputacion levantó

el sitio, que sabido en España fué de mucha congoja, y á todos se les cayó la cara de vergüenza. Súpose ésto en la corte, lúnes 28 de Mayo, el más aciago de éste año, habiendo sucedido en el Monferrato domingo 29 de Abril de éste año.

El conde de Arcourt, usando de la bizarría de vencedor, envió al Marqués los criados prisioneros, los libros de la Veeduría y Contaduría, el Secretario y el coche, y guardó los 50.000 escudos, que los habia menester para sí. Prendiéronse algunos cabos y otros hombres de cuenta, y salió herido el marqués de Caracena. Murió D. Diego de Luna, á cuyo cargo estaba el gobierno de la caballería del Estado, hijo de D. Sancho de Luna, Castellano que habia sido de Milan en tiempo del rey D. Felipe III, que murió en el Boquete, soldado de mucho valor y de nombre en las primeras guerras del duque de Saboya, sobre las mismas dependencias que vamos escribiendo y porque queria ser tirano del Monferrato. Murió el Maestre de campo D. Fernando del Pulgar, y capitanes de infantería y caballería, y áun ésta dicen que no hizo el deber, sino que volvió las espaldas. Fué éste trance de gran desconsuelo para todos y para el Marqués, porque se atrasaron aquí mucho las cosas que caminaban con curso velocísimo y con grande prosperidad para el crédito de España y contra la esperanza de los franceses. Escribió al Rey una carta; dió por causa la íra del Cielo contra los pecados; que no estaban en perfeccion ni acabadas las fortificaciones, y que no estaba hecha la línea de la circunvalacion, pues las aguas de Abril no le habian dejado acabar de cerrar la plaza, porque como eran tan importunas y pesadas, se las desbarataban por momentos: que habia sido acometido tres veces y rechazado las dos á los franceses, y calló lo demás, no obstante que todo se discurría, y los celosos de la honra del Príncipe y la patria no le disimulaban nada y le notaban que habia faltado en éste hecho á todo cuanto obliga la atencion á un General de una plaza de armas tan relevante como las de Italia, que los ha tenido de tan subido punto que fueron rayos de franceses. Retiróse con ésta pérdida el ejército á Tirri, y como se tomaron prisioneros, tra-

taron de rescatar unos con otros. Mataron muchos vivanderos con la confusion de la noche: no está libre de dificultades el salir temprano á las empresas: si es siempre alabada la anticipacion á los capitanes, porque es suyo lo que habita en el campo; el enemigo, si no ha podido igualarle y salir al mismo tiempo, se guarda para cuando el otro se haya gastado, consumido ó divertido el caudal y las fuerzas en lo que ha campeado, y há menester otro ejército para contender con el enemigo que viene de refresco y descansado. Y si el tiempo con las primeras aguas, como es de ordinario, no le deja obrar, pierde el ejército más á la pesada condicion de la influencia que al combate de los enemigos. Si sale tarde, que ya está ocupado todo, perdida la empresa, imputan á la cabeza y al gobernador de tardío, remiso y falto de providencia, y peligra el poder. Muchas veces se ha visto salir un ejército temprano, obrar algunas cosas y consumirse, y gastado las fuerzas, no haber caudal para socorrerle, ni darle otro ejército llegado el competidor, que se ha armado en el entretanto, salido de refresco, recobrándose en lo perdido. Así le sucedió en lo de Corbic, en la Picardia, que la tomó el infante D. Fernando, saliendo muy pujante al principio de aquel año con el ejército y consumídole; salió el rey de Francia, mejorado, á la postre, no porque no hizo opósito, ya cuando el Infante no le tenia, y desempeñóse el francés de aquella plaza, que fué lo que le dió más cuidado que lo demás que habia perdido, y recobróla: de suerte que el que madruga ha de tener otro ejército para conservar lo hecho, y mantenerlo ántes que se ponga el sol; si nó está á pique en aquella sazon que el que viene reforzado le vuelva á desarmar. Sin embargo, mi parecer es que el que se adelanta siempre lleva la vanguardia al otro, y de ordinario es suya la tierra y la victoria, y el que no lo hace, aunque salga después, suele morir ahogado á manos de imposibles y dificultades.

A ésta hora el príncipe Tomás habia tomado por su cuenta la defensa de Turin, que era adonde habia cargado la fuerza y contienda de los franceses, con el amparo de la Ciudadela que la tenian por suya: á ésta sombra querian recobrar aquella

córte como cabeza del Piamonte. Por el contrario, nosotros la queríamos conservar y ascender á la expugnacion de la Ciudadela, que era de suma importancia, para concluirlo todo y enseñorear con el imperio aquella provincia; y si se hubiera fenecido bien lo del Casal, fuera muy posible haber echado á los franceses de Italia éste año. Para ésto, el príncipe Tomás, con la gente del Rey Católico que tenia en Turin, habia hecho algunas fortificaciones fuera de la ciudad, para consumir allí á los enemigos y defender los burgos con más brio, y levantado una fortificacion ó média luna al convento de las Capuchinas. Los franceses la asaltaron, ganaron y tomaron la artillería; y el príncipe Tomás para volver sobre élla invocó las fuerzas del Marqués, gobernador de Milan; pasó allá con su gente, recobró la média luna y la artillería con estrago de muchos de éllos, desfogando allí la rabia y la vergüenza de lo sucedido en el Casal. En ésta forma, sin haber otra novedad, han contendido sobre aquella ciudad, con sucesos igualmente de una parte y otra, han porfiado con el mismo teson y debatido en las fortificaciones de afuera, ya sobre la muralla, siendo rebatidos de éllos, ya éllos de nosotros, que es todo lo que yo he podido describir con precision, sin atarme á pocas cosas: si bien estuvo apretado el príncipe Tomás en la plaza ó se dejó apretar, con pretexto de no rendirse, aunque creció la hambre, y que unos y otros se comian los caballos. Sin embargo, le socorrió el marqués de Leganés, le metió gente, mas no los bastimentos, que no pudo, sin haber otra novedad. Por lo que ahora suspenderé éste suceso, por lo consumida y quebrantada que estaba nuestra gente, así por lo mucho que habia campeado, como porque el tiempo, y tan vecino el invierno, inclinaba á toda la milicia á buscar el alivio de los alojamientos; y porque todos sabian á ésta hora, qué nervios habian quedado al ejército de Lombardía, de que no dejaremos en silencio lo que faltáre de describir en el año: ésto en aquella parte para acudir á los sucesos de Flandes, que ya comenzaban á hacerse sentir.

Hicieron los holandeses plaza de armas, en el fuerte de la

Filipina, para acometer á Brujas, á Ulst ó al Saso de Gante, y quemáronles la pólvora las guarniciones de aquellas plazas, por industria y diligencia de los cabos; de que recibieron gravísimo daño. Quisieron retirarse; fué Su Alteza sobre éllos, dióles batalla, rompióles y degollóles mil quinientos hombres con que les hizo ceder por entónces de la campaña. Y es cosa bien digna de ponderar, y más que todo, que no se debe de haber pasado el juicio á ésta consideracion, que no hay provincia en todas las cuatro partes del Mundo donde alcanza á tener dominio la Monarquía Española, que por espacio de catorce años y más, no se esté recelando ó temiéndose de ser asaltada de franceses ó de sus coaligados, así herejes como mahometanos, y sólo la Francia, agresora de estos execrables oficios, está libre de todo ésto, sin entrarles un hombre por las puertas, durmiendo todos con seguridad, reposando y labrando sus tierras, cogiendo sus mieses sin zozobra ni pavor de enemigo, ni de soldado forastero que le turbe el ánimo del corazon, le queme la casa ó el lugar, le robe la hacienda, le tome la mujer y los hijos, y todo lo demás está expuesto por éllos á ésta calamidad. Y para más admiracion España, que por más de cien años se habia librado de éste cuidado, gozando de la paz y entregándose á élla á la sombra de las palmas y los laureles conseguidos de las heróicas hazañas de sus insignes y señalados Gobernadores, con envidias y emulacion de los enemigos y de las otras naciones, buscada por ésta felicidad de unas y otras, aplaudida por muchas razones y con alta veneracion de sus Príncipes; arraigándose y naturalizándose en élla, poblándose y extendiéndose para salir á domar naciones distantes como lo hicieron. Y que todo ésto se haya trocado tan brevemente en desolacion ó en amargura, en dolor, en miseria, en necesidad, en ira, en guerra, en levantamientos de reinos y provincias, pérdidas de plazas, estragos de pueblos, robos, violencias, usurpaciones de haciendas y otras calamidades públicas, parece que se habia de rigor forzado á su fin á ésta causa; y siguiendo ésta influencia el rey de Francia, con mayor brío que los años pasados y con dife-

rentes intentos y designios, no atado á pequeñas cosas ni á inferiores plazas, sino á las mayores y más fuertes del Artois y de Arras, como su cabeza, que ántes habia echo correr y contribuir sus pueblos con la caballería, no dejando de atender con tropas y con algunos gruesos de infantería á las inteligencias del Condado de Luxemburgo y á lo que allí habia tomado. Iba toda ésta gente á cargo del de Lamillere, Gran Maestre de la artillería.

Todo el desvelo del Richelieu y toda su industria era restituir á la Francia sus antiguos derechos; pretendiendo borrar las donaciones, y si no todas, porque algunas estaban distantes y no alcanzaba la mano del rey de Francia, ó no podia redimirse de ésta vejacion, por lo más cercano, no hay duda. Así lo dicen los varones más insignes en la Geografía: que la provincia del Artois fué antiguamente de la Gália Bélgica, y que la debian de poseer ántes franceses tiránicamente, ó la debieron quitar á los señores de Flandes, y que en el tiempo de Cárlos V, como Príncipe de tan gran potencia, y que habia heredado la mayor y mejor parte de la Europa, con la emulacion y su grandeza de Francisco I, rey de Francia, y con la prision en Pavía de su persona, y rota del ejército por los españoles; hecha la paz entre Francisco y el Emperador, quedó libre el año de 1529, ó en rehenes de su libertad, por si acaso no cumplia lo capitulado en aquélla paz, como no lo cumplió. A éste fin Luis XIII la ha infestado todos éstos cuatro ó cinco años postreros, y la ha pretendido invadir, acometiendo á Sant Omer por su cercanía, y con éste fin, que no pudo tomar, y le forzaron á levantar el sitio; pero con ésta ánsia y ésta pasion se apoderó de Edin, que tambien es de su circunferencia, y de otras plazas pequeñas, y ahora queria tomar la cabeza y enseñorear la provincia. Sin embargo ántes de tomar ésta plaza, pasaron á cargar á Charlemont, plaza fuerte y situada sobre una eminencia peñascosa; en el Condado de Anamur, á la frontera de Francia, está Phelipevilla y Mariemburgo, que fortificó el Emperador en aquellos tiempos y en aquellas mismas contenciones y diferencias

que se han venido derribando por sus descendientes hasta hoy, y las puso su nombre y de sus hijos; Charlemont, de Cárlo; Felipevilla, del rey D. Felipe II, y Mariemburg, por la emperatriz Maria. Puestos los franceses sobre Charlemont, los que tenian entera noticia del arte y de la fortaleza de ésta plaza, adificada á la ribera de la Mosa, pusieron dificultad en que el enemigo la consiguiese. La industria, madre y maestra de todas las cosas, buscó camino para librarla del asédio, y valióse de dos artilleros, uno flamenco y otro lorenés, ó ambos de la primera provincia, y por la misma causa, luégo se inclinaron por el amor de la patria y del Príncipe, ó por la oferta del oro, á entrar en el concierto, y fué así: que hallándose acuartelados algunos franceses en la iglesia de un villaje cerca del sitio, habian hecho allí almacen de la pólvora y municiones; que con tan poca reverencia tratan los templos y el culto de las imágenes, y así Dios castiga con el azote y los echa de él: finalmente, el artificio de éste intento se observó con una mina secreta dejando una cuerda encendida, hasta tal hora, y que efectuáse. Hecho, pues, como se habia acordado, pasaron luégo los artilleros á dar cuenta del hecho al marqués de Chan, Gobernador de la plaza; y al tiempo de éste aviso, llegando la cuerda á su fin, se prendió la pólvora con tan grande ruido y espanto, que puso en terror á los franceses y á toda la campaña: quemáronse cuatrocientos ochenta barriles de pólvora, abrasáronse armas, cuerdas y bastimentos y más de dos mil soldados que arrojó la violencia de aquel elemento por el aire y los volvió al suelo hechos pedazos: con que la Millere, viendo le habia faltado la principal materia para expugnar, levantó el sitio á toda diligencia. Visto ésto por los de Charlemont, y que los franceses se retiraban, salieron á éllos, les mataron mucha gente, les tomaron artilleria y lo demás que les vino á las manos del bagaje. Retirados los franceses se suspendieron por cinco ó seis dias, sin saber el camino que tomarian, y quebraron la cólera en Chimay, tomándola por interpresa, villeta pequeña y de ninguna consecuencia, y quemáronla porque el ejército que ya

marchaba en opósito suyo no la recobrase. Pasó sobre éllos D. Felipe de Silva, á cuyo cargo se habian puesto éste año las armas del País-Bajo con una parte considerable del ejército, si bien algo tarde, que á caminar con más brío, se pudiera haber excusado la disipacion de Chimay: consecutivamente el baron de Lamboy con tres mil caballos degolló cinco compañías de franceses que estaban fuera de guardia, prendieron un Capitan y mataron otros: retiráronse y alojó D. Felipe de Silva junto á Duay, dividiendo mucha de su gente en frontera; que es bien alcance el fuego á quien le mete en las casas de los vecinos. Los holandeses le acaban de experimentar en su pólvora, en satisfaccion del incendio de Dunas, puerto en Inglaterra, y los franceses del de Guetaria, y no fuera tiempo perdido sino accion muy importante á sus navíos de fuego arrimarles otros: que de ésta manera cobran pavor los enemigos y se hacen más recatados, porque el descuido ó la tibieza en el ofender no hace otro efecto que confirmarlos de insolentes.

En Alemania, con la victoria pasada, se iban mejorando las cosas con la restitucion de puestos y de fuertes, y rota de suecos y franceses, protestantes rebeldes y mal contentos. Hizo paces el Emperador con el turco, y el polaco las rompió con los holandeses, aunque de su ánimo y aficion á la casa de Austria y al Imperio, y á tener á su hermano en Flandes, no se ha visto cosa de consideracion, ni haber hecho siquiera alguna entrada en tierra de suecos, sus rebeldes. El príncipe de Orange, despachado mal del encuentro pasado con los católicos, al calor de los franceses, aunque tambien con siniestros sucesos, volvió á salir con diez y ocho mil infantes y cuatro mil quinientos caballos, barcas, municiones y pertrechos: desembarcó en la Exclusa, y puso en contribucion lo que pudo de aquél país, y erigió plaza de armas en el villaje de Magdeguel y su alojamiento á vista de la ribera y del rio que pasa de Gante á Brujas, cuatro leguas. Intentó pasarle y echó puente sobre él, para cargarla á otra de las plazas vecinas ó juntarse con los franceses, aunque ésto tiene ya

diferente semblante y otros reparos, y mira á mudar reglas de Estado, con las pérdidas de éste año; porque el rey de España se iba mejorando de puestos y de plazas, se entraba en el corazon del País-Bajo, y aspiraba al señorío de todos, de amigos y de enemigos, de neutrales y de confederados, y convenia en que, así holandeses como ingleses, dinamarqueses y protestantes les estuviesen atentos, abran los ojos y miren á las manos, cuando vemos con qué codicia anhelan por el imperio y por el dominio de la Europa; y conviene advertir no sean vasallos los que son señores, cuando les puede ser mejor vecino y aliado el rey de España. Opúsose á los pensamientos del príncipe de Orange el conde de Fuenclara, con mil quinientos españoles; acordóles y púsoles por delante la ocasion en que se hallaban, el estado de los Países-Bajos, su defensa cometida á su valor y aliento, la salud propia, conservacion y amplificacion de su crédito, la honra del Rey, y la de toda la nacion española; púsoles por delante las veces que los años pasados habian debelado en aquellas riberas, en aquellos pasos fuertes y exclusas, á aquellos mismos rebeldes á Dios y á su Príncipe; hízoles memoria de la victoria, de todas maneras gloriosa, que alcanzaron de éllos cuando quisieron tentar á Amberes, que rechazaron con tanto ardor y denuedo, que les pusieron las armas á los piés; que ellos mismos eran, sin haber mudado de mejor fortuna, que imitasen á los compañeros que acaban con indecible avilanteza de echar á los franceses de la fortísima plaza de Charlemont: que apretasen los puños y manejasen las armas contra éllos que pugnaban por desposeerlos de su antigua gloria y nombre. Dichas éstas palabras con el coraje que se deja entender, metidos en el combate, fué el enemigo segunda vez desbaratado; degollóle mucha gente, y quemóle las barcas: no obstante intentó de nuevo el paso por junto á Nostradama; salióle al encuentro el conde de la Fontana y estorbóselo, perdiendo el enemigo en ambas refriegas tres mil hombres. Discurrian algunos que salian con várias imaginaciones y traían los pensamientos en ocupar diversas plazas, y aquella que le saliese más á propó-

sito, y á Dunquerque por evitar los daños que reciben las islas de su armada, y acabar de cerrar aquel paso á los socorros de España: no habiéndolo podido efectuar ni salir con nada, se volvió á retirar para rehacerse y tornar á la campaña.

Fluctuando nuestro Gobernador y casi ahogado en diversas materias y accidentes, reparando lo de Cataluña, por el cuidado que podia dar, por no serenarse aquellas conmociones y ser pesada la condicion de aquellos hombres, preguntaba cómo se podia sosegar lo de Calaluña. Si se me preguntára á mí, yo le respondiera que con dejarlo y con remitir algo de la demasiada persecucion de los súbditos, de no afligirlos tanto, ni investigarles cada hora, por espacio de diez y nueve años, con juntas, decretos y consejos, las haciendas, la honra y las vidas de aquéllos; templarse en las palabras, en las acciones, y mirar que son vasallos de Príncipe tan esclarecido. ¡Qué léjos estuvo aquel ilustrísimo varon, dechado de validos, de ponerse á sí y á su Rey en tales lances, y qué fuera estuvo de ocasionarle estos afanes y zozobras! ¿De qué serenidad no gozó España y toda la Monarquía? ¿Qué efectos por su prudencia no se consiguieron llenos de dichas y felicidades en paz y en guerra? ¿De qué virtudes no fuimos alabados? La prosperidad, ¿en qué parte de su reinado y gobierno no resplandeció? ¿Qué es lo que vemos ahora sino enemigos por todas partes, solicitados por nuestros oficios, persecuciones, necesidades, miserias, sacas de haciendas, llantos de casadas desposeidas de sus hijos y maridos, de viudas por habérselos muerto, de doncellas por su orfandad? Finalmente, preguntaba por el remédio de Cataluña, y no lo hallaba, habiéndolo podido hacer ántes con bastantísimo tiempo. Si nos diésemos á creer que la humanidad, la moderacion y la cortesía es el ornato de la conservacion de los pueblos; si nos gobernáramos por éste norte, ¿quién duda, que no peligráramos en los inconvenientes que vemos? Hémonos tomado el oficio de gobernador y usurpámonos toda la potestad y el mando del Príncipe y acometemos con ferocidad á tragarnos los hombres. «¿Hasta cuándo, ¡oh Catilina!, dijó Salustio en los tumultos y

guerras civiles en Roma, depondrás del pesado yugo y servidumbre en que nos tienes?» El miedo del Virey era grande, su muerte temida y vecina; la conjuracion resuelta y los agresores pagados por el Consejo de los de Barcelona: asistíanle los nobles en su casa y el marqués de Villafranca; pero nada bastó y todo no servía sino de encender más fuego. Los cuidados de Castilla eran grandes y de todo predecia gran ruina. Los Ministros, entre diligentes y turbados, no obraban nada; atendian á sus medras y mejoras, y acudian á cobrar sus gajes y ayudas de costa sin número. Llegó el dia sétimo de Julio, en que celebraba la Iglesia el misterio sacrosanto de darse Dios Sacramentado, de darse debajo de especies de pan para la vida y restauracion del hombre. Estaba toda la gente en Barcelona, como lo acostumbraban en tales festividades: habian venido muchos hombres de fuera de la ciudad y de los demás lugares del Principado, en traje de segadores y villanos; comenzaron á discurrir por la ciudad, y tomando ocasion de pequeñas cosas, y corriendo furiosos unos para otros, dieron en decir falsamente que los castellanos habian muerto un Conseller, y que habia sido de la casa del marqués de Villafranca, á quien aborrecian sumamente. Juntáronse como bárbaros con tropel y vocería, fueron á cercar la casa del conde de Santa Coloma; él salió al terrado y como pudo á la Atarazana, situada junto al mar, donde se fabrican las galeras; fuéronle siguiendo, y sin embargo de parecerle que no estaba allí seguro, se salió hácia la montaña de Montjuí acompañado de algunos caballeros castellanos, aunque pocos, porque ya los de la ciudad cada uno procuraba salvarse en su casa. Hizo señas con un lienzo á las galeras para que le enviasen una y escapar en élla, y al tiempo de moverse y levar remos hácia la orilla, fué tirada del castillo con la artillería, alcanzóla una bala que la hizo extremecer y dar mil vueltas alrededor; creyeron que se habia de ir á pique, y alterados con ésto se retiraron: comenzó á caminar el conde de Santa Coloma, á buscar alguna parte escondida ó caverna donde meterse; hasta allí le fueron siguiendo con las charpas y los pedreñales ago-

nizando ya con la fuga y con la muerte que esperaba, dejando rotas las puertas de la Atarazana y apoderados ya de la artillería, y por caudillo un barbero, que no acometian á más árduas empresas sino hombres de ésta calidad: y acongojado aquel caballero de suerte que se le comenzaron á encoger las piernas, y sin poderle valer los peñascos y concavidades de Montjuí, le fueron siguiendo; y alcanzado, el primer golpe que recibió fué de una pedrada; caido en tierra cargaron sobre él, y execrable é inícuamente á cuchilladas y estocadas le acabaron de matar. Murieron algunos sin poderlo defender á su lado, y éstos muy pocos, pero castellanos; y al Capitan de la guardia y al Secretario hicieron pasar por el mismo rigor. Fué dicha escapar su hijo primogénito, llevándole D. Berenguel Doms, en un barco á Vinaroz, puerto de Valencia, sufriendo lo tremendo de aquel elemento en tan pequeño vaso, en que á cada punto estuvieron para naufragar. La Condesa salvó su persona en un convento de monjas. Con éste hecho pasaron adelante con grita y vocería, y con las armas en las manos: dieron furiosamente, agenos de toda humanidad, sobre la posada del marqués de Villafranca, para hacer lo mismo de él que del Virey; no le hallaron en casa, quisiéronsela quemar, y descargaron la furia en los criados que toparon, haciéndolos pedazos: porque muchos salieron á salvarse á la mar y á los bajeles, sin embargo, se dieron furiosamente por las calles, posadas y mesones á caza de castellanos, y los huéspedes los avisaban de los que tenian en sus casas: tan infamemente procedian los catalanes. De aquí, con éste estruendo y alboroto, fueron desenfrenadamente corriendo la ciudad; salieron los frailes de San Francisco con las cruces y el Santísimo Sacramento, y no bastando nada, ni la real presencia de Dios, que ésta fué la fiesta que le hicieron, más llenos de ira y más precipitados en sus excesos, profanaron los cláustros de los conventos de las Vírgenes, hasta la hospedería de Monserrat, de la órden de San Benito, buscando los castellanos; y para conocerles á los que callando se defendian decian: «parlar», y si por desdicha lo era, era tirado luégo con las pistolas. Apode-

ráronse de la artillería de la ciudad, de la casa de armas. Quiso un Conseller ó Diputado, peregrino en ésta faccion, por no haberse metido otro que más pareciese leal, á enmendar la furia y la rabia de ésta gente, de los que parecian villanos ó sediciosos, sacarlos de la ciudad con pretexto y color de que venían los enemigos, y que era menester salir al encuentro: diéronles algunas pagas y salieron, pero reconociendo que era traza y artificio para sacarles, y que les cerraban las puertas de la ciudad para dejarlos fuera, concitados de mayor rabia, fueron, así plebeyos como villanos ó segadores, que tanto monta, tomaron y buscaron la casa del Síndico, entraron en élla, y no hallándole, la pegaron fuego, sacaron la hacienda á la calle y el dinero, y todo lo entregaron á la violencia de las llamas. Con ésta furia corrieron á buscar al hombre, alterando el sosiego y quietud pública de la ciudad, sin haber quien se atreviese á oponérseles y á reprenderlos. Los nobles y los verdaderos catalanes, pocos y sin séquito, á quien tocaba por derecho de fidelidad y de sangre la defensa de la justicia, de la pátria y de la honra del Rey, estaban cubiertos de miedo en sus casas sin atreverse á salir; pero, lo cierto era que todos querian tumultuar y holgaban de la revuelta, para darse al robo y á la venganza de cualquier antojo pasado, sin atreverse á salir los Ministros de la ciudad ni la Diputacion: los buenos no tenian quién los amparase, y los malos dejaban correr aquel escándalo para hacerse á su sombra más insolentes; y sabiendo que estaba escondido aquel hombre en el Monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, entraron en el coro, y sin reverencia de la clausura, de los altares, ni del Santísimo Sacramento, le mataron.

Todo ésto explayado y esparcido por el Principado, cada uno, en vez de recurrir al remédio y al servicio del Rey, aprestó las armas y comenzaron á conspirar más vivamente contra los soldados, así infantes como de caballería, tomándoles los caballos, armas y vestidos, y huyendo los capitanes á salvarse á las fronteras de Aragon y de Valencia, pedian socorro á las demás ciudades, con que se desbarataron

las compañías y pereció mucha milicia: los de Barcelona estimulaban á los vecinos, perpetrados tantos delitos para hallar abrigo á su maldad, donde tambien comenzaron á tumultuar y perder el respeto á la justicia (advierto que hablo de los pueblos del Principado), perdian el respeto á ésta, á la nobleza, de suerte que todos aquellos fundamentos que tienen en pié la seguridad, lo civil y lo divino, todo comenzó á turbarse y á no tenerse respeto á nadie. Decian que aquel ejército que los tenia rodeados, que no era para las fronteras, ni para los franceses, que estaban muy léjos de volver á tentar por Perpiñan, porque los intereses eran ningunos y los gastos grandes, y que su ánsia era solamente á infestar con mayor porfía á Flandes y á Italia, donde los aumentos eran mayores, como se acababa de ver, y que toda aquella gente era contra éllos, contra sus vidas, honras y haciendas, y para quitárselas en las Córtes, quebrantarles sus fueros y sujetarlos á una eterna y dura servidumbre y esclavitud, como á Castilla, donde ya los hombres agravados y hundidos en tributo no se podian tener en pié, lloviendo incesantemente ésta tempestad sobre éllos. Sabido el caso de Barcelona en la córte, lo restante de España, y todos los reinos y provincias forasteras se suspendieron y dijeron era el fruto que se comenzaba á coger de un Gobierno pesado, y de una condicion violenta, y de un campo de tributos sin descanso: acordáronse de los vizcainos y de la sangre derramada en su provincia por volver por sus derechos, y de los portugueses, de las horcas con que amenazaron su inocencia; y el Gobernador, aún no quebrantado de éste hecho, que si lo estaba, porque no hay hombre tan vestido de inhumanidad que tantos malos sucesos como se han recibido en veintidos años de gobierno, por siniestros y mal cimentados consejos, no deje de abollarle el corazon. Finalmente, se turbó el reino, hizo mudanza; los hombres más templados en paciencia y silencio ya no podian tener enfrenado tanto el curso del sufrimiento; hablaban con claridad, y decian se perdia el reino, pues no se escarmentaba de los tumultos pasados, acaecidos en Portugal y Viz-

caya, y que ya se habia avisado cuán perniciosa cosa era meter la guerra en España, ni tentarla por su frontera, porque demás de no hacerse nada por allí, los villanos del Rosellon no admiten bien los alojamientos por no tener uso de éllos con los de Flandes y de Italia, ni tampoco la tierra copia de mantenimientos para sufrirlos y alimentarlos.

Acaecido ésto, se escribió al duque de Cardona, que estaba retirado en aquel lugar y arrinconado y desvalido, sin dejarle ser Presidente de órdenes, ni Virey de Cataluña, para que acudiese á sosegar á Barcelona, con poderes expresos para castigar, perdonar y ofrecer talla al que diere la persona que mató al Virey: él obedeció luégo viendo lo que se le habia apretado á que fuese, el estado de la tierra y la necesidad que habia de su persona; sin embargo de estar agravado de la gota, partió á hallarse á su lado, su hijo, el marqués de Povar, para correr con él la misma fortuna. Los sediciosos que andaban inquietando el Principado, matando y robando cuanto topaban, hecho todo una campaña pública de bandoleros, le salieron al camino dando voces y diciendo si era él traidor; ésto era que querian volverlo á quien se lo habian dicho infinitas veces, y repetíanlo no pudiendo echarlo del corazon, para que llegase á sus orejas, y no era por él, mas él respondió, que era D. Pedro, hijo del duque de Cardona: fué harto dejarle pasar; encomendóles los criados y la ropa que venia atrás y ofrecieron de enviársela. Entrando el Duque en Barcelona, las cosas estaban tan confusas, que no se pudieron remediar nada en éllas; y aunque se ocurria á la ciudad, á la Diputacion y al Consejo de los Ciento, al Principado que se convocó, y algunos Obispos, y finalmente á los brazos, no se podia hacer nada, porque el Consejo de los Ciento, algunos Canónigos que habian acudido al brazo eclesiástico, y algunos frailes, lo destruian todo; daban calor á la plebe y al villaje, que prevalecia, lo alteraba, se valian de éllos para sus atrevimientos, incendios y robos. Fué necesario, viendo la rotura de la tierrra, juntar la infanteria y caballeria distribuida en algunos lugares de lo más bajo del Condado de Rose-

llon, y toda junta, conducirla otra vez á Perpiñan, para resguardo de aquella plaza y de la frontera, porque el rey de Francia no se valiese de la nueva ocasion y entrase en la revuelta á fomentarla, á cargar otra vez á Salsas ó á Perpiñan; porque, aunque embebido en Flandes, no apartaba de allí los pensamientos y tener siempre soldados de milicia en los contornos, y no le olia mal la revolucion, ni á todo aquel reino que habia de tocarles parte en las alhajas. Mandóse traer la gente y los tercios que estaban en Vizcaya, y toda ésta con la demás alojada en el campo de Tarragona; y subiendo por el Rosellon, no fué poderosa la prudencia de los cabos, como después se verá por menor en un memorial de su descargo, que los acogiesen los lugares, ni les diesen un poco de pan y agua para el sustento forzoso; siendo aquéllos los que poco ántes les habian guardado la tierra, los campos y las heredades de la invasion de franceses, y defendídoles de estos enemigos, no fueron saqueados y muertos por su valor, aunque los catalanes se atribuian á sí la gloria del vencimiento. Viendo la impiedad de los villanos, expuesta nuestra gente á la furia de sus manos, y á la que no mostraron á los enemigos, sin abrigo ni socorro, echaron mano del somatén, se convocaron con las campanas unos lugares á otros, tomáronles las armas y cerráronles las puertas; los echaban de los alojamientos, rotos, desnudos y descalzos, y acosados de la hambre: no contentándose con estos desafueros, los iban arcabuceando por el camino, ya en la vanguardia ya en la retaguardia, esperándoles en alturas y pasos estrechos, matando mucha gente, ya engañando á los capitanes que se ponian en sus manos debajo de seguro, y á los ministros del ejército, y á las justicias que iban para su ministerio, robándoles el bagaje. De ésta manera llegaron á Perpiñan, los más de éllos enfermos y afligidos; y proponiendo los cabos á los Gobernadores de aquella villa el infelice estado que traía la miserable gente, la persecucion y rabia de los villanos con que los habian acosado, el largo viaje y peregrinacion, que los acogiesen, la respuesta fué cerrarles las puertas, y con palabras ambi-

guas y especiosas les dijeron que ya se estaba tratando. De ésta suerte los tuvieron allí pereciendo: volviéronlos á instar que los acogiesen, que no querian nada, ni ropa ni bastimentos, sino que los diesen dos barrios desembarazados, donde pudiesen cubrirse entretanto los respondian: el remédio que aplicaron á éstas cuitas fué barrear las calles, cerrarse y porner en éllas la artillería para no admitir la gente del Rey, arcabuceada, seguida y acometida diversas veces, las banderas.

Viendo Pedro de Arce y los demás cabos del ejército, que ya apénas eran reliquias de lo que fué, el estado en que se hallaban, que perecian todos á la obstinacion inicua de los de Perpiñan, resolvieron, para no acabar las vidas á tanta miseria, abrirse camino; apretaron las armas, y por diversas partes, acometieron la villa y á mosquetazos la entraron. Fué notable la confusion y alboroto de aquel dia; huyeron los vecinos, desamparando sus puestos, y es cosa de admiracion que en toda la villa no habia calle donde no trajeron el Santísimo Sacramento; de suerte, que se puede entender que para aquel caso solamente se debieron de consagrar en aquel tiempo y en aquella hora, inmensas formas. Entró la gente y abrigóse en el castillo, y viendo Juan de Arce que aquellos hombres, y los que los habian salido á impugnar con armas se valian de la torre del convento de San Francisco, y que ponian artillería para combatir el castillo, se valió de la suya, y le tiró de suerte con élla, que los desalojó; y no hay que hacer admiracion de éste hecho de Pedro de Arce, que muchos de estos conventos, hospitales y otras fábricas fuertes que hay en el reino, y en otras diversas partes de la cristiandad, está capitulado con las ciudades, búrgos y magistrados, que si alguna vez hubiere alteracion ó levantamiento en el pueblo y se quisiesen valer y hacerse fuertes en aquel sagrado, los han de demoler con la artillería y arrasarlos por quitar aquel impedimento y embarazo, y que no se valgan de él los desertores. En ésta forma está fundado, y en ésta convencion el hospital de afuera de Toledo, el monasterio de los Descalzos, y en

ésta forma dicen lo está éste convento; de suerte que Pedro de Arce atendió á deshacer y extinguir aquel riesgo contra la gente de guerra, y cumplir y ejecutoriar lo capitulado; siendo forzoso al servicio del Rey, al de Dios y al del Estado, que muchas veces y de semejantes principios se confunde la religion cristiana. Alteró ésto de nuevo todo el Principado, que sabido por el duque de Cardona, y no poco confuso del suceso, partió luégo á Perpiñan á serenar aquel alboroto, y á que no se quebrase ó perdiese aquella llave de España; mas yo pienso, que á valerse de aquella ocasion y huir la furia de los de Barcelona no hiciesen de él lo que del conde de Santa Coloma, cargando de culpas á Pedro de Arce y á todos los cabos del ejército con ánimo de castigarlos; si verdadero ó aparente, remítolo á la necesidad: llegó allá, pidió á Pedro de Arce le entregase el castillo: él le respondió no tenia órden para hacerlo, que avisaria á S. M., al Consejo de Estado y Guerra, y que luégo que la tuviese lo haria; jornada que le puso en los postreros términos de la vida y le ocasionó la muerte. Los pérfidos sediciosos, valiéndose de aquí para ejercer mayores maldades, decian que nuestros soldados eran incendiarios y homicidas, y pedian que se les entregasen. Sosegó el duque de Cardona á Perpiñan, quietóla y púsola en tranquilidad, haciendo que corriese el trato y las mercaderías que con la revuelta habian parado; agravósele una fiebre ardiente, que con los cuidados, los achaques de la gota y melancolía, en pocos dias le condujo al sepulcro. Reconocióse por pérdida de consideracion y de falta para los recientes negocios, de cuya prudencia y buen juicio se esperaba se serenarian las tempestades de Cataluña, que amenazaban ruina, no obstante tumultuaban todo.

La ciudad de Lóndres, córte del reino de Inglaterra, sobre querer aquel Rey introducirles algunas de sus pretensiones y materias, á que se opuso el Parlamento, tambien comenzó á desordenarse en el sosiego y en la obediencia con todo el Parlamento, y le siguió con las armas casi la mayor parte del reino y de los pueblos; influencia de estos tiem-

pos en que los reyes quieren más su particular que el comun.

Los lugares del confin de Cataluña pidieron á los de Aragon los ayudasen con gente para castigar los sediciosos; ofrecieron de hacerlo y de darles seis mil hombres, y cuando los tuvieron, respondieron que no los habian menester, porque ya todos querian seguir un norte y una bandera. Pidieron Virey, y señaláronles al obispo de Barcelona, Prelado de muy poco caudal y corazon para el caso presente, y que no podia nada con aquellos hombres, y así lo escribió al Rey y á los ministros.

Las cosas del Brasil se mejoraron en parte en aquel Estado, con las rotas que habian dado por tierra y mar á los ejércitos y armadas de Holanda, si no le espera mayor ruina y acabamiento con otra desunion y levantamiento más enormísimo y perjudicial.

A éste tiempo, salieron de Bretaña y de sus puertos dos armadas del rey de Francia, la una con título de Poniente y la otra de Levante, para las de Italia, no sin malicia por lo comenzado en Cataluña y lo que se rugia en Portugal: andaban los bergancistas de aquel reino sumamente alterados, ofreciendo el reino de Portugal á D. Duarte, hermano del duque de Berganza, porque le veían tener algo de soldado, por las veces que habia ido y venido á Alemania y servido al Emperador en aquellas guerras, reconociéndole por ésto mejor para rey que á su hermano: enviáronle ésta con el padre Guerrero, de la compañía de Jesús, que se la hizo muchas veces, mas él no la admitió, diciendo que se queria volver á Alemania, como lo hizo; rehuyendo el cuerpo para ver cómo acá sucedia y cómo salian con éllo, no queriendo meterse en cosa tan dudosa como era de presumir, porque las inteligencias del Richelieu eran siempre vivas, y esperaba meternos la guerra donde deseaba, para llevarse con mayor diligencia á Flandes y á Italia. Dieron éstas dos armadas no poco cuidado, entre los demás, por no haber en los dos mares de nuestra parte un navío tan sólo, ántes se andaba mendigando para poder aviar los galeones y flota de

las Indias. En Vizcaya asistia un consejo de ministros de Castilla para atender á los accidentes que amenazaban en todas partes, y en lo secreto para intoducir el papel sellado, como ya lo habia abrazado Sicilia y áun Nápoles, no sin sospecha de fracaso: gran templanza se pide en ésto porque hay mucho que recelar; y si en lo que tenemos cerca andamos con la espada en la mano para componerlo, y no podemos, por lo sufrido y lo hecho sobre la paciencia de los vasallos, sus casas y haciendas, de una sedicion general, ¿qué será con lo que está léjos? ¿Y qué sería si sucediese? ¿Cómo nos remediaríamos? Y más tan cercados de enemigos que contínuamente están ofreciendo asistencias contra nosotros y nos quieren ver acabados, por la misma causa de habernos apurado nosotros mismos. ¡Ah, reino de Nápoles, cuánto te debemos! Digna es tu virtud de alabanza, no pareces el que fuiste, ni que eres feudo; poner un juicio solo en tan sútil balanza las cosas, y tan á pique el Estado, algun castigo espera la iniquidad de sus oficios, y toma venganza de los hombres, del cielo y de la tierra, pues que los irrita. Sin embargo, nuestros ministros estaban con cuidado, tanto de Cataluña, como de Aragon y Valencia, porque aquél sin haber tributado jamás ni dado para la guerra sino pocas cosas, estaba encendido en rabia contra su Príncipe, y éstos que estaban con las heridas abiertas, de lo que diez y seis ó diez y ocho años há les hacian pagar, reparaban no prorumpiesen y se levantasen todos en defensa de su libertad, y en todo el reino se podia recelar lo mismo: acordábanse de los alborotos de Zaragoza, en tiempo del Rey D. Felipe II, por la defensa de Antonio Perez, apellidando la observancia de sus fueros, sobre que tambien mataron al marqués de Almenara; y tambien del gravísimo tumulto de los agermanados del reino de Valencia en el tiempo de Cárlos V, Emperador de Alemania; ¿cuánto estrago hizo en aquel reino, y de cuánto cuidado para el César y para todos? No sabian qué hacer, y ya cesaban las amenazas. Procuraban, aunque ántes no lo habian querido oir, templar en la córte los Diputados y Conselleres del Principado

y de Barcelona: agasajábanlos y convidábanlos á merendar y á otros festines en el Retiro, y llamándolos para ésto el marqués de Aitona, que todos sus lugares se le habian levantado y no le pagaban ninguna de sus rentas, con que aquella casa comenzó á probar duramente la necesidad, y á descaecer mucho de su punto y autoridad, sin serle de alivio ser el Marqués Gentil-hombre de la Cámara del Rey. El Protonotario D. Jerónimo de Villanueva, más humano tambien, tocado en razonable parte de la aspereza de estos tiempos, los avisaba en los recoletos Agustinos de Madrid, y visitaban á la composicion de Cataluña; pero éllos, oliendo siempre á catalanes é infundido en el alma el aborrecimiento al Rey, á sus ministros y á Castilla, cuanto se podia y pretendia guiar por éllos, todo, todo salia vano, y éllos obraban más por los suyos y les eran más fieles que no al Príncipe, con que presto se declararon y todo el cariño se volvió en mayor desprecio y disension, porque ya el veneno estaba en las venas y tiraba á matar. Llegó á la córte el hijo del conde de Santa Coloma, y nuestro Ministro se le entró al Rey en su cuarto por lo secreto del Retiro, donde le besó la mano; grande injuria para los catalanes, pero de favor al muerto, haciéndole despues algunas mercedes, y publicóse la jornada del Rey para Zaragoza luégo que cesasen los calores.

El príncipe Tomás, con la gente del Rey que estaba á los contornos de Turin, dió una rota á los franceses; siguió por su persona al marqués Nila, vasallo de su sobrino el duque de Saboya, General de aquellas gentes, piamonteses y saboyanos fidelísimos á su señor: tiróle un golpe de pistola, que presumió que iba herido, mas él se vió tan cercado de sus manos y de ser preso, que se arrojó á nado en el Póo. Los franceses, vueltos á rehacerse del estrago de la pólvora que recibieron en Charlemont, habiendo juntado municiones, víveres y más gente, volvieron á montar en campaña, y á quince de Junio de éste año, se encaminaron á Arras, villa, capital y principalísima del Condado de Artois, llamada de sus naturales *La Doncella*, porque nunca habia sido, cuanto

há que los Estados bajos sufren la ira y condicion de la guerra, violada de ejércitos ni de soldados: era Gobernador de la plaza el conde de Luxemburgo. Hay quien dice que los franceses para moverse á ésta empresa tenian ya sus inteligencias dentro, por el ayuda de algunos burgueses, que la necesidad, el desamparo, la cortedad de los maravedís, el no esperarlos y uso general de los tributos, los hacía á todos caer de la aficion y de la fe para con su Príncipe; y en aquellas partes distantes más aina donde era continua la contribucion ó el miedo de esperarlo. Tomaron luégo los franceses, sin opósito ninguno, los puestos sobre aquella plaza, no sé á qué lo pueda atribuir, ó á nuestros pecados ó á éstas mismas gabelas, que son las que nos han de acabar y las que se pretenden ahora echar en el reino, fuegos y en plata como si la labráran en Castilla, dándola en pasta á nuestros muy caros y aficionados amigos los genoveses, no sé por qué causa, pudiéndoles pagar los asientos en la forma y manera que se solia hacer y como lo acostumbraron los Reyes pasados, labrando la plata de las Indias en el reino, y pagando con élla. Nunca he podido apear éste pensamiento, ésta saca, ni qué misterio hay en ésta amistad de genoveses: éllos en el Consejo de Hacienda, y más que todo en el de Guerra, como si en nuestra era asimiláran á los ancianos y antiguos Senadores de la República romana, y nos ayudáran con sus consejos, no atendiendo á otros dictámenes más que al de sus intereses y á despoblar á España de sus riquezas y llevarlas á su ciudad, demás del excesivo número de intereses, dejando la Monarquía difunta, y tan en los huesos, que quiere quemarla para que quede disuelta en cenizas, que es lo que pretendemos, al revés de la verdadera política, que enseña mirar por la conservacion, por la vida del Estado y la amplificacion de los súbditos. Yo he visto á algunos hombres decirles otros, mirad que os perdeis, y viendo el riesgo evitarle, y enmendarse; pero aquí estamos nadando en peligros, y los cometemos mayores, y lo peor de todo, que cerramos las orejas á los consejos, y tapamos los ojos á la destruccion y calamidad como el que se los deja vendar para

no ver el cuchillo, desahuciados de ascender al remédio; y no hay más materia de Estado, ni más prudencia ó consejo en los Ministros, que venga dinero: concédase la perdicion y el despeño, y no saber un hombre más camino para su conservacion y aumento que suspender cada año al Príncipe y entretenerle, ó él lo quiere estar, con inventar y beneficiarle un tributo ó dos, y sujetar el reino á ésta desdicha, corriendo velozmente con éste frenesí y ésta calentura hasta sepultarle.

Habiendo visto el infante D. Fernando el hecho de los franceses, encaminó allá su ejército á cargo de D. Felipe de Silva, y en su compañía el duque de Lorena, en que se incluían veinticuatro mil hombres entre infantes y caballos; dejó opósito á los intentos de los holandeses y cuatro mil infantes en el Ducado de Luxemburgo, contra ocho mil que habia de los franceses para la defensa de lo tomado y para enseñorear la provincia con el mismo estímulo que lo demás. Púsose el Infante á la vista de los enemigos, con ánimo de dañarles en los convoyes, hacerles levantar del sitio y socorrer la plaza: mas éllos, con las inteligencias secretas de los burgueses, encaminaron una mina á la muralla para, en abriendo brecha, entrar dentro: fué reconocida ésta traicion por nuestra gente, y muchos de éllos castigados, puestos en palos y en ruedas. Tras ésta tempestad de enemigos sobre los Países-Bajos, salió la armada de Francia dividida en dos trozos, cada uno casi de cuarenta bajeles, con algunos de fuego; el uno para correr á Levante, robar y poner en terror á Italia, embarazar los socorros, tomarlos y echarlos á fondo, de suerte que diése cuidado al gobernador de Milan, que le faltase lo necerario para la guerra y para no proseguir dichosamente en el Piamonte: el otro para el Mar Océano y las costas de España en aquella parte, con nombre de armada de Poniente, y para los otros intentos de élla, no con poco cuidado por no haber ningun navío que se les opusiese, cabos ni soldados, marineros ni pilotos, porque todos habian muerto peleando, infestados de estos mismos enemigos y sus aliados, y otros, de los trabajos y los achaques, y de los infortunios de las más largas y prolijas navegaciones; rin-

diendo la vida D. Antonio de Oquendo en su vuelta de Flandes para España, al rigor de tales descomodidades, falta grande y de consideracion por haber espirado un gran soldado y marinero, feneció la jornada de sus dias á los achaques y melancolías de estos sucesos. Eran éstas dos armadas compuestas parte de navíos de Holanda y parte de Francia, á cuya sombra se arrimaban navíos de ambas Mauritanias, insidiadores de nuestras costas, embistiendo por la parte del Poniente y Levante los lugares marítimos, robándolos y saqueándolos y cautivando la gente, profanando la Iglesia y altares como caribes, infieles y mahometanos. La primera siguió de carrera, de quien se oyeron pocas ó ningunas cosas de momento: la segunda, sabiendo que habia mediado Julio, lo que ántes á fin de Marzo, por regla puntual de buen consejo y marinería, seguian sus verdaderas derrotas, rumbos, líneas y demarcaciones, no habian salido por falta de navíos y no estar aparejados ó no querer cargarlos los mercaderes de la contratacion de Sevilla, por quitarles cada año la plata y destruirlos, de suerte, que de hombres ricos y poderosos los habian dejado en estado miserable, y los aniquilaban y reducian á término de pobreza, faltaban al trato, al comercio, al acrecentamiento y opulencia de sus casas, al casamiento de los hijos, con que perecian á manos de la iniquidad y tiranía; pero, sin embargo de dar ésto de primera causa, porque llanamente no querian cargar si no los aseguraban el no tomarlos el dinero, las barras del oro y de la plata, y que les habian de dar y pagar lo que les debian y les habian tomado en las otras flotas pasadas, afianzado tantas veces y derogado otras tantas promesas y palabras, cédulas y firmas reales: porque si con lo que habian de cargar se lo habian tomado, ¿con qué caudal habian de proseguir? Para obviar con ésta dificultad fueron llamados á la córte, y persuadidos á la prosecucion de cargar: se trató de acomodarlos y de asegurarles su tesoro y partes; pero la otra en que tambien se discurrió, era, en que no estaban los puertos tan fallidos de navíos, como que ésta detencion habia sido con ardid y estratagema, porque siendo cierto que habiendo

de salir tarde los galeones y flota del Perú, que la plata no habia de venir éste año; mas no lo fué ni acertado esperar á salir cuando la armada francesa estaba infestando los mares del Poniente; y con aquella traza, y como se ha hecho otra vez por pedir á los ministros y doblar las gabelas, que pusiesen los gajes que tiraban de un año, puestos en plata, recibiéndolos en cuartos, en casa de los genoveses, que se los fincarian en juros, dando por causa que la flota no habia podido venir éste año, ni galeones, para asir por aquí nuevos modos de sacar, derribándose otros pedidos á los demás vasallos, de empréstidos y donarios: causa por qué donde ésto se hiciese no sería de admiracion, si no hubiere reinos ni soldados. De ésta misma manera, y cubriéndose con ésta máscara, explayado ya el tributo y publicado por todo el reino, sin embargo, hacía extremecer la resolucion al ministro, porque las cosas de Cataluña, sus evidentes riesgos, le tenian irresoluto, y no bien declarado en el ánimo, asombrado de estos rumores, que no podemos negar que no son ocasionados de semejantes cargas y pesos sobre las fuerzas de los vasallos, porque las Córtes primeras en que claramente les pidieron y propusieron que era del Rey el quinto de las haciendas, los dejó desabridos y sin ninguna aficion, y si poca al Príncipe, por ningun caso á los ministros. Viendo los de la armada francesa que no dejarian de estar avisados de Cádiz, y que estaban para salir flota y galeones, y entre éllos pocos bajeles, viejos y de poco porte; éllos, con cincuenta y diez de fuego, resolvieron esperarles y pelear con éllos, quemarlos y echarlos á fondo, cuando fuesen de tanto valor y aliento que no los pudiesen tomar, é impedirles la jornada, porque no yendo allá, se pondrian las cosas en mayor aprieto; y que harian los mercaderes, de la misma manera que cuando no vienen los galeones á España; y con ésta duda, intermision ó pérdida, faltaria el caudal, y las necesidades presentes crecerian, no habria dineros con qué acudir á Flandes ni á Italia. No obstante, salieron los galeones de la bahia de Cádiz, á veinte de Julio, y aquel mismo dia oyeron la artillería á la mar; descu-

briendo algunos navíos, y discurriendo los cabos que sería alguna parte de éllos que con la artillería trataban de juntar su armada por haberse dividido, estuvieron los nuestros otro dia á la vista de Cádiz, aguardando que acabasen de salir los navíos marchantes: con el viento terral que les sobrevino aquella noche, con que se hicieron á la mar y amanecieron sin ver tierra y los enemigos sobre los galeones y flota, y éllos á la vista de treinta y dos velas. Mejoróles el tiempo á los franceses, y virando de otra vuelta vinieron sobre los nuestros, que se hallaban en ésta forma: la Capitana real la primera, en la avanguardia, donde venía D. Jerónimo de Sandoval, General de los galeones; luégo D. Sancho de Urdanivia, con la nao *Gallega;* seguíale D. Diego de Guzman, marqués de Cardeñosa, con el navío *San Juan;* á éste D. Luis de Córdoba, General de la flota, en *San Genaro;* Capitana de la flota, Don Pablo de Contreras; en *San Jerónimo*, D. Francisco de Ledesma; en *Santiago*, de Nápoles, D. Caspar de Carasa; en la nao *Cuevas,* D. Juan de Chavarri; en el *Pingue*, D. Juan de Ilarraga; en la Almiranta de galeones, D. Pedro de Ursúa; en su urca, el capitan Zabala, y en la Almiranta de flota, Asensio de Arriola, y los demás pataches, de quien no hay que hacer mencion. Reconocida por los enemigos toda la armada, y la nuestra de la misma manera, la suya se puso en órden y disposicion de pelear. Arboló la Capitana bandera en la járcia de la mesana, señal de Consejo, llamando y convocando los cabos, marineros y oficiales, para discurrir lo que se habia de hacer. Apercibieron todos sus botes y lanchas por la popa de los bajeles para pasar allá: hiciéronlo, pero los franceses se les fueron llegando con tanta velocidad que no se pudo tratar de nada más de que les dijo el General, D. Jerónimo de Sandoval, que no era tiempo de consejo, sino de apretar las manos, y que todos hiciesen el deber y volviesen á sus puestos y exhortasen á los soldados. Hiciéronlo así los capitanes, tornaron á sus bajeles, asieron las armas y artillería para pelear con los franceses, cuya armada se venía inclinando toda á la Capitana real y á cargar sobre élla toda la furia de la ar-

tillería y mosquetería, con las dos naos de Sancho de Urdanivia, y en la que estaba el marqués de Cardeñosa, que iba por Gobernador de Maese de campo general de infantería: en ésta sazon venian juntas y deseosas de llegar á combatir con los enemigos; se embarazaron la una con lo otra, y procurando apartarse se sotaventó un poco el Marqués, con que quedó á sotavento de Urdanivia y de la Capitana de flota. Llegando cerca los franceses dieron la carga á estos bajeles, recibiendo más daño que los demás Sancho de Urdanivia: reconocióse por algunos de los capitanes que traían navíos de fuego, encaminándose parte de éllos á *San Genaro*, Capitana de flota. Venían estos gobernados por una lancha que traían por la popa, cubriéndose con el mismo navío, y un hombre dentro que pega el fuego: visto y reconocido por el capitan Pulido, que venía en la Capitana referida, y que querian quemarla ántes que llegar á las manos, armados más del arte que del valor, estando ya cerca se metió el Capitan en el bote que traía por popa, dejando órden en los corredores que disparasen á los que venían gobernando el navío de fuego. Como los enemigos vieron el bote y que de los corredores les descubrian la lancha, y les maltrataban la gente, arribaron sobre la nao *San Juan*, donde estaba el marqués de Cardeñosa, que como se ha referido estaba á sotavento de la Capitana de flota con el general D. Luis de Córdoba, asistia cuanto le era debido á sus obligaciones y al servicio del Rey; volvióse á entrar en élla, y vió que á la Capitana de galeones, habiendo arribado por la proa de su navío, le habian reventado otro de fuego, y llevándole la cebadera y desjarciádole el bauprés. Visto ésto, dió órden el capitan Pulido á D. Pedro Negrete, que fuese y socorriese la Capitana como mejor pudiese: llegó allá por la popa del navío de fuego; le dió un cabo con la mucha diligencia de algunos soldados y marineros, y con la que Don Pedro hizo, se desatacó el navío de fuego, y despues con una hacheta del bote, si no se dan mucha prisa á cortar el cabo que habian dado se quemáran: tambien peleó de vuelta el bote del capitan Pulido con una lancha, de la que pegaron

fuego al galeon *San Juan*, que ya ardía. Echaron á la Capitana real otros dos navíos de fuego, de que se desasió con mucho cuidado, diligencia y trabajo contínuo: echaron otros dos á la Capitana de D. Luis de Cordoba, y abordaron con la járcia mayor como venía, y corriéronla el costado hasta la proa, y desde ésta hasta la popa otra vez, donde quedaron acabando de quemarse. Trabajóse mucho en socorrer los demás navios, porque algunos no fuesen quemados: hubo artillero de tanto brio, que se echó dentro de un navío de fuego á cortar el escotin de gávia para salvar su bajel y que no pereciese á la violencia de las llamas. Quemóse el navío *San Juan*, y el marqués de Cardeñosa, habiendo procedido con mucho valor y aliento, habiéndose echado muchas veces al agua por escapar del fuego, y perecieron en élla número considerable de soldados, pilotos y artilleros: sin embargo, la Almiranta de Francia con otros cuatro návios corrieron sobre D. Luis de Córdoba; diéronles muchas cargas sin ver en él ni en sus capipitanes ninguna señal de flaqueza, y siendo ya tarde y cerca de anochecer, trató de irse mareando y combatiendo con los enemigos, ocurriendo á la Capitana real para ayudarla. Llegó la noche y todos se apartaron; y volvieron á Cádiz á repararse del daño referido: los navíos de flota se salvaron sin perder ninguno, solo la Capitana de galeones llegó trabajada. Alteróse toda Sevilla de éste suceso, no sin afliccion de los cargadores, dando órden de remediar el daño para volver á salir, que fué á mediado de Setiembre, y no sin congoja del fin de éste suceso y de la navegacion; que si bien los enemigos se habian mostrado insolentes esperándolos al salir y á las puertas de España, ¿qué sería al llegar á Cartagena de las Indias y á los otros puertos de Tierra-Firme, y á los de las islas de Cuba y Española, llenas de corsarios de Holanda, teniendo aviso que los esperaba Pié de Palo con diez y siete bajeles al venir á la Habana para embestirlos? Entristecíanse los ánimos y los corazones, asi de los contratantes como de los demás súbditos, viendo á España por tantas partes asediada y acometida cual nunca jamás se vió tanto, que ya parece quería acabarse

aquella felicidad, si ya no habia espirado; á aquélla que se gozó por tantas eras en la antigüedad, ahora se le iba disponiendo una guerra perjudicial en las dos partes más peligrosas de élla, como en Cataluña y en Portugal, con que todo se veria arder y consumir.

Al fin de ésta refriega, todavía la armada francesa persistió á la vista de Cádiz, no sin cuidado de los de aquella isla, del duque de Medinasidonia, pensando la queria acometer; pero pasado algun tiempo, dando calor á los moros de Berbería para dañar en las costas de su frontera, se volvieron á Francia, y los alarbes acometieron el lugar de Gualda en las costas de Granada, robáronle y llevaron la gente cautiva. Convocóse la gente de los lugares cercanos, llamó el duque de Medinasidonia la gente de milicia de Jerez de la Frontera, y no obedecieron: apretáronlos segunda vez; tomaron las armas y pasaron á hacerse fuertes á lo fragoso de la tierra, diciendo que fuesen allá por éllos, amenazando que ofenderian y se defenderian. De éste ánimo estaban todos afligidos de tantos trabajos como caian sobre éllos: por manera que ya les faltaban las fuerzas y la tolerancia, y procuraban defender las vidas, que era lo ménos que se estimaba en estos tiempos, que las haciendas ya las habian perdido, y á cada cosa no se oia en la boca de los pregoneros sino pena de la vida; y ésto por guardar su libertad, y por lo que era suyo y les concedió la industria y el cielo. Volvió la armada francesa á Poitu y la Bretaña, quedando la de Levante para invernar en los de la Gália Narbonense y Proenza. Proseguian los berberiscos en sus robos con la falta de nuestros bajeles; saltaron en Chiclana, lugar del duque de Medinasidonia, y tomaron los ganados que apacentaban en el campo. La armada francesa en Levante tomó siete navíos en Alicante, puerto del reino de Valencia; reconocieron que eran de Inglaterra, con ropa y mercaderías de España, despojólos é hicieron suelta de los navíos; todavía por no desobligar al inglés con esperanza de efectuar algun dia la pretension de la Liga. El marqués de Leganés, deseoso de intentar algo en el Piamonte que pudiese

soldar la quiebra pasada, y fuese de daño á los franceses, les tomó dos convoyes con pérdida de gente, haciéndoles asediar en el Piamonte á la parte de Turin; pero todas éstas cosas eran pocas, y habiendo sabido el principio adverso de lo que se pretendió, no se esperaba en el fin ninguna gloriosa empresa. En ésta prosecucion y contienda de unos y otros, se vinieron á encontrar ambos ejércitos cerca de aquella córte, y hubo pérdida y estrago de gente de ambas partes; de los franceses por socorrer la Ciudadela y apartarnos de la plaza, y nosotros por conservarla y acabar de concluir la Ciudadela, que era poner fin á aquel combate. Sin embargo, se entraron dos mil infantes dentro, pero con falta de bastimentos, con que estaban á riesgo de perderse. Embarazado el ejército del Rey en la asistencia del Arras, cabeza del Artois, en los Paises-Bajos; el príncipe de Orange, resentido de lo pasado y deseoso de tomar alguna plaza á la sombra de los franceses, volvió á salir con su campo y enderezó con él á Ulst, plaza situada en la Ria de Amberes, tambien para irla preparando y para recaer sobre élla algun dia, y ocupando aquel puesto quitarle la entrada de los bagajes, la comodidad del trato y las mercaderías en que es admisible á las mayores y mejores villas del Septentrion, así en comercio como en opulencia de gente, hombres de negocios, edificios, riquezas y concurso de pueblo y magistrado. Antes de tentar á Ulst, para quitar los estorhos que se le podian oponer, acometió el fuerte de Santa Ana, que estaba á cargo de D. José de Saavedra, caballero de mucho esfuerzo y reputacion, hijo del conde de la Puebla: opúsose gallárdamente con la gente que tenía dentro; diéronle quince asaltos los holandeses peleando desde las once del dia hasta las doce de la noche, y en todos éllos rechazó á los enemigos con gran mengua suya y gloria de aquel caballero, con que desahució al príncipe de Orange de poderle tomar: llegó el socorro que para tales intentos alojaba en el pais de Bás, peleó con éllos, y rompióles con pérdida en parte considerable de aquellos enemigos y muerte de Casimiro de Nassau, sobrino del príncipe de Orange, hidra de

muchas cabezas y que siempre está produciendo enemigos de la Iglesia, y retiróse tercera vez vergonzosamente, sin haber podido tomar nada ni llevar alguna preséa á los Estados que fuese equivalente á los gastos que habian hecho éste año en levas y campañas: cosa que lleva impacientemente el magistrado de La Haya, y todas las demás provincias unidas, por las gruesas sumas de contribucion de sus naturales para la guerra, gastadas vanamente ahora, sin haber surtido alguna razonable retribucion. Asistia el infante D. Fernando con todo su ejército á las necesidades de Arras, que no eran pocas, viendo plaza tan principal asediada de tantas gentes francesas; habíanse castigado algunos de los vecinos, de quien sospechaban tenian pláticas secretas con éllos para darles entrada en la villa; asegurábanse algunos del ejército católico, que Arras tenia muy buen presidio, así de gente de á pié como de á caballo, para defenderla, y municiones y vitualllas las suficientes, y que en el trance más apretado habia preparados y dispuestos ocho mil burgueses que tomarian armas: pero los franceses la tenían apretada, cerrada y bien aseguradas sus fortificaciones, con que tambien pensaban salir con élla. Ellos la cargaron á quince de Junio de éste año, y habia algunos dias que estaban sobre sus murallas el infante D. Fernando, D. Felipe de Silva, á quien se habia dado el cargo de armas en ésta campaña, el duque de Lorena y todos los demás cabos y oficiales del ejército, que eran de parecer, ántes de tentar las fortificaciones del enemigo y hacer por fuerza el socorro á la villa, tomarles los convoyes y los víveres, para que mal socorridos, faltos de lo necesario y muertos de hambre, abandonasen los cuarteles y los demás puestos y dejasen la plaza compelidos del riguroso estímulo y de otras necesidades que acompañan á la guerra: pareció á todos éste intento muy á propósito, y señalaron cabos y tropas que lo acometiesen.

A ésta hora se tuvo aviso que les venía un convoy de quinientas carretas: salieron á él y rompiéronle; necesitando por horas al enemigo de haber menester con qué repararse de la hambre, que ya se comenzaba á sentir en el ejército, y áun

los soldados lo llevaban impacientemente, y daban voces y decian que si no les traían de comer dejarian el sitio. Este accidente parece que habia en parte abierto puerta á alguna esperanza á nuestro campo, para resarcir á los enemigos; pero éllos proseguian el sitio alentados de los capitanes, si no ya de la malicia de algunos burgueses. Atacóles otro convoy con no ménos denuedo y valentía que el pasado, que estaba para salir de Dorlán; los nuestros le acometieron, y debajo de su artillería se le tomaron, compuesto de razonable número de carretas y convoyantes, abundante de pan, vino, tocino y carne salada: con ésta extorsion corria vivamente la hambre por el campo de los franceses, pasándose cuatro dias enteros que no les dieron pan, y amenazaban que si pasado un dia no les traían el gran convoy se levantarian de la villa y la dejarian.

Atentos á ésto nuestros capitanes, y á la descomodidad que causaban á los franceses con la toma de convoyes, querian ver si el tiempo y la necesidad de los enemigos los daba lugar para salir con la empresa sin aventurar el ejército y á combatir con éllos sobre trincheras: discurso que no carecia de dificultades y peligros. Teníale Su Alteza entero y bien proveido, sin haber en los trances más árduos perdido un hombre, ántes bien tenia deshechos más de tres mil del campo de los franceses, parte muertos y parte prisioneros; pero viendo que eran los últimos de Julio, y que habia cuarenta y ocho dias que estaban los enemigos sobre la plaza, y que los de dentro pedian les socorriesen, y que las necesidades, calamidades y trabajos crecian por Dorlán, y que no bastaba quitarles los bastimentos, ántes crecia la constancia en la expugnacion y se hacian soldados de nombre, resolvió con toda diligencia de socorrer á Arras y buscar á los franceses en sus trincheras, para forzarlos, si pudiese, y constreñirlos á levantar el sitio. Aprestóse el ejército, y dióse el cargo de socorrer la plaza á Andrea Cantelmo, y por compañero al duque de Lorena: cedió el Duque su parte á Cantelmo, y quiso estar á su órden en todo lo que se hiciese, diciendo que

si se perdia la jornada no queria corriese por su cuenta, desconfianza más que de Príncipe de forastero; y, finalmente, á dos de Agosto, y á las dos de la mañana, hora en que en aquel país amanece, con buen órden, sin que fuesen sentidos, marcharon la vuelta de Arras. Llevaba órden Cantelmo de que si al llegar al cuartel de los franceses, por donde se habia de acometer, oyese caja de guerra, párase y se suspendiese; haciendo reparo en el ejemplo del año pasado, y observando en el riesgo en que se vió el mismo Cantelmo y el marqués de Fuentes, á cuyo cargo estuvieron las armas, y la poca gente española en el paso de una ribera, dándole ésta misma órden, que no guardándola, llevado del demasiado ardimiento y coraje de que era tocado su corazon, acometió á más de ocho mil franceses con setenta hombres, poniendo á riesgo el país, al Marqués con la dignidad de General, á sí y á la gente de guerra, y en tan estrecho lance, que le obligó á pelear por su persona, de que fué severamente reprendido de Su Alteza. Llegado ahora al cuartel de los franceses que habia de ser acometido por más flaco, para introducir el socorro, tuvo por azar el que á la misma hora oyó tocar una caja, y era que el tambor lo hizo de uso y de lozanía, y como suele acontecer y tocar al alborada, quién refiere que ántes se habia llegado tarde y que hubo algunas competencias entre los capitanes italianos y españoles sobre puntos de precedencia y querer los italianos llevar la vanguardia, porque el caudillo que los guiaba lo era, y queria aquella nacion ascender y ocupar el primer lugar; digresion que ha causado muchas pérdidas en el País-Bajo, por haber tenido caudillos y generales italianos. Oyendo Cantelmo el sonido de la caja, paró, obedeciendo la órden que traía, porque se habia discurrido en ésto que podia ser que el cuartel estuviese prevenido y toda la gente en arma, aguardando la nuestra, y que de aquí sería más dificultoso de penetrar, que se perderia mucho y se pondria más en duda el intento; y más, cuando se fundaba la duracion del país en la conservacion de aquel ejército, destinado ántes á mantener una guerra defensiva que ofensiva, porque dado

que algun año nos diese el enemigo una rota y nos desbaratase, ese dia habrian espirado los Países-Bajos. Tambien se le avisó á Cantelmo, que caso que acometiese y se hallase apretado de los franceses y de las dificultades de emprender el socorro, avisase, para que se le diese la mano metiendo gente. Viéndose, pues, suspendido Cantelmo y atado á las órdenes que traía, por no errarlo dos veces, como le sucedió al archiduque Alberto en sus empresas, que una porque no embistió á Amiens y otra porque acometió á las Dunas junto á Nioporte, las perdió ambas; así, Cantelmo, creyendo que los enemigos estaban en arma y avisados por el sonido de la caja, mudó de parecer y escogió por otra parte el socorro á Arras, y porque tambien no le hizo pequeña dificultad haber de acometer y penetrar tres cordones de trinchera; y más que reconoció cómo estaban fortificados los franceses. Mudado de parecer, como se ha dicho, comenzó á debatir sobre un fuerte que estaba fuera de las trincheras, donde cansó la gente, la fatigó y perdió alguna, cosa que lo pudiera excusar: al ruido del combate y á la poca fortuna con que habia comenzado Andrea Cantelmo, se convocaron ambos campos, y marcharon en ayuda cada uno del suyo, y Su Alteza real mandó fuesen llegando los demás tercios en ayuda de los primeros. Los del sitio avisaron á La Millere, General del ejército enemigo, que viniese á toda prisa, por haber salido con seis mil soldados á traer un convoy: aquella mañana se ganó el fuerte, cerca del cual estaba acuartelado el duque de Ochona, por el valor grande y maravillosa virtud de los españoles del tercio de Pedro de Leon. Llegó á la ayuda de los nuestros el tercio de italianos de D. Juan de Liponti, el tercio de valones del baron de Vesmal, el de loreneses y alemanes, y combatieron con los franceses hasta las cuatro de la tarde de aquel dia; y como vieron que el enemigo habia abandonado el fuerte, toda nuestra gente avanzó á los cuarteles, y habiendo de seguir y dar paso á los víveres y municiones, como se habia comenzado con el mosquete y la pica, para meterlos dichosamente en la villa y conseguir la gloria del socorro, lo más ruin de la milicia, como

de ordinario suele suceder, se arrojó codiciosa á pillar lo que habia en uno de éllos, con que no se pudo hacer el socorro ni pasar á la villa con la confusion y el embarazo de tantos, más atentos á las preséas que al manejo de las armas; que visto por los franceses, que áun todavia guardaban órden y disciplina militar, que los nuestros no acudian á lo más importante, para lo que habian venido, y á demoler las trincheras para que corriese nuestra caballería y abrigase el socorro, en que consistia el verdadero fin del intento, revolvieron sobre éllos, y los cargaron réciamente; mataron y tomaron prisioneros á muchos; con que Su Alteza mandó retirar el ejército á tres leguas de Arras. Quedó prisionero el Maestre de campo Pedro de Leon, muerto el conde de Villastoal, Maese de campo de valones; D. Martin de Sarriá, Maese de campo reformado de loreneses; cinco capitanes italianos: faltaron de la infantería quinientos hombres entre muertos y heridos, y de la caballería trescientos, que aunque no pudieron pelear destrozó la artillería, estando siempre firmes y á pié quedo, esperando la ocasion de que la infantería les abriese paso por las trincheras para pasar á la villa. Retirado el ejército y casi desordenados con la muerte y prision de cabos tan importantes, se desconfió de socorrer la villa, con que así soldados como burgueses se cayeron de ánimo, porque en reencuentros de ésta calidad pocas veces queda un ejército, perdido el primer ardor, para volver á tentar fortuna. El punto principal estuvo en hallar á los primeros lances la caja prevenida para desvanecer el color que se llevaba de acometer, y el cuartel que se decia no estaba tan fortalecido ni con tanta gente, por haberla sacado el de La Millere para convoyar los víveres y municiones que traía para su ejército, de que habia mucha necesidad; y que si luégo se acometiera, era sin duda, y lo afirmaban muchos, que socorriéra la villa sin intervalo y con facilidad: no obstante, se decia eran muchas las cortaduras ó cordones de la circunvalacion, y que ésta fué la dificultad; pero el cielo justamente indignado por nuestras culpas, quiere que padezcamos éstos y otros muchos naufragios.

El príncipe de Orange, aún no escarmentado de los reencuentros pasados, á la sombra y á las espaldas del asédio de Arras y de sus contiendas, pasó tercera vez á tomar los puestos sobre Güeldres, codicioso sumamente de acabar de enseñorearse de aquella provincia, con la sorpresa de aquella villa, su cabeza y colonia; pero fué rechazado por Su Alteza y por nuestra gente, como las demás veces, con que se puso silencio por éste año á sus empresas y fortunas y á ésta pretension, porque miéntras el rey de Francia tomáre por su cuenta y tan sobre sí las cosas del País-Bajo y sus invasiones, es cierto que no les dará parte en las conquistas y aflojará mucho con éllos en la proteccion y en los socorros, con que no podrán hacer nada: y él lo querrá todo para sí y convertirá la confederacion en vasallaje y tiranía; les entrará las tierras y se las tomará como más poderoso, y será menester que los demás Príncipes y confinantes estén muy atentos á sus trazas y á las de sus ministros. Pero ya todos éllos quedan con éste arancel y con los puntos y reglas de estado y aspiran al señorío universal, con que será menester obrar con la política y y con la maña contra quien lo es tanto: será menester que Inglaterra abra los ojos con Dinamarca, y aún no estarán seguras las tierras más septentrionales y las más apartadas; el Imperio correrá mayor fortuna y borrascas, y será forzoso entrar todos en una liga que les ate las manos, y será el mayor caudillo el Rey Católico.

No habiendo, pues, el Infante podido introducir el socorro en Arras, ántes quedado con el ejército menoscabado y caido en la confianza porque era fuera de fuerza, y así lo fué, que muchos quedaron muertos, heridos, prisioneros y fugitivos con el mal suceso, porque decian, y era cosa constante, que faltaban más de mil y quinientos hombres: le reforzó, llamó alguna gente de la que estaba en otros puestos, y en guarniciones, de la que habia dejado en el País de Bás al opósito de Holanda, y volvió á conferir con los cabos y capitanes, y entró en nuevos pensamientos de socorrer á Arras. Los franceses, algo orgullosos con la consistencia y perseverancia en el sitio,

y de no desamparar las trincheras, hacian sus instancias á la villa y al magistrado para que la rindiesen, ofreciendo partidos muy ventajosos y acomodados en el ínterin que no la rendian, que despues no cumplieron, como ya lo tienen de costumbre y son públicos desertores de la fe, sin guardarla jamás. Los de la villa y magistrados, viendo el mal efecto del socorro, si ántes tenian algun ardor y constancia en el sufrimiento para esperar y no rendirse, ahora le perdieron y se resfriaron notablemente, porque ya veian y hacian discurso en el cúmulo de trabajos que les rodeaba, en la quema de sus casas, robo de sus haciendas, y estrago con sus mujeres é hijos: engañábanlos los franceses, diciendo que les guardarian todos sus derechos, les observarian sus privilegios, exenciones y libertades y les concederian otros muchos, firmados y asegurados por el Rey y por sus capitanes. Con éstas exhortaciones y promesas, aunque vagamente ofrecidas, en lo interior se fiaron los burgueses y dieron orejas, tratando de la rendicion, y daban voces, y aún los amenazaban á los capitanes, oficiales y Gobernador de la villa, para que lo hiciesen, y que si no abririan las puertas, porque la hambre, poderoso enemigo de la vida humana, los haria abrir camino para salvarla: y pretendiéndolos disuadir de tan infame resolucion, asegurándolos que los defenderian y que Su Alteza queria volver las armas otra vez con mayor pujanza sobre los enemigos, para librarlos y hacer levantar el asédio; replicaban y se enfurecian, que las tomarian contra ellos mismos, forzarian á la entrega y darian comodidad para su ejecucion á los franceses.

Entendido ésto por Su Alteza y avisado de éllo, sacó la gente, la armó, ordenó y dispuso para ir en persona al socorro: la necesidad de bastimentos que ya á ésta hora hacía su oficio, y afligia severamente á los pusilánimes, sin embargo de que se decia que la falta no era tan extrema, ni la de las municiones; marchando el ejército para romper á viva fuerza con las mayores dificultades, por los cuarteles y trincheras, y entrar en la plaza, estando ya á la vista de éllá, y

Su Alteza en persona, vió como los hombres bajos de la villa abrian las puertas á los franceses, é iban entrando dentro; con que todo se suspendió. Fué justa paga de su atrevimiento y desconfianza, porque los franceses, usando de la libertad ordinaria de su condicion, no les guardaron nada de lo prometido, ántes les robaron las haciendas, enviando lo más precioso de éllas á Paris y á sus casas; les quitaron las armas, no consintiéndoles las espadas, sino sólo un cuchillo, y ese despuntado; dejáronles diez mil hombres de presidio, y pidiéronles dinero, ó se lo tomaron para cuatro pagas. Servía de aviso á los demás pueblos para no dejarse llevar fácilmente de estos cautelosos. El Infante, sin embargo, no quiso apartar su persona ni el ejército de los contornos de Arras, con ánimo verdaderamente resentido y determinado de volver sobre élla; pues que eran los 10 de Noviembre, tiempo desesperadisimo, y pocas veces usado para campear en semejantes climas, y aún no la habia perdido de vista con ésta misma intencion, habiéndose retirado en otros años mucho más ántes. Los ejércitos de ambas partes en aquel país, por la demasiada inclemencia del invierno que aflige en aquella parte con más rigor que en otras y con perpétuo celo; sin embargo, perseveraban en su intencion. Viendo, pues, los franceses el teson de Su Alteza, en no ceder de su acuerdo, presumiendo que se la habian de volver á tomar, comenzaron á fortificarla lo más brevemente que pudieron, derribando alguna parte de sus burgos, entre la villa y lo que está pegado al fuerte, para resguardarla y hacer entre ambos, para mayor seguridad, una poderosa fortificacion que desahuciase al Infante de volverla á tentar.

Conseguido ésto, se retiraron los franceses ufanos no poco de la empresa, la mayor que han tenido en muchos años, ó hicieron que se retiraban, por ver si el Infante lo hacía, y despues de alojados volver á la disipacion del país con alguna traza secreta; más Su Alteza, no queriendo hacerlo, ántes envió á España, pidiendo al Rey su hermano, 600.000 escudos para tentar su recuperacion, y se los enviaron; pero éste

año, en el concepto de los varones más celosos, se desconfió de poder tomarla por estar el tiempo muy adelante. Se perdió la honra y una plaza de las ilustres y nobles del País-Bajo, y á la cara de un ejército poderoso de muchas y muy esclarecidas gentes, con una nacion que en aquella parte, ni en la de Italia, por larga carrera de años, no habia podido conseguir una villeta, y en ésta ocasion solo algunos moderados pueblos en el País-Bajo, y esos con mucho tiento, y dudando desempeñarse por las rotas recibidas de los españoles en la antigüedad y costándoles muchos y muy gruesos ejércitos. Reconocióse que los países con ésta pérdida quedaban muy arriesgados y el Artois lo quedó, no digo arriesgado, sino perdido, y esperábase cuando fuesen sobre Lila y otras villas, aunque no de tanta consecuencia de mucha importancia, y expuestas con la vecindad á mortales accidentes: el enemigo muy adentro y cerca de las plazas de holandeses, ménos afianzando el vínculo de la liga, porque ya ellos por lo de atrás están en estado receloso con los franceses, no los querian ver tan orgullosos y pujantes, ni alentados, porque, como digo, era muy posible pasar de amigos á súbditos; y en ésta desconfianza se entraron muchos de los Príncipes vecinos y otras Repúblicas cercanas como Lieja, no con pocos celos y sobresaltos de caer en la opresion. Tal estaba el País-Bajo que se podia esperar que á dos golpes como éste se acabase, si ya no lo estaba, particularmente si diesen sobre Gante, Cambray y Amberes; recelan ó temen éstas ilustres villas, lo mismo, no arrimo á que mantenerse, porque con los holandeses, ó con todos juntos, correria la misma fortuna, y cada uno de por sí procuraria desmembrarlas hasta que todo fuese de el más poderoso; las cosas se veían en éste estado y el tiempo por sí sólo obligó á Su Alteza á retirarse, y á distribuir el ejército en guarniciones.

Las cosas de Cataluña, hasta la muerte del Virey, dignas de atencion y de reparo por las muchas prendas que cada dia se iban metiendo dentro, no sin particular designio, las he escrito con precision y corrido lijeramente la pluma por

éllas, por dar toda la noticia entera en los papeles que vienen de allá, escritos por algunos catalanes, y hechos unos con otros; que adonde hay muchos desleales hay tambien muchos afectos al Príncipe, á sus heróicas partes y virtudes, excusándome de repetirlos; ántes que lo sepan de su boca, para que no me tachen de apasionado, ni que falto á la diligencia. Tambien referiré algunos en que se humanó nuestro Gobernador á dar satisfaccion, y el que dieron los cabos del ejército de Rosellon sobre las calumnias que les imponian, y de los maleficios que decian habian hecho los soldados en los naturales de la tierra, contra su memorial expresado. Sobre ésto enviaron al Rey dos diputados del general del Principado de Cataluña, y ordenado por un religioso Capuchino de la misma nacion un manifiesto suyo, que no he podido haber á las manos, en aquella misma sustancia ó algo peor, respondido por uno de los nuestros ó de sus mismos naturales, cuyo autor no se ha podido investigar (habia tantos, que era imposible haberlos todos á las manos). La noticia pareció individual, y á lo que se pudo discurrir bien segura y que conoce bien el natural de los catalanes. Las cosas, pues, se iban empeorando cada dia, creciendo la injusticia y la maldad en los hombres de baja casta; hacíanse atentados y querian valerse del rey de Francia; el crímen tan execrable los llevaba al último despeñadero y convocaban las demás ciudades de la provincia á consolidarse y hacer el delito general, mostrándose violentos detentores contra la soberanía del Príncipe, y apeteciendo el gobierno democrático, querían ser anarcos, y que cada uno viviese á su albedrío, sin policía, sin justicia, y que cualquiera pudiese matar al otro, robarse y ser incendiarios de sus mismos bienes; querian que ántes que los demás consejos prevaleciese el de Ciento. Temíase, por los desacatos cometidos contra los templos, clausuras, áras, imágenes y altares, no abusasen de la religion; y como en las discordias civiles y corrupcion de los pueblos y provincias suele acontecer semejante delirio, ántes de llegar á las espadas, ejercitaban las plumas la ira de las suyas, que severamente habian

opuesto á la templanza de las nuestras y á los ejércitos de algunos ministros prudentes en que les avisaban de los precipicios en que daban. Siguiendo aquella locura escribieron libros en catalán y en castellano, tan libres y desvergonzados, que justamente los mandó recoger la Santa y general Inquisicion: así procedian todos, no ménos eclesiásticos que seculares, religiosos y clérigos, hablando desenfrenadamente, y sublevando el pueblo; aquellos que por la dignidad y ejercicio de religion habian de enmendar los insultos y desmanes de la multitud, insinuando la piedad, el recogimiento, la templanza y la modestia en el obrar, y les corria obligacion de corregir y enmendar; y no estaban libres de cencesura las acciones Reales, ni el gobierno, repitiendo muchas con poca discrecion. De un religioso Capuchino se cuenta, que subido en el púlpito, en vez de reprimir los sediciosos y turbadores de la paz pública y de la obediencia filial al Príncipe, les dijo á los que le oian: «los fueros se adquirieron con sangre y con sangre se han de conservar, y sea tanta, que pueda yo empapar este hábito, en la de los que lo pretendieren estorbar». Cosa indigna de religioso y de aquel hábito tan venerado en la Iglesia de Dios, por humilde y paciente, como el gran Padre que le tomó. El papel es éste, no le doy por de ingenio ni notable, sino porque refiere las cosas por menor:

«Restaurado el castillo de Salsas, deshecho el intruso dominio de los franceses, frustrados sus socorros y sus ejércitos, parte con la resistencia y parte con el horror nacido del corazon de nuestras gentes; deseando dar al fatigado ejército español, despues de la larga cuanto dura campaña, atentos los generales marqués de los Balbases y conde de Santa Coloma, á los muchos aprestos de S. M., y á que sus tesoros estaban consumidos en la defensa de Cataluña, y que ésta, por obligacion que tiene de defenderse de las invasiones enemigas, es el país ménos afligido de tributos, pues no disfruta S. M. de aquel Principado, asaz rico, 30.000 ducados al año; determinaron para resarcir una leve parte de los gastos de S. M., cuando habia de ser todo suyo, que alojasen los moradores las armas

que les habian defendido al principio, segun la calidad del lugar, y en ésta forma se hacian listas de gente, que no le fuese cargosa: mas el orgullo de los pueblos, superior á las compañías que les enviaban, cerrando las puertas, los recibian á mosquetazos, con que fué forzoso, para corregir éste atrevimiento y domar la plebe insolente de cada lugar, mudar estilo (daño irrefragable), y señalar para cada uno gente de guerra, superior á la de tierra; acertado consejo y precioso, si como previno hacer la gente alojada numerosa, más que las vecindades, pudieran no desmembrarse los tercios por las provincias, para que fácilmente se dieran las manos en los alborotos, que siempre se temian de ésta inexcusable forma de alojamientos. Resultó quejarse el soldado y sentirse el vecino, porque en la casa del ménos rico concurrian dos y tres soldados á comer, y era fuerza comer mal y reñir bien; y con ser tantos los alojados, aún no domaban los intrépidos ánimos de los patrones, no por valerosos, sino por que sabe cada catalán que cualquiera voz de injuria suya, aunque se dé en la choza más rústica, hace eco y tiene respuesta en la corte por apartada que esté. Resultó tambien otro daño, y fué despertar la codicia de algunos soldados, de los que tenian mano, porque hicieron ganancia alojar más ó ménos tiempo en los lugares, segun la contribucion que les rendian; y así, muchos pueblos aún no resueltos á perderse, redimian su vejacion con dádivas forzadas. Esta es la culpa mayor que cometió el ejército y fué de las ménos; no las atrocidades y supuestas calumnias que falsamente derramó el ódio, recogió é imprimió en fe del oido un Padre capuchino, á las sujestiones de los suyos más atento que á la investigacion de la verdad diligente; y no es culpa ésta para formar escándalos; pues cuando la guerra no trajo algun inconveniente; pues cuando la guerra en la observancia más regular se halla que excede, ni qué exceso fué cuando se animára la provincia, que á los que habia desnudado la campaña en su defensa los vistieron los defendidos, no es maravilla que el que siempre anda desnudo trate, cuando halle ocasion, de repararse. Mas aquí á lo prin-

cipal del ejército le faltaba todo, y se vieron diferentes soldados aplicados á diversos oficios para comer de sus afanes, atareados como el más triste oficial, porque, como digo, fueron los ménos los que gozaban de ésta inteligencia militar, que se pueden llamar conveniencias de los contribuyentes, aunque el Padre capuchino quiere que todo sea delito y exceso: mas su memorial y las lástimas opócrifas que en él representa, las hazañas mentidas que se atribuye, sería bastante testimonio de los que levantan á la católica disciplina de las armas de S. M.

Muy para reparar son los modos con que han perseguido á la nacion castellana, y por arrimada á ésta á las naciones que militan debajo del estandarte Real: pues no contentos con derramar su sangre, ó para irritar los pueblos á más sangriento denuedo, ó para paliar tanta violencia ejecutada sin causa, siembran voces llenas de horror, culpas que no caben en las atrocidades que ignoró el barbarismo, y á sacrilegios á que no se atrevió la herejía. Estas voces hallan para la creencia tan dispuesto el ánimo de los catalanes, aborrecidos nativamente de la gente castellana, que es carácter que no se borra en sus corazones: abanderizados con élla, toman locamente las armas contra nuestra ruina, sin más exámen que haberlo oido; de suerte que llega á ser más dura la infamia con que justifican su rigor, y es lo más terrible, que hace, no sólo fe con los suyos ésta infamia, sino crédito en el dócil natural de la gente castellana, que como experimentan en sí que su noble ánimo, despues de perdonar mucho, mueve las armas, juzga que éste atrevimiento, solo á su nobleza comunicado, es dado á los demás; como no conoce el mañoso aborrecimiento con que en daño nuestro se gobierna aquel Principado. Mucho motivo nos ha dado para ser incrédulos el Padre capuchino, pues el caso más disonante que su memorial contiene, es el que se atribuye á la violencia lasciva de un soldado, de quien refiere, que por forzar una mujer casada dió muerte al marido, no solo con las heridas, sino con el dolor de su infamia, pues hizo lecho de su infame apetito

el ya casi cadáver: caso tan raro, que le contradice la naturaleza, y solo fué inventado del rencor no pensado, cuanto más perpetrado de el vivo, pues demás de que ésta abominacion escandalosa consta ser falsa, por informacion que se hizo de órden del conde de Santa Coloma, que lo estupendo del caso y conocer lo fabuloso de su narracion le obligó á hacerlo, halló vivo el muerto, y sin ultraje la que da por forzada. Es bien que el discurso, pues no puedo detenerme en todos, haga en éste apoyo de lástimas de su patria, mentirosas las que el áustero defensor de élla representa, pues sin constar de informacion, de las experiencias que den muestras á la luz de la fe y á la de la razon, se descubren motivos para no creerle: que entre las angustias del morir no hay apetito que no se corrija ni deshonestidad, que si no compungida, no esté recatada á vista del pavor que causó lo horrendo de un cuerpo que rindió la vida á violencias; fuera de que conocerá cualquier varon cuerdo, que el más desenfrenado, si hay alguno que lo sea tanto que intente fuerzas, no aguarda á tiempo que pudiese el marido resistirlo, y mucho ménos creerá que vencida la resistencia de éste, intentase la lucha de la mujer, pues demás que pudo huir en lo que duró la de su marido, la más flaca, irritada del dolor, es mónstruo del valor: y si en lo habituado son siempre increibles fuerzas de ésta calidad, y más á un hombre sólo, que es preciso que lo esté, pues es ninguno el que ayuda á semejantes violencias, por ser más natural dar favor á una mujer para ser honrada, que á un amigo para que sea vicioso. En Cataluña son imposibles, por ser tierra que se favorecen tanto contra forasteros, que á la menor voz de queja tan justa, no sólo el lugar, pero cuantos embarazan los contornos, se juntáran en brevísimo tiempo; pues llamados segun su costumbre de las campañas, que es el somatén general, y de los que subidos en lugares eminentes y esparcidos por los campos, ya con voces, diciendo «vía fora» ya con cuernos é instrumentos, más ruidosos que sonoros, los convocan, es admiracion ver con la facilidad que concurren armados con sus tres ó cuatro pedreñales pendientes de las charpas; y así fuera

muy conveniente que las mujeres forzadas, en la ocasion de su cuita, se hubieran quejado, pues se hallan en tierra tan socorrida, adonde habian de conseguir éllas amparo, y castigo los culpados, y se excusáran otros empeños: mas ni en éste caso ni en los demás que propone el memorial, se oyó ésta queja, y es lo mejor que ofrece informacion auténtica de todo y es fuerza que haya fe de muerto del que la hay de vida. Mas, ¿quién se pone á decir, á vista de todo un campo que sabe lo contrario, que los primeros que acometieron las fortificaciones fueron los catalanes, siendo así que estaban ganadas y los franceses puestos en huida cuando entraron en éllas? ¿Quién les atribuye que pusieron el petardo en las puertas del castillo de Salsas, siendo los que avanzaron á ponerlo hasta dentro del rastrillo de la puerta con el Macse de campo Juan de Arce, hasta ocho ó diez capitanes de su regimiento y otros tantos del tercio del marqués de Mortára y dos valones? Para mayor apoyo de ésta verdad y que sirvan testigos gloriosos de élla, y por hazaña tan heróica se inmortalicen, diré, con pena de no saberlos todos, los nombres de los que me acuerdo, que son los capitanes D. Jerónimo Morcillo; D. Bernardo Dorado; D. Pedro Valenzuela; D. Juan de Silva, paje del Rey, que murió en el puesto, y con la misma fortuna Don Francisco de Villoslada; D. Pedro Maldonado, que salió mal herido; D. Cristóbal Cañedo, y D. Manuel Pareja. Estos ocho capitanes y hasta otros doce fueron los que estuvieron debajo del rastrillo; y animados de éste ejemplar de apetecer los riesgos, así los catalanes como los otros tercios, llegaron á frisar con la contraescarpa del foso: accion de brío, mas fué de todos, y lo particular de élla de los castellanos que refiero. Mas, ¿quién publica que no faltaron los catalanes? La noche ántes que se esperaba al enemigo, con aquel su numeroso socorro que desbarató el cielo con furiosas lluvias, fuera la victoria suya, si llegára á embestir por el puesto de los catalanes, por estar indefenso, pues si no es los hombres de obligacion, no permanecieron otros; y fué tan vista su fuga, que se ordenó á la caballería los siguiese y degollase, y ésta

los siguió y obligó á volver diversas tropas que encontró ya impacientes de tanto esperar en la campaña, que su coraje es temporal y amedrentados de la opinion de tanto enemigo.

A la verdad, el Padre capuchino los pinta como los desea, no como son: mas como todo su memorial se reduce á encadenar lástimas, errores, sacrilegios atribuidos á las armas más católicas, más templadas y más religiosas que han militado en la tierra; será bien proponer aquí algo de las suyas, que son las que más pondera y de las que más hace alarde. Referiré la muerte de D. José Fluviat, caballero catalán de modestas costumbres, á quien la profana y rigurosa mano da un soldado mató en un oratorio, no templo, y bastó para perdonar la mayor injuria valerse del lugar donde está Dios colocado; y fuera bien que, ya que refiere el hecho, refiera tambien cómo aquel caballero ocasionó su muerte, recogiendo en su casa fuerte la gente facinerosa y perdida, que perseguia los soldados que marchaban, y que con leve ó ninguna causa, pues la que se ha descubierto fué por tirar á una gallina, empezaron á arcabucearlos, mataron uno é hirieron otro, con quien todos los compañeros entraron en la casa y vengaron el homicidio en los que hallaron dentro; y un soldado, más colérico ó ménos religioso, ó del todo ciego, mató á éste caballero, habiendo hecho sagrado de un oratorio? ¿Por qué no dice tambien que para éste delito se dispuso el castigo, que es lo que toca al buen gobierno, ó prevenir la culpa ó castigarla cuando se comete, pues es sacrilegio? El soldado fué preso en la cárcel real de Barcelona, y perdiera la vida si no se la dieran con la libertad los fadrines de la tierra, el dia 22 de Mayo, cuando con el Diputado sacaron los demás presos y ocasionaron su soltura. Lamenta tambien el incendio de la iglesia del lugar de Rio de Arenas, infamado por él, por los italianos; siendo cierto haberlo puesto los bandidos y amotinados que estaban en él, solo á fin de irritar los ánimos de los naturales con tan religioso motivo, pues los italianos salieron á las ocho de la mañana del lugar, y el fuego se reconoció á las tres de la tarde. Y porque los demás sucesos de su papel no contienen otra

verdad que los pasados, no me detengo en refutarlos, aunque me obliga á decir, al ver cuán exagerados son nuestros yerros, que si hubiera tan piadosa religion en los catalanes, que en fé de la que profanaban en los templos abomináran las profanidades que pueden haber sucedido en los soldados, y fuera gran consuelo para los que asisten en su tierra; pues halláran abrigo en la iglesia contra los tumultos que su mal seguro vasallaje pondera más con exclamaciones religiosas lo incierto de nuestra gente de guerra, no perdonando la natural enemistad que tiene á la castellana; pues no hay otro motivo de su ojeriza para con éllos, que el que no hallan templo que no se rompa, fraile que no se amenace, rincon que no se escudriñe, lugar sagrado que no se manche, sepultura que no se abra: son bien para ponderados sus Sacramentos, si ya no por escarnecida su fé, aparente de religion, buscada en los otros y mal observada en sí; pues cuando la busco cómo la quieren, siempre los hallo peores, y es sin duda que nos creen mejores que nos publican, á fuerza de la experiencia de la observancia reverente de la gente del Rey que guarda los templos, pues la suya, aunque amotinada, no ha tenido mayor seguro para sus haciendas que amontonarlas en éllos, y en todas las ocasiones que al presente se han ofrecido con los bandidos, han gozado de éste indulto del sagrado, cuantos lugares han penetrado á fuerza de armas. El trozo, siempre victorioso, del ejército de S. M. hasta Perpiñan, que reconocido éste privilegio divino, tan observado de la milicia católica, recogió lo más razonable de sus haberes, temiendo el caso en las iglesias, no sólo se reservaron, pero se les puso salvaguardia; cautelando los atrevimientos que soldados tan hostigados podian acometer, no por recelo, sino por prevencion.

Mas, bien será referir algunas de tantas lástimas como nuestra nacion ha padecido, para que el Padre capuchino, que tan servidor de Cataluña se muestra, porque no hay estado á quien el contágio del fuego no se le pegue, pues los más escrupulosos, sin ódio, tienen aversion al nombre de Rey, y por el retrato que vió y estampa de éste al castellano, coteje des-

dichas con desdichas, religion con religion, impiedad con impiedad, si sufren cotejo acciones tan distantes; pues quien notáre los desacatos á todo lo sagrado de los catalanes, lo creeria sin fe; quien viera su incorreccion lo juzgará sin ley; quien atendiere á sus obras los buscará la razon; y si como ajenos á la luz de la una, de la direccion de la otra y de la enseñanza de todas, salen siempre ingratos, nunca seguros; si los sobrellevan se alteran, mas si los espantan se desenfrenan; si los perdonan se exentan, si los aprietan se ostigan, de suerte que no hay camino por donde conducirlos al puerto verdadero de la razon; dejándoles á su libertad son peores, y han de necesitar á la majestad del más benigno Monarca á que, despues de tantos síglos de dominio, de predecesores en predecesores, ponga hoy en éste Principado ley, yugo y justicia.

Los daños que nuestra nacion ha padecido, y en particular cualquier soldado desde la retirada de Salsas, son increibles; no se vió Príncipe con mejor ejército, ni más bien disciplinado, y todo lo ha merecido de sus Generales; mas alojado en Cataluña, despues de la restauracion del castillo á hoy, se reconoce malograda la mayor parte, viendo sus ciertos rigores algunos, y los más muertos desdichadamente debajo del sagrado seguro del hospedaje. En campos se han descubierto diferentes veces cuerpos muertos; de los pozos y cavernas se han sacado, con horribles figuras; de suerte que su rigor llega á extremo de hacer alimento y bebida de nuestra sangre, pues siembra cuerpos muertos donde el trigo, y mezcla sus cisternas con la sangre del afligido soldado, y en cuanto puede la bebe, que es lo más encarecido de los hipérboles del rencor. Aunque la voz sentida de todos es ésta, y el faltarnos tantos y no parecer ningunos hace en éste caso plena probanza, lo ratifica la humana confesion de un sargento catalán, preso por Juan de Arce, con otros aleves en la refriega sangrienta de Palafur y Velcairo, pues declaró en élla habia muerto, en solo cuatro meses de alojamientos, cuarenta soldados castellanos y seis valones: horror pone el oirlo

y lástima que no tuviese más que una vida, y esa tan mala, el que quitó tantas y tan buenas. Bien puede éste suceso hacer alto á la imaginacion y pensar cuántas serán las desdichas que de el resto de los catalanes ha padecido nuestra gente, si de uno solo experimenta tanta traidora diligencia, violencia y tanta impiedad no merecida; en sus principios rebosada, y oculta basta que estos rigores secretos se trocaron en desacatos públicos, hechos no sólo á los soldados sino á los ministros del Rey, pues roto el velo de su traicion que se trasparentaba, empezaron á ejecutar su saña en personas señaladas. A D. Juan Feiño, Capitan de caballos, mataron ayudando á Misa, que asi veneran los templos los catalanes, y su sangre salpicó el cáliz, y fué acogida muy de su fé en tal trance para no errar el logro de redimido, valerse del cáliz de la Redencion. Aquí deseo al Padre capuchino, para que con el ponderado delito de D. José Fluviat, acuerde ésta atrocidad sacrílega y las más que suscribieren: la causa de hecho tan tremendo se ignora, y se sabe fué D. Juan, digno soldado de mejor fortuna. De otro escopetazo mataron al humbral de su casa á Castellanos, Capitan asimismo de caballos, y caminando á su cuartel despojaron de la vida y los vestidos á D. Felipe de Quiñones, del hábito de San Juan, y del puesto que los pasados: y marchando la coronelía del Conde Duque, gobernada del Sargento mayor D. Diego de Guzman, sin hacer agravio alguno los soldados, mataron desde una casería un Capitan é hirieron á D. Juan de Solorzano, paje que fué del Rey; de manera que á la deshilada, y sin mucho estruendo y con ménos castigo, cada dia despojaban de la vida la flor de nuestro campo.

Como hallaban más aplauso que castigo éstas enormidades, con atrevimiento tan insolente como cruel, quemaron en Santa Coloma, á Monredon, Veger de los caballos, que iba con órden de alojar en algun lugar, padeciendo por ministro del Rey, aunque catalán, éste riguroso martirio: y aunque para alentar los afectos al servicio de S. M. se premiaron los hijos de Monredon, y castigó el lugar de Santa Coloma

con el incendio de cuarenta casas, con la asolacion de cinco de las principales cabezas, sin embargo, con el premio y con el castigo se empeoraba todo, y lo estaba ántes de ésto, pues muchos lugares se habian apellidado, y andaban juntos más de tres mil bandidos, cometiendo increibles insultos, persiguiendo y matando cuantos castellanos podian haber, que es la caza que mejor siguen y siempre buscan. De ésta rebelde muchedumbre estuvo el Maese de campo, Juan de Arce, sitiado, pues haciéndose fuerte en un templo de reglares con solos ciento cincuenta hombres, levantóse contra él la villa de Medron: de ésto sucedió que más de tres mil villanos que habian concurrido al asédio, adivinando la contradiccion que les habian de hacer y victorias que habia de alcanzar de sus turbulentos motines, la vida que así perseguian, por espacio de media legua, en todos los pasos hicieron fortificaciones para impedir los socorros. Por dos ó tres veces pusieron fuego al convento, por hallarse vencidos de la resistencia de los de dentro, y deseando con la presencia del Santísimo Sacramento sosegar el Superior la atropada caterva de rebeldes, le tiraron dos escopetazos é hirieron en un brazo, no de otra suerte que si fueran infieles. Mataron en ésta ocasion un Capellan con un Cristo en las manos, porque les pedia que se retirasen del cerco, porque le venia socorro á Juan de Arce, y era forzoso seguirse de una y otra parte grande mortandad, y si dos Capuchinos que solicitaban lo mismo no se echan en el rio, les alcanza éste rigor. Padecieron los cercados cuantas calamidades suele traer el sitio más hostil, de asaltos, incendios, desvelos, hambres y continuadas fatigas, mal reparadas, porque el caso no pensado, no dió término á prevenciones; si bien amedrentó algo á los rebeldes y los detuvo para acercarse tanto al templo, el buen suceso de una bomba de fuego que se echó desde lo alto sobre un carro que habian arrimado á la puerta, lleno de cáñamo, fácil materia de la llama, con que pretendian convertirlos en ceniza, pues el carro y un fadrin atizador de éste sacrílego incendio volaron hechos piezas. Mas nada bastára si las compañías de los soldados, alojadas

por los contornos, conmovidos del peligro de tal causa y de sus compañeros, sin preceder órden para éllo, no se juntáran tan piadosos y valientes en número de mil cuatrocientos infantes y veinticinco caballos, que amando el riesgo, si bien con buen celo, unos religiosos Capuchinos se le representaron grande, invencible, proponiéndoles iban á buscar la muerte, por ser los contrarios superiores en gente y tener cogidos los pasos, y ser algunos tan angostos que apénas dos podrian hacer hilera: mas, resueltos á morir ó librar á Juan de Arce, Gobernador por D. Juan de la Barrera, que por Capitan más antiguo le tocó, segun costumbre militar, el mando, se guiaron á la villa de Mir, y vencido lo fragoso de las dificultades, rotas las cortaduras de los caminos, desbaratadas sus fortificaciones, fueron castigando el orgullo de la canalla, y apénas llegaron á vista de Mir cuando Juan de Arce, no sufriendo estar encerrado él ni sus amigos, dispuestos al peligro, dejada la clausura, salió con linda órden de élla, y se entró por médio de los enemigos y abrió paso no angosto, hasta incorporarse con los suyos; y unidos todos, acabaron de desbaratar los bandidos que á toda prisa volvieron las espaldas, quedando los nuestros por dueños del campo, bien que siempre les fueron persiguiendo, y en la retirada hirieron al Sargento mayor de Juan de Arce, á D. Juan de la Barrera y á D. Pedro Maldonado. A poco tiempo que empezaron á marchar se engrosó el ejército de S. M., así de infantería como de caballería; pues á la voz del aprieto de Juan de Arce, ó al recelo del levantamiento de la tierra, dejaban los alojamientos las compañías y buscaban donde asegurarse, y así vinieron á hallarse incorporadas hasta cinco mil de á pié y hasta cuatrocientos caballos, gente toda de valor, y que necesitó tenerle para defenderse de tantos acometimientos como tuvieron hasta Blanes, y desde Blanes hasta Rosas, y desde aquí á Perpiñan, que fué atravesar todo lo más áspero de Cataluña y lo más declarado contra las armas de S. M.

En ésta sazon faltó á la fe de su Rey la ciudad de Gerona; cerró y puso guarnicion á las puertas, y con miedos cautelo-

sos no quiso dar el pan de municion al ejército, no obstante que para no alborotar la tierra se habia apartado buen espacio de la ciudad, y habiendo pedido cinco Capitanes, con color de que quitasen los soldados, así los que estaban dentro como los que estaban por viandas, y hecho pleito homenaje los Cónsules y nobleza de que los defenderian y guardarian en cualquier trance, dando despues lugar á que entrasen los conspirados y poniendo en las calles mesas francas para que se regalasen, como defensores de la pátria, y armádolos con todo género de municiones, tocaron al somatén general, que se esparció por diez léguas, y otro dia se cubrieron los campos de gente armada, y en la ciudad hubo *vía fora* contra castellanos; y habiéndose recogido al convento de los Agustinos tres de los capitanes, que fueron D. Juan Arias, Arroyo y D. Fulgencio, Marqués, delante del Santísimo Sacramento, que se sacó en público para templarlos, los arcabucearon, y es cosa maravillosa que con veintiseis balazos y dos cuchilladas de espada tajante, vivia D. Juan Arias, y les persuadia al temor de Dios y la obediencia de su Rey hasta que espiró. Antes de ésto habian muerto en un convento de monjas, que está fuera de la ciudad, ocho soldados particulares, y á una mujer que lamentaba con palabras y con lágrimas ésta desdicha, la cruzaron la cara; mas entregados á la infidelidad todo era repetir sacrilegios contra Dios y alevosias contra su Rey, como la cometieron asaltando la iglesia mayor, adonde D. Ramon Caldes, gobernador de Cataluña, y D. Diego Borrio, del hábito de Santiago, teniente de Maese de campo general, se habian hecho fuertes en las torres, y á no valerles cierto rumor que se levantó, con que avanzó la gente á un lado de la ciudad y dió lugar á que con la oscuridad de la noche saliesen de élla, fuera cierto perder las vidas como los demás que libraron y aseguraron en los ásperos descaminos de las montañas. Recogióse Juan de Arce á Blanes, lugar marítimo del marqués de Aitona, que á fuer de vasallos de tal señor le socorrieron; baldonándolos los traidores á la pátria, los que de verdad lo eran de su Rey, porque permitieron acuartelar fuera de los

muros el ejército de S. M. que á todas horas y en todas partes era perseguido y acometido, no sólo con las armas sino con quitar los víveres, publicando por traidor al que se los diese, y amenazando de castigar severamente al que incurriese en dárselos: tan dentro del mando y tan revestido del imperio estaba el conspirado enjambre de villanos, que reconociendo que no habia fuerza poderosa para contrastar aquella parte de ejército invencible, se valieron de las cautelas; pero éllos, aunque desnudo el cuerpo por la necesidad, mostraban vestido el espíritu de valentía y la resolucion en proseguir su jornada, que tan medrados salieron de los alojamientos, y abandonado el miedo, vencido el sueño y tolerada la hambre, llevados del coraje, apeteciendo las dificultades y pronta la obediencia, se hicieron horribles y temidos á las tropas enemigas, con ser sin número.

Recogida nuestra gente en Blanes, deseando el conde de Santa Coloma que las demás compañías, así de caballos como de infantería, no peligrasen, se dió órden á D. Fernando Chirinos, Comisario general de la caballería, para que fuese á juntarse con la que conducia D. Gregorio de Velasco, y Don Francisco, su hermano, y D. Benito Rebolledo, capitanes de caballos, por haber llegado aviso que eran gravemente molestados de los pueblos alterados. Partió D. Fernando con su gente la vuelta de Sanseloma, que está seis leguas de Barcelona, y encontró dos leguas distantes de la villa á las tropas de la caballería que por espacio de dos dias habian roto los estrechos caminos con las armas, y venian todos cansados de la larga pelea, maltratados de la continua fatiga y mal reparados, con que apénas habian comido éllos ni los caballos en éste tiempo. Con la venida de D. Fernando se entró en consejo á vista de los enemigos que los seguian, sobre cuál camino se tomaría, y se resolvió seguir el que D. Fernando habia traido por haberle pasado sin tropiezo, y por parecerles que en Sanseloma, que poco ántes estaba sin rumor, hallarian albergue donde poderse reparar; y así, dando y recibiendo cargas, aunque ya á nuestra gente les faltaba la municion, lle-

garon á Sanseloma, que habia cerrado la puerta y estaba en arma, bien que despues de diferentes plácticas les obligó D. Fernando con cortesía á que les diesen algunas casas yermas donde recogerse. Juramentáronse primero los Bayles y Diputados que no dejarian entrar en la villa los amotinados: mas rota la fe del Sacramento, y más poderosa con éllos la enemistad que la palabra, persuadidos de las exhortaciones de la turba conspirada, que instaban á las puertas no dejasen perder tan buena ocasion de borrar con la vida el nombre de los traidores á su pátria, que éste atributo dan á la más fina lealtad de vasallos, reducidos los del pueblo al desleal dictámen, abrieron las puertas y entraron los aleves, y siéndolo todos los de la villa, cargaron sobre la caballería y sobre la infantería modenesa que estaba en el mismo lugar alojada. Serían hasta número de trescientos, y la caballería quinientos hombres, que por no morir encerrados montaron á caballo y salieron al campo á tiro de cañon de la villa, quedando la infantería modenesa acometida en una casa donde se hizo fuerte de todo el golpe de los enemigos que entraron por las casas vecinas y degollaron casi todo el tercio con siete capitanes, no obstante que D. Fernando, con valor muy de sus obligaciones, con su Teniente y el baron de la Capela, entró á correr las calles y socorrer los demás. Viendo el cuerpo de la furia de los caballos, los bandidos desde la casa los arcabucearon, y á D. Fernando le mataron el caballo, y al baron de la Capela le derribaron muerto: escaparon algunos modeneses de serlo, mujeres y niños, y fueron abrigados de la caballería, que estaba á la vista y se hallaba cerrada de innumerables contrarios; porque el somatén de las compañías los convoca de suerte y multiplica, que parecen abortos de su clamor, segun préstamente se aparecen al más leve sonido del templado metal. Cerca de una ermita, por donde habia de pasar la caballería, estaba cogido el paso de los rebeldes, y con mayor número y bien fortificados, impedido otro puente, con horrenda gritería gritándolos, porque ya les parecia no poder escapar le gente sin ser desmontada y muerta: mas

acometidos con briosa resolucion en una y otra parte de diversas tropas, los ganaron los pasos y pusieron en huida y hallaron serones de nieve, pellejos de vino y otras viandas en abundancia, prueba de la asistencia que tienen en los lugares y de su regalado estilo de pelear.

Vencidas éstas dificultades, faltándoles de todo punto la municion, emprendieron pasar á Salvanés á juntarse con Juan de Arce, por ser el camino más corto; y apénas entraron por la angostura de él, cuando de las colinas derribaron los enemigos veinte soldados sin vida, con cuyo trágico suceso les pareció mudar consejo y dar la vuelta á Barcelona, enviando delante aviso al Virey de su determinacion: mas el que se ofreció á llevar el aviso, que fué D. Benito Rebolledo, Capitan de caballos, se vió con tantos, que se tuvo por maravilloso accidente de fortuna escapar con vida de tantas calamidades como le sucedieron. Guiados hácia Barcelona caminaron todo el dia, perseguidos de la infame turba, que á dos bandas, derramadas por las eminencias que desde los pasos se levantan, herian sin poder ser ofendidos de la caballería, que cansada iba casi sin aliento. En ésta forma y con éste aprieto llegaron cerca de un convento de frailes Jerónimos, adonde un religioso, compadecido de ver tan desdichada mortandad en unos y en otros, y toda la tierra metida en riesgo tan fatal, sin más culpa que por ser vasallos verdaderos de su Rey, les dijo dejasen el camino derecho, porque no podrian salir de él verdaderamente sin perecer por estar poblado de rebeldes; que él les enseñaría una senda que terminaba á la mar, adonde se podrian prometer mejor suceso, que por ser descamino aseguraba no serian esperados en él, y se ofreció á guiarlos, habida licencia de su Prior. Para que empezasen á marchar señaló la senda, que á toda prisa siguieron los soldados, quedándose D. Fernando con solos cinco á pedir licencia al Superior, y demora tan breve como la que pudo causar el Prelado, le ocasionó riesgos tan vivos, que es prueba rara de dichosos estarlo: pues cuando quiso seguir su gente se halló cortado de la adversa canalla, y, aunque guiado del fraile dió vuelta al convento para romper

nuevo camino, fué en vano, porque no habia paso sin tropiezo, ni tropiezo sin mortal caida: y así, amparado de la noche, habiendo perdido dos compañeros y herídole otro, vino al convento, donde entró por las tapias y fué en él escondido tan piadosamente, que aunque por tres veces profanaron las clausuras, y con amenazas irreverentes propusieron quemar el convento si no les entregaban el cabo de aquellas compañías, tan firmes en ésto, que no fué poco ampararle: finalmente, le libraron por entónces, y tres dias ó cuatro despues salió patrocinado de la oscuridad y el fraile, y padeció en la breve distancia de una legua nuevos naufragios, pues en saliendo mataron al teniente Plaza é hirieron al fraile, y á él le libró la capa gascona y el birrete de la tierra con que iba disfrazado, y dos fadrines catalanes bien cohechados, que le acompañaban, Así entró en Barcelona, cuatro dias despues del trágico y siempre fatal dia 20 de Mayo, no ménos que el de 7 de Julio, ambos lamentables por las desgracias de tal vasallo y ministro, por los delitos cometidos contra la Majestad, mayores y más execrables por los abusos de la religion y sus desacatos: pues como descenciese la caballería por la senda que el religioso les señaló hasta tocar la playa del mar, el rumor de las armas llegó á Barcelona, lúnes 21 de Mayo, al anochecer, y para que se note la prontitud que siempre tienen en perseguirnos, luégo se conmovió la ciudad y hubo *via fora* contra castellanos, sin saber la causa más que ser contra éllos; pues se publicaron tres, y todas falsas, una que los soldados habian quemado á Sant Andreu, que es un lugarcillo cercano á Barcelona; otra que un castellano habia estafado á una vendedora (buena razon de motin); otra que habian muerto un sacerdote: ni éste se halló sin vida, ni la vendedora sin caudal, ni el lugar con llamas, si no es las que atiza el ódio. Mas ya es astucia suya para concitar el pueblo atribuirnos un caso, ó lleno de impiedad ó ageno de religion, y debe de tocarles la fiscalía de la fe, segun acuden á fulminar su rigor contra nuestros errores, aunque supuestos los cometidos ésta noche, no fueron pocos. A la marina cargó el golpe de su arrebatado tropel, hiriendo

y matando cuantos soldados y castellanos no pudieron huir su furia, porque muchos, cogiendo la puerta del mar, se retiraron al asilo de las galeras, seguidos con pavoroso estruendo de piedras y balas hasta su orilla: la oscuridad de las tinieblas puso tregua é sus crueldades, pues deshechas aquellas con la luz, se rompieron éstas con la saña; porque la caballería, parte con el descamino que siguió, parte con lo caliginoso de las sombras amparada, habia gozado de descanso: mas descubiertos al rayar el sol, de los infieles escuadrones, más crueles por verles sin defensa, porque ménos el ánimo les faltaba todo, fuerzas por el trabajo repetido, municion por la proseguida defensa, consejo por salirles todo contrario. En fin, entre tantos desalientos animosos, no teniendo carga que dar y recibiendo muchas, esperando hallar seguridad en los muros de Barcelona, rompieron por las catervas alborotadas, mas apénas se acercaron á la ciudad, cuando coronado el baluarte de mosqueteros de las compañías de guarda que entran todos los días, y echada la cadena en la puerta de afuera, como si fueran enemigos de la Corona, empezaron á tirar y derribar soldados. Con éste insolente ejemplar, los de la marina, hecho un cuerpo con los amotinados advenedizos, al retirarse los soldados de la mala acogida de Barcelona hácia el muelle, los recibian con gárfios en instrumentos navales á los afligidos, y en un punto, sin reparar los estandartes reales, sin lastimar tanto nuestro indefenso, sin detenerlos verlos rendidos, sin refrenarlos verse infamados con la traicion, se vieron trescientos ochenta caballos desmontados, que los demás, hasta quinientos, faltaron en el camino, y la plaza cubierta de cadáveres, el mar de ahogados, las galeras de heridos, y todos perecian si las barcas de éstas no se acercáran á la orilla á dar acogida á sus compañeros; los caballos sueltos por la campaña, y en muchos subidos los catalanes haciendo alarde de su alevosía. Fué de congoja para los leales, ver tan derrotada deshecha en tierra del Rey Católico, pues fué tal, que no la hemos padecido del enemigo, ántes fué terror glorioso de su campo, la gente que hoy padeció ésta rota de la

inobediencia de vasallos, y lo que más se puede sentir es que ví muchos ejecutores de esta ruina, y ninguno lastimado de ella; muchos crueles, y á ninguno piadoso; en muchos noté la risa, y en todos el gozo, con que se reconoce que el ánimo es uno; y es lo peor, que no contentos con tan infausta ejecucion de males, despues de perpetrados, se esparció voz que desbalijando un soldado se le habia hallado en las alforjas un niño muerto, con que irritados de nuevo contra los muertos, los hollaban y blasfemaban: rara nacion que se muestren compasivos sólo para encruelecerse, católicos para apartarse de la fe, religiosos para ser profanos: pues, ¿qué otra cosa es ponderar nuestros delitos, ó mentirlos, y obrar despues con más rigor, con ménos reverencia y con mayor malignidad lo mismo que censuran por terrible? Cuando tenian y tienen las manos teñidas con la sangre de infinitos, no culpados, reparan en la de un niño por inocente, y siendo lástima nuestra, quieren hacerla motivo de su rigor y disculpa de su enormidad. Hijo del soldado muerto era el niño que tambien lo estaba, y acabó con la madre y otras dos mujeres, á quien su furor no perdonó al pié del convento de los Jerónimos, de diferentes tiros de sus pedreñales, y la compasion del padre en cuyos brazos terminó la vida, le guardó por reliquia de martirio tan violento, ó, lo más cierto, para darle sosiego venturoso en el sagrado, que la correria continuada de sus adversarios no le habia dado lugar á esta diligencia. Y siendo esto infalible, despues de muerto el padre le infamaron de inhumano, y quieren colorear sus crueldades con nuestras cuitas, y dar nombre de venganza lo que es voluntaria atrocidad: porque si la venganza presupone agravio, que aquí no precedió éste, se ve claro, pues concurriendo los vecinos todos de los lugares, ninguno supo éste tan duro hecho, hasta haber humedecido, si no satisfecho, la rabiosa sed de su rencor en tanto infeliz soldado, y hasta que se desbalijó el más desdichado de todos, se ignoraba que hubiese niño muerto: luégo primero estuvo ejecutado el castigo que se supiese que le merecian, ántes habian recibido la pena que se entendiese habian co—

metido la culpa, y es que como su ánimo se extiende sin límite á desear nuestra calamidad, y no pueden dar nombre á culpa, que el ánsia de mayor castigo no la exceda, y guardan á que esté el rigor ejecutado para fingir horror que excuse su bárbara impiedad, porque hacen siempre la culpa á medida del rigor, y no el rigor á medida de la culpa: y hallando en esta sazon este piadoso motivo, atribuyéndolo á la inhumanidad de los soldados, se excusaron de mentir otro, y confundieron nuestro dolor.

No se terminaron este dia las desdichas en las referidas, porque alentada y aún confiada la osadía de los aleves que habia hecho en las armas de su Rey tantos estragos, en que la ciudad habia ayudado á esta tragedia y en que era el principal agresor de esta atrevida infidelidad, cubriendo los campos de más de tres mil alterados, con sus pedreñales, carabinas y arcabuces, no los quiso ver Barcelona, y vió para poner cadena á la puerta nueva y tirar desde el baluarte de Levante á una afligida tropa de caballos que venia á guarecerse debajo de sus muros; y así como no los quiso ver, usando de la disimulacion licenciosa, tomaron una puerta sin defensa, tan armada para nosotros, y entraron en la ciudad de hileras, cogieron las calles y cerraron la cárcel, empezaron á romper las puertas, y por excusar cosas tales dieron las llaves: el Virey huyó amenazado á la Atarazana, el duque de Fernandina escapó á las galeras y paró todo en sacar al Diputado de la prision, en dar libertad á los presos, en matar un criado del Veguer, porque dijo «¡favor al Rey!» en salir el Obispo y la ciudad á quitarlos, en decirle al Obispo no hablase castellano, y que dijese, «¡viva la tierra y muera Don Dalmao!» y que respondió, «¡viva el Rey, nuestro señor y la tierra!» A las once del dia 22 de Mayo sucedieron estos quebrantamientos de la ley y de la razon; mas como eran en más libertad de los fueros, se alegraban los ciudadanos de que hubiese quien tomase la mano en lo que ellos deseaban ponerla, y aplaudian la valentía de sus fadrines en tan vergonzoso hecho · y fué el modo de entrar tan lleno de abusos

como de desacatos, y el obrar tan adelantado de aplausos como debiera ser corregido de castigos. Venian en hilera, con sus charpas, y en ellas sus pedreñales, y muchos traían escopetas largas, y con multiplicadas voces decian, «¡viva la fe de Cristo, viva la tierra, muera el mal gobierno, muera D. Dalmao!» El que los capitaneaba llevaba en la mano un pedreñal, en la otra un Cristo y una pistola, en la boca un cuchillo, ¿á qué no llegára su error si se vió en tan nefando atrevimiento la imágen soberana de Dios, y en poder de homicidas y en manos de insolentes, hecha bandera de alevosías? ¿qué podemos juzgar sino que la fe ó el seso les falta? Pues para valerse de la imágen sacrosanta de Cristo, quisiera yo saber ¿qué tierra santa conquistaban? ¿qué blasfemos de su nombre perseguian? ¿qué cautivos libraban de las mazmorras? ¿en qué trono iba la sagrada efigie y qué Salmos cantaban á su nombre? ¡Horror pone el decirlo! pues el trono en las manos cruentas de un aleve homicidiario, los Salmos blasfemias, los cautivos que libraban, la horrura de la república, y la conquista, alterar las leyes, inquietar la paz, matar al Virey, acabar los castellanos. ¡Rara ceguedad! ¡Brava religion y desacato! ¿Pero qué más torpeza y desatino que llevar por aplaudidos de venganzas al que murió perdonando y por perdonar? Y siendo todo tan irreverente y desacordado, les pareció á los ciudadanos piadosa su accion, y alabaron la templanza de los fadrines, porque á ruegos del Obispo y de la ciudad se salieron fuera de ella sin intentar la muerte del Virey, y fué porque reconecieron que estaba resguardado en la Atarazana, y que las galeras habian hecho punta hácia aquella parte, vueltas las proas á tierra y sus barcas en la orilla: así estuvieron el dia del *Corpus*, para que como ahora se fustrára entónces sobre su depravada deliberacion: por éste servicio despachó correo Barcelona, pidió albricias y pidió gracias, y es justo se le den las que merece. Todos quedaron suspensos hasta saber cómo se recibia en la córte el suceso referido, y aguardando la respuesta hubo alguna calma de naufragios en la ciudad, á tiempo que Juan de Arce padecia,

acuartelado en Blanes, graves peligos, y los de la necesidad de víveres eran los mayores, con que se dispuso saliese de Blanes y marchase á Rosas, y que las galeras de España fuesen convoyándoles por la mar, y les llevasen bizcocho y municiones y un socorro de sesenta mil escudos. A esta hora se hallaban en Barcelona D. Felipe de Guevara, Maese de campo de uno de los regimientos del Conde-Duque, hijo del conde de Oñate, gran político de esta era, como se lució en Alemania en la eleccion de Ferdinando II, rey de romanos: estaba á la asistencia del virey de Cataluña para evitar algunos intervalos entre él y Juan de Arce, y tambien para obviar en parte los peligros de Barcelona, y para dar á entender que era primero en el servicio del Rey, ántes que valerse de la autoridad del mando, ni introducirse competencia si no en lo que tocó á la jornada y en los pareceres de ella, se subordinó al de Juan de Arce, dejando á Barcelona, por hallarse con él en los trances del Condado de Rosellon, mayores de lo que juzgó: con el ejemplar de D. Felipe de Guevara, se hallaron otras dificultades que podian ser de estorbo para la faccion que se seguia, pues el competir con el Maese de campo de irlandeses Tutavila, y Moles, Coronel de italianos, tambien obedecian á Juan de Arce, y se excusó el tropiezo preciso que de la diversidad de órdenes podia resultar, y se halló bien servido S. M. por la prudencia de D. Felipe.

Luégo que llegaron las galeras les socorrió el duque de Fernandina, y dió municiones y embarcó la gente inútil, y el resto, de ejército enseñado ya á triunfos y á victorias, se encaminó á Rosas, venciendo muchedumbre de enemigos, de la misma manera que lo inaccesible de los montes; pues no dió paso en que no hubiese que allanar, procediendo con tanto valor para vencer y con tanta templanza para perdonar, que siendo en todas partes acometidos, en poniéndoles en huida los dejaba, de suerte que como el conde de Santa Coloma temiese algun mal suceso en las armas del Rey, por parecerle que Juan de Arce obraba con demasiada suavidad, pues perdonaba enemigos que habian de continuar en serlo, y

la voz de esta clemencia los podia hacer más osados, le oí decir que hacia mal en no escarmentar los atrevimientos de los rebeldes para redimirlos al respeto. Esto es bueno para los que han divulgado que ha tenido la mano muy rigurosa: bien creo que si anteviera las injurias, imposibles de imaginar, del jueves del *Corpus*, hubiera concedido á los suyos libertad para tomar satisfaccion de los catalanes; mas conocido que cualquier demasiada ofensa que hiciese en los que le acometian habian de pagarla cuantos castellanos y soldados forasteros hubiese en Cataluña, limitaba el rigor y lo dejaba sólo en defensa, y se contentaba con asegurar su gente porque no peligrase la demás que estaba en la tierra. Así, cuanto hizo fué forzado de sus demasías, pues no tuvo paso que no estuviese cogido, vuelta sin emboscada, monte que no se viese armado, lugar que no cerrase las puertas, de suerte que la hostilidad más enemiga no pudiera ser tan contraria como lo era á las banderas de su Rey esta aleve tierra. En fin, llegaron á Rosas con casi ninguna pérdida de soldados, y con infinitas glorias de vencedores; pues las merece ejército tan bueno, que no llegaba de mil hombres ni á quinientos caballos, y abrió paso, sobrepujó sus fortificadas montañas, desbarató sus prevenidas asechanzas y atolló tantas veces sus numerosas huestes: aquí descansó la gente algunos dias, hasta que llegando aviso de que en las fronteras de Rosellon se oian asonadas de guerra fancesa, con que se apresuraron á marchar la vuelta de aquel Condado. En este tiempo se iban encadenando nuevas y mayores desdichas fomentadas de las cabezas de los amotinados, que eran muchas, segun las estancias donde asistian sus multiplicadas tropas; y por las que se han rastreado apuestan, sin duda, á elegir el más digno, pues entre otros, lo es un forzado de la galera Capitana de España, que salió de la cárcel cuando libraron de ella al Diputado, hombre de baja estirpe, de infames costumbres, y que fué elegido á título de más depravado; y así, con desenfrenado imperio envía órdenes á los lugares en forma de provision Real, para que le acudan con lo necesario, así de gente

como de vituallas dando por traidor á la pátria, al lugar, al hombre que no le obedeciese, firmándose el Gobernador de las armas de Jesucristo. Mas como todos arden en el mismo fuego, es socorrido sin escasez y prontitud, aunque sea reconocido que aflije con más tiranía, por la enemistad de sus bandos; los pueblos que se nombran Cadelles, por seguir el de los Niarros; y se halla tan obedecido, que porque el Jurado, en capítulo de Viquia detuvo un correo que llevaba diferentes cartas para conmover los lugares, pareciéndole convenir á la quietud pública estorbar tan descaminado mensajero, le arcabucearon y quemaron la casa.

Mas para sellar todo lo trágico, todo lo lamentable, y subir de punto lo insaciable de sus hechos, y encarecer adonde se halló el furor sin freno, el desacato sin templanza, la alevosía con despecho, la ejecucion con impiedad, los templos sin veneracion, la religion sin caridad y la inocencia sin abrigo, representemos el dia 7 de Junio, dia que destinó el universo para aplauso del más alto misterio, pues fué el jueves del *Corpus*. Este previno su traicion para ejecutar tantas maldades; pero su saña, para hacerle formidable, mas la gana demasiada de nuestra perdicion, apresuró la hora del rigor. Su primer intento fué, para que no se escapase el Virey ni castellano vivo, aguardar cuando la solemnidad de la procesion los juntase á la venerable asistencia adonde su cristiano celo presuponia los habia de conducir; mas como de madrugada sucediese la muerte de un segador, acaecida en pendencia formada con otros de la tierra, y los segadores fuesen la capa primera y maliciosa que se habia de echar al motin, á la voz de este casual infortunio concurrieron á formarle hasta ciento cincuenta de ellos con disonante rumor, y arrimándoseles otros de la ciudad, cercaron la casa del Virey, como si fuera el agresor de aquel homicidio, y hallando alguna resistencia de los criados y allegados de ella, la quisieron poner fuego. Los religiosos de San Francisco, que están en frente de ella, sacaron el Santísimo Sacramento, solicitando impedir la ejecucion del incendio; mas aunque postraron las rodillas en

tierra no se apartaron del lugar ni del intento hasta que vinieron los Conselleres, y dándoles más acatamiento de lo que era justo, se dejaron llevar de ellos á la Rambla, sitio centro de la ciudad, y fué como señalándoles por dónde habian de empezar sus estragos; pues á las diez del dia quemaron los bienes de Micer Vearte, sacerdote, á quien en el convento de las Mínimas, en la celda de una monja, mataron sacrílegamente. A la tarde fué tambien materia de las llamas la hacienda de D. Grao de Guardióla, y la que dejó en Barcelona el marqués de Villafranca, con la casa en que vivia, sin bastar la defensa de sus criados y guardas, muriendo todos parte al saco y parte al incendio; y hallando entre las alhajas del Marqués un reló en figura de mono, que al movimiento del volante meneaba los ojos, misteriosos como siempre, salieron por la ciudad publicando que habian hallado el familiar del marqués de Villafranca. Hasta las tres de la tarde gastaron en esto, y á esta hora se divulgó que un criado del Marqués habia muerto al Conseller segundo, que hoy vive, y con esté pretexto tomó las armas toda la ciudad de Barcelona, y derramados unos y otros por las calles, fueron saqueando cuantas casas y posadas de castellanos habia; dando infeliz y cruda muerte á los que entraban, que fueron muchos, porque las iglesias y conventos, habiendo despedido los que tenian dentro por no padecer por su causa, se cerraron: los conocidos los convocaban, los amigos no se atrevian á ampararlos; el que no los mataba los maldecia, y á éste con el ultraje y á aquél con las heridas, les daban muerte duplicada: cuál por remediar la vida, la rescataba con el dinero de la primera tropa en quien caía, y ocurriendo en otra la perdia; cuál, despues de haber recibido el rescate, se encrudecia más, porque codiciosos é impíos, era lo primero examinar el caudal de cada uno, y descubierto, le despojaban de éste y de la vida. La codicia de algunos llegó á tanto, que hacian desnudar al soldado por no romper el vestido, y luégo con cruda fiereza disparaban en él las pistolas. Por las calles se pregonaba que el que tuviese castellanos escondidos y no lo manifestase le quemarian con su casa; traza tan rigurosa,

que amedrentaba la compasion de algunos buenos que echaron de sí los que habian defendido. Por tres veces hicieron abrir los conventos y con las pistolas á los pechos apremiaban á las monjas á decir si encubrian algun traidor de la pátria; y como á tales, por ministro del Rey, hicieron despojo del fuego los haberes y casas de los jueces de la Audiencia, como son las de Micer Muro, Micer Ramon, y otros que intentaron saquear sin poderlo conseguir. Entre tantas desdichas solo el Virey, perseguido y cercado de los de su ciudad y nacion, sin ninguna galera de España, aunque prevenido este suceso y pedido le dejasen dos, una de Génova de las del Rey, que estaba, por sola y por tener 600.000 escudos mal seguros en el puerto, así como sintió que el baluarte que está sobre la Atarazana la tiraba, y que una bala de las tres que la dispararon habia dado dentro, se hizo á la mar por no zozobrar; desamparado de todos, aunque no de su valor, que á vista de la muerte conservó, sin perder en aquel trance ni la autoridad del puesto, ni la grandeza de quien era, en tan flaca fuerza como la de la Atarazana, asistido de algunos soldados, de los cuales veinte, que con D. Diego Berrio, teniente de Maese de campo general y el capitan Barrientos guardaban la puerta, fueron desde el baluarte que los domina muertos á mosquetazos; los demás huyeron hácia el Monjuit y se escondieron en las cuevas de la puerta: sin dilacion se puso fuego por los alterados que estaban fuera, y los de la muralla bajaron con escaleras, y entrando todos hicieron una cruenta carnicería de cuantos encontraron, y fueron en seguimiento del Virey, que iba con dos personas no más arribando al Monjuit, y con atrevimiento nunca imaginado, cara á cara, porque al sentir que se le acercaban volvió el rostro para hacerle al peligro, le dieron de puñaladas. Este hecho acumulan á un clérigo, que estos y los frailes habian tomado por su cuenta, sin los atizadores de la sedicion, como si lo depusiera el derecho de la dignidad. ¡Oh aleves brazos, cómo espero ver castigada del cielo y de la tierra tan atroz ejecucion! Solo este consuelo le queda á mi dolor; que no habeis dejado lugar á la

misericordia, inmortal ignominia adquirió vuestró nombre, manchada estuvo vuestra fama, y con tan grande desacato se borró lo heróico y lo antiguo de que os preciábais.

A las faldas del Monjuit murió vuestro Virey, y servirá éste monte á dos fines, á ser mausoleo glorioso á varon tan esclarecido, y á ser padron infame que á pesar de los tiempos se conserve publicando una traicion la imágen viva del Rey. ¿Hubo humano que se atreviese contra lo sagrado de la Majestad? Si declaró la insolvencia y cometió maldad tan sin ejemplo ¡oh mónstruos de la infidelidad, aborto de las montañas, más aleves que la misma iniquidad! ¿qué loca confianza os pone las armas en la mano? Pues todo ha de ser en ruina de vuestro Principado; pues con precipitaros á tantos errores, habeis de obligar á que de ellos se forje cadena que oprima vuestra libertad, que ha sido siempre tolerancia y no ejecucion. Si la defensa del fuero os concita á tan grave locura, no ha sido defensa sino ofensa de la ley, que es destruirse de la accion de exentos apartarse de la debida lealtad. Y las demasías de vasallos podria hacer el Príncipe disimule, mas nó que pierda la inhumanidad de Soberano, que se le debe de verdad. Los fueros de catalanes, pues no eligieron Señor, dos principios pueden tener, ó la violencia arrebatada, como en este caso, ó el merecimiento de los pasados premiados en exenciones del Principe: si el fuero nació entre violencias no perjudican la Majestad; pues si no fué por fuerza el concederle, por fuerza será justo negarle; y si lo que es patrimonio de la Corona no puede enajenarle el que lo posee, ninguna cosa queda con fuerza en tales donaciones. Sus patrimonios de la Majestad tampoco puede conceder las libertades y exenciones defraudándose del justo señorío con sus vasallos, y así el Príncipe que se engañó dando privilegios de justo vasallaje en los suyos, no por eso dagnifica al sucesor, que podrá, sin nota, corregir los derechos hasta quedar señor. Y si por razon de haber sus predecesores merecido de la libertad de sus Príncipes estos fueros, y los goza Cataluña, es bien advertir, que si el mérito de lo pasado fué digno de la exencion, el de-

mérito de lo venidero le hace indigno de ello; que el fuero le da el Príncipe para proteccion del buen vasallo y no para libertar la disolucion de inquieto; para oirlos en justicia, no para hacerlos jueces de ella: el dominio ha de estar siempre en el Príncipe, y la obediencia en el vasallo. No hay causa que justifique tomar armas contra las de su Rey, ni exencion que no quede anulada si las toma: siempre queda superior el que da el privilegio al privilegio, pues de otra suerte fueran iguales y no privilegiados y de su misma liberalidad nacieran sus enemigos; y es bárbaro dictámen pensar que el señor que sucede no puede derogar lo que otorgó su antepasado, si se hizo en perjuicio del sucesor del Estado y de la conservacion de los súbditos: mas en Cataluña, el fuero es Alcoran, y Alcoran ignorado, porque ninguno sabe lo que defiende, ni cómo se ha de defender, pues ni el orígen de sus privilegios, ni el protocolo de sus exenciones ha sido visto de nadie. Porque el duque de Cardona quiso, de órden de S. M., reconocerle y descubrir sus estatutos, tomó las armas Barcelona, que no es nuevo repetir alevosías, y fué forzoso retirarse el Duque, no con pequeño peligro; y así se ignora lo que se les ha de guardar, y ellos no saben lo que han de defender, y defienden todo lo que puede reducirlos á moderacion de vasallos, y con libertad de república tirana es oido mejor el ignorante que el letrado más aplaudido el plebeyo que el noble; y como es su estado tan violento, más bien escuchan al atrevido que al modesto, más se aseguran del perdido que del virtuoso, y es todo un mar turbulento áun para sí mismos dañoso; pues ninguno tiene ni la vida segura, ni la hacienda; todos zozobran, y los más se hunden en desastradas calamidades y en los desafueros que cometen para conservar sus fueros. Eso mismo lo publican, con la voz que esparcen de que son dados á la corona de Castilla, y, á la verdad, cuando ignoran que no eran dados, lo creyera viéndolos tan suyos, y será mejor llamarlos, tomarlos y áun atados á la obediencia de su legítimo señor, que dados; pues quien revolviere los anales, hallará que Cataluña fué conquistada como lo demás de España, y ántes habia de ser

ménos privilegiada que los otros reinos de ella, porque sus primeros habitadores no eligieron señor, como aquellos, sino que estuvieron sujetos á los reyes de Francia, que enviaban, con título de Conde, el Gobernador que los mantuviese en justicia, hasta que Hubifredo II mereció de Cárlos Calvo, Rey de Francia, el feudo del Condado de Barcelona, con imperio absoluto. De este fué propagándose la linea de los Condes de ella hasta D. Ramon Berenguer, que casó con Doña Petronila, hija de D. Ramiro el Monje, que lo fué de Aragon; y á causa de unirse estos dos señoríos, se juntaron con el de Castilla, por el felicísimo casamiento del rey D. Fernando de Aragon, con Doña Isabel reina de Castilla, de quien sucedió el rey Católico y señor de Cataluña, por derecho hereditario. Con que no tiene excusa su osado atrevimiento, ni les es permitido abusar del templado gobierno del señorío, ni ser ingratos á la tolerancia del ánimo real que gobierna, y sus delitos, á fuer de padre forzoso les corrige; y esta afabilidad mal entendida los ha desenfrenado, y sin duda con mayor error, que ignoran lo que hacen, y no han concebido la que es ofender á su Rey, y Rey tan grande á cuyo brazo no hay cerviz indomable, fuerza invencible, ni muchedumbre bastante. ¡Oh Cataluña, cuántas veces has de llorar la muerte violenta de tu Virey y la de tantos bizarros castellanos á quien tu aborrecimiento injusto degolló impiamente, los cuáles, fuera cierto, volvieran á morir en tu defensa muchas veces, si con su sangre hubieran de comprar la debida obediencia á su Rey, que es causa principal de su lastimoso fin!

Será el dia siete de Junio, blason inmortal, que honre la memoria de D. Diego Berrio, Teniente de Maese de campo general, caballero del hábito de Santiago, que murió generosamente por la defensa de su Rey, y la del capitan D. Gabriel de Berriz y capitan D. Juan Angel, que vestidos de capuchinos fueron arcabuceados, y las de otros innumerables hombres de cuenta y particulares, por cuya causa ha de volver el Cielo. Hasta el sábado á las dos de la tarde duró el motin, y pareciendo á la ciudad que los excesos pasaban á sus veci-

nos, y á lograr enemistades domésticas, que padecian algunos bien quistos, mandaron, para atajar este inconveniente, armar los caballeros; los cuales, con las armas y con la autoridad echaron fuera de ella á los más sediciosos con pretexto de ir contra D. Juan de Arce: para este fin les dieron caballos, que los infelices soldados habian perdido el dia veintidos de Mayo, valiéndose contra las armas del Rey y de sus fuerzas. Es para notar, que las de los caballeros fueron bastantes para estorbar la ofensa de los ciudadanos, y no fueron poderosos, en causa más justa, para favorecer al Virey, acompañarle, defenderle y resarcir la canalla.

Al tiempo, pues, que sucedian estos no vistos alborotos de Barcelona, marchaba la vuelta de Rosellon el ejército del Rey, con nuevas ocasiones de coronarse de glorias, por las que adquiria con las victorias que cada dia alcanzaba de los amotinados: la mayor parte del Condado de Rosellon lo estaba declaradamente, y Perpiñan, como villa más poderosa, si se viera predominada del castillo, con mayor atrevimiento intentó degollar el tercio de los aragoneses, que se defendió briosamente y aspiró á escalar la fuerza real. A los once de Junio, llegaron las banderas del Rey á la villa, y pidieron casas y armas dentro de ellas para alojar la gente, que venia, si no rendida, fatigada con los continuados afanes, y suguridad para entrar y salir líbremente por los menesteres de que necesitasen. Todo lo denegó Perpiñan, porque se hallaba, á su parecer, armado contra cualquier fuerza: las calles con cortaduras, las casas con troneras y con pasadizos que habian hecho de una á otra para hacer el paso y el socorro comun: en San Francisco y el Cármen se habian fortificado, y los frailes, para demanda tan justa, cargaban con el mosquete y olvidaban su sagrado instituto. Confiaba tambien Perpiñan con los socorros de bandidos que asomaban, esperando cada dia acrecentarse en mayor número, y con ésta cautela iban con diferentes prácticas entreteniendo el ejército para que no se arriesgase á entrar por fuerza; y como reconocian que ya no podian sufrir más la dilacion para dar en-

trada á los conspirados, intentaron hacerse dueños de la puerta de San Martin, que estaba defendida de la guarnicion del Rey, y con ardid más sacrílego que pudo pensar la herejía; pues valiéndose de nuestra firme religion, hicieron que el cura saliese con el Santísimo Sacramento, con color de darle á un enfermo, y con numeroso acompañamiento de vecinos, de más de cuatrocientos que estaban encerrados en las casas cercanas; con aparente devocion, llevando debajo de las capas gasconas los pedreñales, iban en seguimiento del sacerdote, para que los soldados que guardaban la puerta, inclinasen las armas al pasar el Santísimo, segun su cristiana costumbre, y ellos tuvieran lugar de embestirlos y enseñorearla: ejecutóse como lo pensaron, y atropellando y matando la no prevenida guarnicion, ganaron la puerta, si bien cincuenta soldados que estaban encima de ella se conservaron en la defensa con las picas despues de haber gastado la municion, y lo pudieron hacer, reparados de una fortificacion que el dia ántes habia hecho el capitan D. Cristóbal Cañedo. Con esto, corriendo la voz del fracaso, el castillo jugó la artillería contra la villa; entre el ejército y los españoles, cargaron la puerta de San Martin y el Cármen, ejecutándose todo el furor de la guerra, muertes, heridas, desperdicios en aquella plaza, voces, gemidos, estruendos, llamas, incendios, y veianse robos, destrozos, sacos; pues vencida la resistencia de los alterados, restaurada la puerta y muerto en ella á Torres, Capitan de la conspiracion, pusieron fuego á los arrabales, encerraron los enemigos, y porque desde la torre de San Francisco recibian los nuestros grave daño, por tirar desde ella á caballero, D. Felipe de Guevara, para quitar este religioso padrastro, prometió al artillero á doblon de á ocho por cada acierto de sus tiros, y el oro le hizo tan certero, en dos piezas que disparó, que con las baterías que hizo en la torre obligó á los frailes á la quietud, y á él se le dió el premio prometido; y fué, sin duda, vencimiento tan apresurado, y victoria tan sin pérdida nuestra y con tanta suya, que parecia castigo del cielo por la irreverente traicion: que es bien que los fines de este discurso sean para perdonar

las irreligiones de esta maldita nacion; pues ¿quién pusiera á riesgo de ser entre tantos furores, no sólo mal venerado, si no atropellado el Santísimo y venerable Sacramento, sino el que niega su verdadera presencia; ni quién de la reverencia de los otros formára sus desacatos, y rebozára sus injustas venganzas y mal nacidos rencores, con el resplandor clarísimo de misericordias, sino el idólatra, nunca ó mal catequizado, con la suave enseñanza del maestro de las gentes? ¡Oh abusos gentiliarios! Que á eso saben vuestras deliberaciones, pues sólo mostrais tener fé cuando fiscalizais la menor inobservancia de las otras naciones, y os ciega así el fuero, que no hay precepto seguro, cuando os enfurece su conservacion; y tocados todos los de la nacion de un mismo sentir, los eclesiásticos predican públicamente la libertad, los que no lo son toman las armas, unos persuadidos y todos ejecutan; pues en esta refriega, de los frailes fué de quien se recibió más daño; pero valiéndose de la templanza cristiana de los nuestros, y preparándose de ella y de los demás de la villa, viéndose todos rendidos, hicieron señas de estarlo, y de pedir misericordia, como si no fueran ellos los que nunca la tuvieron; cesó el saco, y el fuego, y la mortandad, y quitándoles las ocasiones de hacerse peores con las armas de fuego, se las vedaron, previniendo otras cosas para la seguridad, descubriendo dos minas, una encaminada al castillo y otra fuera de la villa, sin duda, para meter el socorro de los rebeldes. Porque habian concurrido más de tres mil bandidos de los pueblos vecinos á ayudar á los de Perpiñan, y pareció inconveniente digno de atajar, quedando Juan de Arce en resguardo de la villa, salió D. Felipe de Guevara contra ellos, y en breve tiempo los puso en huida y desarmó más de cuatrocientos que traian las carabinas que habian quitado de la caballería; accion muy digna de su valor, pues con él y el de tan valerosos soldados y cabezas es S. M. dueño de Rosellon; y si el desacuerdo de los catalanes no fuera tan pertinaz, esta leve seña del poder de S. M. debiera corregirlos y enseñarles á obedecer de grado, á quien por fuerza sabe hacer que le obe-

dezcan con el amago. Tortosa, pues, con tantos ejemplares de obediencia, situada en los confines de Valencia, se atrevió, si no á tanto, á los mismos desórdenes, cuando la confianza de S. M. la fiaba su gente y tesoro, á levantarse con éste y libertar aquella, para que derramada y fugitiva, despues de tantas experiencias, se malogre el cuidado de S. M., se detenga la empresa y se desperdicie el tiempo, se consuma el caudal y se repita el afan de juntarlos. Ruego al Cielo, que mudando de semblante los infortunios y las cosas, en más prósperos sucesos, sea todo para que S. M. sea obedecido, como es justo, de sus vasallos.

En esta forma, hacian su oficio las plumas, poniendo en teatro público los unos contra los otros, sus faltas, atrocidades y rebeliones: hacíanse, pues, instancias con ellos para que se redujesen y volviesen al soberano yugo del Señor, á que respetasen la justicia, cesasen las turbaciones y los escándalos; diciéndoles que S. M. no deseaba otra cosa que la paz, y que los daños que la gente de guerra habia hecho sobre los naturales y en la tierra se castigarian; y que así lo habia mandado á las cabezas del ejército, que se hiciesen informaciones de ello, y aquellos á quien estaba cometido el exámen de los excesos, lo ejecutasen, se pagasen con sus rentas y el dinero qne tenia en el Principado las quiebras y estragos de las iglesias, se volviesen á reedificar, y se pusiesen en supremo culto y reverencia mayor, como lo deseaba: que advirtiesen en el estado que le ponian de nuevos cuidados, cuando los de Italia y Flandes le tenian en la atencion que era justo; que le habian quitado poder para obviar éste cuidado, entrar en Francia á hacer efectos considerables y diversiones en alivio de ambas plazas de armas; y decíales cuánto más y mejor hazaña era y felicidad contra el enemigo que contra sí propios que fundar una guerra extrema y maliciosa, en aquel ángulo principal de España, más civil que cuantas se han podido ver en historias. No se daba oidos á ninguna cosa de éstas; la libertad y la insolencia eran de mayor precio que la enmienda y la justicia. Mil y seiscientos soldados que es-

taban en Tortosa para las ocurrencias de la tierra ó de la Italia, los sediciosos de la ciudad los echaron fuera, y dándoles algun dinero los desbandaron, quitando á S. M. el poder y los nervios de destruir á sus enemigos, para cuya obstinacion habia levantado aquella gente; y fué de no poca virtud, que una pequeña cantidad de dinero que estaba allí, como hasta 150.000 escudos, para estos mismos aprestos, no los tomaron, procediendo con el tiento de fronterizos, ántes que con la insolencia de los que estaban más adentro, en el corazon del Principado, porque no habia duda que por allí habia de comenzar el castigo, como sucedió. Tenian entendido los catalanes que toda esta milicia y la demás alojada en la circunferencia del Principado, era como irlos subprendiendo, como sitiándolos á lo largo, para constreñirles á la concesion de las Córtes por fuerza; y ésta era la causa porque cada uno habia tomado por su cuenta matar el soldado que le tocase de alojamiento, para por este camino dar fin de todos, y que el ardid fuese ninguno, y ellos quedasen señores de su libertad; ni de provecho el echar al lugar de cien vecinos doscientos soldados, ni al de dos, cuatrocientos, y en esta forma todos los demás: consejo y resolucion perniciosísima, y que el que la dió debia estar tocado del diablo, y querria ver arder toda la tierra, que es lo que aquel enemigo enseña á los suyos.

Sobre estos malos fundamentos, fundaba nuestro gobierno: no se podia esperar de semejantes sujetos, sino fuego y hierro, y ésto y el haber forzado á los caballeros de las Ordenes militares, convocádolos para ir á Cataluña, fué la causa de conmover toda la tierra y tomar las armas contra ellos, y el llamar á la nobleza de Portugal, y no obedecer, el resolverse algunos al levantamiento para eximirse de los castigos de que eran amenazados, buscando por esta vía su defensa, si la habian de poder hallar. De suerte, que estas dos resoluciones y novedades se llevaron tras sí dos grandes preseas, un Principado y un Reino, ¡y estos eran los Ministros que se nos venian más esclarecidos y los que eran sobre todos nosotros prosperados! Conviene darnos á creer, que aflicciones

y tributos son muy caros, por más que las unas satisfagan á la venganza y los otros á la codicia; pero viendo nuestros Ministros que lo de Cataluña pedia remedio, y en particular Barcelona, totalmente rebelde, y en el proceder de los ciudadanos desatinada, se trató de levantar y conducir gente, más ahora para la obstinacion y fantasía que para el castigo; pretendiéndolos reducir con maña y con el ingenio, y no llegar á la efusion de sangre. Convocáronse las milicias del reino de ambas Castillas, que llaman del batallon de las Andalucías, y de Portugal, desguarneciendo el castillo de Lisboa, que dió atrevimiento á las maquinaciones de aquellos soldados; hiciéronse levas de portugueses por los Arzobispos de Evora, Braga y otros Prelados, pidiéndolos vestidos y pagados, cosa que ellos sufrian mal; y, como digo, se llamó la que habia de castellanos en el castillo de Lisboa, y llamóse á toda la nobleza del reino para acompañar al Rey en la jornada, aunque con otro intento, nacido de la primera conmocion de Evora, ciudad á que se vinieron algunos. Muchos se hicieron sordos y no obedecieron, con que se comenzó en España y se abrió la puerta á una nueva llaga y desdicha, no sé si peor que la de Cataluña, con que todo iba fracasando; y no habiéndonos sabido dar manos para librarnos de una guerra porfiada en lo de afuera, la habíamos metido pesadísima en lo de adentro, y en las dos líneas de Levante y Poniente, como diremos en su lugar; ¡y plegue á Dios nos libremos este año de mil seiscientos cuarenta y uno de la del Norte en Navarra y Vizcaya! Enviáronse por el reino ministros del Consejo de Castilla, para aviarlo y darles prisa: al marqués de los Velez, con algunas ayudas de costa y otras mercedes, enviaron por Virey de Aragon, para conducir esta gente y encargarse del ejército, y entrar en Cataluña, que estaba por el Virey de Aragon, y pasaron al de Navarra: la gente se iba juntando, señalándoles el tránsito por Agreda, y la plaza de armas en Calatayud, donde ya se habian juntado pasados de diez y ocho mil hombres. Estaban por cabos en aquel reino y en Perpiñan, el marqués de Torrecusa, el duque de San Jorge, su hijo, D. Juan de Ga-

ray, el marqués de Mortara, Pedro de Arce y otros, con alguna gente. Avisaban de allá, que aprestada la referida, se esperaba para acometer: que toda Cataluña se convocaba y se ponia en armas para ofender y defenderse, y Barcelona solicitaba á su union todas las demás ciudades; y respondíanles que el Rey queria mayor ejército, segun lo tenia pensado, con el dictámen de sus intentos, y pretendia á aquellos juntar más, en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres, porque avisaban que Cataluña armaba la muchedumbre popular y villanaje, como lo afirmaban, de *via fora, risca la terra y el somatén*. Y si éste es general, cómo dicen, ¿quién duda, que juntára gran caterva? por que toda la provincia, y todos los hombres de ella tenian las armas y las pistolas en sus casas, pólvora y municiones. Era cosa notable ver en la córte pasar por la calle Mayor á todas horas diversas compañías de gente del reino de Toledo, Andalucía, Portugal, Castilla la Vieja y otras partes; porque no se contentaron con la del batallon, sino que mandaron quintar en todos los pueblos los labradores y los oficiales en los gremios de los oficios: era para admirar, y condoler en la misma forma, ver esta Plazuela de la Villa llena de corrillos de oficiales, faltando á la necesidad y al ministerio de la vida humana, sorteándose muchos y escondiéndose otros, y el oficial que escapaba de la suerte, no se libraba de la contribucion, porque no habia hombres que por particular destino ó asechanza de esta era no estuviera compelido continuamente de algun trabajo ó gravámen; con que el padecer y la fatiga era continua, y sin trégua alguna la persecucion. Finalmente, el que habia librado de soldado daba cien reales al que le habia caido la suerte, y otros los vestian y les daban dineros, y todo era confusion, llanto y miseria en las mujeres casadas y los hijos, para los cuales, quedando todas viudas, huérfanos y sin remedio, se echó un bando que el Rey queria socorrerlas y darlas dos reales cada dia, y para eso se echó una sisa sobre las demás en el vino: el socorro dicen que no se vió. Esto se tomó en son de piedad, y se puso en carteles por las esquinas de la córte, y lo

vino á pagar el comun, blanco y terrero de toda clase de antojos: muy diferentemente y con más fervoroso corazon y clemencia lo hicieron los canónigos de Toledo á las mujeres que quedaron allí, socorriéndolas con sus rentas. Haciase muestra en la plaza de la Priora, delante del Rey, así de los que venian de fuera, como de los de la córte, siguiéndoles las mujeres con lágrimas, y ellos llevando en las mismas marchas los hijuelos pequeños de las manos; cosa que causaba horror y lástima á toda la córte, hablando váriamente y maravillándose todos del estado á que habíamos llegado, y que no se hubiese escapado este reino de las miserias en que han caido los extranjeros.

Llegaban estos aprietos á las orejas de los catalanes, y embravecíanse más; hacíanseles amonestaciones de nuevo, y no habia traerlos á la melena: los frailes, en vez de aplacar los pueblos, los irritaban públicamente por las calles, y se disponian todos á favorecerlos y á tomar las armas con ellos. Un capuchino, continuando sus sermones y prácticas les dijo, oyéndole, un dia de fiesta: ¡Ay inocentes, ya viene Herodes á degollaros! Quisieron remediar esto, y enviar á llamar los ministros generales y principales que estaban en la córte, para reprimirlos y castigarlos, y aunque se lo mandaron, no se atrevieron porque temian no los matasen: queriendo ántes los que estaban allí, ser Capitanes que frailes, consentir y apetecer la rebelion que la obediencia. Pero los de Barcelona, como más culpados, los que esperaban sobre sí el rayo, reclamaron á Francia, y admitieron en su ciudad al conde de San Polo, para fortificarse; mas aquel Rey, viendo tantos y tan grandes aprestos como se hacian en Castilla, y que todos los caminos para Aragon, donde se hacia la plaza de armas, iban de cada dia creciendo en gente, y que los campos se cubrian de soldados, arrimó ocho mil franceses á la frontera de Perpiñan, con algun cuidado no recayese sobre sus tierras, si no toda, alguna parte de nuestra gente, y que compuestas las cosas de Cataluña, cargase todo sobre él, y tambien para gozar de la ocasion y de la revuelta, y dar la mano á los catalanes, pues ya le habian pedido su auxilio:

cosa que jamás se entendió de aquella nacion, aunque sí de su protervia y ferocidad de condicion. Teniendo noticia por otras de la mucha gente que marchaba contra ellos, la que se armaba y convocaba, no sólo de ambas Castillas sino de la Andalucía, Portugal y de otras partes, y de la que estaba en Vizcaya para defensa de la frontera, todo el pueblo de Barcelona, convocado en un cuerpo, se comenzó á fortificar y reparar las murallas, aunque delgadas y de bien flaca materia: limpiaron el foso; metieron la mar dentro; rehicieron los baluartes que la enseñorean y de la Atarazana; y forneciéronlos de mucha y muy gruesa artillería; fabricaron rebellines, trincheas y medias lunas, y sacaron un ramal hasta Valdoncellas, monasterio de monjas Bernardas, desde donde, como lo dejamos dicho, hacen los Reyes las entradas en Barcelona, y allí les van á besar las manos los Gobernadores, Consejos y Magistrados. Fortificáronse entre la ciudad y Monjuit, persuadidos que si llegaba sobre ellos nuestra gente, era aquella la parte que primero habian de ocupar, por ser la más peligosa y de más riesgo para ellos, y donde les habian de plantar artillería, por ser árbitro aquel monte de la ciudad y de la campaña, y habian de ser batidos continuamente, y los habian de traer al yugo y constreñir á la redencion: aunque más lo pusieran en defensa el cónde de San Polo y sus artífices, y les enseñáran todo el arte de fortificacion y máquinas militares, sin embargo, coronaron aquella eminencia de artillería, y en el convento de los capuchinos, que está en medio y en sus faldas, hicieron rebellines y cortaduras. Los que primero acudian á esta obra con más brio y desenvoltura eran los frailes: esos salian y alentaban á los demas, sacaban tierra y la llevaban á las partes donde era menester, exhortaban á la defensa, al atrevimiento y al derramamiento de sangre: solos los Padres de la Compañía de Jesús no quisieron entrar en accion tan injusta, ni dar oidos á cosas semejantes en ningun tiempo; y si bien los culpaban los demas, con injurias y oprobios, y los solicitaban á la rebelion y junta de los demas, ellos se disculpaban con que no podian proceder

contra la fidelidad y servicio del Príncipe. Sin embargo, los catalanes eran amenazados por cartas, avisos y embajadas que habian de ser castigados, que les habian de echar aquel ejército que se iba juntando encima; pero ellos, tenaces á la rebelion, persistian en no dar oidos á ningun concierto, que era lo que más se deseaba: salian á los caminos y desbalijaban los correos, abrian las cartas y por ellas conocian cuanto se trataba, quién les eran amigos ó enemigos, y luégo conspiraban contra las personas, haciendas y casas y las quemaban.

Habia asegurado el primer Ministro al Rey de componer lo de Cataluña, sin derramar una gota de sangre, y así, para suspenderle y dorarle los yerros, sobre dorados, le acultaba la verdad en que todo andaba tropezando; pero las cosas, y el estado de ellas, no lo prometian el rigor y la furia de aquella canalla. Las demas ciudades como Lérida, Tarragona y otros pueblos, á persuasion de Barcelona, tambien hacian sus fortificaciones para cerrarse en sus murallas y seguir el dictámen de aquella, y morir por la libertad hasta dar la última gota de sangre; no rendir sus casas, haciendas y personas al inhumano filo de los tributos, que iban como raudal impetuoso debelando el Estado, como de cada dia lo veian en la miserable Castilla, en el reino de España, en el de Sicilia y en el de Nápoles, con la usurpacion de cada año de los juros: pero el ejército, su modo, formacion y máquina, conducido á costa de los pueblos de donde salian, reconociéndole muchos tan deformidable, y áun los mismos catalanes, decian que era más para fantasma y poner miedo que para ejecucion ni triunfo: y así se vió en su proceder tan lento y remiso. De aquí se dieron en dar mucha prisa: á las prevenciones de la salida del Rey de Madrid, el protonotario D. Jerónimo de Villanueva, era el que hacia más algazara, hazañerias y embelecos, y nadie lo creia. Vistiéronse todos los oficiales de la casa Real, y visitáronlos para proveerlos de lo necesario y de sus faltas, que eran bien grandes y lastimosas: ¡que una casa y un palacio, en todas eras tan admirado, así de naturales como de extranjeros, hubiese llegado á tanta mengua y bajo menos-

precio y descuido, y se hubiesen olvidado de la autoridad y de la estimacion de la córte, la mayor del mundo, como yo la vi en tiempo del muy alto y muy exclarecido Rey D. Felipe III, como lo reconocieron todos los embajadores y las otras gentes de todos los Príncipes del orbe, y como la tuvo aquel gran Ministro y privado, no consintiendo la bajeza ni la menudencia, como ni tampoco lo prodigalidad, sino que se mantuvo en estado tan lustroso, que no hizo á Palacio hospital, para que todos le aborreciesen y no se llegasen á él! El primer paso de codiciar un reino y alzarse con él, es quitando la autoridad al Príncipe. Hiciéronse en la guardaropa para adorno y arreo de la persona, demás de otras cosas, casacas y anguarinas militares, de muchas telas y bordados que prometian andar en campaña; pero con dinero tan escaso y mano tan corta, que los que le veian y lo manejaban no lo creian, ni que tal Rey hubiese con tanta miseria hacer empresa de reputacion, ni accion memorable, ni que le dejase airoso. Mendigábanse efectos de algunos hombres que los tenian en administracion, como cueros de las Indias, dejando defraudados á algunos criados del Rey; lo que por servicios y necesidades se les habia señalado para ayuda de costa, se daba á los mercaderes, á los oficiales de manos para hacer los vestidos, al contralor para las necesidades de los oficios, como mesas, escaleras, cántaros, jarros y otras cosas; y gastándose en esto muchos dias: cuando se esperaba alguna cantidad de dinero que lo habia de reparar todo, la mayor partida no pasaba de 16.000 reales, otras de seis, de tres y de ménos: hacíanse grandes preguntas á los mayordomos de los Estados, y esto en los patios públicos, y no más para que llegase á las orejas de los Síndicos de Barcelona y los del Principado, que lo enviasen allí en cartas, para meterles miedo y reducirlos con él á la quietud y el respeto. Pero ellos habian abandonado esta virtud, por la desvergüenza y el despecho de lo que se les habia apretado, afligido y denostado: ofrecian sin embargo que S. M. no entrase armado en Cataluña, que ellos tomarian por su cuenta el castigo del que mató al Virey conde de Santa Coloma; mas

al Rey le parecia que á él tocaba hacer esta justicia, y de los demas delitos cometidos; y á esto respondían, en las otras pláticas ordinarias, no entender la materia y que se perdian absolutamente, y era así. Se les hacian preguntas á los oficiales de la casa sobre lo que habian menester de plata, manteles, servilletas y otras cosas, porque decian habia de comer mucha gente en los Estados, señores, caballeros, generales, maeses de campo, capitanes y soldados; y de aquí se creía que no habia de haber nada, y que esta liberalidad era falsa, cuando se reconocia la limitacion de un Estado de Gentiles-hombres de Cámara combatidos de inmensas y perpétuas reformaciones, que áun el bocado de la boca no estaba seguro, que no estuviese celado de cien mil fiscales, habiéndoles dejado en solos cuatro platos, porque cada oficialillo de boca era un contralor, un grefier, y un despensero mayor, poniendo á pleito lo que les tocaba dar; y ellos negándolo, porque en lo más que se ponia el cuidado y las espías, ántes que en las plazas y en los ejércitos de los enemigos, era en que no comiesen los criados del Rey, no guardándose esta regla en los magnates, los de de la sangre y en los Ministros que lo tenian todo. Así no era fácil de creer que habia de haber espléndida ostentacion para el ejército, cuando no hallándole despues de tan larga y prolija peregrinacion, los soldados, en las murallas de Barcelona, encontráronse sin pólvora para rendirla y mantener su honra, y, lo que es más de sentir, la de las cabezas, puestas en alto punto por su sangre y por sus hechos, no acabada de sentir de ellos y de todos los que desean la de esta Corona, que ya no sé si osaré llamar Monarquía, por la enmienda ó reprension que nos pueden hacer los detractores y los enemigos, que todo parece paraba no más que en la plática, sin ver el rostro al efecto. Armóse de aquí otra brava cantera, y fué de echar voz que habia de salir la caballería, que discurrido por los más atentos y por los que se habian hallado en las jornadas pasadas, lo tuvieron por fantasía más que por verdad, por ver hacer aparatos donde no era menester, y en las ocasiones grandes y públicas dejar las acciones Reales sin ob-

servarlas, y olvidarlas, y aquellas esencialísimas de todas maneras á la autoridad y majestad del Príncipe, en quien el pueblo y la nobleza admiran la potestad y la grandeza; quiero decir, el entrar con el pálio en las ciudades. Mas como no lo excusó cuando tomó á Lérida el año de seiscientos cuarenta y cuatro, parece que quiso llevar lo que habia faltado el Mayo de seiscientos treinta y dos, porque desdecia mucho del buen sentir. Quien vió la jornada del Andalucía, que se hizo el de veinticuatro, que habiéndola corrido casi toda, ó al ménos, visto las mejores ciudades de ella, como Andujar, Córdoba, Ecija, Sevilla, Cádiz, Málaga, Jaén, Ubeda, Baeza y Granada, en ninguna de ellas se vió ni se admitió un pálio; siendo en todas las entradas de semejantes colonias la más principal accion del reinado: novedad que admiraron aquellos Regimientos y Consistorios, y exclamaron que aquellas preeminencias y triunfos apénas concedidos una vez en una edad, aquella no les concediese de capricho y sin saber porqué: si era por que íbamos deprisa. ¿Qué ejército, qué empresa nos esperaba? porque apénas pudimos averiguar el intento de aquella jornada, ni el fin de aquel camino: en su lugar dejamos discurrido lo que pudimos á buena ley alucinar entónces. Pasemos adelante: quién vió la segunda del año de seiscientos veintiseis, por el mes de Enero, ir á tener Córtes á los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, qué descuidados fuimos de enviar caballería, siendo la primera vez que aquellas coronas esperaban la vista de tan gran Rey, y tan deseado, que parece no esperaban otra felicidad, apénas se trató de entrada ni de pálio; cosa que sintió notablemente la ciudad de Zaragoza, el Justicia, el Jurado, el Capítulo, los demas y los otros Ministros á quien toca hallarse en esta solemnidad: ¡cuántas veces fué y volvió el Virey, D. Fernando de Borja, de parte de la ciudad, á que S. M. entrase como Rey! Alégrase aquel reino, con dejarse ver y que no les defraudase de aquel honor y pompa tan deseada, en que consistia el gozo de aquellos súbditos y su autoridad; con que, aunque más se impugnó por la parte del Valido, no se pudo dejar de admitir, por la fuerza que habia

á la razon, al derecho y las voces justas de aquellos vasallos, á sus privilegios y preeminencias; con que se hizo un pálio de repente, y apénas se balló un caballo, poca casa y pocos pajes, pocos soldados de la guarda; pero mejoráronse despues en Barcelona algo más, enviando por gente á Madrid. Pues si allí no procedió ésta ceremonia, como habia de ser y convenia, de todas maneras importatísima, los que veian ahora que se trataba de casa y cabeza, aunque era menester por las prevenciones tan flacas, lo tenian todo por vano y de poco fundamento, y que con maneras y acciones oscuras, fantásticas y supersticiosas pretendian remediar daños, que pedian más eficaces y verdaderas medicinas. Finalmente, se hablaba mucho en la salida de la caballería, en quien les parecia consistiá el crédito de la jornada para con los catalanes, y aún para con los de Castilla y la córte; porque nadie creía que el Rey se habia de empeñar en provincias como Aragon y Valencia tan vecinas al riesgo, sin embargo de que convenia, y ellas de por sí solas de tan mala disposicion y calidad con lo que habian pagado, y que no iban á hacerles otro beneficio, sino á que prosiguiesen en la paga, y quizá á introducirles algunos tributos y pedidos peores y perpétuos.

Finalmente, echaron fuera la caballería con más ruido que ostentacion ni verdad, y pasó por la calle Mayor: en primer lugar, algunos carros largos cubiertos de encerados, todos los coches viejos, antiguos, y uno nuevo que se hizo de tela para las entradas, las literas, y todo esto remendado, y despues cubiertos con mantas todos los caballos, así regalados como de coche, acas y rocines, no más que para hacer bulto, y luégo los pajes; que saliendo todo esto por la puerta de Alcalá, quitadas las mantas á los caballos, y los encerados á los carros largos, todo se volvió, y todos echaron de ver era traza y no más que dar á entender; habiéndose hecho parte de este gasto y los gajes que se pagaron á los oficiales de la caballería, á costa de los pensionarios de la Cámara, y habiéndoles dilatado este año seis meses de lo que se les pagase, como si se diera á gente sobrada. De esta manera se hacian muchas

cosas á costa de criados y vasallos, quitándoles los gajes, recompensas, raciones y pensiones. Pero no por eso los catalanes hicieron mudanza ni movimiento de abrazar ningun partido, ni hacer demostracion de rendimiento ni penitencia, prevaleciendo el tumulto de la plebe y el consejo de Ciento, que lo queria gobernar todo; y aunque habian concurrido á Barcelona el brazo de los nobles, que estos eran pocos, el eclesiástico y Universidades para ver lo qué se habia de hacer, cómo se habian de juntar para la guerra que esperaban, y como se habia de sacar el dinero para ella, y como se habian de solicitar las fuerzas de Francia, habiendo ya de estos bravos en la córte de Paris Embajadores. Pero los más de estos no podian nada, porque aquellos, sobrados en ruindad, y siendo muchos con los que se les allegaban, no dejaban obrar á los otros, y todo era alboroto, desconcierto desasosiego, y ninguna seguridad en la contratacion y en los ciudadanos. Sólo lo que no fué apariencia, sino verdad y de buenos efectos, fué lo que se tomaron los Ministros de los Conselleres, con el color de jornada: el Protonotario, en cuya casa eran bien pagados los pajes de los oficios que tenia, asi me pagáran á mí y en tanta cantidad, se tomó 6.000 ducados de ayuda de costa en plata sobre 20.000 y más de renta que gozaba cada año; el Secretario Carnero, razonablemente beneficiado de secretarías, 3.000; el cuñado del Protonotario, como si su persona fuera suficiente para algo sino para engrosarle, envanecerle y hacerse señor de vasallos, asimismo por dos Conselleres; á 2.000 ducados cada uno, el confesor Sotomayor, y los demas á quien tocó ir en la jornada en la misma forma; y á los oficiales de Estado á 1.500 ducados á cada uno; sin caer en la Cámara del Rey á Gentil-hombre, ni á ayuda, ni á los demás criados de la casa un maravedí, como si aquellos no hubiesen de llevar sobre sí, sobre sus fuerzas y poco caudal, todo el peso del servicio del Rey; solamente á el Almirante y á los demás Gentiles-hombres de la compañia les dijeron diesen efectos donde sacar lo que habian de gastar, y esto sobre sus casas, porque respondió alguno le diese el Rey 2.000 ducados efectivos y le daria diez en

efectos que tenia para que se lo cobrase: á los Ayudas de cámara, dechado de necesidad, de sufrimiento y de servicios fidelísimos en todas eras, les negaron la ayuda de costa, precisa en tal ocasion, sin concederles más auxilio que prometerles les pagarian los gajes; y esto corrió por suspension y engaño cuando se los tenian tomados por donativos y tildados en los libros de la casa, de que decian algunos, viéndose desesperados de conseguir nada, representando su necesidad, el lucimiento á que estaban obligados, el desamparo de sus mujeres y casas, que quien en esto no hacia reparo ni le movia á compasion, siendo forzosa, aunque más le cegase la pasion, dejar de reconocer y confesar un oficio tan cerca y tan á los ojos del Rey y de tan prolija asistencia, no podia dejar de decirse, no socorriéndole, que no habia jornada. Teníase tanta cuenta con mandarlos servir, ir con ellos y no darles nada, sino á los que eran de la esfera valida, que era tiranía conocida; portándose el Gobernador con tanta insidia, que lo que se les habia de dar de comer en la jornada se lo iban reteniendo en el Ministerio de la Cámara, y aquella recompensa que les dieron por el estado que les quitaron, era todo confusion, inventiva y artificio, y no ver otra cosa los vasallos, ni esperar sino un diluvio de trabajos, calamidades y miserias.

Decian que no se habian contentado con introducir la guerra en la Europa, conmover y alterar los Príncipes de ella, sino que por sus mismos consejos, juntas y novedades la habian metido en España, y tan peligrosa y acerba que dejaban á los tiempos que ellos fuesen testigos de la ruina que todo habia de correr, que era ocasionar la supuracion de todo, y de lo poco que habia quedado, y con los trabajos nuevos y mayores pedidos, sacas y pesadísimas imposiciones, si mayores las podia haber, hasta dejar al reino en los huesos, como ya lo estaba, porque las extorsiones no podian ser más crudas y rigurosas, tratándolos como delincuentes y facinerosos, echándoles las justicias encima sobre quitarles sus haciendas, como si las tuvieran mal ganadas, y queriéndoles hacer traidores de leales; ocasionando semejantes riesgos, que cuanto quiera que

la guerra sea pesada, parece se gusta de ella y se toma por ocasion y por sombra, por estar contínuamente bebiéndoles la sangre. Que el Rey D. Fernando el Católico, fundador de esta Monarquía, con su hacienda, la del reino y con la escolta de gente con que le servian los señores, sin consumirles las casas ni sacarles los novecientos, los setecientos, los quinientos mil ducados, como hoy se dice se ha hecho con ellos, echó los moriscos de España, ganó las Indias, el reino de Nápoles y el de Navarra, sin haber pasado á la disolucion de los soldados, digo, de los vasallos, como hoy se hace: que el emperador Cárlos V peleó con todo el mundo por todo el resto de su vida, hasta buscar al Turco que le esperaba con trescientos mil hombres, y se contentó con subir algo de punto unas alcabalas, sin correr impetuosa ni ambiciosamente á perder el respeto al patrimonio, estado y hacienda de los súbditos: que el rey D. Felipe II tuvo, si no tan grandes las mismas guerras, y casi fué árbitro de la misma Francia y tuvo sus banderas en Paris, y se contentó con sólo unos millones, sin arrastrar la Monarquía: que el rey D. Felipe III se ajustó con todo esto, sin inventar nuevos modos ni máquinas, sino llevar los vasallos como se los dieron y los halló, la mano blanda y la rienda del Gobierno leve, á la cortesía y discrecion de un Ministro de quien echó mano, que no los agravó ni subsidió, ántes les fomentó la respiracion y les dejó vivir: que há veinticuatro años que no se ve ni se oye otra cosa, que disparar contra el sosiego y seguridad pública sino trabucos de pechos y tributos, haber consignado el reino á que cada año le empadronen en una perpétua calamidad, y no contento con esto les pidan lo que tienen por muchos y varios caminos de consumir y acabar. Pero ya no sólo se ve, sino se toca con las manos y con la experiencia, como se ha dado á sentir este año, prodigioso en trabajos y en imposiciones, con el consumo de la moneda, el uno por ciento y hoy dos, la baja de las medidas del vino y las sisas de subido precio, los fuegos que se pretenden que han de abrasar lo que resta de España, empréstitos, juros, sin los demas causados, y todo por justicia; cosa de que los hom-

bres se desesperan y no acaban de entender dónde va tanto dinero, que parece que hay algun silo secreto que lo traga.

Aquellos Príncipes se contentaron, mantuvieron, alcanzaron honras y se extendieron, no como ahora, que sin adquirir nada de esto, no se lucen tantos millares propios y tomados, sino que ántes hacen más sediento el apetito; que es de ministros flojos, de poca industria y de ingenios cortos en las cosas árduas, no saber otra senda que á cada paso echar la mano y asir del tributo; que se habian metido tanta tropa de negocios en el Gobierno y en el reino que todo era confusion, desasosiego y zozobra con tantos nudos y lazos en el manejo, que no parecia sino que era imposible desatarlos sino el que los habia dado, y que se habian hecho á este fin y con esta cautela para que lo dejasen todo, y que parecia se satisfacia al interesado en echarle tantos cuantos deseaba y que se hartase de inventar; que no habia parado hasta ver adormecido y lisonjeado al Príncipe con título de adulacion; que no le habia sabido adquirir ni granjear ninguno grande, sino hacerle primero sin reputacion, luégo sin lustre ni autoridad, y á la postre desdichado, sin reino, sin aficion, sin gente y sin amor en los súbditos; que no se habia hecho otra cosa con las juntas, novedades y arbitrios que abrir las cajas al reino para su principio; que el ánsia que tantos años há sentia de tomar y extinguir la plata se habia encaminado por una lima sorda de cada mes, que además de no ser honorífico la chuparia toda, porque no se labraba ni se pagaba con ella á ningun hombre para poderla volver, no habiéndola consentido á los ministros de Portugal, Italia, ni á los de los reinos de la corona de Aragon, ántes que se la tomasen en casa de Juan Lúcas Palavicino, con una moderada retribucion de á tanto por ciento; que tan sobresaltados y tan perseguidos estaban todos, sin poderse valer de la merced que Dios les hacia de su virtud, letras y servicios, cuando un edificio sin moderacion y sin medida se mostraba sin empacho de lo gastado á cinco leguas de Madrid, cuando pudiera ser alivio de necesidades públicas, de armadas, de ejércitos; que les habia traido una era, la más dura y

pesada que podia ser, cual no se vió en ningun tiempo, ni se sabe por historias; excediendo ésta á la de los más inícuos y detestables emperadores romanos, de los Dionisios, tiranos de Sicilia, y otros. Estas palabras, dichas con este sentimiento, y mirados los semblantes de los hombres, la tristeza del pueblo, las nuevas miserables de Flandes y de Lombardia, proseguian sensiblemente y decian la poca seguridad del reino de Nápoles, de Sicilia y de las Indias orientales y occidentales, á Cataluña, y á Portugal, que en todas partes y en las más remotas se estaba ejerciendo esta envidia, fulminando esta lanza, vendiéndonos siempre la comodidad y la vida á peso de plata, no pudiendo tener unas mulas si no es pagándolas y un caballo que no sea para quitarlo, inquiriendo las casas, las haciendas en que tienen los hombres el gusto, investigando el uso y la necesidad para cargarle allí y hacerle caer en el anzuelo. ¿En qué tiempo se vió esto? ¿qué Gobernador lo perpetuó, amenazando siempre á la honra, y por pequeñas cosas graves castigos, siempre traidores, y han estado las cosas que los cálices, ni las lámparas de las iglesias no se han de poder defender, y cuando parecia, que la mitad de los juros que montan cuatro ó cinco millones, si ya no dicen que diez, con los de Italia, como lo han dado ministros en listas y memoriales, era bastante á tolerar cualquiera guerra y redimir cualquiera necesidad, ni basta esto ni aquello, ni tanto tomado, concedido ni tributado? ¡Qué léjos estuvo aquel gran Ministro, dechado de toda humanidad y cortesía, de ocasionar estos disgustos y calamidades á su Príncipe, ni estas disensiones y alborotos con sus vasallos! ¡y qué fuera estuvo él de admitirlos! Estas cosas, dichas ó sentidas en esta manera, el desconsuelo del reino, la tristeza de los hombres, la falta de todo y las miserias en que todos están metidos, como he dicho, aunque no llegaba á las orejas del autor, porque todos callaban de miedo ó de lisonja, porque ninguno estaba fiel á otro, que cuanto le importa es sus acrecentamientos, sus medras, y asistir de flacos cimientos á engrandecer su casa; sin embargo, aunque más retirado y más escondido del Consejo, ya insinuados al corazon por el

miedo, los ruegos y los peligros que amenazaban ruina y estaban para recaer sobre todos, ó por las inspiraciones del cielo, que por particular providencia no desamparara los reinos, no obstante de cualesquiera dificultades que en hombres tan grandes y que se han tomado para sí tanto mando, poder y peso; rompiendo por todo, por los más calafateados encierros y cárceles, y haciéndole extremecer y reparar en el estado de las cosas, y áun forzar á la enmienda y á mudar de proceder en el uso del Gobierno y á modificarle, se le entraba por los resquicios de las puertas aquella condicion, que por rígida no admitia templanza, de aquella cabeza, que por confiada no recibia consejo, alterada con los siniestros consejos, digo sucesos, recientes tempestades y torbellinos, é hizo un papel en lo tocante á las cosas de Cataluña, que aún no habian sobrevenido las de Portugal, y se allanó á dar satisfaccion en esta sustancia.

«En los acaecimientos humanos no hay que extrañar nada, y mucho ménos en lo malo, porque asi somos, fuimos y así seremos siempre, inclinados al mal incomparablemente; y enmedio de esto no podemos negar que hay algunas cosas que parece las desconoce hasta el mayor extremo sucedido, yerro ó ceguedad, como es que Barcelona, donde se asienta toda la inquietud y daño presente y pasado, como se ha recelado y toca ya con las manos, y se teme el venidero, haya llegado á las extremidades que hoy se ven, que se puede decir que no es posible creer más, en que al desacato, inobediencia y concitacion, habiéndose armado públicamedte, hecho manifiestos, concitado á los reinos de Aragon y Valencia, escrito, segun dice, al Papa y quizá á otros, haber abierto la puerta á franceses para sus levas de Canarias, y por lo que se avisa llamádoles; en que no dispuso ni para alabar ni condenar, porque en el estado en que se hallan y con los atentados ya puestos en ejecucion, y tener en Barcelona á Monsiur de San Polo, ni quita ni pone el haber llamado á franceses, así porque lo demás es igual á esto, como porque en llamarlos para sí mismos pueden hoy reservarlo, como mañana tambien lo harian con

razon, siendo cierto que en daño suyo serán harto peores que los ejércitos que entrasen para su castigo y que los más irreconciliables tercios de que se querellan. Pero volviendo al intento, es cosa, por ventura, por no vista, que no sabiéndose que haya el Rey castigado ninguna inobediencia anterior ni posterior, siendo las públicamente sabidas ántes los quintos de aquella provincia, estando reconocidos por las Córtes del año de quinientos y noventa y nueve, y tocan al Rey, no ha sido poderoso para alcanzar justicia contra la ciudad de Barcelona por la violencia que ha usado; impidiendo que el medio jurídico y ordinario, que vale al más desvalido, que es la llave con que llaman para abrir los archivos y reconocer los papeles de que necesitan los litigantes, y estando proveido este recurso en fuerza de justicia, al tiempo de ejecutarse fué tal la conmocion, que se tuvo por prudencia el suspenderlo: la estravagancia y obstinacion con que defendieron, cuando el Rey hizo su juramento, por no haber jurado ántes en Barcelona, y cuánto faltó en esto de falta de autoridad real, en que se traen las cartas originales del conde de Osuna, el desacato al Virey lugar-teniente, cuando habiendo permitido un juego, un Conseller públicamente entró en la casa donde se jugaba, y le hizo pedazos, sin que se pudiese hacer castigo; la ignominiosa é indecente forma con que la persona de la ciudad, que se sabe arrojó por las ventanas las arcas reales sin haberse hecho castigo ni sido posible por la resistencia de la ciudad; la obstinacion con que la ciudad obligó á S. M. á prorogar las Córtes para Barcelona, que habia convocado para Lérida, aunque se habian empezado actos allí, con modos sobradamente fiados para de vasallos á Rey; el haber acañoneado las galeras de España desde los baluartes de Barcelona, y el tumulto en que pegaron fuego á la casa de los *judicis* que estaban fabricando por órden de S. M.; el encuentro por el duque de Alcalá sobre hacer que se cumpliese, con la obligacion que tienen á la Atarazana real, la fortificacion; que en presencia del señor Infante los mandase cubrir, poniendo por esto disentimiento, sin haber derecho ninguno por donde les tocase,

y con tal obstinacion, que de ninguna manera pudieran correr las Córtes, con que se hubo de ir el señor Infante á Italia con todo el sentimiento que sus cartas representan; la fuerza con que han intentado poner en libertad los forzados de las galeras de S. M., aunque fuesen de aquel Principado, ni condenados por cosas tocantes á él; el no haber dado lugar nunca para que se pueda saber lo que montan los bienes de mostrencos, que son del Rey y están en la tabla de Barcelona; los derechos que pretenden y han pretendido siempre que paguen las galeras reales del vino que cargan, como pudieran de cualquier extraño: habiendo S. M. hecho merced del oficio de Veguer á la persona que se sabe, porque hiciese algun servicio de soldados, formaron un motin que soltó todos los soldados y entraron en casa de la persona que hacia este servicio con ánimo de matarle, y habiéndole saqueado la casa le pusieron en estado que no pudo servir el oficio; los excesos grandes que los Diputados cometieron cuando se entró á reconocer la ropa del contrabando en la Aduana, donde queriéndose castigar los que habian intervenido, la Diputacion los recogió y mantuvo retraidos en conventos, dándoles gruesas asistencias entretanto que se mantenian allí. Estos no se puede negar que hayan sido excesos, y grandes, pues en algunos, la misma persona del duque de Cardona, siendo Virey, se hubo de recoger á su casa, y con priesa: las Córtes, en dos veces que el Rey por su persona, y una su hermano, fueron á Barcelona, se vió, que habiendo catorce años que empezaron, no se han concluido hoy: en esta invasion de franceses se pretendió, en fuerza de la obligacion del príncipe Manrique y del somaten general, que asistan en la frontera aquellos vasallos, y no fué posible ántes; llegó á tal extremo la mala acogida que hicieron á los soldados, que negaban los Sacramentos á los que se estaban muriendo por las calles; y lo cierto es (sea lo que fuere), lo que sucedió, que de ninguna manera ha hecho S. M. por ellos ninguna demostracion con la ciudad ni Ministros de la Diputacion; y que sin duda, si no han sido iguales los excesos á los presentes, han sido, conforme al sen-

tir comun, pronósticos muy inmediatos de lo que hoy se ve; los de despues fueron con pretextos de maldades de soldados y cabos en el primer alojamiento del ejército, á que habiendo el agente de la provincia aquí dicho que no pretendia más de que S. M. señalase la cantidad con que habia de ser servido el soldado y el oficial, y habiéndolo hecho el Rey en esta conformidad, porque fué á ejecutar este alojamiento Monredon, le quemaron vivo: hecho esto, fueron á acomoter las banderas reales del tercio de D. Leonardo Moles, que estaba sin noticia de lo sucedido con Monredon, y fueron á sitiar á Juan de Arce, en que se refieren otras muchas atrocidades y circunstancias. En Gerona se levantaron con la gente que entró en buena fé, y mataron dos capitanes de tres que habian ido en rehenes, á sangre fria; acometieron allí al Gobernador y Jueces de la Audiencia, y los obligaron á subir huyendo de noche contínuamente hasta entrar en Rosellon; fueron peleando con las tropas y banderas del Rey y sus tercios; conspiraron los de Barcelona con estos mismos; dejó, llegando el tercio de Módena, derrotando la caballería de Chirinos y entraron como labradores en la ciudad, intentando quemar al conde de Santa Coloma y retirándose á la Atarazana, abrieron las cárceles y soltaron al Diputado que tenía preso allí el Rey y todos los otros, entre los cuales fué el soldado que mató á D. Tubia y estaba para ahorcar; quietándose por entónces el tumulto y pidiendo el Virey que no se consintiese entrar los segadores en la ciudad, por ser gente tumultuaria, se le negó por ella, con que se hizo cómplice el dia del *Corpus*, entrando los segadores en tumulto en la ciudad, donde se mató al Virey y mató un Juez de la Audiencia dentro de la reclusion de un convento; se acañoneó la galera de S. M., que impidió el embarcarse al conde de Santa Coloma, tirándole de mosquetazos desde la muralla de la ciudad; mataron cruelmente cuantos criados de Generales, soldados y adherentes de S. M. habia, y otros que no escapasen escondidos y huidos; violando en todo esto las clausuras y templos, y últimamente se apoderaron de la Atarazana y fuerte real

que S. M. tiene allí, tomando la artillería, municiones, vestidos, cañones y bastimentos que habian mandado sacar; quemaron y saquearon la ropa y papeles de todos los Ministros, hasta de los Generales: á un barbero que habian preso, por haber hecho tirar los cañonazos á la galera de Génova, le hicieron soltar forzadamente; y últimamente se pondera la muerte del duque de Cardona, citándose para esto las cartas del Duque, en que referia moria á manos de los desacatos y maldades que se le hacian sufrir por la ciudad y Principado, siendo él quien era; y por tener ejemplo, se alega la prision del Obispo, Virey, escribiendo él, que ni puede despachar correo ni recibirle, ni se participa en nada de lo que se hace; con que se concluye, que son tres los ejemplares de Vireyes en tan pocos meses, no habiéndose visto ninguno jamás. Su Majestad mandó quemar veinte ó treinta casas de Santa Coloma de Farnés, sin haber hecho otra ninguna demostracion, porque al castigo que han pedido de los soldados y cabos dicen que responde el Rey que se vean los procesos é informaciones hechas por los Jueces catalanes, ántes de las últimas revoluciones, por la Inquisicion, en medio de todas ellas y por el duque de Cardona, siendo todas de Ministros y testigos catalanes, que si hubiere Juez que por ellas pueda condenar los soldados, el Rey mandará que se haga; que si no le es posible como Rey católico y justo, porque prueban de falso cuanto se dice, y particularmente los incendios de las iglesias; y que sacar el ejército de Rosellon, habiendo guerra rota con Francia, no es posible. Con esto se ve que el Rey no ha obrado nada, más que pedir consejo y asistencia á la justicia; y parece verdaderamente harto nuevo que sin ocasion ninguna de parte de su Rey, ni haber ellos, por provincia, hecho servicio ninguno jamás en veinte años que há que reina en ella, ni de dinero, ni gente, ni de otra cosa en los aprietos mayores y borrascas que Monarquía alguna ha padecido, se llegue á irritar tan extremadamente, que ejecute lo más á que es posible llegar la desobediencia, delito y atrocidades, porque parece naturalmente no puede seguirse ódio de la toleran-

cia y paciencia, que conforme á todas sus reglas puede ser que se haya visto otra vez. Quien escribe este papel no cree haya ejemplar, y cuando se dé y no se diere distancia grande del uno al otro en la sustancia y en las circunstancias, se convencerá con el hecho auténtico de la poca razon de calificar por nuevo este caso; pero entretanto persiste firmemente en que no se ha visto. A esta extrañeza grande se sigue otra, que parece en su manera aún más extraña incomparablemente, ésta es: que siendo el pretexto fundamental y principio de este movimiento no querer alojar seis ó siete mil hombres, despues de haber trabajado cuatro meses en el sitio de Salsas, por decir que le era imposible á la provincia el poder con semejante carga, no se alcanza el designio con que se han movido á esta resolucion, porque darse á otro Rey parece expresa locura, no pudiendo tenerle, que les sea igualmente conveniente para sí mismos, que el vecino, que es el rey de Francia: ellos ven que con ambas armas quebrantan sus privilegios á las provincias de sus reinos, y ven tambien como les hacen contribuir con tan extrema graveza, de que no pueden esperar mejor la fortuna. Querer hacer otro Rey particular, como ya lo ejecutaron, parece tambien error, porque, en primer lugar, no siendo contiguo, que cuando hubiera potencia grande que lo apeteciera, no pudiera asistirles á su defensa y mantenimiento por la distancia, ó por lo ménos les sería fuerza sustentarle, lo que no hacen hoy con su Rey, y otros muchos gastos; y en esta parte se ve que empeorarian y tambien en lo que hubiesen de contribuir para el mantenimiento de la provincia, á quien es fuerza hacer la guerra todo lo demás de España, y, por ventura, concertándose España y Francia juntos, á hacerse República. Es éste el tercer designio, y en esto no se ofrece más que decir, que preguntar, ¿qué provincia ó reino confinante en esta forma, entre estas dos grandes coronas y Monarquías, se ha salido con hacerse República por via de atentado? Y de nuevo, ni manteniéndose tal, fuera cierto que ninguno de los dos Reyes dejarian de concertarse con el otro para que no se saliese con ello Cataluña, y esto lo muestra la

experiencia y lo confirma la razon. El cuarto designio sería, que los franceses le diesen gente y ejército auxiliar con que defenderse de las armas de su Rey, y capitular con él aventajadamente; y éste se puede creer haya sido y sea el fundamento y base de esta inconstante y mal fundada resolucion, en que no se niega que, ignorando los empeños de la Francia en tantas partes y la dificultad de formar un ejército sin examinar el caso, parezca que se pueda aplaudir por mayor este pensamiento en llegando á perder el horror al nombre de rebelion y rebeldes. Pero examinado, no es posible que el discurso más limitado le halle factible ni conveniente: sea lo primero, que franceses no han de empeñar ejército suyo dentro de la provincia sin plazas ni rehenes que se le aseguren, y si lo hicieren será en la raya y sólo para comer y sustentar su ejército y tenerle alojado en Cataluña, á costa del Principado y descansando su provincia; y esto efectivamente no le servirá de nada, porque bajar á Barcelona sin espaldas, plazas y rehenes, no es posible que lo hagan; y si se las dan, dejan hecho el campo de la batalla y de la guerra su provincia, tan contra sí como se ve. Sitiar, asaltar á Perpiñan no lo pueden hacer en invierno, quedando razonablemente, cuanto y más con el cobro necesario. Otro medio es meter la armada en Barcelona, y la gente de ella, si no tiene gente, como se dice, no es nada: si la tiene, es cierto que no la meterá sin quedar con la puerta de la mar y la artillería que la pueda defender y asegurar; pues de una hora á otra podrian los que la llamasen dejarlos perdidos, tomar acuerdo con su Rey, como lo harán muchos de aquellos de quien se confia hoy más la ciudad. Concluyo, pues, con el último designio, que es, que los ejércitos de S. M. no pudiesen tomar á Barcelona, ni ajustarla: lo que importa á todos, y no ménos á la provincia, que á S. M., en primer lugar, este medio le sentia obligado á mantener dentro de la provincia, por bien poco, arruinándole, los sesenta mil hombres que dicen; los cuales, con todos los demás á proporcion, ningun mes baja de cuatrocientos ó cuatrocientos y cincuenta, ó quinientos mil ducados de

costa; y por lo mal como en este caso quedaria el ejército del Rey, es fuerza cueste tres doblado á la provincia, si no de provecho para él, de daño para ella; regulando muy ajustadamente, le cuesta á S. M. más de cuatro millones, sin levas de municiones y romontas. Sobre esto se debe discurrir, qué fruto quedará á la provincia en este mejor suceso suyo, que es fuerza costarle tanto como se ha referido, si no haber indignado á S. M., Rey grande y poderoso, á formar uno y muchos ejércitos como se está viendo, y por ventura obligarle á que haga una paz ménos aventajada con sus enemigos, y que quede la provincia sin humana defensa ni respiracion despues; habiendo de perder, como es preciso, en aquel caso leyes, privilegios y todo cuanto tenían, sin quedarle ninguno ni tener camino para pretenderlo; ni es posible que S. M. lo pudiese ya hacer en conciencia, aunque sus piadosas entrañas más le moviesen. Este papel se hace con fin de que los que estuviesen ciegos abran los ojos, y siendo éste el mayor bien que puede recibir la provincia en el estado que se halla, el dar priesa á desempeñar tanto como hoy tiene metido en la barca, parece y es la última demostracion de buena voluntad que se pueda usar con ella, cuando lo puede alcanzar el hacer daño á su Rey; pero arruinándose ellos, sin remedio humano, á cuanto puede extenderse el discurso humano de los hombres; si ellos alcanzan más, y camino para quedar bien por la vereda que han tomado, el autor del papel se rinde, aunque no á su justificacion, á otro aventajado discurso, confesando su cortedad.»

Hacíanse todas las diligencias posibles para reducir á Barcelona, ya con ruegos, ya con amenazas, á la obediencia del Príncipe y al temor y respeto de la justicia. Salió el Consejo de Aragon; de Madrid para Zaragoza, aunque con algunas incertidumbres sobre la parte más á propósito donde haria asiento, publicando que á fin de Setiembre se verian en Cataluña cincuenta mil hombres entre castellanos, andaluces y portugueses, con las guarniciones que habia en Navarra y en Vizcaya: tarde para guerras y para domar provincias rebel-

des; pero no fué más temprano la muerte del Virey, y fué harto en tan pocos meses juntar ejércitos, aunque avisaban los navarros y vizcaínos que quedaba expuesto aquello por su total desamparo á la invasion de franceses, y que lo temian, si no entónces, por las ocupaciones y empresas contraidas de Flándes y en Italia, á la primavera siguiente, sin duda ninguna, por las ánsias tan conocidas de enseñorear aquel reino. El vulgo de la ciudad de Tortosa, llevado de la desvergüenza de los demas, tentó de acometer á los nobles y á los Gobernadores, y subordinarlos y mandarlos, y levantarse con el Gobierno: resolvieron, aunque pocos, á cerrar con ellos; hiciéronlo, prendieron los más sediciosos y avisaron al marqués de los Vélez, que estaba juntando el ejército en Alcañiz, para que les diesen asistencia si la hubiesen menester. Diéronle cuenta del caso, como les habian querido acometer, con que ellos se adelantaron y lo hicieron primero, dejándoles amedrentados: habian preso algunos y los querian quemar, digo castigar, y reducir la ciudad á la obediencia de S. M.; oyólos el Marqués, y ofreció de hacerlo; avisó de ello al Rey y á los Ministros de la Córte, y tuvieron á buena fortuna que se les hubiese vuelto á las manos una ciudad tan nobilísima é importante como Tortosa, puesta á las riberas del Ebro y tan cerca del mar, que precipitándose en él furiosamente hace los Alfaques abrigo y reparo de galeras: ahorcaron á tres ó cuatro, con que dieron ejemplo y aviso á los demas, y temor á los lugares vecinos. Voló este hecho á Barcelona, y los sediciosos, obrando con su malignidad y obstinacion, amenazaron á los de Tortosa que habian de pasar allá á vengar la desunion, y de haberlos dejado; y respondieron no podian ser traidores al Rey ni apartarse de la fidelidad que tenian y estaban obligados por tantos siglos, jurada y escrita en los corazones con el buril de los beneficios y las mercedes: de esta manera se salvó Tortosa, resguardándose del ejército que habia de caer sobre ella, y que amenazaba á las demas, y ésta le tenia á las puertas. Sin embargo, Barcelona no cedia un punto de la rebelion; proseguia en fortificarse y ha-

cerse inexpugnable á la potencia del Rey con la ayuda de los seglares y de los frailes, que arremangados los hábitos eran los primeros á asir el hazadon y la espuerta y á llevar tierra á las fortificaciones, y en casos semejantes siempre son los mayores atizadores y los que tientan al despeño á los más sosegados, debiendo ántes, como ministros del Evangelio, y que le tienen entendido, evitar el ruido, mitigar el escándalo, apagar el fuego y todo lo demas que puede llegar á efusion de sangre, y prosiguiendo en su desatino no dejaban nada por cometer. Con término libre y desenvuelto enviaron á decir al marqués de los Vélez, como le habian ocupado en juntar ejército en Alcañiz, lugar de Aragon, que habia de pasar á castigarlos, que viniese, que ellos querian tener Córtes; esto en risa y escarnio de las pasadas, y de las que al presente les pedian, en que no habian querido venir ni en el servicio del Rey, y en las ayudas que se les pedian para los gastos de la guerra, la gente de milicia y las demas levas que se hacian. En muchas y varias partes iban marchando sin descansar un punto, y los Caballeros de las Ordenes militares, para poder hacer algo en aquel Principado, á fin de Setiembre, tiempo riguroso para marchar y fuera de propósito para hacer guerra, cuando los demas ejércitos se alojan en sus plazas de armas; pero éste era el destino que nos llevaba á nuevos trabajos. Los catalanes, al paso que los aprestos caminaban, hacian sus diligencias con los Príncipes vecinos para que les socorriesen y ayudasen á esta defensa; solicitaron á los enemigos septentrionales y á los de Levante el comercio de su ciudad, y temíase que con el furor y la rabia de aquella gente no peligrase la religion. Estaban mal hallados los soldados de Perpiñan, D. Iñigo de Garay y los demas cabos, con la ociosidad, y deseaban entrar en Francia y menear las manos con los franceses; pero fuéles mandado no hiciesen movimiento ninguno, sino que guardasen la frontera, atendiesen á las acciones de los catalanes en el Rosellon, y estuviesen á punto y aprestados para descender á Barcelona cuando empezase el marqués de los Vélez á pasar con el ejército el puente de Torto-

sa, primera ciudad del Principado por la parte del reino de Valencia. No paraban las prevenciones para la jornada del Rey, y aunque no se hablaba de otra cosa, sin embargo, desde los principios de Octubre, que fué el primer término que se señaló, se iba difiriendo de unos dias para otros, y de un mes para otro, porque el bagaje, las municiones, los víveres, la artillería y lo demás de aprestar un campo bien ataviado, no eran fáciles de juntar, hasta que un trágico accidente, que referiremos en el fin de Noviembre de este año, totalmente lo desvaneció. Dábase priesa á los caballeros ausentes de las órdenes militares á que acabasen de llegar y cumplir con los preceptos que les habian dado, y si alguno habia que lo rehusase por achaques, vejez ó necesidad, sin embargo, los apretaban á que viniesen por ellos ó por sus sustitutos, constriñéndolos con bandos y penas capitales sobre ellos y sus haciendas á los que no parecian: cosa que en todos engendraba mala sangre, y de estar en todo el reino por las imposiciones y aprietos en que cada dia les ponian, viéndose en todos un general desconsuelo y desesperacion, porque iban de dia en dia creciendo los cuidados y los empeños, sin ninguna esperanza de alivio ni premio; y lo más terrible, que los esperaban cada dia mayores por la mala disposicion en que se ponian las cosas. Mandóse otra vez registrar en la córte los caballeros de coche para dar á los Gentiles-hombres de la casa del Rey y archeros, que ya esta alhaja, por los contínuos combates, ni era de alivio ni de descanso, sino de inmensa zozobra y desasosiego, porque el que se veia ya que si un dia andaba á caballo, otro andaba á pié. Pero ninguna de estas diligencias movia el ánimo de los catalanes, ni los movia al respeto de la justicia, á la obediencia, ni á la política antigua: hacianse con ellos todos los esfuerzos necesarios con cartas y embajadas para su reduccion, y ellos decian se castigasen los soldados y se sacasen del Principado. Prendieron algunos para probar si condescendiendo con esta demanda se podia lograr algun acuerdo saludable que produjese buen efecto, mas los soldados se descargaron con este memorial:

«El marqués Jeri de la Reina, General del artillería del ejército de la Alsacia; el Maestre de campo Julio de Arce, del Consejo de Guerra de V. M.; D. Felipe de Guevara, á cuyo cargo está el regimiento de la Guardia de la persona de V. M.; D. Leonardo Moles, Maestre de campo de napolitanos; el conde de Tizconel, Maestre de campo del tercio de irlandeses; D. Julio de la Barrera, Sargento mayor, á cuyo cargo está el tercio del conde de Aguilar; Martin de los Arcos, Castellano de Perpiñan; D. Alvaro de Quiñones, Comisario general de la caballería: en nuestro nombre y de los demás cabos, oficiales y soldados del ejército de Cataluña, con toda humildad nos ponemos á los reales piés de V. M., y le representamos: que todo nuestro caudal consiste en la honra y reputacion que profesamos, y en la que recibimos estando debajo de su real proteccion y amparo, y que por el servicio de Dios y de V. M., que andan inseparablemente unidos, habemos expuesto muchas veces nuestras personas y vidas á manifiesto riesgo de perderlas, y sufrido trabajos y afanes increibles; y que habiendo ido por mandato de V. M. á Cataluña á defender aquella provincia, hallándola invadida del ejército francés, que tenía ocupado el castillo de Salsas y otras plazas, y discurria libremente por la campaña como dueño de ella, haciendo los daños y hostilidades que se dejan á la consideracion de V. M. Luégo que llegó el ejército de V. M. que mandó formar, los franceses se retiraron al castillo de Salsas, poniéndose debajo del cañon, con que la provincia quedó libre de los daños y calamidades que sentia; y habiéndose puesto el ejército de V. M. sobre aquella plaza, fueron excesivos los trabajos que allí se padecieron, asi porque la gente de la tierra, aunque se trataba de su causa, no acudia con la fuerza y prontitud que debieran, ántes se retiraban á sus casas, dejando todo el peso y peligro de la guerra á los soldados pagados por V. M., como por haber durado el sitio tan largo tiempo, en el corazon del invierno, estando aquella plaza al principio de los montes Pirineos y haber sido la estacion muy rigurosa; porque en los encuentros y facciones que se ofrecieron se perdió mucha

gente, como porque con otros accidentes y las inclemencias del invierno murieron unos y enfermaron otros en gran número: de manera, que cuando se dió fin á la empresa, el ejército se hallaba pobre, estenuado, enfermo y con mucha necesidad de reparo. Y habiendo V. M. gastado tan innumerables tesoros en formarle y sustentarle, y consistiendo en él todo el nervio principal de sus reales armas para defensa de España, y en primer lugar de Cataluña, y hallándose el Real Erario de V. M. tan exhausto con los numerosos ejércitos que sustenta en tantas partes, invadido de sus enemigos en todos sus reinos y provincias, fué V. M. servido de mandar que los catalanes, cumpliendo con la obligacion de fieles y leales vasallos, socorriesen al ejército con lo necesario para sustentar la vida que tantas veces habian aventurado en su defensa, y que por la misma era forzoso que asistiesen en aquella provincia, porque ellos por sí solos no eran bastantes á oponerse á los franceses, como habia mostrado la experiencia; y V. M., habiéndole Dios encomendado el gobierno y defensa de aquella provincia, no podia dejarla expuesta al Arzobispo, digo, arbitrio de los enemigos, que estaban poderosos. Reconociendo aquellos vasallos que esta era deuda en que estaban constituidos por derecho divino y de las gentes, y que se trataba de su seguridad y conveniencia, pues les estaba mejor ayudar á sus amigos y compañeros que no padecer las inclemencias y atrocidades del ejército francés que habian experimentado, y que esto no lo obraron la voluntad de V. M., que siempre ha procurado su alivio, sino la necesidad, que es la que da ley á los tiempos, se conformaron con las órdenes de V. M., socorriendo unos con dinero y otros partiendo su comida con los soldados, que tambien de su parte procuraban la paz y buena correspondencia, ajustándose á la posibilidad de sus huéspedes: y si bien la gente de guerra no puede vivir con tanta templaza y moderacion como todos deseábamos; pero de nuestra parte se refrenaba la licencia militar cuanto era posible, y castigando severamente los soldados (culpados digo), no se oyeron atrocidades ni otros casos enormes, los cuales en

las ciudades bien gobernadas suelen de ordinario suceder. De esta manera se fueron continuando los alojamientos hasta los últimos de Abril, en la que la villa de Santa Coloma, acogida de facinerosa gente por estar al pié de aquellos montes que son muy ásperos y fragosos, y que siempre han sido madriguera de ladrones por no haber sentido jamás el freno del castigo, poniendo en olvido los beneficios que aquella provincia habia recibido de la gente de guerra, dió principio á nuevas inquietudes y sublevaciones, porque habiendo el conde de Santa Coloma, Virey de Cataluña, dado órden á los tercios que se hallaban hácia la raya de Aragon que pasasen á la otra parte de Barcelona, tocó al regimiento de la Guarda de V. M. hacer tránsito en Santa Coloma de Farnés, á donde no solamente no le quisieron alojar conforme á las órdenes de V. M.; pero ni áun le dieron lo ordinario que manda la constitucion, y sólo le pusieron en dos casas; y es más, descubriendo su perversa intencion, que era de provocar los soldados, y armar pendencia con ellos para desbalijarlos y quitarles la vida, que habian sido propugnáculo de Cataluña; para lo cual, y oponerse á las órdenes de V. M. y del Virey, tenian mucha gente sediciosa prevenida; pero la cordura de los cabos y la buena disciplina y moderacion de los soldados, visto su dañado intento, lo evitó. Tuvo noticia de lo sucedido el Virey, y habiendo de pasar por la misma villa el tercio de napolitanos de D. Leonardo Moles, y no conviniendo que un tan mal ejemplo quedase consentido, envió allá al alguacil Monredon para que hiciese que aquella villa alojase en conformidad de las órdenes de V. M., y recibiese informacion de lo que habia pasado; y estando este Ministro en la posada quieto y pacífico y sin imaginacion de que le pudiese suceder semejante desastre, tomó las armas el pueblo, y de hecho y caso pensado, y con ímpetu terrible, le pusieron fuego y quemaron vivos á él y á todos los que le acompañaban, y á Antonio Pau Martin, Notario real, sin haberse escapado más de un solo criado. Y aunque con muchas lágrimas les pidieron les dejasen confesar, que con esto se contentaban de morir, les respondieron que no querian y que

allí habian de acabar rabiando como perros y pagar la prision del Diputado Tamarit; y habiendo llegado á ver el inhumano incendio unos clérigos y pedídoles que sacasen el Santísimo Sacramento para templar el furor de aquellos hombres, se fueron sin volver ni usar con ellos algun acto de piedad. Luégo que el conde de Santa Coloma tuvo aviso de un caso tan cruel y detestable, envió órden á D. Leonardo Moles, que iba marchando con su tercio, que hiciese alto en las Mallorquillas; y pareciéndole que un delito tan enorme pedia pronto y riguroso castigo, despachó al Doctor Puche, Juez de la córte, y al Teniente de Maestre de campo general D. Diego de Barrio, y al Capitan D. José de Oms, con una compañía de caballería, para que fuesen á donde estaba D. Leonardo Moles y de allí pasasen á Santa Coloma de Farnés y alojasen su tercio, y aunque la otra ciudad de un hecho tan feo requeria que se arrasase todo aquel lugar, pero al Virey por entónces le pareció, atendiendo al estado de las cosas, templar el castigo. No paró aquí la impía maldad de aquella gente: ántes, habiendo enviado D. Leonardo Moles, ignorante de lo sucedido, al Comisario real para que les mostrase la órden que llevaba y previniese alojamiento, tambien le privaron de la vida, y aunque los Ministros nombrados por el conde de Santa Coloma partieron á poner en ejecucion las órdenes referidas, como hallaron toda aquella tierra conmovida y alterada, habiendo perdido el respeto y obediencia á las órdenes de V. M. y de su Virey, y muerto sus oficiales y Ministros, como siempre en la gente sediciosa crecen los empeños (porque la maldad no tiene límite), estos pasaron adelante; pues sabiendo que estaba en las Mallorquillas y Rio de Arenas el tercio de D. Leonardo Moles, juntándose esta gente con otra que tenia prevenida y convocada de otros lugares convecinos, le fueron á embestir en compañía de los naturales del lugar del Rio de Arenas, y acometieron á las compañías y banderas de V. M. que se hallaban allí alojadas, gritando siempre *vitor la tierra*, *muera el Rey, y via fora carne*, sin que en toda la noche y dia siguiente se oyese otra voz; y viéndose los soldados acometidos, por su

necesaria y natural defensa y de las banderas de V. M., tomaron las armas; pero aquellos villanos sediciosos, prácticos de la tierra y dueños de las casas, habiéndose apoderado de ellas, hirieron de las ventanas dos Capitanes, al Ayudante del tercio y doce soldados, y mataron seis ú ocho, en que le fué forzoso á D. Leonardo enviar á socorrer aquellas compañías, con órden de que se retirasen á las Mallorquillas, por ser aquel puesto fuerte y tener la gente más unida; y cuando se hizo la retirada de Rio de Arenas se perdió gran parte del bagaje de los Capitanes y soldados, habiéndole saqueado aquella gente inquieta y revoltosa: toda la noche, hasta las once del dia, se peleó de una y otra parte.

»Tambien dió órden D. Leonardo Moles para que se incorporasen con él otras seis compañías que estaban alojadas una legua de su cuartel, porque no sucediese alguna desgracia, y se ejecutó á las dos de la mañana, en 3 de Mayo; y cuando amaneció se echó de ver que los villanos habian tomado todos los puestos importantes y los tenian ocupados para impedir el socorro y la retirada. Habiendo enviado la villa Esterlich un refresco al tercio que se hallaba falto de comida, los villanos se lo quitaron y mataron los correos con que avisaban de lo sucedido; y habiéndose hecho fuertes más de doscientos de ellos en una casería, entre el lugar de Rio de Arenas y las Mallorquillas, puesto muy importante de donde podian hacer gran daño y juntar grueso de gente y acometer el tercio, se resolvió D. Leonardo Moles, obligado del peligro, ganársele, como lo hizo con doscientos mosqueteros y otros tantos arcabuceros, con que los amotinados se fueron huyendo al lugar de Rio Arenas, y los soldados, siguiendo el alcance, los echaron de él; y como el dia ántes habian perdido su viaje y estaban irritados, saquearon las casas y las arcas que se hallaron en la iglesia, y en un punto pareció puesto fuego á dos esquinas del lugar, sin poderse averiguar el autor del incendio; pero se usó una crueldad impía y jamás oida, que estaban quemando los soldados que habian muerto el dia ántes, y no pudiendo quedar la gente dentro de Rio de Arenas por

estarse abrasando aquel lugar, se retiró al de las Mallorquillas, y despues de cinco horas tuvo aviso D. Leonardo que la iglesia ardia, y envió un Capitan con cien mosqueteros á extinguir el fuego, los cuales le volvieron á decir que no era posible, y á la mañana volvió á enviar con unos padres capuchinos otros cien mosqueteros á ver lo que se habia quemado y á retirar el Santísimo Sacramento, que sea loado para siempre, como se hizo.

»De este funesto y lamentable suceso han querido los sediciosos atribuir la culpa al tercio de napolitanos, diciendo que eran herejes incendiarios de las iglesias y robadores de las casas sagradas, infamando una Nacion cuya piedad y religion resplandece entre todas las de Europa, y que ha derramado tantos arroyos de sangre en defensa de la fé católica, y que con particular devocion y afecto venera este altísimo misterio. Dicen que el Obispo de Gerona ha declarado al tercio por culpado, y que ha incurrido en las penas y censuras por la *Bulla incena Domini* y por los Sagrados Cánones, y que ha hecho otras declaraciones en grave ofensa y detrimento de los napolitanos; y con este pretexto, esta gente inícua pretende pelear con sus maldades, con título de que son defensores de las iglesias y perseguidores de los herejes incendiarios; pero, en la verdad del hecho, se convence su maldad, y que el título de que se quieren valer es fingido y afectado, y que D. Leonardo Moles ha cumplido con las obligaciones de su sangre y de soldado que milita debajo del nombre de un Monarca tan católico como V. M., y cabeza de la augustísima casa que aventaja á todas las del mundo en la reverencia de este misterio Sacrosanto; porque ántes que sucediese el caso de Rio Arenas, aquellos depravados hombres de Santa Coloma de Farnés habian cometido, llamado y convocado gran número de gente para que asistiese á sus atrocidades, á que se juntó la inobediencia á las reales órdenes de V. M. y del Virey, no habiendo querido alojar el regimiento de la guarda de V. M., delito que el derecho tiene por capital; á que añadieron tantos homocidios, tan impiamente cometidos con ánimo delibera-

do y á campanas tañidas, y con circunstancias tan agravantes como son haberse ejecutado en tantos Ministros y oficiales de V. M. que estaban actualmente ejecutando sus oficios, y en ministerio que miraba á la conservacion del imperio y autoridad real de V. M., y con un modo tan bárbaro y cruel como fué quemarlos vivos sin dar lugar á que se confesasen, y dando por causa que el Alguacil Monredon habia preso al Diputado, cumpliendo con las obligaciones de su oficio. Todos estos delitos cometieron sin haber tenido causa por donde pudieran irritarse, pues no debieran darse por ofendidos de que los Ministros ejecutasen las órdenes de sus superiores: por este hecho incurrieron en crímen de rebelion, pues en ningun acontecimiento les era lícito, aunque hubiesen sido provocados, hacerse autores de su venganza ni poner las manos tan impiamente en los Oficiales y Ministros de V. M.; y tambien cometieron crímen de lesa Majestad *in primo capite* tomando las armas contra las banderas de V. M. y maquinando con ánimo de enemigos contra su ejército y la prosperidad de esta Monarquía, matando los correos, quitando los víveres al tercio de los napolitanos, tomando los puestos, impidiendo la comunicacion y acometiendo á las insignias reales dentro de sus alojamientos, sin haberles dado causa de provocacion, y haciendo todos cuantos actos de hostilidad son imaginables. De manera, que se puede decir con verdad, que se mostraron mayores enemigos de las armas de V. M. y de sus banderas que no de los franceses; y todo esto pasó ántes del suceso de Rio Arenas, y siendo ellos los invasores y provocadores, con que se vé con evidencia que su maldad y rebelion la quieren cubrir con falsos y fingidos colores; y se puede presumir que gente tan impía y sacrílega cometió el caso de Rio Arenas, para imputarlo al tercio de napolitanos y hacerle odioso y aborrecible por este camino, y valerse del pretexto que han tomado; mayormente que estos hombres perdidos y dejados de la mano de Dios, demás de las gravísimas ofensas que han hecho á ambas Majestades, divina y humana, no han respetado á la clausura de las religiosas ni á los lugares sa-

grados, habiendo muerto tantas personas y derramado tanta sangre cristiana inocente dentro del convento de las monjas de los Angeles; ni tampoco han tenido reverencia al hábito de San Francisco, venerado de todos, habiendo quitado la vida á seis personas que lo tenian puesto en la iglesia de los padres capuchinos de Santa Madrona, y lo que es más, que no dudaron teñir sus manos sacrílegas en sangre levítica y sacerdotal, como la hicieron con un Ministro de V. M., que acababa de consagrar y decir misa, matándole y quemándole su casa y la de otros muchos que no habian intervenido en lo de Rio Arenas, ni tenian otra culpa más que ser Ministros de V. M. ó afectos á su Real servicio. Lo que causa mayor horror es, que hasta al Santísimo Sacramento han llegado á perder el respeto, como se verá más abajo en su lugar, y así es muy verosímil que gente tan abominable haya cometido de propósito un crímen tan horrendo; y cuando hubiera sido tanta la infelicidad que el fuego se hubiera encendido por descuido de los napolitanos, no puede haber nadie de ánimo tan inícuo que se persuada á que esto se hiciese con cuidado, ni con intencion de que sucediese un caso tan infausto ni tan lastimoso, sino que seria por algun accidente inopinado, comunicándose el fuego de las casas á la iglesia, ó cayéndose alguna cuerda sobre las arcas y cofres que estaban en la iglesia, que en accidentes y tiempos semejantes de ordinario se suelen arrimar á los altares ó poner sobre ellos. Así se debe entender de una Nacion insigne en piedad, y en quien jamás ha caido mancha de herejía ni otra inficion, tanto más que de encenderse la iglesia y de que sucediese un caso tan funesto é ignominioso ningun provecho podrian sacar, pues no llevaron la plata de la iglesia ni otros ornamentos; y en todo acontecimiento á D. Leonardo Moles ninguna culpa se le puede atribuir, pues lo que obró fué por la forzosa y natural defensa de las banderas de V. M. y de las personas y vidas de sus soldados, y por la reputacion de sus Reales armas. Nunca estuvo en Rio de Arenas, ni es creible que un caballero cuerdo y cristiano diese órden de que se pusiese fuego á la iglesia, con

peligro de que sucediese un caso tan lastimoso y desastrado; y si le hubieran hecho sus soldados lo publicáran para mostrar su inocencia y él no se hubiera atrevido á castigarlos, como lo ha hecho, pues habiendo reconocido las mochilas de todos los soldados, y no habiendo hallado más de un tafetancico de la iglesia, hizo que el tercio arcabucease al que lo tenia; y por haberse descompuesto otros dos soldados con un sacerdote en San Pedro de los Pescadores los condenó á muerte, y á su ruego conmutó la pena á seis años de galeras, que se ejecutaron. Si por culpas tan leves, respecto del crímen de que se trata, ha hecho tan severas demostraciones, bien se puede creer que las hiciera mayores si hubiera hallado algun rastro ó indicio de culpa en sus soldados; y en duda, el derecho presume que no hubo dolo cuando se admita haber intervenido descuido ó negligencia; y V. M. sabe cuán frecuentes son en la guerra sucesos semejantes, que áun en la paz se han visto muchas veces incendios de monasterios, nacidos de ligeros descuidos de los mismos religiosos que los deseaban preservar, como sucedió poco tiempo há en el de Jesús nuevo de Nápoles y en el convento de los Angeles de esta córte, y que aún en los reales Palacios de V. M. no se ha podido evitar este peligro; y las historias refieren que lo mismo sucedió en el de Augusto César y en los templos y Capitolio de Roma; y no se puede creer que los que traían tan aventurada la vida, y la muerte tan á los ojos, habian de cometer un delito tan horrendo y execrable, de que no se les seguia ninguna utilidad. La declaracion que se dice haber hecho el Obispo de Gerona contra el tercio, es de ningun momento por muchas razones; porque el Obispo fué oprimido y forzado cuando hizo aquel acto, y al presente lo es, y los de Gerona le amenazaron que si no lo hacia le habian de quemar la casa y quitar la vida, y le dijeron muchas palabras feas y descompuestas, con que se rindió á su injusta demanda, lo que no hiciera si gozára de entera libertad, y porque en la dicha causa se procedió exabrupto sin citar ni llamar á dicho Don Leonardo Moles ni á los soldados de su tercio á parte donde

pudiesen comparecer, lo cual induce notoria nulidad; porque si hubieran sido citados, es sin duda que se defendieran y mostráran su inocencia si tuviese *tuto ascensso*, el cual tampoco tenian; y porque los testigos que examinaron en este negocio han sido personas de la tierra, enemigos capitales de D. Leonardo Moles y de su tercio, y los mismos que quieren atribuir la culpa á los soldados para cubrir sus maldades, y gente facinerosa que no merece ninguna fé en lo que hubiese depuesto contra ellos, por padecer defectos y tachas tan notorias; pero es tanta la fuerza de la verdad, que se tiene por cierto que no habrán dicho cosa que los ofenda, y en lo que hubiere declarado en su favor deben ser creidos; á que se allega, que, aunque se han hecho exactísimas diligencias por cuatro Tribunales y Juzgados para averiguar la verdad, nunca ha habido testigo que culpe á los napolitanos. Aunque los sediciosos y turbadores del comun reposo han querido exparcir este vano y falso rumor de que ellos fueron los causadores del nicendio: á esta voz fingida ningun crédito se le puede dar, por haber nacido de raíz infecta y haberla divulgado nuestros enemigos, y lo que es más cierto, los mismos autores del daño; y cuando hubiera una fama pública y constante, aún en rigor de justicia no bastára para poder promulgar censuras contra los napolitanos, porque de la misma suerte que no fuera suficiente para condenar á los soldados á muerte corporal, así tampo no puede bastar á condenarlos á la espiritual, que es pena más grave, que los aparta como miembros podridos del gremio de la Iglesia, tanto más siendo el delito que se les imputa tan horrible y detestable y que causa tan grande nota á los que le cometen. No pudo ni debió el Obispo de Gerona hacer mencion del tercio de D. Leonardo Moles, no constándole legítimamente, ni en comun ni en particular, que los soldados habian sido incendiarios de la iglesia y los robadores de las cosas eclesiásticas y sagradas, mayormente siendo el tercio un cuerpo y agregado que se compone de tan diferentes personas; y debiera el Obispo de Gerona reparar en que del acto que hizo tan apresuradamente se ha seguido tanta

infamia para todos y se ha causado tal escándalo y tan público en el mundo, y se ha dado á los inquietos materia de nuevas comisiones y mayores atrevimientos y á que se hayan valido de este falso pretexto para sus turbulencias y maldades, y para dar tan feo y odioso nombre al ejército de V. M., diciendo que es de herejes y enemigos de la fé: y no constando del hecho, es imposible que haya constado de la intencion, ni que el fuego se pusiese con ánimo de que sucediese el incendio en la forma que despues se vió. Circunstancia que despues se vió necesaria para poder calificar este delito con la gravedad que se pretende atribuirle. V. M., como Príncipe tan justo y clemente, ha de volver por la reputacion de sus armas y por el reparo de nuestras honras, disponiendo con su autoridad que se enmiende el error que se ha cometido, y que, puesto el Obispo de Gerona en libertad y libre de la opresion que ha padecido y padece, y enterado de la verdad de lo sucedido, revoque y deponga las censuras y entredichos que ha promulgado, manifestando al mundo nuestra inocencia é inculpabilidad, ó que por otra vía honesta y decorosa se nos dé satisfaccion del injusto agravio que habemos padecido, mandando castigar con todo rigor y severidad á los que en tan inícuo ánimo y tan depravada intencion han exparcido este falso rumor, en tan grave ofensa de las católicas armas de V. M. y de nuestras honras, y de la reputacion de Naciones tan ilustres y de soldados tan valerosos que han servido á Dios y á V. M. con tanto amor y fidelidad. A la verdad, el designio de estos hombres ha sido irritar al pueblo incauto con estas falsas voces que publican, y concitarlo para que, tomadas las armas, procurase acabar y extinguir las armas de V. M., para quedar ellos con vida más ancha y licenciosa y poder cometer sin temor de la justicia los insultos, robos, incendios, muertes, asesinatos y otros agravios y gravísimos delitos á que están acostumbrados. Esto se vió claramente en el sitio que pusieron en Amer á Julio de Arce y á las banderas de V. M. dentro de la iglesia y convento de Benitos claustrales y casa del Patronato real de V. M., á donde levantaron

trincheras, tomaron puestos, cortaron los caminos para impedir el socorro y les quitaron los bienes, obligando al Maestre de campo y á sus Capitanes y soldados á que pasasen siete dias con solo trigo cocido y agua; y le dieron tres asaltos matándole mucha gente, y tiraron muchos arcabuzazos á la iglesia, de que se hallaban ofendidas sus imágenes, y trujeron gran cantidad de paja para abrasar el convento donde estaba, diciendo que habian de quemar ó degollar al Maestre de campo y á todos sus soldados, sin haberles dado ninguna causa para ello; y se mostraron tan inexorables, que no daban lugar á riesgos, ántes se obstinaban más con ellos, y aunque los de la villa de Olot y algunos religiosos, á instancia de los cabos de los tercios, les pidieron que alzasen el sitio y se retirasen para que no llegasen al último rompimiento, no lo quisieron hacer, y llegó á términos su fiereza, que la presencia del Santísimo Sacramento no fué poderosa para que desistiesen de su intento, hasta que habiéndose unido los tercios socorrieron á viva fuerza y á costa de mucha sangre las banderas de V. M., á Julio de Arce y á su gente, sacándola del peligro en que se hallaba. Fué tanta su protervia, que fueron siguiendo á Julio de Arce y á los tercios por espacio de más de una legua, escaramuceando con ellos y matándoles algunos soldados, perdiendo el respeto á las banderas de V. M., cometiendo otro nuevo delito de sedicion y conspiracion, y de crímen de lesa Majestad *in primo capite* y de expresa rebelion. Tambien con esta accion se manifiesta cuán vano y fingido es el color de que se valen, abusando de la religion, diciendo que han tomado las armas por defensa de las iglesias, pues á Julio de Arce ni á su gente ninguna culpa se le podia atribuir de lo que habia sucedido en Rio Arenas, y los que se fingian tan celosos de la defensa de los templos no debieran intentar poner fuego á la iglesia de Amer; y esto no fué acaso como el otro suceso: ni tampoco debieran perder con tanto atrevimiento el respeto al Santísimo Sacramento, como lo hicieron; pero tal era su rabioso furor, y tales las ánsias que tenian de acabar con el ejército, que atropellando por todo, descubriendo

su impiedad, fueron tantas las crueldades y persecuciones que obraban en todas las partes, que mataban á sangre fria cuantos hombres y muchachos encontraban, y las amenazas que hacian á las villas y lugares donde estaban alojadas algunas compañías de los tercios, diciendo que los habian de quemar si no las despedian, teniéndolas asediadas en algunas partes con gran peligro de perderse; que para evitar las muertes y atrocidades que cada dia sucedian, fué forzoso que los tercios se retirasen y uniesen en la villa de Blanes, de donde por órden del Virey vinieron á ejecutar el castigo de Santa Coloma de Farnés, como se ejecutó. Y habiendo caminado la vuelta de Gerona, aquella cerró las puertas al ejército como si fuera de enemigos; y habiendo pedido al Maestre de campo, Julio de Arce, que les diesen cuatro ó cinco Capitanes que asistiesen á las puertas porque no entrasen soldados, señaló los Oficiales solos, y vino en ello para mostrar cuánto deseaba de su parte la quietud del pueblo y evitar causas de nuevas conmociones; pero esto no bastó para que se consiguiese el fin deseado, ántes, sin darle ocasion, tocaron al arma, no tan solamente con la campana de la iglesia mayor, como se acostumbra, sino con todas las demás de los conventos, iglesias y monasterios, lo cual se fué continuando por todos aquellos contornos, dando ocasion á que se alborotase y tomase las armas la gente de la comarca, y se fué engrosando junto á la ciudad. Estaban estos hombres tan sedientos de sangre de los soldados y tan rabiosos contra ellos, que aunque el Obispo de Gerona y algunos seculares, digo, capitulares de su iglesia, y los Jurados de aquella (iglesia) ciudad, les dijeron que no necesitaban de su ayuda y que se volviesen á sus casas, no fueron poderosos para desarraigarlos, ántes ocuparon los caminos y derramaron los víveres que se llevaban para los tercios y procuraron matar á los que los llevaban, como lo hicieron á un soldado que no pudo escapar; y habiendose puesto entre Gerona y los cuarteles, impidieron de todo punto la comunicacion con D. Ramon Galders, Gobernador de Cataluña, y los demás Ministros que estaban den-

tro de Gerona, y redujeron los tercios á extrema necesidad por falta de sustento, no permitiendo los de Gerona que los soldados entrasen en la ciudad, en tiempo que los amotinados entraban libremente y se proveian de todo lo necesario. Y áun se dice, que algunos de dentro los socorrian con dineros, y áun, que se les proponian diferentes medios para que el ejército fuese socorrido; y de parte de Julio de Arce se ofreció á ir con quinientos mosqueteros á recibir los bastimentos, y nunca los de la ciudad dieron oidos á ello, diciendo que alborotaria el pueblo; ántes, habiéndoles representado D. Ramon Galders los inconvenientes que habian nacido de tocarse la campana de la iglesia mayor y los que podian suceder si no se remediaba, respondiósele que ya estaba proveido de remedio. Esto no bastó para impedir que despues de medio dia no hubiese otra arma ocasionada de tan leve causa como la primera, y se tocó otras tres ó cuatro al arma con todas las campanas, y la última con la de la iglesia mayor, sin haber tenido ningun motivo para ello; y aunque fuera muy fácil deshacer y disipar aquella gente y castigar su atrevimiento, se excusó por no darles ocasion de nuevos movientos. Viendo que los tercios no tenian pan de municion ni socorro en dos dias de la marcha, y en otros tres que estuvieron á la vista de Gerona, y que no dejaban salir las municiones ni víveres, ni áun á los religiosos sacerdotes, capellanes de los tercios, que se hallaban dentro, y que la intencion de los amotinados era hambrear y consumir los tercios, y que allí se estaba con descrédito de las armas de V. M., se tomó resolucion de marchar la vuelta de la villa de Blanes, como se hizo, partiendo del puesto de salir á las siete de la mañana, formando tres batallones de los seis tercios; y fué tanta la desvergüenza de aquella vil canalla, que tuvo atrevimiento de embestir al primer batallon, y aunque recibió la carga huyendo, volvió luégo á picar la retaguardia, y se peleó desde la hora de la partencia hasta las nueve la noche que se llegó á Blanes, quedando muertos muchos soldados y gran número de heridos, y un Capitan del tercio de D. Leonardo Moles; y al ruido de la pelea acudió el

capitan D. Bernardo Chacon con las tres compañías de caballos de su cargo. En estos dias se padecieron increibles peligros, trabajos y miserias por culpa de la ciudad de Gerona, por no haber admitido dentro ni junto á las murallas al ejército de V. M., ni proveídole de las cosas necesarias, ni abrazado ningun temperamento; ántes convocando la gente sediciosa, y tocando tantas veces á rebato en tan nueva forma, se vé la increible obstinacion de los amotinados; pues yendo los tercios quietos y pacíficos los fueron persiguiendo un dia entero con tan rabioso furor para acabar de arruinarlos. Pero lo que puede causar mayor admiracion es, que habiendo marchado los tercios no se quietasen los del pueblo de Gerona, ántes, viéndose sin aquel freno, se convinieron más, obligando á los Ministros, Capitanes y soldados á que se retirasen á los conventos, por no hallarse seguros; amparando aquel pueblo las tropas de los villanos que venian á reconocer los conventos, robando todo lo que les parecia ser hacienda de soldados y tomándoles todos los cababallos que tenian. En el convento de San Agustin mataron cruelmente tres Capitanes y les quitaron los vestidos, no habiendo tenido más de uno lugar de confesarse; y esta atrocidad viene á ser de mayor consideracion, que se cometió á sangre fria y en Capitanes de V. M., y que habian ido á instancia de la misma ciudad y estaban debajo de la fé pública. Continuando todos juntos tan horribles maldades, fueron al convento de San Pedro de Galligans, á donde paraban D. Guillén Meca y D. Francisco Cors, Ministros del Consejo Real, con ánimo deliberado de matarlos; y no habiéndolos encontrado mataron á un Comisario real y á otras dos personas que se habian retirado al campanario, y los robaron y desnudaron; y habiéndose retirado D. Ramon Galders á la iglesia mayor por ser puesto fuerte, y dispuesto que los Jurados le trujesen allí los Oficiales y que llevasen los soldados á la cárcel, que tambien era capaz de defensa el pueblo, los amotinados quisieron subir á degollarlos, y lo ejecutáran si la ciudad no les enviára una compañia para su guarda. Sucedieron otros accidentes, hasta que en 30 de Mayo, á dos horas

de la noche, los Ministros y Oficiales de V. M. salieron huyendo oculta y secretamente de la ciudad de Gerona, y llegaron á Blanes esotro dia á las diez de la mañana; habiéndoles tocado en el camino al arma en todas las partes por donde pasaron, como si fueran enemigos públicos, que por tales tienen á los Ministros y soldados de V. M.; y estando juntos los tercios en los Arrablanes quietos y sosegados, sin dar á nadie ocasion de sentimiento, los villanos se juntaron en mayor número, y apellidando favor contra los enemigos de la fé, los inquietaban y tenian en continuo desvelo, tocándoles al arma muy amenudo, y matando á todos los soldados que se apartaban de sus cuarteles con un rigor inhumano.

»Viéndose los cabos del ejército tan perseguidos, acosados, faltos y menesterosos de todo lo necesario, y que cada dia iba creciendo el peligro y la necesidad, y que no se podian conservar en aquel puesto, se resolvieron pasar al Condado de Rosellon, ejecutando la órden que tenian, y hacer la marcha por tierra, como se hizo con grandes peligros é incomodidades, habiendo los villanos insolentes seguido el ejército, embistiendo en diferentes sitios, donde fué necesario pelear para su defensa con sangre de ámbas partes; y eran tan frecuentes sus invasiones y tanto lo que les infestaban y tiraban de todos los lugares por donde iban haciendo su camino, que era necesario siempre llevar las armas en la mano sin tener una hora de reposo. En este tiempo no se olvidaban los villanos de perseguir al tercio de D. Pedro Giron, matando con mucha crueldad á muchos de él; y le hubieran deshecho del todo si no fuera por los de Santa Coloma de Centellas que salvaron algunos. Asimismo padecieron gran borrasca los soldados del tercio de Módena, que estaban alojados en Mataró, y lo mismo sucedió á los que tenian sus banderas en San Saloní, y á las cinco compañías del tercio, digo cuartel, de D. Francisco de Velasco y á la tropa de cuatrocientos caballos que tenia á su cargo el Comisario general D. Fernando Chirinos, á los cuales y á los modeneses que venian en su compañía los fueron siguiendo y arcabuceando los amotinados

hasta la misma ciudad de Barcelona, matando gran número de gente; de manera, que viéndose acosados de la muchedumbre que los venia persiguiendo, y que del baluarte de Levante les disparaban muy amenudo, se hallaron tan oprimidos, que sabiendo el motin que la noche ántes habia sucedido en Barcelona, dejaron los caballos y se echaron al agua para recogerse en las galeras, como lo hicieron, habiéndose ahogado muchos de ellos: con que se deshizo aquella tropa que éra de tanta importancia para el servicio de V. M., no habiendo podido recobrar hasta ahora los caballos, y se padeció tanto en la reputacion de las armas de V. M., que habiendo muerto ocho Capitanes modeneses, les cortaron las cabezas y las pusieron en unos palos, como si fueran de salteadores de caminos, haciendo alarde y blason de sus enormidades, no habiendo los modeneses intervenido en nada ni dádoles ninguna ocasion de queja. En todas partes las banderas de V. M. fueron acometidas y perseguidas; y pensando hallar el remedio en Barcelona, encontraron nuevos y mayores peligros; de suerte, que sin distincion de lugares, los cabos, criados, oficiales, soldados y Ministros de V. M. hemos sido maltratados, heridos y muertos, y padecido robos, incendios y tantas calamidades, solo por servir á V. M. y conservar el ejército, que no hay encarecimiento que iguale la verdad; y ha sido tan rabiosa la crueldad de aquesta gente, que adonde quiera que encontraban los soldados los mataban, degollaban, sacaban el corazon y le picaban con las dagas, quemando los cadáveres de los soldados muertos; y no perdonaban á ninguna Nacion, sexo ni edad, porque hasta el tercio de los aragoneses procuraron degollar, por decir que su lengua y la castellana era toda una, y fingian fábulas y quimeras exparciendo falsos rumores para conmover é irritar los ánimos sencillos, diciendo que los soldados quemaban las iglesias, mataban los sacerdotes y despedazaban los niños. Y habiéndose pasado el ejército de Rosas á Perpiñan en 11 de Junio, y pedido alojamiento á los de aquella villa, representándoles cuánto importaba al servicio de V. M. su conservacion y que muchos de los solda-

dos iban enfermos y otros heridos, y todos con necesidad de algun reposo y comodidad para repararse de los cuidados, trabajos, fatigas y otros desmanes que habian padecido, ofreciéndoles que no se pretendia que la villa diese cosa alguna porque la gente de guerra habia de vivir con lo que V. M. les daba; los de la villa, con frívolas respuestas, se excusaron de hacer este servicio á V. M., y despues de muchas demandas y protestas que se les hicieron por todos los cabos que allí nos hallamos, habiendo estado tantos dias el ejército en campaña al descubierto, nos resolvimos todos, de comun acuerdo, que se molestase y batiese la villa con la artillería del castillo y con bombas hasta que se allanase á dar alojamiento al ejército ó parte de él, como, no habiendo querido obedecer la villa, se ejecutó. Las razones que nos movieron fueron muy precisas y encaminadas al servicio de V. M., porque nadie podia negar que aquel ejército es el único medio de la defensa de estos Reinos, y en aquel tiempo habia muchos avisos de que en la frontera de Francia se formaba otro muy grueso para entrar en Rosellon, y pudiera degollar el nuestro estando en la campaña con tantos enfermos y tan fatigados de los trabajos que habian sufrido; y aunque los de la villa daban buenas palabras y decian que trabajan para reducir al pueblo, los efectos mostraban lo contrario, porque se fortificaban muy apriesa, haciendo barracadas y cortaduras en las calles y poniendo en ellas la artillería: los del pueblo hacian muchos insultos, y en particular los soldados del Preboste, los cuales mataron algunos de los de V. M. desde la muralla, y se sabia que habian pedido ayuda á los amotinados, haciéndoles instancia para que le viniesen á socorrer con toda brevedad, y que estaba junto en Siles un grueso de cerca de cuatro mil hombres, y que por horas se iba aumentando el número de aquella gente sediciosa, y que para darlos entrada en la villa habian remitido los naturales de ella á una puerta y ganádola á los soldados que la guardaban. Siendo todo esto de tan mal ejemplo para las demás villas de aquel Condado, las cuales tampoco querian alojar, y el peligro tan evidente de ser el

ejército acometido y deshecho por los de dentro y fuera de la villa, y que las protestas y amenazas no obraban, ni se ajustaban los de Perpiñan á dar un barrio cercado como los habíamos pedido, y que el ejército se iba deshaciendo muy apriesa, y que todo esto cedia en gran desautoridad de las armas de V. M., nos fué forzoso allanar aquella villa en la forma que se ha referido, por parecernos que seria menor el daño y mayor el retorno de las bombas y la artillería que no el que padeceria aquella villa con el saco, que seria inevitable entrándose por fuerza; pero perseverando en pretender introducir el socorro, como se ha dicho, no se pudo diferir más el acometimiento. Así se vé, que ellos fueron más la causa de su daño y que de nuestra parte se procedió con toda la templanza y moderacion que permitió la conveniencia del servicio de V. M. y la conservacion de aquel ejército; que cuando todos esperamos nuestras honras y mercedes de mano de V. M. por haber conservado aquel ejército la reputacion de las armas de V. M. y domado aquella villa, dando ejemplo á las demás, hemos visto con general desconsuelo que el duque de Cardona no ha impedido la partida al marqués de Jeri de la Reina que gobernaba aquellas armas, y puesto en el castillo mayor de Perpiñan á D. Leonardo Moles, y que esto ha sido á instancia de los de Perpiñan y del Conseller de Barcelona y Diputado del General; lo cual se ha hecho con grande artificio y no ménos deservicio de V. M., porque con la detencion del marqués Jeri de la Reina y con haber sacado la mayor parte de la gente de Perpiñan, se ha procurado dar á entender que de nuestra parte no se habia obrado con la rectitud y atencion convenientes, y que en todo se habia excedido, y que la gente de la villa de Perpiñan era justificada. Por este camino procuraban los culpados evadir el castigo que tienen merecido, y tambien con la prision de D. Leonardo Moles se declaraba por culpado en lo de Rio Arenas, y tácitamente se aprobaban los insultos y abominables procedimientos de los sediciosos; de que resultaba un general desconsuelo para las armas de V. M., y se causaban nuevos y mayores escándalos

y se daba materia para que los inquietos cobrasen mayor atrevimiento y osadia, y los cabos y soldados se intimidasen y afligiesen, y que por esta causa se deshiciese el ejército viendo padecer á sus cabezas, y que sus servicios, hechos con tan grandes brabajos, no eran tan aceptos como esperaban. Solo el consuelo que nos queda es, que creemos firmemente que esto no se ha hecho con órden ni permision de V. M., que con tan gran providencia sabe apreciar los servicios de sus fieles vasallos; y que ántes tenemos por constante, que lo que hizo el duque de Cardona fué apremiado de las importunas instancias del Conseller de Barcelona y Diputado del General, por darles alguna aparente satisfaccion, no reparando en las perniciosas consecuenciencias que de ello resultaban; y V. M. debe persuadirse que lo que se obró con tan madura deliberacion y uniforme acuerdo de todos los cabos, que son tan celosos y atentos al cumplimiento de sus obligaciones, fué lo que convino para su Real servicio, y aún que por él estamos todos prontos de sacrificar nuestras personas, vidas y honras para que V. M. disponga de todas como fuere servido, cuando entienda que las demostraciones que se hicieron con nosotros pueden ser de algun provecho. Pero nos parece, que faltamos á la fidelidad debida á su Real servicio si no representamos el vivo dolor y sentimiento con que estamos, de ver que sus ejércitos, cabos y Ministros hayan sido tratados con tanto oprobio y menosprecio, y que se haya perdido el respeto á sus banderas con tan pernicioso atrevimiento y muerto á sus Capitanes, Oficiales y soldados con tan inhumana crueldad, y que con tan malas artes y trazas indignas hayan procurado infamar Nacion tan ilustre en fama y religion, y que por colmo y remate de sus horribles atrocidades hayan muerto tan enorme y detestablemente á nuestro Capitan general y Virey de V. M., que representaba su Real persona. Caso lastimoso, estupendo y sin ejemplo, y que conviene á su Real servicio que no solamente sean sueltos el marqués Jeri de la Reina y D. Leonardo Moles sin ninguna dilacion, sino que se aprueben y premien sus acciones y servicios de manera, que conozca el

mundo que V. M. se da por bien servido de ellos, y que juntamente la justicia vuelva por sí y por la autoridad de V. M. y se levante con cuchillo de justa venganza para que sean castigados los sediciosos que han cometido delitos tan horrendos y enormes y de tanta atrocidad, como se han referido. Así lo suplicamos á V. M. con todo aquel afecto que podemos, pues de otra manera ni podrá V. M. conservar sus ejércitos, ni hallará quien sirva en ellos ni en otro ningun ministerio; y que mande V. M. que se reciban informaciones por personas de grande integridad y satisfaccion, y dé puesto igual á la gravedad de la materia, de manera que se administre justicia con igualdad á todos; con que nos prometemos que V. M. se dará por bien servido y que estimará nuestra fidelidad y amor, como lo esperamos de su Real grandeza.»

En esta forma se disculpaban los soldados con el Rey, de las calumnias que les imponian los catalanes, y con más astucia los de Barcelona. Lo cierto era, que ellos no podian sufrir los alojamientos, la costa, la inquietud, el desasosiego, el celo del que era casado ó tenia hija, causa porque aventurarian mayores cosas; eran estos sustentados por algunos años, y lo pretendian abandonar y tambien resarcir la infanteria y caballeria con que les iban este año restringiendo la tierra con la publicacion de la jornada y las Córtes, de donde se persuadieron los querian forzar á la concesion de lo que se les habia pedido años pasados, y además de esto los quintos, en que decian que aventuraban su libertad y sus fueros, y prorumpieron en oponerse á estas materias.

Las galeras de España, Génova, Nápoles y Sicilia, en número de treinta y seis, venian navegando á Cadaques, puerto de Cataluña, sobre Barcelona, tocado tambien del contagio de la rebelion. La armada francesa, que infestaba el Mediterráneo, las dió vista pretendiendo dañarlas si el viento la diese lugar; de donde yo arguyo que la armada de Poniente y la armada de Levante, que no habian salido este año sin sospecha ó aviso de conmocion en ambas costas y querian hacer escolta á los detentores. Los genoveses, sin embargo de que son dueños de

nuestro dinero y de los socorros de Occidente, no querian abrigar en sus puertos nuestras galeras que corrieron allá: despues lo hicieron para valerse de ellas contra la armada francesa, que siguiéndose ó buscándose los unos á los otros, se puso á la vista de aquella ciudad: amenazáronlos que no se llegasen, que los tirarian con toda la artillería: obedecieron á la amenaza y al riesgo y se apartaron; con que, á lo que se presumió, de embestirse y llegar á la manos, si bien no quedára por nuestra gente si tuviera órden. El príncipe Tomás se hallaba apretado de los franceses y del asedio en Turin, porque se habia metido dentro, córte del Piamonte, abandonado y áun perdido las fortificaciones de fuera sin poderlas defender: el marqués de Leganés, por la misma causa, se sentia indispuesto y con perlesía, y no le podia socorrer por este accidente, y tambien porque muchos cabos del ejército estaban faltos de salud, la gente cansada de contender por tan largo tiempo y tan porfiadamente: la que tenia no era mucha y la habia menester para el resguardo de las plazas que tenia en aquella provincia. Los sucesos dieron á entender, querian hacer entradas en la Francia por sus fronteras y por las hostilidades de aquel Rey en la Borgoña y en la Alsacia, por la toma de Brisac, en cuya provincia estaba D. Francisco de Melo por la ocurrencia de sus necesidades y recobrar lo perdido; pero todo de muy poco efecto por la falta de dinero y gente y estar los ejércitos imperial y el de los enemigos siempre afrontados el uno con el otro para darse batalla: con que no se podia acudir ni remediar nada, y en esta manera el Rey de Francia suspendia las fuerzas del Emperador, sobrellevando aquella Liga, como cabeza de ella, para que no obrase en las cosas en apoyo de España; y debajo de este pretexto las disipaba, y los esguízaros seguian aquella opinion que prevalecia, aunque más capitularon con el Emperador de no servir al sueldo ni debajo de las banderas del rey de Francia. Destruccion comun de Estados, de Imperios y de Reinos, como ya lo estaba todo y se iba disponiendo en España. El infante D. Fernando no se apartaba de Arras, más con el dolor y sentimiento de la pérdida que

con la esperanza de poderla remediar; habíanlos maltratado mucho los franceses, no guardándoles ningun concierto, mostrando la fuerza de su condicion en ellos y descortesía, no dejándolos traer armas, ni aún un cuchillo, ni que anduviesen tres ni cuatro juntos, vedándoles que á las diez de la noche no estuviesen fuera de sus casas, pidiéndoles diez mil hombres de presidio y pidiéndoles las pagas de ellos: con que este año procedia todo; ni con reputacion ni con fortuna. Pero, sin embargo, recelosos de la asistencia y del teson de S. A., y de miedo de los burgueses por las atrocidades cometidas en ellos, en sus mujeres, hijos y haciendas y en su libertad, dividieron la villa del fuerte, deshaciendo y desbaratando mucha parte de las casas, y levantando una poderosa fortificacion, se aseguraron de volverlas á perder. El marqués de Villafranca, con las galeras, impidió el comercio de las demás Naciones de Levante con los de Barcelona, la entrada de bastimentos y otras embarcaciones, porque ninguna queria aventurar sus mercadurías, con la revuelta y poca seguridad de todo, y siguiendo aquella gente su frenesí y desatino en fomentar la discordia, injuriaban por momentos á los de Tortosa, queriéndolos volver otra vez á la rebelion; mas ellos, entre las demás razones repetidas, respondian no poder tomar armas contra su Rey.

El duque de Arescot, mártes por la mañana, á 24 de Setiembre, fenecieron sus trabajos y larga prision de una grave tristeza y melancolía que le cayó el corazon con ardientes calenturas, diciendo á su hijo que fuese muy fiel á Dios y al Rey: fué depositado en los Carmelitas descalzos de Madrid, por haber tenido allí cerca su prision: fué buen caballero. Murió de callado, sin sabérsele otra causa ni ser posible argüirla de infidelidad, más de ser leal á sus parientes y paisanos. Cubrió el Rey á su hijo y casó en Barcelona en la casa de Gandía, absteniéndole de salir de allí: á la Duquesa se le dió licencia de volver á Flandes.

Juéves, 28 de este mismo mes, se publicó con grande ruido de justicia y trompetas se registrasen los catalanes que habia en la córte: el fin de este decreto no fué de ningun

momento ni consideracion, por haber pocos y de ninguna consecuencia, y no con otro intento que de afligirlos y molestarlos para que entrasen en el arrepentimiento y abrazasen la enmienda de lo cometido; pero ellos cerraban las orejas á todo verdadero conocimiento y sumision, ántes trataron de castigar á los de Tortosa y forzarlos por las armas á seguir, mal de su grado, las pisadas y las huellas de los demas. Para esto los echaron encima cuatro mil hombres, llamados de secreto de los sediciosos y de los deudos de los coligados, para que entrasen en la ciudad, la sujetasen é hiciesen del bando de los traidores: fué avisado de esto el marqués de Villafranca, que habia vuelto de los Alfaques, por dos de la ciudad, y sacando de las galeras dos mil soldados, los esperó en el paso y los acometió; y viéndose cargados reciamente de la mosquetería y arcabucería, volvieron las espaldas y corrieron con velocidad á salvarse en lo más áspero de los montes cercanos del Coll de Balaguer.

Llevando adelante los aprestos de armas para la reduccion de aquella gente, y estando ya todo casi en Aragon, á 3 de Octubre se bendicieron los estandartes de las Ordenes militares en Nuestra Señora de Atocha y se entregaron á los caballeros señalados para marchar con ellos. Los catalanes otra vez pretendieron romper el puente de Tortosa por donde corre el Ebro á desembocar en el mar Mediterráneo, y es término entre Valencia y Cataluña. Prevencion y hecho importantísimo, como ellos decian, para quitar el paso al ejército que estaba para entrar en Cataluña; pero no pudieron salir con su intento, porque el marqués de Villafranca, avisado y con cuidado de tener pronto aquel paso, lo defendia. Con la mosquetería ahuyentó la gente y los hizo desistir de la empresa; pero ellos al andar de nuevas diligencias hicieron las suyas con más rabia y desesperacion que hasta allí, y se arrojaron totalmente á perpetrar mayores delitos: enviaron embajadores á París á dar la proteccion y obediencia al rey de Francia, á darle el Señorío y la potestad del Principado, á pedirle gente y defensa. Túvose aviso que lo admitió, como aquel que tanto lo

deseaba para abrirse paso á las demas inteligencias, que ofreció en su socorro doce mil infantes y dos mil caballos, y que se habia solemnizado en aquella córte este hecho y se hicieron fiestas y regocijos; discurriendo en París que ya todo el mundo estaba por los franceses, que la pondria en la frontera de Perpiñan: lo más infeliz de todo lo que sentian, así los españoles y todas las demas Naciones, creciendo en soberbia y vanidad aquella gente, y lo peor de esta materia los consejos, que aquí resultarian en el Reino, en Holanda y Suecia contra la Monarquía, acrecentando los ejércitos y las armadas, los designios, las sublevaciones, insidias y otras desventuras, con tanto ménos cuidado que en los años pasados cuando se le habia ofrecido y abierto una puerta que por ningun lado habia podido abrir para correr con velocidad á España, asolarla y tener por cierto y sin oposicion á Flándes y á Italia; que fallidas de socorro estas dos plazas de armas por las disensiones y guerras civiles en que por nuestro mismo parecer y consejo era cierto, y sin duda, haber acabado con esta Monarquía, que tantos años há que lo hubieran deseado y hecho sus esfuerzos para ello, juntando fuerzas y consejos para conseguirlo, tesoros y aliados, y no habiendo hasta ahora bastado nada de esto, nuestros mismos oficios y trazas sin fundamento, las juntas, los tributos, la envidia de los hechos ajenos, la emulacion y el capricho de materias sin propósito, la soberbia, la vanidad, se le habian puesto en las manos. Ofreció el rey de Francia esta gente á los catalanes para favorecerlos y constituirlos por rebeldes en la circunferencia de España, fin de su prosperidad, á ejemplo de Holanda; pero tambien era preciso abrir los ojos, no se redujesen y pasase nuestro ejército á infestar sus fronteras y se desvaneciese con brevedad su confianza, y recayesen sobre su casa cincuenta mil españoles, que fuera de toda arrogancia y encarecimiento se iban juntando. Ahora, ¿quién duda que lo pondrian en cuidado? y más si el Rey, sin afectacion ni apariencia, diese calor á su jornada, seria conservar aquella gente sin que se le volviese, como despues lo hicieron, faltando al órden y á la prudencia, no

creyendo que había de salir; y habiendo salido en fe de esto porque todos los demás eran soldados de milicia y batallon de los lugares, y por más que apretemos el discurso y abramos camino á la esperanza de desear dañar á los franceses, no nos es permitido, porque si el año de cuarenta y cuatro se hizo algo en Cataluña con la toma de Lérida y la victoria antecedente, y se entraba á la reduccion á buen paso, Flándes peligraba, fundamento de la Monarquía, con la pérdida de Gravelingas y el Saso de Gante, pérdidas sensibles de todas maneras y que anuncian las demas.

Por estos dias hicieron al Almirante de Castilla Teniente de general de la caballería de España, debajo de la mano del conde de Olivares, General de ella, por valimiento, sin haberla ni ofrecérsele sueldo: á todos pareció novedad y desintieron de ella como de las demas, y de que no habiéndole hecho merced por su causa ni por los años que habia servido de Gentil-hombre de cámara, ni por los sucesos de Fuenterrabía, de que le hicieron cabeza, y á él se le debe ahora le dieran cargo de Teniente á un señor de su sangre. Él lo tomó y toleró lo más cortesmente que pudo, porque no es para cada dia ni para todos lances chocar con el poderoso; pero dejándose humanar algo y queriendo colorear el aviso entre los demas, dándolo todo con escaseza y con misterio, con lo que se arrimó á esto, que fué el Vireinato de Sicilia, para que hubiese ocasion, que él tanto deseaba, es lo que le hizo callar, componer el semblante y darse por muy contento, por tener allí lo mejor de su hacienda, y deseaba con esta ocasion poderla repasar. Pero estando ahora en las manos el Vireinado de Don Francisco de Melo, último agresor de Flándes, y luégo en la de su mujer, cosa bien rara, con unos delitos, digo acólitos, que le pusieron, como el arzobispo de Medina y otros, por haber enviado al D. Francisco á la Alsacia por caudillo de aquella guerra; habiendo escrito de Sicilia aquel magistrado que enviasen á aquel Reino por Virey alguna persona grande de gobierno, porque si no se perderia, porque se comenzaba á inquietar con el gobierno femenil, como se temia en otra

parte, habiéndole dado al marqués Espínola poder entre las demas mercedes de la jornada de Salsas, porque se arrimase á su recuperacion, y despues al Almirante mandaron al Consejo de Italia, que consultase persona digna de aquel Vireinado: con que el Almirante andaba como siempre en la maroma, bebiendo los vientos sin tocar pelota, y en sus mismos disgustos, como si fuera un hombre particular; de que muchas veces proceden rencillas, alteraciones y movimientos, y luégo andamos preguntando de qué causa se amotinan los vasallos si los desazonamos y no se les hace merced ni se les cumple lo que se les promete; posible cosa es que sea de esto, al cabo, despues de bien voceado, y de idas y venidas al cuarto del Ministro, venció; le dieron el Vireinado, mandándole que con toda diligencia partiese, como lo pedia la necesidad y la causa, de todas maneras digna de asistir á ella con todo el seso y la prudencia.

Por estos dias vino á la córte un embajador de Cristerno, rey de Dinamarca: la embajada contenia, querer aquel Rey la amistad del rey de España, ó que el Católico solicitaba aliados contra los enemigos de aquel Norte, que iban corriendo cada dia en rompimientos y desolaciones. Esto en lo público; en lo secreto parecia haber habido controversias entre él y los holandeses sobre el paso del Conte y no pagar los derechos que allí pagan los navíos que pasan aquel estrecho: penetran los rebeldes por aquel mar á traer de los últimos términos del Aquilon madera para la fábrica de sus navíos, por los altísimos pinos que allí se crian para tablazon, árboles, mástiles y gávias, y nuestros Ministros habian entrado en acuerdo con aquel Rey para impedirlos la fábrica y armazon de bajeles, y que faltándoles este remedio faltasen en poder saltar á las Indias con armadas. Parece que el dinamarco lo admitió por los encuentros contraidos, y tomó por causa aquel Rey de doblarles las pagas; á que los holandeses rehusaron el quererlo hacer, y pasaban el Conte por fuerza, tirándose con la artillería. A esta hora, Cárlos, rey de Inglaterra, se hallaba apretado de los escoceses: sus vasallos, por cau-

sas de tributos y querer gravarlos, rotos sus ejércitos y á pique de perder el Reino: no parece sino que están mal contentos con la dignidad, ó de sobrados de ellas ó de mayor ambicion buscan pretextos y escándalos para perderla. Y volviendo á la materia del rey de Dinamarca, no le placia la demasiada potencia que se iba tomando el rey de Francia con la usurpacion de Estados y de plazas en ambas Germanías, las ligas tan apretadas de suecos y holandeses no recayesen revueltas en su Reino; y se discurria por muy diligentes estadistas que á los rebeldes les tienen pronosticado, y con verdadera amenaza, que perdidos las Países-Bajos y usurpados por el francés, la conjuncion les ha de ser de riesgo para la libertad, porque tanto han peleado y que la habian de perder, y estos celos tenian al dinamarco con cuidado; además de que le tenian irritado las presas y acometidas de holandeses, y queria entrar en la Liga y en la guerra con el rey Católico, pues para movérsela por el otro lado y en la Frisa, hay quien discurre, que como el ministro de la Francia, sagaz en estos hechos, solicita aliados á su Príncipe para amplificacion del Estado, mayor gloria y grandeza de aquel Reino, en la misma forma el de España los procura para el suyo; y así se habia puesto en controversia y disension el paso del Conte para la Noruega y Suecia, de cuyos altísimos montes, como dije, traen la madera para la fábrica de sus navíos, y aquellos antiquísimos, robustos y elevados pinos de donde abundan, de armadas para pasar á ambos orbes á trastornarlos y robar sus riquezas. Ahora sea esto, ó sea aquello, que en las cosas secretas y retiradas no podemos dar alcance, ni cautivar todas las acciones ni los discursos; si bien el rey de Dinamarca rehusó cuanto pudo venir á rompimiento con holandeses; finalmente, dado que ellos le hayan ocasionado el apartarse con las cosas referidas, el sueco envió su Embajador á España; entró en la córte por el mes de Noviembre de este año, el cual, siendo fatal para sus empresas y designios, vino nueva al Rey y á los Ministros que, enviando el de Dinamarca un hijo suyo bastardo con dos mil soldados, parte infantes y parte en caballos, en

socorro y alianza del infante D. Fernando, para hacer la guerra á su tiempo á holandeses, los esperaron junto á Colonia, y en un paso los degollaron, sin quedar ninguno, hasta el mismo hijo, cuyo suceso refirió la embajada; y el Embajador se suspendió, sin poderle sacar si habia de entrar su Rey en la Liga, el número y cuánta gente habia de dar para la guerra, dando por respuesta á nuestro Gobierno, sobre lo sucedido, no poder resolverse hasta ver el órden que le enviaba el rey de Dinamarca y lo que respondia á sus cartas. Los franceses, despues de la toma de Arras, intentaron tomar á Bapama: rechazólos S. A. y rompiólos, apeándolos del intento. Los de Barcelona, debaneando en todas sus acciones, fueron por la duquesa de Cardona, y acompañada de arcabuceros la metieron en la ciudad como presa, y á sus dos hijos D. Pedro de Aragon y otro. Comenzaban ya á entrar á la deshilada por el Condado de Rosellon tropas de franceses, perdiendo la vergüenza y el respeto á todo, admitiéndoles aquellos lugares para su defensa y á su costa, parte del Rey y parte de señorío, por no pagarles sus rentas, aborreciéndolos notablemente, teniendo por mejor el dominio de los franceses que el suyo; cosa que hizo al Rey dejar la caza y no ir á San Lorenzo el Real aquel Octubre: novedad jamás vista desde su fundacion, que por aquellos dias le faltase persona Real, por acudir al despacho del ejército que habia de ir sobre los catalanes. Así á los cuidados forasteros se iban amontonando los naturales, en tanto número, que parecia tasaban el tiempo en la respiracion: mucho por descuido y mucho por inclinarse á limitar el demasiado poder. Illa, lugar del marqués de Aytona, de setecientas casas, admitió cuatrocientos franceses, y de los naturales de la tierra armó seiscientos catalanes para perseverar y defenderse en la rebelion: pasó allá desde Perpiñan con algunos italianos y gente de Castilla, de la coronelía del conde de Olivares: hicieron pasar alguna gente descalzos y desnudos, sin zapatos y sin sombreros, y sin váinas en las espadas; habíanles mandado dos pagas y habiánselas detenido, ó no era llegado el marqués de Villafranca con las galeras á Rosas,

donde iba el dinero, puerto y lugar murado razonablemente y que tambien seguia el designio de los demás. A esta causa la hizo tirar D. Julio de Garay con la artillería; abrió brecha y mandando acometer á los soldados, se estuvieron quedos, diciendo «paga», y no quisieron pelear; hirieron en una mano á D. Julio y matáronle el caballo; y como la faccion no surtió á lo que deseaba, muchos de los napolitanos, ó de miedo del castigo ó de la codicia de mayores pagas, abandonando el servio del Rey, estos y otros, siguiendo el ejemplo, se pasaron con los catalanes: ofreciéronles cinco reales de plata cada dia, sueldo que los hizo entrar en la desobediencia, persistiendo por instantes y con mayor perfidia y disolucion, crímenes y excesos por salir con su tema; robaron la plata de las iglesias, las joyas, y con lo que tenian en su casa labraron moneda de baja ley, y de oro faltando quilates, y de cobre con la efigie y armas del rey de Francia para pagar la gente. Llegó una fragata de Italia á Cadaqués, que traía veinte hombres y un correo con cartas para el Rey; matáronles sin piedad ninguna y desolláronlos, ahorcaron el correo y enviaron las cartas al rey de Francia, y pasaron á tanta inhumanidad y fiereza cual no se podia contar desde caribes: decian que desenterraban los castellanos y los sacaban el corazon: ¡raro ejemplo de venganza y escarnecimiento inexorable! Señalaron de nuevo á los aragoneses, á Calatayud para las Córtes, y á Morella á los valencianos; lugar de quien se dijo por alabanza que en ninguna era, ni en las alteraciones de aquel Reino, jamás habia vuelto la cara á la fidelidad, ni seguido las parcialidades, ni desobedecido á sus Príncipes; á este paso y por oprobio de nuestras diligencias, se juramentaron los de Barcelona y los vecinos de la comarca de ayudarse unos á otros, defender su libertad y morir por ella contra uno y muchos ejércitos que viniesen sobre ellos, por crecidos y formidables que fuesen.

Repárese en que el príncipe de España, D. Baltasar Cárlos, á 17 de Octubre de este año, ha cumplido once y no le han puesto casa; el rey D. Felipe II se la puso al tercero de esta

edad y dió por disculpa tácitamente á sus Ministros, Grandes y Gentiles-hombres de cámara, no haberle sacado ántes de la de las mujeres que le criaban por su poca salud, que así se solia hacer; el rey D. Felipe III sacó al IV ántes de cumplir los once años, con más de cuatro meses, en Búrgos, observando las reglas de sus mayores para el concierto de su Casa y Palacio sin querer arbitrar otras novedades por no destruir el órden del Gobierno y política. Decian que el Ministro no queria ponerle casa sino meterle en el cuarto del Rey, y decíale que de esta manera le tendria delante de sí y á sus ojos para celarle las costumbres y las acciones, y hacerlas más relevantes con el afecto y amor de padre, y ahorrar los gastos, cuidados y disgustos de tenerle aparte; pero lo más cierto era, que esta novedad, entre las demas que reinaron, la habia especulado, y la mayor virtud en este hecho era su conservacion y aumento en cualquiera mudanza y accidente de tiempo, y prevenir que no le naciese alguno en el porvenir que le derribase y que sobreviese al Rey, como sucedió en los de la era pasada; pero querer atar á Dios las manos y obrar con todos los vientos, contra su volud, es desvarío; ni tampoco pensar esconderse de su brazo, el cual, cuando fuere servido, prevalecerá contra los demas que no hubiesen llevado lo que les entregó con legalidad, justificacion y pureza que se debe: que es desatino pensar heredar la fortuna ni perpetuarse en las cosas humanas, que por instantes caducan. Estuvo esta materia por algun tiempo en esta opinion, aunque el Rey no la abrazaba; dejar poner casa á un Príncipe jurado, no es llevar las cosas por sus verdaderos fundamentos, y es siempre estar sujetos á los descuidos y desaires presentes, que apartados se remedian ó disimulan con mayor prudencia; pero, en lo adelante, con la mudanza y expulsion del valido, el Rey siguió las costumbres y el modo de sus antepasados.

Habia de ambas partes, entre nuestros Ministros y los catalanes, diversas demandas y respuestas, siempre añadiendo desvergüenza á la desvergüenza. Para concertarse decian que el Rey sacase la gente que tenía en Aragon y la que estaba

en Perpiñan, caso que no hubiese invasion de franceses, y que lá volviese á Castilla, y que estuviese á su eleccion nombrar Virey y ponerle, y de la misma manera Chanciller: no fueron admitidos, dejándolos por insolentes.

Habia ya en el Condado de Rosellon en diversas partes y lugares pasados de seis mil franceses, y dióse priesa á marchar el ejército católico, no habiendo podido por ningunos medios reducir á los catalanes. Habíase hecho ántes la masa del ejército en Calatayud, tambien con algun cuidado de los aragoneses y valencianos, que eran los que habian pagado los ciento veinte mil ducados en que cada uno se encabezó, y fué lo que concedieron el año de seiscientos y veintiseis por tiempo de diez y seis ó diez y ocho años, y esperaban, con la ida del Rey, no aguardar otro consuelo que ser perpetuados en la paga, ó proponerles otros arbitrios ó imposiciones más pesadas, como los fuegos y el papel sellado. En Vizcaya, donde se habia puesto un Consejo de Ministros de Castilla para defensa de aquellas fronteras y administrar la guerra, decíase habian llevado infinitas cargas de este papel, mas que no habian querido admitirle los vizcainos, y que aquellos letrados no habian hallado forma ni aliento para introducirlo, con temor de otro levantámiento, cuando se fomentaban muchos; y así estaba parado y enervado en una casa sin poderle hacer correr. Suelen ser sabrosos los pedidos cuando surten bien, porque dan dinero para la guerra y para otros gastos; pero si nó son carísimos y de suma confusion y tormento, porque alteran la seguridad y el Gobierno, y de tal condicion se pueden poner las cosas y en tanto despeño, que un dia amanezca un Rey sin Reino, como ahora sin uno de mucha importancia, y sin un Principado, como lo estamos probando, y con harto miedo de lo demas y con ménos razon aquellos. Respecto de lo que ha pagado Castilla, que es la que por tantos años ha sufrido el peso de tantas y tan inmensas cargas, cual Reino jamás ha pagado, y los señores de ella pocos hay que no digan, que les han sacado novecientos, setecientos, seiscientos y quinientos mil ducados: los más por esta causa

están alcanzados y empeñados. Pregúntelo á la de Arcos, la de Priego y Béjar y otras, que á no ser estas tres tan gruesas y desempeñadas, por vivir los dueños en sus Estados, no lo pudieran llevar; á quien no le han inquirido las alcabalas, los juros, y se las han sacado, y á otros los títulos con que poseen, muchas tierras y almadrabas.

En la Andalucía, redimiendo la vejacion en gruesas sumas, no sin indicios de rumores y papeles en los cantones de las provincias; lo que se le pedia á Cataluña apénas pasaba de lo que los otros concedieron, y hoy que está, damos al ejército que se ha levantado para su reduccion, cuatrocientos mil escudos: así lo dicen los Tesoreros y Pagadores; de suerte, que no han pagado nada, y no pagarán ellos en veinte años lo que nosotros en uno, y lo que nos costará ahora Portugal; con que los tributos, que hasta ahora nos parecieron baratos, nos saldrán caros, y ¡plegue á Dios que no sean carísimos! Habíase hecho, como he dicho, la masa del ejército en Calatayud y pasádola al Alcañiz, como lugar cerca de la raya de Cataluña y de Tortosa, puesto erigido otra vez, en la antigüedad, por los Reyes de Aragon, para Córtes, y ahora para formar ejércitos. Envióse órden á los Alféreces mayores que habian salido de Castilla para dejar los estandartes de las órdenes militares en el convento de Rueda, del órden de San Bernardo, fundacion del Rey D. Jáime de Aragon, situado á la orilla del Ebro, á diez leguas de Zaragoza. D. Julio Pardo de Figueroa, caballero de la misma órden, entregó el de Santiago; D. Julio de Salazar, el de Calatrava y Alcántara, por no hallarse allí Don Rodrigo de Mendoza por indisposicion, y recibióles el Abad Fray Domingo Ferrer y los monjes, de que se tomó recibo y testimonio. Habíanlos convoyado desde Madrid doscientos caballos hasta la villa de Alberite, en el Reino de Aragon; accion que publicada en aquel Reino, en el de Valencia y en el Principado de Cataluña, descaeció totalmente, no obstante las muchas prevenciones contraidas para la ida del Rey á aquellos Reinos, y se dió por inútil cuanto se habia obrado y dado á sentir para la jornada, desconfiando de cuanto se esperaba y

de la necesidad de los fines para arribar á la mejoría y enmienda de los catalanes y de todo aquel Principado.

Jueves, 17 de Octubre, salió el marqués de los Vélez de Zaragoza con la artillería para aquel lugar, hízole el Rey Virey de Cataluña, contra la proposicion de los de Barcelona, y que estableciese el Consejo de Aragon, que andaba vagando en Tortosa: el lugarillo que está al pié de Monserrat se hizo á la banda de Barcelona, y le enviaron las gracias por ello. La diferencia entre el príncipe Urbano Octavio y el Rey, sobre el Tribunal introducido en España y su despacho, se compuso y se le volvieron á conceder, aunque con aranceles impresos, públicos y limitados de lo que habia de llevar por los despachos. Armábanse los catalanes y convocaban gente las ciudades y lugares, no exceptuando los pequeños, solicitando todas las provincias, asi del Rosellon como del campo de Tarragona, y fortificando el Pertus, contra los que habian de bajar de Perpiñan y los que habian de subir el Coll de Balaguer. Esta dificultad y el conducir cuatro mil hombres á Cataluña, digo Barcelona, se pretendió salvar en las galeras al tiempo que nuestro ejército diese vista á aquella ciudad; pero no se hizo nada, y tambien hacía por esta parte no poder llevar artillería, por el camino real desde Perpiñan á Barcelona, por las dificultades de las estrechuras ó por las celadas de los enemigos; mas creido por ellos lo primero y que se habian de abrir tránsitos, acudieron los catalanes á prevenir todos los que podia haber, y á fortificar los más inaccesibles, sabiendo que nuestro ejército se resolvia á pasar el Coll de Balaguer por lo bajo y el Pertus por lo alto, y vencer lo imposible de aquellas peñas. Juntamente con esto, corrieron con diligencia á pertrechar y fornecer ambos caminos; pero faltos de disciplina y arte militar, necesarísima en semejantes ocurrencias, erraron aquí lo que debian acertar, y pusiéronle no más que dos piezas de artillería donde habian de poner muchas, dos mil infantes y sesenta caballos donde se habia de ver un ejército grueso formado, y entraron en confianza en solo aquello y la aspereza del sitio de deshacer allí el nuestro: si fueran

soldados viejos y de valor, sin duda ninguna lo conseguirian, como lo referirá á su tiempo la carta de un gran soldado, que penetrándole á viva fuerza se lo pareció.

Mandóse venir de Navarra á Aragon al duque de Nochera, por Virey, de nacion napolitano, y enviaron al marqués de Tabara á Navarra, que acababa de venir de servir en Milán, para que toda aquella parte estuviese en el órden y concierto que se pretendia. Juntaron, pues, los catalanes todas sus prevenciones y aprestos, conduciendo setenta mil raciones de cerveza para sustento de la gente; pero, en la verdad y en la sustancia, ni tenían gente, ni los soldados cabezas, y sodo aquel ruido, promesa ó amenaza de cincuenta y setenta mil hombres que habian de poner al apósito, sin ser más que humo, fanfarronear y hablar, porque el miedo le tenían en las venas y en el corazon: el ejército del Rey, numeroso, crecido y formidable en todos sus miembros, reforzado en bastimentos, municiones y dinero, se aprestaba, no fantásticamente, sino para castigarlos y arrojarse sobre sus casas con brevedad y con prontitud, si el fin no saliera diferente, como despues se vió y se tocó en las manos cansadas del largo viaje y descomodidades.

Las cosas de Italia, sin haber podido obrar nada este verano en accion memorable ni gloriosa para la autoridad de España, estaban en estado miserable: el príncipe Tomás, habiendo trabajado cuanto le era posible por defender á Turin, córte del Piamonte, batallado y aventurado su persona con los franceses, no la habia podido preservar del asedio que la habian puesto; habíase defendido intrépidamente, con fortificaciones por de fuera, y no la habia podido sustentar, ni el marqués de Leganés podido socorrerle ni ayudarle; viéndose apretado y estando ya muy entrado el invierno, amenazando los Alpes, y afligiendo á los soldados con frios y aguas récias, rindió la plaza al conde de Arcut, que estaba sobre ella, cabo de aquellas tropas, con honradas condiciones; capitulando, entre los demas artículos, de no entregarla á la Duquesa de Saboya; razon dificultosa, pues por ella y para entregársela

se hacia la guerra. Salieron de la ciudad seis mil hombres, quedando el marqués de Leganés y el príncipe Tomás encontrados y enemigos desde aquel dia, porque al Marqués le pareció que habia podido defenderla con tan razonable número de gente, con los vecinos y naturales á su devocion, y que no se habia obrado nada ni procedido como convenia, asistido al opósito, ni sabido mantener un puesto, el más importante del Piamonte, en cuya conservacion consistia acabar dichosamente la guerra y echar á los franceses de Italia. Todas estas quejas dió por descargo en España; y en cartas del príncipe Tomás al Rey Católico y á sus Ministros, que el Marqués no le habia socorrido como lo pudiera haber hecho: los enojos y desavenencias crecieron de ambas partes, achaque muy perjudicial para la tierra y para los ejércitos, porque la desunion nunca obra con acierto y con el que se requiere en los casos árduos: finalmente, él culpaba y descargaba con el Marqués; éste con que el Tomás habia perdido la plaza y no habia querido defenderla; con que las pasiones se recrudecieron, y desde aquí comenzó á declinar en la fé y volver el rostro á Francia, y la Princesa, en consecucion, lo comenzó á mostrar en el Palacio de Madrid y darse por mal hallada, y así lo entendieron los Reyes: ella pedia se castigase al Marqués, tomando este achaque para las novedades y nuevas pretensiones que traían con franceses y con Madama la Duquesa de Saboya; pero el Tomás lo disimuló por algunos dias, hasta ver á su mujer y á sus hijos fuera de España. Desembarcóse aquella milicia, con que ésta y la que tenia el infante D. Fernando, cargando los hielos en Flándes y en el milanés, no pudiendo estar más la gente en campaña, desistiendo de la recuperacion de armas, sin embargo de haber pedido seiscientos mil escudos, dádoles y dado esperanzas de algun buen efecto; todos se retiraron á invernar y alojar las guarniciones. Sólo España, por no sé qué fatal estrella, centro ántes y asilo de toda paz y tranquilidad, por la virtud maravillosa y celestial providencia de cuatro Príncipes, sagacidad y nobleza de condicion y entrañas de Ministros alcanzó todo esto, y ahora no le era dado poseer esta

felicidad y antigua posesion; y cuandó las otras provincias más flechadas descansaban por la natural y asperísima condicion del invierno, ella conducia sobre sí los ejércitos y los llevaba por derroteros durísimos, por lugares de nuestros enemigos, por las lluvias, por los pantanos, por las crecientes de los rios, por los descampos, por la falta de alojamientos, expuestos al rigor del cielo contra sus propios hijos; solicitando de nuevo unos contra otros, hecha teatro de disensiones, campo de batalla y plaza de armas, de movientos civiles, y los esperaba conducir sin haber acabado de reprimir y enfrenar aquellos ántes; (porqué causa, ello se dará á sentir y declarar); y lo peor de todo que no se excusa el tropiezo, si no que, y contra los suyos propios, ocasionamos nuevas y prodigiosas avenidas de gente. Sin embargo, se esfuerza y lleva adelante el mal y se pone de peor calidad y condicion cada dia, no sondando los riesgos, ni anteviéndolos, sino que se abren mayores zanjas para hundirla, y á ojos abiertos cerramos con mayores escollos y los embestimos, sin tratar del remedio, sin inquirirle ni buscarle, sino tan ciegos como de ántes, y protervos y tenaces en nuestras proposiciones y materias en empinarlas y subirlas de punto, hasta que todo fracase con ruina general, con venganza de los enemigos, por no tomar entre tantos peligros un escarmiento; confiando no sé de qué, abandonando el lustre, la grandeza, la majestad, la quietud, la paz, la prosperidad ni esperarla, afligiendo la pobre España, y desolándola. Consumian los frutos, los despoblaban, sacaban los labradores, la hacian estéril, desierta, desdichada, y de provincia admirable, á todo sentir de grandes hombres y de superiores juicios, y de astros benignos, la hacian miserable, lastimosa y sin fortuna. Prosiguiendo en nuestra derrota, digo que la armada francesa, provocada con la infelicidad de nuestros sucesos, intentando más raras cosas y mayores daños, en número de cincuenta velas, llevada más de ostentacion y de arrogancia que de otro efecto, dió vista al Reino de Nápoles, echó gente en el Possilipo, acudió luégo la guarnicion de la ciudad y el Virey, duque de Medina de las Torres

y príncipe de Astillano, y previniendo con miedo y con sagacidad que los tributos no fuesen de mayor perjuicio que los enemigos que estaban á la vista, animó la gente; y para que el pueblo, afligido y cargado, no gozase de la ocasion y saliese á resarcir el yugo, los alentó y dijo que se quitase el papel sellado: fueron echados los que saltaron en tierra; tiró San Telmo á la armada y losdemas castillos con la artillería, y echó cinco navíos á fondo, con que la hizo retirar, y al improviso se derrotó con algunos temporales que sobrevinieron; quién dice que tocó en Manfredonia y que se llevó de allí algunos navíos: estos son los progresos de aquella tan grande armada conducida para la sublevacion de Italia, sin sabérsele otros de mayor importancia. Finalmente, dió á sentir el francés que ninguna cosa de la Monarquía española estaba segura de sus armas y de su indignacion, y habiendo herido en todas no quiso perdonar aquella, que era la prenda más querida de su corazon y de su codicia, si primero pudiera asir el Estado de Milán, que se lo impide, para pasar con ejércitos, porque con solo armadas es dificultoso. Y prosiguiendo las cosas de Cataluña, los de Barcelona, ó el Consejo de Ciento que lo queria gobernar y arrastrar todo, y con la multitud confundir á los demás, sin dejarlos hacer nada, alentados de la perfidia del pueblo y la plebe, capitularon con los franceses la alianza con el Rey, y á estos siguieron las ciudades, muchos del brazo eclesiástico y el resto que habia quedado de los nobles, porque los fieles habian huido de la persecucion y andaban derramados por Castilla; decian que les habia de dar seis mil infantes y dos mil caballos; despues, no afirmándose en nada, peligrando siempre de inconstantes, dijeron no querian más de tres mil caballos, y que lo demás asistiese en las fronteras. Discurriendo nuestros Ministros que aquello solamente querian para la defensa de Barcelona, y era lo que ellos podian pagar, caso de que llegase el ejército sobre ella, con los reparos y las murallas; pero nada de esto aprobaron algunos de los más brazos, ni lo quisieron pasar, que fué harto poderlo resistir del comun; y tomóse de nuestra parte por último

acuerdo asentar el Consejo de Aragon en Calatayud, donde fué parte de la caballería que salió de Madrid, y se despacharon las convocatorias de los Aragoneses para las Córtes para aquella ciudad, á donde el Rey aparentemente resolvió hacer su jornada, y las de Valencia para Morella, lugar de aquel Reino.

Vino nueva por estos dias de Lóndres, córte de Inglaterra, que aquel Rey estaba muy apretado de los ingleses, que habian desbaratado su ejército en una batalla, que se disponia para otra, en el cual trance, si se volvia á perder, estaba en balanza el Reino: alteraciones que se habian movido sobre tributos y puntos de sus dogmas, y no querer el Rey conceder á los estoles que pudiesen tener el Parlamento, por ser contra la Majestad, y á cuyo gobierno se somete todo; y temia el Rey que por este camino la providencia entraria en grande separacion y tendria muy poca ó ninguna mano en aquel gobierno. Finalmente, él que se vió poco ántes señor de la paz en aquella Isla, y que los mayores Príncipes de la tierra solicitaban su amistad y alianza; era señor de las mercadurías de todo el Septentrion, y por sus puertas las metian todos en España; era dueño del dinero y se habian aumentado sus rentas y subido á grandes sumas; novedades que no faltan en los gobiernos, que para adversa fortuna no faltan en todas partes, ni hombres que quieran vivir por ellas y engrandecerse; le pusieron en estado de perder la paz y el dinero: en esta manera corria todo lo demas de la Europa, y se vivia con este sobresalto y necesidad.

Parió la reina de Francia un hijo, discurriendo los más políticos que tantos enemigos le nacian á la Monarquía, y publicóse por estos dias el tributo de los fuegos, censos y casas, que no se pudo poner por obra por su dificultad. No pareciendo que bastaba éste á llenar lo que faltaba, se comenzó en Madrid, por via de fuerza de justicia, á pedir á la gente de ella, como médicos, abogados, hombres de negocios, mercaderes, plateros, roperos y á los demas oficios, por dos partes criminales, á quién mil ducados, á quién quinientos, trescientos y

doscientos, sin bajar de cuatrocientos reales en plata; que ya no querian cuartos, porque todos los habian cogido y encerrado en la casa del Tesoro, como si el Rey la labrára en el Reino ó la pagára por alguna parte en juros ó en gajes, sino que esta dicha se habia nacido para los genoveses. Pedíase tomasen juros sobre el papel sellado, y tambien se pedia por empréstito hasta la venida de galeones, dando á tanto por ciento, que despues salia vano, y al que de grado no consentia le ponian guardas; suceso que hacia desesperar á los vasallos, y á otros los tenia en cruz y los hacia hablar con ménos templanza de lo que era justo, con que todos vivian con general desconsnelo. Publicóse para el fin del año echar sobre los coches ciento y cincuenta ducados en plata, esto despues de quitar los caballos á los dueños á cada paso para los soldados y para los archeros; con que casi no habia coche de caballos, y los que habia muy viejos, buscando los blancos y rubios, porque estos los desechaban por ser contra lo que pide la prudencia y arte militar: todos traían por esta causa mulas, con licencia ó sin ella, y aún éstas no estaban seguras, porque luégo llamaban para tirar la artillería. Cautelando, los que se querian asegurar, con algunos papeles firmados los que las tenían, para valerse de ellas los que no las tenían, diciendo el Almirante ó el Consejero valido que aquellas mulas eran suyas, pues contra estos se decretaba les habian de tomar juramento, si aquel que trae mulas eran del que deponia el papel para ejecutarlos contra la pena de no tener licencia: con tanta vigilancia y sed se tasaba el albedrío á los hombres, se les quitaba el gusto de vivir, el descanso de la comodidad, de bajo de pretexto de guerra; y parece que se hacia trato de ella, sin embargo de que no la negaremos, pero parecia, segun se apretaba y multiplicaban los pedidos, que se hacia capa de ella para usurpar las haciendas y desnudar los lugares como lo hacian, y nuevamente, no un receptor, si no cuatro ó cinco á un mismo tiempo, que pedian las pagas de otras tantas imposiciones, y tenían el Reino para espirar; no dejando ningun lisonjero, ó valido, ó de la sangre y los más apro-

vechados de los Consejeros, de proponer arbitrios ó administrarlos por la noticia de otras provincias y ejemplares de otros Reinos, ¡tiranos, enemigos de Dios! Al conde de Monterey acumulaban el de los fuegos, por haberlos introducido en Nápoles, accion digna de memoria, y áun de aquí se causa el ódio y el aborrecimiento que nos tienen y la ira de tumultuar en todas partes, no siendo estos perniciosos oficios para otro fin, sin reparar en el riesgo á que todo se pone, sino para enchir aquí su codicia y recibir mercedes por ello; no hartándose de la sangre de los pueblos, no viéndose otra cosa en estos que superiores alhajas, casas levantadas, huertos y jardines, mayorazgos, lugares comprados, rentas, y los demas pereciendo. Lo que se dejaba admirar ahora, y el mayor negocio que teníamos entre manos, grande y soberbio, como si no hubiera otros que importaban más, era un nuevo edificio que se dejaba ver en Loeches, que iban á aplaudir los favorecidos, que crecian de trescientos mil ducados de gasto y aún más; maravillándose los hombres de cuán pocos años habia que estábamos muy léjos de podernos admirar, una casa limitada y empeñada que se desentrañaba para hacer una librea en una fiesta pública, y que apénas la podia pagar, ver ahora en un edificio solo echado tanto dinero: si era de los gajes y oficios de que nos han hecho merced, que no queremos que sea de otra cosa, la virtud del cielo, la moderacion que cada dia nos proponian, consiste en corregir este yerro y en suplirlo á la Hacienda Real, porque bien claro está que no lo teniamos y que ha de ser de allí; quien ha sabido insinuar los otros ahorros, la más religiosa informacion era ésta; quién no se ha contentado con cuatro reformaciones hasta dejar en los huesos la casa del Rey, y aumentádose en carne los que se introdujeron en ella, y á este paso los mayores autores de tributos, el mayor pedido era ofrecer éste; el mayor arbitrio excusarle hacer ofrenda al Príncipe, porque no es buena política acreciente yo cuando busco la mengua de los otros, y más teniendo por cierto que fué este el principal fundamento y la espada ó espuela más aguda con que hicimos herir y ca-

minar á los pasados á su ruina, haciéndoles este cargo y esta calumnia.

Habia el marqués de los Vélez alojado el ejército en la frontera del Reino de Valencia, por Aragon; la caballería en los lugares de Vinaroz y Benicarló, y en otros, y en la misma forma la infantería. Miércoles, dia de la Presentacion de Nuestra Señora, 21 de Noviembre, juntó todo el ejército y pasó muestra general en la ciudad de Tortosa, poblacion situada en el principio de Cataluña, y de las nobilísimas de aquel Principado, puesta en la orilla del celebradísimo rio Ebro, viéndose desde allí desembocar con furioso principio en el mar Mediterráneo, formando algunas islas y ensenadas descubiertas, que llaman los Alfaques, á propósito para abrigo y guarda de galeras, haciendo últimamente division entre los dos Reinos y Cataluña. Halláronse en diez y ocho tercios diez y nueve mil infantes, y por Maeses de campo y Coroneles D. Fernando de Rivera, hijo del duque de Alcalá, á cuyo cargo iba la del Conde-Duque, que se formaba de mil y quinientos infantes escogidos; el conde de Tron, del Consejo de Guerra, caballero nobilísimo de Irlanda, Maese de campo de irlandeses; el conde de Singuen, Maese de campo de valones; D. Simon Mascareñas, con el tercio de portugueses; D. Tomás Mejia, con el tercio viejo de portugueses, de nacion castellano; D. Pedro Cañaveral, con la Coronelía del duque de Pastrana; D. Fernando de Tejada, Maese de campo de un tercio de gente lijera, y otros, los cabos más principales y cabezas de mayor nombre, que le conducia el marqués de los Vélez, General del ejército; el marqués de Torrecusa, Maese de campo general, de nacion napolitano, soldado viejo, valiente, bizarro, de gallarda persona y aspecto militar, como lo mostró en Fuenterrabía y en otras muy árduas y arriesgadas ocasiones; el duque de San Jorge, soldado de la misma manera y de tan lucido aliento como su padre, que gobernaba la caballería vieja; D. Alvaro Quiñones, Teniente general de la caballería de la órdenes militares y montados, que en todos eran dos mil y cuatrocientos caballos; el marqués Cheri de la Reina, con el tren del arti-

llería, veinte piezas, seiscientos carros con pólvora, balas y cuerda y los demas instrumentos, con víveres y provisiones. Pasó esta gente, parte soldados viejos y parte bisoños, y otros cabos de consideracion, como se ha dicho, por el puente de Tortosa, y alojó allí tres dias, insinuando á aquella ciudad y á las otras el yugo que se les pensaba poner y la obediencia que habian de profesar, sin oirse rumor ninguno ni alteracion de la una parte ni de la otra, doblando la cerviz de aquel pueblo y de aquella gente soberbia, inquieta y revoltosa, y haciendo reconocer á la provincia la potestad del Señor, sus fuerzas, grandeza y majestad. Al tiempo de salir el ejército de Tortosa, quedamos de guarnicion á cargo de un Maese de campo mil y quinientos infantes y dos compañías de caballos; descendiendo, como se presumió, de Perpiñan á la misma hora en las galeras de España cuatro ó seis mil hombres, para echarlos en las marinas de Barcelona al tiempo que llegase el ejército Real y la afrontase. Por otra parte, parecia dejar muy desierta aquella frontera al tiempo que se reconocia bajar franceses, y era mejor esperarlos allí y romperlos; pero como todo habia de ser sobre aquella ciudad, aunque parte considerable quedaria en el confin, providencia muy necesaria si tuviera efecto para suplir los que moririan en el largo viaje, en los reencuentros, los enfermos, los fugitivos; aunque en este caso les habian prevenido les convenia marchar todos juntos, sin valerse de la separacion y la fuga, porque á cualquiera parte que fuesen, siendo tierra de catalanes y sabiendo que eran castellanos, ó soldados del Rey, habian de morir á sus manos, sin escapar ninguno ni hallar misericordia ni humanidad en gente que la habia desterrado para los soldados naturales y propios, y la tenía para con los enemigos forasteros, amparándoles y llamándoles en su favor al sueldo y alojamiento, valiéndose de venenos para que cuando no pudiesen con las armas matar con este engaño al ejército. Con este arte avisaron que tenían fortificado el Coll de Balaguer de fortísimos escuadrones y los demas pasos dificultosos hasta Barcelona; que hacian plaza de armas en Cambriles, guarnecido

con máquinas y trincheras á Tarragona, puesto ejército en Lérida, para que luégo que entrase el del Rey por Cataluña entrar ellos por Aragon, que habian resguardado á Barcelona y á la circunferencia de Monjuich; pero todo esto, visto con los ojos, como iremos discurriendo, y tocado con las manos, no fué nada hasta allí, porque todo el hecho estaba fiado más en la maldad que en el valor, en las fuerzas ni ¡en el séquito. A esta hora, las guarniciones que estaban en Perpiñan, de su mismo parecer, sin tener órden para hacerlo, provocados del hambre, de la necesidad y de la mala correspondencia de los catalanes, hicieron entrada en Francia hasta dar vista á Narbona: robaron mucha parte de los ganados de aquella comarca y volvieron á la villa muy ufanos del suceso; que sabido en la córte del Rey fué mál recibido de los Ministros y reprendidos por ello. A esta misma sazon, el Nuncio del Papa, en audiencia privada de los demas negocios de la Nunciatura, dijo al Rey que Su Santidad le hacia saber que los catalanes, por embajadores suyos en la Córte Romana, le habian pedido muy eficazmente fuese mediadero con S. M. para que las materias de digresion contraidas en el Principado se compusiesen, y que Su Santidad no habia querido tratar de esto hasta darle cuenta; que cuando supiese que era voluntad suya lo haria; mas que hasta tanto no daria orejas á la peticion ni tocaria en ella; que sentia mucho sus trabajos y ayudaria á llevárselos y á hacer por el remedio cuanto fuese menester y lo más posible, aplicando los tesoros de la Iglesia de San Pedro á esta causa; que era el hijo querido, por ser el más principal escudo de quella nave y por otras muchas causas. El Rey se lo agradeció y dijo al Nuncio le hiciese saber á Su Santidad, que cualquier cosa que hiciese en esta parte la reconoceria y seria accion de tan grande Padre de la Iglesia. Habíase corroborado esta amistad despues de haber admitido el Nuncio á que fuese restituido en su Tribunal, como de ántes; pero todo esto era vano, porque ellos le pidieron la proteccion como afecto á Francia y enemigo de España, y hay quien escribe que los absolvió del juramento de fidelidad; y esto se hallará

en la librería del Rey en un libro escrito de mano. Todavia apretaban los silicianos por Virey que fuese grande y de consejo, por no estar bien hallados con el gobierno de una mujer, un Arzobispo y un hermado ó pariente de D. Francisco de Melo. Proseguia el ejército del Rey en Cataluña su jornada, llevando de vanguardia la caballería de las órdenes militares. El lugar de Perelló, pequeño y de ninguna consecuencia y de treinta vecinos no más, se puso en defensa de estos, subidos á una torre que está sobre la puerta, porque los demas desampararon sus casillas; se portaron tan locamente, que recibieron nuestros soldados á mosquetazos: no quisieron hacerles mal, y pidiéndoles que se rindiesen, y manteniéndose en la obstinacion y pertinacia catalana, fueron tirados de dos cañonazos, y el estrépito y ruido de las balas los hizo apear de la temeridad: estaba el lugar solo, alzada la ropa y llevadas las mujeres y los hijos á otras partes, y visto que se iba desmoronando la tierra y que el miedo los constreñia ántes que la enmienda, se rindieron, y como era el primer paso que daba el ejército y que era menester avisar á los demas con el ejemplo y el castigo, portándose, aunque pocos, como rebeldes, los ahorcaron de las almenas. Marcharon hácia el Coll de Balaguer, en cuya eminencia tenian los catalanes puesta la esperanza de poderse redimir de la ruina que amenazaba el ejército del Rey á sus casas y haciendas por la protervia de la rebelion; habian fortificado y cerrado aquel paso, que es angosto, áspero y peligroso, con peñascos muy grandes y otras faginas y puesto en él dos piezas de artillería, poca defensa para tan grande ejército, y puesto allí dos mil infantes y sesenta caballos, á cargo del baron de Rocafull, Sargento mayor del conde de Savalla, que se habia hecho caudillo y cabeza de los catalanes y habian tomado á su cargo la defensa de la tierra y oponerse á fuerzas tan superiores y formidables, y de espanto á cualquiera belicosa Nacion: los castillos puestos á la ribera de la mar, como San Jorge y otros, se pusieron en defensa con muy poca gente, que avisados por el marqués de los Vélez y exhortados con el pendon del Rey á la paz y á la

rendicion, y no abrazándola, con protervia y locura, mandó los embistiesen los soldados, y haciéndoles con las armas venir á la obediencia y al yugo del Señor, eran castigados conforme á la obstinacion y los delitos, á unos con horcas y á otros con galeras; estado miserabilísimo por la fuerza del destino que reinaba sobre la miserable España, donde caía por castigo del cielo, como tempestad tremenda y espantosa, el hierro y el fuego, y el proceder gentes contra gentes, no sin gran gozo y venganza de los enemigos de afuera, á quienes tenía cansados nuestra amistad y confianza y deseaban vernos acabar. Llevaban la vanguardia este dia, y el primero de venir á las manos con los catalanes, los famosos catalanes, digo soldados, el marqués de Torrecusa y el duque de San Jorge, su hijo, que, como ya tengo dicho, llevaba á su cargo parte de la caballería. Llegados á la falda de la eminencia mandó Torrecusa acometer á los tercios del Conde-Duque y marqués de los Vélez, en cuya frente iban las compañías de la armada Real del mar Océano, soldados viejos y ejercitados en valor y proezas: á las primeras cargas fueron degollados trescientos ó cuatrocientos hombres, y los demas, valiéndose de los piés, volvieron las espaldas y volaron á salvarse á los montes cercanos: subieron los cabos y los soldados; tomaron las dos piezas de artillería, las municiones y vituallas que habia, que fueron muchas; abrieron paso al ejército, refrescaron y marcharon alegremente á enseñorear el campo de Tarragona y los lugares que hallaban desiertos y despoblados, sin pérdida de más que de dos hombres ni salir ningun herido: señalóse mucho aquel dia el marqués de Torrecusa, y su hijo alabó el ejército su valor, diligencia y trabajo en haber vencido aquella primera dificultad y haber salido con el intento, y escribió Torrecusa al mayor Ministro, que si aquel paso se le hubieran cometido á él y su defensa, como fuera en servicio de S. M., con solos dos mil hombres se atreviera á debelar allí cualquier ejército. Escribió el conde de Savalla desde Hospitalet al baron de Rocafull, su Sargento mayor, que caso que el ejército pasase el Coll de Balaguer (poniendo en su carta por pri-

meras palabras, de los enemigos los ménos), que caso que pasase el ejército, por ser tan falto aquel camino de agua y toda aquella tierra, seria muy verosímil que en la laguna del llano, muertos de sed los soldados, y caballos y demás béstias, se abalanzasen á beber, que tomase aquella talega de polvos que le enviaba y la echase en la orilla y circunferencia de la laguna y los menease con el agua, y que sin duda ninguna todos los que la bebiesen reventarian. Pasó el ejército el Coll de Balaguer, y llegando á Hospitalet, lugar pequeño de aquella comarca, cerca de las torres de la mar, que se iban rindiendo, en una casa razonable de los duques de Segorbe, hallaron la talega de los polvos y las cartas que lo certificaban: toda la valentía de su ánimo y el gran progreso de la guerra tenían los catalanes fundado en esta execrable maldad y en el engaño y traicion de consumir el ejército del Rey, más con la impiedad y alevosía de este hecho que con el valor. Mostró Dios en esta causa su clemencia, en librar á nuestra gente de aquel tósigo y veneno, insinuar de amparar la causa y justicia de S. M. y que llegase su brazo poderoso á castigar tantas rebeliones y felonías, desacatos y crueldades cometidos por la barbaridad de los catalanes, y tomar satisfaccion de tanta sangre derramada inicua é injustamente. Huyó el conde de Savalla, que se hallaba acuartelado en Hospitalet: siguiendo el ejército la marcha, se dió órden á la caballería se alojase en los lugares circunvecinos á Cambriles, á no más que á media hora de camino el uno del otro: tenían aquí los catalanes hecho su plaza de armas, lugar de razonable poblacion, de muralla antigua, hechas algunas fortificaciones, pero de ninguna fortaleza; habíanle aliñado lo mejor que habian podido, rodeádole de ocho mil hombres y puestos algunos en las murallas y en las torres. La caballería, que habia pasado, esperó cuatro dias á que subiese y llegase la artillería, carros, bagajes y municiones; mandaron á D. Alvaro de Quiñones, Comisario general de la caballería, que con ella tomase los puestos de Cambriles, en tanto que llegaba la infantería, que estaria brevemente; con él pusiéronse á tiro de mosquete de la villa, y

enviando delante los batidores del campo, volvieron diciendo al Comisario general que los catalanes tenían hecha una emboscada junto á un bosque lleno de arboleda, que estaban sobre su mano izquierda los enemigos, que á esta hora les parecia que por los reconocedores del campo eran descubiertos: salieron á dar sus cargas y avanzar á la caballería; cerraron con ellos, y llegando á la hora nuestra infantería acaudillada de sus Maeses de campo, embistieron á los catalanes con tal brío, que los rompieron y degollaron pasados de mil y doscientos hombres; los demas, arrojando las armas, huyeron, siguiéndoles la caballería hasta cerca de Tarragona: hirieron algunos y desmontaron diez caballos. Volvió D. Alvaro á recoger su caballería y acercarse otra vez á tiro de arcabuz con algunas compañías de infantería, dándoles calor con sus caballos; ganaron el convento de San Agustin, situado cerca de la muralla, degollando los defensores; llegó el marqués de los Vélez con los demas del ejército, y acercándose á la villa les hizo saber y publicar el Manifiesto del Rey, las razones que le habian compelido á meter el ejército por su tierra, el perdon general que traia y la observancia de los fueros á los que se rindiesen y abriesen las puertas al ejército, obedeciesen la justicia y obedeciesen al yugo de su Señor. Hallábase aquí el baron de Rocafull para defender á Cambriles, y descubierta la traicion y la maldad del veneno, erigiendo infame sepulcro á sus dias, á su nobleza y servicio, proseguió la rebelion con los hombres bajos y ruines. No dieron oidos los de Cambriles á los saludables perdones y remedios del Marqués General, ántes comenzaron á tirar al ejército, y dió una bala en la frente del caballo del Marqués, de suerte que luégo cayó en el suelo: comenzó á remolinar el ejército creyendo que su General era muerto; volvió á subir á caballo y salieron del sobresalto, y puestos en ordenanza y á seguir la rendicion de la villa, requirieron al baron de Rocafull que se la entregase llanamente, ofreciendo buena seguridad y buenos partidos. No lo quiso hacer, conservándose en la rebeldía y en los principios de traidor como hasta allí, á cuya dureza y no poder conseguir

ninguna buena alianza se le plantó la artillería; y estando en estos debates por espacio de tres dias, y viendo era imposible defenderse de fuerzas tan grandes, se rindieron á la voluntad del Marqués: entraron en la villa, habiendo huido mucha de su gente y algunos franceses mezclados entre ellos. Quisiera el Marqués al principio y ántes de su llegada, que se hubiera excusado tanta efusion de sangre y el estrago que se habia hecho en los catalanes; echóse la culpa á la infantería, y á la verdad, la tuvo, porque rindiéndose al principio aquella gente á nuestra caballería, y abrigándose de ella cuando llegaron estos, aunque se lo avisaron, no quisieron obedecer y los cargaron réciamente, porque irritados de los atrevimientos de aquella canalla, de los excesos cometidos contra la milicia y sus cabos, oia que su rebelion intempestiva los ocasionaba aquella jornada y los traía en la mitad del invierno por aquellos campos y asperezas expuestos á sus inclimencias, al frio, al agua, sujetos á dormir en el suelo, al mal comer y á otras necesidades, cuando en las otras plazas de armas de la Monarquía y aún de toda la Europa estaban los demas ejércitos Reales gozando del alivio de los alojamientos, resguardados en ellos de las tempestades, hielos y frios del cielo y de sus injurias, sólo á ellos, trocándose las manos, les habia tocado marchar en la propia pátria contra traidores. Rodeados de estos contrarios accidentes, ó, como digo, deseosos de satisfacerse de sus maldades, cerraron con ellos y degollaron el número de la gente referida; sin embargo, fué sentido esto del marqués de los Vélez y de los mayores cabos, y en la relacion que hicieron al Rey de este desórden prometió averiguarlo y castigarlo. Pidieron las condiciones del Manifiesto, á que respondió el Marqués no haber lugar; que habian tomado armas contra S. M. y habian de ser castigados: comenzó en los que le parecieron de más culpas á echar á galeras y ahorcar, y perdonó á los demas: al baron de Rocafull, como cabeza y caudillo de sediciosos y tumultuarios, ahorcó de una almena; á dos Jurados y á un Sargento mayor, de que se enfurecieron de nuevo los de Barcelona, y sus deudos juraron de salir á la

venganza, y al presente la tomaron en algunos que estaban en la ciudad conocidos por leales, afectos y servidores al Rey, haciendo lo mismo de ellos, y aún afirman lo habian querido hacer de la duquesa de Cardona y de sus hijos. ¿Pero qué no se puede temer de mónstruos semejantes, hijos de la ira y de la perdicion, olvidados de Dios y de su Príncipe, así eclesiásticos como seculares, sobre quien el cielo fulminará el rigor de su justicia y la dará á sentir á los más protervos? Vinieron con la noticia de esto á rendirse los demas lugares del campo de Tarragona, fertilísimos en mieses, culturas y labranzas de tierras, como Reus y la Selva, con que se prometieron poder con facilidad ocupar á Tarragona, con el embarazo de no poder tener ayuda ni provisiones de sus vecinos: tomáronles mucho pan y mucho vino, con que se repararon los soldados de las necesidades pasadas y de los pocos bastimentos que se llevaban, dándoles las raciones muy limitadas, y esto para que no les faltase á lo mucho que habian de marchar por lugares enemigos y toda la tierra contraria y de ninguna manera afectos á sus designios. Los de Barcelona, no obstante, como suelen hacer á fin del año, eligieron Conselleres y los demas Oficiales y los enviaron al Rey para que los confirmase: hízolo y volvióselos como los habia señalado, sacando de aquí que esta sumision de los de Barcelona eran efectos del ejército, del castigo y de lo que iba obrando, ántes que de la virtud del rendimiento y obediencia, porque á esta hora no habian dado señal, sino persistir en la defensa; sin embargo, fué de agradecer, si pasaran adelante con la obra. Los de Tarragona, viendo ya sobre sí la espada de la potencia Católica, no estaban poco presumidos de las diligencias que habian hecho para su tierra y de la gente que tenían; sin embargo, ciudad grande y nobilísima en poblacion y en edificios, situada á la ribera del mar, aunque sin muelle y sin puerto, silla en la antigüedad, por lo que ilustraron aquellos primeros hombres del mundo en lo militar, político y elocuencia, como lo disponen sus gravísimos historiadores; viéndose el ejército Real á sus puertas, juntaron de los naturales la gente que pudieron, y habiendo

reclamado el auxilio de los franceses, metieron dentro de sus murallas, aunque delgadas y sin resistencia, tres mil infantes y ochocientos caballos, y por cabo no el de menor nombre, sino uno de los bien reputados de la Francia, á quien Luis encargó el castillo de Salsas y su defensa, despues de haberle ganado el príncipe de Condé y el duque de Luina el año pasado, Gobernador de la provincia de Lenguadoc y otras capitales con ejército poderoso, sin embargo de haberle perdido á manos de los españoles: éste fué Monsieur de Epernan, que le defendió cuanto pudo al principio de este año, y forzado del nuestro, despues de haberle fatigado en el corazon del invierno, le rindió. Tenían esta gente á su costa y tenían capitulado que en pagándoles los habian de despedir cuando quisiesen, sin otra obligacion ni admitir alianza, potestad ni dominio del Rey de Francia, y además de esto invocaron las últimas fuerzas de Barcelona, pocas y de ningun efecto, por no ser gente militar, disciplinada ni instruida en preceptos marciales, si no colecticia é ignorante del uso de la guerra, bisoños y allegadizos, con desatino y despues cobardes y de ningun valor ni consistencia. Sacaron en Barcelona el pendon de Santa Olalla, que tienen por fuero y por costumbre, en tiempo de alteracion, seguirle todos los catalanes, pena de traidores á la Pátria: éste le llevó un Conseller y le siguió el pueblo desordenado y furioso, sin ningun juicio ni concierto, y caminó á Tarragona.

Habíase detenido el ejército algunos dias en Cambriles, reparándose de los trabajos pasados y de las necesidades ordinarias que trae consigo la guerra: á 18 de Diciembre marchó, enviando la caballería delante para dar vista á la ciudad: encontraron cerca de allí, á una hora de camino, quinientos infantes, que iban de socorro y refuerzo; embistiéronlos y degollaron los trescientos, escapando los demás á salvarse á sus guaridas; matáronnos dos soldados y cinco caballos. Llegó el ejército á Puertosals y á Villaseca, cerca el uno del otro y á no más distancia que media legua. Rindióse el fuerte y ambas poblaciones con batería y asalto, degollando á los que se pusieron en defensa, y salvando á los que se valieron

de una iglesia; rindiéndose los lugares de la comarca donde se alojó la caballería, y otro dia pasaron la vuelta de Tarragona. Dióse órden al duque de San Jorge y á D. Alvaro de Quiñones fuesen con ella á tomar los puestos; salió la suya á reconocer la nuestra, trabándose algunas ligeras escaramuzas, no sin pérdida de los enemigos, que se retiraron al abrigo de sus defensas, aunque flexibles: habia dentro de Tarragona muchas diferencias sobre qué se habia de hacer, no poca alteracion ni congoja si se resistirian ó se pondrian en la rendicion; y viendo Monsieur de Epernan el estado en que se hallaba el lugar, aunque grande, abierto, sin muralla, baluartes ni fortificaciones, artillería ni defensas, que se habia empeñado á sí y á su gente, y que el ejército del Rey, aunque despues se valió de lo contrario y de razones vagas y especiosas para con los de Tarragona, y nuestros cabos, para salvarse á sí y á su gente, y otrosí que era poderoso y de excelentes cabezas, victoriosos y que se abririan camino y harian lugar por las más increibles dificultades; convocó los Gobernadores, Conselleres y Magistrados de la ciudad, los eclesiásticos y seglares más particulares de ella, y les dijo queria saber y conocer el ejército, para decirles lo que sentia, tomar parecer, y que ellos le tomasen sobre lo que debia hacerse y la resolucion que se habia de seguir. Hízolo así: reconoció el ejército, la caballería, la infantería, el órden con que marchaban, la opulencia y union de los escuadrones, y visto esto y la noticia que se tenia de la opinion de los cabos, volvió y dijo le habian engañado en haberle dicho que el ejército era flaco y de no más que seis mil hombres: que le habia considerado y reconocido traía mucha y muy buena artillería, de escogido tren, de muy buenos tercios de infantería, tropas de caballería y mucha gente noble por las señas militares, de escogidos cabos, soldados y capitanes, y un ejército que parecia de veinte mil hombres: que la ciudad era incapaz de defensa, y que el oponerse en ella con tan poco séquito habia de ser causa de degollarlos á todos, saquear las casas y quemarlas y ponerlo todo en desolacion: que la gente que le

habian prometido que habia de surtir del somaten apénas habia llegado á ochenta hombres, y los sesenta mil que habian de seguir el estandarte de Santa Olalla no habian pasado de mil, bisoños, desarmados y gente inútil y sin provecho; que su parecer era que abrazase los perdones del Rey y se sujetasen á su obediencia. Arrimó á estas razones el Monsieur de Epernan otras muy suficientes, si á la salud de los de Tarragona, tambien á la suya y á la de sus soldados, porque el estado en que se hallaba era muy trabajoso por haberse metido en tierras del Rey Católico y tan adentro, favorecido rebeldes, siendo vasallo de otro Rey. Como es de ordinario, abrazaron el consejo los de Tarragona, y alcanzó de ellos que, para mejorar su partido y sacar buenas condiciones para él y su gente, habian de abrir liberalmente las puertas al ejército, y él habia de acompañarlos á la entrega de las llaves de la ciudad al marqués de los Vélez, pues le habian llamado y traídole á su defensa: que aquello era lo que convenia, que no era bien usar de otra cosa con él, tomada esta resolucion, siéndoles mejor que no ver abrasadas sus casas y dar los cuellos al palo, al cordel y al cuchillo, y á vivir aherrojados á un remo perpétuo y miserable: tambien alcanzó lo mismo del Conseller, que habia traido el estandarte y la gente que vino con él; pero respondiendo á las estratagemas del Monsieur de Epernan, que eran conformes al tiempo, son más para perdonadas que para admitidas, porque un hombre de su juicio y experiencia de guerra, cuando vió que un ejército del Rey de España que para una accion tan importante como allanar una provincia rebelde que la habia de dominar y entrársele por el corazon, habia de campear por ella con ejército de tan poco caudal como seis mil hombres y con artillería moderada, y más aquel que en sus principios, y por más de cuatro meses ántes de haberse juntado, corrió opinion y fama por toda la Europa que se componia de tan superior número que llegaria á sesenta mil españoles, como lo pedia la causa. Demás de esto, ya que disimulaba las espías, providencia forzosa en casos de astucia y vigilancia, era mucho que no lo supiese por los

que llegarian á la ciudad y á sus manos huyendo del Coll de Balaguer y de su plaza de armas, Cambriles: no pudo él alzarse con Tarragona para ofrecérsela al Rey de Francia, su Señor; que á tener buenos baluartes y artillería él se las quitára á los catalanes para tener allí las fuerzas de España suspensas y atosigadas y poner en más cuidado á los cabos y Ministros, y por esto no se atrevió á poner en la defensa. Rendidos los de Tarragona á las razones de Monsieur de Epernan, comenzó á obrar con la maña para escapar libre con los suyos: escribió un papel al duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa; él, no queriéndolo abrir, lo llevó volando al marqués de los Vélez, y abriéndole, despues de otras razones y cortesías, le pidió le hiciese saber el cuartel que haria el General en esta guerra á los que se rendian; á que se respondió con toda resolucion y brevedad, que á los rebeldes á la Corona del Rey no se les daba cuartel, ni ménos á los que venian á defenderlos. Habida esta respuesta, pidió poder á la ciudad y Conselleres para tratar de medios: diéronsele, y él envió un trompeta al Marqués, General, al tiempo que nuestra caballería estaba sobre Tarragona; recibióle el Marqués, y entendida la rendicion de la ciudad y que se pedian partidos, envió al marqués de Torrecusa y al duque de San Jorge para capitular: entraron en Tarragona y asentaron que se entregaba la ciudad á la obediencia del Rey, concediéndoles sus privilegios y exenciones, y en la misma forma al pendon de Santa Olalla; que Monsieur de Epernan saliese de todo el Principado con su gente y armas, sin tomarlas en favor de los catalanes ni servir al sueldo en ningun lugar. Con estos conciertos llegó el ejército á las puertas de Tarragona; salieron el Gobernador y Conselleres, y abriendo las puertas, ellos las allanaron á la misericordia y se ejercitó con ellos esta virtud, y Monsieur de Epernan dió las llaves al Marqués, estableciendo en aquella ciudad la paz y el sosiego, pues á la reduccion del Rey estaba obligado al cumplimiento de ello y podíasele pedir á esta hora. El Conseller que trujo el estandarte de Santa Olalla y los que le habian seguido, él huyó por mar en

un barco y los demas por tierra, como vecinos de ciudad pecadora, homicidiaria de su Virey. Decia Monsieur de Epernan que habian de ser castigados por la fuga y por haber faltado á lo que se capituló con el marqués de los Vélez y los demas cabos del ejército; pero tambien se hizo reparo en que se habia hecho demasiada confianza de los franceses en haberles fiado la tierra, sabiendo, por razones y experiencias, la feísima correspondencia que siempre han usado con nosotros, y que en materia de no guardar palabra pueden ser maestros de los mas ingratos y apostárselas á los griegos. Estaba Monsieur de Epernan tan poco aficionado á los catalanes, por la noticia de sus hechos contra los soldados y por haberse vendido, que dijo, que si con él usaban de alguna maldad, que les acometeria, y tan desconfiado de su proceder en el viaje que habia de hacer, que escribió al marqués de Torrecusa, que si los catalanes no le hacian buen pasaje que se habia de favorecer dél y llevar su gente al abrigo de su ejército, habiendo de hacer su tránsito por el Ampurdan. Sacó á los de Tarragona quinientos mil escudos para pagar el sueldo á los soldados, y alojó el Marqués en Tarragona y metió el ejército en ella y estuvo allí algunos dias descansándole para pasar luégo á castigar á Barcelona.

Los cuatro mil infantes que habia de traer de Perpiñan D. Julio de Garay en las galeras, que llegaban á número de cuarenta, no vinieron á las marinas de Barcelona á desembarcar en ellas cuando llegase el ejército; la causa más eficiente no se sabe más de que vino D. Julio de Garay, y á lo que se pudo discurrir, ó que no los pudo sacar por falta de pagas y estar desnudos, ó por no aventurar la frontera no asaltasen los franceses la villa, ó los naturales el castillo viéndole sin gente, ó que los soldados portugueses, avisados de la rebelion de aquel Reino, no tentasen alguna novedad; que toda la fidelidad española se habia convertido en desconfianza para con su Príncipe legítimo y natural Señor, por gravísimos pecados cometidos contra la Majestad de Dios y su misericordia. Los catalanes que andaban fugitivos y armados volvieron en tropas á forti-

ficar el Coll de Balaguer, para robar y no poner en olvido la antigua inclinacion de bandoleros, tomar los correos, atajar los víveres, cortarle y además de esto los víveres y socorros si los hubiese de haber; pero él marchaba ya tan entero, que si Barcelona no tenia más gente ni más defensas que las que habian hallado en los lugares que habian dejado atrás, llevaban lo que habian menester para ella, mas todo el Principado. Si bien en materia de gente no le falta lo más preciso en Barcelona, las opiniones eran varias: quién decia tenia dentro diez y ocho mil hombres, algunos franceses y los más catalanes, muchas fortificaciones y minas para volar el ejército cuando se llegase cerca; y en todos muy poca aficion, así en los ganados ó reducidos como en los por ganar, y muy flexible en la fé en todos, aunque ellos decian no haber sido traidores, sino defensores de sus fueros: los de Lérida, á quien no habia dominado el ejército, sino dejádole á un lado, creyendo quedaba cortado y que despues se tomaria, fueron engañados, porque se reconoció mayor dificultad para llegar á Barcelona; habian hecho algunas entradas en Aragon en no más de aquello que está de allá del rio Cinca cerca de Fraga, pero de ninguna importancia, á cuyo opósito estaban los tercios de Navarra; pero ellos razonablemente fortificados, y despues, cuando los cargaron, mucho más, y despues, como inexpugnables, mataban y hacian pedazos los que podian haber á las manos; de uno sé decir que le asaron vivo (inhumanidad bestial). Sin embargo, aunque con dificultad de correos, por ser en lo más récio y en el corazon del invierno, el marqués de los Vélez avisó al Rey, al mayor Ministro, á los Consejeros de Estado y Guerra, saldria al principio de Enero de Tarragona para Barcelona: sintieron la dilacion, sin embargo, de tener justas causas para ello; y enviósele órden que luégo, al punto, pasase adelante con aquella gente, no se resfriasen en el curso de las victorias, notificando á todos los pueblos el Manifiesto y perdones del Rey, sin acometer otra hostilidad ni desórden, ni que los soldados intentasen saquearlos, ántes se procurase con todos los medios más saludables reducirlos á la obedien-

cia y rendicion. Mas en la córte de S. M., con la tardanza de correos y con los mal afectos que hay en ella de la misma Nacion, decian que el ejército habia caido en manos de catalanes y de franceses, cuantos son; unos que estaba cerrado de todas partes, tomados y ocupados los pasos más difíciles y angostos; y no dejaban de discurrir bien, porque por la frente les tenia embazarado el paso en Martorell con ejército formado de más de doce ó catorce mil hombres; por el lado derecho tenian la mar sin armada; por el izquierdo á Lérida, tambien con gente enemiga, y ocupada la retaguardia en el Coll de Balaguer; y se veian por lo más adelante, conduciendo á Barcelona, muchas gentes de todo el Principado, y repetian el mismo número de sesenta mil hombres que en los demas acaecimientos habian esparcido, y decian que los habian de quitar los víveres y las municiones; no se las habian de dejar buscar y habian de perecer al pié de las murallas de Barcelona; que tenian impedido el tránsito así para cualquiera parte para ir adelante como para volver atrás y fortificar otra vez el Coll de Balaguer con gente, por donde no habia esperanza de remedio alguno ni retirada segura para guarecerse. Era el caso muy para notar; no estaba sucedido esto y ya era público, ni nuestro ejército á esta hora habia salido de Tarragona y lo daban por hecho y acaecido. ¡Presagios ciertos de lo futuro que ántes de la hora declaraba nuestros males, y parece que las cavernas profundas de la tierra y las aberturas más hondas de ella lo insinuaban y hacian hablar á las gentes!

De esto, á mi ver, debió de ser aviso lo de la montaña de Soma, en el Reino de Nápoles, tierras y puertos en el mar Mediterráneo, prediciendo las miserias de España con sus guerras civiles en Cataluña, que por tantos dias con estruendo portentosísimo estuvo arrojando ceniza, é inundando muchas leguas de aquel contorno de esta materia en grandísima altura, cuya destruccion de campos y labranzas no lo acababan de encarecer las relaciones de los que lo vieron; y esto mismo quiso adivinar la destruccion de lugares en la Calábria con los temblores estupendos de tierra, de que, abriéndose grandes

bocas, quedaron sepultados y sumergidos en lagunas y pantanos; y esto mismo quiso dar á sentir para lo de Portugal, que ya se nos viene á las manos: su descripcion, aquel volcan de fuego que se vió junto á la isla de San Miguel, en las islas Terceras, como adjuntos de aquel Reino, arrojando tantas piedras impelidas del fuego, surtiendo por tantas brasas de fondo que tanto mar no bastó á suprimirlas, dejando memoria del prodigio en la formacion de una isla, que hoy visitan como cosa admirable nuestros marineros en sus navegaciones. Otras muchas cosas pudiera referir de acaecimientos fatales, que son pronóstico del estado que hoy tenemos, si no me tacharan de agorero; sin embargo, he visto narraciones muy largas de esta materia en algunos escritores de opinion que las han observado para describir las mudanzas de Monarquías y Estados. Entre las demas órdenes, se avisó al marqués de los Vélez que si Barcelona no se allanase de su voluntad se abriese camino con las armas y se procurase tomarla por cualquier modo: esto es lo que nos ha tocado de este año en las digresiones de Cataluña. En mis comentarios, y en el de cuarenta y uno, aunque no era mi intento, procuraré referir parte de lo demas, porque parte dejé y no quise pasar adelante, que no es materia ésta para dejarla tan á los principios y por concluir lo que pertenece á este libro. Diéronse los de nuestro ejército y los franceses á banquetes y festines: era el Nacimiento del Salvador, y no me espanto entre tan grandes cuidados le celebrasen. Presentó el Marqués á Monsieur de Spernan dos caballos, y él le presentó una espada: vinieron los lugares del contorno á dar la obediencia, fueron recibidos y agasajados benignamente, y el Monsieur de Spernan salió de Tarragona con su gente y siguió su viaje para fuera del Reino, como se habia capitulado.

Habiendo discurrido por algun tiempo, en la mejor forma y manera que ha sido posible, en las sangrientas guerras de Flándes y de Italia, no será fuera de propósito escribir de las de España, que tanta parte la hemos dado en ella, y más de lo que era justo, que sin linaje de duda se pueden comparar

con las más enojosas y debatidas plazas de armas de la Europa. Decia un político de esta edad, admirándose del calamitoso estado del Reino, que las otras Monarquías se deshicieron por los piés y por las manos, y que ésta se destruia por el corazon; y que la de los romanos no comenzó su ruina por la ciudad, si no es por los Reinos y provincias distantes que no adquirieron la virtud de las nobles costumbres y el verdadero valor. Aquí se le respondió que se engañaba, que no comenzó su desolacion sino por la cabeza, por su ciudad, cuando se comenzaron á ejecutar sus tiranías, la soberbia y la vanidad, los abominables vicios de sus Príncipes, cuando comenzó á imperar en ella la inhumanidad y la inclemencia, la usurpacion y el querer dominarlo todo; cuando se adormecieron en sus maldades, se les entorpeció la valentía del ánimo, se arrojaron á la codicia insaciable de los bienes ajenos, á la avaricia de la sangre humana: de aquí corrió esta noticia á los aldeanos, á los que militaban debajo de su poder y obediencia, que instigados de sus desafueros y maldades, los acometieron y dejaron; y de esta manera se fué desatando una provincia de otra, un Reino de otro, una ciudad de otra, hasta que no pudiéndose sufrir en la suya, acosados de los mismos que ellos habian sujetado, la desampararon, y sujetaron á Oriente, y áun allí no pudieron mantenerse largo tiempo, sino muy limitado, y fueron destruidos con el mismo cuchillo de que se valieron y por la soberbia otomana. Pero prosiguiendo el hilo de nuestro argumento, al cuidado de Cataluña sucedió otro de no menor calidad y peso, tanto que hizo extremecer la Monarquía y turbar el corazon de los más constantes y que presumian asegurarse en la alteza de sus asientos, en el trono de la majestad y en los bienes de fortuna. Portugal, pues, que por espacio de sesenta años, por derecho hereditario, por sangre y por armas habia estado unido á la Corona de Castilla desde el año de mil y quinientos y ochenta por la industria maravillosa y singular providencia del Rey Católico D. Felipe II, cansados de nuestro gobierno, y por la misma causa el deseo notable de los portugueses de tener Rey que los gobierne en aquel

Reino y de su misma Nacion, y el ódio grande y aborrecimiento natural á la nuestra y á todo cuanto pueda tener nombre y semejanza de Castilla. En todo este tiempo, habiendo sido remunerados y acariados de nuestros Príncipes con grandes beneficios y mercedes, jamás habian podido curarlos de esta dolencia ni ellos sanado de esta enfermedad, afectando concitaciones populares con que áun el Rey D. Sebastian, que se perdió en Africa el año de quinientos y setenta y ocho por el mes de Agosto, no era muerto, pretendiendo inventar fantásticamente algun Rey portugués de cualquier manera por resacirlos de Castilla. De esto hemos oido en nuestros dias, y contar á nuestros abuelos algunas fábulas de hombres que lo han pretendido ser con ayuda de ellos, reconocida su condicion, en que se hicieron castigos ejemplares. Ahora, pues, la injuria de los tiempos, la mudanza de reinados, habiendo tolerado el gobierno prudencial del Rey D. Felipe II, el pacífico y floreciente del Rey D. Felipe III, la grandeza de ánimo y nobleza de condicion de aquel Ministro, su magnificencia, agasajo y cortesía, los hizo vivir con más desahogo de corazon, cuando comerciaban en sus puertos y en su gran ciudad todas las Naciones del orbe, particularmente las septentrionales, que son las que ellos quieren, acrecentándose en caudal y en riquezas, que es á lo que apetece y aspira todo viviente; y por el contrario abandonan cualquiera dificultad que lo contradiga. Con esto y más templanza de afectos y turbulencia, olvidando algun tanto la agonía y aquella ánsia de Rey propio y particular, y militar pacíficos debajo de ambos yugos, que habiendo pasado con brevedad, recayendo el IV con más gravedad y peso sobre ellos, por los accidentes que se levantaron en la Europa y por las nuevas obligacioues á que los llamaron y obligaron, y por las pendientes de éstas, no cesando las causas, antevieron que no lo podrian sufrir, y prorumpiendo en desobediencia, y más adelante en haber Rey de su misma ralea y sangre, dieron la obediencia á un igual como ellos y á un vasallo.

Los notables aprestos de armas de esta primera parte del

mundo, ó sea la segunda como quieren los geógrafos, agradados mal de nuestras pérdidas, poca fortuna de Capitanes y mayor de los enemigos nuevos y poderosos aliados desertores del imperio; la ruina de Flándes; las Ligas de Italia; la soberanía á que habia aspirado el rey de Francia y la mengua de reputacion de España; el verse acometida por sus fronteras, con las armadas navales de franceses y holandeses que talaban y abrasaban sus costas; los amigos hechos enemigos, imposibilitados de tratar con ellos, si bien á todos afligia aquella Nacion ambiciosa de honras y Estados, y á toda la nobleza de Portugal la pérdida de las plazas de Oriente, el menoscabo del comercio y contratacion de aquellas islas y la pérdida del Brasil; las infelicidades y presagios de las que estaban por venir, los hacia disentir del gobierno, hablando con experiencia de desdichas, menoscabo de sus haciendas, infortunios en que el desconsuelo comun halla gran lugar y mayor desconsuelo en los corazones. La mudanza de Ministros afectos suyos y depuestos no sin compasion de todos, y otros exaltados ocupando sus lugares con aborrecimiento general de aquel Reino; el destrozo del Consejo y con decretos ordinarios echados los Ministros de la córte; el gobierno de la princesa Margarita, poco admitido de los portugueses como de mujer, y abusado de la nobleza, y no cumpliendo como se capituló cuando se unieron con Castilla; las pérdidas de plazas y de provincias, particularmente Ormuz, en el Seno Pérsico, la del Brasil y las de las costas de Africa, en que calmaba la reputacion de España; la gravedad y exorbitancia de tributos con que era oprimida á los que vivian léjos y apartados de la casa del Príncipe les era molesto, y otrosí, la graveza de una condicion cruda no enseñada al agasajo de los señores, de los Prelados, de los Ministros ni del pueblo; la inmensa dificultad en que se habian puesto las pretensiones y las mercedes; la fatiga incansable de los despachos, con las medias annatas y otros subsidios, en que parece faltaba la providencia, siendo de más precio y de más desasosiego esperar un castigo que una merced; la falta de amor y de beneficios; los ejemplos presentes de ver

en aquel Reino y en la ciudad de Lisboa arrinconados y depuestos de sus oficios el conde de Ocastro, el que fué á grande costa suya á la embajada de Alemania; marqués de Gober, el que fué Gentil-hombre de la Cámara; Mascareñas, el que estaba residenciado y con peligro de la cabeza por haber ido á pelear al Brasil; mal satisfechos de que en tantos y tan conocidos combates no arriesgase más su vida, y al conde de Linares, otro Virey de la India, despues de tan larga navegacion y de haber rendido el rico presente de los diamantes, envidia de uno de los poderosos Príncipes de la India, conducido á volver á navegar al Brasil, se le pidió el ajustamiento de su viaje para tan largos climas y árduos mares, y replicó á no dársele, condenarle á perpétua cárcel y á pérdida de reputacion, de hacienda y de vida. Creo que seré entendido, y aunque callo, ó lo pensé disimular, no he podido excusar el poner al márgen las personas por los trabajos recaidos en ellos, y para más claridad, y que se conozcan quién son, el estarlos siempre aguijoneando con pedidos, con decretos, dando las hidalguías y los honores por el dinero, y los hábitos de las Ordenes militares á los hebreos y á los populares para fabricar, no una hermita sino un palacio, donde no era menester, pudiendo ser de alivio para ellos y para todos aquel gasto, excusándoles de molestia y emplearlo en la guerra: el verse traer las ricas tapicerías de Palacio al Retiro, ornamento de sus Reyes antiguos, habiéndole pedido al Rey D. Felipe II, y confirmado por él, de no poder hacerlo, ni sacar las joyas, ni las otras preséas del Reino, el venir todas sus riquezas y las de Oriente á ser trofeo de Castilla y de sus palacios, y para cualquiera pretension haber de peregrinar de un Reino á otro, y con incertidumbre y prolongada dilacion de despacho.

Estas cosas y otras muchas poco ignoradas de todos, que no las han podido sufrir los Reinos y las ha padecido Castilla, oyendo decir que se perdian todos, hubo alguno ó algunos que querian ver si podian salvarse: sin embargo de la dificultad, tentaron el camino la melancolía de todos, la aflic-

cion, la fatiga, el contínuo desvelo y trabajos, y el no tener nadie ninguna cosa suya ni segura, sino el que era del séquito; y de ese, escogido el lisonjero y el adulador. Ultimamente, el Decreto del año de seiscientos y treinta y siete, de que hay en el mundo muy extendida noticia, que se publicó en Evora, ciudad, segunda colonia entre las más escogidas del Reino de Portugal, en que se pedia á los portugueses la cuarta parte de las haciendas, de que ya dejo hecha mencion en los libros pasados, y referido el alboroto en aquel y en otros pueblos, hasta tocar en el Algarbe la fuga de las Justicias y de los otros Magistrados, huyendo por esta causa de la ira popular, donde primero el sosiego, y despues las armas, por el Algarbe y por Badajoz, pusieron freno y templanza, si bien en alguna ocasion uno de los señores del Reino que vivia en Evora no salió á la defensa de las Justicas tan aína como quisieran en Castilla, y aventurar sus personas briosamente por el servicio del Rey y observancia del Decreto: no mitigaron la sedicion ó no se arrojaron á ella á destruirla y hacer ejecutar el órden, ó más adelante, si tuvieron aviso por los parleros y portadores de nuevas, de que en todas partes hay gran cosecha, particularmente en Palacio, ántes que espíar en la guerra ni en los de los Príncipes enemigos, porque no se deseaba faccion más gloriosa en ese siglo que trastornar un vasallo, si era varon de partes. La causa general de estos hechos, y el descargo y disculpa que se daba, era la de la guerra, y en esta parte la defensa del Brasil, inventada, como se presume, por Diego Suarez, secretario de Estado del Reino de Portugal, asistente en el Consejo que estaba en Castilla, y lo que más irritó fué la proposicion y amenaza de las horcas por los Corregidores, al que no le diese y no se allanase al pedido: finalmente, si llegaron á entender, que no salieron de nada de esto, ántes que el Decreto, el modo de suplicacion les pareció acerbo y duro, y lleno de impiedad; le mostraron ceño, blasfemaron del Rey, y si no dieron calor al pueblo, no se lo afearon. Despues de compuestas las cosas, el castigo que por esto merecian no se atrevieron á ejecutarle en Portugal, por no

dar en aquel Reino nueva materia de tumultos y alteraciones, y lo libraron todo en el ingénio y en buscar artificios, modos y maneras para atraerlos á Castilla y cortarles las cabezas para ejemplo de los demas, de las mismas trazas que poco á poco despues dieron para su ejecucion, no guardando constantemente el secreto aquel á quien se le fiaron. Y avisados de los lazos que les armaban á sus vidas, casas y haciendas, procurando vencer de mañosos al que les tramaba el golpe, se quisieron vender caros; y si por aquella parte afrentosamente y dados por traidores, habian de recaer en estos lances, no quisieron por ésta perderse de bizarros en el campo y en la batalla, donde las más veces ó todas la fortuna es dudosa; porque no confiemos tanto de nuestra chola por favorecida, siendo á las veces más advertidos los perseguidos desgraciados por poco dichosos.

Algo despues de la rebelion de Portugal, sin poder trascender para qué, llamaron de aquel Reino al Arzobispo y á algunos de los Obispos. Muchos discurrieron, y áun ellos, si era para consultar materias importantes del Gobierno, ó dar quejas de la poca asistencia que S. M. habia tenido, asi de Prelados como de caballeros, en la disension de la tierra; cuán poco habia sido amparada la Justicia y sus decretos; que convenia en los acaecimientos venideros hacerlo de otra manera, y con más fervor salir á la causa Real, defenderla, ampararla, y dar las vidas por ella, é insinuarlo así á la nobleza. Era entre los Prelados el más principal, D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa, que ántes lo habia sido de Evora, donde sucedió el primer tumulto. Vieron al primer Ministro, que á la sazon estaba en el Retiro, por haber ido allá el Rey algunos dias: la exornacion seria sobre lo pasado, y como otras que hemos oido, con ponderaciones notables y misteriosas, y despues de encargado el secreto, derramar quejas de algunos señores portugueses: con que fenecida aquella audiencia, no acabando de dárselo todo á beber, lo remitiria para otra y con preñeces; que es grande punto de estado la suspension en los Ministros presumidos, y el tener

embelesado el mundo; y las quejas de aquellos serian sobre lo pasado; y con dolor de no haber podido asir y arrastrar aquella cuarta parte de hacienda de aquellos vasallos, exasperando por aquí la clemencia del Rey, que despues de tan grandes gastos como hizo para las levas de ambos ejércitos, los perdonó, no haciendo por esto ninguna demostracion por aquellos excesos y delitos cometidos contra la Majestad.

Avisados de estas cosas los portugueses, y tenidos como por desagravios castellanos, los ánimos poco sazonados con las hostilidades pasadas, y que nuestra Nacion los hollase, y cada dia asaltados de nuevos decretos y pedidos, y que habian de pasar allá algunos tributos, como se rugía del papel sellado y otros que se iban beneficiando; y lo peor de todo, como se decia, que todos habian de ser gobernados por unas leyes, y por las de Castilla habia de pasar allá la distribucion del cobre, alcabalas y millones, con que no solo en éste, sino en los otros Reinos hacia extremecer el sosiego; amenazaban de no sufrirlo, porque todos quieren ser gobernados por sus propias y legítimas leyes, fueros y privilegios: con que en Portugal, el ánimo que por largo tiempo estaba doliente de delirios de Rey, comenzó á empeorar, á darse por peligroso y peor satisfecho de nuestro Gobierno. Juntábanse, pues, los Prelados en el Retiro, las órdenes y decretos que bajaban de arriba, cuanto quiera que no eran de haber á las manos, no eran dificultosos de discurrir: quién decia, y así lo expresamos en nuestros escritos, y si no fueren como lo presumimos, quedarán tácitamente á la discreccion de mejor cabeza: finalmente, se trataba en la materia de los hebreos, si era lícita ó nó, como conviene, que la decidieran los teólogos, admitirlos en la Córte de Castilla y darles suelo y asiento de la otra parte del rio, para acrecentamientos de intereses; que en las causas de la guerra y la necesidad que habia de dinero hacia recaer á los Ministros en estos arbitrios ó escollos: sin embargo, ellos están introducidos entre la gente honrada, y con los hábitos de la nobleza. Quién decia si era la nobleza, digo la materia del Pontífice, sobre la quiebra con el Nuncio, ó componerlas, y de

no ser nada de esto daban en otro punto, y era lo más cierto, porque no se trataba de otras conveniencias para los Reinos, y habia junta particular para ello, de los tributos que se habian de meter é introducir en Portugal, el modo que se habia de tener para ello, que habia de ser por mano de eclesiásticos y ellos los habian de apoyar y dar calor ó coadyuvacion que se pretendia, y hacer general en toda España, y rastrear los pocos afectos á estas materias; y quién, eran los inquietos en Portugal, ó ya si se dió alguna queja de algun señor de Portugal, en lo tocante á la conmocion pasada, ó se le hacia alguna causa; porque se dijo, que en las cosas de los caballeros que despues vinieron á la córte de Madrid, entraba uno del Consejo de Castilla y otro de Portugal, y tomándoles juramento de guardar secreto, se les hacian preguntas sobre los que estaban tocados de sedicion; ó si los caballeros de Portugal no defendieron el Palacio de la Princesa cuando los pescadores, por quererlos echar alguna carga sobre el pescado, apedrearon las ventanas de su cuarto. Cualquiera de estas cosas, ó todas ellas, y de lo que se le reveló en estas juntas, ó en las audiencias privadas, D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa, ni las calló ni las difirió bien; y vuelto á aquel Reino, las reveló, como es de órden de los que han estado en la Córte cuando van á sus casas, contar lo que hay en ella y lo que les ha sucedido, no guardando religion al secreto ni á la confianza; no pareciendo al que es portugués que tiene obligacion de guardar fé al castellano, portándose con él como al que se tiene en opinion de alarbe. De esta manera, digo yo, se trataria de todo lo sucedido, de las juntas, de las quejas, de los riesgos que amenazaban á algunos, del estado de las cosas de los Ministros, de sus condiciones y talentos, cómo se habia comunicado con ellos, del estado de la Monarquía, del que tenia la guerra de Flándes y de Italia, del peso que sufria Castilla y del que esperaba y era bien admitiese Portugal: el cual, no obstante de lo pasado, y el grande riesgo á que se ponia todo con ocasionar tumultos y conmociones, y querer introducir más tributos, se comenzó á sentir lo que se espe-

raba. Cosas todas que lentamente los nobles, ántes que los plebeyos, comenzaron á ir sublevando el Reino, queriéndole sacar de la union de Castilla; y los amenazados, despreciando las vidas y las haciendas, queriendo prevalecer en las honras, no haciéndoles ninguna, ni empacho los horrores y agonías de la muerte ni del cuchillo, trataban entre algunos de secreto y áun públicamente de sacudir de sí el yugo que los oprimia y constreñía á tan grandes cuidados y miserias, cual nunca jamás le oyeron. Estos dicen que eran cuarenta los nobles que trataban de ello. Comenzó á correr la plática, y si bien habia pocos más ó ménos de dos años que se hablaba en la resolucion, se comenzó á apretar en éste con la venida del Arzobispo á Lisboa, y cada uno queria arrestarse y emplear bien la sangre, y dar la vida honoríficamente. Del estado que tenia Portugal venian muchos avisos á la córte de Castilla; muchos daban cuenta de sus rumores particularmente. Al marqués de la Puebla y Loriana, que asistia á la Princesa, y á otros confidentes, aunque pocos, teníales ofendido sumamente, Diego Suarez, secretario de Estado de aquel Reino, hombre vano y de condicion como portugués y Secretario: veíanle valido del mayor Ministro, y por esto aborrecido de los portugueses; atribuyendo á sus inventivas el Decreto pasado, de las cuartas partes de las haciendas y otros pedidos que se habian introducido en el Reino, con los demas que esperaba imponer por dar gusto al Poderoso y aumentar por allí sus medras á costa de los demas, como lo hacia el Proto-notario de Aragon en aquella Corona; competidores y áun émulos en estos oficios, que por acrecentarse no reparaban en agravar el yugo á los de su misma pátria; y veian al Diego Suarez en muy alta fortuna en el cuarto del Ministro, muy amigo de servir con las cosas del Reino, particularmente ahora que al oficio que tenia de Portugal le añadieron el hacerle del Consejo de Hacienda de Castilla, premiándole el servicio de la ermita de San Antonio del Retiro, cosas ambas sin propósito; adivinando en esto que le habian de venir á faltar los gajes y otras gruesas ayudas de costa que le pagaban de Portugal, y ayudáronle

con los de Consejero de Castilla, que áun hoy no puede cobrar: porque se vea cómo se mudan las fortunas. Pero el que tenia sumamente ofendidos los ánimos de los portugueses, era Miguel de Basconcelos, Secretario de Estado, yerno y cuñado de Diego Suarez, que asistia en Lisboa al lado de la Princesa Margarita, para la ocurrencia de papeles y despachos. Hombre soberbio y descortés, que en las audiencias públicas, no acabado de vestir y sin quitarse las bigoteras, oía mal á los portugueses, les respondia en sus pretensiones desabridamente, y los despedia con palabras recias y destempladas; cosa muy usada en esta era en todo género de Ministros, y cuanto más bajos más hinchados, sin saber por qué. De la importancia de éste avisaba á Castilla y al primer Ministro, el conde de la Puebla, que si no se ponia remedio en el proceder de ese hombre, se habia de perder el Reino, porque aquel estilo y aquel modo de despachar no le podian sufrir ni tolerar los portugueses, así nobles como plebeyos, y habia de venir á suceder tal fracaso, que despues fuese difícil de remediar.

Todas estas cosas oidas en Castilla las despreciaban, no haciendo caso de ellas, teniendo á los hombres que las escribian por tímidos y cobardes, y de más flaqueza que valor; y en esta forma tambien eran seguidos cuantos nos avisaban de las calamidades que nos habíamos ocasionado del trabajo del Imperio, de las disposiciones de Francia y Holanda en los estados de Flándes, de las armadas y ejércitos por mar y tierra, de los atentados de los protestantes contra la Monarquía y el estado de las Ligas de Italia, de los recelos del Reino de Nápoles y Sicilia, por el desconsuelo grande de los súbditos, por los pedidos, y las entradas de los enemigos por las fronteras. Así, de la misma manera de Portugal, no se oía nada por más que lo avisaban que se rugía, y públicamente se platicaba el desconsuelo de todos, la libertad con que se hablaba el no gustar del gobierno de la Princesa Margarita, no asistirla, no verla algunos señores del Reino, y casi no querer obedecer sus órdenes. De esto se formó nueva Junta en el

Retiro, y si bien allí se recogieron las sospechas de todos los indiciados, de los mal contentos y poco afectos, se leyeron las cartas, y se discurrió sobre todo; y hubo quien despues, si no bien atendido ni bien mirado, peor advertido, á quien sobre lo sucedido le hiciera yo una causa bien rigurosa, y de aquellas con que él amenazaba á todos aquellos que no condescendian con sus antojos, porque no descanse la potestad, sino que siempre esté imperando, abandonó los avisos, diciendo que no eran bastantes á presumir materia tan grave, ni tan escandalosa, ni que eso se llegase á ver, que cada uno miraria por su cabeza, que no habia que cansarse en estos medios, que todas eran cosas vagas y que no se hablase más en ello. Resuelto esto en esta parte, sucedió el fracaso de Barcelona, fruto de la cultura contínua del tributar, y como fué forzoso levantar gente para apaciguar y castigar aquella sedicion, comenzaron á obrar los medios contrarios de nuestra destruccion; y viendo que era por allí por donde nos encaminábamos á la ruina y al precipicio, con conocimiento de los enemigos, que nos atendian por instantes, menudearon los decretos, los papeles de los pedidos que abrasaban la gente, y ya no le podian tolerar, ni que todos estuviesen consignados y en eterno vínculo; que cuanto quiera que fuese nuestro el yerro, y le cometiese uno, le habian de pagar todos, y se habia de hacer á su costa la guerra, como si el Rey fuera fallido, no tuviera hacienda, y no se hubieran echado tributos ni tomádose los juros. Pidieron al Arzobispo de Lisboa y otros Obispos que levantasen gente, que aunque Prelados ricos y de gruesas rentas, lo sintieron, y á cada paso les daban en qué sentir, porque venian á menguar en las haciendas y á no poder dar limosna, porque se les pedian vestidos, pagados y sustentados; sin embargo, levantaron seis mil hombres. Pidieron dinero al duque de Berganza para aquella guerra, que fué la primera espuela con que los mal contentos le aguijaron á que se alzase y á levantarse con el reino: dijo que no lo tenia é hizo largo proceso de su necesidad. Dijéronle que levantase mil hombres, que le darian veinte mil ducados;

tomólos é hiciéronle cargo ó reconociéronle despues de no haber levantado más de cuatrocientos: de aquí emanó el haber menester sacar las guarniciones de castellanos que estaban en el castillo de Lisboa y en el de San Tian, que apénas pasaban de mil hombres, y de estos se huyeron muchos en el camino, y no llegaron á Madrid seiscientos; discurriendo de aquí muchos y algunos de los portugueses que estaban en la Córte, como ignorantes y bisoños, que habia sido causa de la rebelion de Portugal el haber sacado esta gente, desamparado y desguarnecido los castillos; y aunque no es de fundamento la consecuencia, se les puede responder, que resueltos ellos á empresas tan grandes, dispusieran el modo y previnieran gente los tumultuarios, y á hora señalada, y cuando ellos estuvieran descuidados y ocupados del sueño, los desvelaran á todos sin quedar ninguno, con que no fueran de embarazo á sus intentos aquella poca gente, pobre, desarmada y muerta de hambre, ni era tronco aquel para hacer resistencia.

Conseguido esto, los que trataban del Gobierno de Portugal en Castilla, ó al motor de la Monarquía, le pareció buena ocasion la de Cataluña para desempeñar otro Reino y sacar de allí á los sospechosos, y haber á las manos á los que deseaba castigar; y muy descolladamente, y sin otro reparo, tomando por ejemplo y para ayudar al hecho, el convocar toda la caballería de las Ordenes militares para la guerra y para la jornada del Rey, que estaba publicada á los Reinos de la Corona de Zaragoza, se envió órden á la Princesa, para que todos los señores hidalgos y caballeros viniesen á la Córte. Pareció esto muy acerbo y duro para todos, así á los mozos como á los viejos, sacarlos de sus casas; porque no exceptuaba á ninguno: dejar á sus mujeres, sus hijos, sus haciendas y convidarlos, no á otro festin que para la guerra, y guerra en la propia casa en tiempo muy fuera de sazon, que habian de caminar más de doscientas ó cuatrocientas leguas en ida y vuelta, no tener ésta por muy cierta, y otrosi exponerse á la fatiga del largo tiempo, en que habian menester dinero, y los más no le tenian: algunos fueron, y otros no se dieron por entendidos,

disculpándose con la edad, con los achaques y falta de hacienda, y no tener ninguna comodidad para tan larga jornada: diéronse por entendidos los sospechosos como se lo habrian avisado los que se hallaron en las juntas de Castilla, ó como ellos lo recelaron y discurrieron. Llamaron al duque de Berganza, con cuidadò de aquella sangre, y el ser el primero en el Reino, pero sin derecho ninguno, y disculpóse de no poder venir; y comenzando á desobedecer, se entró en dudar de su fé y constancia, por su vanidad, poco talento, saber y ningun juicio ni partes de consideracion, y, finalmente, comenzaron á prorrumpir y caer en desobediencia, y á apetecer la desesperacion; y como ellos lo entendieron, llamaron al Acuña, Arzobispo de Lisboa, sobre quien ya cargaban grandes conjeturas de poco secreto en las materias del Reino que se le habian fiado, la ruina, el tumulto y el desórden de convocaciones poco cautas, y que en su casa se hacian juntas de rebelion. Avisóselo la Princesa, y tomóse por ingenio, viendo que era ninguna la enmienda, llamarle otra vez á la Córte: tuvo él aviso, y pareciéndole que era mucho ir y venir para un Prelado como él, que despues de haberle pedido la leva de gente y hecho el gasto, que el movimiento era contínuo, la descomodidad, la inquietud y la zozobra, particularmente en su edad y en sus años, y si ya le comenzaba á roer el corazon el gusano de la mala conciencia, cayó en sospechas de ser entendido y culpado, se resolvió á obrar segun su dictámen: tomó carruaje, aprestó su casa, y metiéndose en la litera creyendo que iba al mandado del Rey para Castilla, dijo que iba á visitar su Arzobispado, que era lo que le tocaba. Con este despecho, las cosas de aquel Reino, á toda prisa caminaban á la más notable resolucion que se ha visto por historias, ni le pareció á ningun ingénio lego, cuánto y más docto, que pudiera recaer en España; pero estos sujetos aquí, por temporadas está reducido su Gobierno, los permite Dios tales y tan inícuos, que se pueden esperar mayores estragos de sus caprichos.

¡Quién vió aquellos veinte años del Rey Católico Don

Felipe III, su paz, su tranquilidad, su sosiego, su esplendor, su prosperidad, su magnificencia y autoridad buscada de extranjeros, tanto que parecia no poder ningun astro del cielo, por opuesto que fuese, trastornar su fineza; y ahora está fracasando en dos partes al ímpetu de tributos con título de regalía, habiéndosela dispuesto al paladar y gusto de los desertores y émulos de su potencia! Hacia la Princesa sus diligencias para que todos fuesen; los que no estaban de este parecer, ellos la daban las disculpas referidas, más ella respondia con ira más que de mujer, y les decia, que las órdenes del Rey se habian de obedecer y ejecutar sin resistencia ni tardanza, ni habian de tener embarazo, por grave que fuese, que lo pudiese estorbar; que la ejecucion era la principal ley del vasallo.

Irritados los portugueses de estas mudanzas y novedades, y que no les era permitido descansar en sus tierras y domicilios, ni gozar los alientos que les fueron concedidos de los otros Reyes pasados que los gobernaron prósperamente, en paz y en justicia, dejándolos vivir los Ministros, solicitándolos las medras y acrecentamientos; el descontento era ahora tan notable, y los lamentos de tantas persecuciones y trabajos tan lastimosos, que el discurrir era ya sin freno y con despecho: hablábase públicamente de buscar remedio por cualquier camino que fuese; y de esto avisaba el marqués de los Vélez, digo Puebla, y otras muchas personas de confianza. El medio más eficaz que se aplicó á esto fué fabricar un Decreto que insinuaba, que á todos los caballeros portugueses que no habian obedecido el órden de S. M., ni habian venido á su llamamiento, para irle á servir á la jornada de la Corona de Aragon, se procediese contra ellos por la Junta de inobediencia, como con traidores, y fuesen confiscadas sus haciendas como de tales. ¡Quién vió el fin tan adverso de D. Fadrique de Toledo, tan ilustre hombre, tan gran marinero y Capitan, caer á las manos de tan injuriosa invencion, perder la vida en ella! No quisieron aventurarla aquí, sino arrostrarla por otra parte, y así lo resolvieron. Quién dice que este Decreto no fué á

Lisboa, ó si fué que no se ejecutó, sino que el Secretario Diego Suarez, desde Castilla, como de falso amenazaba con él á los nobles del Reino que no habian querido venir, y se lo encargaron al duque de Berganza, por la boca del Secretario Miguel de Basconcelos: gran desacierto y artificio muy perjudicial, cuando la conjuracion de los bergancistas andaba muy viva y no extinta del todo la de los sebastianistas. De esta manera los hombres medianos, tocados de vanidad por algun moderado favor, pretenden arrastrar los grandes y traerlos á la melena, con que acabó de rematarse todo y ponerse en la última desesperacion; y si el Basconcelos era odiado y aborrecido de ellos, se confirmó en su desgracia, y puso su vida y sus medras en el trance postrero; y con esto, los que andaban en el Reino conmoviendo de secreto á las demas personas principales á la rebelion y levantamiento, resueltos á dar las vidas, las haciendas y las honras por otros caminos más airosos, ántes que al verdugo y al cadalso; y que ya se verian ejecutadas en ellos y amenazados de hombres humildes y moderados, y que tales oficios les venian de los dos Secretarios, apretaron la materia cuando pudieron, y refrescaron la conjuracion y resolverse en ella; y si bien algunos no dieron orejas al hecho juramentado de guardar secreto, callaron, pero despues los compelieron á la traicion, con las extorsiones, amenazas, empellones, y arrastrándolos por los suelos: con que resueltos, pues, á todo, no se contentaron con sublebar el Reino y conmoverle, sino de hacer Rey que los gobernase, repartiese las mercedes, y las riquezas fuesen ántes despojo de portugueses que de castellanos, y que ya que estaban dados por traidores, tuviese esta calumnia y esta infamia alguna probabilidad y forma. Consideraban para esto y para cometer hecho tan notable, el estado que tenia la Monarquía y el Reino, para hacerlo con alguna esperanza de salir con ello, el ver al Rey hundido y metido en armas y trabajos cual otro Rey no se vió ni por historias, por persistir obstinadamente al consejo de uno solo, y dejarse atar á su Gobierno. ¡Oh, plegue á Dios que no fuese el propio! Oígase sobre este

punto su manifiesto, pues, cuando lo dije, no lo habia leido ni llegado á mis manos, que se hallará en el libro del Padre Caramuel, que escribió contra Portugal. El estado del Imperio arruinado y para acabarse, sin poder levantar un aleman como se levantaban tantos de ántes; las pérdidas de las mejores villas de Flándes, y el francés guerreando en ambas plazas de armas con reputacion y fortuna, haciéndose señor de todo, no solo de esto, sino de Lorena y de Alsácia y del Palatinado inferior: cosas todas muy considerables, y para ser tenidas y hacer reparo en ellas; y despues de haber en ménos de siete años metido cinco ejércitos por la Contea de Borgoña, asolado dos mil poblaciones, así muradas como abiertas, consumido cien mil familias, acabado y extinguido los abolorios más nobles y calificados, este año habian puesto sus tropas á los contornos de Dola y Grey, talando las mieses y haciéndose dueños de las cosechas del año; corrieron desde Breterans hasta la Abadía de Baume, destruyeron la pequeña ciudad de Argois, cargaron á Salins, que á no estar defendida de aquella ilustre Nacion corriera la misma fortuna; y deseando apoderarse de aquel estado, para volver sobre Salins, hacian plaza de armas sobre la Sona, para juntar ejército formidable que lo pudiese concluir: este estado tenian ambas Germanias. El que habian corrido las armas en Italia; el menoscabo de los Capitanes; el suceso poco acertado de Cataluña, que habian sacado toda la gente de Castilla para acudir á este accidente, hasta no dejar en toda ella un hombre siquiera de los batallones y milicia, hasta haber sacado la gente de Portugal; que por esta causa era tiempo de asir la ocasion por los cabellos y gozar de ella, porque el Rey, empeñado en tantas partes, particularmente la que se le habia recrecido de nuevo, no habia de poder acudir á ninguna, hallándose fallido, alcanzado de fuerzas y dineros; que no habia de asirse tan presto de la ira de los catalanes, que habia de perder allí el juicio, digo ejército, y otros muchos; y que el rey de Francia, poderoso en todas sus empresas, le habia de afligir y apretar más en todas, particularmente teniéndole metida mucha

gente en la Plana de Rosellon, para quitarle á Cataluña y dividirle de lo demas, constriñéndolo á perderlo y poner al trance la Monarquía, que á tanta costa de su ingénio y valor y gran consejo, fundó el Rey D. Fernando *el Católico.* Y últimamente, que despues de recaer con más brío el año que viene en Flándes y en Italia, seria muy cierto tentar lo de Navarra y Vizcaya; con que no le habian de quedar fuerzas al Rey de Castilla para acometer los demas; de que habian de solicitar los auxilios de Francia, de Inglaterra, de Holanda y de Suecia, y aún asirse al Papa; y proseguian, que habian de dar las vidas y la sangre en esa demanda, y habian de sacudir el yugo de esta era y de castellanos; y no habian de pasar por semejantes tratamientos los robos de contrabando, tantos pedidos así á eclesiásticos como á los hidalgos, que se echaban tributos sin llamar á Córtes, con título de regalía, favoreciendo á los inventores parricidas de la pátria; el real de agua en todo el Reino; acrecentóse la cuarta parte de las sisas, echaron tributos en la sal por órdenes de Castilla, contra lo capitulado, y tambien sobre las cajas de azúcar; que los mismos Ministros de su arbitrio imponian cargas, que registrasen los barcos del pescado en las torres, para nuevas contribuciones, y que todo esto se habia de remediar.

Resueltos en este hecho los más capitulares, el Arzobispo de Lisboa y el marqués de Ferreira, enviaron luégo á solicitar á D. Juan, duque de Berganza, á que tomase el Reino, á dársele, á humillársele y á besarle la mano como á nieto de la Señora Doña Catalina, hija del Infante D. Duarte; acordándose de aquella alcúrnia real que más propíncua habia quedado en el Reino, particularmente que se habia desvanecido de acá de Castilla, con haberle dado el año pasado cargo de las armas de aquel Reino, dejándole ir á Lisboa, donde le visitó la nobleza, pero con órden que no pasease por las Ricas; de suerte que ya se hacia desconfianza dél, ó si no se le tenia miedo, cosa que alienta al más desmayado corazon, para hacerse lugar y tentar fortuna: extraña cosa que pudiese tanto el estado de ellas, el aprieto de los

tiempos, el uso del tratamiento y la pasion, que recrudecidos en el aborrecimiento y en la venganza, los bajase la ira á dar la obediencia á un igual suyo, á un hombre como ellos, pues no era más que vasallo de ningun valor, ni señalado en costumbres. Admiróse el Duque de una proposicion tan arriscada, aunque ya lo habia oido, y comenzóse á defender de ella, y á sacudirla de sí, ponderando el hecho lleno de riesgos y dificultades: despidió la oferta y negóse á admitirla. Dijéronle que ellos estaban resueltos, y que si no queria tenian otro á quien hacer Rey; esto es, que se lo querian dar á D. Duarte, su hermano, reconociéndole por de más brío y valor; habiéndole hablado ántes sobre el caso, de parte de los bergancistas, el Padre Guerrero, de la Compañía de Jesús, á que no salió á ello, habiéndose ido á Alemania á servir al Emperador; y sabida la rebelion, fué preso en Alemania y llevado al castillo de Milán, habiendo querido valerse del Elector duque de Sajonia que se le ofreció; mas al fin murió en aquel castillo el año cuarenta y nueve ó cincuenta; con que algo suspenso y detenido, á la determinacion dijo: «si eso es así, yo quiero morir á vuestro lado.» A su padre dicen que otra vez le ofrecieron el Reino, á tiempo en que los galeones de la plata y flota de Tierra Firme, que venian muy ricos y poderosos, habian arribado con temporales deshechos á Lisboa, y entrándose en la barra; pareciéndole al que lo ofreció, que con aquel tesoro podia hacerse Rey y conservarse en la dignidad contra la potencia de Castilla, particularmente quitándole aquel socorro; á que respondió, que más queria ser duque de Berganza fiel que rey de Portugal siendo traidor. Hecho esto y alcanzado con el Duque, procuraron darse prisa á la ejecucion y á publicarla, porque si bien la tenian diferida para el mes de Marzo del año de cuarenta y uno, temieron y se recelaron de un fidalgo, que tenia su casa y su hacienda entre Duero y Miño, y por las señales que vieron en él, la poca gana del hecho y el no ajustarse con él, cuyo nombre no se ha podido saber, y que lo habia de revelar y destruir el secreto y á los motores del caso.

A esta sazon, el último correo que de Castilla pasó á Lisboa con despachos para la Princesa, porque no volvió más, refieren los que tenian por su cuenta avisar de las cosas del Reino que publicaron los mal afectos para alborotar y conmover al pueblo á la sedicion tratada, que traia cuatro ó cinco imposiciones para echar en él y cargarle. Resueltos, pues, y reducidos á novedad tan nefanda y sacrílega, el primer paso de la tiranía y desobediencia para desfogar la rabia del corazon, fué ir á la casa del Secretario de Estado, Miguel de Basconcelos, una tropa de caballeros, los más señalados, y los que yo he podido inquirir D. Gaston Coutindio, Pedro de Mendoza, Tristan de Mendoza, D. Antonio Telo Arias de Saldaña, D. Julio Desa, hijo del Conde, Camarero mayor, y de Doña Juana de Castro, que fué dama de la Reina: éste dicen que fué el primero que le embistió y le tiró una cuchillada que le abrió la cabeza, y cargando todos sobre él, le dieron otras heridas, con que acabó, y hecho pedazos lo arrojaron por las ventanas, diciendo que nadie le diese sepultura y que le comiesen los perros. De esta manera estuvo tres dias en la calle pública sin atreverse á darle este socorro; sucedió á primero de Diciembre de este año. Alborotada la ciudad con este hecho y todo el Reino, á cuyos pueblos pasó volando su temeridad, se dieron por entendidos del intento de los nobles y de las pláticas públicas que á lento paso habian corrido por la tierra. Sabido esto por la Princesa gobernadora, la alteró mucho por la calidad y resolucion de los que se habian metido en el caso, y puso en cuidado por todo lo referido á sus criados y al conde de la Puebla, y discurriendo que el fuego que tanto se habia recelado y temido, y las sospechas que años há que habian corrido, comenzaban á brotar y querian abrasar el Reino; que aquel atrevimiento era para abandonar la obediencia, y que sin duda ninguna parece que querian imitar el exceso de Cataluña, y que á la sombra de aquella puerta se abria esta otra, ménos briosa que hasta allí la Princesa, en las respuestas de los negociantes, con palabras más blandas y cariñosas, hizo saber á aquellos caballeros no pasase más

adelante el alboroto, que daba su palabra que no se trataria dél, ni del castigo, ni de otra satisfaccion, y que lo alcanzaria ási de S. M. Pero ellos, declarados una vez y arrojados á la desesperacion, comenzaron á fluctuar, azotados é impelidos de furiosas y diversas tempestades: comenzaron á levantar los pueblos y á alborotarlos á que tomasen las armas, y en tumulto popular, alentados de la sedicion de la nobleza, acaudillados de algunos, pasaron tres ó cuatro mil de ellos á Villaviciosa, asiento del duque de Berganza, y apellidando «Rey y viva D. Juan IV de Portugal,» se entraron por el lugar y rodearon la casa con notables voces, estruendo y alarido. Dicen que Doña Luisa de Guzman, duquesa de Berganza, hermana del duque de Medinasidonia, sobresaltada del alboroto, se asomó á las ventanas con el Duque, y preguntándole qué era aquello, respondió con hinchazon de portugués: «dánme lo que es meu» y mintió: declarado, pues, todo con la Duquesa, porque hasta allí se lo habian callado como secreto tan raro y de tanta importancia, y se lo comunicó. Quién dice que le pesó y quién que nó, ántes que entre las sombras y miedos del Duque, y del fin que no ignoraria, y el que todos saben que traicion semejante arrastra sobre sí, que le animó y esforzó á llevar el caso adelante, dándole el consejo de mujer, que en materia de codicia y vanidad, como lo trae á desvelo, es el más tenaz y peligroso; y corrieron todos como rio arrebatado que inunda tempestades. Sucedido esto, D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa, á quien se atribuyó la mayor parte del todo de esta faccion, dando esta rigurosa contera á su edad, á su sangre, servicios y á la dignidad de Prelado, con el desembargador Copacio, fueron á la Princesa á deshora, y la dijeron que desembarazase la casa, porque ya tenian Rey: de que recibiendo un sobresalto sobre otro, y una pena tan grande sobre otra, dijo: «¡gracias á Dios que no he estado en parte donde no me han sucedido tales desdichas!» Acordándose, que por el casamiento con el duque de Mántua, por no haber quedado con hijo que sucediese en la casa Gonzaga, sino con hija, fué ocasion de las guerras que armó su padre Cárlos,

duque de Saboya, por ambicion injusta del marquesado de Monferrato, y usurparlo para sí, con no más ocasion que querer tener en tutela á su nieta, cuyas dependencias duran hasta hoy; y cuando la persecucion del Rey de Francia, Luis XIII, por afecta á España, encendido en la misma ambicion de enseñorear el Monferrato, de que hoy es violento usurpador, ni la dejó vivir en Mántua, ni que la admitiesen sus hermanos en Saboya; y desamparada de todos, como si fuera una mujer ordinaria, despojada de sus bienes, hasta del mismo lecho, peregrinando en su misma pátria, se valió del refugio de España, en los brazos del infante D. Fernando, su primo, que la acogió, estimó, envió á España y á la Córte, de donde fué enviada al Gobierno de Portugal, quedando con este dolor la Princesa. Perdido el gobierno y el Reino, trató valerse del sagrado de un convento, cerca de Palacio, para defenderse de la furia popular y de sus insolencias; pero los alborotadores pretendieron al marqués de la Puebla, que la asistia y otros criados; acometieron á dos galeras que estaban allí del Rey, y á algunos navíos que se aprestaban para el Brasil, á que habia ya ayudado S. M., para enviar Armada con ochocientos mil ducados al Reino; tomáronlas, y de los navíos algunos, y otros se escaparon; mataron los dos Capitanes de ellas; los que venian á Castilla, pasaron por Extremoz y Yelves, no poco atemorizados del caso; llevaron á Badajoz el suceso, no sin gran escándalo de todos: el Corregidor, para certificarse mejor, envió personas de confianza á Yelves, y halló que los Regimientos y Magistrados de aquella ciudad, altercaban sobre resolverse á dar la obediencia al duque de Berganza, mas que al fin vencieron los más, y públicamente levantaron los pendones por él.

Súpose esto en Castilla, víspera de Nuestra Señora de la Concepcion, certificándose verosímilmente con la falta del correo que no vino aquel dia, ni se trajeron los lenguados y acedias de Portugal, que hasta allí habian sido certísimos por ayunar el Rey todas las fiestas de Nuestra Señora; y que el motin habia comenzado á primeros de Setiembre de este año,

y hacian cabezas de él el Arzobispo de Lisboa, como tengo dicho, y al marqués de Ferreira que tenia su casa en Evora, y á la antigua pasion del conde de Bumyoso, á la memoria de aquella cabeza que el rey D. Felipe II cortó á su tio por haber seguido obstinadamente el partido de D. Antonio, Prior de Ocrato, que se hallará en la historia de Gerónimo Franqui, en lo de la batalla de Felipe Estroz, en su libro de la *Union de Portugal á Castilla*. Espantábanse mucho los que atendian á esta novedad de resolucion tan desacertada del Ferreira; sin embargo, de que Alvimoso le dan el primer lugar ó al Arzobispo Acuña: los que conocieron al marqués Ferreira, tan emparentado en Castilla, y con casa tan grande, y decian que habia vuelto despues de viudo á casarse otra vez, apeteciendo la alcúrnia de la primera mujer, hija de los condes de Altamira, de quien la segunda mujer, Doña Juana Pimentel, era sobrina, porque las madres eran hermanas, habiendo casado el marqués de Tabora con hija de los mismos Condes; era Doña Juana Pimentel, hermana del marqués de Tabora, el que fué virey de Navarra: tenia queja el Ferreira que en alguna de sus pretensiones habia sido mal despachado, causa que le precipitó á tan horrenda mudanza. Decian que escribia cartas á las Descalzas Reales ántes de la novedad, á las parientas de las dos mujeres, en que hablaba con libertad de las cosas de Castilla, engrandeciendo más de lo que era lícito al duque de Berganza, diciendo que no le conocian en Castilla; infiriendo ahora de aquí ó presumiendo que tenia mucha parte en este hecho.

El cuidado que dió al Rey y al mayor Ministro, fué el que no se puede encarecer, y el sentimiento de la Córte y del Reino, tanto, que les pareció que cuanto habian oido decir por congeturas y judiciarios se cumplia ahora, y que estaba sobre el Reino su fin y destruccion; comenzando por Levante y acabando en Poniente, en un Principado y en un Reino, y en dos principalísimas ciudades, escalas ambas y emporios, la una de Italia y la otra de la India Oriental.

Diego Suarez quedó aterrado de novedad tan descollada,

á quien no le podemos decir que fué pensada, pues ya lo oyó y lo temió; pero nadie creyó que llegara á tal punto, como hacer pedazos á su cuñado siendo valido: tanto les conviene á los Ministros ser humildes y corteses, y despreciar la soberbia y vanidad, alhajas inútiles y embarazosas para ser bien vistos. Hallóse defraudado del oficio y de las rentas, del que á no haberle hecho sin qué ni para qué del Consejo de Hacienda, quedara desnudo de todo abrigo, y no obstante, el presidente Alarcon, ahora retirado el valido, no le queria pagar, y vivia en gran conflicto, porque los servicios hechos en el Retiro no le servian de nada.

Levantaron en Extremoz y en las demas ciudades los pendones por el Duque, y todos los Consejos, Cámaras y Magistrados de Lisboa, sin discrepar ninguno, bajaron las cabezas y doblaron las rodillas por él, como lo tendrian insinuado: el Arzobispo de Lisboa dicen que andaba por las calles con un Cristo en las manos, luégo que sucedió la muerte del Secretario, provocando al pueblo á levantarse y á seguir la opinion de lo comenzado, á mantenerla y sustentarla con las armas, á imitacion de los sediciosos de Barcelona; y que le oyeron decir, cuando llevó el mensaje á la princesa Gonzaga, en la expulsion del gobierno y de Palacio: «salgamos de esta servidumbre.» Pero de tan flaco juicio, á mi ver, de tan poca fé y de ménos conciencia, que para engañar al pueblo y conmoverlo con más furia á la maldad, comenzada con máscara de religion, con el Cristo que llevaba en las manos, con arte y con la sutileza de un tornillo, que al mismo tiempo que daba las voces de la sedicion y del levantamiento, se le cayese un brazo al Cristo para hacer milagro de la traicion y arrastrar con esta falsa apariencia la verdadera fidelidad de los vasallos, para que corriesen más aprisa con las armas al favor de lo comenzado y á radicarlo; y de aquí á los derramamientos de sangre, á los incendios y á la destruccion del Reino: feísima y abominable accion para un Prelado de aquellos años en los umbrales de la muerte, y para un pastor que habia de conducir aquel rebaño á los rediles de la paz y la

quietud. Tambien se dice, que dándole cuenta uno de los Prebendados de aquella iglesia, pareciéndole que estaba ignorante del caso, y avisándole que para tal dia estaba resuelto el levantamiento con ánimo de que lo remediase y se opusiese á los intentos de los traidores, el remedio fué decirle; «eso me dice delante de los señores,» y asiéndole por la mano con engaño y angustia, le encerró en un aposento hasta que sucedió. De otro engaño notable se valió, para este mismo, un valiente sedicioso, un Canónigo de Urgel, del Principado de Cataluña, afecto de aquella rebelion; dejando para su lugar el referir más cosas de él: dicen que para irritar á los catalanes, atumultar sin omitir un punto de sosiego, y para que no entrasen ni admitiesen ningun asiento con el Rey en materia de reduccion, se valió de tan inhumano ardid, como el que acabamos de expresar ahora, y de los de la misma impiedad; y de él se cuenta, que tomó un muchacho y le herró en la cara, y se le puso delante á los catalanes para incitarlos á mayores atrocidades, y les dijo que de aquella manera le habian puesto los soldados alistados con los de Castilla, y que lo mismo harian de sus hijos. Esto pasó allí, y lo otro en Portugal; porque toda la tierra producia mónstruos de sedicion, por culpa de pecados. Quejábase el Arzobispo de Lisboa, cuando volvió de Castilla, que los habian llamado al Retiro á él y á los demas Prelados de Portugal y hécholes una oracion reprensiva, y tratádoles con ménos autoridad que á sacristanes, no siéndole dado á ningun hombre seglar ni Ministro, por alto lugar que ocupe, reprender á las cabezas de la Iglesia, que son ungidos de Dios. Esto con tanto sentimiento suyo, que no le pudieron olvidar, y despues del tumulto, estas y otras cosas eclesiásticas y seculares, las publicaron en un manifiesto que dejaron correr por las fronteras de Castilla, y de ellas por todo el mundo para su defensa y descargo de lo cometido, que casi suena á lo que tenemos escrito. Tan abrasados tenian los ánimos á la desesperacion y tan despechados, que se valian de semejantes invenciones para romper las coyundas ó cortarlas, que tanto monta, por estarlos siempre infestando con pedidos, como lo

hace la Justicia con el delincuente; pero tambien se sabe del Arzobispo que dijo, hallando dificultades para que el Pontífice Urbano VIII aprobase la nueva eleccion de Rey, que si no la hacia seria forzoso volver á la enmienda y á la reduccion, y que á la hora de la muerte, donde las pasiones no reciben engaño, que el derecho de Portugal le tenia el Rey D. Felipe IV, y era su verdadero y natural señor. Los que hasta allí anduvieron recatados de la sedicion, se declararon, y andaban de una parte á otra, de un lugar á otro, conduciendo las Justicias y la gente á la obediencia del duque de Berganza, y que siguiesen su propósito y resolucion; sin embargo de no creer el milagro del Arzobispo, teniéndole por tan vano como su cabeza, no queriendo Dios que pasase adelante, ni que se le hiciese á su efigie autor de engaños.

En la Córte de Castilla se hablaba váriamente, no sin sentimiento y congoja por los nuevos trabajos que les esperaban, y que habia de ser el remate de sus haciendas, y en Palacio, de la misma manera. Trujeron á la Torrecilla, donde el Rey despachaba, la carta de la descripcion de Portugal, de Tejeira, y por allí comenzaron á reconocer y estudiar el Reino, como si no le hubieran tenido; no le supieron conservar, y buscábanle en el papel como si hubiera sido de humo; y así paso: inquirian sus ciudades, fortalezas y puertos de mar, el curso y jornadas, sus cuatro más celebrados rios, á Guadiana y al Miño, que le circundan y cierran, el uno por la Andalucía y el otro por Galicia; á Tajo, que le atraviesa por medio, bañando su mayor ciudad, por donde le entran las mayores y mejores riquezas del orbe, y á Duero que hace la comarca de Beira, y despues lo que llaman entre Duero y Miño; y además de esto se discurria por dónde habia de ser entrado, del asiento de los confidentes; y comenzaron á moverlos á que levantasen gente, atendiesen á la frontera y á los movimientos de los portugueses, porque ya el de Berganza, á seis de Setiembre, habia hecho su entrada en Lisboa, y recibido como Rey. Los que eran dados á la leccion de buenas letras, y otros con más ostentacion de libros que de noticias, sacaron al diligentísimo

y admirable historiador, Gerónimo Franqui, en su libro *Union de Portugal á Castilla,* para ver cómo se encaminó, con qué ingénio y con qué arte, la conduccion de aquel Reino, cómo se hizo la guerra, por qué partes, con qué armas, con qué gente y con qué número de galeras; providencia que nos faltaba ahora por estar muy fallidos de armadas y de marineros, y de un hombre tan señalado como el marqués de Santa Cruz, y de otro General de tierra, como el Don Fernando. De aquí pasaron los más diligentes en historias, á investigar la sucesion del Reino, el derecho que pretendia obtener el duque de Berganza, y el que él ahora con el resto de los nobles queria insinuar al mundo y á todos los Príncipes de la Europa, para mantenerse en la usurpacion; y los más bachilleres, y que presumian trascender el derecho, le daban al duque de Parma, sin atender que estas pláticas son muy peligrosas, ocasiones de guerras y de liga, como poco há las vimos en Italia, no necesitando de más, por las muchas que nos cercan en detrimento de la Monarquía; diciendo, que Doña María, hija del infante D. Duarte, y éste del rey D. Manuel, era mayor que Doña Catalina, abuela del duque de Berganza. Pero dejando ahora estos muchos litigios y debates, el rey D. Felipe II le tuvo derechamente por sangre y por sucesion, por hijo de la Emperatriz Doña Isabel, su madre, hija del rey D. Manuel, de Portugal, como lo declaró resueltamente el Rey Cardenal, su tio, y mucho más arriba, por Doña Beatriz, hija de D. Fernando de Portugal, jurada en aquel Reino, que casó con D. Juan I de Castilla, cuyo hijo y sucesor de aquel Reino fué D. Enrique III, rey de Castilla, de quien desciende derechamente el rey Católico, D. Felipe IV, tiranizando el Reino de Portugal á D. Enrique, D. Juan Maestre de Avís, espúreo y bastardo; tocando á nuestro Rey mucho más adelante, otros muchos y legales derechos, y así lo sintieron los Doctores y Letrados de nuestras escuelas, no sólo de las de España sino de Italia, como Bolonia y otras de escogida opinion; y él lo hizo, ántes de mover las armas, comunicar con muchos religiosos de las más graves religiones, como la de Santo Do-

mingo y otras, pero de los más insignes Padres de la Compañía de Jesús, que de un parecer y acuerdo sintieron igualmente que el rey D. Felipe II tenia la verdadera accion y le competia sin hacer ultraje á otro Príncipe; no só cómo á una religion tan ilustre y adornada de sujetos maravillosos, puede decir lo contrario ni predicarlo en los púlpitos, ni favorecer con su dictámen cosa tan fuera de razon y de justicia.

Habiendo reducido, pues, á la rebelion y á seguir el partido de los nobles á todos los Consejos y Magistrados, y ellos cooperando en ella, y dado la obediencia al Berganza, como tambien lo hicieron los Alcaides de villas y castillos; no pudiendo por ningun caso tener en la Córte de Castilla el Rey ni el Ministro noticia del estado del Reino, lo que estaba por el Duque y lo que se mantenia en fidelidad por el Rey; llegó una carta de D. Fernando Mascareñas, preso en el castillo de San Tian, sobre el proceder que habia tenido con los holandeses con la armada que le dieron para el Brasil, si tenia órden de pelear con ellos ó no, ó si perder la armada en estos trances y debates, y si le debia conservar; finalmente, decia que estando en el castillo le escribieron un papel los sediciosos de Lisboa, dándole cuenta del estado que tenia la ciudad y el Reino, y que le avisaban que si queria salir de la prision y de la fatiga en que estaba se viniese á juntar con ellos, y que habiendo entendido la traicion de los demas, y que le querian meter en ella, avisó á D. Francisco de la Cueva, que tenia de Gobernador en ínterin el castillo á su cargo, que cerrase las puertas, porque Lisboa estaba alborotada y todo el Reino, y que habian de venir á quitársele y combatirle con gente, como ya lo andaban procurando: que dió esta carta para que la diesen en Galicia, y encaminasen á las manos de S. M., avisando del caso y de su lealtad, á la gente que salia en un patache para la barra de Lisboa, la vuelta de Vizcaya, quedando allí para servirle. Llegó la carta á las manos del Rey, alegrándose mucho que plaza tan importante estuviese por él; pero añadióse luégo á esto la comun desdicha y general condicion, y que se tuvo porque Doña Ana María

Manrique, duquesa de Avero, hizo todos sus esfuerzos por mantener aquel puesto en el servicio del Rey, y metió al Duque, su hijo, niño y de poca edad, en el castillo, resguardado de un Capitan de valor que habia militado en Flándes, y de trescientos mosqueteros, y ella se recogió en un Convento; pero todo lo que se podia conservar estaba sin gente, sin municiones y sin bastimentos. A esta carta se seguian otras de particulares, en que decian estaba por el Rey todo el Algarbe, mas tambien, en que Portalegre habia levantado pendon por el Berganza, manteniéndose otrosí en fidelidad Castel de Ovide, lugar de mil vecinos cerca de sus contornos, y le queria constreñir á la tiranía y rebelion; mas él se defendia, diciendo que no conocia otro señor que al rey D. Felipe IV; proseguian entre Duero y Miño algunas plazas constantes, y que Oporto y Viana no habian doblado la cerviz: con que recurrieron al mapa, á reconocer estos lugares, sus asientos y confines, alegrándose de que le hubiese quedado algo á quien lo tenia todo: que tales son la condicion y los estados de los Reinos, y tan flexibles y quebradizos. Despacharon luégo correo al duque de Medinasidonia; y al de Nájera, General de la armada Real del Océano, se le decia que con los navíos que pudiesen á toda diligencia, metiendo en ellos infantería, municiones y vituallas, pasasen á socorrer á San Tian, y la metieran dentro. Lo mismo se esrribió al marqués de Valparaíso, Gobernador de Galicia, para que por su parte lo hiciese. Metió alguna gente en Oporto y en Viana, y alistando la más que pudo y la que tenia en la Coruña para pasar á Flándes, divirtiéndonos nuevas desdichas los socorros para aquella tan importante y más que necesaria guerra, por tener ya en aquellos Estados, no un enemigo, sino dos bien poderosos, que los querian tragar. Se puso en la frontera, en el lugar de Tuy, con ocho mil infantes y quinientos caballos como él lo avisó, pero todo esto en breve espacio, se despreció y siguió la derrota que los demas. El Algarbe se entregó á las cabezas de los conjurados; forzaron á Setubál á cuchilladas, y lo mismo, al castillo; Oporto y Viana abrió las puertas, y lo mismo hicieron

los de Castel de Avís, que presumieron blasonar de constantes, acabándolo todo con el hierro: de esta manera redujeron todo el Reino. A D. Fernando Mascareñas, no obstante, que por el aviso, por la fidelidad y conservacion de San Tian, le hicieron Marqués, y esperaron ver grandes cosas de materia de mantenerse en el Reino por el Rey; mas los bulliciosos, por enseñorearse del castillo y atraer á sí al Mascareñas, y que cooperase con ellos en la escuela de la traicion, le enviaron á decir que por residencia de Castilla, sobre la jornada del Brasil, andaba su cabeza en balanza, y que por lo hecho y haber escrito tambien al Rey de Castilla, lo estaba tambien; que se dejase de esperanzas vanas y siguiese su partido, que era lo que le convenia; y al D. Francisco de la Cueva, que tenia el castillo, le ofrecieron por que se rindiese un hábito de Cristo, 2.000 ducados de renta y las quintas del Secretario muerto; con que el villano le entregó como ruin castellano, sin embargo de que dicen estaba casado con una portuguesa. El Mascareñas siguió las huellas de los demas, acumulándole estos buenos oficios y leales diligencias al conde de Ovidos, que casó en Castilla y en Palacio con Doña Juana de la Cueva, hermana de la duquesa de Terranova, ambas poco afortunadas en matrimonios.

Cuando el Arzobispo de Lisboa, Acuña, andaba diligente en la conmocion del pueblo, dicen que el Arzobispo de Braga le envió á decir que mirase lo que hacia, que no se metiese en más que gobernar sus ovejas; pero tambien el Arzobispo, tocado del contagio, volvió la casaca; y del de Lisboa se cuenta, que en el cenotafio de su sepulcro, entre otras cosas que habia puesto en él ántes de venir á la Córte (en que aquella nacion adolece grandemente, por revelar á la posteridad los incentivos de su condicion y otras calidades,) entre las demas dicen tenia puesta una en que decia que jamás habia estado en Castilla: en la aversion se podia haber conocido el ánimo para fiar poco de él. Estaba el Berganza esperando en Villaviciosa á que fuese llamado á Lisboa á recibir la Corona, no habiendo Señor, Título, Arzobispo, Obispo ni Prelado, villa ni

fortaleza que no estuviese por él; solo la casa de Avero y otras dos ó tres que referiremos despues: de todo esto se tenia noticia ya individual en Castilla por la córte y en Palacio, no sin lástima de todos por la mucha afliccion que causaba en todas partes, aunque no á los enemigos. Refieren tambien, que el Duque y la Duquesa comieron un dia en público, y que la Duquesa mostraba sentimientos del suceso, y que tenia los ojos bajos: yo digo que era de la sensacion en que la ponia en la dignidad. Pero en tan grande cúmulo de desdichas, cuidados y fatigas, el mayor remedio que se obró en medio de ellas para obrarlas, fué publicarse sin empacho de los afligidos y desmedrados, despues de haber buscado un hombre de letras y de sangre para una hija del secretario Carnero de su primera mujer, criada de la Condesa, para casarla con él le dieron una plaza, no de Alcalde de Galicia ó de Navarra, como dan á los demas beneméritos para principio de servicios, sino de Oidor en Granada, dándole por andadas las estaciones para ascender con brevedad á la córte, cuando las de la Cámara de la Reina, á quien toca oficios semejantes para tomar estado, las tenian desavisadas de estos honores y con junta particular.

Llamó la ciudad de Lisboa al duque de Berganza para coronarle; pasó á ella á seis de Setiembre, y entró en ella con soldados de guarda: el marqués de Ferreira, á quien hacian su privado y la audiencia, le habia llevado, y á muchos nobles; aclamándole el pueblo, fué recibido en aquella ciudad y coronado en teatro público. Quisiéronle hacer fiestas, y refieren que dijo, no aceptándolas, se emplease aquel gasto en armas, en pólvora, cuerda y balas, y enseñándoles el vestido llano, que se vistiesen de las jerguillas y paños del Reino, y despreciasen las sedas y terciopelos de Castilla, mostrándose el Ferreira muy dueño y muy falso de aquella representacion, de aquel delirio de libertad y de mando si le fuera duradero, abandonando las prendas carísimas de la tranquilidad, del ánimo y de la fidelidad; pero ya esto no quieren que sea delito. Hizo á Francisco de Lucena, Secretario de Estado, que

años há le quitaron en Castilla echándole de ella, que dieron á Diego Suarez, restituyéndole al que tenia y desagraviándole; viéndose en algunos pasaportes del Berganza en Castilla, por mando del Rey Francisco de Lucena, incluso en la lista de los traidores, quizás satisfecho por haberle echado afrentosamente; pero dijo á su primogénito pretendiente en la córte, expuesto á mil trabajos, preso en la cárcel pública sobre este caso, «¡quién podrá atinar las mudanzas de la vida humana!» Este estaba en Castilla entronizado en aquella dignidad, fué derribado de ella, por lo que áun no le plugo: las mudanzas han sido tales, que el otro le volvió á poner en ella, en su misma patria, donde estaba en baja fortuna tambien, por lo que le plugo, deshaciendo aquel agravio, si lo fué á la verdad: era soberbio y vano, yo le conocí, y entonado, condiciones de portugueses, que por naturales de la patria no parecieron tan feas como en Castilla, y aquí si era limpio de manos ó no lo era, ó si censuraba las acciones del privado y del Gobierno; lo demas y su fin desastrado, pero fiel, se verá en los comentarios. Trató el Berganza y los principales del Reino de jurar por príncipe de Portugal á su hijo primogénito, con que los demas tomarian títulos de infantes. Blasfemaban en Castilla los Señores, los Ministros y todo el pueblo de estos títulos; llamaban al duque de Berganza, á todos sus aliados y secuaces, traidores, perjuros, porque juraron al Rey el año de seiscientos y diez y nueve, por el mes de Julio en el Palacio real de la Ribera, y el fué el primero que le juró, estando su padre en el solio, en pié y descubierto con el estoque: no se hablaba de otra cosa en todas las conversaciones y corrillos, sintiendo del peor que de un hombre bajo, sin caérseles el nombre de traidor y perjuro de la boca; pero en esto de traidor, si pudiésemos meter la mano á alguno en el corazon, y lo que hay en él saliera pegado con letras á los dedos, ó esta enfermedad como otras saliese á los lábios, ¡qué de cosas veríamos en ellos que nos hiciera abominables y no tan feos á los que vituperamos! porque gran delito es poner á los vasallos en semejantes riesgos. Era cosa notable ver en

Castilla á los portugueses que habian venido á ella por órden del Ministro, algunos viejos, desamparados de sus casas y haciendas, sin hallar remedio, hasta que obró la piedad del Rey, mandándolos socorrer, así Prelados como á los Títulos y Fidalgos, en que se distribuian cada mes pasados de sesenta mil ducados: accion justa, loable y bien vista, si bien la continuacion de las guerras y la baja de la moneda de vellon hizo quebrar de este socorro, en que muchos andaban ya perdidos, y de Señores bajaron á escuderos, y á tratarse como hombres ordinarios; cuyo arrepentimiento y sollozos, por la gravísima necesidad y miseria en que habian caido, no es fácil de ponderar. Teníase mucha cuenta de los que pasaban de acá para allá, y los prendian y quitaban lo que llevaban; los estudiantes que habia en Salamanca, casi todos hebreos, porque las escuelas de aquel Reino, como Coimbra, Evora y otras, no los admitian, luégo que pasó á aquella celebérrima ciudad y Universidad la rebelion, limpiando los morriones, las pistolas y afilando las espadas, salieron juntos con alarido increible y con vocería como de cuervos, y partieron para sus casas, dañando en el camino y robando cuanto topaban, saqueando los lugares abiertos, y llevándose los ganados que pacentaban en la frontera. En Lisboa, obrando la tiranía y la potestad que ya reinaba, fueron á casa del conde de Puertalegre, marqués de Gobea, el conde de Taroca y compeliéndoles á que viniesen á Palacio á besar la mano al Berganza, y al primero le intimaron que viniese á servir su oficio de Mayordomo mayor, y resistiéndose los sacaron de sus casas descompuestamente, los que ántes vivian en ellas con la autoridad y decoro y eran respetados; que tales mudanzas se hallan en la fortuna y en lo caduco de los tiempos, y en la variedad de artífices en el Gobierno; y los llevaron por las calles públicas á pié, sin sombreros ni capas, á empujones y arrastrándolos; decian los que los llevaban, para esforzar aquella intrusa regencia: «¡viva D. Juan IV!» El marqués de Govea, el conde de Taroca decian nó, sino el rey D. Felipe IV, nuestro señor, y en esta forma procedian los furores y arrebatamientos de aquel Reino, pro-

curando conducir lo que faltaba de la nobleza al sentir de los demas, porque todos fuesen unos en el delito. Avisaron al de Portalegre, marqués de Govea, que si dentro de tres dias no venia á Palacio á servir su oficio de Mayordomo mayor le quemarian la casa; con que no aspiraron al verdadero honor de la fidelidad á su Príncipe: cedió flacamente á la ira de los tiempos y dobló la cabeza al tirano, porque esto de dar la vida, la mujer, los hijos, la casa, la hacienda, aunque lo demas sea cosa de romanos y gentiles, y nos vayan dejando tanta fineza, lo de mártires es solo para Dios y para la corona de la eternidad. Sirvió este caballero en Flándes y fué hermano de D. Felipe de Silva: habia servido al Rey quince ó diez y seis años de Gentil-hombre de la Cámara, con necesidad, y cuando la manifestó y que se la remediaron ó le dieron licencia para ir á su casa, se la dieron, de cuya liberalidad hizo reparo y se volvió á quedar, hasta que arrojado de diversas tempestades con el suceso del marqués del Aguila, hijo del marqués de Montemayor en Palacio, con D. Julio de Herrera, criado del valido y portarse como Silva, por deshacer el entuerto, despues de preso y desterrado lo hubo de hacer desfavorecido, y sin hacer entarrientos por haber sentido con severidad de aquel atrevimiento, hasta que vió la cara á este suceso, esperando, como yo lo creo, á que mayor potencia, con la valentía de su brazo y con los ejércitos restituyese en la antigua fidelidad al Marqués. Sin embargo, se dijo que deseando el de Villarreal y su hijo el duque de Camiña, parecer vasallos y criados, juntaron algunos caballeros, los que le parecieron mas fieles, y que deseando tomar una calle y la voz por el Rey, y volver á Lisboa á la fé que ántes tenia, cuando lo fué á hacer, dicen que no halló á nadie á su lado, y que viéndose desayudado cedió á mayor esperanza y mejor ocasion, si bien fatal, porque despues pagaron padre é hijo con las cabezas y los que los siguieron; casa grande en aquel Reino y consorte de Reyes, y manteniéndose tambien en la lealtad de buen vasallo, entraron en su casa y le dijeron que si no iba á besar la mano al Berganza traian órden para cor-

tarle la cabeza, sin darle más tiempo que para poderse confesar, y tambien rindió la cerviz á la necesidad: en esta forma pasaron á reducir á los demas si los habia, repartiéndose los oficios, las dignidades, las haciendas y las encomiendas de los ausentes y de los que estaban en Castilla y fuera del Reino: de un varon verdaderamente trabajado, no podemos dejar de hacer mencion, que habiendo nacido con fortuna en ambas provincias, parece que en el medio y en el fin, ó en lo postrero de sus años, le ha vuelto la cara y le ha hecho ceñó, quien le vió arrojado de Palacio y de Gentil-hombre de la Cámara, enviado á Portugal con achaque de hacer armadas para Oriente, amigo ántes del valido, y despues émulo por poco afecto á las ocasiones del Gobierno, murmurador, residenciándolas, y despues de llamado de allí, enviádole á ser Embajador perpétuo de Roma, apartándole de los infantes Cárlos y Fernando, por disponerlos mal con el Ministro; así se temió ó se presumia, y habiéndole dado Dios hacienda en Portugal, y el rey D. Felipe III la Encomienda mayor de Alcántara en Castilla, que tuvo su padre, de valor de diez mil ducados de renta, la injuria de los tiempos, un poderoso convalimiento se la quitó, contra muy grande voluntad suya, si bien se la recompensó en Portugal con la mayor de *Christus*. Otras á este suceso, y la mudanza del Reino y sus trabajos, ni le dejaron para portugués ni para castellano, ni para criado, porque el sueldo de la Embajada que se paga por el reino de Nápoles, por hacerle más vejacion, no se la pagaban, mostrando aquí la pasion los de la sangre, como el conde de Monterey y el duque de Medina de las Torres, vireyes de Nápoles; y si le hubieran dejado cuanto quiera de las cosas se le hubieran trocado ó trasegado en su patria, le hubieran quedado diez mil ducados de renta en Castilla, á que se hubieran arrimado él y sus hijos, que hoy andan peregrinos por la Europa; esto, verdaderamente es ser trabajado, perseguido, cosas que toma Dios por su cuenta, y permite los castigos y las deposiciones de Reinos y de provincias, y éste es el marqués de Castel-Rodrigo, hijo de D. Cristóbal de Mora, privado que

fué del rey D. Felipe II, en lo más prudencial de sus años que áun han desconfiado de él en Roma por vecino al mar Mediterráneo, que por el estrecho gaditano se puede pasar á Portugal, y por este recelo le enviaron por Plenipotenciario á Alemania, á la Dieta de aquellos Príncipes, y á mediar en la paz de la Europa; pero áun todavía peregrinó sin remuneracion en sus trabajos. Repartió el Berganza, como digo, entre los portugueses que le habian ensalzado, las cosas del Reino; hizo al marqués de Ferreira Caballerizo mayor, y á su mujer, Camarera de la Duquesa, y dicen que ella lo rehusó, y eran primas: cosa para pasmar que la desesperacion pudiese tanto, que los hombres grandes se humillasen á un igual suyo, le prestasen obediencia, doblasen la rodilla y levantasen la mano. Eran, como dije, ambas á dos primas segundas, porque Doña Luisa de Guzman, duquesa de Berganza, hija de Doña Catalina Sandoval, hija del duque de Lerma, que casó con el Conde de Niebla, que despues fué duque de Medinasidonia, y Doña Juana Pimentel, marquesa de Ferreira, hija del marqués de Tabara, y nieta de la marquesa de Altamira, hermana del duque de Lerma. De estos sucesos de Portugal, del repartimiento de las mercedes, y de los oficios, cuando se dejaron sentir los apercibimientos de Castilla para la restauracion, refieren que decia el pueblo, por los trabajos que les esperaban: «repártense los hidalgos las encomiendas, y déjannos á nosotros la guerra.»

En tan grande miseria y calamidad de accidentes y de infortunios en que el Reino se veía fracasar, demás de lo de afuera; cuando los más alentados varones parece que esperaban el remedio de males tan grandes, y que daba voces la razon y la justicia, se esperaba mudar de consejo y que se abrieran los ojos á más saludables progresos de Gobierno, suspendiéndose los Ministros de los tributos y la Junta de ellos, y dejando de las manos los instrumentos que le habian abierto las zanjas y conducido á su fin, y que estaba dando boqueadas, viendo que ya todo se acababa, y que el Reino de Portugal, atendiendo que se perdia lo demas, queria resarcir la

plaga de su ruina; cuando, como digo, habian parado los tributos, y que el de los fuegos, casas y censos se habia mitigado por aviso y amonestaciones que de todo el Reino se tenian, como de Sevilla, de quien escribió el duque de Salvatierra que haria cuanto pudiese, mas que la ciudad lo tomaba á mal, y otras muchas como Córdoba, Leon, Toledo y todas; llegando á esta hora la nueva del paso del ejército, por el Coll de Balaguer, dándosele ya todo por ganado y concluido, reforzaron con nueva órden que pasasen los tributos; mas cuando supieron tambien la entrega de San Tian, y cuán derrotado iba lo de Portugal, y que no le habia quedado al Rey ni una almena, ni un vasallo, no queriendo áun con liberalidad dar aquel consuelo á Castilla, mandaron tibiamente que se suspendiesen los tributos por entónces, miéntras se buscaban otros arbitrios donde sacar aquel dinero, y que se estuviese en su ser el crecimiento del vino, dejando la necesidad en el peso que ántes: de que vino el Reino de Castilla, el de Leon, que eran los mismos que verificaban estas crueldades y escándalos, y se cubrian las manos de las pieles fingidas y los hallaban á todos semblantes como buenos, lisonjeros á lo lícito y á lo que no lo era, sin hacer diferencia del mejor y de lo más útil al bien público, á dar gracias al Rey por ello en pública audiencia, de parte de los Reinos. Despues, pensando el pueblo que la humanidad abria los ojos y cesaban las calamidades hasta allí contraidas en tantos años, buscando nuevos modos para sacar dinero, trataron de subir el vellon, y para esto que no pasase adelante el pedido del consumo; haciendo esta virtud y alivio cuando se habia pagado gran parte de aquello que ellos habian menester; tambien hicieron que les diesen gracias de parte del Reino, y durando esto muy poco, porque dijo un Escribano que apénas callaron ocho dias, porque dentro de muy poquitos le pidieron doscientos ducados y que no fuesen en vellon, y llevando el nuevo resello muy despacio, se daban mucha prisa á pedir la plata en grandes sumas; con que los pueblos volvieron á gritar y á prorrumpir impacientes; forzaban las justicias á los mer-

caderes, plateros, Escribanos y todo género de tratantes. Hecha una Junta, por principal en ella á D. Luis de Haro, el marqués de la Hinojosa, y el proto-notario Villanueva, estos, informados por los aranceles de los donativos y por los inclusos en el tributo de la sal, cuyas casas estaban numeradas en las puertas, llamaban á los mozos de la córte y á los hombres de mayor edad y á los viejos de todas calidades, y les hacian una oracion del estado que tenia S. M. y el Reino, y que en sus personas veian partes para irle á servir á la guerra de Portugal y acompañarle en la jornada; y que así se lo manifestaban. Todos respondieron, los mozos como tales, y los viejos algo más, y resueltos en el caso aquellos, que irian á servir á S. M., los otros que reparasen en la edad que tenian y en la falta de salud; estos querian que fuesen para caballería, y que si despues pareciese por su edad no fuesen á propósito para la jornada, que diesen las armas y el caballo á otro, queriendo sacar de aquí particulares y sustitutos: y lo que ántes era quintar, ya los querian oprimir de manera, y apurarlos, que de tres habia de servir el uno. Habian ya á los señores sacádoles infantería: quién daba mil, quién quinientos, y por aquí el que más podia; de suerte que el ejército se iba levantando á costa de los vasallos como era de uso, y el más principal negocio de esta era; y que el Rey saliese libre y sin costas, y que con los pedidos de empréstito, que solo se le pagasen los soldados en las plazas de armas. Habian ya encargado las de Algarbe al duque de Medinasidonia, grande é interesado en esta guerra, por ser cuñado del de Berganza; y á los demas señores de la Andalucía que acudiesen con gente y con armas á la frontera, á donde llamase la ocasion, al marqués de Villanueva del Rio y al del Fresno, y al de Alburquerque, por su parte; lo de Ciudad-Rodrigo, al duque de Alba, y lo de Zamora, al conde de Alba de Liste; lo de Galicia, que confina con el Miño, al marqués de Valparaíso, teniendo buen golpe de gente y alguna caballería, levantadas en Tuy. El ejército habia de entrar por Badajoz arrimando á Tajo, para lo que se habia hecho plaza de armas en Mérida, y

conducido allí todos los Capitanes reformados, dándoles dos pagas. Habia sido de alivio, que ántes habian sacado mucha parte de la artillería de Portugal, y traídola á aquella plaza de armas: gran desacuerdo, si al principio se sintió alguna novedad, no haberlo remediado con una jornada de paz, ántes que de guerra, donde por la mayor parte es dudosa la fortuna, y valídose de algun medio prudencial; pasando á aquel Reino y sin declarar las sospechas, sacando de allí con ingeniosa traza lo que podia ser de escándalo y revolucion, hacer merced á los quejosos, quitarles los sentimientos, extinguir los agravios que lo tienen todo en balanza: con color de hacer una armada, pusiéramos el Reino en tranquilidad y los enemigos en desasosiego, así franceses como septentrionales, que para esto no era menester examinar, sino proceder con vigilancia y resolucion en los trances adversos, que no ha de ser todo daca el dinero, daca el hijo, daca el caballo, que es consumirlo todo.

Así los enemigos y los mal contentos procuraban resarcir esta afectacion de miseria y este yugo pesadísimo, pero teníanos ya pendiente de un cabello lo de Cataluña, y no podíamos partirnos en tantas partes. Coronada, pues, la frontera y reclamado á los confinantes, hicieron General del ejército al conde de Monterey, que todo era para los de la carne y sangre, y todo lo saben ellos; pero el efecto era muy al contrario de la presuncion: otros salen con el ejercicio de las escuelas políticas y militares, Ministros y soldados, y estos con solo el valimiento lo supieron todo; pero el Regente era poco amigo de desabrigarse, mandar en campo, ni salir fuera por no experimentar algun fracaso: los oficios habian sido todos, generalmente, que el medio tenia enervadas las resoluciones forzosas y más importantes para surtir con valor á los lances más árduos. Tenia licencia D. Diego Mejía, marqués de Leganés, para dejar el gobierno de Milán y venir á España á atender á la guerra de Cataluña, ó á todas guerras: decian estaba muy quebrantado de salud, que por esta causa se venia, y lo más principal, que estaba rico, y se queria venir á su casa y al

aplauso de Palacio y al valimiento del primo. Quedó Milán y las armas á cargo del cardenal Tiburcio, Príncipe de muy buenas partes, y vasallo natural de aquel Estado, si bien á la vista el conde de Siruela, mozo, aunque de buen juicio; pero estas acciones quisiera yo que siempre se regulasen por el ejemplo de nuestros grandes Príncipes, y en tales Gobiernos, ó grandes soldados ó grandes señores de Castilla. Sicilia al presente nos está avisando de esto, como lo ha significado por el poco contento de los pueblos, los Magistrados y Gobernadores, pidiendo que les envien un gran señor, hallados mal con D. Francisco Melo, ó con los que quedaron por el referido.

Ya en lo pasado hacian los portugueses, en cuanto podian, sus prevenciones de armas y de gentes, si bien las asistencias de á fuera á que habian reclamado no estaban prontas: habian enviado sus Embajadores á Francia y á aquel Rey; se hallaba obligado á acudir á muchas partes que le habian de servir de embarazo, á Inglaterra y á Holanda, y á otros Príncipes protestantes de Alemania, para que le ayudasen; al Papa para que corriese con lo hecho, y á los demas potentados de Italia. Hubieron á las manos diez ó doce caballeros, que iban con estos mensajes por la industria de un mercadante genovés, que habiendo llevado un navío de trigo á Lisboa, y dado fondo el dia de la revolucion, queriendo alzarse con el trigo y no pagársele, se le fletaron, no obstante, para que llevase los Embajadores, que parte iban á Barcelona y parte á Roma, y á Venecia, y plegue á Dios que tambien no fuesen para el Turco, que los de Berbería ya los andaban solicitando para que hiciesen entrada por el Estrecho de Gibraltar, para volver otra vez, si no á pedir á España la Andalucía y Castilla, y que lo demas quedase con Francia, y otros mal afectos. Salió el navío de Lisboa, dando las velas á su viaje; y con ánimo de vengarse el genovés y de satisfacerse de la injuria, en llegando á la vista de Cartagena, dijo tenia necesidad de enviar el esquife á aquella ciudad, á ajustar con algunos mercaderes cosa de su contratacion: despachó al Corregidor de aquella ciudad, dándole cuenta del suceso, que no se detuviese, que

armase con velocidad un bergantin y le embistiese, que él no llevaba más de dos piezas de artillería, y que esas las clavaría; que era la presa de importancia, por ser gente noble y caballeros de hábito. Ejecutólo el Corregidor, metió en un bergantin cincuenta hombres, salió á la mar y cerró con el navío: los portugueses reconociendo el daño, echando mano de la artillería y hallándola clavada, creyeron tambien que el genovés habia dado la traza de su prision, por la mala correspondencia que con él se habia tenido en Lisboa, queriéndole quitar el trigo; asieron de un pedrero y disparándole hirieron algunos del bergantin; pero ellos subieron al navío, prendieron á los portugueses, lleváronlos á Cartagena, y el Corregidor los cometió al de Múrcia, esperándolos por horas en la córte para enterarse de la Embajada y castigarlos por traidores. Premiaron al genovés con cuatro mil ducados, satisfaciéndose de la tiranía de los nuevos ladrones; pero despues se averiguó que no era gente de consideracion, aunque traian las cruces militares, porque en aquel Reino las dan con facilidad, sin hacer reparo en la sangre, aunque sea hebrea; echaron los papeles y cartas que llevaban al mar. Pidió licencia la Princesa Gonzaga para escribir al Rey, y despues de haberlo hecho, la leyeron las cartas y se las tomaron para ver la intencion con que escribia, y descubrir por allí los intentos de Castilla, dándose á toda maldad y descortesía: tambien se introdujeron con ella que tratase de medios con el Rey y en el rescate de algunas personas que habian preso, como Alfonso de Lucena, hijo de Francisco de Lucena, el Secretario de Estado restituido, que despues cayó, y otros; para lo cual se envió á D. Pedro de la Mota, Mayordomo de la Princesa; mas el Rey, si bien fué informado de todo, no dió orejas á lo que se le pedia, recibiendo al D. Pedro sentado en su silla, escuchando la demanda como de vasallo traidor, porque á los Embajadores (esto para la buena inteligencia del lector) de los Príncipes los reciben en pié y con las ceremonias que ya saben los cortesanos, y mandó prender al D. Pedro, por haber aceptado cosa tan fuera de lo que convenia. Iban estos Emba-

jadores á persuadir á toda la Europa el derecho del Berganza á la Corona de Portugal, con un manifiesto publicado en el mundo, como si fueran á contender y disputar esta materia con Príncipes y Repúblicas ignorantes, las causas que les habian movido á hacer mudanza, y pedirles auxilio, armas, defensas y soldados: dijeron que precipitados querian sacar la artillería de Alcilla, Tánger y Ceuta, y que por que los moros tomasen por su cuenta la infestacion de la Andalucía, por trabajar las fuerzas que se levantaron allí y no las dejasen arribar al Algarbe, se las querian entregar; que daban á Inglaterra y Holanda las plazas que quedaban en el Brasil, las puertas y Gobiernos de Etiopía, y las de Levante que habia en la India, porque los socorriesen; pero el rey de Inglaterra estaba tan apartado de los suyos por las causas referidas, que no habian de poder hacer con él ningun partido, porque los Parlamentos de Inglaterra, por supeditarlos, le querian quitar la Corona, rechazándose todo aquello á República, tratando los herejes de casar una hija del rey Cárlos, con hijo del Príncipe de Orange, por no dar lugar á los casamientos con España, como si se hubieran de hacer, aunque se trataran; ántes es buena materia de Estado contemporizar con todos, y ejecutar á la postre lo mejor. Ayudaban el intento prácticas ambíguas, con que se traían suspensos á los indignos, como sucedió con María Augusta, destinada para Príncipe católico, y superior á los demas; pero, en la verdad, no era éste el pretexto, y el Berganza pedia tambien juntamente con lo ofrecido, para asirse á los auxilios, á una hija del príncipe de Orange, para casar con su hijo, meter prendas en la alianza y afirmarse en lo comenzado; materias todas perjudiciales, y que prometian nuevos rumores en España. Al rey de Francia no habia que ofrecerle nada, porque lo quiere todo, ó lo esperaba de su diligencia, y no se contentaria con alguna parte.

Tenia siempre levantada la espada contra la casa de Austria, queria concluir con el País-Bajo, y cargar este año á Santomer y á Dunquerque, invadir á Navarra con un poderoso ejército, á la sombra de las turbaciones de España y de sus

discordias; mas Dios era el defensor, y no le dejó llevar tan adelante los pensamientos, aunque corrian sobre nuestro Reino como un raudal desatado, porque fuesen tres los enemigos de su perdicion, sin tener recurso á recobrarse á la felicidad que ántes tenia. Pero lo de Portugal, si bien estaba todo por el Berganza, aunque para bajarse los movedores, para mantenerse en la rebelion, se discurrió ser dificultoso, que no babian de poder pasar adelante por faltarles todo; no tener caballería y la gente de la tierra mal contenta, la nobleza no habia de poder durar en gobierno adúltero y bastardo, enajenado de su natural Príncipe, y tampoco habian de poder tolerar un igual suyo, menguado, de ningun valor ni magnificencia: últimamente, la pérdida en que habian de entrar los mercaderes y hombres de nogocios, por la falta del comercio de Castilla; cerrados los puertos secos de donde aquel Reino tiene todas sus riquezas, despachando en él y vendiendo todas las que le vienen de Oriente, cuya necesidad habia de meter en general desconsuelo y miseria, toda la tierra se habia de alborotar y reclamar á lo de ántes, sin poder pasar adelante con el nuevo y reciente Gobierno, á ejemplo de Inglaterra, que desecha la paz, como se vió los años pasados con España, por las causas en los libros pasados referidas, la falta del comercio, la necesidad y quiebra de los mercaderes, hizo no poderse mantener mucho tiempo en la desunion y volvieron con brevedad y diligencia á los tratados de paz; y finalmente, el Berganza y los demas portugueses, por confirmarse en la rebeldía, pretendian manchar su sangre y la grande cristiandad de aquel Reino, casando y contratando con herejes, menospreciando la religion y la luz de la eternidad, por la traicion y la tiranía, hacian estas cosas y otros desatinos, sin atender que todos eran traidores. Avisaron de Castilla á todas estas partes, á las ciudades de fortalezas, castillos y Gobernadores, que estuviesen alerta, conservasen la fe, y no se dejasen llevar del delirio de sus compatriotas, y en esta forma á las Islas Terceras, á las Canarias, y á todo lo que hay en Africa por ambos costados, y á todo el Oriente;

mas todo flaqueaba por la naturaleza y pasion de los nuestros, si bien hasta ahora en muchas partes no se habia hecho mudanza en todo aquello que se ha podido entender, conservándose en la fe del Príncipe y señor natural, algo mejor que algunos castellanos, dando mala cuenta de lo que estaba á su cargo, como el castillo de San Tian, entregándole infamemente. Llegando un religioso portugués á Lisboa, refirió que le dijeron en Angola: «¿vais á Portugal? y dijo él que sí; y replicó el portugués: «cuando llegueis á ella ya hallareis Rey» no con poca admiracion, que cosa que con tanta claridad corriese por el orbe de la tierra, siendo preciso saberse en Castilla, pues se sabia en Etiopía, no se remediase á su tiempo y en sazon.

Habian mandado en Lisboa y en todas las demas ciudades, que todos los que llegasen á doce años, ciñesen espadas, no permitiéndoselas á la gente que habia allá de Castilla, ántes se echó bando público, que al anochecer no anduviesen por las calles, presumiéndose de ambas partes, como los romanos y lavinios, á combatir padres contra hijos, hermanos contra hermanos, parientes contra parientes; unos por recobrar la patria, y otros por sacudir el yugo; pero entre tantos cuidados como afligian los espíritus de los verdaderos vasallos, discurriendo como se debe del estado de Flándes y del que tenia aquel Príncipe que los gobernaba, fallido de fuerzas y de auxilios para contender con dos poderosos enemigos y cercanos á sus presidios, era muy de ponderar. Demás de esto, los trabajos de Alemania, si bien se decia que fenecida la Dieta querian los Electores del Sacro y Romano Imperio y el César hacer entrada en Francia, á tomar satisfaccion de las hostilidades cometidas, y pasaban adelante discurriendo el estado de la Alsacia, el de Borgoña, el de Italia (en cuanto á este año digo), el que tenia España por Levante y Poniente, despues de no dejar de acudir á todo; pero ya no basta como se sospecha, por las calamidades en que nos vemos. Sin embargo, es menester hacer buen esfuerzo para que no logre el ardientísimo deseo y envejecido de los franceses,

de hacer entrada por Navarra como se teme, en tiempo que no tiene un hombre ni hay defensa en todo aquel Reino ni en Cantábria, por haber llegado la gente á Cataluña y tener el rey de Francia en Bayona ocho mil infantes y mil caballos: la disposicion, si él la hubiera trabajado con todas sus fuerzas, no podia ser mayor ni más á gusto; mas ¡hay dolor, que se lo hemos preparado y ocasionado por nuestro mismo consejo, y solicitado nuestra ruina y abierto campo á los enemigos! Para ello con el suceso de Portugal, la jornada que tanto se habia voceado para Cataluña, pasó y se publicó para la recuperacion de aquel Reino, y de la una y de la otra siempre he venido desconfiado: aquella nunca la creí, por parecerme no era acertado poner al Rey en tan manifiesto peligro de su salud, y áun cuando fuera en la tierra de los vecinos, como en Aragon y en Valencia, me lo parecia, por no estar aquellos vasallos sazonados como despues (aunque se consiguió alguna honra,) se probó, y en tiempo que todo es tumultuar y que lo han ocasionado las imposiciones y volverlas á refrescar cuando ellos sufren y llevan de mala gana lo que poco há pagaban, y que las pretenden sacudir y echar de sí. Dificultosa es la determinacion, aunque precisa, por ser muy necesaria la presencia del Rey en las grandes necesidades; pero como ya los Príncipes no los permite la razon de Estado que sean audaces á las empresas, ni el ser los primeros en ellas para alterar los vasallos, ahora enseña la prudencia y hace fuerza, que en la vía del Príncipe consiste la conservacion y complemento de todo; mas no cuando se pierde por esta causa, si no ha de ser más que para solamente hacerse y hacer alto en lugar fuerte, es poca providencia para tan grande necesidad; mas al fin, mantiene y conserva los flacos de vida á la empresa y á los intentos. Si la fortuna se prefiere á tanto y los cuidados y fatigas surten á los aciertos, pasada la tempestad, y allanados los inconvenientes, es gran cosa ascender á la alteza de la reputacion; es tambien pasar á serenar los desabrimientos, las descomodidades de los súbditos con hacer merced, honrar, perdonar, extinguir agravios y deshacerlos,

y dejar las cosas en mayor altura y felicidad y en más segura confianza que ántes; pero habiéndolos tratado tan ásperamente, y habiendo sido tan copioso el diluvio de los tributos, y no haber dejado ánimo para nada, y el Gobierno poco alentado para jornadas, cosa que muchas veces ó todas es lo más importante, es salir para dar aliento y resucitar vasallos tibios en muertos en la fe, para cargar allí las comodidades de todo; mas siempre soy de parecer que la persona del Príncipe es la que hace, como se vió el año de cuarenta y cuatro, aunque el de tres suspendí la pluma, dejando aquellos hechos para mayor ingénio.

El estado que España tenia, hizo que el papa Urbano, haciendo los oficios de buen pastor, tentase en Francia una suspension de armas, que el año pasado ofreció Luis XIII; pero como el que la representó fué el cardenal Richelieu, y la propuso para mejorar el partido de la Francia en el Piamonte, que andaba muy decaida, pudiendo ahora mejorarle en España, viéndole tan derrotada con los tumultos y guerras civiles no la abrazó, pareciéndole que habia llegado su hora y que se le habia venido á las manos cuanto con el ingénio habia trabajado para deshacer esta Monarquía, no la admitió; ni Fray Juan de San Agustin, Confesor del infante D. Fernando trujo nada de Flándes, en lo que se presumió de algunas conferencias de treguas con los holandeses, sino á descansar de la edad, de la fatiga y de tantos ruidos de armas, y asistir á la pretension del gobierno del Arzobispado de Toledo, por haber promovido al que lo tenia del Consejo de Castilla: el Papa era de muy poca esperanza para nuestras materias, como desde que se sentó en la Silla Apostólica, temiéndose todos de lo que habia de obrar el francés el año siguiente. Solamente pudo alentar, en tanto número de trabajos, la nueva que llegó de Occidente, que esperando Pié de Palo, corsario holandés, con diez y seis navios en la Habana, galeones y flota para robarla, una furiosa tormenta de las que en aquel paraje suelen sobrevenir, dió con cuatro ó seis de ellos en aquella playa, y los demas se apartaron, corriendo fortuna tan des-

hecha, que se desconfió de ellos pudiesen escapar ni volver á salvamento. Salieron de la Habana á ellos, y si bien volvió Pié de Palo á socorrerlos, prendieron número considerable de holandeses, artillería y otras cosas y los quemaron, castigando Dios aquel corsario hereje, enemigo y ladron de las riquezas de España y de sus fuerzas; con que este año no pudo ser de utilidad á las islas rebeldes. Don Duarte, hermano del duque de Berganza, á esta sazon estaba en Alemania sirviendo al César en el ejército, de Sargento mayor de batalla, dignidad militar y de superior consecuencia, pero descuidado por el suceso de Portugal; de que avisado el Emperador, y cuánto importaba que no volviese á Portugal, para excusar causas y motivos, así de sucesion como de más duplicadas guerras, fué preso por mano de D. Francisco Melo, que á la sazon estaba en la Dieta por Plenipotenciario: cosa que á los portugueses dió cuidado y pesar. Para el recurso de aquella guerra y acudir á los portugueses, creyendo concluir luégo, como si no se pidiera el dinero, y en plata, se tomó por medio sellar el vellon que no se habia resellado, abusando de todo aquello que se hizo en la era pasada, y habiendo defraudado al Reino y á los súbditos al principio del reinado, en la mitad de su valor, recayendo por instantes en nuevos géneros de peligros, no queriendo seguir las huellas de los primeros, hallándose con aprietos de nuevas inundaciones de guerras, en que se debe hacer reparo de no hacer mudanza de monedas hasta poseer la paz. De soberbia y de capricho, por no parecer que imitaban, subieron dos tantos más la primera, que llaman de calderilla, por decir tenia alguna plata y su valor intrínsico; y la segunda no la querian volver al estado que ántes tenia, sino algo más; pero esto no estaba resuelto, ántes querian hacer moneda nueva de cobre y plata, de la que habian enviado los Prelados del Reino, habiéndosele pedido para la guerra de Portugal: novedad de todas maneras perjudicialísima, pero estamos dados á estos achaques y otros semejantes; con que el uso del comercio volvia á sus continuos intervalos y que toda habia de subir por el cielo. Adoleció el Rey á los

últimos de este año de un corrimiento en un lado; creyeron era dolor de costado, con gravísimo sentimiento de todos los vasallos, por ser el accidente muy fuera de sazon, según lo que las cosas pedian; pero el Rector de la Monarquía, mal quebrantado por las contrarias tempestades, usando siempre de la intrusa tempestad, luégo le parció ejercer lo pasado de Jefe, y llamó á los Gentiles-Hombres de la Cámara en su aposento, y luégo les insinuó de oracion, tocando los puntos ordinarios promeditados para su conservacion, si bien cualquier achaque de Rey luégo le hacia extremecer y poner en cuidado, creyendo que todo el número excesivo de agravios ejercidos sobre los demas, venian ya á tomar satisfaccion de lo primero. Propuso el miedo, que es el que llamaba falta de respeto, falsamente, en el cuarto del Rey, porque ninguno pensase que los trágicos y recientes sucesos acaecidos le tenian un punto descaecido de la gracia del Rey; porque ninguno se armase de celo para decirle la verdad y desengañarle de que se perdia, para que abriendo los ojos á los peligros y á los riesgos mudara de consejo, pretendiendo reforzar estos y desengañarlos, que aunque toda la Monarquía se desencajase y viniese hecha pedazos al suelo, esto no seria, porque lo primero seria perderse ántes que desengañarse. Luégo arrimó á esto que hablaba delante del Rey: pregunto yo, pues, ¿qué ha de hacer, con quién ha de hablar, si no es con los que le sirven y tiene á su lado? Porque no ha de hacer estátua de mármol; basta lo que por oficio y naturaleza tiene de esto: tambien porque no se informe ni sepa, y porque no se cobre aficion á nadie, que ninguno sea bien visto, traíale el sobrino D. Luis de Aro estos últimos meses en cruz; y siendo avisado de sus confidentes que en la hora de tomar la silla, despues de comer, eran sus pláticas, siendo la suya aquella, la anticipó y vino más á prisa por echarle de allí, y áun pienso que habia llevado sobre el caso su paterna, porque el D. Luis á aquella misma hora andaba huido y se salia del cuarto; aunque despues de este achaque del Rey y algo ántes le metió en la Junta, que habemos referido de la gente noble que se habia

de llamar para levantar caballería para las cosas de Portugal, no habíanse acordado de él en lo de ántes, aunque tenia buen ingénio (quizá por esto), desde que fué tratada: el mareo del año veintiseis en Monzon, de las Córtes de los valencianos, porque salió con ellas á diferencia del duque de Medina de las Torres, que no pudo concluir con las de Cataluña, de que hoy estamos todos padeciendo. Luégo salió con algunas de sus ordinarias adolescencias, de introducir novedades para el aplauso de gran Ministro, y para los sucesos contraidos. Luégo habló de venenos: temiéndose de ellos, hizo sacar los portugueses que habia en los oficios de Palacio, particularmente cocineros, y de los otros á cuyo cargo están las cosas de boca: introdujo al ir por la vianda á los Gentiles-Hombres de la Cámara, salvas nuevas, á diferencia de las que se hacen con pan sobre ella, y mandó que hubiese tres cucharas: una que tuviese el cocinero, y dos el Gentil-Hombre, para que dándole á probar lo hiciese él y todos comiesen: todo bagatela y de poca sustancia, porque allí no habia recelo; y la forma, caso que lo hubiera, no era bastante á estorbar el miedo ni el hecho: mandó quitar la llave de una frasquera de agua que tenian los Ayudas de Cámara, por si acaso S. M. la pedia alguna vez, y que la tuviese el Gentil-Hombre de guarda, por no dejar de quitarles algo, y hacerlos á todos achacosos en la gracia, y en cuanto se podia esperar deshaciéndoles de mercedes, si no es á los suyos. Luégo concluyó que habia topado muchos portugueses á la puerta del retrete, y eran los que habian llamado y venian condolidos del accidente á las puertas de su Príncipe, ántes que á las del tirano; celo que se les habia de agradecer y dar premio por él, cuando habian dejado cuanto tenian por su fidelidad: hizo estas y otras cosas, en que siempre andábamos sirviendo y tropezando, nunca satisfechos de nosotros. Estos son nuestros trabajos y el cambio de los méritos; y el año de cuarenta, que yo sin saber por qué causa me atreví á escribir, y me incliné á dar un aviso á los hombres que se guarden de estos enemigos validos, y como digo hasta este año, amenazado largo

tiempo por los judiciarios y sucedido sin detencion notable por la extrañeza y variedad de sucesos, si bien pronosticados, creidos con dificultad, hasta haberlos experimentado: admirables y dignas de reparo en la antigüedad, por las mudanzas que habemos referido, muertes atroces de gobernadores por sus mismos naturales, sedicion y levantamientos de provincias y Reinos, guerras civiles entre unos y otros, los vasallos con su Príncipe y él con ellos, encumbrado uno y exaltado á la Corona de no ménos majestad y grandeza que las otras en España: casos portentosos y prodigiosos sacados del órden natural, acaecidos pocas veces ó ninguna; asimilando á cuentos de fábulas ó trazas de comedias, y á libros de caballerías, que el que ántes fué vasallo hoy sea Rey, como si nuestra tierra se hubiera vuelto Etiopía, poseyendo unos con modo tiránico lo que no es suyo, y desposeidos otros en aquellos bienes en que les heredó el cielo, la fortuna, los hechos grandes, las proezas militares y políticas, en paz, en guerra, peregrinando y hechos mercenarios fuera de la pátria y de los antiguos y nobilísimos solares y domicilios, derramamientos de sangre en lo que entramos á gobernar más pacífico, y en esta forma ántes y ahora toda la Europa en sus mayores ángulos y términos, y lo más lamentable, con señales y sospechas por estas mismas causas de mayores discordias y precipicios, por las recientes materias y novedades que se han despertado, amenazando nuevas ligas, ocasionando enemigos y concitándolos á deshacernos por presuncion demasiada, por sacar las cosas de su nativo fundamento, por asistir á las novedades y á las peligrosas tentativas, por infestar de ordinario el comun sosiego, y querer fundar en derecho el enseñorearlo todo, quererlo y tomar lo ajeno. Todos estos riesgos trae no saber otro arte, ni tener más providencia que avasallar y ser largo en tributar, ántes que en la remuneracion de los servicios.

Las cabezas principales del levantamiento de Portugal, D. Rodrigo de Acuña, arzobispo de Lisboa, que ántes lo habia sido de Evora, ciudad, y de su primera causa y comision, hallándose en aquella colonia al mismo tiempo, y de la injusti-

cia del pedido y del estrago del pueblo, lo quedó el ánimo mal ajustado: el conde Vimoso, sobrino del que degolló el rey D. Felipe II, despues de vencida la batalla de Felipe Estroz, por haber seguido á D. Antonio, Prior de Ocrato, que queria ser rey de Portugal, y habia sido vencido dos veces sobre ello, en mar y en tierra, y siempre vivia en el corazon del Conde aquella cabeza y aquel cuchillo; el marqués de Ferreira, muy afecto al Berganza, y descontento de que no se acordasen dél en la distribucion de las mercedes; y estos tres vivian en Evora, ciudad, comunicaban y conferian entre sí, hablaban del estado de las cosas, y de allí salió el fuego que atizaron los demas, y descuadernaron el Reino de Portugal de Castilla.

LIBRO NOVENO.

ARGUMENTO.

El ejército del Rey sale de Tarragona, asuela y desbarata mucha gente catalana y francesa, llega á Barcelona que era su último fin y designio, y no pudiendo obrar como se esperaba, se retira; deja las armas el marqués de los Vélez, y dánselas al príncipe de Bottera, de nacion napolitano. Dan la obediencia los catalanes al rey de Francia: pídenle nuevas fuerzas y que venga á jurarse á Barcelona. Doblan la moneda de vellon en Castilla, ó la antigua, una parte más que la moderna, para la guerra de Portugal. La de Cataluña se encarga á Mos de la Motta. Pone sitio á lo largo á Tarragona; viene una armada francesa en favor de los catalanes; el marqués de Villafranca socorre dos veces con las galeras y con bastimentos al ejército del Rey: la armada católica hace huir la francesa hasta encerrarla en Marsella; con que Mos de la Motta levanta el sitio de Tarragona y los aprestos que se encaminaban á Portugal no tienen efecto. El rey de Francia admite á los portugueses y sus embajadores en París; vénse derramamientos de sangre en Lisboa y desafíos públicos en las fron-

teras. Los príncipes del Imperio se juntan para tratar la paz de la cristiandad: ármanse los enemigos de ella para estorbarla, y son rotos por el archiduque Leopoldo. Los franceses sitian en Flándes á Herc, y la Liga de los Señores de Francia es deshecha con la muerte del conde de Soisons. Piérdese Herc y muere el infante D. Fernando: vuélvese á recobrar, y quedan las armas de Flándes á cargo de D. Francisco de Melo. Descríbense algunas pocas cosas de Italia, y echan los españoles de la isla de Santa Catalina, en el Imperio occidental, á los ingleses y holandeses que se habian afirmado en ella. Todo esto en el año de mil seiscientos y cuarenta y uno, reinando en España el rey D. Felipe IV.

Los acaecimientos y hechos de nuestros tiempos son tales, por su variedad y accidentes, y tantos, que verdaderamente solicitan la pluma á su narracion y comento; y aunque en los pasados hemos visto y discurrido mucho sobre ellos, pero estos postreros de seiscientos y cuarenta y uno, de cuarenta y dos, y de tres, hacen sin ninguna duda mayor asombro y novedad á los varones de prudencia y noticia; porque hemos visto acabar en nuestros dias y anublarse la gloria militar de una Monarquía y de una Nacion que fué admirada, á las de mayor majestad y grandeza, por la potencia y autoridad demasiada que se les dió á dos Privados tan ruidosos y tan encontrados entre sí, que cada uno fué y ha sido la destruccion, no sólo de ella, sino de todo lo demas: si bien ambos los hemos visto espirar, uno con la vida, sin perdonar el tiempo á la de su Príncipe ni bastar el crédito que le dió, y el otro con la fortuna, dejándonos el tiro el cielo por grande atributo de su clemencia para enmienda de la causa de ambos Ministros,

de ódio y abominacion por sus oficios á cuanto abraza y contiene en sí el orbe maravilloso de la tierra, porque eran sus incendiarios y desoladores, no sólo con el fuego, sino con los tributos; y no obstante, porque negándose y olvidados á las leyes inviolables de naturaleza, se erigian y fundaban inmortales contra la misma regla y condicion de los tiempos, haciéndose dueños absolutos de la tierra: materia, á mi parecer, de ejemplo para los envanecidos, exaltados en superiores lugares, y de desengaño para los soberbios y ambiciosos que la idolatran y veneran la grandeza y las pompas humanas, que no tieden más que una imaginacion y sombra de deleite, como lo experimenta con los sentidos algun retirado, digno, á mi juicio, de reprension; y de que le sean tan caducas las fantasías y esperanzas de que se dejó llevar. Yo pretendo hacer de este discurso postrero, un cristal limpio en que se miren y lean los encarecimientos y sepan soldar los riesgos los políticos pilotos que anholan y surcan tan proceloso mar, y tan lleno de borrascas y de incertidumbres. Escribiré desaciertos de muchos y fidelidad de pocos, vicio de los más obligados, y todo no con el estilo y las noticias que yo quisiera, sino con el que han podido las fuerzas y permitido el caudal. No me mueve á esto pasion ni envidia, sino un puro celo de que los hombres que alcanzan supremos lugares sean más gloriosos por la confianza que hicieron de ellos y por la buena cuenta que dieron de sí, que por lo que supieron adquirir y aplicar á sus mejoras y estados. ¿Quién duda que este trabajo será mal visto de los que cometieron culpas? Pero tambien creo que le aplaudirán los defensores y aficionados á la verdad y que aman el castigo de tales hechos, infelicidad de buenos Príncipes, á quien las más veces se la vendan y esconden, y solamente la ven cuando llega á sus ojos, y se la dejan tan deshecha y desgreñada, que para volverla á componer y á enderezar son innumerables las dificultades que la han interpuesto, como hoy se toca con la mano, y el tiempo corto para enmienda, y el aliño uso de desagradecidos y codiciosos que tuvieron por mayor logro y oficio la tiranía que el desinterés

y conservacion del Estado público, sino que ántes que á la fé del Príncipe miraron por el suyo, por el de sus allegados y conveniencias; despreciando los verdaderos hombres, los fieles vasallos; cautelando los servicios, las hazañas y las proezas, y cubriéndolas de olvido, porque solo reine el engaño, se enflaquezca todo, caiga el aliento y el valor de la Nacion y se confunda en las entrañas de la tierra; perezcan los hechos de nuestros mayores, y aquellos que supimos hollar levanten el cuello y sean fruto de los trabajos los que fueron la causa de la pérdida de todo, de la desolacion de la Monarquía, y gocen el tesoro y los beneficios de ella; tenga el mejor lugar el deslustre de la religion, y se vean destrozar y arder en tumultos los reinos, abrasar las ciudades, volverse en ceniza los templos y las casas: véase por tales iniquidades obrar el cielo prodigios, fulminar amenazas, no viéndose otra cosa sino imperar el orgullo y la potestad, y al contrario, inclinar las virtudes, la humildad, la benignidad, valiéndose de toda la paciencia y sufrimiento de los hombres mejores, sin parar el oido al uso y ejercicio de lo más lícito y honesto, que enseña el juicio humano dotado de la prudencia; ántes huyendo el cuerpo á toda la modestia, se afecta que corra aquello por mejor gobierno y esto por vituperio de la virtud para unos, la necesidad suma para otros, todas las sumas de los bienes y colmos de riquezas, faltando al fiel y al peso del equilibrio. ¡Oh gran vergüenza y última desatencion! ¡qué diferentemente obramos que prometemos! ¡qué gran felicidad hubiera sido para todo el Estado, sino más, que tan sagrada resolucion se hubiera tomado cuatro años ántes! hubiérase asegurado todo y no hubieran peligrado los dos Polos de nuestra España: por aquí se verá que la mentira hará el mayor asunto de nuestras esperanzas; y así iban fracasando y dando de un bajío en otro, de un escollo en otro, tanto, que ya todo pendia de una sola tabla, ¡oh felicísimo año de cuarenta y tres! habias de ser notado con piedra blanca, como lo observaron los antiguos cuando sobrevenia á su Estado ó Monarquía alguna dicha ó prosperidad al comun. En esta forma iba el Gobierno y el

órden de los Consejos defraudando de su verdadero valor, y los Ministros no pisaban tierra, sino sólo aquellos que eran del ánsia y del conato; con que la felicidad faltó y la seguridad á la Monarquía y á las Coronas, y nos apearon indignamente del concepto altísimo en que estuvimos en el sentir de los apasionados, de los forasteros y más relevantes escritores. ¿A dónde se halló y se esperó tan grande enemigo, ni tan monstruoso? ¡Oh qué tiranía! ¡oh qué tierra! despojada del ornato y favor del cielo le produjo verdaderamente, y con justa razon fué echado y abatido de la presencia real, de las preeminencias generosas, del manejo de los negocios y de los demas beneficios y dignidades reales, y el castigo habia de ser igual á sus méritos para ejemplo de los demas, y por las mismas calamidades y trabajos en que puso al mayor y mejor de los Príncipes, al Estado y á la Monarquía más bien vista y admirada de las gentes. Si no nos ha entendido el lector, no hablemos oscuramente: el primero fué el Cardenal de Richeliu, Privado de Luis XIII, rey de España, digo rey de Francia; el otro D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares, Privado del Rey D. Felipe IV de las Españas, Emperador del Nuevo Mundo y el mayor Príncipe de Italia y en los Países-Bajos.

Despues que el marqués de los Vélez, General del ejército de Cataluña, puso en obediencia á la ciudad de Tarragona, insigne en las memorias antiguas y con más particularidad en la erudicion latina, echado de allí á los franceses y alojado en ella y en los lugares vecinos algunos dias, dejando al Maese de campo D. Fernando de Tejada con mil y quinientos hombres de su tercio de infantería, y dos compañías de caballos para su resguardo, movió con el ejército á los principios de Enero de este año, haciendo adelantar alguna parte de la caballería, como la de las Órdenes militares, acaudillada de D. Alvaro de Quiñones para ir á descubrir la tierra y los intentos de los catalanes, que habian puesto alguna de la suya en estos lugares, y en algunos pasos estrechos y fragosos con el mismo designio, siguiendo la marcha con tanta intermision, que en lo que se podian gastar cuatro ó seis dias se consu-

mieron catorce; cosa que tenia con mucho cuidado al Rey y á los Ministros, porque deseaban infinito llegar á entender el estado de Barcelona y de lo que se hubiese obrado sobre ella. Quién decia que luégo abriria las puertas al ejército y que no le habia de poder resistir, y quién que perseveraria pertinazmente conforme á su natural en la dureza del ánimo, y en la obstinacion del ódio haria opósito y se mantendria con su misma gente y con la que tenia de Francia en la rebelion, y áun darian fuerzas á ella. Discurrian sobre la remision del marqués de los Vélez, que enviaba sus avisos al Rey y al mayor Ministro de Estado, en que estaba el ejército consumido y cansado con el largo viaje y con la inclimencia del invierno, con la gente que habia muerto, huido y dejado en los lugares que habia forzado á la rendicion; que no llevaba bastimento ni municiones, ningun dinero, y la pólvora muy limitada; el camino desde Tarragona á Barcelona cuajado de gente armada, así de franceses como de catalanes; la ciudad muy guarnecida, cerrada y pertrechada, á donde se habia metido toda la de la tierra con armas para defenderla; alzados los bastimentos para que no se valiesen de ellos, fortificado Monjuich, no sólo en la cumbre, sino al pié y en el medio, de mucha artillería, encargando aquella colina á cabos y soldados franceses, y que la gente que se le habia ofrecido de Perpiñan, á cargo de D. Julio de Garay, no habia venido, ántes le habia visto llegar solo á Tarragona con dos galeras, y cuando trajera la que se le señaló de cuatro mil combatientes, si no los convoyara con bastimentos era ponerle en mayores cuidados que á la empresa á que habia venido como la más principal, como Barcelona, por ser la culpada y causa de las demas, y á quien todas seguian, y la que habia tumultuado y muerto al Virey, estaba con mayores nervios y era menester acometerla con ejército doblado, más descansado y con más abundancia de víveres y municiones; que todas estas cosas pedian advertir á Su Majestad si seria bien ceder por algun tiempo, hacer alto en Tarragona ó en otro punto esperando socorro y todo lo demas que era necesario. La respuesta,

como se presumia, debia de ser en pocos renglones, sin dar orejas á las razones más precisas y poderosas de encaminar un buen ejército á su más verdadero fin. Marchar, caminar, pelear y llegar á Barcelona, cerrar con ella y vencer, porque hasta ver probado aquello y puéstola debajo de los piés del Príncipe, castigádola y domado el orgullo y la cerviz de los culpados y puesto las cabezas en escarpias y en palos, y las galeras llenas de forzados; todo cuanto se habia hecho hasta allí, si esto no se conseguia, no era de ningun valor ni momento.

Con que el Marqués siguió su jornada: supo como Mos de Espernan con su caballería se habia parado en el camino y en los pasos más angostos que hay desde Tarragona á Martorel, entendiendo queria favorecer los primeros intentos de los catalanes y á los paisanos que habia mezclados con ellos, y envióle á decir que se acordase de la palabra y de lo capitulado, que pasase adelante, y el marqués de Torrecusa, por lo que se habia valido de él ántes de la entrada de nuestro ejército en Tarragona, que pasaria á hacérsela cumplir: él respondió que lo haria, y que su intento era de cumplir lo capitulado; que los catalanes le harian fuerza y no le dejarian y le detenian en el camino para valerse de él sobre el trance que esperaban, mas que seguiria su jornada: hízolo al fin, si bien con poca satisfaccion del rey de Francia y confidente por haber capitulado, dejado á Tarragona y pasado, queriendo que no hubiera hecho ninguna de aquellas cosas. Porque dicen le castigó severamente y le depuso de cargos y dignidades. Nuestra caballería, pues, que iba adelante, alcanzando la de los catalanes y trabándose con algunas escaramuzas, viendo que todo el ejército iba llegando, no osando esperar con pérdida ligera de ambas partes, se pusieron en la fuga, la gente de los lugares que se iban topando huian, desamparando las casas y corrian con velocidad á encerrarse en Barcelona: llegaron á Villafranca de Panadés y rindióse á merced, lugar razonable y de no mala poblacion, puesto á dos leguas de Martorel, donde los catalanes pusieron toda la fuerza de su

séquito para venir á las manos con nuestra gente, en que decian tenian cerca de doce ó catorce mil hombres y ochocientos caballos, con muy buena artillería, ocupados en el intermedio del camino algunos puestos, pasos, colinas que habian puesto algunas tropas y escuadrones para entretener nuestros cabos y gentes. Vencidas, pues algunas dificultades y reencuentros, atendido por el Marqués y por los demas oficiales del ejército la mucha infantería de Martorel, y la poca que llevaba el ejército real, sus fortificaciones, y con el rio Llobregat que les daba no poca comodidad, y que si fuesen embestidos derechamente y no los pudiesen degollar, seria muy posible fortificarse cada dia más, venirles socorro de Barcelona y embarazarnos el paso para no dejarnos llegar á ella, y caso que venciésemos, á reforzarla y correr para quitarla esta gente ántes que tomase la fuga al contrario, aunque fuese huyendo, y á guarecerse en sus muros; pareció tomarles el camino, y discurriendo en inquirir los tránsitos, que eran muchos de gravisima dificultad, se tomó por acuerdo que el marqués de Torrecusa, con seis mil hombres, y el duque de San Jorge con la caballería de su cargo, ó parte de ella, tomase las cuestas y pasos estrechos de Garrafa hasta recaer al camino real de Barcelona, y marchando á Martorel embistiese por aquel costado, ayudándole por el otro la resta del ejército. Hízolo asi, y tomando la gente que le habia tocado, fué penetrando aquellas angosturas, no sin contínuos riesgos y adversidades, por ir siempre marchando sobre las riberas de la mar y por las contínuas emboscadas que hallaba, de donde era tirado y perseguido; si bien los catalanes á las primeras cargas suyas volaban luégo á salvarse á las casas fuertes y á las eminencias de aquellas colinas. Habíase adelantado por el mismo consiguiente el Maese de campo general D. Julio de Garay, como estaba acordado, á reconocer los pasos, caminos y fortificaciones de Martorel con mil infantes y cuatrocientos caballos: salióle á recibir la caballería del enemigo, retirándose despues de algunas escaramuzas á sus fortificacionès, llegándoseles tan cerca, que se reconocian muy bien los unos á

los otros, recibiendo los nuestros muchas cargas de mosquetería; habiendo dado dos mosquetazos al caballo de D. Julio de Garay y desmontado algunos soldados, D. Julio de Garay se retiró con muy buena órden á su cuartel.

Llegó el marqués de Torrecusa, allanado aquel peligro á desembocar al camino real, haciéndose señor de él, á la hora que el marqués de los Vélez habia dado con la otra parte del ejército á Martorel; comenzaron á escaramucear quinientos mosqueteros que llevaba á su cargo el Sargento mayor Don Pedro de Cañaveral, ayudados de doscientos caballos, con la gente del enemigo que coronaba una eminencia; fueron echados con presteza, y ganado el puesto á la huida de los catalanes, avanzó el Teniente general con la mayor parte de la caballería con que se hallaba, y escaramuceando vivamente hasta cerca de la noche de aquel dia, ganó las trincheras y acuartelóse nuestro ejército á tiro de cañon. Envió á decir el Marqués á los catalanes que se rindiesen y pusiesen á aquella gente debajo de la obediencia del Rey, que los perdonaria y acogeria debajo de su clemencia: intimóles los edictos, y respondiéronle que á él se rendirian, mas al Rey no, advirtiendo de paso que lo dijeron, porque el lugar era suyo. Llegado, pues, Torrecusa á la vista de Martorel y á emparejar con las guarniciones de catalanes, y no conociéndole ni á ninguna de nuestra gente, creyeron que era socorro que les venia de Barcelona, con cuya presuncion no hicieron mudanza, y llegando á ellos, dando la señal de embestir, y entendiéndolo el marqués de los Vélez, cerraron con ellos con tanta furia, dándoles espesísimas cargas, tales y tan grandes, que los comenzaron á degollar y á hacer pedazos, no viéndose otra cosa que vocería y cruel derramamiento de sangre; de suerte, que no pudiéndose sufrir los catalanes, y los franceses que estaban con ellos, y no siendo poderosos, ni para esperarlos más, ni refrenar el ímpetu de las balas y las heridas, estocadas y cuchilladas de la caballería, se pusieron en rota y comenzaron á huir por el camino de Barcelona, por las sendas y quebradas por donde habia desembocado el marqués de

Torrecusa y el duque de San Jorge, su hijo, degollando en el lugar y en el alcance de los enemigos, que fué de más de una legua, pasados de mil y quinientos hombres, si bien otras relaciones hacen esta matanza de mayor número; con que se metió gran miedo en Barcelona, abriendo las puertas á los afligidos y á los miserables á quien no acabaron las heridas: quemaron la casa del Marqués, con que el ejército alojó en el lugar: el duque de San Jorge, corriendo la entrada de Barcelona, viniéndosele á las manos dos mil infantes y cuatrocientos caballos que iban de socorro, los rompió y degolló mucha parte de ellos y puso en la fuga, con que se retiró á Martorel. Murieron de nuestra parte algunos de los infantes y caballos, y los más particulares D. José de Saravia, del órden de Santiago, Teniente de Maestro de campo; General D. Diego Jimenez, de la misma órden. Con la rota de los catalanes y franceses y la victoria de castellanos, vinieron á dar la obediencia al Rey, Esparraguera y otros lugares del obelisco maravilloso de Monserrat y de sus contornos. Dentro de dos dias salió el Marqués con todo el ejército en forma de batalla á fececer el último y el mayor cuidado de aquella jornada, si las resoluciones del cielo no fueran muy diferentes de las que se trazan en la tierra. Hay desde Martorel á Barcelona tres leguas, los bastimentos ningunos y las municiones de la misma manera, de suerte que ya la gente marchaba descontenta y sin esperanza de socorro ninguno, más fatigada de hambre que de la multitud de los enemigos: marchó aquel dia dos leguas y alojóse en un lugar una legua de Barcelona, donde toda la infantería, caballería y artillería la pasaron en vela, formados en escuadrones y batallones: dispúsose el órden de embestir á la ciudad, y ordenóse que la mitad de la gente de infantería caminase á ocupar á Monjuich, que es una eminencia grande, que sirve de tener en lo alto una moderada fortificacion, con una centinela, que poniendo una señal avisa de los bajeles que vienen, ó ya de Poniente ó ya de Levante, teniendo su diferencia para cada cosa, así de navios como de galeras, que reconocidos por las personas que tiene diputadas

para esto Barcelona, si dan fondo en aquella playa luégo las van á reconocer para ver el órden que se ha de tener con ellos; si son mercaderes, informarse de la patria, del intento y de la calidad de las mercaderías: agregóse al tercio que habia de subir á Monjuich cuatro compañías de caballos, del cargo del duque de San Jorge; encomendando al marqués de Torrecusa y al conde de Giron, caballero irlandés, de escogida sangre y servicios, aquella empresa, y acordando que con la resta se embistiese á Barcelona y se procurase cerrar con los puestos del llano. En esta forma marchó nuestra gente, y se puso á tiro de mosquete de aquella ciudad, que estaba cerrada, fortificada, llena de gente armada, así de los pueblos vecinos como de los moradores, con algunos soldados y cabos franceses, habiendo enviado la mayor parte á la defensa de Monjuich, con otra muy considerable de la tierra, en que habian hecho tres fortificaciones, una en lo más alto, otra en el convento de los frailes capuchinos, que está en el medio, y otra más abajo, rodeadas de trincheras y otras máquinas militares: tenia órden el marqués de Villafranca de embestir por la mar con las galeras, en que se reconoció dilacion por su dificultad: recibió Barcelona á nuestra gente con mucha y muy gruesa artillería, en que es abundantísima, por su situacion, atarazanales y fábrica de armadas, no sin atencion de todas las provincias de la Europa, particularmente de los vecinos, para ver el fin de aquella guerra intrusa, por malos consejos y peores medios, que se comenzaba á fundar en aquella línea de España, sin reparo del fin y la necesidad y riesgo en que la podia poner y cómo habian de ser opresos y castigados los de aquella colonia, que habian tomado las armas contra su Príncipe, anulado sus decretos y mandamientos, procedido incautamente contra su ejército y muerto á su Virey y Lugarteniente, con escándalo público de nuestras coronas.

La gente que estaba señalada para subir á Monjuich comenzó con brío y gallardía á penetrarle y subirlo, y á las primeras arremetidas ganó las trincheras y fortificaciones de los capuchinos, haciendo, así cabos como otros oficiales y sol-

dados, el deber; y vencida esta dificultad y las otras de aquella eminencia, pasaron adelante á enseñorear la cumbre, adonde estaba la fortificacion más gruesa, y avanzando y peleando llegaron á ponerse debajo de ella, pasados de doscientos infantes, los más calificados y señalados de aquel trozo. Entendido por los de Barcelona el estado de Monjuich y que le iba ganando nuestra gente, echó fuera luégo á la hora, por la parte que mira á aquella montaña, más de cuatro mil hombres, y entre ellos muchos frailes, que todos habian tomado las armas, así eclesiásticos como seglares, y en todos habia entrado el ódio y la perfidia contra el Rey, contra sus Ministros y contra la nacion castellana, sin hacer diferencia de un Estado al otro, ni haber observado que el de la religion en los casos adversos no tiene otras armas que las de la piedad, la disciplina y la oracion para aplacar á Dios y componer las diferencias de los hombres, evitar y mediar las discordias, efusiones y derramamientos de sangre ántes que hacer incendiarios, perturbadores y belicosos, así con la pluma como con la espada. Iba ya nuestra gente cansada, muerta de hambre y sin pólvora: habia dos mil hombres en lo alto, y dándose no poca diligencia á subir los catalanes, á llegar y á juntarse con ellos por vias y sendas más breves, viendo junto tan grande grueso, puso en desmayo á nuestra gente de poder salir con la empresa, con que los obligó á retirar y á buscar reparo en el resto que los venia siguiendo; y como estos vieron que los primeros se iban retirando, avisados del demasiado golpe que habia salido de Barcelona á la defensa de la última fortificacion, cedieron bisoñamente sin poderlos detener el aliento de los cabos, maeses de campo, sargentos mayores y capitanes, de que murieron muchos por no volver las espaldas, oponiéndose á la muchedumbre que habia tomado la delantera con la retirada, no sin grandísima confusion, para poder desembarazarse de la estrecheza del paso, con que los unos se impedian con los otros. Murió como caballero y soldado el conde de Giron en la fortificacion de los capuchinos, y algunos de nuestros soldados apretados de la colina,

sin poder ir atrás ni adelante, y muchos vinieron rodando, donde hallaron su precipicio; sin embargo, aunque confusamente, en lo más bajo de Monjuich, donde vinieron á rehacerse, formaron escuadrones, escaramuceando con los enemigos todo aquel año: perdiéronse doscientos hombres y algunos soldados particulares: no se combatió en el llano con más próspera fortuna que en la montaña. Salieron de Barcelona contra el trozo del marqués de los Vélez mil caballos y cuatro mil infantes, marchando la vuelta de nuestros batallones: dió órden D. Julio de Garay á D. Alvaro de Quiñones y al duque de San Jorge que avanzasen al enemigo y cerrasen: con él tomó D. Julio de Garay la infantería y se fué hácia la suya, dando calor á la caballería, que ya iba apretando á la de los catalanes, dando y recibiendo la carga hasta cerrar con las espadas, mezclándose la nuestra con la del enemigo, que se fué retirando en buena órden hasta llegar al foso de la ciudad: coronadas las murallas por aquella parte de gente, artillería y artificios de fuego para defenderse y rechazar la nuestra, iba la caballería enemiga casi avanzada y huyendo, quedando la nuestra á cuerpo descubierto de la mosquetería de las almenas, que no cesaba de tirar, con que fué fuerza retirarse por el gran daño que recibia de la artillería, volviendo á los puestos de donde ántes habia salido: hacia D. Julio de Garay el deber como gallardo soldado, habiendo degollado pasados de trescientos hombres del enemigo, que habian reparado en Valdecellas, monasterio de monjas Bernardas que está poco ántes de la ciudad: en este trance sucedió infelizmente el que pudo desconfiar totalmente la empresa de Barcelona y el fin de aquella rebelion: el duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa, llevado de la órden de concluir y vencer, creyendo que habia de salir de ésta como de las demas jornadas y reencuentros de la del Col de Balaguer, Cambriles, Torragona y Martorel, se adelantó bizarro con la caballería hasta la puerta de Barcelona, y echándole á la hora el rastrillo, y siéndole forzoso retirarse de las muchas y espesas cargas de mosquetería que le tiraban á él y á su caballe-

ría, recibió los mosquetazos de una tropa de soldados que estaban en un barranco, poco ántes de la ciudad, pretendiéndolos sacar á lo llano para escaramucear con ellos, con tanto ánimo que no perdió su puesto ni se desordenó, hasta que echando sangre por la boca creyó que estaba mortal: hizo llamar al marqués de Torrecusa, su padre, que ya cuando vino le halló muerto y caido del caballo, que tambien estaba peleando y sirviendo con ambas vidas: la de su hijo y la suya al Rey, por arribar á la virtud inmortal del valor. Esta muerte y la del conde de Giron, en Monjuich, esplayadas por aquel campo, y en el ejército desmayó mucho nuestra gente, porque ya estaba imposibilitada la faccion de Monjuich, retirada la infantería y la de la ciudad, con la mucha gente que tenia en su defensa: y á esta hora, y entre estas dos pérdidas de soldados y cabos de tanto honor y falta, sucedió otra de no menor peso y desdicha, que se comenzó á esparcir en una voz salida de los cóncavos y gargantas infernales, como hija de discordia y de envidia entre los soldados, arrojada por algun cobarde, infame ó pagado, que comenzó á decir que cortaban el ejército y le comenzaban á degollar, con que introducido el miedo en el corazon y en las venas comenzó á retirarse con poca órden, ayudando á esto la fatiga, el cansancio, la hambre que los tenia desmayados, y más que todo, quién dice, que subidos los mejores, los más árduos, los más nobles, los más valientes sobre la montaña de Monjuich para escalar sus fortificaciones, pedian escalas y no las habia; pedian pólvora y no se la daban; pero tambien oí decir que los ruines, los cobardes, los gallinas la derramaban y vaciaban los frascos en el suelo por no pelear y dar esto por disculpa. Retirados todos al fin por las dificultades que se reconocieron ántes, de poca gente, falta de bastimentos y otras cosas que se tocaron allí y se vió palpablemente, y que el duque de Fernandina no pudo llegar con las galeras á embestir con la ciudad, ó por el viento, ó por que era temeridad y desatino cerrar con tanta y tan gruesa artillería como tiene aquella playa, donde era poner á evidente peligro y destrozo aquella

armada: de donde le nació al Ministro, despues de otras causas de muy poco peso, la pasion que siempre le tuvo para buscarle calumnias, como tambien las buscó en su hermano, hasta perderle y hasta hacer al marqués de Villafranca fracasar en su honra, si despues su poca fortuna y mal gobierno no le volvieran á la gracia del Rey sacándole de la prision y volviéndole á su servicio y al generalato de las galeras de España. Viéndose, pues, el marqués de los Vélez en tan grande conflicto, juntó en consejo, ahogado en cuidados é infortunios, los cabos del ejército para determinar en desdicha tan grande lo que se habia de hacer: D. Julio de Garay tomó la mano en hablar sobre lo sucedido, y dijo era necesario retirarse, porque el ejército no era de calidad ni de número para empresa tan grande ni para volver á atentar á Monjuich ni á Barcelona, habiendo quedado apénas quince mil hombres, y que era opinion verosimil venia el duque de Luina en socorro de los catalanes con diez mil infantes y mil caballos; que tenia más doblada gente, estaban fortificados dentro de sus casas y con bastimentos, cuando el ejército del Rey no los tenia; alzados los de la tierra, la gente muerta de hambre, con víveres para solo dos dias, cuando habia que no les daba racion; que las galeras que los habian de traer áun no eran llegadas, y muy conveniente el haber menester conservar aquel ejército, sin pólvora; que convenia retirarse y ciar atrás, esperar otra ocasion, más gente, víveres y municiones, y que así convenia volver á Tarragona: el marqués de Torrecusa, á quien parece que tocaba más vivamente que á otro el duelo de este suceso, y ántes que la muerte del duque de San Jorge, su hijo, ó hijo de tantas prendas, la pérdida y la ocasion, dijo que no se retirasen, que era aventurar la provincia á que nunca se recobrase la reputacion del ejército y de las cabezas y la honra del Rey, que le dejasen escoger seis mil hombres que él volveria á Monjuich y le ganaria, arrasaria la ciudad y la haria entrar en obediencia; que el socorro de Francia no era tan cierto y que las galeras no tardaban, pues apénas habia pasado un dia que habian llegado á Barcelona;

mas el marqués de los Vélez arrimó el juicio ó la necesidad al parecer de D. Julio de Garay, jurando, como lo refieren, de no servir más al Rey; con que aquel ejército, que habia gastado casi un mes desde Tarragona á Barcelona, en un dia le volvió á desandar, con poca fortuna, melancolía, miseria y hambre, sin órden y sin concierto, derramados y desbandados, con muerte de tres capitanes de caballos, cuatro tenientes desmontados, setenta hombres, herido el Comisario general de la caballería del duque de San Jorge, cuya pérdida lamentó el ejército y la nobleza lo sintió: quedaron degollados del enemigo más de cien caballos y mucha infantería. Los de Tarragona, tan infieles como ellos mismos, que no hay otro hipérbole con que encarecerlo, y como todos los demas del Principado, ingratos á la misericordia que se tuvo con ellos, á la honra que se les hizo y á la clemencia que se usó en su obstinacion, dignos de ser pasados á cuchillo, de demoler las estátuas, arrasar las casas y haciendas y sembrarlas de sal, con padrones de letras infames que públicamente declarasen el ser traidores á ambas Majestades divina y humana y á la pátria; sin embargo de la guarnicion que se les puso, se topó un correo en el camino que enviaban á los de Barcelona, en que les decian se diesen prisa á deshacer y aniquilar aquel ejército, que habia ido sobre ellos, que ellos harian lo mismo de los soldados que les habian dejado en la ciudad y en los contornos por guarda dentro seis dias, y que luégo pasarian á juntarse con la gente de la sierra para ir en su socorro, y picarian el ejército en la retaguardia. El sentimiento que de este suceso se tuvo en la córte fué notable; el marqués de Torrecusa dejó por entónces de ejercer el oficio de Maese de campo general, y pidió licencia al Rey para retirarse al reino de Nápoles y á su casa. Llegado el ejército á Tarragona, alojó el marqués de los Vélez parte en la ciudad y parte en los lugares de aquel campo; escribió al Rey le diese licencia para retirarse y que se enviase persona en su lugar para hacerlo; y para verificar lo que se habia alcanzado por el correo del camino y del ánimo de los ciudadanos, y cómo habian faltado

tantas veces á la fé, á la obediencia y fidelidad del Príncipe y de los juramentos sacrosantos hechos ántes en seguridad del contrato, la guarnicion que se habia dejado en Constantim la habian comenzado á degollar, y pasára adelante si la venida del ejército y el número razonable de gente para una ciudad sola y para los lugares del contorno no les pusiera freno: habia acudido D. Fernando de Tejada á la defensa de sus soldados; mas los de la villa desampararon sus casas, y por enseñar el castigo y dar ejemplo á los demas, fué necesario hacer algun estrago en ellos y en las haciendas: en Villafranca de Panadés, lugar de mil vecinos, donde por más seguridad, por no haber hecho nada contra ellos y preservádola de la entrada del ejército, habiéndose dejado allí ciento y cincuenta enfermos en el convento de San Francisco, en vez de curarlos los degollaron con el aviso que tuvieron de nuestra retirada, y creyendo que el ejército era deshecho ántes de pasar á Tarragona, ya tenian concluida la maldad y el estrago inicuamente, dando siempre ejemplo de inhumanidad, de fiereza á los demas del Principado. Sin embargo, el marqués de los Vélez, lastimado del revés de fortuna y de la infelicidad de aquellas armas, trocó la severidad en blandura, procurando reducir la dureza de aquella gente á más templado proceder y á encaminar los ánimos pervertidos al servicio y obediencia del Rey: procuró reducir los lugares de aquel campo y á que admitiesen los alojamientos para hacer pié allí y volver á menear las manos contra Barcelona: á dos dias de la retirada llegaron las galeras con socorro de municiones, que, mudado el aire de la empresa, hubieron de ciar atrás y llevarla á Tarragona.

No acababa de consolar este suceso y un desaire tan grande el corazon de los Ministros, ni á los vasallos, que deseaban como fieles ver castigada aquella sedicion, ó compuesta para volver las armas á la de Portugal: el ejército, sin embargo, estaba afligido, las cabezas desanimadas; particularmente el marqués de los Vélez y el de Torrecusa, querian dejar sus cargos, como lo habian dado á entender con despe-

cho, y áun jurado de abandonar el servicio del Rey. Fué para los enemigos este accidente de grande consecuencia, porque les parecia tenian ya fundada una diversion y una guerra en España, para que el Rey Católico no pudiese acudir á lo de Italia, ni á Flándes, y que nuestras mismas trazas y Consejos les habia abierto la puerta á sus entradas, que ántes se las dificultábamos con los ejércitos y la memoria de los hechos y empresas antiguas, y los portugueses habian entrado en confianza de que la mudanza de su estado seria de más duracion y se conservarian por largo tiempo en la separacion de Castilla. Pero el desánimo del marqués de los Vélez hizo tomar resolucion de culpas, miserable fin de capitanes en esta hora, y enviaron en su lugar y en su cargo al príncipe de Botera, condestable de Nápoles, caballero de muy buenas partes, aunque de poca ó de ninguna práctica ni ejercicio de soldado, si bien con deseo de serlo: no se hizo novedad ninguna del marqués de Torrecusa, aunque hizo dejacion de su puesto, no sin sentimiento de todo el ejército, por su gran valor y osadía en el servir y pelear, y porque deseó volver á tentar la montaña de Monjuich resistió á la retirada y que se prosiguiese en la expugnacion de Barcelona; y á esto tuvieron mucha atencion el Rey y sus Ministros, y á no querer perder tan gran soldado y que habia sacrificado un hijo á las balas de los catalanes, si ya no eran de franceses: á D. Julio de Garay mandaron ir á su casa, y el marqués de los Vélez reparo en el reino de Valencia, porque no quisieron desfavorecer su celo, y porque sus calumnias no eran de importancia, y ya que no para soldado le quisieron para Ministro, porque su juicio lo merecia.

Los catalanes, con la retirada del ejército, pasaron con sus designios y proterbia aún más allá de la maldad: enviaron sus Embajadores á Francia á solicitar nuevos cabos y fuerzas más dobladas y superiores y á precipitarse en lo más hondo de su obstinacion, á darle la obediencia, á ofrecerle el Principado, el mando y el gobierno, y que viniese á jurarse á Barcelona: de suerte que ya destituian al Rey Católico de

aquel derecho, y la Francia y el Richeliu se preparaban, conducian y alistaban escuadrones y gentes para dominar á España y disipar sus pueblos, por no más encarecida ni heróica hazaña que por las puertas de una conmocion á que de nuestros mismos Consejos les hemos forzado con amenazas y palabras ásperas y descompuestas, indignas de verdaderos Ministros á vasallos de tan gran Rey. La gente que habia en Barcelona, así francesa como catalana y la bandida por la tierra, alentados de la quiebra de la nuestra se juntaron, y á cuatro de Mayo, con número grueso de infantería y caballería, corrieron á Tarragona: el príncipe de Botera dió órden á la gente que estaba alojada en los lugares abiertos y á la caballería pasasen al abrigo y refuerzo de Tarragona, y los mandó alojar, fortificar y atrincherar en las murallas y formar cuarteles. Púsose el enemigo á la vista, con no más aliento del que habia traido hasta allí, no atreviéndose á embestirle, sino á trabar algunas moderadas escaramuzas cuando salian á forrajear y á buscar bastimentos, de que se comenzó á sentir grande falta y riesgo de la vida, y á buscar los animales inmundos para suplirle, no dignos de memoria; con ver un ejército tan desvalido, el príncipe de Botera y los demas cabos atentos á mantener á Tarragona y á no desasirse de ella, no tanto por la fé de los ciudadanos y aficion al Príncipe, cuanto por conservar el puesto y el terreno, con recelo de no apartarse de ella ántes que de otra faccion ni reencuentro, porque apénas dieran un costado para salir á rechazar los catalanes, cuando los mismos de la ciudad les franquearan las puertas, con que no trataron de otra cosa que de guardarlas. Comenzóse á sentir necesidad y falta de bastimentos en el ejército, que los mismos de la tierra los sepultaban por encarecerlos, y aunque la hambre llegase á tal extremo que sirviese de cuchillo, porque no los tenian por defensores sino por enemigos de su libertad: los de Lérida admitian ya guarnicion y defensa para resguardarse del ejército, no pasase allá con la cercanía alguna parte de él que la hiciese inclinar la cerviz, con que tambien habia alzado los bastimen-

tos y escondidolos, imposibilitándolos el salir á buscarlos en la cercania y por no dejar la ciudad sitiada á lo largo, que era el mayor cuidado: Cambriles y los demas lugares de su comarca habian ya vuelto á persistir en la rebelion, y el Col de Balaguer á poblarse de catalanes sediciosos, y de aquel bando ó compañía de micaletes, con que de Tortosa, aunque se conservaba en la fidelidad, no les podia venir nada; y para la puerta de la mar, que les habia quedado libre, se prevenia una armada en las costas de Narbona, Tolon y Marsella, de galeras y navíos á cargo del Arzobispo de Burdeos, que ya se habia pasado al mar Mediterráneo, mal despachado en el Océano del puerto de la Coruña, para infestar á Tarragona y cerrarle aquella puerta á cuanto le podia venir en las nuestras de Cádiz, Cartagena y Vinaroz: de suerte que para aquel ejército, acabarle, extinguirle ó echarle de la tierra, y que no quedase en toda Cataluña reliquia de castellano, ni soldado del Rey, se le habia destinado no otro hierro ni otro plomo que la hambre, escondiendo los de la ciudad cuanto tenian, y lo que sacaban á la plaza lo vendian á precios, como á valer un pan un doblon y una gallina treinta reales; naciendo de aquí mayores y más duras miserias, como lo iremos refiriendo, hasta comer caballo, y más que todo, que las otras sabandijas y animales sucios era lo de ménos: cosa jamás oida en los más apretados y ceñidos sitios de Flándes, y casi comparadas á las que escribe Josepho del cerco de Jerusalem y de la guerra de los judíos. Comenzábase ya entre ellos á introducir la necesidad y la falta de dinero, porque además de no tenerle, lo que habia lo tenian gastado en las pagas de los franceses y de los soldados naturales, y el Consejo de Ciento, compuesto de gente baja y soez, aborrecia la quietud por no venir por los delitos cometidos á recaer en las manos de la justicia, amando la guerra por esta causa y fomentando la sedicion para proseguirla: tomaban las joyas, la plata de las iglesias y los vasos sagrados y los vendian y hacian moneda de ellos, convirtiéndolos en sus trentines; y precipitándose cada dia más, perpetrando de eco la mayor maldad que han

cometido herejes, ni los etiopes bárbaros del Africa, pusieron los ojos en las riquezas de Nuestra Señora de Monserrat, y alentados de la injusticia del Doctor Pabelar, Canónigo de Urgel, Diputado del brazo eclesiástico, pasaron á Monserrat con órden suya, entraron en el monasterio, y amedrentando al Abad y á los religiosos, quisieron matarlos, en número de más de dos mil hombres: preguntaban por los que eran castellanos para hacerlos pedazos; pidiéronles el tesoro, joyas y plata de la iglesia, y quien no dudó de quitar la corona al Rey para dársela al de Francia, no dudó de quitársela á la Reina de los Angeles para pagar á sus soldados; y entraron en la iglesia con tan grande estruendo y alboroto de armas y de voces, que el Abad y los monjes no pensaron quedar con vida, dando por causa del maleficio que lo querian guardar porque los castellanos no los robasen, pretendiéndolos imponer esta injuria entre los demas por cubrir sus yerros: quisieron el Abad y los monjes defenderlo, y entre ellos mismos se dividieron en bandos sobre si se habian de entregar ó no, porque si bien habia entre ellos más de cincuenta monjes castellanos, que si no tomaron las armas como muchos de los frailes de Barcelona, siguieron el dictámen de que se habian de entregar; finalmente, el orgullo y las palabras feas de aquellos tumultuarios fueron tales, que los monjes temieron ser degollados, y hánse aparejado los que eran de Castilla para recibir el martirio: intimóles el Abad las censuras que caerian sobre ellos en caso semejante, que sin embargo de su perfidia y fiereza, como lo refieren los que se hallaron allí, los hacia estremecer y temblar y perder el color del rostro: sin embargo, cerraron con todo, y quién dice que llevaron más de seiscientos mil ducados, y quién que millon y medio en coronas, joyas de mucho valor, en piedras y en perlas, vasos sagrados, lámparas y blandones: de una corona se decia era de precio de setenta mil ducados, y otras muchas cosas preciosas: de las lámparas hizo el Abad, alabado por hombre de mucho valor, por las reprensiones que les dió, condenándoles la fealdad y el atrevimiento de poner en

tablas los vidrios, no queriendo que dejasen de arder, y en esta forma las demas luces y lo que tocaba al culto. El canónigo murió en breves dias de repente, pagando su delito, recibido en opinion de todos por uno de los hombres más pérfidos y sediciosos que ha tenido el mundo, habiéndolo hecho dueño de todo el Gobierno de Barcelona; hombre crudo, sin linage de fé ni religion, á quien el Richeliu, para fomentarle en lo comenzado y que no se resfriase en la sedicion, le habia ofrecido un capelo, como si los tuviera en su mano y como si la Iglesia de Dios necesitara de hombres semejantes. No paró en esto la maldad, sino que echaron del monasterio y de todo el Principado al Abad y á los monjes castellanos, y los hicieron caminar en el tiempo más riguroso del invierno, con toda la descomodidad posible, y los apearon en Fraga del carruaje que les habian dado, y los acogió la piedad del duque de Nochera, virey de Aragon, encaminándolos á la córte de Castilla; encargando el gobierno de aquellos infieles á los monjes catalanes y haciendo ellos de Abad sin dependencia del General, desmembrándose como apóstatas, quitaron del cánon de la misa el nombre de Felipe, y que en su lugar dijese el sacerdote *Luis rex noster*, ofreciendo los religiosos á Dios este trabajo, siendo el mayor la pérdida de la imágen y su execrable despojo; y para acumular muchos yerros á otros, y maleficios á maleficios, como tambien haber errado el Paular, un muchacho catalan, para saciarlos á mayor y más notable ira, pretendiólos persuadir de que los castellanos lo habian hecho, y que lo mismo harian de sus hijos, y era obra de su indignacion y de sus manos, no quedando maldad que no les achacasen, colorando su irregularidad con decir tenian la plata y las joyas guardadas; y de quien les aconsejara yo las sepultasen debajo de las entrañas de la tierra seria de los franceses, enseñados en ésta y en otras eras á perder el respeto á las imágenes. Si Luis XIII fuera el Justo, como se le impone y lisonjea el que lee la cátedra de tiranía en toda la Europa, para adormecerle todas las potencias, para la desatencion del gobierno y de las inmensas efusiones de sangre;

si aquel consejo fuera legal y aquella púrpura verdadera, entre las mayores pretensiones de aquietar ó recuperar coronas ó provincias, ó entre las mayores glorias ó codicia de aplausos populares; si entre muchas de estas cosas y en medio de todas ellas oyera que alguna provincia ó república necesitaba por algun accidente ó le llamaba á embestirle la corona; si entre estos casos se introdujera que aquellos que le invocaban era por causa de habérsela quitado, no sólo al señor natural, sino á la Señora de cielos y tierra, María Madre de Dios, de mejor y más alto consejo; lo primero porque habia de haber armado el mundo y prevenir sus ejércitos, juntar aliados, y estos católicos y otras máquinas marciales, desenvainar la espada, dejar la córte y el palacio, era para hacérsela restituir á la altísima Madre del Salvador; y no sólo con el hierro, más con la solemnidad y grandeza, castigando severamente los agresores, tomando la satisfaccion del causidiaco. Esta era la ocasion que pudiera inmortilizar un grande héroe; ésta su mayor gloria y hazaña, y su mayor triunfo; ésta era la más imperial corona y la que más le adornara las sienes y le armara el corazon, la de velar la herejía, sin calumniarle de codicioso ni vano; ésta la reputacion mayor de sus intereses y la mayor victoria de sus empresas. ¡Que bien parecieran aquí todas las espadas, la de la Iglesia y la del Imperio, hallado de la católica obligacion de todas manera forzoso y necesario, y la primera de los Príncipes, y para cuyo fin les concedió Dios las manos y la potestad que les dió para que la respete! ¿Pero cómo se ha de hacer esto, si no peleamos y andamos por no más eternidad que por lo terrestre para usurpacion de lo temporal, y por la tiranía con armas heréticas y otras semejantes? Cada dia cometen estos mismos insultos contra los altares, las imágenes y los templos y las demas cosas sagradas, de suerte que los catalanes, criados en la raíz de la cristiandad, olvidados de la religion y de los hechos inmortales de sus antepasados y de sus obligaciones, se habian hecho semejantes á estos y á los hugonotes de la Francia, y aquel Rey, ciego al suceso de esta verdad y sordo á la relacion, no

viene con otro fin ó celo más religioso á nuestras fronteras ni á los confines del Condado de Rosellon, que á enseñorear la tierra y á ponerse la corona de la tiranía, que le quitará Dios de la cabeza, como protector de turbadores y fomentador de las que sus gentes han quitado á las imágenes de toda la redondez de la Europa, por espacio de quince años, y sin reparo ninguno de las que se quitarán, y de la del Ministro, instrumento y atizador de todo; que todas las reglas de Estado son vanas si no sirven á la majestad de nuestro exceder. Vinieron á la córte los frailes, donde el Rey Católico, con la piedad hija del celo y culto de la religion, les dió la huerta del condestable de Castilla, rentas y dineros para fundar y erigir á la Reina de los Angeles imágen y templo, muy parecida á aquella Señora, con el mismo nombre y título de Monserrat.

Comenzó á obrar la mano poderosa del pedir, procurando hacer costumbre lo que era gracia, y en no menor materia que en plata, que para hacerlo cada año no sólo era vicio, pero calamidad, porque cada dia era mayor la efusion de la propia sangre, cuando ya las venas no la tenian, y forzábase á esto como si los hombres fueran minerales. Pidióse á los Prelados, que aunque beneficiados de las iglesias, no sentian el socorrer, sino que la dejasen alguna parte libre para dar limosna y cumplir con sus obligaciones: el Pimentel, obispo de Cuenca, envió hasta las vinageras, que se comenzó á labrar en la Casa de la Moneda. A esto se siguió un bando de acabar de resellar la moneda de vellon y doblar y tresdoblar la antigua y la que era moderna: esto ya era volverse, si no podemos decir que á la edad de los niños, al ejemplo de los viejos, para la ocurrenria de la guerra de Portugal, porque como todas sus fronteras y circunferencia se sustenta de vellon, quisieron con este recurso remediar los gastos que se habian de hacer allí, y que saliese de aquel metal. A este mismo cuidado miró aquel grande héroe, el duque de Lerma, como lo dicen hoy, aunque en diferente causa, cuando se vió rodeado de importunas necesidades, que tuvo por más pru-

dencia cubrir que publicar, para retener á los enemigos y acudir á la guerra de Flándes, que halló, de donde le daban continuas voces que saliese al remedio; no hallándola en el mejor estado que se podia, sino muy trabajada, que él con su atencion alentó y condujo á más prosperidad y fortuna, dejando aumentados aquellos países en tierras y en plazas, hasta hacer retirar á aquellos rebeldes de la otra parte del Rhin, hasta restringirlos dentro la Frisa, queriendo valerse de la industria y de lo que tenia el Patrimonio real ántes que de asondar y destruir los vasallos y hacerlos reventar con el rigor de las palabras y subsidios. ¡Qué léjos estuvo la bondad de su natural y generosas entrañas de causar al Rey Católico Don Felipe III ni á los reinos semejantes ruinas ni turbulencia! Su cortesía era de manera y la nobleza de su entendimiento, que si entrara á regir ó le encargaran el gobierno de un pueblo acostumbrado á ser insolente ó bullicioso, lo pusiera en suavidad y redujera á suma justicia y templanza. Esta fué la causa por que subió y dobló el vellon, y esta misma necesidad le obligó á buscar allí más que en otra parte más arriesgada lo que entónces hubo menester para proseguir las armas, no contra los vasallos católicos, sino contra los herejes, y muchos hombres de consejo lo vieron y lo aprobaron. Su incauto y presuntuoso censor, calumniándolo todo por hacer feo aquel reinado, lo trastornó todo defraudando el reino y á los vasallos en la mitad del caudal y de la sustancia con que vivian, sin más enredos ni marañas, contentos en sus casas, sintiendo despues y más duramente que en otras eras la necesidad, aquella novedad y otras en que cada dia nos hemos ido despeñando, redujo precisamente á seguir aquel medio; comenzando ántes con tres doblar la moneda antigua, y despues toda á la mitad, siguiendo las huellas de los mayores, introduciendo alguna novedad que ha pervertido mucho el juicio de los hombres en no acabar de conocerlos y concertarse con ellos, por no reconocer del todo á los que podíamos con justicia, segun su fortuna y buenas dichas y la falta de las nuestras, abatir el estandarte; de que ha resultado, que

herido el pueblo con las contínuas sisas y gábelas y con lo que al principio se le quitó, prorumpiendo en la paciencia y en la tolerancia del sufrimiento, abandonando la vida y la honra, teniendo por peor muerte vivir en la necesidad, calamidad de las calamidades, todos se hallaron, hasta los mismos religiosos y hasta las monjas, en el campo, en los montes, en el despoblado, en las cuevas y en lomas, en lo profundo de los edificios; doblándose por aquí los delitos y los delincuentes, los suplicios y los castigos. De suerte, que como se dijo, no selló el Rey cuatro millones, habiendo sellado los pueblos lo demas, y esto se gastó en las fronteras de Portugal en las pagas de la gente que ha asistido allí, de cuya corrupcion y cautela se comenzó á rugir la habia de volver á bajar, con que la recibian de mala gana los mercaderes y contratantes, no vendiendo ni traginando de unos lugares á otros, ni de unas provincias á otras: faltaban las provisiones y los mantenimientos, haciéndose más legítima la necesidad en los hombres que la vida: subiéronse las cosas á excesivos precios, y causaba terror el llegar á comprar el vestido ó la comida, porque no bastaba el caudal á la sed del vender, y cien reales en plata habian llegado á valer trescientos en cuartos; con que los que no la tenian perecian, y todos se habian cerrado á no vender, con que era mayor la congoja, la calamidad, y las obligaciones más pesadas, tanto, que ya no habia quien las pudiese llevar, ni el Rey tampoco, y se cerraba el uso de la vida: todo era miseria, necesidad, mal despacho, guerra, desdichas, sucesos, y una voz temerosa, comun y pública de acabarse todo, y que Dios castigaba la Monarquía tambien. Consiguientemente á este suceso, se fiscalizó y reprobó el de la expulsion de los moriscos, diciendo se habia despoblado el Reino y defraudado á los señores de vasallos en mucha parte de sus haciendas; y parece que en enmienda de esto se formó y se hizo junta de poblacion, sin fundamento, sino para dar de comer á nuestros allegados, como si con tributos tan terribles, echándolos á montones, se pudiera aumentar nada, pues, á todo varon de buen juicio, sintiéndolo así; y dicen se habia de notar aquel

dia que se tomó esta felicísima resolucion con piedra blanca, como solian hacerlo algunos en el siglo antiguo, cuando les sucedia en sus pueblos ó empresas alguna prosperidad. Pues mirándolo ahora más religiosamente, no parece sino que miró Dios en aquel hecho á la revolucion y miseria de esta era y al gobierno tan calamitoso que se esperaba; aquella revolucion nos la ocasionáramos entre dos tumultos y rebeliones tan grandes; si cuando no habia ninguno, en aquella edad de oro y cuando reinaba sobre nosotros toda la bienaventuranza, quisieron tomar las armas y levantarse con el Reino y dar nueva entrada al mahometismo, como se ha procurado por nuestros émulos, por los puertos ó fortalezas de Arcila y Tánger, ¿quién duda que no despreciaran la ocasion cuando para acabarlo todo fueran aguijados al general despeño de portugueses y catalanes? Si hubiera sucedido esto en tiempo de los romanos y lo hubiera votado algun Cónsul, ya le hubieran dado el triunfo de Grande, consagrádole templo y prohijádolo á algun dios Pan, y nosotros siendo católicos, y debiendo dar gracias á Dios por ello, lo pretendimos deslucir y afear, atribuyéndolo á falta de gobierno y consejo, dándole nombre de errada política.

Ibase encendiendo lo de Cataluña cada dia más: dieron en prender de cada parte los Ministros, acá á los Sindicos y allá á los Embajadores, y á la duquesa de Cardona y á D. Pedro de Aragon, su hijo, marqués de Povar, y á otros, metiéndolos en estrechas cárceles y aposentos obscenos y oscuros, dándolos de comer por tasa y limitacion, haciendo escrutinios ridículos y apretados con ellos, que entraban sobre si tenian alguna correspondencia ó cartas de Castilla para saberla. La que ellos tenian con Francia era contínua, enviando personas de confidencia á conmover aquel Rey y al Ministro, para quien no eran menester muchos ruegos, si era sedicion, no sólo á que enviase sus ejércitos, sino á que viniese en persona, ofreciendo de hacerlo el año siguiente con todo el resto que pudiese; entre tanto, y demás de la gente de Francia que tenia, introdujo el duque de Luina, Gobernador

de la provincia de Lenguadoc, por Blanes, seis mil infantes y mil caballos para irse apoderando del Condado de Rosellon; milicia como inútil y sarnosa, desarrapada y de poco valer, y con ninguna experiencia al parecer de obrar cosa señalada; y entre tanto que enviaba los tercios viejos de Flándes y al Mariscal de la Brese, destinado para virey de Cataluña, y al de la Millere, el uno cuñado y el otro sobrino del Cardenal de Richeliu, llegó el marqués de Leganés á España, en Vinaroz; que en efecto pudo con la fuerza del parentesco arrancar del Estado de Milán, dejando las cosas de Italia al amparo del cielo y no en el modo que convenia, con poca gente y ningun dinero, y no de buen corazon al príncipe Tomás, sacando la que habia, necesitando ya España de este socorro por sus muchas alteraciones que amenazaban ruina: trajo mil hombres entre españoles y alemanes, soldados viejos, y dos mil napolitanos enviados por el Virey, duque de Medina de las Torres, príncipe de Astillano, para proseguir la guerra que se iba arraigando en Cataluña, y armando al duque de Nochera, virey de Aragon, para que por la parte de Monzon y de Fraga, poniendo de paso en la obediencia á Lérida, se procurase obrar por allí, darse la mano con Tarragona y acometer á Barcelona. Pedíase como á todos los demas, con el arte que se pretendia hacer natural, que el Reino de Aragon alistase gente, diese armas y dineros, escribiendo á la ciudad y á la nobleza para que lo hiciesen y se pusiesen en campo; mas ellos resistian y decian que estaban alcanzados, la tierra corta, y que ellos sabrian defender el Reino cuando fuese ocasion; mas que no deliberaban de ir á la guerra. Sin embargo, se procuró de Castilla hacer levas de gente y caballería, porque los catalanes amenazaban entrar por allí con gente francesa y de la suya; y entre estos apercibimientos de armar el Reino, hubo algunos debates entre ellos y el duque de Nochera, porque dicen se dejó decir que mirasen lo que habian de hacer, porque el Rey no los podia defender, que fueron las mismas heridas para él que las que se causaron para el duque de Ariscot: llamáronle, y entrando en Castilla le trajeron

preso á la fortaleza de Pinto, con mucho número de guardas, donde acabó de enfermedad, protestando en aquella hora, cuando recibió el Santísimo Sacramento, que jamás habia faltado al servicio del Rey. Diéronle por sucesor en el vireinato al marqués de Tabara, que estaba en Navarra, y enviaron á aquel Reino al conde de Coruña, á quien temblaba la contera de que de los desórdenes y desconciertos de Cataluña, por la alianza que se habia tomado con el rey de Francia no fuese de comodidad para facilitar su pretension recayese en ella, y de quien se decia que sus apercibimientos no eran ningunos, ni sus defensas, y que el castillo y las murallas no estaban con el cuidado y reparo que se requeria. Haciánse de nuestra parte con los catalanes los esfuerzos posibles para venir á concordia ántes que el francés se empeñase demasiado en la proteccion y se hiciese señor del Principado, ánsia que ya ardia en París para venir sobre ella, aunque sacasen los cabos y la gente de Flándes, contentándose por entónces con lo adquirido, no destituyéndose de volver á ellos, dejando parte para proseguirla, aunque tambien se suspendiese en lo de Italia; creyendo que en fomentar la guerra de España, era sentencia del Richeliu y regla de sus materias de Estado, que los españoles no podian ser vencidos sino en su propia tierra, y por esto persistia y aferraba tenazmente en meter allí la guerra por todas las vías y modos que pudiese hasta hacerlos declinar en la reputacion que habian alcanzado fuera, así en las otras provincias de la Europa, como en las cuatro partes del mundo, le daria más honra, seria de mayor ruina para el Rey Católico y para los demas de su Imperio, y de mayor comodidad para las otras pretensiones, y satisfacerse de las presas del Piamonte, que era lo que á él y al Ministro los tenia en cruz; porque el Richeliu, que no ignoraba las historias francesas, le refirió que aquella parte ó pedazo de España habia sido en la antigüedad de sus antecesores, que enviaban á ella, con título de Condes, Gobernadores que los administraban la justicia, hasta que Wifredo II la alcanzó de Cárlos Calvo, rey de Francia, por donacion, como la Igle-

sia el reino de Nápoles de Cárlo Magno, que hoy poseen los reyes de España, por feudo, como tambien el Condado de Flándes, de que se fundan y hacen Monarquía, y todo esto de efectos y donaciones de la Francia, las cuales era menester hacer volver y restituir por el ingénio y por las armas, para que la patria triunfase sobre las demas, y particularmente se asistiese á lo de Cataluña para tener los piés dentro de España y procurar por los condados de Rosellon, Cerdaña, y Rivagorza la restitucion de Navarra.

Hacíase, sin embargo, diligencia para reducir á los catalanes proterbos y por otras inmensas causas testarudos: decian, por engañar á los Ministros, que el Rey sacase el ejército del Principado y de Perpiñan, y que luégo se trataria de concierto; abrazárase primero por haberlo menester para Portugal, mas lo segundo de ninguna manera, por recelarse mucho de la entrega de aquella plaza á los franceses, llave de nuestras fronteras, para tener á su mano el auxilio de los enemigos solicitados por sus maldades. Dijose que el Nuncio del Papa queria tomar la mano en estos casos para mediar en ellos, pero luégo se descubrió era todo gastar el tiempo en vano; y á esto se arrimó querer tambien tratar de medios entre el Rey y la duquesa de Saboya por sacar de allí alguna gente para Cataluña, que tampoco tuvo efecto, mas de reconocer por los semblantes de los confederados que la guerra de este año en aquella parte de Italia seria defensiva, y que todo cargaria en Navarra, Cataluña y Flándes. Escribió el Rey á los más fieles que los perdonaria, exceptuando á los cinco que mataron al Virey, siendo estos á los que defendia el Consejo, diciendo como fomentadores de la traicion, y á estos todo el resto de los tumultuarios y sediciosos, porque la poca nobleza no tenia séquito, como aborrecida de la gente baja, y enmudecia y se sujetaba á las órdenes y decretos de la muchedumbre, cuyas casas y haciendas siempre estaban amenazadas del fuego, y las vidas del cordel y del plomo. Hallábase el ejército en Tarragona con razonable número de infantería y caballería, sin hacer nada, con pocos bastimentos y ménos mu-

niciones, y cada dia esperando ningunas, amenazados de una hambre intolerable, cual sucedió, y la más lastimosa que se pudo esperar de sitio ni de guerra. El rompimiento y desatino de los catalanes pasó tan adelante, que pidieron á los aragoneses cuartel para alojar la gente francesa en su tierra: fueron respondidos de ellos ásperamente, diciendo que eran fieles á su Príncipe y que estaban muy fuera de tener confederacion ninguna con traidores, esto era, que ellos no entrarian por sus tierras y que los aragoneses no entrasen por las suyas; pero no sé cómo se podia acomodar esta propuesta si los catalanes tenian un ejército de franceses pagado de su dinero y sustentado de sus frutos, que les talaba las fronteras, y cada dia le esperaban en el corazon del Reino. Al fin, me parece que en esto habia algun contrato ó insinuacion, porque el año de cuarenta y tres, cuando Mos de la Mota les pidió gente para el socorro de Monzon, si bien despues y á la postre hicieron lo contrario, al principio le dijeron que ellos guardarian sus fronteras, y los aragoneses cuando enviaban la suya era con no más instruccion ni licencia que para lo mismo: tambien le pidió el duque de Luina á nuestros cabos, no sin jactancia, dejándose decir que aquella provincia era del rey de Francia, para en caso de los encuentros y hostilidades que se habian de hacer; á que fué rechazado severamente. Los Embajadores catalanes que habia presos en la córte, por el feo ejemplar que ellos cometieron en los nuestros, como de la duquesa de Cardona y sus hijos, los daban prisa á componer las cosas y que los despachasen; ellos les decian que tuviesen paciencia, haciendo demostraciones en todo de no efectuar nada que fuese en servicio del Rey. Llegóse por estos dias á total desesperacion de entrar en ningun acuerdo con ellos, y comenzóse á introducir una peste pesadísima en el ejército del Rey, originada de la hambre, que alcanzó parte en el campo de Tarragona y parte en la ciudad; sin embargo, salian los soldados en tropas á pecorear y á buscar por las manos la comida y el forraje para los caballos: encontrábanse con los catalanes y franceses y arcabuceábanse réciamente;

pero sin hacerse de una parte ni de otra empresa ni accion señalada. Envió el Richeliu mucha gente á Cataluña, inundando todo lo que hay de Salsas á Barcelona y á Lérida de franceses, sacando parte de los tercios viejos de Flándes y dejando no más de lo necesario para cubrir las plazas ganadas: quitaron los catalanes las haciendas á los nobles que eran afectos al Rey, disimulando por muy poco tiempo con el marqués de Aytona, hasta que despues la furia de los franceses no respetó á nada, y procurando reducirlos y consolidarlos á la fé del Señor el reino de Aragon, de lo cual, despedidos con libertad, no sólo admitieron al Nuncio del Papa, pero se conjuraron á proceder á fuego y á sangre y abrasarle los lugares vecinos hasta poner los piés en Zaragoza: tiraron los de Barcelona con la artillería al almirante de Castilla, que iba en las galeras al vireinado de Sicilia, porque vientos los echaban á tierra: enviaron á Perpiñan á D. Antonio de la Cueva, marqués de Flores de Avila, para asistir en aquella frontera y á componer las cosas del Condado de Rosellon: las galeras del rey de Francia que corrian las costas de Cataluña acometieron dos galeras de la escuadra de España que iban á Colibre con socorro y dineros para fortificar aquella guerra: acañoneáronse con ellas, y viéndose inferiores al poder de los enemigos, vararon en tierra, sacaron el dinero, las vituallas, desherraron los esclavos y dejaron solo el buque, porque no quisieron que se valiesen de cincuenta mil escudos: esperábase demás de las doce galeras que corrian aquel mar, armada de navíos debajo de la conducta del arzobispo de Burdeos: el príncipe de Botera hacia por momentos instancia á los ministros de Castilla para que le socorriesen de vituallas, porque el ejército iba cada dia pereciendo y la ciudad de Tarragona amenazada por mar y por tierra, así de bajeles como de nuevas tropas: el rey de Francia pidió paso á los aragoneses para invadir á Navarra, ofreciendo toda buena alianza y que no se les haria daño, y que serian pagados de todo lo que diesen al ejército, con que á los fines de Abril toda la tierra comenzó á entrar en cuidado, porque no sólo

pretendia esto, pero echar de todo el Principado de Cataluña á los castellanos; y aunque en la verdad mucho de esto era fantástico, tiraba solamente á rebelar á Aragon y sacarle de la obediencia de su Príncipe y atraerlos á su parcialidad, esto cuando los aragoneses declararon á los catalanes que su intento no era otro sino reducirlos á la obediencia y gracia del Rey, á asegurarles de su palabra, y que no habiendo querido hasta allí tomar armas contra ellos, que viéndolos en tan notable rebeldía y mal proceder, les era fuerza hacerlo de allí adelante por redimir tan grande contumacia: los catalanes los amenazaron de entrar por su tierra, y en cumplimiento de esto salieron algun número de franceses y catalanes á romper un cuartel alojado en Fraga y en otros lugares, pasando á la vista de Lérida: fueron avisados los aragoneses que habia allí con algunos navarros y otras gentes de Castilla cómo iban sobre ellos; esperáronlos y volvieron rotos y maltratados, con muerte de muchos. Ardia la guerra en aquella parte con notable rigor entre unos y otros: tres navíos de franceses dieron vista al Grao de Valencia y llevároнse un bajel cargado de trigo que estaba para ir á Tarragona, con que aquel ejército se iba cada dia enflaqueciendo, y por otra parte la religion católica, con prédicas heréticas en Barcelona y en Lérida, habíase entregado á aquella guerra. Mos de la Mota, con tres ó cuatro mil franceses más de los que habia ántes en aquel Condado y algunos catalanes y caballos; pasó á Tarragona á buscar á nuestro ejército; que sabido por el príncipe de Botera y los demas cabos, juntaron la gente que tenian, en número de siete mil infantes y mil y quinientos caballos, que alojaban en los lugares, y salieron á resguardar á Tarragona de los catalanes y los franceses, en número de doce mil combatientes; reforzaron las tropas que estaban á lo largo, y nuestra caballería é infantería, cerca de las murallas, se atrincheraron y acuartelaron con resolucion de morir peleando ántes que rendirse. El marqués de Villafranca, despues de haber hecho muy considerables socorros á Perpiñan y recobrado el fuerte de San Justo de los franceses, situado junto á los Alfaques de Tortosa, se

prevenia para socorrer el ejército de Tarragona, no sin cuidado de Barcelona, por la armada que se esperaba de Italia y Cádiz, tanto, que quisieron llamar á Mos de la Mota para que viniese á su defensa con la gente y levantase el cerco de Tarragona; sin embargo de la armada francesa que tenian en su favor, á los primeros de Mayo se afrontó el arzobispo de Burdeos á Tarragona con quince galeras reforzadas y treinta navíos, con algunos de fuego, y se puso en el paso para estorbar que el ejército no fuese socorrido, que estaba ya por algunos dias inficionado de comer todos los animales inmundos, caballos y jumentos, tanto, que decia el príncipe de Botera, por gracia y por aliento, que no le estaba mal semejante carne, corriendo opinion que no habian perdonado hasta la humana: comenzáronle á tirar con la artillería desde los baluartes, y sin embargo, no se le pudo hacer alargar á la mar ni quitar del paso, donde no dejaba entrar un barco ni otro sustento, con que se acabó de atacar la ciudad por mar y por tierra: hacíanse algunas salidas con nuestra caballería, que en encontrándose con la del enemigo, habia algunas facciones memorables, aunque perdian gente y caballos, y prendian muchos Monsieures señalados en calidad y en valor; en cuyos trances perdió la vida D. Luis de Mendoza, y fué preso Don Luis de Paredes: dábase ya al ejército de racion áun no tres onzas de trigo al dia á cada soldado, limitacion que apénas podia dar calor á la vida, con que cada hora, de enfermedad y de hambre morian más de dos y de tres personas. En tanto aprieto se hallaba este ejército, viendose menoscabado de casi ocho mil hombres con los fugitivos y áun de la comida de las bestias, de que se hacia estanco para dar racion, y se daba poco; que no estaba seguro el sepulcro de los muertos, que no les cortaran los piés y las manos para comérselos: un huevo fresco llegó á valer cuatro reales, una gallina cuarenta reales, y si se hallaba no parecia caro, un panecillo de salvado negro y muy pequeño ocho reales, y á este precio muchas cosas que no quiere encarecer la pluma, y lo encarecian los perversos de los ciudadanos, que áun la defensa no la tenian por propia;

escondiendo á nuestra gente cuanto tenian, estimando más el ser regida y gobernada por franceses, que les quitaban las honras y las haciendas, las mujeres y las hijas y no los guardaban aquella supersticion, que ellos llaman fueros: apaleaban públicamente á las justicias por cualquiera mínima cosa, como se contó de Lérida y de las otras ciudades, queriendo más sufrir semejantes infamias que no tolerar un pequeño socorro de gente que les pidió un Monarca y Príncipe suyo para ocurrir á tan importunas guerras como le cercaban en Italia y en ambas Germanías y en ambos mares, siendo así que era para la defensa de lo que ellos incáutamente exponian á la maldad, desvergüenza y tiranía francesa, haciendo de los templos y de los altares profanidades y sinagogas de dogmas heréticos, falsos y apócrifos. Salió el duque de Fernandina con las galeras de España á socorrer el ejército, si no desmayado por su mucho valor, afligido, y en su viaje topó las galeras de Nápoles y Sicilia, que acababan de llegar, que todas hicieron número de cuarenta y una: mostraron rostro al enemigo al anochecer de aquel dia, y al amanecer, entrando en consejo los generales D. Melchor de Borja, General de la escuadra de Nápoles, D. Francisco Mejía, de la de Sicilia, y Julio Netin de Oria, de la de Génova, hijo del duque de Tursi, á tratar del socorro y en la forma que se habia de hacer, no dejando de reconocer el riesgo grande á que se ponia el marqués de Villafranca y la escuadra de España atravesando por en medio de una armada tan gruesa y numerosa de artillería, como era la francesa: finalmente, resolvieron que el marqués de Villafranca, como estaba acordado de órden de S. M. y con los bastimentos recogidos, que las doce galeras que los traian acometiesen la empresa, que ellos entretendrian al enemigo tirándole con la artillería. Resolvió, pues, el marqués de Villafranca el hecho, y girando y poniendo la proa á la ciudad, mandó á los demas capitanes que le siguiesen: entró con bizarría y ánimo invencible por en medio de la armada francesa: el Burdeos tomó por designio abrirse en dos escuadras para cogerlos en medio, y como fuesen pasando y con

la artillería irlas echando á pique, ayudándoles el favor de una calma que les habia sobrevenido. Finalmente, penetró tirando y recibiendo un diluvio de balas hasta pegarse con el muelle: la postrera galera nuestra fué abordada de dos del enemigo y fue rendida; y la confusion tanta, de parte de mar y de tierra, que casi las más de las galeras encallaron y de la fuerza incesante de las balas de el enemigo hicieron agua; muchos de los bastimentos se perdieron, y muchos fueron robados en tierra de los que los sacaban y de los que los esperaban para recibirlos, no pudiéndolo defender el príncipe de Botera que asistia á la orilla del agua, porque la hambre era tal que no respetó á la obediencia; con que lo más se perdió y fué necesario ocurrir á hacer al mar las galeras, aparejarlas y sacarles el agua: finalmente, aquel dia fué de hartura para los soldados con la resolucion del robo, aunque despues los hicieron entrar en dieta por la misma necesidad en que luégo cayeron, y los villanos de Tarragona sacaron á las plazas lo que tenian, porque no abaratasen despues los bastimentos con los que habian entrado. El marqués de Villafranca habló desde su galera con el condestable de Nápoles, príncipe de Botera, diciendo que habia hecho lo que habia podido en servicio del Rey, conservacion de la ciudad y del ejército, y dejando las demas galeras, con otras palabras de mucha cortesía, haciéndose algo á la mar tierra á tierra, hácia los muros de Barcelona por rehusar los continuos golpes de la artillería, se dejó caer al resguardo de Dénia, y las demas galeras de Nápoles y Sicilia, dió órden el príncipe de Botera á D. Fernando de Tejada, como gobernador de Tarragona, que asistiese en persona á la desembarcion de los bastimentos, en que gastó tres dias con sus noches, y era menester todo para defenderlo de la hambre y de la multitud que acudia á valerse de lo que podia. La armada francesa persistia tenazmente en que la artillería no le dejase salir á tierra, y que el agua lo consumiese; y como fuese no dejando lograr la avilenteza y virtud de ánimo generoso del que habia hecho este socorro, hizo llegar cuanto pudo los

navíos, en que recibieron más de dos mil balas, las galeras, el muelle y la ciudad; cosa que puso á todos en notable espanto y admiracion, y el que, demás del tirar contínuamente, echaran cinco navíos de fuego, de noche, para que las galeras se abrasasen; pero no llegaron á efecto por la industria y valor de algunos de nuestros soldados, que echándose al agua los desviaron y detuvieron, con lo que ellos mismos se quemaron. Ya cansados de sacar los bastimentos, viendo el enemigo que no podia ofender más, se hizo al mar, quedando tres galeras de las nuestras totalmente inhábiles para navegar, y las vituallas perdidas; porque demás de esto, cinco mil hombres que andaban en el ministerio con la chusma lo ayudaron á consumir y á deshacer, y así el ejército siempre anduvo ayuno; mas este trabajo se llevaba con general aliento por la esperanza que se tenia de la venida de la Armada real del mar Océano, á cargo del duque de Maqueda y Nájera.

Lunes, por la tarde, diez y nueve de Agosto, llegó la armada á vista de Tarragona en número de treinta bajeles: dió vista á la ciudad, y refrescando el viento, hizo frente al enemigo, como deseaba ya. Viendo tan grueso número de navíos y galeras, se puso en cuidado y discurrió por los rumbos que habia de huir: quién dice quiso dar en tierra para tener más cierta y más segura la fuga de él y de sus ejércitos, digo gentes. El duque de Maqueda no llevaba órden de pelear, sino estar á la que le diese el marqués de Villafranca, y en esta forma los demas generales, cabos y capitanes. Incorporóse la armada con todo el resto de las galeras, y al lado del marqués de Villafranca, y en conserva, más de sesenta barcos y bergantines cargados de vituallas de Vinaroz y de Valencia para meter de nuevo en Tarragona, para fortalecer y animar aquel ejército, como lo hizo ántes con su Capitana la de Nápoles, Sicilia y Génova. Esperaba el duque de Maqueda órden para pelear del marqués de Villafranca, y todos los demas soldados, donde venian muchos señores de Castilla y de la Andalucía para señalarse en aquella ocasion, que no acababa de resolver por causas que no sabemos, y obraba solamente la ar-

tillería: sin embargo, mostró hacer cara el arzobispo de Burdeos, pero no sin miedo, creyendo salir de tan gran potencia hecho pedazos. Esta suspension tenia enervado el ánimo de nuestra gente, porque todos ardian por pelear, haciéndose diversas instancias al marqués de Villafranca sobre este caso; mas como corria todo por su cuenta, le pareció bastaba poner en huida al enemigo y que dejase de infestar la mar y la tierra. Calumniábanle, y dijeron que decia del Ministro que si queria que á costa de su sangre le diesen otra copa de oro como la de Fuenterrabía y á él las balas de los enemigos.

El arzobispo de Burdeos hubo de ir huyendo hasta meterse sin parar en Marsella: siguióle nuestra armada, y esperando por horas nuestros Ministros la nueva de ser tomados y deshechos, y entrar á la vista de los catalanes en Tarragona, con grande destrozo y presa, á postrero de Agosto las galeras y armada dieron vuelta á los Alfaques de Tortosa. Este suceso, tan simplemente acometido, dió mucho que sentir y que hablar en la córte de España y en toda la Europa, y á traer al marqués de Villafranca en todas las bocas de los hombres, porque habia estado en su mano y en la de un general tan valiente y con una armada tan prodigiosa, aprestada con tanto cuidado y millones de plata, haber deshecho la de los franceses, sin haberlos permitido, ni dejado aliento, ni respiracion para volver otro año. Pusieron en las orejas del Ministro el chiste, ó el cuentecillo de la copa de oro; con que el marqués de Villafranca, demás de las borrascas y tempestades de su casa y de su hermano, comenzó á correrlas más deshechamente en la indignacion de aquel hombre, en quien no se dejó de discurrir alguna contradiccion á sus adelantamientos: por otra parte, se veian en él tan contrarios semblantes, que ejecutaba lo uno, y en lo otro se le daria tan poco de las pérdidas, y hacia tan leve sentimiento en ellas, que no le costaba siquiera una hora de moderada salud. Disculpábase el duque de Maqueda con que su ánimo habia sido pelear, mas que él habia estado sujeto á las órdenes que le dieron y á las del marqués de Villafranca, y que las mostraria por escrito; y no

obstante la instancia y protestas que le habia hecho, no dejando de hallarse sentido de que le tuviesen por tan corto y tan flaco marinero y soldado, que no se le fiase á él la libertad de poder pelear y gobernar aquella armada. Oyéronse en este caso á muchos capitanes; con que la culpa se cargaba al Marqués, duque de Fernandina: él decia habia hecho cuanto habia podido, conservado la armada y la gente del Rey, sin haberla aventurado ni expuesto á trances ni accidentes de fortuna, que no siempre ni todas veces son favorables á lo que se pretende; ahuyentado al enemigo, héchole retirar, y metido afrentosamente por sus puertos: victoria que se podia tener por muy considerable, y con la que vencieron muchos y muy esclarecidos capitanes, y dieron honra á grandes Monarquías; y si bien por entónces pusieron en olvido al duqne de Maqueda para no volverle á encargar armada, el aliento del marqués de Villafranca, que mordia el corazon del poderoso, le trajo casi al fin de este año á la prision de la fortaleza de Odon, cerca de Madrid, depuesto de sus cargos y oficios. De esta manera le tuvieron todo el año siguiente, sin residenciarle; y preguntando un hombre curioso cómo no hacian proceso de culpas al marqués de Villafranca, fué respondido que él no estaba detenido por mal vasallo, mal capitan ni mal soldado, sino que se le habia puesto allí, como á Don Francisco de Quevedo en Leon, para que callase; cuyo fin nos quedará para otro libro, en que diferentes tempestades le sacaron de la prision y le restituyeron al generalato de las galeras de España. Como necesario á su manejo, éste es el fin que tuvo aquella armada, en que se fundó y se esperó toda la ruina y terror de Cataluña. Viendo Mos de la Mota que la armada del Cristianísimo no habia obrado nada en favor de Cataluña, y que se habia retirado á invernar, porque ya el tiempo estaba muy adelante, levantó el ejército, quemó las barracas y se retiró á Villafranca de Panadés y otros lugares, y sacudió de sí Tarragona aquel peso y aquel yugo que la oprimia; con que nuestra gente refrescó y descansó de aquel trabajo en los alojamientos, no obstante de que no faltaban

muchas escaramuzas y encuentros de ambas partes, no dejando de ser infestados por la frontera falsa y Perpiñan, haciendo sus embestidas á Colibre para impedir nuestros socorros á plazas tan importantes, cuya gente estaba á cargo del marqués de Mortara y de Julio de Arce, y de otros cabos de reputacion.

Estaba todo el reino de Portugal metido en no menores rumores y discordias que Cataluña, y casi todo encendido en bandos: ni bien unos apetecian el gobierno del tirano, ni bien otros el de Castilla y el del natural y verdadero señor. Hacíanse aprestos para ir á la guerra y á las fronteras, y si bien algunos designios encargados á señores y capitanes no habian tenido efecto, de que toda la Andalucía habia entrado en sospecha de alteracion, muchos de ellos se conservaban fieles al Príncipe; pero la gravedad de los tributos, y los nuevos pleitos ocasionados á algunos Estados hacian variar en la condicion. El Berganza usaba de la tiranía, juntaba gente y dineros para defenderse, conservarse en el señorío y en el mando, aunque fuese á costa de sangre; solicitaba, sin embargo, los auxilios forasteros, como de Francia, Inglaterra y Holanda, hasta meter las mismas inteligencias entre los reyes bárbaros del Africa, para lo cual aprestó un navío inglés, enviando en él al conde de Taroca y á D. Pedro de Silva y á otros caballeros portugueses, con marineros, municiones y vituallas para quitar de Arcilla y Tánger, y de las otras fuerzas de la Mauritania que son del reino de Portugal, los gobernadores afectos y aficionados al rey de Castilla y que las tuviesen en su nombre. Habian sido estos caballeros forzados en la cuestion de Portugal; y viéndose en aquel navío y en el mar, libres de la tiranía, y habiendo metido en él lo que pudieron y lo mejor que tenian en sus casas, apoderándose del gobierno y del inglés, le hicieron encaminar la derrota y las velas á Gibraltar, á poner en manos del Rey católico sus personas, y á mostrar su fidelidad. Túvose noticia de esto en todas aquellas fronteras; con que corrió con velocidad á la córte: los Alcaides ó Capitanes de las fortalezas avisaron luégo estarian siem-

pro á la obediencia del Rey; pidieron asistencia, gente, municiones y bastimentos para proseguir en la constancia y lealtad; pero llegado el navío, y dado fondo en el muelle de Gibraltar, el alborozo de tomar tierra, saltar en ella y dar cuenta del portento á las Justicias y Gobernadores de aquella plaza para que pasase el aviso á Castilla, los hizo tan poco recatosos, que sin dejar guarda ni defensa en él, tomo el Maestro resolucion de alzar velas, y llevándose las haciendas que allí venian, de valor de más de setenta mil ducados, se volvió á Portugal, dió expresa noticia del suceso, y el conde de Taroca y los demas pasaron á la córte, donde fueron recibidos con solemnidad, y alojados generosamente de las expensas del Rey: quién dice que el navío era de Hamburgo, ciudad anseática, que habia traido trigo, por no poderlo ya traer de Castilla, y áun que el descuido fué de los Justicias, que no hicieron lo que les pidieron; en que metió la mano el Consejo real, y los mandó prender.

Íbase juntando un poderoso ejército en la frontera, de quien se habia hecho General al conde de Monterey, haciendo plaza de armas á la ciudad de Mérida, ilustre por los vestigios y memorias que hay allí de los romanos; para cuya guerra se habia doblado y resellado la moneda de vellon, que puso las cosas de Castilla en notable confusion, y desasosiego de los naturales, y del comercio, subiendo las mercaderías y el premio de la plata á excesivos precios, turbando y descomponiendo el uso general de la vivienda. Comenzáronse á fortificar los portugueses en sus fronteras, puestos y ciudades del Reino, y con más prontitud de Lebas, Evora y Lisboa, poniendo mucha artillería en los castillos, levantando máquinas, baluartes, y abriendo trincheras en terreno opaco, con muchos cañones de bronce para rebatir cualquiera entrada que se hiciese por la Barra, accion que no carecia de recelo. Asaltados siempre los ánimos del Berganza y de la mujer, de que cada dia eran acometidos, careciendo por esta causa del sueño y del sosiego, fruto de la maldad y de la traicion, hicieron General de sus gentes al conde de Vimioso, admitiendo siempre

navios de Francia y de Holanda en aquel mar, pero siempre vacilando unos y otros en querer mudar de resolucion; no faltando motines y discordias que traian espantados los corazones, temiendo cada dia que el cuchillo no llegase á la garganta á castigar el delito: quién decia que algunos castellanos, digo, querian volver la casaca, y las fortalezas que les habian encargado, en que algunos castellanos, por su natural, y por la fé que debian al Príncipe, fueron más culpados, que portugueses. Llególes á esta hora una nao de la India, y una flota de carabelas de azúcares del Brasil, y en vez de alentar los ánimos de la gente del Andalucía, donde se hacian gruesas levas para acudir á la guerra de Portugal, se comenzaron á sublevar, con pedir á muchos y á muchas ciudades los títulos con que tenian las tierras y posesiones; porque decian que desde la expulsion de los moros las tenian sin legítimo derecho. Muchos se compusieron, y otros llevaban mal y de peor condicion estos escrutinios, hablando indiferentemente y poniendo libelos por las plazas y esquinas; con que se temia en la Andalucía algun fracaso. Prendieron en Alemania y en la ciudad de Ratisbona á D. Duarte, hermano del Berganza, y le hallaron, digo, le llevaron al castillo de Pasau; de quien se decia que andaba conmoviendo algunos Príncipes protestantes para socorrer á Portugal y fomentar la rebelion; y á D. Felipe de Silva, Castellano de Amberes, en Flándes, hermano del marqués de Gobea, que tambien habia seguido, aunque por fuerza, la fortuna de los demas de aquel Reino, depusieron de sus cargos, más por recelo que por sospecha de su fidelidad, y le prendieron, no más que por portugués, y porque no pasase allá en tiempo que necesitaban de un soldado de partes, valor y experiencia, cuando ellos no tenian ninguno. Las costas del Reino de Granada eran amenazadas de árabes y moriscos, no habiendo parte en el Reino que no se extremeciese de esta sospecha y de este ruido. A Doña Ana María Manrique, duquesa de Abero, sacaron de Setubal y llevaron á Santaren, porque no se ajustaba á la rebelion, y procuraron sujetar al Duque niño á la obediencia del tirano. No estaban seguros los

Prelados que disentian de esto: hacía la Princesa Margarita diligencias, y por la de algunos castellanos, pero no era oida. Aseguraba el rey de Inglaterra al Rey Católico que no entraria jamás en ningun tratado ni concierto con el Berganza, ni ménos haria liga con él. Echóse un bando en la córte, que todos los caballeros hidalgos acudiesen á Palacio, á la sala del reino al instante, y los que hubiesen venido con licencia de Cataluña; que los que estuviesen impedidos viniesen sus parientes á responder por ellos, y que los viejos acudiesen á servir con el consejo contra el tirano; pero la continuacion y la fatiga de tanta guerra, de tantos pedidos, tenia decaido el ánimo de los vasallos, y más parece que se tiraba á desconcertar repúblicas que á armar ejércitos; con que el desconsuelo era general, y comun en todos esperar ruina más que otra cosa; contristando siempre el ánimo del Príncipe, y desconsolando, por aquí, el ardor y el corazon de los vasallos.

Hacia el inglés estos esfuerzos con el Rey Católico por el miserable estado en que cada dia se veia con sus gentes, y habiendo menester para sí las armas ántes que darlas á otro. Veníanles á los portugueses navíos de armas de Holanda y de Francia, introducido ya todo el Norte á su contratacion y comercio; y el rey de Francia admitió la proteccion y embajadores de aquel tirano. Pero en Castilla el Reino, las villas y ciudades ofrecieron infantería y caballería, porque la mano del instigador llegaba á todas partes, y hasta lo más árduo y remoto, y allí pretendia asolar y destruir, y que el mundo todo zozobrase y se revolviese en ceniza. En el Perú se levantaron las alteraciones y novedades sobre el papel sellado, que no querian admitir, y en veloz tumulto quemaron el almacen ó la casa, porque no quedase cosa en el orbe que no fracasase. Mazagan levantó bandera por el Berganza, y casi todas las plazas de Africa corrieron esta fortuna, y las Islas Terceras se aparejaban á seguir el ejemplo, ó muchas de aquellas de la tercera parte del mundo vinieron á manos de holandeses, hasta no quedar en Oriente una fortaleza, ni una pequeña isla por Castilla. Anuncio era de estos presagios lo

que se vió en la córte de Madrid y en algunos lugares antecedentes por la parte de Levante, cosa nunca vista, ni descrita de hombres humanos. Domingo, cinco de Mayo de este año mil seiscientos y cuarenta y uno, á las ocho y tres cuartos de la noche, en la region del Agre, corrió tan fuerte exhalacion de fuego por breve espacio, acabándose y cayendo de repente hácia la otra parte del rio, sobre Carabanchel ó la Casa del Campo, tanto, que quedó la noche por aquel instante, ó espacio, como al medio dia, con espanto de muchos que lo vieron, creyendo venia sobre ellos el último dia en que vendrá y será abrasada toda la tierra. Los que tienen noticia de este género de exhalaciones, dijeron era algun cometa que, no pudiendo subir arriba, se desvaneció: vióse aquella tarde hácia la parte de Levante grande vapor de exhalaciones densas y gruesas, en que se veia de léjos caer y subir rayos, y por esto dieron por causa que seria de aquella materia, ó esta novedad anunciaba que la persona de un gran Príncipe que militaba en Flándes volveria en cadáver miserable al mausoleo de San Lorenzo el Real, ó que se acabarian presto ó se desvanecerian como aquella llama los que metian el fuego en la Europa, como algun Rey, ó dos Privados que hoy vemos precipitados de la misma manera, para darnos á entender que no es más permanente el fuego de la estopa.

Solicitaba el Berganza, con designios contrarios á nuestra seguridad, navíos de Holanda para invadir los puertos de la Andalucía, y ponerlo todo á la desolacion y desventura de un Gobierno poco afortunado. Llegó la flota de galeones á Cádiz por fin de Junio, á pesar de las traiciones de los enemigos. En Lisboa quisieron los enemigos de aquel Consejo fulminar proceso y pronunciar castigos contra los caballeros que se habian venido á Castilla: amanecieron otro dia papeles en las puertas, en que afirmaban matarian á los que lo hiciesen, con que se suspendió, y no pasó el hecho adelante; hicieron nuestras gentes algunas entradas en Portugal por la parte de Elvas, robaron las mieses hasta Olivenza, sin efectuar nada: poníanse libelos en las fronteras, á intencion de

sublevar á Castilla, diciendo habian tratado á los vasallos los Gobernadores como esclavos, no habiendo tiranía que no se ejecutase sobre ellos; y en venganza de nuestras acometidas hicieron las suyas por la parte de Galicia, y el Berganza entró en pensamientos de acomodar sus cosas con el Papa, que diese por buena y justa la rebelion, hacer presentacion de Obispos y otros Prelados, enviar y admitir de una parte Nuncios y embajadores. Propusiéronle su derecho falsamente, con las quejas que tenian de los Gobernadores de Castilla; pero la verdad de esto está escrita con mucha precision y legalidad en Gerónimo Franqué, cuya narracion le dió autoridad entre todos los más elevados cronistas, por estar toda rodeada de sinceridad y llaneza, y sin artificio ni otro instrumento apócrifo, y en derecho con grande erudicion, por D. Nicolás Fernandez de Castro, natural de Búrgos, Senador de Milan, en el libro que escribió de Portugal; convencido contra todos los historiadores y abogados portugueses, en que refutó el derecho que pretenden dar á Berganza. Tuvo alguna sospecha de Prelados fieles y verdaderos que disentian de aquel hecho, como del obispo de Silves de Lamego, y otros, porque se oyó decir al Acuña, arzobispo de Lisboa, primer motor de la rebelion, que si el Pontífice no admitia la eleccion del Berganza seria menester mudar de parecer.

Atendian nuestros Ministros con toda vigilancia y consejo á la reduccion de Portugal, á restaurarla y á castigar los agresores con el hierro y el plomo; y de la misma manera que se habia hecho plaza de armas en Badajoz y en Mérida, puesto cabos y capitanes, y juntado ejército de mucha infantería y caballería, se hizo otra por la parte del Algarbe, y fundádola en el Marquesado de Ayamonte, lugar puesto en las vertientes de Guadiana cuando entra en la mar, haciendo caudillo de ella al duque de Medinasidonia y al marqués de Ayamonte, donde asistia mucha gente de la Andalucía, y mucha nobleza de ella; y túvose pretension que en algunos barcos luengos, á cierta hora señalada de la noche, con ocho ó diez mil hombres armados, entrasen por la Barra de Lisboa, y acometien-

do á la ciudad y poniendo petardos en las puertas de Palacio, romperlas y entrar á fuego y á sangre, matando á los tiranos, al Duque y á la Duquesa, y alzarse con la ciudad, adonde se decia que habia mucha gente noble para seguir la nuestra y el partido del Rey, conjurados de secreto contra el tirano, y restituirla á la obediencia, estando avisado para esto el entrar el ejército luégo que sucediese por las fronteras. Finalmente, este suceso no tuvo efecto, porque el duque de Medinasidonia se disculpó que la armada con borrascas y alteraciones no le habian dado lugar al intento, y el ejército calmó, no pudiendo entrar sin la ejecucion de lo primero, en que pudiera ser que se recobrara el Reino; y por lo ménos quedaran extintos los tumultuarios y agresores: con que los gastos, las pretensiones y tanto ruido de armas quedaron inútiles y el Reino defraudado en tan grandes y crecidas sumas, para no poder volver á levantar cabeza; con que se explayó el suceso, y el portugués se vino á hacer más formidable de máquinas y fortificaciones, y poner en mayor dificultad la restauracion. Llegóse á creer la disculpa segun los intempestivos casos de la mar, sus mudanzas y diferencias, y que en barcos tan pequeños y en mar tan brava podian naufragar; pero este discurso no carecia de calumnia contra la cabeza, si habia sido miedo, ó falta de valor, ó amor propio á la sangre: mas cuando se vió que el Berganza hacia prisiones en la ciudad y en el Reino á los que se habian entregado de toda fidelidad hasta acometidas las sospechas, ocuparon presuncion más profunda de que se habia revelado el suceso, y en este año se oyeron en Cádiz rumores más peligrosos de naves de enemigos, y claramente ó por medio de lo cometido, y salvarse en algun accidente, se decia habia trato en Cádiz para entregarse aquella plaza, y que se queria levantar la Andalucía. Si bien esto parecia dificultoso, y que el intento era muy árduo, porque todos los señores de ella estaban muy sosegados, y sin sospecha, y se tenia en no poca veneracion la fidelidad de los andaluces; como toda ella estaba cargada de pechos, como lo decian sus pasquines, que viéndola frustrada y pintada en forma de

mujer con los pechos descubiertos, y muy pesados, tanto que la agoviaban, diciéndola que por qué no se movia, respondia el pasquin que el peso de aquellos pechos no la dejaban mover; y luégo la repetia: pues levántate: y sin embargo, las grandes sacas que se habian hecho en los hombres de negocios y cargadores de las Indias en la ciudad de Sevilla, tanto que muchos habian quebrado y otros estaban para hacerlo y para acabarse la contratacion.

Púsose vigilancia en aquellos mares y en Cádiz, y el duque de Ciudad-Real mudó los Capitanes y Gobernadores de las fortalezas y de armadas, viéndose rodear aquellas costas de navíos de enemigos sospechosos, con que el Berganza parece tenia inteligencias secretas, y que ya que él no lo podia tomar lo tomase quien lo pusiese todo al trance, y que la guerra que se le pretendia hacer en Portugal recayese en la Andalucía, y que levantada ésta no le fuese posible al Rey Católico parar en Castilla, y que toda España se pervirtiese, y cayese todo en manos de tiranos, para poder por aquí librarse del cuchillo con la confusion y con el estrago; apretando esto con nuevos papeles fijados por las fronteras, en que pedia á Castilla y á Leon se levantasen, se hiciesen á su bando y parcialidad, ofreciendo franquicias y libertades de tributos: y estábalos imponiéndolos él, por llevar adelante sus tiranías. Viéronse los navíos rodear la costa, hasta tener atrevimiento de entrarse en la bahía de Cádiz, y dar fondo, no sin sobresalto de aquellos á cuyo cargo estaba la guarda y la defensa: sin embargo esperaban, porque parte respiraba la traicion para hacer el acometimiento. Púsose la ciudad en arma y en defensa, y no atreviéndose á parar allí, porque el miedo aún todavía tenía enervado el ánimo de los pocos fieles, se hicieron á la mar, corriendo siempre desde aquella bahía hasta Gibraltar, y volviendo al Algarbe, donde los navíos de Dunquerque con su general Júpiter los acometió muchas veces, derrotó y maltrató con la artillería, sin dejarlo obrar ni hacer nada, y deshaciéndole de la esperanza de ningun efecto. Tan miserable estado corria la Monarquía, y en estos lances se habia

puesto al mejor de los Reyes, sin poder tener por esta causa el corriente de lágrimas de los vasallos que verdaderamente le amaban, oprimidos de un Gobierno crudo que las detenia y embarazaba que no se viesen, porque no se esperaba el remedio de males tan inícuos que hacian estremecer los ejes del cielo. Los holandeses y franceses volvieron á salir mezclados con portugueses, con navíos de fuego, tornando á dar vista á Cádiz con ánimo de hacer echar gente en tierra, tomar la ciudad y quemar la armada, que estaba para salir á recibir la flota de la Nueva-España. Pusiéronse á la vista, no sin alteracion de los naturales y de nuestros Capitanes, que la habian retirado á la Carraca; mucha de la gente cogia su ropa y corrian á salvarse á Jerez de la Frontera. Salieron de refresco los navíos de Dunquerque, la Capitana, Almiranta, y otros tres metiéronse entre ellos, y peleando, poniéndolos en gravísimo miedo y terror, dándoles los costados la Capitana y Almiranta para que los aferrasen, y no se atrevieron los enemigos: la cobardía esparciólos la noche; y arredrados á la mar nuestros bajeles se volvieron á entrar en la bahía, no poco ufanos de haber peleado con tan gruesa armada, y que ellos no osasen á embestirlos. Mandaron salir fuera al duque de Ciudad-Real con los navíos que allí habia, para hacer rostro á los del enemigo y escolta á la flota de la Nueva-España, que se esperaba; pero reconociendo en ellos por avisos y espías inteligentes otros motivos, encargaron al conde de Salvatierra, asistente de Sevilla, lo de Cádiz, y al conde de Chinchon, que acababa de llegar allí, del vireinado del Perú, y detenido, sin conocer las causas, los aprestos que se hacian en Sevilla para las cosas de la guerra; porque es gran delirio creer que hombre mortal podia ser Rey de la Andalucía, ni que la Andalucía eligiese Rey donde hay tantos señores fieles que se opondrian, tantos nobles, tantos buenos vasallos, á la vanidad de alguno; porque la Andalucía no es Portugal.

No tuvo efecto la empresa de Olivenza por Badajoz: rindiéronse las Islas Terceras, y dieron la obediencia al Berganza; sola la fortaleza de Angria se mantuvo por algun tiempo,

que no pudiendo ser socorrida, hubo de doblar la cerviz al tirano, con que los galeones y flotas y las demas contrataciones corrian riesgo desde las Indias á Castilla; y la materia del Brasil se partió, y se compuso entre holandeses y portugueses; y áun hay quien dice que está todo por los primeros. Hacian entradas por Galicia, y pasaban de cuarenta lugares los robados y expuestos al fuego, y en el partido de Lobios, en dia y medio abrasaron más de mil y doscientas casas, maltratando y destruyendo por la Puebla de Sanabria: echaron por Badajoz mil infantes y cuatrocientos caballos, que rechazaron mil de los nuestros: acometieron otras entradas por los contornos, y todo de ninguna importancia: dejó el conde de Monterey el ejército de Badajoz con el mal efecto de la empresa de las Barcas, y se volvió á la córte de Castilla. Desahuciados todos nuestros Ministros de poder hacer por entónces ninguna cosa de provecho en el reino de Portugal, discurriendo no poderse hacer dos guerras, por mar y por tierra en España, resolvieron en primer lugar el acabar con una y comenzar la otra, y que la primera fuese la de Cataluña; y desconfiados ya los enemigos de salir con la empresa de Cádiz, determinaron de esperar la flota de Nueva-España en el cabo de San Vicente. Salió á esta hora, y á impugnar este designio, el duque de Ciudad-Real con veintitres navíos bien armados y aprestados á cualquier combate: corrió con velocidad á reconocer el Cabo, y hallando allí los enemigos, peleó con ellos, derrotólos y echó tres navíos á fondo, mató mucha gente de los otros é hirió á grande número; y fué esto á sazon en que tenia órden del Magistrado de la Haya de que si á quince de Noviembre de este año no hubiese venido la flota, de volverse á Holanda. Finalmente, ambas armadas de Levante y de Poniente corrieron esta fortuna, así de Francia como de Holanda, y todas tuvieron el fin tan contrario; los unos huyendo y los otros deshechos y derrotados, sin conseguir faccion ni designio, por más que lo premeditó la infidelidad.

Consiguientemente á esto se vió en Lisboa un prodigioso efecto de crueldad y de tiranía, y se vieron sus calles llenas

de suplicios infames contra los verdaderos portugueses y fidelísimos vasallos á la Majestad católica del rey D. Felipe IV; de cadalsos, y de horcas y de otros instrumentos afrentosos. Hizo degollar el Berganza, y derramar la esclarecida sangre del duque de Camiña y del marqués de Villarreal, su hijo, ramas todas del antiquísimo tronco de la casa real de Portugal; del arzobispo de Braga, del conde de Valderey, del conde de Almenar, del conde de Castañeira, del obispo de Malaca; á Antonio de Mendoza, á Paulo Perez de Carballo, y poner en horcas y hacer cuartos á aquél y á su hijo Gonzalo Perez, y Sebastian Pinto su hermano; á Luis de Abreu de Freitas, y á D. Agustin Manuel degollados, y ahorcados á Paulo de Carballo, á Sebastian de Carballo su hermano, á Antonio Correa, á Diego Ruiz de Lisboa, á Jorge Gomez Alamo su hijo, á Melchor Correa de Franca, á Pedro de Baeza, á Cristóbal Caminha, á Jorge Fernandez del Bau, á Matías de Alburquerque, á Simon de Sousa de Amoeda, cuya sangre dió testimonio de su fidelidad y enterneció el ánimo del Rey Católico y el de los mejores de nuestros Ministros, que deseaban la pacificacion y salud del Reino, viendo casas tan grandes y familias tan esclarecidas deshechas y despedazadas de la hija de una tiranía y de una ambicion. El sentimiento que esto hizo en Castilla y en toda la cristiandad no es posible dibujarlo aquí: dióse más puerta al discurso de que se habia faltado al secreto de ir contra el opresor, y poner en el gobierno del Reino y restituir á la princesa Margarita como de ántes se estaba, y volver el estado y el manejo de los negocios á la union de Castilla, porque de otra manera no podia ser sin revelacion de órdenes y decretos publicados; materias en que discurrian se habian hallado cartas que aseguraban la comunicacion y la alianza con el Duque tirano: quisiéronlo averiguar y dar al castigo tan gravísima maldad, y el no haber tenido efecto pronto el acometimiento de Lisboa, y las otras sospechas de la Andalucía y de las armadas de nuestros enemigos, que la inundaron. Llamaron á la córte al duque de Medinasidonia, que se disculpó de no poderlo hacer por su falta de salud;

cuya respuesta hizo confirmar muchas sospechas y recelos en que ya entraba casi todo el Reino: llamaron al marqués de Ayamonte, y puesto en obediencia y en el camino, lo prendieron en Cardona y llevaron á la fortaleza de Montánchez, donde fué rigurosamente punido y estrechado de guardas y otras justicias; y para haber á las manos al duque de Medinasidonia con recelo de alguna novedad, y que no la tentase, (siendo esto más afectacion que potestad hecha por el Ministro que desciende de su casa, porque no hay alguacil de córte, el más desventurado, que si se lo mandan, no baste á prender al mayor señor de Castilla), tomóse por expediente el poner de secreto paradas de mulas en el camino de la Andalucía, y se hizo eleccion, para salir con el intento, de D. Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio, haciendo publicacion de que le enviaban á una jornada, que si él lo sabia estaba toda la córte ignorante de adonde era: quién decia que para Aragon, quién á Valencia para cosas de Cataluña. Finalmente, con sólo lo forzoso para su persona, miércoles, cuatro de Setiembre, partió á toda diligencia y sin poder encubrir más el secreto, se esparció que para la Andalucía, corriendo ya los discursos libremente por la córte, y de ella por todo el Reino, de que iba á prender al duque de Medinasidonia, ó á matarle caso que lo resistiese; á que atento el patriarca de las Indias, despachó á toda diligencia á su sobrino dándole cuenta del accidente que iba sobre él, que no se detuviese más un punto. Púsose D. Luis de Haro en cuarenta horas en Cardona, trabajado del calor, del cansancio, de la falta de sueño y de la sed, y de no hallar nieve, teniendo ya prevenidas muchas inteligencias en Sevilla para el caso; pero teniendo aviso de la partida del duque de Medinasidonia de Sanlúcar, D. Luis de Haro paró en Cardona, sin hacer otro movimiento ni mudanza, dándose á recibir las visitas y el festejo de los caballeros y parientes de aquella ciudad, como natural de ella; los mensajes que le enviaron el duque de Lerma, y Cardona su cuñado, el duque de Arcos, del marqués de Aguilar, y Montilla, donde poco ántes habia casado de segundo matrimonio el duque de

Medinasidonia; y desde allí los fué á visitar á sus casas, donde se confirieron materias en aquello, y halló en grande serenidad y ócio el ánimo de aquellos por la opulencia y riqueza de sus casas, grandes estados y familias, aunque trabajados de la comun influencia de los pedidos, donarios y otras sacas, investigaciones de tierras, alcabalas y otros derechos de que eran asaltados por instantes de los Ministros de justicia: serenó en Cardona por esta misma causa los espiritus de algunos caballeros que ya no podian obedecer ni tolerar más semejantes decretos, con que en el Consejo del podereso estaban y áun juzgados y tenidos por rebeldes y desobedientes, y acusados por esta causa de las mismas justicias; fortuna en que no sólo estos pero todos los demas militábamos y teníamos por comun estímulo y espuela en los corazones.

Llegó el duque de Medinasidonia por sus jornadas á Illescas, y allí le salió á recibir el patriarca de las Indias, su tio: hablaron en varias cosas sobre la novedad y el accidente, ámbos llenos de dolor y de pena; y arrojóse el Patriarca á decirle al sobrino le dijese la verdad y se declarase con él para buscar el medio que más conviniese al remedio de todo, á la esperanza y firmeza de la causa: él le aseguró que en su fidelidad no habia duda, ni ménos en su proceder ni en lo que el Rey le habia encargado, causa por que no se eligió persona que de ambas partes, con arte y con prudencia, entre él y el Ministro se obrase lo que á todos convenia, para que se excusasen cosas que sirvieran más de daño que de reputacion: hízole preguntas á algunos acaecimientos, á que se disculpó no haber podido más. Pasó adelante, y llegando á la vista de la córte, fué avisado pasase al soto de Luzon, donde allí le esperaba el Ministro; recibiéronse ámbos con demostraciones de amor y de cortesía, si bien los ánimos de cada uno diferentes del semblante: entraron luégo en la palestra de la digresion, donde á los primeros lances le apretó y forzó con varios juros que dijese la verdad: Dios sabe lo que habia en esto, y si esta invencion era supuesta en cuanto fuese preguntado, porque en ella y no en otra cosa era este caballero,

digo, consistia la conservacion de su vida, honra y casa. Era este caballero de más vanidad y presuncion de sangre, que de saber, porque el entendimiento era corto, la sagacidad y la prudencia ninguna. Finalmente, fué examinado y convencido de manera, que cuanto negó al tio refieren que le confesó, habiendo de ser (á mi parecer) al revés, porque no es justo hacerse reo con aquel en cuya mano está toda la potestad, cuando se decia de él que no tenia mayor enemigo ni mayor émulo la Casa referida; refiriendo que la habia destrozado con los pedidos que le habian hecho, y últimamente haberle puesto pleito á las Almadrabas, renta la mayor y mejor que tenio el Estado de Medinasidonia, y sobre que cargaba su mayor lustre y grandeza; pero viendo ya el Gobernador metido el pájaro en la red, quiso que se fuese desahogado, llamó Ministros del Consejo de Castilla y del de Estado, é hizo que le tomase la confesion D. Hilario de la Carrera, del Consejo Real, y concluido esto, metido todo á disimulacion y buen semblante, precediendo siempre la vanidad á la justificacion y al celo, por decir que somos de la casa, le hospedó en el Retiro á su costa; pero la familia era tan corta, que cualquier Licenciado lo podia, donde pensó que los Consejos le fuesen á visitar como al duque de Módena, pariente del Rey. De allí le pasó á Loeches, desde donde venia de noche á Palacio á la presencia del Rey, dado á la disimulacion, con el semblante alegre y muy hallado en todo, como se lo habian aconsejado. No dejando de armarle lazos con el engaño y discurriendo el poderoso lo que se habia de hacer en tal caso con él, y qué castigo se le habia de dar, se quiso ántes tomar la confesion del marqués de Ayamonte, á que pasó D. Enrique de Salinas, alcalde de casa y córte, y haciéndole greguntas, negó poderosamente: reconvínole con la confesion del duque de Medinasidonia, á que dicen que enmudeció y calló por un breve rato, mas que despues, con falta de ánimo y consistencia de valor en los lances de fortuna, confesó, y con esto fué tan estrechado en la prision, que apénas le veia un criado. La resolucion de esta materia, como de capricho tan escogido, se defi-

nió en meter al duque de Medinasidonia en un desafío á título de denostar al Berganza y decirle por un manifiesto todas las afrentas y deshonras que vivian en un corazon que mal advertidamente y con descuido habia ocasionado la pérdida de un Reino de tanta estimacion y de precio, y que no le habia sabido, abrazado á las leyes y rigores de la decencia, conservar; y, por otra parte, por exponer al duque de Medinasidonia á la total ruina suya y á la de su casa, de que se decia se deseaba ya que le sucediesen lances afrentosos con un Reino y con una nacion enemiga y que se sabe burlar de lo más poderoso; diciéndole que por solo aquel camino podia salvar sus calumnias, su reputacion y lo que se murmuraba de él. Púsose el manifiesto en la frontera, que decia de esta manera:

«Don Gaspar Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de la ciudad de Medinasidonia, marqués y conde de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, Capitan general del mar Océano y costas de la Andalucía y ejército de Portugal, Gentil-Hombre de la Cámara de S. M. (Dios le guarde), digo: que como es manifiesto al mundo la traicion de Juan de Berganza, que fué Duque, le sea tambien la detestable intencion con que ha querido manchar la fidelísima casa de Guzman, que por tantos siglos ha permanecido y permanecerá en la obediencia de su Rey y Señor, acreditada inviolablemente por todos ellos con tanta sangre vertida, por no faltar á ella, ha introducido, pues, este tirano en los ánimos de los Príncipes extranjeros, y en los portugueses errados que le siguen, para delito de su maldad, para aliento de ellos en su favor, y para descomponerme, aunque en vano, con mi Rey (Dios le guarde), que yo le asentia en su opinion, fundando en esta voz y en este vertido veneno su conservacion, pues si se pudiera conseguir que dudara le faltaria tanto opósito despues de los misterios de sus pérfidos cedulones arrojados en Castilla, me hizo aclamar libertador del Andalucía y favorecedor suyo, festejando esta ruidosa malicia con luminarias y públicas demostraciones; convenciéndose él mismo de su falsedad, pues si lo que pudo ser, yo siguiera este intento, si no su importancia, estaba en el

silencio, valióse para su engaño maquinado de la ocasion de un fraile que piadosamente envió la Junta de Ayamonte á redimir la vida de un hombre, que condenado á muerte por espía estaba en Castromarin, pasando el religioso á Lisboa preso, de donde con cautelas aparentes, en prosecucion de su intento, derramó el tirano algunas cartas falsas que insinuaron correspondencia conmigo, y dió á entender que yo daria puerto á las armas extranjeras si vinieran á estas costas; todo en órden á facilitar que fuesen á ayudarle: pluguiera á Dios que asi fuera, y viera el mundo efectos de mi fineza en el destrozo de sus navíos, como lo habia experimentado con las órdenes que dejé si lo hubiera intentado, esto es, despues de lo principal, y el que sea su mujer mi sangre, deseando verterla por corrompida, me ha puesto en obligacion de mostrar mi reconocimiento á la Majestad de mi Rey y Señor, de la constante satisfaccion que ha tenido de mi lealtad y darla al mundo enteramente si la dudó.

»Y así, desafío á Juan de Berganza, que fué Duque, como fementido, aleve á su Dios y á se Rey, á singular batalla cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, dejándolo á su eleccion, como tambien el género de armas, para junto á la raya, en Valencia de Alcántara, donde esperaré ochenta dias, que corren desde primero de Octubre y cumplirán á diez y nueve de Diciembre de este año, y los veinte últimos estaré en el dicho lugar y sitio con mi persona, y en el dia que de ellos me señalare le esperaré; con que el tirano tendrá tiempo para saberlo, y los reinos de Europa y el mundo, y dentro del mismo reino de Portugal asegurará él, á satisfaccion de los caballeros que yo enviaré con creencia mia una legua de Portugal, como yo tambien aseguraré á los que enviare, otra legua de Castilla, á entera é indubitable satisfaccion suya; adonde le daré á entender el hecho tan infame que usó, y si no cumpliese con las obligaciones de hijodalgo de sangre, por acabar con esta fantasma por el camino que me queda, si él no se atreve á salir á la batalla, y por parecer él que soy yo y han sido los mios con sus Reyes (al paso que los suyos, traidores), desde

luégo ofrezco con licencia de S. M. (Dios le guarde) mi ciudad de Sanlúcar de Barrameda, asiento principal de los duques de Medinasonia, á quien lo matare. Y puesto á los Reales piés de S. M., le suplico no me ocupe en esta ocasion en mandar armas por la templanza y prudencia que en muchas ocasiones pide este ejercicio, si no permitirme que por mi persona vaya á servirle con mil caballos mios, para que pudiendo entónces obrar sólo con mi honrado coraje, no solamente sirva para la restauracion de Portugal y castigo de este rebelde, sino que por mi persona y la de mis tropas pueda yo, si no sale á pelear conmigo cuerpo á cuerpo, traer con ellos á sus Reales piés á este hombre muerto ó prisionero; y por no dejar cosa que pueda obrar mi celo, á cualquier Gobernador, Alcaide ó cabo que entragare alguna plaza de la corona de Portugal á la de Castilla que S. M. juzgare ser importante á su servicio, demás de las mercedes que S. M. se sirva de hacerle, le daré uno de los mejores lugares de mi Estado, quedando siempre poco satisfecho de cualquiera demostracion que hiciere, supuesto que cuanto tengo lo debo á S. M. y á sus gloriosos progenitores. En Toledo á veintinueve de Setiembre de mil seiscientos y cuarenta y uno.»

El manifiesto parece declara bien el caso, y arguye que no se forjó para otra cosa sino para hacerlo y darle al mundo, no para otra cosa sino para alimentar sospechas en ingenios, en corazones vivos: fué su ruido de grandísima novedad entre los hombres de juicio, y á tenerle por desatinado y sin prudencia decian, que era más vano que de sustancia para enmendar ningun yerro, y que por raro camino y capricho se le deshacia al duque de Medinasidonia del entendimiento; se le limitaba torpemente de la capacidad y de manejar armas en servicio de la Majestad, y le querian apear, ó que no era apropósito para el generalato de la Andalucía que andaba en su casa, y por otra parte se le exponia á destruírsela con la oferta de los dos mil caballos á su costa. Tuvo el mundo mucho que hablar de esto, que murmurar, y aunque reteniéndolo por dislate, y que arrojaban á aquel caballero á las tem-

pestades y desaires de una nacion libre y atrevida, y tan cerca y á las rayas de sus fronteras. Fijóse el manifiesto, y el Duque pasó á cumplir el desafío al puesto señalado, que más pareció penitencia de culpas que remedio de fracasos. Estúvose allí todo aquel tiempo, sin que por la parte de Portugal se hiciese nada, ántes callaron y mostraron tener juicio á semejantes calumnias, y solamente se dejó correr desde allí para la córte algunas palabras libres, diciendo que en Lisboa no conocian hombre que se llamase Juan Berganza sino un negro que se llamaba así. Cumplióse el tiempo, y de este hecho no hubo otra accion más memorable que mandar detener al Duque en Trujillo y en aquellos lugares, junto á Medellin, sin declaracion de otra cosa. Esto dejaremos ahora en este estado hasta que cierta circunstancia nos lo diga el año que se sigue, y veremos allí su prision y todo con grande dolor y enfermedades mortales de su tio el patriarca de las Indias, por no haber podido reducir esta materia á fin más saludable y más decoroso para la casa. Dieron libertad á la princesa Margarita, porque ella lo pedia para excusar los gastos, y por quitar del Reino la fé y el ardor de algunos verdaderos portugueses que deseaban su restauracion y volverla á la Regencia, y resarcirse de aquel cuidado y sobresalto, estímulo y espuela de todo tirano.

Pero el marqués de la Puebla por ningun caso, por hacerle padecer y arruinar de las grandes rentas adquiridas, alhajas, preséas y edificios, por miembro de los que nos mandaban y de aquellos que á todos nos habian hecho padecer, pedian por él al hijo del Secretario de Estado, Francisco de Lucena; pero éste, salido de aquí años ántes por desconfianzas en materia de limpieza de manos, y arribado allá con la rebelion al oficio por desfavorecido en Castilla, despues las cosas de Portugal le pusieron en tal despeño, los del Reino y el Berganza, que paró en la horca y hecho cuartos, con que el Alfonso de Lucena no prestó para nada, y le echaron de la cárcel de Madrid, donde habia estado mucho tiempo por celos del padre. La princesa Margarita la mandaron hacer alto en

Mérida, para regir el ejército, por no traerla á la córte á que no delatase las cosas contraidas en el Reino, no cargase á alguno. Hicieron al condestable de Castilla General de él, y al conde de Salvatierra de la caballería, con la manutenencia de la asistencia de Sevilla, y General de la artillería á D. Luis de Alencastre, tio del duque de Abero; Maese de campo general á D. Juan de Garay, permaneciendo sólo éste, porque todo lo demas paró en dibujo: el Papa admitió los embajadores de Portugal, y hecho por España algunas diligencias para deshacer esto, y que no los admitiese, dió por respuesta que era menester oir las partes, y el marqués de Castel-Rodrigo, de nacion portugués, y embajador en aquella córte, siguiéndole siempre las iras del poderoso, y la peregrinacion á que le tenia destinado, lo arrojó á la de Alemania, y el marqués de los Vélez sucedió en su lugar, colorando por aquí la falta de providencia que se tuvo con él en lo de Cataluña, juzgándole más apropósito para el Senado que para lo militar. Volviendo con precision á algunos fragmentos de Cataluña, habiendo informado rigurosamente de los malos alimentos de Tarragona, del sitio, y de haber comido caballo y otras cosas asquerosas, el príncipe de Botera, le rindió muerte, y los catalanes se resolvieron de dar libertad á la duquesa de Cardona y á sus hijos, y á una hermana del marqués de Aytona por los embajadores del Principado y ciudad de Barcelona, determinando la entrega á la vista de Tarragona; y el Mota, por dañar y sustentar el ejército, le comenzó á hacer estragos en los lugares de la frontera del reino de Aragon: embistieron á Tamarit, y le robaron, y quiso sin embargo invadir el Condado de Rivagorza, si no se armára la tierra con gentes, armas y contribuciones, con que aquellos vasallos se pusieron en defensa; sin embargo, saquearon á Castillonroy y lo abrasó en parte, y á fin de entrar con intento de pasar adelante, salieron á ellos alguna caballería, que alojaba en Monzon, con que les hicieron dejar la presa. El marqués de la Hinojosa, con la muerte del príncipe de Botera, dió la obediencia al marqués de Torrecusa, y á su ejemplo todo el ejército: quisieron poner

allí al duque de Maqueda, pero esto no tuvo efecto, porque los disentimientos que habia de él en materia de la armada, querian arrastrarle al juicio de la córte, mas él se disculpaba que aunque de mala gana habia cumplido con las órdenes que le habian dado, y estado á las del marqués de Villafranca. Hallábase Perpiñan apretado y falto de bastimentos y municiones, y como por una parte tenia la dificultad y aspereza de los Pirineos para haberlos, y la Francia, y por acá todo el Rosellon ocupado de franceses y catalanes enemigos, estaba en perpétuo riesgo y perplejidad, y por el mismo consiguiente el castillo de Salsas y como si á desalojarlo; por lo cual, y para su desembarazo, se envió por mar al marqués de Torrecusa con seis mil infantes y quinientos caballos para socorrerla, y los franceses dieron vista á nuestra gente, que estaba en Monzon en número de cinco mil infantes y dos mil y quinientos caballos á cargo de Vicencio Lamarra, italiano, y otros cabos, entendiendo queriamos pasar á Lérida y ponerla en obediencia. Mandóse ir al marqués de Leganés á Tarragona á gobernar aquella guerra y aquel ejército, y él lo oyó no de buena gana, y excusándose con achaques y áun otras flaquezas que no refiero, por no ser naturales ni legítimas al valor de soldado, diciendo que le habian concedido á manos llenas el dinero y no se le dejaban gozar; recobráronse algunos lugares de la frontera, como Almenara y otros: investigando siempre la hacienda de los vasallos de Castilla, concedió el Reino nueve millones, buscando los arbitrios más pesados que podian ser, de bajo de nombre de guerra, queriendo echarlos sobre las casas, censos y tierras para sacarlos, y consumirlo todo. El marqués de la Hinojosa recobró de los enemigos á Salo, en la ribera de la mar, cerca de Tarragona. Mandóse sellar en Castilla la demas moneda de vellon, con que todo se metió á más confusion y ruina de comercios, y á vender las cosas á subidísimos precios, y á subir el premio de la plata á lo que no se podia imaginar. En Perpiñan el marqués de Mortara tuvo reencuentros afortunados con los franceses, donde se hicieron algunas presas de consideracion; y el marqués de Torrecusa

llegó á Colibre con los navios, y la gente saltó en tierra, y dispuso con brevedad hacer el socorro á las dos plazas, donde no dejó de hallar opósito y dificultades en los enemigos y en la tierra, y en algunos pasos de rios, donde le fué forzoso vencer con el valor y pelear por más de seis veces. Al fin las socorrió, y metió el trigo en Perpiñan y todo lo demas que llevaba, cosa que se sintió mucho en toda la tierra, particularmente en Barcelona, por donde se alcanzó á saber con brevedad en la córte de Castilla. Hubo en Cataluña otros reencuentros y trances, que por no ser de memoria los excuso: despues fué introducido D. Pedro de Aragon, marqués de Povar, en el manejo de las armas de Tarragona, juntamente con el marqués de la Hinojosa, á cuyo cargo estaba todo; murmurándose entre los cabos y soldados viejos que la milicia de Cataluña la mandaban bisoños, porque Leganés aún no habia ido, retardando su jornada cuanto pudo, más amigo de los haberes y homenajes de su casa que de las balas ni de los estruendos de Marte.

Súpose despues que el arzobispo de Burdeos habia pedido cuatrocientos mil escudos á la ciudad de Barcelona para refuerzo y necesidades de la armada y paga de sueldos de soldados, y que fué respondido con aquella aspereza de condicion suya que no los tenian, dándole por vejacion y por cargo, que los progresos de este año no habian sido á su satisfaccion, que el rey de Francia habia ofrecido echar el ejército del rey de España del Principado en todo Mayo de este año y que no lo habia hecho, ántes que habian sido echadas sus gentes de Tarragona y otras partes, y las armadas de mar, así de galeras como de navíos, arrojadas del Mediterráneo por las de Castilla, y tanto de mayor ignominia, cuanto apretados aquellos de la hambre y de la necesidad, no les habia sido de más sustento á la vida que seis onzas de bizcocho, una de aceite y cuatro de caballo, cuando á ellos no les habia faltado nada, ántes sobrádoles cuanto habian menester; y sin embargo habíamos prevalecido contra todos sus aprestos y armas, habiendo muerto nosotros de nuestros caballos, para comer, más de

seiscientos; y á este fin, y para proseguir que no pereciesen en el cerco, les habian llegado de Madrid otros tantos para volver á matarlos, que esto sólo habia podido acabar aquella guerra y deshacer aquel ejército, y que nada se habia hecho, ántes arraigádose más en el corazon de la provincia. Vióse por estos dias el embajador de Portugal en Barcelona á procurar llevar adelante aquella diferencia y rebelion, para excusar la suya y mantenerse á la sombra de aquellos; materia de estado de traidores. D. Luis de Haro, despues de haber visitado en sus casas al duque de Lerma y Cardona, al marqués de Priego y al duque de Arcos, volvió á Madrid, disimulando su jornada y para lo que habia ido.

En ambas Germanías tenia oprimido el peso de la guerra á todos sus Príncipes de manera, que se buscaban medios para resarcir y echar de sí tan grave carga, y publicaron querer juntarse el Emperador y los Electores en una Dieta para venir á la paz y castigar los transgresores de ella y los que pervierten el sosiego y el estado público. Los enemigos y adversarios de esta virtud se armaban para contradecirla, consolidados como siempre de las asistencias de Francia y de todos los demas de la parcialidad protestante; de suerte que todos conducian sus armas, y el fuego de la desolacion se alimentaba en el corazon de los malos. El infante D. Fernando pedia dineros y gente para la guerra de este año, porque los franceses juntaban sus tropas y guarniciones para proseguir en los sitios de plazas, quemas y talas de casares y villajes abiertos, y si bien en la frontera y provincia de Campaña habia algunos señores mal contentos y poco afectos al Richelieu y á su Gobierno y querian hacer demostraciones de su fé para con el Rey, todo se remitia á las armas, á los derramamientos de sangre, á buscar ligas en Alemania, en el infante D. Fernando, en Inglaterra y en Dinamarca, con ingenio, con solicitud y con cuidado, con aparejos de todas partes; pero el Richeliu, cuanto quiera que nos veia solícitos á buscar alguna diversion, en las acometidas de Flándes, y que queriamos volverle la guerra á su casa y á metérsela por sus puertas, en recompensa de tan

pesados hechos, todo lo libró, y la seguridad de la Francia y destrozo de los mal contentos, en el golpe de una pistola que lo ejecutó, como sagaz y sanguinolento destructor de la nobleza y claros varones de aquel Reino; no obstante pudo acomodar á su partido por seiscientos mil florines á Cárlos, duque de Lorena, y atraer sus tropas para juntarlas con las suyas, sacándolas del Rey, digo, del País-Bajo, y de la devocion del Rey Católico; cosa que causó admiracion en todas aquellas partes que un Príncipe de tan gran cabeza faltase á la constancia de las obligaciones que debia á la casa de Austria. Fué de algun perjuicio esta desunion para las cosas de Flándes, porque llevó tras sí más de seis mil hombres y los juntó con la gente de Francia. Nuestra falta de fortuna y quiebra de reputacion hacia mudar los auxiliares de sus primeras intenciones y acomodarse con los mismos que los habian destruido y quitado los Estados. Juntáronse el Emperador y los Electores del Sacro Imperio en Ratisbona á tratar de las cosas de la paz y á oir las dependencias de los príncipes de la Europa, y á investigar las causas de la guerra para mediarlas, á que acudieron Embajadores de todas partes: estaban los herejes protestantes muy soberbios, introduciendo prácticas y peticiones para no dejar llegar las cosas al estado que se pretendia, por el calor que les daba con su ejército el Vanier, Capitan general de las gentes de Suecia, temiendo, digo, teniendo rodeados con sus tropas todos aquellos cantones de herejes y mal contentos, si bien él estaba á ocho leguas de Ratisbona con su grueso en Cam; pero las correrías suyas llegaban hasta las fortificaciones imperiales, llevándose las centinelas: atrevimiento que hizo entre algunos Ministros, entre el Emperador y Elector, duque de Baviera, juntar sus gentes para rebatir la insolencia de este enemigo y dar de improviso sobre sus cuarteles. En resolucion: por más que la quiso cubrir el secreto, se supo un mes ántes, con que se dieron prisa á juntar las armas, si bien por el rigor del tiempo, frio y helado, se interpusieron algunas dificultades; pero viéndose ya nuestras tropas á seis leguas de Ratisbona, y que no lo podian ignorar

los enemigos, se dieron, de confiados, á esperarlas, creyendo y diciendo ellos, no dando crédito á nada, que solo serian tropas de Baviera, de las cuales no se recelaban. Ultimamente les ayudó á este empeño la estratagema de hacer un puente hácia Extraorvinguen, seis leguas de Ratisbona, el Danubio abajo, publicando era para pasar el ejército del Elector; pero las tropas suyas y del Emperador lo hicieron por otro viaje y por un puente de barcas que se hizo con toda brevedad y á deshora, y se pusieron á una legua de Ratisbona, valiéndose para la marcha de la noche, y apareció casi junta de repente la caballería de ambos ejércitos, siguiéndole el archiduque Leopoldo, hermano del Emperador, con la infantería y la artillería; y si bien estaba dispuesto que á cierto tiempo y hora arribasen el conde Picolomini con la del Emperador, y el baron de Gleen con la de Baviera, para coger desapercibidos á los enemigos del Imperio, llegó Picolomini ántes que el otro, y siendo sentido, y queriéndose juntar los dos Generales de la nacion protestante que estaban alojados en diferentes puestos, se atravesó Picolomini, cortando al Slang, con que á Vanier le fué forzado salir á toda prisa de la ciudad de Cam, dejando mucho bagaje y municiones, marchando á toda prisa por ver si podia socorrer al Slang, que le pareció era imposible, y que la diligencia del gran Picolomini se le llevaba de vuelo y entre las uñas, para deshacerle. Llegó el dia siguiente el Gleen, dando caza á Vanier, que solo le llevaba dia y medio de ventaja, ayudándole Picolomini con parte de su caballería, y quedándose con el cuerpo principal á aguardar al Slang, que no teniendo fuerzas para pelear con tanto grueso como el imperial, y ménos escaparse como lo intentó, tomó por arbitrio meterse en Neuburg del Bosque, plaza suya, juzgando le dejarian por embestir al Vanier, como caudillo principal y cabo de una nacion aborrecible por sus maldades y desolaciones á todo el círculo del Imperio. Pero este discurso le salió en vano, porque llegando ya la infantería y artillería con la persona del archiduque Leopoldo, le apretaron de suerte en esta plaza y tan aprisa, por no perder la otra presa, que asaltando

los imperiales la ciudadela, en que se perdieron cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, por haber respondido Slang al Archiduque, que le hizo preguntar si queria rendirse, queria morir ántes en la defensa como soldado; al fin, apretando vivamente la batería, se rindió á discrecion y á las leyes del vencedor; con que le tomaron prisionero al Slang, General de la caballería de Suecia, al marqués de Durlac, Príncipe del Imperio, cuñado del Vanier, tres coroneles, y más de ciento y treinta oficiales, capitanes y sargentos mayores, treinta y dos banderas y mil y seiscientos caballos, corazas infantes quinientos, y cuatrocientos croatos huidos ántes, ó el año pasado, del servicio del Emperador, todo el bagaje que allí tenian, y más dos mil caballos de forraje y de carros. No pareciendo perder ocasion, ántes lograr el tiempo en lo que quedaba, mandó el Archiduque montar en estos últimos dos mil caballos dos mil mosqueteros, que á toda prisa y á cargo de coronel de reputacion, fuesen en busca y en socorro del Gleen, General del duque de Baviera, que pedia mil infantes, diciendo que á haberlos llevado hubiera preso al Vanier y á su mujer, hermana del marqués de Durlac, pero que le habia ya tomado parte del bagaje y muértole parte de la gente que se le iba quedando por el camino cansada, y que la otra se le huia á los bosques, y que si llegase á tiempo alguna infantería le cortaria los pasos; con que habiendo partido Vanier de Cam á diez y ocho de Marzo, la vuelta de Egra, lugar situado en la Bohemia, sepulcro de la traicion de Friolan, buscando algun sagrado donde acogerse, no teniendo ninguno por seguro, le siguió Gleen desde diez y nueve, y la faccion de Neuburg fué á veinte, marchando luégo Picolomini y Leopoldo con todo el ejército de su hermano en alcance de Vanier, enviando al mismo tiempo á Ratisbona todos los prisioneros, que entraron rendidos y por triunfo de los soldados imperiales, á que salió con mucha alegría todo el concurso de la ciudad. Propusieron al Emperador el castigo de los cuatrocientos croatos rebelados, quién decia habian de ser degollados; pero la humanidad de aquel Príncipe, enemigo de

verter sangre humana, los mandó entregar á D. Francisco Melo, plenipotenciario del Rey Católico en Ratisbona, asistiendo con el marqués de Castel-Rodrigo, embajador de España para las materias y direccion de la Dieta, y que los enviase por forzados de la escuadra de las galeras de Génova que paga S. M.

Quejábase Vanier de los Ministros franceses, que le empeñaron tan adentro en órden á divertir los progresos de la Dieta con grandes promesas de dinero y de gente, subiéndola por el Palatinado de Baviera para que hiciesen diversion y entretuviesen la gente del Elector, y que con esto pudiese Vanier tentar la ocupacion de Ratisbona; empresa que, faltando la asistencia de las armas del Bávaro, no serian bastantes á impedírsela las fuerzas solas del Emperador; y habiendo dias ántes comenzado á entrar algunas tropas francesas hasta el Vitemberg, á cuyo opósito se envió de la faccion cesárea al coronel D. Jacinto de Vera con cuatro regimientos, despues se supo que los franceses no pasaron adelante en apoyo de los coligados, y que algunos se retiraron á los presidios de la Alsacia, y otros dijeron que iban llamados á Francia para consolidar la rebelion de Portugal, porque este año querian ayudar al Berganza á su defensa por el ejército que habemos escrito puso el Rey Católico en las fronteras, pero aquella frontera, digo victoria, no dió lugar á ningun socorro. Pensóse por la misma causa sacar algun buen efecto de este suceso, pero todo salió vano y de ningun provecho. Díjose que el Archiduque habia hallado en la recámara del Slang ciento y cincuenta mil zequíes, que hacen en nuestra España valor de trescientos mil escudos, que repartió entre los soldados; y decíase que el Gleen habia tomado ciento y treinta carros de bagaje, cinco piezas de artillería y un convoy principal, y que tuvo cortado á Vanier para que no pasase el aviso. Volvió el Archiduque con Picolomini á Ratisbona, y fueron recibidos con aplauso singular: mandó el Emperador conducir en barcas por el Danubio á las plazas de Hungría los prisioneros: en Franconia, Gil de Aix, sargento general de batalla del

Emperador, habia dado sobre un cuartel del coronel Rosa, que andaba en la faccion francesa y debajo de la conducta del general Tubal, reliquias que quedaron de Veymar, con seiscientos caballos de sus levas, derrotádole mil y degolládole trescientos, sin querer dar cuartel á ninguno, diciendo que estos enemigos tendria ménos el César: diósele órden á Gil de Aix para reforzarse de los presidios de aquella provincia, y que la tuviese enfrenada y en obediencia. Derrotó el baron de Gleen dos mil caballos del Vanier, teniéndolo apretado y sin dejarle obrar, esperando infantería para prenderle; pero el número de los prisioneros será necesario volver á hacer relacion de ellos. Fué preso el general Slang, cuatro coroneles, diez y ocho capitanes de dragones, dos sargentos mayores, dos tenientes coroneles, dos tenientes de capitanes, veinticuatro tenientes de infantería, veintisiete alféreces de caballos, treinta y tres cuartel mayores de regimientos, sesenta y tres sargentos, ochenta y seis caporales, dos mil soldados, seis oficiales de víveres, cuatro camaradas de Vanier, once vivanderos, cinco mil caballos de bagaje y soldados, con gran número de muertos que no se pueden referir por ser muchos; todo de grande gloria para aquella nacion y aquella silla. No fué de menor grandeza la que á esta hora alcanzaron del general Chatillon los señores de la Francia, si bien de poca fortuna por la muerte del más relevante de aquella faccion, y siguiendo los franceses el curso de guerrear en el País-Bajo, sitiaron á Herc; pero el infante D. Fernando, juntando el ejército, montó en campaña, dando la mano á los unos y á los otros, procurando defender y dar socorro á tan importante plaza, y asistencia de armas y dineros á aquellos señores, determinados de hacer una diversion entre el País-Bajo que doliese al tirano y al opresor de ella, padeciendo en todas partes de esta calamidad y miseria.

Deseaban algunos señores franceses insinuar al Rey Cristianísimo la cadena en que el Cardenal duque de Richelieu tenia la Francia, y entre otras atrocidades desterrada la nobleza y cautiva la justicia, con cuyo pretexto se retiraron á

Sedan, de quien era el señor soberano el duque de Bullon; desde donde procuraron hacer todos los oficios debidos á su sangre para que el Rey los asegurase de los designios del Cardenal; pero viendo que sus quejas eran vanas y sus oficios inútiles, y que se solicitaba con toda violencia su prision y muerte, y juntamente se trazaba de desarraigarlos de aquella plaza y frontera, perjudicial á los intentos de la Francia, y deshacer al Rey Católico y al Ministro de la esperanza en que habian entrado de poder hacer diversion y prorumpir las glorias de la nacion, trataron de defenderla y defenderse con las asistencias que habian alcanzado. En esta manera, juntos, y acantonados en Sedan, Luis de Borbon, conde de Soisons y de Lermon, Par y Mayordomo mayor de Francia, Príncipe de la sangre, hermano de la princesa de Cariñano, mujer del príncipe Tomás, á quien habian hecho cabeza y dar título aquella gente de los Príncipes de la Paz; y seguia Cárlos de Lorena, duque de Aguisa, príncipe de Joinville, conde de Eu, soberano de Craste au Rencur, almirante de los mares de Levante, y Cárlos Roberto de la Marca, duque de Bullon, señor de Sedan, de Tamets y Rancoart, conde de Brenne, y otros señores de la mayor clase de la Francia. Por causas que les movió á ello, y por felonías del Privado tomaron las armas para rebatir las injurias y desaguisados del imperioso. Habia entrado éste en aborrecimiento y ódio con el conde de Soisons despues que le encargó el paso de la Soma para que no le penetrase el infante D. Fernando, cuando corrió con el ejército á invadir la Francia: quién dice que por no haber querido admitir al matrimonio á la Combalet, sobrina del Richelieu. Comun era la digresion de este hombre con todos aquellos señores sobre no querer ninguno á esta mujer; y todos vivian amenazados hasta no perdonar al Monsieur, hermano de su Rey, sobre quien tuvo sus peleas, y querer deshacerle del matrimonio justo de madama de Lorena. Celaba tambien el Richelieu al príncipe Tomás mandar las armas en Flándes y en Italia, y que su hermana y sobrinos estuviesen en España y hospedados tan altamente en el Palacio del Rey Católico.

Antes de entrar en la batalla y á referirla, será bien que sigamos sus descargos, que se contenian en este manifiesto.

Habiéndose considerado para tratar de la paz general, y en particular la del reino de Francia, declaraban primero, que el celo que tenian del servicio del Rey Cristianísimo y el bien de sus Estados, les obligaba á valerse del solo remedio que las violencias y artificios del cardenal de Richelieu les habia dejado para dar á entender á S. M. Cristianísima el modo de proceder que tiene en la disposicion de las materias; y así, para que nadie dudase de la sinceridad de sus buenas intenciones, protestaban, sin tener consideracion á sus intereses propios, ni resentimiento de las injurias que han recibido, que el único fin y principal es la gloria del Rey y el reposo de su Reino, y restituir las cosas en su ser antiguo y hacer establecer las leyes que están revocadas y destruidas, y las inmunidades, derechos y privilegios de las provincias, ciudades y personas particulares que están violadas; las órdenes en los Consejos, en la Guerra y en la Hacienda que están pervertidas, y procurar la libertad de aquellos á quien sólo la opresion tiene prisioneros; alzar el destierro á los desterrados, la restitucion de los bienes y oficios de los confiscados y desposeidos, el honor á los infamados, el respeto á los eclesiásticos y nobles, la dignidad á los Parlamentos, las riquezas al comercio, el descargo al pobre pueblo, la buena inteligencia con los extranjeros y de granjear la paz á todos. Por estas causas decian haber tomado el expediente, que juzgaban ser conveniente, que era confederarse con los vecinos deseosos de la paz, la cual no podia ser segura no siendo honrosa y alcanzada del Emperador y del Rey Católico de España; las seguridádes todas que podian sosegar el ánimo del más escrupuloso francés, como mostraron en tiempo y lugar por los tratados, y sobre todo por los efectos; por lo cual si alguno se opusiese por armas, consejo ó en otra manera á este justo designio, seria tratado como enemigo del Rey Cristianísimo y del Reino, y los que quisiesen vivir en paz quedarian quietos, y todas las provincias, ciudades y personas que se juntasen con ellos re-

cibirian con la mudanza, que esperaban de Dios y del Rey Cristianísimo, la asistencia que le prometian, protestando no dejar jamás las armas hasta que á cada cual se le diese lo que le tocaba y pertenecia. Publicada esta protesta, comenzaron á prevenirse para la defensa, para la guerra y para el sitio que los amenazaba.

A esta hora, el Mariscal de Chatillon con su ejército dió vista á aquellos confines, habiendo tenido inteligencias que traia órden expresa del cardenal Richelieu de batir y tomar el castillo de Bullon y echar la circunvalacion á Sedan, y por cartas que interceptaron, donde se manifestaban los deseos de su ruina: dejóse ver Chatillon, habiendo salido de Remilli, donde estaba acuertelado, con tres mil infantes y dos mil y quinientos caballos y ocho piezas de artillería, y discurriendo por la campaña, se avanzó la vuelta de Sedan á lo largo de la ribera de la Mosa, y atacando algunas tropas que le salieron al opósito para estorbar sus aproches, hizo disparar algunos tiros contra la plaza. Viendo aquellos señores la rotura manifiesta del Richelieu, comenzada por Chatillon, salieron á la campaña á proponer una justa defensa al mundo y á los Príncipes vecinos: salieron de Sedan á seis de Julio de este año con sus tropas á la mitad de aquel dia, habiéndose juntado con las del baron de Lamboy, aleman; hicieron frente de banderas y batalla á vista del ejército de Chatillon, y habiendo primero entre todos acuerdo y consejo sobre lo que habian de hacer, resolvieron de pelear, no obstante que faltaban algunos regimientos alemanes. Volvió la casaca el duque de Lorena, y se pasó á Flándes con sus tropas y al auxilio del infante D. Fernando, todavía cansado del proceder injusto de los franceses; pero apénas llegó á los contornos de Avevila, cuando tornó á arrepentirse y cedió de lo comenzado. El duque de Guisa no estaba en el campo, y apénas se tomó esta resolucion, cuando el enemigo comenzó á retirarse en buena órden, fué de parecer el duque de Bullon que se le dejase obrar su designio hasta que se perdiese de vista: echósele la artillería, digo infantería, que le cortase, y

el Duque con la caballería marchó por otro lado á lo mismo: la infantería cumplió tan bien con lo que le tocó y estuvo á su cargo, que atacó al enemigo vivamente, aunque le halló en puesto ventajoso, que siendo retaguardiado del regimiento de dragones del baron de Zelle, desacomodó tanto á los franceses, que fué causa que toda la caballería enemiga viniese á atacar su regimiento, mas resistióla valerosamente aunque con alguna pérdida; el conde de Soisons, que estaba cerca, con la compañía de su guarda, se avanzó, y deteniéndose un poco, y alzando la visera para reconocer lo que pasaba, uno de su guarda, pagado por el Richelieu, le arrimó la pistola debajo del ojo derecho que le trastornó muerto del caballo. Los suyos, con advertencia, aunque en tanto dolor, por no desmayar los que peleaban, cubrieron el cuerpo y avisaron con secreto esta desdicha al duque de Bullon, que animado con el coraje que suele dar la pena, cerró con toda su caballería por un costado con la de los enemigos, y con tal aliento, que la rompió toda y la forzó á retirarse al abrigo de la infantería, y la puso en tal desórden, que en ménos de una hora quedó enteramente deshecha, muertos y prisioneros, perdida la artillería y bagaje y el dinero en plata y oro destinado para la paga del ejército. Murieron personas de cuenta de los franceses, como el marqués de Praslin, General de la caballería y Maestre de campo general; el marqués de User, Coronel de infantería; el marqués de Tinteville, Coronel de caballería; el marqués de Seinzi, Coronel del regimiento del Piamonte; el marqués de Brovilli Mozo, Coronel de caballería y Sargento mayor del regimiento infantería de su padre; el conde de Chalanze, Maestre de campo general; el marqués de la Fuerllade, Coronel de infantería y ayuda de campo, digo, el conde de Ruysellon, Coronel de infantería y ayuda de campo; el vizconde Lignon, Coronel de caballería; el baron de Luynes, del mismo oficio; el baron de Lena, tambien del mismo cargo; el baron de Courcelles, Teniente general de la artillería; Mos de Estralz, Coronel de caballería, y Mos de Cralt, Lugarteniente coronel del regimiento del Piamonte. Los que quedaron prisioneros fueron:

el marqués de Roquelauge, Coronel de caballería y herido mortalmente; el marqués de Persan, Coronel de infantería, tambien herido; Mos de Quelle, Teniente de coronel de Mos de Andelot; marqués de Bause, hijo del general Chatillon; Mos de Nettancourtviller, Coronel de infantería; Mos de Calgret, Coronel de infantería; el Teniente coronel del conde de Bousirabatin, que gobernaba el regimiento en ausencia de su Coronel. Quedaron entre los presos sesenta y ocho capitanes de infantería y caballería, sesenta y cinco tenientes, cincuenta y siete alféreces, ochenta sargentos, caballeros voluntarios, oficiales menores, y soldados simples cuatro mil y seiscientos, doce banderas que se hallaron en la infantería, y aunque de ella no escapó persona, no se tomó más, porque no traian más de una bandera en cada batallon; y seis de ellas y tres estandartes se presentaron á Su Alteza Real el Cardenal Infante, con que se adornó el maravilloso templo del Santísimo Sacramento del Milagro, y tambien con la banda del mariscal Chatillon, que era de valor, y la arrojó por huir desconocido, y que se colgó delante del altar de Nuestra Señora de Bolduque. Ganáronse siete piezas de artillería, cuatro de medio cañon, y tres de cuartos de cañon, que era todo lo que el general Chatillon traia, habiendo enviado ántes las tres más gruesas piezas á Retel; y en fin, se cogió universalmente todo el bagaje con las municiones en la batalla, y en el alcance pasados de cuatro mil hombres; pereció toda la infantería, y de la caballería no escaparon seiscientos. De la parte de la Liga no murió otra persona de consideracion sino el Teniente coronel del regimiento de Meternec y trescientos soldados ordinarios; y siguiendo la Liga esta victoria, sitiaron y ganaron á Doncheri y Retel, y penetraron hasta Rheins con resolucion de pasar más adentro de la Francia, en venganza de la muerte del conde de Soisons, muerto por un soldado suyo, como ya lo habemos referido, y sobornado por sus enemigos para cometer tan cruelísimo asesinato, como fué reconocido por Richemonte, su caballerizo, que prendió al cómplice. Fué sin duda su pérdida de grande consecuencia por haberse extendido en él una brecha

de la Casa Real de Borbon y rama de la de Condé. Era Príncipe amabilísimo, hermoso, perfecto y dotado de infinitas gracias y partes naturales; no se le conoció vicio, y resplandecian en él muchas virtudes, la de hombre de bien y observador de su fé y palabra, valiente sin metafísica: era hijo de Cárlos II de Borbon, conde de Soisons, Mayordomo de Francia, Gobernador de la Normandía y Delfinado, y de su mujer Ana de Montafié, rica heredera, señora de Montafié de Boncotable y de Liore y otros grandes Estados, nieto de Luis III de Borbon, príncipe de Condé, duque de Anguren, marqués de Conti, conde de Soisons, de Ansi y de Valeri, y de su segunda mujer Francisca de Orleans, de la casa de Longaville, y en esta consecuencia era nieto décimo por varon de San Luis, rey de Francia y Príncipe de la sangre Real, y pretensor de ser el primero y más inmediato á la Corona: no dejó hijos, ni hermanos varones; viviéronle sólo dos hermanas, madama Luisa de Borbon, que casó con Enrique de Orleans, segundo de aquel nombre, duque de Longaville, y María de Borbon, mujer del príncipe Tomás de Saboya: nació en Paris á once de Mayo de mil y seisciensos y cuatro; murió de treinta y siete años y dos meses: poseia ciento y cincuenta mil florines de beneficios; el oficio de Mayordomo mayor le valia cincuenta mil; los dos gobiernos del Delfinado y Champagne sesenta mil y cuarenta mil de pensiones; Madama la Condesa, su madre, ciento y cincuenta mil de renta en tierras sin sus pensiones: de suerte que gozaba esta casa seiscientos mil florines de renta, que todo se perdió, y el Estado de Soisons recayó en la casa del príncipe de Condé, quedando sin competidor, único Príncipe de la sangre. Perdió el Richelieu un bravo émulo de sus acciones, irreconciliable por lo referido y no haber querido casar con la Combalet. Hiciéronsele en Bruselas públicamente y en la capilla Real sus honras, celebrando el Oficio Divino el obispo de Amberes, con asistencia de la nobleza de Flándes. Merece éste y otros muchos encomios quien supo arrastrarse por la verdad, y libertad de la patria, sin rendirse á la lisonja ni la vanidad que levantan los tiempos y la for-

tuna; y porque hubo un verdadero francés que no engañó las protecciones de España, fué, si bien de gloria esta victoria para toda la Monarquía y para todos los Príncipes afectos á la Casa de Austria, pero de sentimiento su pérdida y su muerte. Creyóse que se habia levantado allí un bravo torcedor para los designios de Francia, y que le seria de estrago y desolacion á sus provincias y pueblos, y que seria una diversion y desempeño de las usurpaciones del País-Bajo, ruina del Ministro de la Francia; pero su muerte lo anubló y desbarató todo, y el Richelieu tuvo maña para componerlo y dar satisfaccion á los agraviados; con que aquel ingenio, trazas y liga no prevaleció, como le sucede á todas nuestras materias, é insinúa á la prudencia más cabal y envejecida no entrar más en tratados con franceses, ni perder más tiempo, gentes y dineros de los perdidos, cuando la capacidad de un Rey tan grande como la de D. Felipe II no pudo salir con su intento, gastando tantos tesoros y teniendo tantos ejércitos dentro de aquel Reino, y sus banderas en París, y á su mandar todo lo mejor, más ilustre y católico de los señores de Francia. Sintiólo el Rey y todos nuestros Ministros, y fué con luto á visitar á la princesa de Cariñano, hermana del conde de Soisons y á darle el pésame de su muerte.

Volvieron de Lóndres el marqués de Velada y el conde Virgilio Malvezi, italiano bolonés, vasallo del Papa, grande cronista de adulaçiones y de fábulas, que se le dieron por acompañado al Marqués, como si en nuestra España faltaran hombres de saber y de prudencia; pero era favorecido y premiado por lisonjero: bien creo que me disculparán sus libros. Volvieron, como dije, de la córte de Lóndres, sin poder hacer nada allí en la contradiccion de la segunda hija del Rey con el primogénito del príncipe de Orange, contratar el casamiento de la primera con el Príncipe de España. Pero yo entiendo que con esta máscara se queria impedir aquel, por no dar tanta gloria al rebelde y no hacer éste, y si no me engaño era para meterle en la Liga de los señores de Francia, que habiendo tenido el fin referido no se trató más de ello, y el casa-

miento pasó adelante. Las revueltas de aquel Reino no paraban, teniendo siempre en campaña, así contra ingleses como contra escoceses, al Rey. Cortaron la cabeza al conde de Escorte, aficionado á las cosas de España, prevaleciendo contra la potencia del inglés aquel Parlamento. Los protestantes de Alemania, suecos y franceses, que sin embargo de la rota pasada y muerte de Vanier, de dolor y enfermedad del suceso, volvieron á armarse para proseguir las mismas inquietudes y desolaciones del Imperio y de aquel Estado, con tanto más brio y calor que entónces, cuanto los movia el poderoso de la Francia, para que no pasase adelante el celo de los Electores en sosegar y poner en concordia y tranquilidad el orbe. Introdujeron en estos dias en Flándes, no sin misterio, á D. Francisco de Melo, para asistir con curiosidad á las acciones del Infante, porque no escapase ninguno que no fuese celado y constreñido al registro del desconfiado, que en cada parte temia no se le cayese á alguno el cuchillo de la mano que le alcanzase, y al fin le alcanzó de quien ménos se recataba, y como se viera, de que jamás se vió mejor ni más verdadero Príncipe, si le inquirieran ó desmenuzaran el corazon, en cada parte se hallara la imágen viva de su hermano; pero estábamos ya, por nuestra desdicha, todos, así grandes como pequeños, dados á esta miseria. Perdióse Herc á veintiseis de Julio, no pudiendo defenderse más por las grandes brechas por donde subieron los franceses, y no haber quedado más de ochocientos hombres dentro de tomar armas; salieron con los conciertos ordinarios, bala en boca, mecha encendida, banderas desplegadas, tocando caja, y dos piezas de artillería y un morterete y bagaje, concediendo siempre á los burgueses de poder salir de la villa, aunque limitado. Perdióse Jenept por las armas holandesas, y fortificado, vuelve al país obediente, con ánimo de tentar la Filipina ó el paso de Gante, para cuyo movimiento y defensa se arma Cantelmo; pero los intentos del Orange no pasaron más adelante. Fué de grande ruido en toda la Francia y en París el socorro que el Rey Católico hizo en Tarragona. El infante D. Fernando, herido de la pérdida

de Herc, con la gente y tropas que tenia, revolvió sobre ella con ánimo de recuperarla, encargando su asistencia al Maese de campo general, el baron de Vec; y estando no léjos de sus murallas, pérdida la mayor que se deja considerar si la supiésemos sentir, á trece de Julio partió Su Alteza de Morbec con el ejército, y fué á dormir á Betaña, y se acuartelaron las tropas á un cuarto de hora de la villa; y á dos de Agosto se incorporó Lamboy con Su Alteza en el lugar pasado Bequere: á tres de Agosto hizo noche el ejército en el lugar de Chies; el mismo dia envió Su Alteza al conde de Fuensaldaña á ablocar la villa de Libieres, que se rindió, saliendo de la villa trescientos y cincuenta franceses con baquetas en las manos, y los oficiales con espadas, excepto los de á caballo, á quien se les permitieron sus caballos en poco más ó ménos número de sesenta, que todos fueron encaminados á Edin. Con esto el Infante se arrimó á las fortificaciones del enemigo sobre Herc, y habiendo tomado puesto con ánimo generoso de rendirla y recuperarla, el enemigo no pareció sino con algunas tropillas de caballos, que fueron acometidas por los dragones de Lamboy, á quien hacian espaldas algunas corazas del mismo. Acuartelóse Su Alteza en el lugar de Litre, y teniendo aviso que venia el gran convoy del enemigo, que se componia de seis mil carretas, y acompañado de nueve mil hombres de guerra por el viaje de Terruana, determinó pasar allá con el ejército, y dejando á Litre, no tan presto hubo pasado una pequeña ribera, adelantándose los batidores, toparon á los franceses: picaron en nuestro bagaje, tomándonos seis carros de vivanderos; pero nuestra gente, embistiendo, desbalijó otros tantos. Este desórden procedió por haber nuestra retaguardia apresurádose á pasar la pequeña ribera más arriba por donde pasaba el bagaje, pensando estaba ya de nuestra parte, con que obligó á Su Alteza á hacer rostro al enemigo, tirándose algunos cañonazos de ambas partes, y se acuarteló en Botalla, en la campaña cerca de Quemi, y consiguientemente marchó cerca de Terruana y se acuarteló algo más arriba de la Lisa. Aquí tuvo aviso que el gran convoy francés habia vuelto atras

retirándose á Edin, y que Lamillere con su ejército desamparaba la villa de Herc; arrimósele Su Alteza, retirándose hácia Arras por falta de víveres, de que se hallaba fallidísimo; con que Su Alteza determinó de irle á buscar con intento de combatirle, que no tuvo efecto por la dificultad de los puestos, parando todo en tirarse con la artillería de ambas partes, poniéndose en la retirada el enemigo con la oscuridad y á la sombra de la noche, dejando el campo á Su Alteza, y tomando la otra parte de la Lisa, hácia Terruana, pasando el rio en la misma villa de Herc: arrimósele Su Alteza, reconocióla, y eligió los puestos para cerrarla, y comenzó á apretarla reciamente. Hallábanse los franceses sin bastimentos y con no poca desesperacion de haberlos, y tomaron, para conservarse, y por arbitrio, echar los burgueses fuera, pasando los más dias con solo pan y agua. A esta hora, y en este trance, parece amenazó el cielo á la Monarquía, quitando la mayor prenda sobre que fundaba todas sus esperanzas. A cuatro de Agosto, adoleció el infante D. Fernando en un villaje abierto sobre Herc, comenzando por unos gravísimos desmayos, poniendo en cuidado á los Países, al ejército y á sus criados, tan desabrigado de gente en aquella parte, que porque no sucediese mayor accidente, ó avenida de enemigos, los que le asistian hicieron llamar dos mil caballos. Pasó á Cortray, y mejorando allí, vinieron todos los franceses con todo su grueso á socorrer la plaza, y desconfiados por su aprieto pasaron á Bapama, y comenzó D. Francisco de Melo, por aliento del poderoso, á erguir el cuello y á gobernar armas en Flándes, como si por largo tiempo hubiera militado en ella y bebido toda la prudencia, experiencia y consejo del conde de Fuentes. Publicaron los franceses con este achaque que el Infante era muerto, para meter en solevacion los Países, y que sus criados lo encubrian: pasó á Bruselas con la pérdida de Bapama, y la enfermedad procedió en unas tercianas maliciosas, que despues se convirtieron en cuartanas; con que se fué agravando el mal á calenturas contínuas, en que le tuvieron oprimido ochenta y ocho dias. Volvió los ojos como Príncipe religioso

á disponer las cosas de su alma, á la Reina de los Angeles y á los Santos: trajeron á su cama la milagrosa imágen de Nuestra Señora de Bolduque, muy célebre en los Países-Bajos, y al entrar por la puerta la recibió con aquel himno *María*, *Mater Gratiæ*, y al decir *Mater Misericordiæ* rindió el espíritu con estas dulces palabras, en las manos de su Criador, como hijo de tan gran padre y de la Iglesia católica. Ordenó su testamento, dejando el gobierno de los Países-Bajos al arzobispo de Malinas, al marqués de Velada, á D. Francisco de Melo, al conde de Fontana, á D. Andrea Cantelmo; al primero la justicia y á estos las armas, en tanto que S. M. disponia otra cosa: mandó que su cuerpo fuese llevado á la iglesia mayor de Toledo y le sepultasen en la admirable capilla de Nuestra Señora del Sagrario, obra del gran Cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, porque habiendo nacido en las manos de esta esclarecida casa, queria que sus huesos quedasen en ella, si bien despues pareció otra cosa, y llevarle á San Lorenzo el Real; y confesando la fé católica, y que moria debajo del dominio de la Iglesia, rindió su espíritu en las manos de Dios, sábado, nueve de Noviembre, á las once y tres cuartos de medio dia, dejando en gran soledad aquella parte, que se conservaba á la sombra de su valor y de su mano. Llenó de lágrimas á los suyos y hasta los mismos enemigos; á España, las Austrias, la Francia y todo el mundo. La memoria del uno renueva la memoria del otro, y ambas á dos serán de dolor y de quebranto para los que los conocieron: faltaron dos lumbreras, y dos estrellas á la Iglesia, y dos firmísimas columnas y fuertes escudos á la fé; dos templos á las armas y dos Capitanes á la milicia, y dos Senadores á la prudencia, que mantuvieran los dos polos de nuestra España sin naufragar en ruina y en escollos, y dos espadas á las dos plazas de armas, á Flándes y a Italia: al uno consagramos el otro que dejamos expreso en nuestros escritos; y de éste querria acertar á decir algo. Nació á diez y siete de Mayo, año de mil seiscientos y nueve en San Lorenzo el Real, y ministróle el Sacramento del Bautismo el Cardenal y Arzobispo de Toledo D. Bernardo de

Rojas y Sandoval, y encargóse su crianza á la condesa de Altamira, hermana de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma; fué despues en los años adelante ilustrado en letras, y de virtudes, en que resplandeció altamente. Paulo V le dió el capelo, y el rey D. Felipe III, su padre, el Arzobispado de Toledo. Perdióle á treinta y uno, y el Rey, digo, de Marzo del año seiscientos y veintiuno; y el Rey, su hermano, le encaminó al gobierno y á concluir las Córtes del Principado de Barcelona: de allí le envió al de Milan, luégo al de Flándes, en cuya jornada, que hizo por Trento, venció la memorable batalla de Nortlinguen, en compañía de D. Fernando, rey de Hungría y Bohemia; despues en aquella plaza de armas hizo y obró las proezas y hazañas que en otros libros dejamos escritas, no con la elegancia ni diligencia que merecian, y obrara más si le dieran mano para hacerlo, y no le limitaran las acciones. Puso en esta era siendo Príncipe las desconfianzas, que si fuera vasallo sintiendo la falta de socorros que se hacia al País-Bajo, y las pocas asistencias, quizás por poner su corazon en mayor cruz, sintiendo que se encargasen las cosas legítimas de gobierno, no sólo á hombres y capitanes beneméritos, sino á sugetos muy inferiores. Era de sumo valor y diligente en prevenir y marchar, y en los trances más árduos se dejaba ver de los enemigos, y se ponia á las balas y á los otros riesgos á la frente de los escuadrones, animándolos y poniéndolos espuelas, y diciéndoles al acometer, este dia será vuestro y os le premiará el Rey mi hermano. En este estado le alcanzó la muerte en la manera que lo habemos dicho. Dejó por testamentarios al marqués de Velada, al marqués de Este, Caballerizo mayor, al arzobispo de Malinas, al Presidente del Consejo privado, al canciller de Bravante, al conde de Noyeles, primer Ministro, digo, Mayordomo de Su Alteza, á José de Finanzas y al P. Fr. Juan de la Madre de Dios, su confesor. Hiciéronle las exequias del entierro con toda la nobleza, y pusieron el cuerpo en la capilla Real, al lado de la Infanta Doña Isabel, su tia, hasta el año de cuarenta y tres, por el mes de Junio que le trajeron por la Francia hasta Búrgos,

y desde allí, el Arzobispo á San Lorenzo el Real del Escorial.

Ventilábase mucho á quién se daría el gobierno y manejo de las armas del País-Bajo entre nuestros Ministros, y ningun hombre se reconocia por capaz, no sólo en España, pero tambien en las provincias forasteras, por no haber Príncipe en quien concurriesen las calidades necesarias que se requerian de fidelidad y de soldado. Pusieron los ojos en el archiduque Leopoldo, hermano del Emperador Ferdinando, en quien se veian las militares y de sangre; propusiéronselo, y cuando leyó los preceptos que le ponian, las limitaciones y poca mano en todo reparó, é hizo discurso en los muchos discursos, trabajos y afanes en que se le habia puesto al infante D. Fernando, y que él no queria vivir ni morir de semejantes agonías y trabajos; y respondió á nuestros Ministros, que caso que admitiese el Gobierno militar y político, que habia de ser con plena potestad á su juicio y arbitrio. Pareció esto duro á quien semejante libertad sólo la queria para sí, sin concederla á otro hombre mortal, ni hasta á su mismo señor. Hubo muchas demandas y respuestas sobre el caso, y gastáronse muchas Juntas y respuestas sobre materia tan importante; hiciéronsele muchas réplicas, porque, verdaderamente, si hemos de estar y correr por el consejo de nuestros mayores, era la persona que más convenía, por ser de la misma casa, á semejanza del archiduque Alberto; si bien aquí se recelaba la dificultad en que entónces se reparó, que no se enajenaban los Estados; sin embargo, aquel Príncipe resistió á no quererlos aceptar de otra manera. Parece que se lo aconsejaron los mejores alemanes; y viendo esta resolucion, no se pasó más adelante en ello; quedó el Gobierno á los señalados, que era la órden secreta que el Rey Católico tenia en Flándes en semejante accidente, y el gobierno de las armas al Melo, por valido del poderoso; que estos solos tenian experiencia, eran soldados suficientes y beneméritos, y todos los demas no parece que nacieron para hombres. Rindióse Erc á las armas católicas á principios de Diciembre de este año, dejando los franceses en ella mucha y muy gruesa artillería, no habiendo podido salir

con la empresa. Jueves, doce del mismo mes, celebró el Rey las honras del Infante, en la Capilla Real: el marqués de Grana, embajador del Emperador, vino á España; y díjose que todos los Príncipes y Electores del Imperio se querian (los que no eran tan afectos y andaban desunidos), componer con el César, y ponerse debajo de su obediencia, y ligarse con él contra Francia, é ir sobre ella con ejército el año siguiente.

Corrian las cosas con grande desigualdad en unas partes y en otras, y nuestro partido, no solo no crecia, pero no arribaba. Las ganancias eran ningunas, la conservacion muy prolija, los Príncipes, los que más parecian que eran nuestros afectos y que nos llevaban el dinero, variaban; y en nada habia consistencia, por el modo inmovedor perpétuo de la Francia, que todo lo tercia, teniendo en todas partes perpétuas inteligencias.

Por estos dias se vió en la córte de Castilla una novedad gravísima, y tan de repente, que causó admiracion: la princesa de Cariñano, mujer del príncipe Tomás, se salió de Palacio y de la córte con sus hijos y criados huyendo, para irse con su marido al Piamonte ó Francia, que era su último fin. Y así, haciendo la fuga por Barcelona, al abrigo de Mos de la Mota, porque la fidelidad de Tomás debia de andar tumultuada, y de querer volver la casaca á Francia, porque estos eran enemigos de cualquiera que tuviese las plazas del Piamonte y de la Saboya; asi lo fué con madama la Duquesa, su cuñada, y no lo disimuló al Duque su hermano cuando se salió del Estado y le dejó, y se entró al abrigo del Rey Católico; cuya sentencia de ingratitud y desagradecimiento, y poca fé daremos en su lugar; y ahora lo queria ser del Rey Católico, porque se las tenia y las habia recuperado del yugo francés, y para ejecutar las alteraciones de un espíritu inquieto aconsejaba la fuga á su mujer, que corriendo desde Milán, Cataluña, Aragon y Castilla, para hacer tránsito por la Coruña á Flándes: entónces no quiso ir con su marido como ahora decia que lo queria hacer, paliando su quimera debajo de la capa de celos; resistió entónces á las dificultades de pasar adelante y quiso meterse en Palacio como lo ejecutó, á

gozar de las grandezas y honores, y á las que discurrió de la bondad de nuestros Príncipes, que habian de hacer hospedándola magníficamente, ilustrando las paredes de su cuarto las mejores tapicerías reales, camas y otras alhajas, yendo el Rey á ver en persona la disposicion y el aseo, haciéndola grandísimas mercedes, hospedándola á sus expensas abundantemente, y despues con cuatro mil escudos cada mes para su plato, y otros tantos á su marido en Flándes, con casi todo el manejo de las armas, preeminencia de todas maneras relevante y confianza sin exajeracion. Sabida la fuga, envió el Rey á toda diligencia que la detuviesen; alcanzáronla á cinco ó á seis leguas de Madrid, en el lugar de Arganda, y por hacer más feo el negocio (condicion francesa), y deteniéndola y queriéndola hospedar en la mejor casa de aquel pueblo, que las hay muy buenas, resistió con la protervia de mujer, y no quiso sino entrarse en un meson; y sabiendo el Rey su detenimiento, envió luégo con fray Antonio de Sotomayor, su confesor, y otros ministros de Estado, á que supiesen la causa de novedad tan grande, á que la redujesen y volviesen á Palacio. Fueron muchos correos, yentes y vinientes, y ella no decia más por entónces, de que queria ir con su marido; procurándola persuadir á que volviese, y que la enviarian á Italia cuando hubiese embarcacion con más decencia y autoridad, y la que se debia á su persona y á la de sus hijos; sin embargo, persistió en no salir de allí. Escribióse al príncipe Tomás sobre lo sucedido, y como no se le habia dado ocasion para semejante desabrimiento; y él escribió paliando su materia y designios, que volviese, recelándose de que no fuese descubierta la intencion de volverse á la parcialidad de Francia, por asegurar los recelos que ya acá se podian tener, de como á la verdad se tuvieron. La escribió de secreto que volviese, para dar otra traza á su salida, y apretase por ella, y que fuese con beneplácito del Rey: al fin volvió, durando tan poco en la consistencia, como pendia de traicion, que luégo la quiso tentar; y el Tomás, no pudiendo sufrir la mudable naturaleza de su condicion y la tardanza, la obligó á que la procurase Portugal, como diremos á su tiempo.

La guerra de Cataluña, tenia de ambas partes, así entre franceses como españoles, enflaquecida la de Italia, si bien no faltaban humores entre sus Príncipes, que anunciaban nuevas guerras y disensiones; y demás de la nuestra en las tierras de la Iglesia contra el Papa, por interés que cada uno decia ser necesario entrar en algun ajustamiento, como nos dirá el año que se sigue, y el principal en estos casos el duque de Parma, sobre quererle oscurecer ó quitar el Condado de Custro; pero ahora, atizados y nuevamente encendidos en diferentes inteligencias y mudanzas, que si bien secretas en lo público, en el corazon, se ejercitaban, pensose hacer una guerra defensiva; y este año siguió este norte, porque D. Diego Mejía, marqués de Leganés, habia podido alcanzar licencia para venirse á España, y habia ya desembarcado en Dénia con cuatro galeras, si bien no le acababan de resolver el gran deseo que tenia de ir á su casa y á la gloria de Palácio, por dar hombre á la guerra de Cataluña: porque, como hemos dicho, el príncipe de Botera y gran condestable de Nápoles era muerto; Torrecusa estaba socorriendo y amunicionando á Perpiñan y á Leocata; el duque de Maqueda era llamado á la córte, como ya dejamos referido y expresado, lo que ha tocado á este libro; y el marqués de la Hinojosa, si bien se le habia encargado la tierra, la gente y los alojamientos del invierno, en que sucedieron algunos trances entre ellos y los enemigos, que por ser de poca ó ninguna consideracion no los refiero, pareció poco soldado para guerra que ya se dejaba sentir más de lo que era menester y convenia á la tranquilidad de España, y áun á la de los otros Reinos, y donde se metian de la otra parte Capitanes franceses de mucha consideracion y otros, como Mos de la Mota, que avivaban la guerra y la rebelion, y la pretendian hacer perdurable. Habíase encargado la del Milanés al príncipe Tomás, si bien despues al cardenal Tiburcio; y el gobierno del Estado al conde de Siruela, ó á ambos: finalmente, los franceses con su contínua inquietud ó con nuevo estímulo, tentaron por interpresa y quisieron llevarse la ciudad de Aste: llegaron al foso y fueron rechazados

de la guarnicion española. Salió en campaña el príncipe Tomás, con algunas reliquias del ejército, que habia muy pocas y muy poco dinero, con que los franceses se retiraron á las guarniciones, porque Cataluña habia arrastrado este año del reino de Nápoles, que es el campion de Milán, veinte galeras con las de Sicilia, diez y siete navíos gruesos, tres tartanas, tres mil y quinientos napolitanos, quinientos caballos escogidos, con bastimentos para ocho meses, y todo lo consumió un sitio á lo largo sobre Tarragona, donde dicen que se incluian cerca de diez y siete mil hombres, sin salir ni atreverse á hacer faccion ninguna, heridos más de la hambre que no de los enemigos que los sitiaban; temiéndose ántes de los vecinos de la ciudad, que si los veian salir, no los dejasen fuera, los cerrasen las puertas y los pusiesen al cuchillo, y matasen los que dejasen dentro, como ya lo quisieron hacer al principio de la guerra. No sosegaban los franceses, tanto, que no salieron en Milán á otra cosa más que á dar vista á Valencia del Póo y á Alejandría de la Palla; esto ya parece que no era en el Piamonte, ni sobre Aste, sino que era salir fuera á no desazonar sus Príncipes, y tomar prendas en otro país: sin embargo, retrocedieron al Piamonte, tomaron á Ceba y cargaron á Cunia, en que parece que ya era recobrarles los puestos: no podian creer que el Papa armase contra el duque de Parma, ni el de Parma contra el Papa, ántes decian que era arte de política para ir sobre el reino de Nápoles; con que el Virey príncipe de Astillano, hizo poner gente en el confin de Gaeta y en otras ciudades del Reino, y preguntar la causa de aquella novedad; y para todo se le mostró ambiguo y de diferentes colores, sin declararle ninguno; pero asegurole que las llaves de San Pedro estaban seguras; que, en mi sentir, son el reino de Nápoles y de Sicilia, que apoyan formidablemente el Estado de la Iglesia debajo de la espada y escudo del Rey Católico, D. Felipe IV. Sin embargo, dijo el Rey, que para cualquier caso ó trance de fortuna, dejaba allí aquella gente, que no podia parecer mal á la prudencia; pero de paso, por no perdonar nada al rigor de

aquel lugar, y de la dignidad del Apostolado, como Príncipe y causa suya, hizo saber, amenazando de los tributos al Rey por su Nuncio en la córte de España, que el reino de Nápoles es de la Iglesia y para su defensa, y que ántes se habia de conservar que destruir con las gabelas, impuestos y pedidos. Expidió dos Bulas y monitorios: la una, contra los eclesiásticos por lo que habian pagado y pagaban del subsidio y excusado, sin órden suya, y contra los inventores y fabricadores de pechos y tributos, y los que los imponen, así en los reinos de España como en los demás adonde alcanza el dominio de la Iglesia; reservó para sí la decision de los pleitos matrimoniales, adjudicándolos á la Rota, por cierto matrimonio que se deshizo en la córte de Madrid, con grandísima novedad y brevedad; si bien dicen hombres de letras que se pudo deshacer, por la poca verdad que propusieron los contrayentes al Párroco: cuyo suceso, quizá nos dará lugar de hacer algun rasguño en el libro que se sigue, por la notable exaltacion del uno, de no poca maravilla y admiracion al mundo. Dejó en pié los divorcios, y que dado que se den por nulos los matrimonios, que no se puedan volver á casar: admite al embajador de Portugal para la provision de los Obispados de aquel Reino, porque no le faltase legítimamente la administracion de los Santos Sacramentos; no queria dar el arzobispado de Toledo al cardenal Borja, por no querer asistir en el de Sevilla, donde decia, que dejando la córte, yendo allá, se le iniciaria: sospechas que daban á entender de aquí, que todavía se guardaban en su corazon las pasiones pasadas; mas entre tanto, llevaba para sí los trescientos mil ducados de aquella Iglesia: crió doce Cardenales, todos á su modo, y de su faccion, italianos, y algunos del reino de Nápoles, negándose á las intercesiones de los Príncipes de la Europa, y dejándolos á todos iguales; pareciéndole que tenian los que bastaban, y que en España habia tres cuyos nombres no he querido excusar; y en primer lugar, á Francisco María Machuvelli, florentin, patriarca de Constantinopla, obispo de Ferrara; Ascanio Flondrino, napolitano, arzobispo de Nápoles; Marco Antonio Bra-

gadino, veneciano; Octaviano Ragi, genovés, Auditor general de la Cámara apostólica; Pedro Donato Cesía, romano, Auditor de Rota; fray Vicencio Maaylano, del órden de predicadores de Florencia, de la diócesis de Plasencia, ministro del Sacro Palacio; D. Francisco Pereti, romano, Abad y Príncipe esclarecido. Diáconos: Julio Gavisete, romano, decano de la Cámara Apostólica; Julio Mazarini, romano, refrendario de ambas signaturas; Virginio Ursino, Abad, romano; D. Reynaldo de Este, hermano de Francisco, duque de Módena y Rezo.

A diez y siete de Abril, el conde de Arcourt, General del ejército francés, movió con él y pasó á sitiar á Imbrea, lugar en el Val de Osta, á seis leguas de Chibaso, puesto de más conveniencias que fortificaciones; con que el principe Tomás salió á socorrerle y á quitarle el asedio, siguiéndole el conde de Siruela, gobernador del estado de Milán; el cardenal Tiburcio, gobernador de las armas, con que quedará más clara la duda de arriba sobre las cabezas que tenian este manejo, y en prosecucion de ellas, D. Julio Vazquez Coronado, Maese de campo general; el marqués de Caracena, Capitan general de la caballería de aquel Estado; D. Vicente Gonzaga, de la de Nápoles; y hicieron alto en Santian, con la infantería y caballos que entónces habia, y desde Cavalla se les pasó á juntar el príncipe Tomás con su gente, desde donde partieron á socorrer la plaza, que ya tenia sobre sí tres asaltos; de que los franceses habian sido rechazados con pérdida de más de mil hombres, y no los peores de sus tropas. Llegaron los nuestros á un casar, que está á dos leguas de Imbrea, y desde allí se encaminaron á resarcir á los franceses, que á su vista, y por llevársela, le dieron otro asalto, atacándola á viva fuerza por todas partes; para cuyo intento desmontó su caballería: sin embargo, fueron impelidos y arrojados, con pérdida de otros mil hombres; pero cuando vieron que las armas católicas se les acercaron, guiadas de tan grandes caudillos y Capitanes, cedieron de apretar la plaza, y se les presentaron en escuadrones con su caballería de frente, que acometió á la del marqués de Caracena, con tanto valor, que despues de

los golpes de carabinas y pistolas, pelearon con gran despacio con las espadas, hasta que más resfriado el enemigo, se retiró, no sin alguna confusion, habiendo obrado el Marqués aquel dia como buen caballero. Sin embargo, la caballería enemiga rehecha y más reforzada, acometió á la de D. Vicente Gonzaga, que ocupaba un costado: recibióla con tanto valor, que desordenadas las tropas, huyeron al abrigo de su infantería, habiendo salido tan mal de este encuentro como del pasado, en que se gastaron cinco horas de combate, y perdieron más de quinientos caballos; y los nuestros no más de ciento, y un Capitan. Miéntras esto pasaba, el conde de Arcourt sacó la infantería de sus fortificaciones, y formando dos escuadrones en número de mil y quinientos hombres, los envió á desalojar un tercio de españoles que estaban en guarda del artillería; fueron rechazados, y al mismo tiempo acometieron otros dos escuadrones de igual número de franceses, á D. Mauricio de Saboya, hermano natural del príncipe Tomás, Gobernador de su infantería, que defendia otro puesto de muchas conveniencias, y los rebatió con tanto valor, que aseguró los aciertos del hermano en la confianza que hizo de sus prendas. Tirábase de una parte y otra vivamente, y estaban para cerrar, cuando el francés, con la noticia que tuvo del desbarato de su caballería, mandó tocar á retirar; con que visto la flaqueza de los enemigos, se introdujeron en la plaza quinientos españoles; con que socorrida, y no faltándoles lo necesario de víveres y municiones, se pusieron en la retirada, eligiendo diferente derrota, y marcharon á sitiar á Chibaso. Juzgando ser ésta la mayor diversion, tomaron puestos, y á los siete de Mayo tenian ganadas todas las fortificaciones de afuera, desembocado el foso y para picar la muralla, con que los franceses dejaron á Imbrea y marchó á socorrer á Chibaso; con que socorrida aquella, ambos campos tomaron diferentes derrotas, y el nuestro echando delante la artillería, se fueron á Crecentin, donde quedaron á observar los movimientos del francés, y á solamente conservar el estado y las plazas que teníamos en el Piamonte, procurando no perder-

las; si bien no aplacia esto al Tomás, no más de porque el Rey Católico las tenia, dando de aquí sentimientos para cubrir su pasion, que no se hacia confianza de él en no entregarle el total gobierno de las armas de Milán, prenda muy cara y de reparo á cuanto puede estirar la prudencia; con que el calor de los dos hermanos comenzó á desmayar, y aquella alianza á hacerse sospechosa. El cardenal Mauricio de Saboya, hermano de Tomás, envió á la córte de España al obispo de Niza, á decir al Rey Católico y á su Ministro, por la desconfianza que comenzaba á correr, que pusiese de su mano presidio en Villafranca, que se la habian dejado para su asistencia, si algo se recelaba de su fe, por el ejemplo del príncipe de Mónaco, que se habia vuelto á la parcialidad francesa. Echado el presidio español, y admitido de aquel Reino, no sin recelo del Gobernador, digo Genovesado, y de toda la Liguria, cuñado del cardenal Tiburcio (que en Castilla es lo mismo que hermano, por si se me arguyere en otra parte donde lo he dicho.) á cuyo cargo estaba toda la Lombardía y el Piamonte, y fué llamado por el Rey Católico á Zaragoza el año siguiente, donde asistió á la guerra de Cataluña: dióle el vireinado de la Corona de Aragon; quedó el Estado de Milán á cargo del conde de Siruela, llamando de Flándes al marqués de Velada para que le sucediese como hoy está, y casi para declararse el príncipe Tomás y volverse al natural francés; y el cardenal Mauricio, con toda la seguridad, que proponia para renunciar aquel capelo, y trabar matrimonio con su sobrina, hija de su hermano y de Madama la Duquesa: todo por consejo del Richelieu, por volver allá toda la alianza, como nos lo dirá el año de seiscientos y cuarenta y dos. Porque la princesa de Cariñano, si la primera vez hizo punta y tomó la fuga para Levante, ahora volvió el rostro y tomó el aire de Poniente, dejó el Palacio, y se fué á Carabanchel de Abajo, donde se le volvió á detener, y á persuadir mirase con más decencia por la autoridad de su persona: no quiso volver, dando título de prision al hospedaje Real, como si cuando la enviaban á Flándes la hubieran forzado á entrar en la córte,

No habia más fe ni más religion en las obligaciones de los Príncipes, á lo que se ha hecho por ellos y por la defensa de sus patrias, tierras y estados, en que dejamos un ejemplo y una idea para lo de adelante, y para recatarse de sus quimeras y artificios; y por su general Francisco Diaz Pimienta, con armada, que para este intento sacó de Cartagena de las Indias, echó á los ingleses de la isla de Santa Catalina, donde por algun tiempo se habian afirmado con fuertes reductos y trincheras, dando acogida á sus vecinos los holandeses, para crecer por el comercio, donde con sus navíos llegaban pirateando hasta la misma Cartagena, y volvian corriendo aquellos rumbos hasta la Cuba y la Española; no dejándonos lograr ninguna nao de Honduras, no habiendo mercader ni bajel seguro, que no parase en sus manos: dejó en ella gente y Cabo de consideracion para su resguardo; volvió á Cartagena á aprestar la armada Real de las Indias, para traer la plata del Perú, y al tiempo que llegó á aquella ciudad, halló el aviso de la rebelion de Portugal, de que se comenzó á inquietar; y de aquí á sentir en algunos Capitanes portugueses, que en el viaje querian levantarse con algunos navíos de plata de su cargo, y el movedor más principal, el conde de Castilmillor, que habia venido allí del Brasil. Quietó la ciudad y redújola á toda tranquilidad; prendió los delincuentes y los Capitanes, y apuró la verdad con los tormentos: aseguró la Armada y el viaje; trajo la plata y los desertores á Castilla, y la metió por la barra de Cádiz con toda felicidad y admiracion para asombro de los enemigos, y confusion de los infieles y felicidad del Estado, á quien Dios ayudará perpétuamente, cubrirá y hará sombra con su brazo poderoso, y defenderá con su espada. Esto es lo que hemos podido discurrir del año de seiscientos y cuarenta y uno: veamos las novedades que nos prepara el de cuarenta y dos.

FIN DEL TOMO OCHENTA.

ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

